BIBLIOTECA
del HOGAR
CRISTIANO

FUNDAMENTOS DE LA EDUCACIÓN CRISTIANA

ELENA G. de WHITE

Fundamentos de la educación cristiana

Elena G. de White

Asociación Casa Editora Sudamericana

Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires, Rep. Argentina.

Índice de contenido

Tapa

Prefacio

1 - Educación apropiada

2 - Cristo como Educador

3 - Un llamado a favor de nuestros estudiantes

4 - Reflexiones sobre educación

5 - Una visita a College City

6 - El hogar y la escuela

7 - Importancia de la educación física

8 - La integridad de Daniel puesta a prueba

9 - Importancia de la educación

10 - El peligro de leer libros de ficción y ateos

11 - Las escuelas de los antiguos hebreos

12 - Noviazgo y matrimonio

13 - Importancia de la capacitación en la obra de Dios

14 - Educación apropiada de los jóvenes

15 - Valor del estudio de la Biblia

16 - El Libro de los libros

17 - Responsabilidad parental

18 - Educación y salud

19 - Educación en el hogar

20 - Ebrios mentales
21 - Los libros en nuestras escuelas y colegios
22 - El maestro de verdad, único educador digno de confianza
23 - Tesoros con los cuales aprovisionar la mente
24 - Preeminencia de la ciencia de la salvación
25 - El carácter cristiano ejemplificado en docentes y alumnos
26 - El mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría
27 - Relación entre educación y obra de Dios
28 - Necesidad de obreros preparados
29 - Mensajes para docentes y alumnos
30 - La mejor educación y su propósito
31 - Cristo como Maestro
32 - La educación más esencial para los obreros evangélicos
33 - Los estudiantes están decidiendo su destino eterno
34 - El mal está en el formalismo, no en la organización
35 - A los docentes
36 - Suspensión y expulsión de los estudiantes
37 - A los estudiantes en el colegio de Battle Creek
38 - Se requiere de los estudiantes colaborar con Dios
39 - Palabras a los estudiantes
40 - Estudiar la Biblia por uno mismo
41 - Trabajo y educación
42 - La base de la verdadera educación
43 - Tener cuidado con las imitaciones

44 - Preparación rápida para la Obra

45 - La educación esencial

46 - Educación diligente y esmerada

47 - Libros y autores en nuestras escuelas y colegios

48 - El gran Libro de texto

49 - Educación superior

50 - El Maestro divino

51 - Educación verdadera

52 - Las habilidades manuales

53 - Influencia educativa del entorno

54 - Importancia de la cultura física

55 - La verdadera educación superior

56 - Ejemplo de Cristo versus formalismo

57 - Un ejemplo divino

58 - La Biblia, el libro de texto más importante para nuestras escuelas y colegios

59 - Disciplina escolar correcta

60 - La Biblia en nuestras escuelas y colegios

61 - Mensaje especial relativo a la política

62 - Sembrar junto a todas las aguas

63 - La obra de nuestras escuelas de preparación

64 - ¿Formaremos colonias en torno a nuestras instituciones?

65 - Lecciones de la vida de Salomón

66 - Los docentes como ejemplos de integridad cristiana

67 - Lo esencial en la educación

68 - Un mensaje para los docentes
69 - Provisión para nuestras instituciones educativas
70 - Maestro, conócete a ti mismo
71 - La obra que nos espera
72 - Consejos a los docentes
73 - El verdadero ideal para nuestros jóvenes
74 - Un mensaje para nuestros jóvenes

Fundamentos de la educación cristiana

Elena G. de White

Título del original en inglés: *Fundamentals of Christian Education*. Southern Publishing Association, Nashville, Tennessee, E.U.A., 1923.

Dirección: Aldo D. Orrego

Traducción: Aecio Caïrus

Diseño del interior: Carlos Schefer

Diseño de tapa: Andrea Olmedo Nissen

Ilustración de tapa: Shutterstock

Libro de edición argentina

IMPRESO EN LA ARGENTINA - Printed in Argentina

Primera edición, e - Book

MMXX

Es propiedad. © 1990 Ellen G. White Publications. © 2015 ACES.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 978-987-798-146-9

White, Elena G. de

Fundamentos de la educación cristiana / Elena G. de White / Compilado por Aldo Dante Orrego. - 1ª ed. compendiada. - Florida : Asociación Casa Editora Sudamericana, 2020.

Libro digital, EPUB

Archivo digital: online

ISBN 978-987-798-146-9

1. Educación religiosa. 2. Cristianismo. I. Orrego, Aldo Dante, comp. II. Título.

CDD 268.4

Publicado el 20 de abril de 2020 por la Asociación Casa Editora Sudamericana (Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

Tel. (54-11) 5544-4848 (Opción 1) / Fax (54) 0800-122-ACES (2237)

E-mail: ventasweb@aces.com.ar

Web site: editorialaces.com

Prohibida la *reproducción total* o *parcial* de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.

ACLARACIONES

* La versión bíblica base es la Reina-Valera Revisada de 1995 (RVR 95). Pero cuando fue necesario, para una mejor comprensión de las ideas expuestas, se usaron otras versiones: BJ (Biblia de Jerusalén); NVI (Nueva versión internacional); RV (Reina-Valera Antigua); RVC (Reina-Valera Contemporánea).

* En LECTURAS ADICIONALES se dejaron las obras en inglés (sobre todo las colecciones de revistas) para beneficio de quienes leen en dicho idioma.

* En la mayoría de los casos se simplificaron los títulos en inglés eliminando el “The” inicial (se ve en los títulos de las revistas).

* La paginación de los libros en castellano corresponde a la nueva versión en tapa Dura Azul.

* En el texto, las referencias bíblicas que aparecen entre paréntesis están en los originales en inglés, pero las que están entre corchetes fueron agregadas por el traductor o el editor de la obra en castellano con el fin de ayudar al lector a identificar dichos versículos de las Escrituras.

* Los énfasis en ***negrita cursiva*** pertenecen a la autora.

* Las abreviaturas significan:

cap. = capítulo

cf. = comparar con

p. = página

pp. = páginas

v. = versículo

vs. = versículos

3:41 = tomo 3, página 41

Prefacio

La primera colección de artículos procedentes de la pluma de la Sra. Elena G. de White sobre el tema de la educación cristiana se publicó en 1886. El folleto que contenía esta instrucción llevaba por título *Selections from the Testimonies Concerning the Subject of Education* [Selecciones de los *Testimonios* sobre el tema de la educación]. Una reimpresión y ampliación de este folleto salió a la luz en 1893 bajo el título *Christian Education* [Educación cristiana (no es nuestra versión castellana titulada *La educación cristiana*)]. Posteriormente se publicó un suplemento a *Christian Education* con materiales adicionales. En 1897 vio la luz *Special Testimonies on Education* [Testimonios especiales sobre educación; posiblemente ya impreso en 1896]. Esta pequeña obra contenía artículos de valor incalculable para nuestros docentes; la instrucción que aparecía en este libro nunca había aparecido antes, e incluía la mayor parte de los escritos de la autora durante los años 1893-1896.

En 1900 se obtuvieron los derechos para imprimir el tomo 6 de *Testimonies for the Church* [*Testimonios para la iglesia*]. Este tomo contenía una amplia sección sobre educación y destacaba la necesidad de una reforma educativa.

El libro *Education* [La educación], editado en 1903, trataba sobre los problemas y principios más importantes en el trabajo escolar, mientras que en 1913 apareció por primera vez *Counsels to Teachers, Parents, and Students Regarding Christian Education* [Consejos para los maestros, padres y alumnos acerca de la educación cristiana], y trataba en detalle los muchos problemas que son comunes en la práctica docente.

Los artículos que aparecen en la presente obra [editada en 1923] fueron extraídos de distintas fuentes. Se los seleccionó de *Christian Education*, *Special Testimonies on Education*, *Christian Temperance and Bible Hygiene* [partes en La temperancia], *The Review and Herald* [La Revista y Heraldo], *The Signs of the Times* [Las Señales de los Tiempos], *The Youth's Instructor* [El Instructor de los Jóvenes]

y *The Bible Echo* [El Eco de la Biblia]. Con la excepción de un solo artículo, “Educación apropiada”, no se seleccionó de ninguno de los otros libros de la autora que estaban a la venta. Dos artículos manuscritos, “Suspensión y expulsión de los estudiantes” [cap. 36] y “Disciplina escolar correcta” [cap. 59], fueron insertados aquí con permiso de los Fideicomisarios del Patrimonio Elena G. de White bajo el consejo de los dirigentes de la Asociación General. Esos dos manuscritos fueron escritos hace más de 25 años [esto fue escrito en 1923], y estaban disponibles por entonces para los directores de escuelas. Ambos artículos deberían ser leídos juntos.

Todos los artículos están editados aquí en forma íntegra y en orden cronológico. La ventaja de leer artículos completos en el orden en que fueron escritos tendrá especial atractivo debido al valor del contexto histórico. La lista suplementaria de artículos al final de varios capítulos y la tabla de contenido constituirán una lista razonablemente completa de los escritos de la autora sobre el tema de la educación cristiana.

Este libro se publica con la esperanza de que sea de valor inestimable para los [miles] de docentes que no tuvieron el privilegio de leer estas instrucciones; de que también despierte un renovado interés y estudio en quienes sí las leyeron [en su versión en inglés]; y de que todos seamos movidos profundamente a seguir con más fidelidad, en la práctica diaria, los principios aquí establecidos con tanta claridad. Es el deseo del

Departamento de Educación de la Asociación General

1

Educación apropiada

La obra más hermosa jamás asumida por los hombres y las mujeres es la de tratar con mentes juveniles. Debiera ponerse el mayor cuidado en la educación de la juventud para adaptar de tal modo la instrucción como para suscitar las facultades más elevadas y nobles de la mente. Por cierto, los padres y maestros están inhabilitados para educar a los niños de manera apropiada si primero no han aprendido la lección de dominio propio, paciencia, tolerancia, amabilidad y amor. ¡Qué puesto tan importante para padres, tutores y maestros! Pocos son los que perciben las necesidades más esenciales de la mente, y de cómo dirigir el intelecto en desarrollo, los pensamientos y sentimientos que germinan en la juventud.

Hay un tiempo para instruir a los niños y un tiempo para educar a los jóvenes, y es esencial que en una escuela se combinen ambas cosas en gran medida. Puede instruirse a los niños para que sirvan al pecado o a la justicia. La educación en la temprana juventud da forma a su carácter tanto en la vida secular como en la religiosa. Dice Salomón: “Instruye al niño en su camino, y ni aun de viejo se apartará de él” [Prov. 22:6]. Este lenguaje es terminante. La instrucción que Salomón pide es para dirigir, educar y desarrollar. Para que los padres y maestros realicen esta tarea, ellos mismo deben tener en claro cuál es el “camino” por el que debe andar el niño. Esto abarca más que meramente tener un conocimiento de libros. Incluye todo lo que es bueno, virtuoso, recto y santo. Están comprendidos el ejercicio de la temperancia, la religiosidad, la amabilidad fraterna, el amor a Dios y entre sí. Para lograr este objetivo debe prestarse atención a la educación física, mental, moral y religiosa de los niños.

La educación de los niños, en casa o en la escuela, no debiera ser como el adiestramiento de las bestias mudas, porque los niños

tienen una voluntad inteligente, la cual debiera ser dirigida para que controle todas sus facultades. Las bestias mudas necesitan adiestramiento, porque carecen de razón e intelecto. Pero a la mente humana debe enseñársele dominio propio. Se la debe educar para regir al ser humano, mientras que los animales están bajo el control de un amo, y se las entrena para sometérsele. El amo es la mente, juicio y voluntad de su bestia. Puede adiestrarse a un niño para que carezca de voluntad propia, como la bestia. Aun su individualidad puede fusionarse con la de quien supervisa su adiestramiento; a todos los efectos, su voluntad está sujeta a la voluntad de su maestro.

Los niños educados de ese modo siempre serán deficientes en energía moral y responsabilidad individual. No se les enseñó a proceder a partir de la razón y el principio; su voluntad estuvo controlada por otros, y no se puso en acción su mente para que ella se expanda y fortalezca con el ejercicio. No recibieron la dirección y disciplina que corresponden a sus respectivas constituciones y capacidades mentales, para valerse de sus facultades más fuertes cuando se las requieran. Los maestros no debieran detenerse aquí, sino dar especial atención al cultivo de las facultades más débiles, con el fin de que todas las capacidades puedan ponerse en juego y llevadas desde un grado de fortaleza a otro superior, de modo que la mente pueda alcanzar las proporciones que le corresponden.

Hay muchas familias cuyos niños parecen estar bien instruidos en tanto se hallan bajo la disciplina de adiestramiento; pero cuando el sistema que los retenía con reglas fijas se descompone, parecen incapaces de pensar, actuar o decidir por sí mismos. Estos niños estuvieron por tanto tiempo bajo una vara de hierro, sin poder pensar ni actuar por sí mismos en esas cosas en las que era sumamente apropiado que lo hicieran, que no tienen confianza en sí mismos para proceder a partir de su propio juicio, ni tienen una opinión propia. Y cuando salen de debajo de la autoridad de sus padres para actuar por sí mismos, son conducidos fácilmente por el juicio de otros en direcciones equivocadas. No tienen estabilidad de carácter. No se los dejó ejercer su propio juicio tan pronto ni en tal

grado como hubiera sido posible, y por tanto su mente no se desarrolló ni fortaleció en forma apropiada. Estuvieron controlados en forma tan absoluta por sus padres, que dependen de ellos totalmente; sus padres son mente y juicio para ellos.

Por otro lado, no debiera abandonarse a los jóvenes para que piensen y actúen en forma independiente del juicio de sus padres y profesores. Debe enseñarse a los niños a respetar el juicio de quienes tienen experiencia, y a dejarse guiar por sus padres y maestros. Debe educárselos para que su mente se una con las de sus padres y maestros, e instruidos para que puedan percibir lo apropiado de tener en cuenta el consejo de ellos. Entonces, cuando salgan de debajo de la mano guiadora de padres y maestros/profesores, su carácter no será como la caña agitada por el viento.

El severo adiestramiento de los jóvenes, sin dirigirlos apropiadamente para que piensen y actúen por sí mismos en tanto y en cuanto se lo permita su capacidad y tipo de mentalidad con el fin de poder desarrollar pensamientos, sentimientos de respeto propio, y confianza en su propia capacidad para desempeñarse, siempre producirá una clase [de jóvenes] débiles en fortaleza mental y moral. Y cuando se hallen en el mundo para actuar por sí mismos, revelarán que fueron adiestrados como animales y no educados. Sus voluntades, en lugar de ser guiadas, fueron obligadas a someterse mediante la severa disciplina de padres y profesores.

Esos padres y maestros que se jactan de tener completo control de la mente y la voluntad de los niños confiados a su cuidado, dejarían por completo sus jactancias si pudieran divisar la vida futura de los niños así sometidos por la fuerza o el temor. Estos no están preparados casi de ningún modo para participar en las severas responsabilidades de la vida. Cuando estos jóvenes ya no estén bajo la autoridad de sus padres y profesores y se les obligue a pensar y actuar por sí mismos, es casi seguro que tomarán un mal rumbo y cederán al poder de la tentación. No tienen éxito en la vida presente, y las mismas deficiencias se ven en su vida religiosa. Si

los instructores de niños y jóvenes tuvieran ante sí un gráfico de los resultados de su disciplina errónea, cambiarían su plan de educación. Ese tipo de maestros que se ufana de que tienen casi completo control de las voluntades de sus estudiantes no son los maestros de mayor éxito, aunque las apariencias por el momento sean lisonjeras.

Dios nunca se propuso que una mente humana estuviera bajo el completo control de otra. Y los que se esfuerzan por fusionar la individualidad de sus alumnos con la suya propia, y ser mente, voluntad y conciencia para ellos, asumen temibles responsabilidades. Estos estudiantes podrían, en ciertas ocasiones, parecer como soldados bien entrenados. Pero cuando desaparecen las restricciones se verá en ellos una falta de acción independiente, esa que deriva de principios firmes. Los que se proponen educar a sus alumnos de tal modo que estos vean y sientan que el poder para hacer de sí hombres y mujeres de principios firmes, capacitados para todo puesto en la vida, está en ellos mismos, son los maestros más útiles y de éxito más permanente. Su tarea puede no parecer ventajosa a la vista de los observadores poco cuidadosos, y sus labores tal vez no sean estimadas tan altamente como las del maestro que mantiene la mente y la voluntad de sus estudiantes bajo autoridad absoluta, pero la vida posterior de los estudiantes mostrará los frutos del mejor plan de educación.

Existe el peligro de que tanto los padres como los maestros dicten y emitan órdenes en demasía, al mismo tiempo que no entran lo suficiente en una relación social con sus niños o estudiantes. A menudo se mantienen aparte con demasiada reserva, y ejercen su autoridad de manera fría y carente de simpatía, con lo cual no puede ganarse el corazón de sus niños o alumnos. Si reunieran en torno suyo a los niños y les demostraran que los aman, y manifestasen interés en todos sus esfuerzos, aun en sus juegos deportivos, portándose a veces como niños entre los niños, harían muy felices a los niños, y se ganarían su amor y confianza. Y los niños pronto llegarían a respetar y amar la autoridad de sus padres y maestros.

Los hábitos y principios de un maestro debieran considerarse de importancia aun mayor que sus calificaciones académicas. Si es un cristiano sincero, sentirá la necesidad de tener interés por igual en la educación física, mental, moral y espiritual de sus estudiantes. Con el fin de ejercer la influencia correcta, debiera tener perfecto dominio propio, y su propio corazón debiera estar ricamente imbuido de amor por sus alumnos, lo cual se echará de ver en su apariencia, palabras y actos. Debiera tener firmeza de carácter, y entonces podrá moldear la mente de sus alumnos, así como instruirlos en las ciencias. La educación en la temprana juventud es la que generalmente modela el carácter para toda la vida. Los que tratan con jóvenes debieran ser muy cuidadosos al apelar a las cualidades de la mente, para saber cuál es la mejor manera de dirigir su poder de modo que ellas puedan ser ejercitadas para el mejor resultado posible.

Confinamiento estrecho en escuelas

El sistema de educación que se ha practicado por muchas generaciones ha sido destructivo para la salud y hasta para la vida misma. Muchos niños pequeños han pasado cinco horas por día en aulas mal ventiladas y sin suficiente espacio para alojar en forma saludable a los estudiantes. El aire en tales aulas pronto se vuelve veneno para los pulmones que lo inhalan. Los niños pequeños, cuyos miembros y músculos no son todavía fuertes, y cuyos cerebros no se han desarrollado, han sido confinados en interiores, lo cual los ha dañado. Muchos ya carecían desde un principio de un firme asidero en la vida. El confinamiento en la escuela día tras día los enferma y pone nerviosos. Sus cuerpos se mantienen pequeños debido a la condición exhausta de su sistema nervioso. Y si se apaga la lámpara de la vida, los padres y maestros no consideran que hayan tenido alguna influencia directa en extinguir la chispa vital. Al pararse en torno a las tumbas de sus niños, los afligidos padres entienden que su duelo es una decisión especial de la Providencia, cuando debido a una ignorancia inexcusable ha sido su propio curso de acción lo que destruyó la vida de sus niños. En estos casos el acusar a la Providencia de su muerte es una

blasfemia. Dios deseaba que los pequeños vivieran y adquirieran disciplina, para que tuvieran un carácter hermoso, y lo glorificaran en este mundo y lo alabaran en el mundo mejor.

[Ocurre que] padres y maestros, al asumir la responsabilidad de preparar a estos niños, no se sienten responsables ante Dios para llegar a familiarizarse con el organismo físico con el fin de tratar los cuerpos de sus niños y alumnos de una manera que preserve la vida y la salud. Miles de niños mueren por culpa de la ignorancia de padres y maestros. Las madres pasan demasiadas horas haciendo labores inútiles en sus propias vestimentas y las de sus niños, con propósitos de ostentación, y luego alegan que no pueden encontrar tiempo para leer y obtener la información necesaria para cuidar la salud de sus hijos. Les parece que es menos problemático confiar sus cuerpos a los doctores. Con el fin de estar a la moda y según las costumbres, muchos padres han sacrificado la salud y la vida de sus hijos.

Familiarizarse con el maravilloso organismo humano -los huesos, músculos, estómago, hígado, intestinos, corazón y poros de la piel-, y entender cómo depende un órgano de otro para la acción saludable de todos, es un estudio en el cual la mayoría de las madres no encuentran interés. No saben nada de la influencia que tiene el cuerpo sobre la mente, y la mente sobre el cuerpo. La mente, que vincula lo finito con lo infinito, parece no entendida por ellas. Cada órgano del cuerpo fue hecho para servir a la mente. La mente es la capital del cuerpo. Se permite a los niños comer carnes, especias, manteca, queso, cerdo, pasteles recargados y condimentos en general. También se les permite comer en forma irregular y entre horas alimentos poco sanos. Estas cosas realizan su tarea de desarreglar el estómago, excitando los nervios a una acción antinatural y debilitando el intelecto. Los padres no se dan cuenta de que están sembrando las semillas que producirán enfermedad y muerte.

Se ha arruinado para toda la vida a muchos niños por causa de estimular el intelecto y descuidar el fortalecer las facultades físicas.

Muchos han muerto en la infancia por causa de la costumbre que siguen padres y maestros faltos de buen juicio al forzar sus intelectos juveniles, mediante la adulación o el temor, cuando no tenían edad suficiente para estar dentro del aula. Su mente ha sido recargada con lecciones, cuando no se la debiera haber hecho entrar en acción, sino retenerla hasta que su constitución física fuera lo suficientemente fuerte como para resistir el esfuerzo mental. Los niños pequeños debieran ser dejados libres como corderitos para corretear al aire libre, para estar libres y ser felices, y se les debieran conceder las oportunidades más favorables para cimentar constituciones [físicas] fuertes.

Los padres debieran ser los únicos maestros de sus hijos hasta que alcancen los 8 o 10 años de edad. Tan pronto como su mente pueda comprenderlo, los padres debieran abrir ante sus hijos el gran libro de Dios de la naturaleza. La madre debiera tener menos amor por lo artificial en su casa, y por la preparación de su vestimenta para lucirse, y debiera encontrar tiempo para cultivar, en sí misma y sus hijos, un amor por los hermosos capullos y flores que se están abriendo. Al llamar la atención de sus hijos a los diferentes colores y variedad de formas, puede darles a conocer a Dios, quien hizo todas las cosas hermosas que los atraen y deleitan. Puede conducir su mente hacia el Creador, y despertar en sus joven corazón el amor por su Padre celestial, quien manifestó tan grande amor por ellos. Los padres pueden relacionar a Dios con todas sus obras creadas. La única aula para los niños de 8 a 10 años debiera estar al aire libre, entre las flores que se abren y el hermoso escenario de la naturaleza. Y el único libro de texto debiera ser los tesoros de la naturaleza. Estas lecciones, impresas en la mente de los niños aun tiernos en medio de las escenas agradables y atractivas de la naturaleza, no serán echadas pronto al olvido.

Para que niños y jóvenes tengan salud, buen ánimo, vivacidad y músculos y cerebros bien desarrollados, debieran estar mucho al aire libre, y tener ocupaciones y recreaciones bien reguladas. Los niños y jóvenes mantenidos en la escuela y confinados a los libros no pueden tener constituciones físicas sanas. El ejercicio del

cerebro al estudiar, sin el ejercicio físico correspondiente, tiene la tendencia a atraer la sangre al cerebro, y la circulación de la sangre en el organismo queda desequilibrada. El cerebro tiene demasiada sangre, y las extremidades muy poca. Debiera haber reglas que regulen sus estudios para determinadas horas, y luego una porción de su tiempo debiera ocuparse en tareas físicas. Y si sus hábitos de alimentación, vestimenta y sueño concuerdan con las leyes físicas, pueden obtener una educación que no sacrifique la salud física y mental.

Decadencia física de la raza humana

El libro del Génesis da un informe bien definido de la vida social e individual, y sin embargo no encontramos registro de que algún niño naciera ciego, sordo, lisiado, deforme o imbécil. No hay ejemplo registrado de muerte natural en la infancia, niñez o adultez temprana. No se informa de hombres o mujeres que murieran de enfermedades. Las noticias necrológicas en Génesis tienen la siguiente forma: “Así que Adán vivió novecientos treinta años, y murió”. “Todos los días de Set fueron novecientos doce años, y murió”. Con respecto a otros, el registro [bíblico] declara [parafraseando]: “Vivió hasta una edad avanzada, y murió”. Era tan raro que un hijo muriera antes que su padre, que tal suceso fue considerado digno de nota: “Harán murió antes que su padre Taré”. Harán había tenido hijos antes de morir [Gén. 5:5, 8; 11:28].

Dios había dotado al hombre con tanta fuerza vital que resistió la acumulación de enfermedades, las cuales recayeron sobre la raza humana como consecuencia de hábitos pervertidos y ha continuado por seis mil años. Este hecho de por sí es suficiente para darnos evidencia de la fortaleza y energía eléctrica que Dios dio al hombre en su creación. Le llevó más de dos mil años de delitos y gratificaciones de las bajas pasiones el traer enfermedades corporales de consideración sobre la raza. Si Adán, al ser creado, no hubiera tenido 20 veces más fuerza vital que la que los hombres tienen hoy, la raza [humana], con sus hábitos actuales de vida en violación de las leyes naturales, ya se habría extinguido. Para

tiempos de la primera venida de Cristo, la raza había degenerado tan rápido que a esa generación la oprimía un cúmulo de enfermedades, con su consiguiente carga de dolor y un peso de miseria inexpresable.

Se me presentó la miserable condición del mundo al presente. Desde la caída de Adán, la raza humana ha estado degenerándose. Me fueron presentadas algunas de las razones para la condición, deplorable al presente, de hombres y mujeres formados en la imagen de Dios. Y el sentido de cuánto hay que hacer para detener, siquiera en parte, la decadencia física, mental y moral hizo que mi corazón enfermara y desfalleciera. Dios no creó la raza en su débil condición actual. Este estado de cosas no es obra de la Providencia sino obra del hombre; lo han producido los malos hábitos y abusos, por violar las leyes que Dios hizo para gobernar la existencia del hombre. Mediante la tentación a gratificar el apetito cayeron Adán y Eva de su sitial elevado, santo y feliz. Y es mediante la misma tentación que la raza se ha debilitado. Han permitido que el apetito y la pasión se sentaran en el trono y subyugaran la razón y el intelecto.

La violación de las leyes físicas, y la consecuencia, el sufrimiento humano, han prevalecido tanto tiempo que hombres y mujeres consideran el actual estado de enfermedad, sufrimiento, debilidad y muerte prematura como la suerte que le fuese asignada a la humanidad. El hombre salió de la mano de su Creador perfecto y hermoso en su forma, y tan lleno de fuerza vital que pasaron más de 1.000 años antes que los apetitos corrompidos y las pasiones, y las violaciones de las leyes físicas en general, se experimentaran sensiblemente en la raza. Las generaciones más recientes han sentido la opresión de la fragilidad y enfermedad en forma cada vez más rápida y pesada con cada generación. Las fuerzas vitales se han estado debilitado en gran manera por la gratificación del apetito y la pasión libidinosa.

Los patriarcas desde Adán hasta Noé, con pocas excepciones, vivieron cerca de 1.000 años. Desde los días de Noé el lapso de

vida se ha ido acortando. Los que sufrían de enfermedades eran llevados a Cristo desde toda ciudad y aldea para que él los sanara; porque estaban afligidos con toda clase de enfermedades. Y la enfermedad ha estado aumentando firmemente a través de las sucesivas generaciones desde aquella época. Por causa de la continuada violación de las leyes de la vida, la mortalidad ha aumentado de manera espantosa. Los años del hombre se han acortado de tal manera, que la generación actual pasa a la tumba a una edad mucho menor que la edad en la cual las generaciones que vivieron los primeros miles de años, a partir de la creación, salían del escenario de acción.

Se han transmitido enfermedades de padres a hijos, de generación en generación. Infantes que están en la cuna son afligidos miserablemente por causa de los pecados de los padres, lo cual ha disminuido su fuerza vital. Sus hábitos erróneos en el comer y el vestir, y su disipación en general, son transmitidos como una herencia a sus hijos. Muchos nacen dementes, deformes, ciegos, sordos y, una clase muy numerosa, deficientes mentales. La extraña ausencia de principios que caracteriza a esta generación, que se manifiesta en su falta de atención a las leyes de la vida y la salud, es asombrosa. Prevalece la ignorancia en cuanto a este tema, mientras la luz brilla a su alrededor. En el caso de la mayoría, la ansiedad principal es: ¿Qué comeré? ¿Qué beberé? ¿Con qué me vestiré? A pesar de todo lo que se ha dicho y escrito en cuanto a cómo debiéramos tratar nuestros cuerpos, el apetito es la gran ley que gobierna a hombres y mujeres en general.

Las facultades morales están debilitadas, porque hombres y mujeres no quieren vivir de acuerdo con las leyes de la salud, ni hacer de este gran tema un deber personal. Los padres legan a su prole sus propios hábitos pervertidos, y las enfermedades repulsivas corrompen la sangre y debilitan al cerebro. La mayoría de los hombres y las mujeres sigue en la ignorancia de las leyes de su ser, y gratifica el apetito y la pasión a expensas del intelecto y la moralidad, y parece dispuesta a permanecer en la ignorancia sobre el resultado de su violación de las leyes de la naturaleza. Gratifican

el apetito depravado al usar venenos lentos, los cuales corrompen la sangre y minan las fuerzas nerviosas, y en consecuencia atraen sobre sí mismos enfermedad y muerte. Sus amigos llaman al resultado de este curso de conducta una decisión de la Providencia. En esto insultan al Cielo. Se han rebelado contra las leyes de la naturaleza, y sufren el castigo por violar de ese modo sus leyes. El sufrimiento y la mortalidad ahora prevalecen por doquiera, especialmente entre los niños. ¡Cuán grande es el contraste entre esta generación y quienes vivieron durante los primeros 2.000 años!

Importancia de la educación en el hogar

Pregunté si esta marejada de ayes no podría prevenirse, y hacerse algo para salvar a la juventud de esta generación de la ruina que la amenaza. Se me mostró que una de las grandes causas de este deplorable estado de cosas existente es que los padres no se sienten obligados a criar a sus hijos en conformidad con las leyes físicas. Las madres aman a sus hijos con un amor idolátrico, y gratifican el apetito de ellos cuando saben que eso dañará su salud y les acarreará enfermedad e infelicidad. Esta cruel bondad se manifiesta en gran medida en la actual generación. Se satisfacen los deseos de los niños a expensas de la salud y el temperamento feliz, porque es más fácil para la madre, por el momento, gratificarlos que negarles esas cosas por las cuales claman.

De ese modo las madres están sembrando la semilla que brotará y dará fruto. No se educa a los niños para negar sus apetitos y restringir sus deseos. Entonces se vuelven egoístas, exigentes, desobedientes, ingratos y sin santidad. Las madres que están haciendo esta obra cosecharán con amargura el fruto de la semilla que han sembrado. Han pecado contra el Cielo y contra sus hijos, y Dios las tendrá por responsables.

Si la educación durante generaciones anteriores hubiera seguido un plan totalmente diferente, la juventud de esta generación no sería tan depravada e indigna. Los administradores y docentes de las escuelas debieran haber sido los que entienden de fisiología, y quienes tuvieran interés no sólo en educar a la juventud en las

ciencias, sino en enseñarles cómo preservar la salud, para así poder usar su conocimiento de la mejor manera posible después de haberlo obtenido. Debieran haberse relacionado con las escuelas establecimientos donde se realizaran distintos ramos de trabajo, para que los estudiantes pudieran tener un empleo y el ejercicio necesario fuera de las horas de clase.

El empleo y las distracciones de los estudiantes debiera haberse regulado con respecto a las leyes físicas, y adaptados para preservar en ellos el tono saludable de todas las facultades del cuerpo y la mente. Entonces se hubiera obtenido un conocimiento práctico de los negocios mientras se lograba la educación académica. Las sensibilidades morales de los estudiantes en la escuela debieron haber sido despertadas para ver y sentir que tienen responsabilidades hacia la sociedad, y que debieran vivir en obediencia a las leyes de la naturaleza, de modo que, con su existencia e influencia, por precepto y por ejemplo, ellos pudieran ser de provecho y bendición a la sociedad. Se debiera hacer comprender a la juventud que todos tienen una influencia que está constantemente gravitando sobre la sociedad, ya sea para mejorar y elevar, o para disminuir y degradar. El primer estudio de los jóvenes debiera ser conocerse a sí mismos y cómo mantener sanos sus cuerpos.

Muchos padres mantienen a sus hijos en la escuela prácticamente el año completo. Estos niños siguen la rutina del estudio en forma mecánica, pero no retienen lo que aprenden. Muchos de estos estudiantes permanentes parecen casi destituidos de vida intelectual. La monotonía del estudio continuo cansa su mente, y se interesan poco por sus lecciones; para muchos la aplicación a los libros les resulta dolorosa. No tienen un amor interior hacia el pensamiento ni una ambición de adquirir conocimientos. No fomentan en sí mismos hábitos de reflexión e investigación.

Los niños están muy necesitados de una educación apropiada con el fin de poder ser útiles en el mundo. Pero todo esfuerzo que exalte la cultura intelectual por encima de la educación moral está mal

dirigido. Instruir, cultivar, pulir y refinar a los jóvenes y los niños debiera ser la preocupación principal de padres y docentes. Hay pocos razonadores profundos y pensadores lógicos, y la razón es que influencias erróneas han trabado el desarrollo del intelecto. La suposición de padres y docentes de que el estudio continuo fortalecerá el intelecto ha demostrado ser falsa, pues en muchos casos ha tenido el efecto opuesto.

En la temprana educación de los niños, muchos padres y maestros no alcanzan a comprender que se necesita dar la mayor atención a la constitución física, con el fin de poder asegurar una sana condición del cuerpo y el cerebro. Ha sido costumbre alentar a los niños para que asistan a la escuela cuando aun son meros párvulos necesitados del cuidado materno. Con tan tierna edad, frecuentemente se los hacina en aulas mal ventiladas, donde se sientan en mala postura sobre bancos mal construidos, y como resultado los jóvenes y tiernos cuerpos de algunos se han deformado.

La disposición y hábitos de la juventud se manifestarán muy probablemente en la adultez madura. Puede torcerse un árbol joven en casi cualquier forma que se elija, y si permanece y crece como se lo torció, será un árbol deformado, y mostrará siempre el daño y abuso recibido de manos del hombre. Usted puede intentar, tras años de crecimiento, enderezar el árbol, pero todos sus esfuerzos serán inútiles. Siempre será un árbol torcido. Lo mismo ocurre con la mente de los jóvenes. Debiera formárselos con cuidado y delicadeza desde la niñez. Se los puede formar en la dirección correcta o incorrecta, y en su vida futura mantendrán el rumbo en que se los dirigió en su juventud. Los hábitos formados en los jóvenes crecerán al crecer ellos y se fortalecerán cuando ellos se fortalezcan, y por lo general se mantendrán en la vida futura, sólo que se volverán continuamente más fuertes.

Vivimos en una era cuando casi todo es superficial. Hay poca estabilidad y firmeza de carácter, porque la formación y educación de los niños desde la cuna es superficial. Su carácter está

cimentado en arenas movedizas. La abnegación y autocontrol no han sido moldeados en su carácter. Se los ha mimado y gratificado hasta que se los echó a perder para la vida práctica. El amor al placer controla las mentes, y se adula a los niños y se los consiente para su ruina. Debiera formarse y educarse a los niños de tal modo que den por hecho que vendrán tentaciones, y calculen que tendrán que enfrentar dificultades y peligros. Debiera enseñárseles a tener autocontrol, y a vencer dificultades noblemente; y si no corren voluntariamente hacia el peligro, ni se colocan innecesariamente en el camino de la tentación; si evitan las malas influencias y las compañías viciosas, y aun cuando las circunstancias los obligue a estar con compañías peligrosas, mostrarán fortaleza de carácter para defender lo correcto y preservar los principios, y saldrán en la fortaleza de Dios con su moral sin mancha. Si los jóvenes han sido educados en forma apropiada, y confían en Dios, sus facultades morales resistirán las pruebas más severas.

Pero pocos padres se dan cuenta de que sus hijos son lo que su ejemplo y disciplina han hecho que sean, y que son responsables por el carácter que desarrollen sus hijos. Si el corazón de los padres cristianos estuviera sujeto en obediencia a la voluntad de Cristo, obedecerían la orden del Maestro celestial: “Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” [Mat. 6:33]. Si los que profesan ser seguidores de Cristo hicieran únicamente esto, darían no sólo a sus hijos, sino al mundo incrédulo, ejemplos que representarían correctamente la religión de la Biblia.

Si los padres cristianos vivieran en obediencia a los requerimientos del Maestro divino se mantendrían sencillos en comida y vestimenta, y vivirían más de acuerdo con las leyes naturales. No dedicarían tanto tiempo a la vida artificial, en buscarse preocupaciones y cargas que Cristo no puso sobre ellos, sino que positivamente les pidió que evitaran. Si el reino de Dios y su justicia fuera la preocupación primera y de mayor importancia para los padres, muy poco tiempo se perdería en adornos exteriores innecesarios, al tiempo que la mente de sus hijos queda descuidada casi por

completo. El tiempo precioso que muchos padres dedican a vestir a sus hijos para ostentarlo en los escenarios de entretenimiento sería mejor empleado, mucho mejor empleado, en cultivar su propia mente con el fin de poder ser competentes para educar apropiadamente a sus hijos. No es esencial para la salvación ni para la felicidad de esos padres que usen el precioso tiempo de gracia que Dios les ha concedido a engalanarse, conversar con amigos y chismear.

Muchos padres alegan que tienen tanto para hacer que no tienen tiempo para enriquecer su mente, para educar a sus hijos para la vida práctica o para enseñarles cómo pueden llegar a ser corderos del redil de Cristo. No será sino en el ajuste final de cuentas, cuando se decidan los casos de todos y se exponga a nuestra vista toda nuestra vida en presencia de Dios y del Cordero y de todos los santos ángeles, que los padres se darán cuenta del valor casi infinito del tiempo mal empleado. Muchos verán entonces que su mal camino determinó el destino de sus hijos. No sólo descuidaron obtener para sí las palabras de encomio del Rey de gloria –“Bien, buen siervo y fiel... entra en el gozo de tu Señor” [Mat. 25:21]–, sino que oirán que se pronuncia sobre sus hijos la terrible denuncia: “Apartaos de mí” [v. 41], la cual separa a sus hijos para siempre de los gozos y glorias del Cielo y de la presencia de Cristo. Y ellos también reciben la denuncia: Apártate, “siervo malo y negligente” [v. 26]. Cristo nunca dirá “Bien hecho” a quienes no se han ganado ese “Bien hecho” con una fiel vida de abnegación y sacrificio para el bien de otros y para promover la gloria de él. Los que viven principalmente para agradarse a sí mismos en vez de hacer el bien a otros, sufrirán una pérdida infinita.

Si pudiera suscitarse en los padres el sentido de la temible responsabilidad que descansa sobre ellos en la tarea de educar a sus hijos, dedicarían más tiempo a la oración y menos a la ostentación innecesaria. Reflexionarían, estudiarían y orarían fervientemente a Dios en busca de sabiduría y auxilio divino con el fin de educar a sus hijos para que puedan desarrollar un carácter que Dios aprobará. Su ansiedad no sería la de saber cómo educar a

sus hijos para que sean alabados y honrados por el mundo, sino la de cómo educarlos para que formen un carácter hermoso que Dios pueda aprobar.

Se necesita mucho estudio y ferviente oración en busca de sabiduría celestial para saber cómo tratar con mentes juveniles, pues mucho depende de la dirección que los padres den a la mente y la voluntad de sus hijos. Dar equilibrio a su mente en la dirección y el momento correctos es una tarea de la mayor importancia, porque el destino eterno de ellos puede depender de las decisiones que tomen en momentos críticos. Entonces, cuán importante es que la mente de los padres esté tan libre como sea posible del afán perturbador y cansador por las cosas materiales, para que puedan pensar y actuar con serena consideración, sabiduría y amor, y hagan de la salvación del alma de sus hijos la primera y más alta consideración. El gran propósito que debieran perseguir los padres para sus queridos hijos debiera ser el adorno interior. Los padres no pueden permitir que las visitas y los extraños reclamen su atención, y al robarles el tiempo, que es el gran capital de la vida, les hagan imposible dar a sus hijos cada día la paciente instrucción que deben recibir para llevar su mente en desarrollo en la dirección correcta.

Esta vida es demasiado corta para derrocharla en diversiones vanas y sin sentido, en visitas improductivas, en vestimentas innecesarias para ostentar, o en entretenimientos apasionantes. No nos podemos permitir derrochar el tiempo que Dios nos dio para que fuésemos de bendición para otros, y para que nos hiciésemos de un tesoro en el Cielo. No nos sobra el tiempo para realizar los deberes necesarios. Debiéramos emplear tiempo para cultivar nuestra mente y corazón, con el fin de estar capacitados para la obra de nuestra vida. Al descuidar estos deberes esenciales, y conformarnos a los hábitos y costumbres de la sociedad mundana y a la moda, hacemos mucho daño a nuestros hijos y a nosotros mismos.

Las madres que tienen mentes jóvenes para educar, y caracteres infantiles para formar, no debieran buscar la excitación mundana con el fin de estar animosas y felices. Tienen una tarea importante

en la vida, y ellas y los suyos no deben permitirse gastar el tiempo sin provecho. El tiempo es uno de los talentos importantes que Dios nos confió, y por el cual nos llamará a dar cuenta. Desperdiciar el tiempo es desperdiciar el intelecto. Las facultades de la mente son susceptibles de cultivo refinado. Es el deber de las madres cultivar su mente y mantener puro su corazón. Debieran aprovechar todos los medios a su alcance para desarrollarse intelectual y moralmente, con el fin de estar capacitadas para desarrollar la mente de sus hijos. Las que gratifican su disposición a estar acompañadas, pronto se sentirán inquietas a menos que estén de visita o recibiéndolas. Las tales no tienen el poder de adaptación a las circunstancias. Los deberes indispensables y sagrados del hogar les parecen vulgares y carentes de interés. No tienen amor por el autoexamen o la disciplina propia. La mente siente apetito por las escenas excitantes y variadas de la vida mundana; descuida a los hijos para gratificar las inclinaciones, y el ángel registrador escribe: “Siervas inútiles”. Dios se propone que nuestra mente no carezca de propósito, sino que realice el bien en esta vida.

Si los padres sintieran que es un deber solemne que les ha impuesto Dios el educar a sus hijos para que sean útiles en esta vida; si adornaran el templo interior del alma de sus hijos e hijas para la vida inmortal, veríamos un gran cambio para bien en nuestra sociedad. No se manifestaría entonces tanta indiferencia por la piedad práctica, y no sería tan difícil suscitar la sensibilidad moral de los niños para que entiendan los deberes que tienen hacia Dios. Pero los padres se vuelven cada vez más y más descuidados en la educación de los hijos en los aspectos prácticos. Muchos padres permiten que sus hijos formen hábitos erróneos y sigan sus propias inclinaciones, y no hacen vívido en su mente el peligro de hacer eso ni la necesidad de estar controlados por principios.

Es frecuente que los niños comiencen una parte de su trabajo con entusiasmo pero, al desconcertarse o cansarse de él, deseen cambiar y emprender algo nuevo. De este modo pueden emprender varias cosas, enfrentarse con un poco de desánimo y abandonarlas; pasan así de una cosa a la otra sin perfeccionar nada. Los padres

no debieran permitir que el amor por la variedad controle a sus hijos. No debieran ocuparse tanto en otras cosas que no tengan tiempo para disciplinar con paciencia las mentes en desarrollo. Unas pocas palabras de aliento, o un poco de ayuda en el momento justo, puede hacerlos superar su dificultad y desánimo, y la satisfacción que derivarán de ver completa la labor asumida los estimulará a mayores esfuerzos.

Muchos niños, por falta de palabras de ánimo y un poco de ayuda en sus esfuerzos, se descorazonan y cambian de una cosa a la otra. Y mantienen este triste defecto en su vida madura. No pueden lograr éxito en ninguna cosa que emprenden, porque no se les ha enseñado a perseverar bajo circunstancias desalentadoras. De ese modo la vida entera de algunas personas resulta un fracaso, porque no tuvieron la disciplina correcta cuando eran jóvenes. La educación recibida en la niñez y juventud afecta toda la carrera de negocios en la vida madura, y su experiencia religiosa lleva una estampa similar.

Trabajo físico para los estudiantes

En el plan actual de educación se abre una puerta de tentación a la juventud. Aunque en general tienen muchas horas de estudio, tienen también muchas horas sin nada que hacer. Estas horas de ocio a menudo se las emplea de manera irresponsable. El conocimiento de malos hábitos se comunica de un estudiante a otros, y el vicio aumenta grandemente. Muchísimos jóvenes que han sido instruidos en religión en su casa, y que salen a los colegios comparativamente inocentes y virtuosos, se corrompen al asociarse con compañeros viciosos. Pierden el respeto propio y sacrifican nobles principios. Entonces están listos para emprender el camino descendente; porque tanto han abusado de sus conciencias que el pecado no les parece excesivamente pecaminoso. Estos males, que existen en los colegios conducidos de acuerdo con el plan actual, podrían remediarse en gran medida si se combinara el estudio con el trabajo. Los mismos males existen en las instituciones superiores, sólo que en un grado aun mayor, porque muchos jóvenes han sido educados en el vicio y sus conciencias están cauterizadas.

Muchos padres sobreestiman la estabilidad y las buenas cualidades de sus hijos. No parecen considerar que estarán expuestos a las influencias engañosas de los jóvenes viciosos. Los padres tienen sus temores al enviarlos a cierta distancia a un colegio, pero se felicitan pensando que como han tenido buenos ejemplos e instrucción religiosa, serán fieles a los principios en la vida de colegio. Muchos padres tienen una idea muy vaga de hasta qué punto existe una vida licenciosa en estas instituciones educativas. En muchos casos los padres han trabajado duramente y sufrido muchas privaciones con el fin acariciado de que sus hijos obtengan una educación completa. Y después de todos sus esfuerzos, muchos tienen la amarga experiencia de recibir a sus hijos de vuelta de su curso de estudios con hábitos disolutos y un organismo arruinado. Y frecuentemente son irrespetuosos para con sus padres, ingratos y sin santidad. Estos padres maltratados, recompensados de esa manera por hijos ingratos, se lamentan de haber enviado lejos sus hijos para ser expuestos a tentaciones, y que regresaran arruinados física, mental y moralmente. Con esperanzas chasqueadas y corazón casi quebrantado ven a sus hijos, de quienes abrigaban grandes esperanzas, seguir una conducta de vicio y arrastrar una existencia miserable.

Pero existen también algunos de principios firmes, que responden a las expectativas de padres y docentes. Siguen su curso académico con conciencia limpia, y regresan con buena constitución física y la moral sin mancha de influencias corruptoras. Pero el número de estos es pequeño.

Algunos estudiantes ponen todo su empeño en sus estudios, y concentran su mente en el propósito de conseguir una educación. Hacen trabajar el cerebro, pero dejan inactivas las facultades físicas. El cerebro resulta recargado, y los músculos se debilitan por falta de ejercicio. Cuando estos estudiantes se gradúan es evidente que han obtenido su educación a expensas de la vida. Estudiaron día y noche, año tras año, manteniendo su mente siempre tensa, mientras omitían dar suficiente ejercicio a sus músculos. Sacrifican todo por un conocimiento de las ciencias, y desfilan hacia sus tumbas.

Las jovencitas frecuentemente se entregan al estudio, descuidando otros ramos de la educación que son aun más esenciales para la vida práctica que el estudio de libros. Y después de haber obtenido una educación, a menudo son inválidas de por vida. Han descuidado su salud al permanecer demasiado tiempo encerradas, privadas del aire puro del cielo y de la luz del sol que da Dios. Estas jovencitas podrían haber salido de sus colegios con salud, si hubieran combinado con sus estudios las labores domésticas y se hubieran ejercitado al aire libre.

La salud es un gran tesoro. Es la posesión más rica que pueden tener los mortales. La riqueza, el honor o la erudición se paga demasiado caro si es al precio del vigor de la salud. Ninguno de esos logros puede asegurarnos la felicidad si falta la salud. Es un terrible pecado abusar de la salud que Dios nos ha dado, porque cada abuso de la salud nos debilita de por vida, y nos hace perdedores, aun si conseguimos alguna cierta cantidad de educación.

En muchos casos los padres pudientes no sienten la importancia de dar a sus hijos una educación en los deberes prácticos de la vida así como en las ciencias. No ven la necesidad, para el bien de la mente y la moral de sus hijos, y para su utilidad futura, de darles una comprensión plena del trabajo útil. Se lo deben a sus hijos para que, en caso de que vengan desgracias, puedan salir adelante con noble independencia, sabiendo cómo usar sus manos. Si tienen un capital de fuerzas, no pueden ser pobres, aun si no tienen un solo peso. Muchos que en la juventud estuvieron en circunstancias pudientes pueden ser despojados de todas sus riquezas y quedar con padres y hermanos que dependan de ellos para su subsistencia. Entonces, ¡cuán importante es que todo joven esté educado para trabajar, con el fin de estar preparado para cualquier emergencia! De hecho, las riquezas son una maldición cuando los poseedores permiten que sean un obstáculo para que sus hijos e hijas obtengan un conocimiento del trabajo útil, con el fin de poder estar preparados para la vida práctica.

Los que no tienen obligación de trabajar, a menudo no practican el suficiente ejercicio activo para la salud física. Los jóvenes, por falta de ocupar su mente y sus manos en el trabajo activo, adquieren hábitos de indolencia, y a menudo obtienen lo más temible: una educación en la calle, vagabundeando por las tiendas, fumando, bebiendo y jugando a las cartas.

Las jovencitas suelen leer novelas, excusándose de los trabajos activos porque tienen salud delicada. Su debilidad es el resultado de la falta de ejercicio en los músculos que Dios les ha dado. Puede que piensen que son muy débiles para realizar las tareas domésticas, estando dispuestas a hacer labores de crochet y encaje, y así preservar la delicada palidez de sus rostros y manos, mientras que sus agobiadas madres trabajan duro para lavar y planchar sus prendas de vestir. Estas damiselas no son cristianas, pues transgreden el quinto mandamiento. No honran a sus padres. Sin embargo, la madre es la que lleva más culpa. Ha consentido a sus hijas y las ha eximido de llevar su parte en los deberes hogareños, hasta que el trabajo les ha resultado desagradable y aman y disfrutan del ocio delicado. Comen, duermen, leen novelas y hablan de modas, mientras llevan una vida inútil.

En muchos casos la pobreza es una bendición, porque impide que niños y jóvenes sean arruinados por la inacción. Las facultades físicas, así como las mentales, deben ser cultivadas y desarrolladas como corresponde. La primera y constante preocupación de los padres debiera ser que sus hijos tengan constituciones físicas firmes, para que puedan ser hombre y mujeres sanos. Es imposible lograr este objetivo sin ejercicio físico. Para su propia salud física y bien moral, debe enseñarse a los niños a trabajar, aun cuando no sea indispensable desde el punto de vista de las necesidades. Si se quiere que tengan un carácter puro y virtuoso, deben tener la disciplina del trabajo bien regulado, ese que haga ejercitar todos los músculos. La satisfacción que obtendrán los niños por ser útiles, y en privarse de cosas para ayudar a otros, será el placer más sano que jamás hayan disfrutado. ¿Por qué habrían de privarse los ricos, y privar a sus queridos hijos, de esta gran bendición?

Padres, la inacción es la mayor maldición que recayó alguna vez sobre la juventud. No debe permitirse a vuestras hijas seguir en cama hasta tarde en la mañana, pasar durmiendo las preciosas horas que Dios les ha otorgado para el mejor propósito, y por las cuales tendrán que darle cuenta. La madre les hace un gran daño a sus hijas al cargar con los deberes que ellas debieran compartir para su propio bien presente y futuro. La conducta que siguen muchos padres al dejar que sus hijos sean indolentes, y gratifiquen su deseo de leer novelas románticas, los hace ineptos para la vida real. La lectura de novelas y cuentos son los mayores males que pueden permitirse los jóvenes. Las lectoras de novelas e historias de amor nunca se vuelven madres buenas y prácticas. Hacen castillos en el aire y viven en un mundo irreal, imaginario. Se vuelven sentimentales y adquieren gustos enfermizos. Su vida artificial las echa a perder para todo lo útil. Les empequeñece el intelecto, aunque puedan creerse superiores en mentalidad y modales. El ejercicio en las tareas domésticas es del mayor provecho para las jovencitas.

El trabajo físico no impide el cultivo del intelecto; lejos de eso. Las ventajas que se obtienen mediante el trabajo físico dan equilibrio a la persona e impiden que se sobrecargue la mente. La faena recaerá en los músculos y aliviará el cerebro cansado. Hay muchas jovencitas lánguidas e inútiles que consideran que no es de damas hacer trabajos activos. Pero su carácter es demasiado transparente como para que las personas de buen juicio se engañen con respecto a su falta de verdaderos méritos. Se la pasan en sonrisitas y risitas, y son todo artificialidad. Dan la impresión de que no pueden decir lo que tienen que decir en forma simple y directa, sino que torturan todo lo que dicen con un habla aniñada y sonrisitas. ¿Eso es ser damas? No nacieron bobas, sino que se las educó así. No hace falta que una mujer sea una cosa frágil, desvalida, con ropa demasiado elegante y con sonrisitas tontas para ser una dama. Hace falta un cuerpo sano para tener un intelecto sano. La salud física, y un conocimiento práctico de todos los deberes domésticos necesarios, jamás será óbice para un intelecto bien desarrollado; ambas cosas son altamente importantes para una dama.

Todas las facultades de la mente debieran ser puestas en servicio y desarrolladas, con el fin de que los hombres y las mujeres tengan mentes bien equilibradas. El mundo está lleno de hombres y mujeres unilaterales, que se han vuelto así porque un conjunto de sus facultades fue cultivado, mientras los otros se atrofiaron por la inacción. La educación de la mayoría de los jóvenes es un fracaso. Estudian en exceso, mientras descuidan lo que pertenece a la vida práctica de los ocupaciones. Hombres y mujeres tienen hijos sin tomar en consideración sus responsabilidades, y su prole se hunde en la escala de deficiencia humana aun más bajo que ellos mismos. De ese modo la raza [humana] degenera velozmente. La constante aplicación al estudio, tal como se lo gestiona actualmente en las escuelas, hace ineptos a los jóvenes para la vida práctica. La mente humana necesita acción. Si no está activa en la dirección correcta, lo estará en la incorrecta. Para preservar el equilibrio de la mente, en las escuelas debieran estar unidos el trabajo y el estudio.

En las generaciones pasada debiera haberse provisto una educación a escala mayor. En relación con las escuelas debieron haberse puesto establecimientos agrícolas y fabriles. Debió haber también docentes en labores domésticas. Y una porción del tiempo de cada día debió dedicarse al trabajo, para que las facultades físicas y mentales fueran ejercitadas por igual. Si se hubieran establecido las escuelas en base a este plan, no habría hoy tantas mentes desequilibradas.

Dios preparó para Adán y Eva un jardín hermoso. Les brindó todo lo que requerían sus necesidades. Plantó árboles frutales de todo tipo. Con mano generosa los rodeó de sus dones. Los árboles que eran para utilidad y belleza, y las hermosas flores que surgían espontáneamente y se abrían en rica profusión en torno a ellos, no debían conocer nada de deterioro. Adán y Eva eran verdaderamente ricos. Poseían el Edén. Adán era el señor de su hermoso dominio. Nadie podía cuestionar el hecho de que era rico. Pero Dios sabía que Adán no podía ser feliz a menos que tuviera una ocupación. Por tanto le dio algo que hacer: debía labrar el jardín.

Si los hombres y mujeres de esta era degenerada tienen una gran cantidad de tesoros terrenales, que en comparación con el paraíso de hermosura y riqueza dado al señorial Adán es muy insignificante, sienten que están por encima del trabajo y educan a sus hijos para que lo consideren degradante. Estos padres ricos, por precepto y ejemplo, inculcan en sus hijos que el dinero es lo que los hace damas y caballeros. Pero nuestra idea de caballero y dama debe estar medida por los valores intelectuales y morales. Dios no valora en base a la vestimenta. La exhortación del inspirado apóstol Pedro es: “Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible adorno de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios” [1 Ped. 3:3, 4]. El espíritu afable y apacible es encomiado por encima de la honra o las riquezas mundanas.

El Señor ilustra en cuánto estima la riqueza terrenal, que eleva a sus almas a la vanidad por causa de sus posesiones terrenales, mediante el hombre rico que derribó sus graneros para edificar mayores con el fin de tener espacio para almacenar sus bienes. Olvidándose de Dios, omitió reconocer de dónde provenían todas sus posesiones. No ascendían acciones de gracias a su generoso benefactor. Se congratulaba a sí mismo diciéndose: “Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; descansa, come, bebe y regocíjate”. El Maestro, que le había confiado riquezas terrenales con las cuales ser de bendición a sus prójimos y glorificar a su Hacedor, se indignó con justicia ante su ingratitud y le dijo: “Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma, y lo que has guardado, ¿de quién será? Así es el que hace para sí tesoro y no es rico para con Dios” [Luc. 12:19-21]. Aquí tenemos una ilustración de cómo estima el Dios infinito al hombre. Una fortuna extensa, o riquezas en cualquier grado, no conseguirán el favor de Dios. Todos estos dones y bendiciones proceden de él para comprobar, poner a prueba y desarrollar el carácter del hombre.

Los hombres pueden tener riquezas ilimitadas, pero si no son ricos para con Dios, si no tienen interés en obtener para sí mismos los

tesoros celestiales y la sabiduría divina, su Creador los considera necios, y los dejamos allí donde Dios los deja. El trabajo es una bendición. Es imposible gozar de salud sin trabajar. Todas las facultades debieran ser empleadas para que se desarrollen en forma apropiada, y para que hombres y mujeres tengan mentes bien equilibradas. Si se hubiese dado a los jóvenes una educación bien acabada en los diferentes ramos del trabajo, si se les hubiera enseñado a trabajar como se les enseñó las ciencias, su educación les habría sido de más provecho.

Tener el cerebro en constante tensión mientras los músculos están inactivos debilita los nervios, y los estudiantes adquieren un deseo casi incontrolable de variación y diversiones emocionantes. Y cuando se los deja libres, después de estar confinados al estudio varias horas por día, son casi salvajes. Muchos nunca estuvieron sujetos a control en su casa. Se los dejó seguir sus inclinaciones, y piensan que la restricción de las horas diarias de estudio es una carga pesada; y al no tener nada que hacer fuera de esas horas, Satanás sugiere deportes y travesuras para variar de ocupación. La influencia de estos estudiantes sobre otros es desmoralizadora. Los estudiantes que no tuvieron el beneficio de una enseñanza religiosa en casa, y desconocen los vicios de la sociedad, a menudo son los que se hacen más conocidos de aquellos cuya mente ha sido forjada en un molde inferior, y cuyas ventajas en materia de cultura mental e instrucción religiosa han sido muy limitadas. Y al mezclarse socialmente con esta clase de personas, y al respirar una atmósfera que no es elevadora sino que tiende a menguar y degradar la moral, están en peligro de hundirse hasta el mismo nivel que sus compañeros. Es la delicia de una clase muy numerosa de estudiantes, en sus horas desocupadas, el divertirse. Y muchos de los que dejan sus casas inocentes y puros se corrompen por causa de sus compañías en el colegio.

Me he visto movida a preguntar: ¿Debe sacrificarse todo lo que tienen valor en nuestra juventud para que puedan obtener una educación en el colegio? Si hubiera establecimientos agrícolas y fabriles relacionados con nuestras escuelas, y si se emplearan

docentes aptos para educar a la juventud en distintos ramos del estudio y del trabajo, mientras se dedica una porción de cada día al progreso intelectual y otra porción al trabajo físico, habría una clase de jóvenes más elevada en el escenario de la acción para influir y moldear la sociedad. Muchos de los jóvenes que se graduaran en tales instituciones saldrían con estabilidad de carácter. Poseerían perseverancia, firmeza y valor para superar obstáculos, y principios que no se alterarían con influencias equivocadas, no importa cuán populares sean. Debiera haberse conseguido docentes experimentadas para que dieran a las señoritas lecciones de cocina. Las jóvenes debieran haber sido instruidas para confeccionar vestimentas, para cortar, crear y remendar vestidos, y ser educadas así en los deberes prácticos de la vida.

Para los muchachos debiera haber establecimientos donde puedan aprender distintos oficios, lo cual pondría en ejercicio tanto sus músculos como sus facultades mentales. Si los jóvenes sólo pudieran tener una educación unilateral, ¿qué sería de mayor importancia, un conocimiento de las ciencias, con todas las desventajas para la salud y la vida, o un conocimiento del trabajo para la vida práctica? Respondemos sin dudar: lo último. Si hay que descuidar una cosa, que sea el estudio de libros.

Hay muchísimas señoritas que se han casado y tienen familia pero que tienen poquísimo conocimiento práctico de los deberes que conciernen a una esposa y madre. Saben leer y tocar un instrumento musical, pero no saben cocinar. No saben hacer un buen pan, que es esencial para la salud de la familia. No saben corte y confección de ropa, porque nunca aprendieron. Consideraron que esas cosas no eran esenciales, y en su vida de casada dependen de alguna otra persona que les haga esas cosas, a ella y a sus hijitos. Es esta inexcusable ignorancia con respecto a los deberes más necesarios de la vida lo que hace a muchas familias infelices.

La impresión de que el trabajo es degradante para una vida a la moda ha puesto a muchos, que podrían haber vivido, en la tumba.

Los que realizan sólo trabajo manual, frecuentemente trabajan en exceso sin darse tiempo para descansar, mientras que la clase intelectual sobrecarga el cerebro y sufre por falta del vigor sano que otorga el trabajo físico. Si el intelectual compartiera hasta cierto punto la carga de la clase trabajadora, y fortaleciera así sus músculos, la clase trabajadora podría hacer menos, y dedicar parte de su tiempo al cultivo mental y moral. Quienes tienen hábitos sedentarios y de lectura debieran hacer ejercicio físico, aun si no tienen necesidad de trabajar en lo que concierne a sus medios de vida. La salud debiera ser incentivo suficiente para unir el trabajo físico con la tarea intelectual.

Debiera combinarse el cultivo de lo moral, lo intelectual y lo físico con el fin de conseguir hombres y mujeres bien equilibrados. Algunos están capacitados para ejercer mayor fortaleza intelectual que otros, mientras que otras personas se sienten inclinadas a amar y gustar del trabajo físico. Ambas clases debieran tratar de mejorar donde son deficientes, con el fin de poder presentar a Dios su ser entero en sacrificio vivo, santo y aceptable a él, que es su culto racional. Los hábitos y costumbres de la sociedad a la moda no debieran marcar su curso de conducta. El apóstol inspirado Pablo agrega: “No os conforméis a este mundo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál es la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta” [Rom. 12:2].

La mente de los pensadores trabaja en demasía. Con frecuencia usan sus facultades mentales pródigamente, mientras que hay otra clase de personas cuyo propósito más alto en esta vida es el trabajo físico. Estos últimos no ejercitan la mente. Ejercitan sus músculos, mientras se le priva al cerebro de la fuerza del intelecto; y así se hace trabajar la mente de los intelectuales, mientras se le priva a su cuerpo de fortaleza y vigor al negarse a ejercitar los músculos. Los que se contentan con dedicar su vida al trabajo físico y dejan que otros piensen por ellos, mientras simplemente ejecutan lo que han planeado otras mentes, tendrán fortaleza muscular pero intelectos debilitados. Su influencia para bien es pequeña en comparación con

la que podría haber sido si utilizaran sus cerebros así como sus músculos. Esta clase cae enferma con mayor facilidad, porque la fuerza eléctrica del cerebro vitaliza el organismo con el fin de resistir la enfermedad.

Los que tienen buenas facultades físicas debieran educarse para pensar así como para actuar, y no depender de otros para que les sirvan de cerebro. Es un error popular entre una clase numerosa de personas pensar que el trabajo es degradante. Por eso es que los jóvenes está ansiosos por recibir una educación para ser profesores, oficinistas, comerciantes, abogados y ocupar cualquier otro puesto que no requiera trabajo físico. Las jovencitas miran el trabajo doméstico como humillante. Y aunque el ejercicio físico que hace falta para realizar la tarea doméstica, si no es demasiado severo, está calculado para promover la salud, no obstante buscan una educación que las capacite para ser maestras o secretarias, o aprender algún oficio que las confine en interiores de algún empleo sedentario. El sonrosado de la salud desaparece de sus mejillas, y la enfermedad hace presa en ellas porque se privan del ejercicio físico, y sus hábitos en general se corrompen. ¡Y todo esto porque está de moda! Disfrutan de la vida delicada, que es debilidad y decadencia.

Es verdad, hay ciertas excusas para que las jovencitas no elijan las tareas domésticas como su ocupación: porque quienes emplean cocineras generalmente las tratan como sirvientas. A menudo sus empleadores no las respetan, y las tratan como si fueran indignas de ser miembros de sus familias. No les dan los privilegios que otorgan a la costurera, la copista o la maestra de música. Pero no puede haber empleo más importante que la tarea doméstica. Cocinar bien, poner alimento sano sobre la mesa en forma atractiva, requiere inteligencia y experiencia. Quien prepara el alimento que pondremos en nuestro estómago, para convertirlos en sangre que nutra el organismo, ocupa un puesto de la mayor importancia y elevación. El puesto de copista, modista o maestra de música no puede igualar en importancia al de cocinera.

Lo anterior es una exposición de lo que podría haber sido a través de un sistema apropiado de educación. El tiempo que queda ahora es demasiado corto para realizar lo que se debiera haber hecho en generaciones pasadas, pero podemos hacer mucho, aun en estos últimos días, para corregir los males existentes en la educación de la juventud. Y por cuanto el tiempo es corto, debiéramos ser fervientes y trabajar con celo para dar a los jóvenes una educación que se corresponda con nuestra fe. Somos reformadores. Deseamos que nuestros hijos estudien con las mayores ventajas posibles. Pero para hacerlo debiera ofrecerse empleo que requiera que los músculos se ejerciten. El trabajo diario, sistemático, debiera constituir parte de la educación de la juventud, aun en esta época tardía. Puede conseguirse mucho relacionando el trabajo con las escuelas. Al seguir este plan, los estudiantes lograrán elasticidad de espíritu y vigor de pensamiento, y serán capaces de realizar más trabajo mental en un tiempo dado que el que podrían conseguir sólo con estudio. Y podrán dejar el colegio con sus constituciones físicas intactas, y con fortaleza y valor para perseverar en cualquier posición en la que la providencia de Dios pueda colocarlos.

Puesto que el tiempo es corto, debiéramos trabajar con diligencia y redobladas energías. Puede ser que nuestros hijos nunca lleguen a la universidad, pero pueden obtener una educación en esas materias esenciales que pueden aplicar en la práctica, y que cultivarán la mente y llevarán a que sus facultades sean puestas en uso. Una gran cantidad de jóvenes que han pasado por una carrera universitaria no han obtenido esa verdadera educación que podrían poner en práctica. Pueden tener el nombre de haber obtenido una educación universitaria, pero en realidad no son más que burros educados.

Hay muchos jóvenes cuyos servicios Dios aceptaría si se consagraran a él sin reservas. Si ejercitaran esas facultades de la mente en el servicio a Dios como las usan en servirse a sí mismos y en adquirir bienes, serían obreros fervientes, perseverantes y exitosos en la viña del Señor. Muchos de nuestros jóvenes debieran poner su atención en el estudio de las Escrituras, para que Dios

pueda usarlos en su causa. Pero no se vuelven tan inteligentes en el conocimiento espiritual como en los asuntos temporales; por eso no alcanzan a hacer la obra de Dios que podrían hacer con su aprobación. Hay muy pocos, donde debiera haber muchos, para amonestar a los pecadores y ganar sus almas para Cristo. Nuestros jóvenes en general son sabios en los asuntos mundanos, pero no son inteligentes con respecto a las cosas del reino de Dios. Podrían hacer entrar su mente en un canal celestial, divino, y caminar en la luz, avanzando de un grado de luz y fuerza a otro mayor, hasta poder llevar a los pecadores a Cristo, y mostrar a los incrédulos y desanimados un sendero luminoso que lleva al Cielo. Y cuando termine la batalla, podrían ser invitados a entrar en el gozo de su Señor.

Los jóvenes no debieran ingresar a la obra de explicar las Escrituras y dar conferencias sobre las profecías cuando no tienen el conocimiento de las verdades bíblicas importantes que están tratando de enseñar a otros. [Además,] podrían ser deficientes en las materias comunes de la educación, y por consiguiente no alcanzar a hacer la cantidad de bien que podrían si hubiesen tenido las ventajas de una buena escolaridad. La ignorancia no aumentará la humildad ni la espiritualidad de ningún profeso seguidor de Cristo. Las verdades de la Palabra divina pueden ser mejor apreciadas por un cristiano intelectual. Cristo puede ser glorificado más por quienes lo sirven con inteligencia. El gran objetivo de la educación es capacitarnos de tal manera para usar las facultades que Dios nos ha dado, como para ser los mejores representantes de la religión de la Biblia y promover la gloria de Dios.

Somos deudores al Ser que nos dio la existencia por todos los talentos que nos confió; y tenemos el deber ante nuestro Creador de cultivar y aprovechar los talentos que encomendó a nuestro cuidado. La educación disciplina la mente, desarrolla sus facultades y las dirige inteligentemente con el fin de que podamos ser útiles para la mayor gloria de Dios. Necesitamos un colegio donde quienes estén ingresando al ministerio puedan aprender al menos las materias comunes de la educación, y donde también puedan aprender en

forma más perfecta las verdades de la Palabra de Dios para este tiempo. En relación con estos colegios debieran darse clases sobre las profecías. Los que tienen realmente buenas capacidades, como las que Dios acepta para trabajar en su viña, recibirán muchísimo beneficio de unos pocos meses de instrucción en tales colegios.– *Testimonies for the Church* 3:131-160 (enero de 1872; en castellano, ver *Testimonios para la iglesia* 3:147-179 [edición APIA-GEMA]).

LECTURAS ADICIONALES

- *Youth's Instructor*, 1º de marzo de 1872 al 3 de marzo de 1874, "Life of Christ" (La vida de Cristo; 12 artículos).
- *Testimonios para la iglesia* 3:246-251 (1872), "Peligros y deberes de la juventud".
- *Testimonios para la iglesia* 3:400-405 (1875), "Una súplica a los jóvenes".

2

Cristo como Educador

La mente humana es susceptible del más alto cultivo. Una vida dedicada a Dios no debiera ser una vida de ignorancia. Muchos hablan contra la educación porque Jesús eligió pescadores sin estudios para predicar su evangelio. Afirman que mostró preferencia por personas sin educación. Muchos hombres eruditos y respetables creyeron en sus enseñanzas. Si hubieran obedecido sin temor las convicciones de sus conciencias lo hubieran seguido. Sus capacidades, si se las hubieran ofrecido, habrían sido aceptadas y empleadas en el servicio a Cristo. Pero no tenían energía moral, delante de los gobernantes celosos y de los sacerdotes que los miraban con malos ojos, para confesar a Cristo y arriesgar su reputación junto al humilde galileo.

El que conoce el corazón de todos entendió esto. Si los educados y nobles no querían hacer la obra que están capacitados para realizar, Cristo seleccionaría a hombres obedientes y fieles en hacer su voluntad. Eligió a hombres humildes, y los asoció con él, con el fin de poder educarlos para llevar adelante la gran obra en la Tierra cuando él hubiera de dejarla.

Cristo era la luz del mundo. Él era la fuente de todo conocimiento. Podía capacitar a pescadores sin estudios para recibir la alta comisión que debía encargarles. Las lecciones sobre la verdad que dio a esos hombres humildes eran de poderosa significación. Conmoverían al mundo. Parecía algo sencillo para Jesús asociar a estas personas humildes con él mismo, pero fue un acontecimiento que generó resultados tremendos. Las palabras y obras de ellos revolucionarían al mundo.

Jesús no desdeñaba la educación. El más alto cultivo de la mente, si se lo santifica por medio del amor y temor de Dios, recibe su más

plena aprobación. Los hombres humildes que eligió Cristo estuvieron tres años con él, sujetos a la influencia refinadora de la majestad del Cielo. Cristo fue el más grande educador que el mundo haya conocido jamás.

Dios aceptará a los jóvenes con sus talentos y su riqueza de sentimientos si se consagran a él. Pueden alcanzar el punto más alto de la grandeza intelectual; y si se la equilibra por medio de principios religiosos, pueden llevar adelante la obra que Cristo vino del Cielo a realizar y, mientras así lo hacen, ser colaboradores con el Maestro.

Los estudiantes de nuestro Colegio tienen privilegios valiosos, no sólo para obtener un conocimiento de las ciencias, sino también de aprender cómo cultivar y practicar virtudes que les darán un carácter simétrico. Son agentes morales responsables ante Dios. Los talentos de la riqueza, la posición y el intelecto se reciben de Dios como depósito que deja al hombre para que este lo haga crecer sabiamente. Estos variados depósitos él los ha distribuido en proporción a las facultades y capacidades reconocidas de sus siervos, a cada uno su obra.

El Dador espera retornos que se correspondan con los dones. El don más humilde no ha de despreciarse ni dejarse inactivo. El riachuelo no dice: “Yo no voy a fluir en mi pequeño cauce porque no soy un gran río”. Las briznas de hierba no se niegan a crecer porque no son árboles del bosque. La lámpara no rehúsa dar su lucecita porque no es una estrella. La luna y las estrellas no rehúsan brillar porque no tienen la luz esplendorosa del sol. Toda persona tiene su propia esfera y vocación peculiares. Los que aprovechan al máximo las oportunidades que Dios les da, devolverán al Dador, al hacerlo crecer, un interés proporcional al capital que se les ha confiado.

Lo que el Señor recompensa no es la gran cantidad de trabajo. No toma en cuenta la grandeza de la obra tanto como la fidelidad con que se la hace. Se recompensa a los siervos buenos y fieles. Al cultivar aquí las facultades que Dios nos dio, creceremos en conocimiento y percepción, y estaremos capacitados para

comprender y valorar la vida inmortal. Los que abusan de los privilegios que Dios les da en esta vida, y se contentan con la ignorancia, mientras tienen su mente ocupada por completo con temas de valor trivial para sí mismos o para los demás, no comprenderán [lo que es] responsabilidad personal, ni someterán las malas tendencias, ni fortalecerán los propósitos superiores con el fin de [obtener] una vida más pura, más elevada y más santa.

Los jóvenes debieran ser aprendices para el mundo futuro. La perseverancia en la adquisición del conocimiento, bajo el control del temor y el amor a Dios, les dará mayor poder para el bien en esta vida, y los que han aprovechado al máximo sus privilegios con el fin de alcanzar los mayores logros aquí llevarán consigo esas valiosas adquisiciones a la vida futura. Han buscado y obtenido lo que es imperecedero. La capacidad de apreciar las glorias que “ojo no vio, ni oído oyó” [1 Cor. 2:9] será proporcional a los logros que se alcancen en el cultivo de las facultades en esta vida.

Quienes desean vaciar su corazón de vanidad y hojarasca, por la gracia de Dios pueden purificar los aposentos de la mente y hacerla un depósito de conocimiento, pureza y verdad. Y todo el tiempo [la mente] estará extendiéndose más allá de los estrechos confines del pensamiento mundanal hacia la vastedad del Infinito. La justicia y la misericordia de Dios se desplegarán ante las percepciones morales. Discernirá la gravedad del pecado con sus consecuencias. El carácter de Dios, el amor que manifestó al dar a su Hijo para morir por el mundo, y la belleza de la santidad, son temas excelsos para la contemplación. Estos [temas] fortalecerán el intelecto, y pondrán al hombre en estrecha comunión con el Infinito.–*Review and Herald*, 21 de junio de 1877.

LECTURA ADICIONAL

- *Signs of the Times*, 7 y 14 de febrero de 1878, “Battle Creek College” [El Colegio de Battle Creek].

3

Un llamado a favor de nuestros estudiantes

Hemos sentido mucho temor de que los estudiantes que asisten al Colegio de Battle Creek no reciban todo el beneficio posible, en cuanto a la cultura religiosa, por parte de las familias que los proveen de habitaciones. Algunas familias, aunque profesan ser cristianas, no gozan de las dulces influencias de la religión de Cristo. La influencia que ejercen esta clase de personas sobre los estudiantes es más objetable que la de quienes no tienen pretensiones de religiosidad. Estos formalistas irreligiosos e irresponsables pueden estar ante el mundo con un follaje pretencioso, mientras que al igual que la higuera estéril carecen por completo de lo único que valora nuestro Salvador: el fruto para su gloria. Ellos no conocen absolutamente nada de la obra que la gracia de Dios realiza en el corazón. Estas personas ejercen una influencia perniciosa sobre todos aquellos con quienes tratan. Debiera haber comisiones para velar de que los hogares provistos para los estudiantes no sean de meros formalistas, los que no siente preocupación por el alma de nuestra querida juventud.

Puede hacerse muchísimo por quienes están privados de las influencias que ablandan y subyugan los corazones en el círculo del hogar. El espíritu que muchos manifiestan demuestra que el lenguaje de su corazón es: “ ‘¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?’ [Gén. 4:9]. No tengo preocupación ni responsabilidad más allá de mi propia familia. No siento especial preocupación o interés por los estudiantes que ocupan cuartos en mi casa”. Yo les preguntaría a estas personas si tienen preocupación o sienten responsabilidad por sus propios hijos. Lamento ver tan poca ansiedad de parte de algunos padres para que todas las influencias que rodeen a sus hijos sean favorables para la formación del carácter cristiano; pero los que sí se preocupan de sus seres queridos no debieran limitarse de modo egoísta a interesarse sólo

por su propia familia. Jesús es nuestro ejemplo en todas las cosas; pero no nos dio tal ejemplo de egoísmo como el que se manifiesta en muchos que profesan ser sus seguidores. Si permanecemos en Cristo, y su amor habita en nosotros, amaremos a aquellos por los cuales Cristo murió; porque él mandó a sus seguidores amarse los unos a los otros como él los amó. Los que profesamos su nombre, ¿obedecemos este mandato? Si fallamos en este punto, también fallaremos en otros. Si Cristo hubiera estudiado su propio provecho, conveniencia y placer, el mundo habría sido dejado para perecer en su propio pecado y corrupción.

De muchos profesos cristianos parece haberse posesionado una extraña indiferencia en cuanto a la salvación de las almas. Pueden estar pereciendo los pecadores alrededor de ellos, y ellos no sienten una preocupación especial por este asunto. ¿Será que Cristo dirá a estos indiferentes: “Bien, buen siervo y fiel... entra en el gozo de tu Señor” [Mat. 25:23]? El gozo de Cristo consiste en ver a las almas redimidas gracias al sacrificio que él hizo por ellas.

Los jóvenes y las señoritas que no están bajo las influencias hogareñas necesitan que alguien mire por ellos y les manifieste algún interés; los que así lo hacen están llenando una gran necesidad, y en verdad hacen una obra para Dios y la salvación de las almas tanto como el pastor en el púlpito. Esta obra de benevolencia desinteresada para trabajar por el bien de la juventud no es más de lo que Dios requiere de cada uno de nosotros. Cuán fervientemente debiera trabajar el cristiano experimentado para impedir la formación de esos hábitos que desfiguran en forma indeleble el carácter. Hagan los seguidores de Cristo atractiva la Palabra de Dios para la juventud. Sea vuestro propio carácter ablandado y subyugado por la belleza de la santidad, y sea un sermón diario, a toda hora, para la juventud. No manifiesten espíritu de murmuración, sino gánenlos para la santidad de vida y obediencia a Dios. Algunos profesores, con su carácter agrio, repelen a la juventud. Los corazones jóvenes son como la cera blanda, y se los puede llevar a admirar el carácter cristiano, pero en unos pocos años la cera puede convertirse en granito.

Exhorto a los profesos cristianos de Battle Creek, como iglesia y como individuos, a asumir las responsabilidades que Dios les ha dado. Caminen ustedes mismos con Dios, y ejerzan una influencia sobre los jóvenes que los preserve de caer en las múltiples tentaciones que se han hecho atractivas para seducir a los jóvenes de esta generación. Satanás está ganándole la iniciativa al profeso pueblo de Dios. Parecen estar dormidos ante los peligros de la juventud y la desgracia que los amenaza. Satanás se ufana en mostrar las victorias ganadas sobre la juventud, y los que profesan ser soldados de la cruz le permiten obtener sus víctimas de dentro mismo de la casa, y [hasta] parecen maravillosamente reconciliados con la idea.

Les parecen que son casos perdidos los de muchos jóvenes a los que no se les tendió una mano para que se salvaran. Algunos de ellos pudieron haber sido salvados; y ahora mismo, si se les manifestara el debido interés, podrían ser alcanzados. ¿Qué tenemos cualquiera de nosotros que no hayamos recibido? Somos deudores a Cristo por toda habilidad, toda gracia, todo buen pensamiento y toda acción correcta. De nosotros mismos no tenemos nada para jactarnos. En humildad y modestia, inclinémonos al pie de la cruz, y sean todas nuestras palabras y acciones tales como para ganar a otros a Cristo y no impelerlos aun más lejos de él.

Me dirijo a los que residen en el gran centro de la obra. No pueden ser formalistas descuidados e irreverentes encerrados en ustedes mismos. Muchos testigos los contemplan, y muchos toman vuestro curso de conducta como modelo. Una vida sin religión no sólo sella vuestra propia condenación sino también echa a perder a otros. Ustedes que viven donde hay que mantener intereses tan elevados debieran ser soldados siempre listos, centinelas fieles que jamás bajen la guardia. Un momento descuidado que se gasta en la comodidad egoísta o en complacer a nuestro yo puede dar al enemigo una ventaja que años de duro trabajo no puedan recuperar. Los que eligen vivir en Battle Creek debieran ser hombres y mujeres

de fe y oración, fieles a los intereses de quienes los rodean. No hay más seguridad que la de caminar con Dios.

Habrá diversidad de caracteres entre los jóvenes que asisten al Colegio de Battle Creek. Han sido educados y preparados de maneras distintas. A muchos se los ha dejado seguir la inclinación de su propia mente inexperta. Los padres han pensado que amaban a sus hijos, pero resultaron ser sus peores enemigos. Permitieron que la maldad progresara sin obstáculos. Permitieron que sus hijos acariciaran el pecado, que es como acariciar y mimar a una víbora, la cual no sólo picará a quien la acaricie, sino a todos aquellos con quienes se conecte.

Algunos de estos niños mimados están entre los estudiantes que asisten a nuestro Colegio. Los docentes, y todos los que se interesan en los estudiantes y quieran ayudarlos, tienen la tarea poco envidiable de tratar de hacer el bien a esta clase de jóvenes no domesticados. No se han sujetado a sus padres en la casa, y no tienen idea de obedecer directivas en la escuela o en las casas donde están pensionados. Qué fe, paciencia, gracia y sabiduría hacen falta para tratar con estos jóvenes descuidados y dignos de conmiseración. Hasta puede darse que los engañados padres tomen partido por los hijos contra la escuela o la disciplina de la casa. [Esos padres] querrán impedir que otros cumplan con los deberes que Dios les requería y que descuidaron tan groseramente. Qué sabiduría de Dios hace falta para tratar con justicia y hacer misericordia bajo estas circunstancias difíciles. Cuán complejo es equilibrar en la dirección correcta a mentes distorsionadas por un mal manejo de la situación. Mientras que algunos fueron dejados sin límites, otros han sido regidos en exceso; y estos jóvenes, cuando se ven libres de las manos guardianas que sostenían las riendas del control con rigor, dejando el amor y la misericordia fuera de la cuestión, sienten que no quieren estar bajo los dictados de nadie. Desprecian la idea misma de los límites.

Quienes tienen la difícil tarea de educar a estos jóvenes y moldear su carácter, ¿no debieran contar con las fieles oraciones de los hijos

de Dios? La solicitud, las preocupaciones y pesadas responsabilidades deben recaer sobre los hombros del docente concienzudo y temeroso de Dios, así como recae sobre el de los padres y madres de Israel que residen en Battle Creek. Todos los sinceros cristianos, que valoran a las almas por quienes Cristo murió, harán sinceros esfuerzos por realizar todo lo que les sea posible para corregir incluso los errores y descuidos de los padres naturales. Los docentes deben sentir que tienen el deber ineludible de presentar a sus alumnos ante el mundo y ante Dios con un carácter simétrico y una mente bien equilibrada. Pero los docentes no pueden llevar toda esta carga, y no se los debiera tener como únicos responsable de los buenos modales y elevada moralidad de sus alumnos. Cada familia que les da alojamiento debe tener reglas a las cuales ellos deben adaptarse. No les harán ningún favor a ellos ni a sus familias si se les permite formar hábitos anárquicos y romper o deteriorar los muebles. Si tienen espíritus exuberantes o energía mal contenida, que hagan trabajos manuales vigorosos, hasta que el cansancio los lleve a apreciar el descanso en sus habitaciones.

Las habitaciones de algunos de estos estudiantes mostraban el año pasado un registro desfavorable de sus ocupantes. Si los estudiantes son groseros y descorteses, sus habitaciones frecuentemente harán evidente este hecho. Juegos temerarios, carcajadas y acostarse a altas horas no debieran permitirse a los que alquilan cuartos. Si se permite a los estudiantes esta conducta se les causa un grave perjuicio, y los mismos dueños se hacen responsables en gran medida por la inconducta. Debieran visitarse con frecuencia los cuartos de los estudiantes, para ver si contribuyen a la salud y la comodidad, y para determinar si todos están viviendo de acuerdo con los reglamentos del Colegio. Toda negligencia debiera hacérsela notar a los estudiantes, y trabajar con fidelidad por ellos. Si son insubordinados y no quieren ser controlados es mejor que se queden en su propia casa, y el Colegio estará mejor sin ellos. Nuestro Colegio no debiera pervertirse por causa de unos pocos estudiantes anárquicos. Los colegios en nuestro país, muchos de ellos, son lugares donde la juventud está

en peligro de volverse inmoral o corrompida debido a estas malas compañías.

Las compañías que tienen nuestros estudiantes es un asunto importante que no debiera descuidarse. Muchos de los que vienen a nuestro Colegio profesan ser cristianos. Debiera manifestárseles especial interés, y alentarlos en sus esfuerzos por vivir una vida cristiana. Debiera preservárselos, hasta donde sea posible, de las tentaciones que acechan a la juventud desde todas las direcciones. Para quienes tienen años de experiencia, las tentaciones que derrotan a estos jóvenes pueden parecerles tan leves y triviales que no tienen simpatía por los tentados y sometidos a prueba. Eso no es correcto. Su propia vida y sus primeras experiencias pudieron haber sido aun más descarriadas que las de los jóvenes a quienes censuran por su debilidad.

Muchos de los que profesan seguir a Cristo son débiles en fuerza moral. Nunca han sido héroes de la cruz, y los placeres y diversiones egoístas los desvían con facilidad de la lealtad a Dios. Estas personas debieran recibir ayuda. No debiera dejarse librado al azar su elección de compañeros de clase y de cuarto. Los que aman y temen a Dios debieran mantener en su alma la preocupación por estos casos, y tomar medidas discretas para cambiar las compañías desfavorables. Los jóvenes cristianos que tienden a ser influidos por compañías irreligiosas debieran recibir compañeros que fortalezcan sus buenas resoluciones e inclinaciones religiosas. Un joven de buena disposición e inclinaciones religiosas, aun aquel que profesa una religión, puede perder sus impresiones religiosas al juntarse con uno que se burla de las cosas sagradas y religiosas, que tal vez las ridiculice, y que carezca de reverencia y conciencia. Un poco de levadura leuda toda la masa. Algunos son débiles en la fe, pero si se los coloca con compañeros apropiados, que ejerzan fuerte influencia para bien, pueden ser equilibrados en la buena dirección, obtener una experiencia religiosa de valor y tener éxito en la formación de un carácter cristiano.

Ojalá nuestros hermanos y hermanas estuvieran pendientes de las almas como quienes deben dar cuenta. Mi mente ha estado profundamente ocupada en este asunto. Me gustaría instar a quienes profesan a Cristo la necesidad de revestirse de toda la armadura [de Dios], y entonces trabajar por nuestros jóvenes que asisten al Colegio de Battle Creek. Es posible que no necesiten tanto sermones ni largos discursos de censura como que se les muestre interés genuino. Háganles saber por vuestras obras que los aman y se preocupan por su alma. Si manifestaran en favor de estos alumnos tan jóvenes que ahora están llegando a Battle Creek, lanzados al corazón mismo de la iglesia, tan sólo la mitad del cuidado que muestran por vuestros intereses temporales los ligarían a ustedes con los más fuertes lazos de simpatía, y vuestra influencia sobre ellos sería un poder para bien.–*Review and Herald*, 21 de febrero de 1878.

LECTURAS ADICIONALES

- *Signs of the Times*, 8 de enero de 1880 al 5 de febrero de 1880, “Joseph in Egypt” [José en Egipto].
- *Review and Herald*, 5 de febrero de 1880, “Cultivation of the Voice” [El cultivo de la voz].
- *Signs of the Times*, 4 de febrero de 1880 al 4 de marzo de 1880, “Early Life and Call of Moses” [Vida temprana y llamado de Moisés].
- *Testimonios para la iglesia* 4:411-422 (1880), “El colegio”.
- *Testimonios para la iglesia* 4:423-440 (1880), “Los alumnos del colegio”.
- *Testimonios para la iglesia* 4:511-514 (1880), “El aprovechamiento de los talentos”.
- *Testimonios para la iglesia* 4:530-536 (1880), “Advertencias y admoniciones”.
- *Testimonios para la iglesia* 4:537-541 (1880), “Cultura moral e intelectual”.
- *Testimonios para la iglesia* 4:580-584 (1880), “La influencia de las compañías”.

- *Testimonios para la iglesia* 4:621-640 (1880), “La sencillez en el vestir”.
- *Testimonios para la iglesia* 4:641-646 (1880), “La educación adecuada”.
- *Review and Herald*, 4 de enero de 1881, “Literary Societies” [Las sociedades literarias].
- *Review and Herald*, 11 de enero de 1881, “Bible Study” [El estudio de la Biblia].
- *Review and Herald*, 25 de enero de 1881 al 15 de febrero de 1881, “The Life of Daniel” [La vida de Daniel].

4

Reflexiones sobre educación

Ninguna obra que emprendan los seres humanos requiere mayor cuidado y habilidad que la educación correcta de los jóvenes y los niños. No hay influencias tan poderosas como las que nos rodean en nuestros primeros años de vida. Dice el sabio: “Instruye al niño en su camino, y ni aun de viejo se apartará de él” [Prov. 22:6]. La naturaleza humana es triple, y la instrucción que ordena Salomón abarca el desarrollo correcto de las facultades físicas, intelectuales y morales. Para realizar esta tarea como corresponde, los padres y docentes deben entender ellos mismos cuál debe ser el “camino” del niño. Abarca más que el conocimiento de los libros o la instrucción que dan las escuelas. Comprende la práctica de la temperancia, la bondad fraternal y la piedad; desempeñar los deberes que tenemos hacia nosotros mismos, hacia nuestro prójimo y hacia Dios.

La instrucción de los niños debe conducirse en base a principios distintos de los que rigen el entrenamiento de animales irracionales. El bruto sólo tiene que acostumbrarse a someterse a su amo, pero al niño debe enseñársele a controlarse a sí mismo. La voluntad debe ser entrenada para obedecer los dictados de la razón y la conciencia. Es posible disciplinar de tal manera a un niño que carezca, como la bestia, de voluntad propia, habiéndose perdido su individualidad en la de su maestro. Tal instrucción es imprudente, y su efecto desastroso. Los niños así educados serán deficientes en firmeza y decisión. No se les enseñó a actuar en base a principios; las facultades de raciocinio no están fortalecidas por el ejercicio. Hasta donde sea posible, debe enseñarse a cada niño a depender de sí mismo. Al poner en ejercicio las distintas facultades aprenderá en cuáles es más fuerte y en cuáles es deficiente. Un instructor sabio dará especial atención al desarrollo de los rasgos más débiles, para que el niño pueda formar un carácter bien equilibrado y armonioso.

En algunas escuelas y familias los niños parecen bien instruidos mientras están bajo disciplina inmediata, pero cuando el sistema que los ha mantenido dentro de determinadas reglas se desarma, parecen incapaces de pensar, actuar o decidir por sí mismos. Si se les hubiera enseñado a ejercer su propio juicio tan rápido y tan ampliamente como fuera posible, el mal habría sido evitado. Pero tanto tiempo estuvieron controlados por padres o maestros, que dependen totalmente de ellos. Quien busca hacer que la individualidad de sus estudiantes se fusione con la propia, de tal manera que la razón, el juicio y la conciencia estén bajo su control, asume una responsabilidad injustificada y temible. [Pero] quienes educan a sus alumnos para sentir que en ellos mismos radica el poder para ser hombres y mujeres de honra y utilidad, serán los que tengan más éxito permanente. Para los observadores descuidados la obra de estos maestros puede no ser bien vista, pero la vida posterior de los alumnos mostrará los resultados del mejor plan de educación.

Existe el peligro de que tanto los padres como los maestros dicten y emitan órdenes en demasía, y al mismo tiempo no entren lo suficiente en una relación social con sus niños o estudiantes. A menudo se mantienen aparte con demasiada reserva, y ejercen su autoridad de manera fría y carente de simpatía, lo cual tiende a repeler en lugar de ganar su confianza y afectos. Si más a menudo reunieran en torno suyo a los niños y manifestaran interés en sus tareas, aun en sus juegos deportivos, se ganarían su amor y confianza, y las lecciones de respeto y obediencia se aprenderían con más rápidamente, porque el amor es el mejor maestro. Un interés similar manifestado hacia los jóvenes produciría resultados similares. El corazón joven es rápido en responder ante un toque de simpatía.

Jamás debe olvidarse que el maestro debe ser él mismo lo que desea que sus alumnos ***lleguen a ser***. Por consiguiente, los principios y hábitos del docente debieran considerarse como de mayor importancia aun que sus calificaciones académicas. Debe ser una persona que tema a Dios y sienta responsabilidad por la obra

divina. Debiera entender la importancia de la educación física, mental y moral, y debiera prestar la debida atención a cada una de ellas. El que quiera controlar a sus alumnos debe primero controlarse a sí mismo. Y para conseguir el amor de ellos debe mostrar en su apariencia, palabras y actos que su corazón está lleno de amor por ellos. Al mismo tiempo, son indispensables firmeza y decisión en la tarea de formar hábitos correctos y de desarrollar caracteres nobles.

La preparación física debiera ocupar un lugar importante en todo sistema educativo. Es el deber de padres y docentes familiarizarse con el organismo humano y las leyes que lo gobiernan, y, hasta donde sea posible, asegurar a sus niños y alumnos la mayor de todas las bendiciones terrenales: una mente sana en un cuerpo sano. Miríadas de niños mueren cada año, y muchos otros son abandonados para arrastrar una vida de miseria, tal vez de pecado, por causa de la ignorancia o el descuido de padres y docentes.

Más de una madre pasa horas y hasta días en labores innecesarias meramente para la ostentación, y sin embargo no tiene tiempo para obtener la información necesaria para preservar la salud de sus hijos. Le confía al doctor el cuerpo de ellos, y su alma al pastor, con el fin de continuar sin molestias su culto a la moda. Familiarizarse con el maravilloso mecanismo del cuerpo humano, entender cómo depende un órgano de otro para la acción saludable del conjunto, es una tarea por la cual no muestra interés. Sabe muy poco de la influencia mutua de la mente con el cuerpo. La mente misma, ese don maravilloso que vincula lo finito con lo infinito, es algo que no entiende.

Por generaciones el sistema de educación popular, especialmente para los niños, ha sido destructivo para la salud y hasta para la vida misma. Cinco y hasta seis horas por día han pasado los niños pequeños en aulas que ni están correctamente ventiladas ni tienen suficiente espacio para albergar sanamente a los estudiantes. El aire de tales aulas pronto se vuelve venenoso para los pulmones que lo inhalan. Y aquí es donde se ha mantenido desocupados a los

pequeños, con sus cuerpos activos e inquietos y con una mente no menos activa e inquieta, durante los largos días del verano, cuando el bello mundo exterior los llamaba a recoger salud y felicidad entre pájaros y flores. Muchos niños tienen, aun bajo las mejores circunstancias, un asidero débil en la vida. El confinamiento en la escuela los hace nerviosos y enfermizos. Sus cuerpos se llegan a atrofiar por falta de ejercicio y por la condición extenuada del sistema nervioso. Si la lámpara de la vida se apaga, padres y docentes están lejos de sospechar que ellos mismos tienen algo que ver con la extinción de la chispa vital. Se considera el triste duelo como una dispensación especial de la Providencia, cuando la verdad es que lo que destruyó la vida de esos niños es una inexcusable ignorancia y el descuido de las leyes de la naturaleza. El propósito divino era que vivieran para gozar de salud y vigor, para que desarrollaran un carácter puro, noble y bello, para glorificarlo en esta vida y alabarlo por siempre en la vida futura.

¿Quién puede calcular cuántas vidas se echaron a perder por cultivar las facultades intelectuales en detrimento de las físicas? La conducta de padres y docentes imprudentes al estimular la mente joven con adulación o temor resultó fatal par muchos alumnos promisorios. En vez de acicatearlo con todos los incentivos posibles, un docente sabio más bien procurará contener la mente demasiado activa hasta que la constitución física sea lo suficientemente fuerte como para sostener un esfuerzo mental prolongado.

Para que la juventud tenga salud y buen ánimo, los cuales dependen del desarrollo normal en lo físico y mental, debe cuidarse de regular correctamente el estudio, el trabajo y el esparcimiento. Los que se quedan encerrados estudiando a expensas del ejercicio físico, dañan de ese modo su salud. La circulación está desequilibrada: el cerebro tiene demasiada sangre y las extremidades demasiado poca. Sus estudios debieran limitarse a un número de horas apropiado, y luego debiera darse tiempo para el trabajo activo al aire libre.

Los niños pequeños debieran tener permiso para correr y jugar afuera, gozando del aire puro y fresco y de la bienhechora luz solar. Póngase el cimiento de una constitución fuerte temprano en la vida. Los padres debieran ser los únicos maestros de sus hijos hasta que tengan 8 o 10 años de edad. Que la madre se preocupe menos por lo artificial; que rehúse dedicar sus facultades a la esclavitud de la moda ostentosa, y que encuentre tiempo para cultivar, en sí misma y en sus hijos, amor por las cosas bellas de la naturaleza. Que les señale las glorias que se extienden en los cielos, las mil formas de belleza que adornan la Tierra, y que luego les hable del Ser que las hizo todas. De ese modo puede elevar las mentes jóvenes hacia el Creador, y despertar en su corazón reverencia y amor por el Dador de toda bendición. Los campos y las colinas –la sala de audiencia de la naturaleza– debieran ser el aula de los niños pequeños. Sus tesoros debieran ser el libro de texto para ellos. Las lecciones grabadas de ese modo en su mente no se echarán pronto al olvido.

Las obras de Dios en la naturaleza tienen lecciones de sabiduría y dones de sanidad para todos. El escenario siempre cambiante de las estaciones que retornan cada año presenta constantemente muestras nuevas de la gloria, el poder y el amor de Dios. Bueno sería para los alumnos mayores, mientras se esfuerzan por adquirir las artes y el conocimiento de los hombres, que también buscaran más de la sabiduría de Dios: Que aprendieran más de las leyes divinas, tanto las de la naturaleza como las morales. En la obediencia a estas leyes está la vida y la felicidad, en este mundo y en el mundo futuro.–*Review and Herald*, 10 de enero de 1882.

LECTURAS ADICIONALES

- *Review and Herald*, 28 de febrero de 1882, “Should Christians Dance?” [¿Deben bailar los cristianos?].
- *Testimonios para la iglesia* 5:298-302 (1882), “La responsabilidad de los padres”.
- *Testimonios para la iglesia* 5:302-310 (1882), “La educación de los niños”.

- *Testimonios para la iglesia* 5:399-405 (1882), “Los negocios y la religión”.

5

Una visita a College City

Hace pocas semanas visité College City, [Colusa], California, para hablar por invitación sobre el tema de la temperancia. La iglesia había sido convocada para la ocasión, y hubo buena asistencia. La gente de este lugar ya ha tomado una posición encomiable sobre los principios de temperancia. De hecho, fue en base a este requisito que se estableció allí un colegio. La tierra en la que se alza el edificio del colegio y un extenso predio alrededor fueron donados a la Iglesia [Conexión] Cristiana con propósitos educativos, bajo la condición de que nunca se abriera un bar a menos de cinco kilómetros del colegio. Este acuerdo parece haber sido mantenido fielmente. Nosotros sentiríamos que la juventud estaría mucho más segura en asistir al colegio en un pueblo así que donde se abren bares día y noche en cada esquina.

Los reglamentos de este colegio vigilan estrictamente los encuentros sociales de jóvenes y señoritas durante el período lectivo. Sólo cuando se suspenden momentáneamente esos reglamentos, como ocurre a veces, se permite a los caballeros acompañar a las señoritas hasta reuniones públicas y de vuelta. Nuestro propio Colegio en Battle Creek tiene reglamentos similares, aunque no tan estrictos. Tales reglas son indispensables para preservar a la juventud de noviazgos prematuros y matrimonios desaconsejables. Los padres envían a sus jóvenes al Colegio para que consigan una educación, no para coquetear con el sexo opuesto. El bien de la sociedad, así como el más elevado interés de los estudiantes, exige que no traten de elegir un/una compañero/a para la vida mientras su propio carácter no está todavía bien desarrollado, su juicio es inmaduro, y mientras al mismo tiempo carecen del cuidado y la orientación de sus padres.

Es por causa de la defectuosa educación recibida en el hogar que los jóvenes son tan reacios a someterse a la autoridad competente. Soy madre, por tanto sé de lo que hablo cuando digo que los jóvenes y los niños no sólo están más seguros sino también son más felices bajo un control sano que cuando siguen sus propias inclinaciones. Padres, vuestros hijos e hijas no están siendo cuidadas correctamente. Nunca se les debe permitir ir y venir cuando les plazca, sin vuestro conocimiento y consentimiento. La libertad sin límites que se concede a los niños en esta época ha sido la ruina de miles. Cuántos hay a quienes se les permite andar por las calles de noche, y los padres se contentan con no saber acerca de las compañías de sus hijos. Demasiado a menudo se eligen compañías cuya influencia sólo tiende a desmoralizar.

Bajo el manto de la oscuridad, los muchachos se reúnen en grupos para aprender sus primeras lecciones en el juego de barajas, los juegos de azar, el aprender a fumar, y a saborear vino o cerveza. Los hijos de padres religiosos se aventuran a entrar en los bares para una cena de ostras, o alguna otra gratificación similar, y de esa manera se ponen en el camino de la tentación. La atmósfera misma de estos establecimientos rezuma blasfemias y contaminación. Nadie puede permanecer largo tiempo en ella sin corromperse. Es por tales compañías que los jóvenes promisorios se vuelven alcohólicos y delincuentes. Se los debiera vigilar contra los mismos inicios del mal. Padres, a menos que sepan que su entorno es inobjetable, no permitan que sus hijos salgan a las calles después de la caída del sol para practicar deportes o reunirse con otros muchachos para divertirse. Si se hace cumplir estrictamente esta norma, la obediencia se hará habitual, y pronto cesará el deseo de transgredir.

Los que buscan proteger a la juventud de las tentaciones y prepararla para una vida útil están realizando una buena obra. Nos alegramos de ver en una institución de aprendizaje un reconocimiento de la importancia del control y la disciplina apropiados para los jóvenes. Deseamos que los esfuerzos de tales

docentes sean coronados con el éxito.–*Signs of the Times*, 2 de marzo de 1882.

6

El hogar y la escuela

La era actual se jacta de que nunca antes los humanos poseyeron tan grandes recursos para adquirir conocimientos, ni manifestaron un interés tan generalizado en la educación. Sin embargo, a pesar de estos alardes de progreso, existe un espíritu de insubordinación e irresponsabilidad sin paralelo en la generación emergente; la degeneración mental y moral son hoy poco menos que universales. La educación popular no remedia el mal. La disciplina laxa en muchas instituciones de aprendizaje casi destruyó su utilidad, y en algunos casos les redituó una maldición antes que una bendición. Este hecho ha sido notado y deplorado, y se han hecho serios esfuerzos para remediar los defectos de nuestro sistema educativo. Hay una necesidad urgente de colegios donde a los jóvenes se les pueda enseñar hábitos de autocontrol, aplicación e independencia, de respeto por los superiores y reverencia a Dios. Con tal educación podríamos esperar ver que jóvenes preparados honren a su Creador y sean de bendición para sus prójimos.

Fue en pos de esos objetivos que se fundó nuestro Colegio en Battle Creek. Pero los que se esfuerzan por realizar esa tarea encuentran que su proyecto está minado de múltiples y graves dificultades. El mal que subyace a todos los demás, y que a menudo contrarresta los esfuerzos de los mejores docentes, está en la disciplina del hogar. Los padres no ven la importancia de proteger a sus hijos de las doradas tentaciones de esta época. No se controlan adecuadamente ellos mismos, por lo cual no ven el valor del control.

Muchos padres y madres cometen el error de no secundar los esfuerzos del docente fiel. Los jóvenes y los niños, con su imperfecta comprensión y juicio sin desarrollar, no son siempre capaces de entender todos los planes y métodos del docente. Pero cuando traen a casa informes de lo que se dice y hace en la

escuela, estos son discutidos por los padres en el círculo familiar, y la conducta del docente es criticada sin restricción. Aquí es donde los hijos aprenden lecciones que no se podrán desaprender fácilmente. Siempre que se los someta a alguna restricción desacostumbrada, o se les requiera que se apliquen firmemente al estudio, apelan a sus imprudentes padres para conseguir simpatía e indulgencia. De ese modo se alienta un espíritu de inquietud y descontento, la escuela entera sufre por la influencia desmoralizadora, y la carga impuesta al docente se vuelve mucho más pesada. Pero la mayor pérdida la sufren las víctimas de este mal manejo de los padres. Los defectos de carácter que podrían haber sido corregidos con una educación correcta se los deja fortalecerse con los años, para dañar y tal vez destruir del todo la utilidad de su poseedor.

Por regla general se verá que los estudiantes más prestos a quejarse de la disciplina escolar son quienes han recibido una educación superficial. Como nunca se les enseñó la necesidad de ser aplicados, lo miran con desagrado. Los padres han descuidado educar a sus hijos e hijas en la fiel realización de los deberes domésticos. Se permite a los niños pasar horas jugando mientras el padre y la madre trabajan sin cesar. Pocos jóvenes sienten que sea su deber llevar una parte de la carga de la familia. No se les enseña que el gran objetivo de la vida no es gratificar el apetito ni buscar la comodidad o el placer.

El círculo familiar es la escuela en la que el niño recibe sus primeras y más duraderas lecciones. Por eso los padres debieran estar mucho en casa. Por precepto y ejemplo debieran enseñar a sus hijos el amor y temor de Dios; enseñarles a ser inteligentes, sociales, afectuosos, a cultivar hábitos de diligencia, economía y abnegación. Al dar a los hijos amor, simpatía y ánimo en casa, los padres pueden brindarles un refugio seguro y acogedor frente a muchas de las tentaciones del mundo.

“No tengo tiempo”, dice el padre. “No tengo tiempo para educar a mis hijos, ni tiempo para deleites sociales y domésticos”. Si ese es

el caso, usted no debiera haber asumido la responsabilidad de una familia. Al retenerles el tiempo que por justicia les pertenece los está despojando de la educación que debieran recibir de parte suya. Si usted tiene hijos, tiene una tarea que hacer, en unión con la madre, para la formación de su carácter. Los que sienten que tienen una vocación imperativa de trabajar para el progreso de la sociedad mientras que sus propios hijos crecen sin disciplina, debieran preguntarse si no se han confundido de deber. Su propia casa es el primer campo misionero en el que se requiere que trabajen los padres. Los que dejan el jardín de la familia librado a las espinas y los cardos, mientras manifiestan gran interés en el cultivo del terreno del vecino, no están haciendo caso a la Palabra de Dios.

Repito, es la falta de amor y religiosidad, y el descuido de la disciplina correcta en la casa, lo que crea tanta dificultad en escuelas y colegios. Hay un espantoso estado de frialdad y apatía entre los cristianos profesos. Son insensibles, inhumanos e implacables. Estos malos rasgos, tolerados primero en la casa, ejercen su influencia maléfica en todos los contactos de la vida diaria. Si padres e hijos valoraran el espíritu de amabilidad y cortesía, también se lo notaría en la relación docente-alumno. Cristo debiera ser un huésped de honor en el círculo de la familia, y su presencia no es menos necesaria en el aula. Ojalá que el poder transformador de Dios pueda ablandar y subyugar el corazón de padres e hijos, docentes y alumnos, para trocarlos en la semejanza de Cristo.

Padres y madres debieran estudiar con cuidado y oración el carácter de sus hijos. Debieran buscar reprimir y contener esos rasgos que sobresalen en demasía, y alentar otros en los que puedan ser deficientes, para conseguir un desarrollo armonioso. Esto no es un asunto de importancia leve. Puede que el padre no considere que sea un gran pecado descuidar la educación de sus hijos, pero no es así como lo considera Dios. Los padres cristianos necesitan una conversión profunda en este tema. Se va acumulando culpa sobre ellos, y la consecuencia de sus acciones se transmitirá desde los hijos a los hijos de sus hijos. La mente desequilibrada, el

temperamento precipitado, la irritabilidad, la envidia y el recelo son evidencias del descuido por parte de los padres. Esos malos rasgos de carácter acarrean mucha infelicidad a sus poseedores. ¡Cuántos hay que no reciben de parte de compañeros y amigos el amor que podrían recibir si fueran más amables! ¡Cuántos hay que crean problemas dondequiera van y en cualquier cosa que emprendan!

Los hijos tienen derechos que sus padres debieran reconocer y respetar. Tienen derecho a una educación e instrucción que sea capaz de hacerlos miembros de la sociedad útiles, respetados y amados en esta vida, y que los haga moralmente aptos para estar en sociedad con los puros y santos en el más allá. Debiera enseñarse a los jóvenes que tanto su bienestar presente como futuro dependen en gran medida de los hábitos que formaron en la niñez y la juventud. Debiera acostumbrárselos desde muy temprano a la obediencia, abnegación y consideración por el bienestar de otros. Debiera enseñárseles a subyugar el temperamento precipitado, a guardarse una palabra apasionada, a manifestar invariablemente amabilidad, cortesía y autocontrol. Padres y madres debieran procurar, a lo largo de toda su vida, que sus hijos lleguen a ser tan perfectos en carácter como lo puede lograr el esfuerzo humano combinado con la ayuda divina. La aceptación de esta tarea, con toda su importancia y responsabilidad, ya está implícita en el hecho de que han traído hijos al mundo.

Los padres y madres, si quieren criar a sus hijos en la disciplina y amonestación del Señor [*cf.* Efe. 6:4], deben velar para que su propio corazón y vida estén controladas por los preceptos divinos. No están autorizados a irritarse, criticar y ridiculizar. Jamás se burlarán de sus hijos por los rasgas perversos de carácter que ellos mismos les han transmitido. Una disciplina de ese tipo jamás curará el mal. Padres, apelen a los preceptos de la Palabra de Dios para amonestar y reprender a vuestros hijos descaminados. Muéstrenles un “Así dice Jehová” para lo que ustedes les requieran. Un reproche que viene de la Palabra de Dios es más efectivo que el que salga con tonos ásperos y enojados de los labios de los padres.

Siempre que parezca necesario denegar los deseos u oponerse a la voluntad de un niño, se le debiera grabar seriamente el pensamiento de que eso no se lo hace para complacer a los padres o para permitirse el uso arbitrario de la autoridad, sino para el propio bien de él. Debiera enseñársele que toda falta que no se corrija le traerá infelicidad a él mismo y desagradará a Dios. Bajo tal disciplina, los niños encontrarán su mayor felicidad en someter su propia voluntad a la de su Padre celestial.

Algunos padres –y algunos docentes también– parecen olvidar que alguna vez ellos mismos fueron niños. Son serios, fríos y sin simpatía. No importa dónde entren en contacto con los jóvenes –ya sea en casa, en la escuela diaria, en la Escuela Sabática o en la iglesia–, mantienen el mismo aire de autoridad, y sus rostros llevan de forma habitual una expresión solemne y de reproche. No hallan excusa en sus ojos la alegría infantil o su espíritu travieso, la actividad inquieta de la vida joven. Tratan pequeñas contravenciones como si fueran pecados graves. Esa disciplina no es como la de Cristo. Así se enseña a los niños a temer a sus padres o maestros, pero no a amarlos; no les confiarán sus experiencias infantiles. Así se marchitan algunas de las cualidades más valiosas de la mente y el corazón: como una planta tierna frente a un ventarrón helado.

Sonrían, padres; sonrían, maestros. Si tienen triste el corazón, que vuestro rostro no lo revele. Que el sol de un corazón amante y agradecido ilumine vuestra faz. Apéense de su férrea solemnidad, adáptense a las necesidades de los niños y háganse querer. Deben ganarse sus afectos, y así grabarán la verdad religiosa en su corazón.

Jesús amaba a los niños. Recordaba que una vez había sido niño, y su faz benévola se ganaba el afecto de los pequeños. Les encantaba jugar en torno a él, y acariciar ese rostro amante con sus manitas inocentes. Cuando las madres hebreas traían sus bebés para que los bendijera el querido Salvador, los discípulos consideraron que esa diligencia era demasiado poco importante

como para interrumpir sus enseñanzas. Pero Jesús leía en el corazón de estas madres el anhelo ferviente, y frenando a sus discípulos dijo: “Dejad a los niños venir a mí y no se lo impidáis, porque de los tales es el reino de los cielos” [Mat. 19:14].

Padres y madres, tienen una obra que hacer por vuestros hijos que ningún otro puede hacer. No pueden transferir a otros vuestras responsabilidades. El deber del padre hacia sus hijos no puede ser transferido a la madre. Si ella realiza el deber que le corresponde, ya tiene bastante carga para llevar. Sólo trabajando al unísono pueden padre y madre realizar la tarea que Dios ha confiado en sus manos.

Es tiempo peor que perdido para padres e hijos el que se dedica a la adquisición de bienes mientras se descuida la cultura mental y moral. Los tesoros terrenales serán deshechos, pero la nobleza de carácter, el valor moral, perdurará para siempre. Si está bien hecha la obra de los padres, esta testificará por toda la eternidad de la sabiduría y fidelidad de ellos. Los que exigen al máximo su ingenio y sus bolsillos con el fin de brindar a sus hogares vestimentas costosas y manjares delicados, o para mantener a sus integrantes ignorantes del trabajo útil, sólo serán recompensados con el orgullo, la envidia, la tozudez y la falta de respeto por parte de sus hijos mimados.

Los jóvenes necesitan, desde su infancia, que se erija una barrera firme entre ellos y el mundo con el fin de que su influencia corruptora no los afecte. Los padres deben ejercer una vigilancia siempre en aumento con el fin de que sus hijos no se pierdan para Dios. Si se considerara un hermoso carácter y una amable disposición tan importante como el imitar las modas del mundo en vestimenta y conducta, veríamos a centenares aparecer en la escena de la vida activa preparados para ejercer una influencia ennoblecedora sobre la sociedad allí donde hoy hay sólo uno.

La obra de los padres en educar, instruir y disciplinar es el fundamento de todas las demás. Los esfuerzos de los mejores docentes a menudo rendirán poco fruto si los padres y las madres

no desempeñan su parte con fidelidad. La Palabra de Dios debe ser siempre su guía. No estamos tratando de presentar un nuevo lineamiento de deberes. Lo que presentamos ante todos son las enseñanzas de esa Palabra por medio de la cual debe ser juzgada nuestra obra, y formulamos la pregunta: ¿Es esta la norma que nosotros, como padres cristianos, nos estamos esforzando por alcanzar?–*Review and Herald*, 21 de marzo de 1882.

LECTURAS ADICIONALES

- *Signs of the Times*, 27 de abril de 1882, “The Teacher and His Work” [El maestro y su obra].
- *Signs of the Times*, 4 de mayo de 1882, artículo A: “Labor as a Blessing” [El trabajo como una bendición].
- *Signs of the Times*, 4 de mayo de 1882, artículo B: “Our School at Healdsburg” [Nuestra escuela en Healdsburg].
- *Signs of the Times*, 25 de mayo de 1882, “Home Training – Its Importance and Results” [La formación en el hogar – Su importancia y resultados].
- *Review and Herald*, 13 de junio de 1882, “Home Discipline” [La disciplina en el hogar].

7

Importancia de la educación física

Nuestra época tiene un interés sin precedentes en la educación. La amplia difusión del conocimiento a través de la prensa, que coloca los medios para cultivarse uno mismo al alcance de todos, ha despertado un deseo general de progreso intelectual.

Si bien reconocemos con gratitud el aumento de los medios disponibles, no debiéramos cerrar nuestros ojos a los defectos de nuestro actual sistema de educación. En el serio esfuerzo realizado para conseguir el cultivo del intelecto, se ha descuidado la preparación física[1] así como la moral. Muchos jóvenes salen de las instituciones de aprendizaje con su moral degradada y sus facultades físicas debilitadas; sin conocimiento de la vida práctica, y con poca fortaleza para cumplir los deberes correspondientes.

Al ver estos males he formulado la pregunta: ¿Deben nuestros hijos e hijas volverse debiluchos morales y físicos con el fin de obtener una educación en los colegios? No debiera ser así; y no tiene por qué serlo si tan sólo docentes y alumnos desearan ser fieles a las leyes de la naturaleza, que son también las leyes de Dios. Todas las facultades de la mente y del cuerpo debieran ponerse en ejercicio activo, con el fin de que los jóvenes lleguen a ser hombres y mujeres fuertes, bien equilibrados.

Muchos estudiantes tienen tanto apuro por completar su educación que no profundizan nada de lo que emprenden. Pocos tienen suficiente valor y dominio propio como para actuar en base a principios. Muchos estudiantes no captan el verdadero objetivo de la educación, y por tanto no siguen un curso de acción como para lograrlo. Se aplican al estudio de las matemáticas o de los idiomas, mientras descuidan estudios que son mucho más esenciales para la

felicidad y éxito en la vida. Muchos que pueden explorar las profundidades de la Tierra con los geólogos, o atravesar los cielos con los astrónomos, no muestran el más mínimo interés en el maravilloso mecanismo de su propio cuerpo. Otros pueden decirnos exactamente cuántos huesos hay en el esqueleto humano, y describir correctamente cada órgano del cuerpo, y sin embargo son tan ignorantes de las leyes de la salud, y de la curación de las enfermedades, como si la vida estuviera controlada por un destino ciego en vez de estarlo por leyes definidas e invariables.

La salud física subyace en el fundamento mismo de todas las ambiciones y esperanzas del estudiante. De allí la preeminente importancia de obtener un conocimiento de esas leyes por medio de las cuales se consigue y preserva la salud. Todo joven debiera aprender cómo regular sus hábitos alimentarios: qué comer, cuándo comer y cómo comer. Debiera aprender cuántas horas dar al estudio, y cuánto tiempo dedicar al ejercicio físico. Puede compararse al cuerpo humano con un máquina ajustada con precisión, que necesita cuidado para mantenerla en buenas condiciones. No debiera someterse una parte a constante desgaste y presión, mientras otra parte se oxida por la inacción. Cuando se exige tarea de la mente, también los músculos debieran tener su parte proporcional de ejercicio.

La regulación apropiada de sus hábitos de alimentación, sueño, estudio y ejercicio es un deber que todo estudiante tiene para consigo mismo, para con la sociedad y para con Dios. La educación que hará de los jóvenes una bendición para el mundo es la que los capacita para alcanzar la hombría o femineidad auténtica y noble. El estudiante que estudia duramente, duerme poco, se ejercita poco y come en forma irregular alimentos inadecuados o de baja calidad, está obteniendo una preparación intelectual a expensas de su salud y su moral, de su espiritualidad y, podría ser, de la vida misma.

Por naturaleza los jóvenes desean actividad y, si no encuentran un ámbito legítimo para sus energías reprimidas después del confinamiento en el aula, se vuelven inquietos e impacientes ante el

control, lo cual los lleva a practicar deportes rudos, afeminados, que son el descrédito de tantas escuelas y colegios, y aun sumergirse en escenas de verdadera disipación. Muchos jóvenes que salieron inocentes de sus casas se corrompen por las compañías en la escuela.

Toda institución de enseñanza debiera proveer para el estudio y la práctica de la agricultura y las artes manuales. Debieran emplearse profesores competentes para instruir a la juventud en diferentes ocupaciones industriales, así como en los diferentes ramos de estudio. Mientras se dedica una parte del día al desarrollo intelectual, apártese una porción definida para el trabajo manual, y un tiempo adecuado para los ejercicios devocionales y el estudio de las Escrituras.

Esta enseñanza debiera favorecer hábitos de independencia [económica], firmeza y decisión. Los graduados de tales instituciones estarían preparados para asumir con éxito los deberes prácticos de la vida. Tendrían valor y perseverancia para superar obstáculos, y firmeza de principios que no cedería ante las malas influencias.

Si la juventud tuviera que recibir una educación unilateral, ¿qué sería de mayor importancia: el estudio de las ciencias [solamente], con todas las desventajas para la salud y moralidad, o una enseñanza bien completa en deberes prácticos, con sana moral y buen desarrollo físico? Sin dudarlo decimos: esta última. Pero con el esfuerzo adecuado, y en la mayoría de los casos, pueden conseguirse ambas.

Los que combinan el trabajo útil con el estudio no necesitan de ejercicios gimnásticos. Y el trabajo realizado al aire libre es 10 veces más beneficioso para la salud que la labor que se realiza en interiores. Tanto el mecánico como el agricultor realizan ejercicio físico, pero el agricultor es el más sano de los dos. Sólo el aire vigorizante de la naturaleza y el sol llenarán plenamente las necesidades del organismo. El labrador del suelo encuentra en su trabajo todos los movimientos que se han practicado alguna vez en

el gimnasio. Su sala de musculación son los campos abiertos. Tiene por techo la bóveda de los cielos, y la tierra sólida por piso. Allí es donde usa el arado y la azada, donde siembra y cosecha. Obsérvenlo en la "época de enfardar heno [o trigo, alfalfa etc.]": corta y rastrilla, usa la horquilla y enrolla, levanta y carga, lanza pesos a distancia, pisa para compactar y almacena. Los diversos movimientos ponen en acción huesos, articulaciones, músculos, tendones y nervios del cuerpo. Sus vigorosos ejercicios causan inspiraciones y exhalaciones plenas, profundas, fuertes, los cuales expanden los pulmones y purifican la sangre, y además envían la cálida corriente de vida con fuerza a través de arterias y venas. Un agricultor que sea templado en todos sus hábitos generalmente gozará de buena salud. Su trabajo le es agradable. Tiene buen apetito. Duerme bien y puede ser feliz.

Contrástese ahora la condición del agricultor activo con la del estudiante que descuida el ejercicio físico. Este se sienta en un aula cerrada, inclinado sobre su pupitre, con el pecho hundido, sus pulmones carentes de espacio. No puede hacer inspiraciones plenas y profundas. Su cerebro está exigido al máximo, mientras su cuerpo está tan inactivo como si para nada le sirviera. Su sangre se mueve letárgicamente por todo el organismo. Tiene los pies fríos, la cabeza caliente. ¿Cómo puede una persona así tener salud?

Practique el estudiante ejercicios regulares que le hagan respirar en forma plena y profunda, llevando a sus pulmones el puro aire vigorizante del cielo, y será una nueva persona. No es el estudio intenso lo que está destruyendo la salud de los estudiantes, sino más bien el no tomar en cuenta las leyes de la naturaleza.

En las instituciones de enseñanza debiera emplearse a docentes de experiencia para instruir a las señoritas en los misterios de la cocina. El conocimiento de los deberes domésticos no tiene precio para cualquier mujer. Hay innumerables familias cuya felicidad fue echada a perder por la ineficiencia de la esposa y madre. No es tan importante que nuestras hijas aprendan pintura, *bijouterie* y afines, música, y ni siquiera la "raíz cúbica" o las figuras de la retórica,

como que aprendan corte, confección y remiendo de la ropa propia, o a preparar alimentos en forma sana y apetitosa. Cuando una niña llega a los 9 o 10 años de edad se le debiera exigir que realice regularmente su parte en los deberes de la casa, en lo que sea capaz, y debiera hacérsela responsable por la manera en que haga su tarea. Fue muy sabio el padre que respondió, cuando se le preguntó qué pensaba hacer de sus hijas: “Me propongo que sean aprendizas de su excelente madre, que aprendan a aprovechar el tiempo, y que estén listas para ser esposas y madres, cabezas de familia, y miembros útiles de la sociedad”.

Lavar la ropa en la tradicional tabla de lavar, barrer, desempolvar, y una variedad de otros deberes en la cocina y jardín, serán ejercicios valiosos para las señoritas. Tal trabajo útil suplirá el lugar del croquet, tiro con arco, danza y otros entretenimientos que no benefician a nadie.

Muchas mujeres, consideradas bien educadas, graduadas con mención de honor en alguna institución educativa, son vergonzosamente ignorantes de los deberes prácticos de la vida. Carecen de las calificaciones necesarias para regular una familia en forma adecuada, las cuales son esenciales para la felicidad. Puede que hablen de la elevada esfera de la mujer, y de los derechos que les corresponde, pero ellas mismas están muy por debajo de la verdadera esfera de la mujer. Es el derecho de toda hija de Eva poseer un conocimiento completo de los deberes domésticos, recibir instrucción en cada aspecto del trabajo doméstico. Toda señorita debiera se educada de tal manera que si se la llama a llenar el puesto de esposa y madre, pueda presidir como una reina en su propio ámbito. Debiera ser plenamente competente para guiar e instruir a sus hijos y dirigir a sus sirvientes, o, si hiciere falta, ministrar con sus propias manos a las necesidades de su casa. Tiene derecho a entender el mecanismo del cuerpo humano y los principios de higiene, los asuntos del régimen alimentario y la vestimenta, del trabajo y la recreación, y un sinnúmero de otros asuntos que conciernen íntimamente al bienestar de su casa. Es el derecho de ella obtener tal conocimiento de los mejores métodos de

tratar las enfermedades como para poder cuidar a sus niños en la enfermedad, en vez de dejar sus preciados tesoros en manos de extraños, enfermeras o médicos.

La idea de que la ignorancia de las ocupaciones útiles es una característica esencial del verdadero caballero o de la dama es contraria al propósito de Dios al crear al ser humano. La ociosidad es un pecado, y la ignorancia de los deberes usuales es un resultado de locuras que la vida posterior dará amplia ocasión para lamentar amargamente.

Los que toman por regla de vida servir y honrar a Dios prestarán oídos a la exhortación del apóstol: “Si, pues, coméis o bebéis o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios” [1 Cor. 10:31]. Tales estudiantes preservarán su integridad frente a la tentación, y saldrán del colegio con intelectos bien desarrollados, y con salud del cuerpo y salud del alma.–*Signs of the Times*, 29 de junio de 1882.

LECTURA ADICIONAL

- *Review and Herald*, 11 de julio de 1882, “The Primal Object of Education” [El objetivo primordial de la educación].

---

1 *Nota del Editor:* En este libro hay dos artículos que hablan de lo físico en la educación: los capítulos 7 y 54. He aquí una aclaración de sus títulos: “Educación física” es la formación educativa en lo que respecta a la utilización del cuerpo humano para sentirse saludable y/o con una finalidad deportiva. “Cultura física” son las maneras y hábitos del cuidado corporal que no sólo buscan la salud del cuerpo, otorgándole alguna actividad que lo aleje del sedentarismo y sus consecuencias, sino también lograr la plenitud y el bienestar integral, sobre todo del binomio cuerpo-mente. En algunos casos el Espíritu de Profecía utiliza indistintamente ambas denominaciones, con la salvedad de su posición con respecto a los deportes.

8

La integridad de Daniel puesta a prueba

El profeta Daniel fue un personaje ilustre, un ejemplo brillante de lo que pueden llegar a ser los hombres cuando están unidos al Dios de sabiduría. Se nos dejó un breve relato de la vida de ese santo hombre de Dios para animar a los que después serían llamados a soportar pruebas y tentaciones.

Cuando el pueblo de Israel, su rey, y los nobles y sacerdotes fueron llevados cautivos, cuatro de ellos fueron seleccionados para servir en la corte del rey de Babilonia. Uno de ellos fue Daniel, quien muy pronto dio muestras de la extraordinaria capacidad que desarrollaría en años posteriores. Estos jóvenes eran todos de cuna principesca, y se los describe como “muchachos en quienes no [había] tacha alguna, de buen parecer, instruidos en toda sabiduría, sabios en ciencia, de buen entendimiento e idóneos” [Dan. 1:4]. Al notar los talentos superiores de estos jóvenes cautivos, el rey Nabucodonosor decidió prepararlos para desempeñar puestos importantes en su reino. Para que estuvieran plenamente calificados para su vida en la corte, de acuerdo con la costumbre oriental, se les enseñó el idioma de los caldeos, y se los sometió por tres años a un programa completo de disciplina física e intelectual.

Los jóvenes en esta escuela de preparación no sólo habían de ser admitidos al palacio real, sino que se estipuló que debían comer de la carne y beber del vino que provenían de la mesa real. En todo esto el rey consideraba que no sólo los estaba invistiendo con un gran honor, sino también consiguiéndoles el mejor desarrollo físico y mental que podrían obtener.

Entre las viandas que se le servían al rey había carne de cerdo y otras carnes declaradas inmundas por la ley de Moisés, las cuales habían sido prohibidas expresamente a los hebreos que comieran.

Aquí Daniel fue sometido a una dura prueba. ¿Debía atenerse a las enseñanzas de sus padres con respecto a comidas y bebidas, y ofender así al rey, con lo que probablemente perdería no sólo su puesto sino también su vida? ¿O debía desestimar los mandamientos de Jehová, y retener el favor del rey, consiguiendo así grandes ventajas intelectuales y las más lisonjeras perspectivas mundanas?

Daniel no vaciló mucho tiempo. Decidió permanecer firme en su integridad, fuera cual fuere el resultado. “Propuso en su corazón no contaminarse con la porción de la comida del rey ni con el vino que él bebía” [Dan. 1:8].

Muchos, entre los profesos cristianos de hoy, decidirían que Daniel fue demasiado detallista, y lo declararían estrecho de mente y extremista. Consideran el asunto de comer y beber como de importancia demasiado pequeña como para tomar una resolución tan decidida; lo cual quizá implicaría el sacrificio de toda ventaja terrena. Pero los que así razonan se encontrarán en el día del juicio que han hecho a un lado los requerimientos expresos de Dios, y que han colocado su propia opinión como criterio de lo correcto e incorrecto. Encontrarán que lo que consideraban de poca importancia no era considerado así por Dios. Sus mandatos deben ser obedecidos sagradamente. Los que aceptan y obedecen alguno de su preceptos porque les conviene hacerlo, mientras rechazan otro porque su observancia requeriría un sacrificio, rebajan la norma de lo correcto, y por su ejemplo llevan a otros a considerar livianamente la santa ley de Dios. Un “Así dice Jehová” debiera ser nuestra regla en todas las cosas.

Daniel fue sometido a las tentaciones más severas que pueden asaltar a la juventud hoy en día; sin embargo fue fiel a la instrucción religiosa que recibió muy temprano en su vida. Estuvo rodeado de influencias calculadas para corromper a los que vacilaran entre el principio y la inclinación; sin embargo la Palabra de Dios lo presenta como un personaje sin tacha. Daniel no se atrevió a confiar en su propia fuerza moral. La oración era para él una necesidad. Hizo de

Dios su fortaleza, y el temor de Dios estaba presente continuamente delante de él en todos los actos de su vida.

Daniel poseía la gracia de la verdadera mansedumbre. Era veraz, firme y noble. Buscó vivir en paz con todos, mientras se mantenía tan inflexible como el majestuoso cedro allí donde había un principio implicado. En todo lo que no entraba en colisión con su lealtad a Dios era respetuoso y obediente a los que tenían autoridad sobre él; pero su sentido de lo que Dios tenía derecho a esperar de él era tan elevado, que los requisitos de los gobernantes terrenales estaban en un estado subordinado. No se dejaría inducir por ninguna consideración egoísta a desviarse de su deber.

Se presenta al mundo el carácter de Daniel como ejemplo notable de lo que la gracia de Dios puede lograr en los hombres caídos por naturaleza y corrompidos por el pecado. El registro de esa vida noble y abnegada es un estímulo para nuestra común humanidad. De él podemos recoger fortaleza para resistir noblemente la tentación y, con firmeza y en la gracia de la mansedumbre, representar lo correcto bajo la prueba más severas.

Daniel podría haber encontrado una excusa plausible para hacer a un lado sus hábitos estrictamente temperantes, pero la aprobación de Dios era de más valor para él que el favor del más poderoso potentado terreno; de más valor que la vida misma. Tras haber conseguido con su conducta respetuosa el favor de Melsar, el funcionario a cargo de los jóvenes hebreos, Daniel presentó la solicitud de no comer de las carnes del rey ni beber de sus vinos. Melsar temía que si accedía a esta solicitud podría incurrir en el desagrado del rey y así poner en riesgo su propia vida. Como muchos hoy, pensaba que un régimen alimentario abstemio pondría pálidos y enfermizos en apariencia a estos jóvenes, y deficientes en vigor muscular, mientras que el alimento sibarítico de la mesa del rey los haría sonrosados y hermosos, y promovería la actividad física y mental.

Daniel solicitó que la cuestión se decidiera mediante una prueba de 10 días, en los cuales se permitiría a los jóvenes hebreos comer

alimentos sencillos, mientras que sus otros compañeros participarían de los manjares del rey. Finalmente se concedió la petición, y entonces Daniel se sintió seguro de haber ganado su caso. Aunque sólo era un joven, había visto los efectos dañinos del vino y la vida lujuriosa sobre la salud física y mental.

Al fin de los 10 días el resultado fue absolutamente lo contrario de las expectativas de Melsar. No sólo en apariencia personal, sino también en actividad física y vigor mental, los que habían sido temperantes en sus hábitos exhibían una marcada superioridad sobre los compañeros que habían gratificado su apetito. Como resultado de esta prueba, se permitió a Daniel y sus allegados continuar con su dieta sencilla durante todo el curso de su preparación para los deberes del reino.

El Señor miró con aprobación la firmeza y abnegación de estos jóvenes hebreos, y su bendición estuvo sobre ellos. Les “dio conocimiento e inteligencia en todas las letras y ciencias; y Daniel tuvo entendimiento en toda visión y sueños” [Dan. 1:17]. Al expirar los tres años de entrenamiento, cuando su capacidad y adquisiciones fueron probados por el rey, este no halló entre ellos a ninguno “como Daniel, Ananías, Misael y Azarías; así, pues, permanecieron al servicio del rey. En todo asunto de sabiduría e inteligencia que el rey los consultó, los halló diez veces mejores que todos los magos y astrólogos que había en todo su reino” [vs. 19, 20].

La vida de Daniel es una ilustración inspirada de lo que constituye un carácter santificado. Nos presenta a todos una lección, y especialmente a los jóvenes. Un cumplimiento estricto de los requerimientos de Dios es beneficioso para la salud del cuerpo y la mente. Con el fin de alcanzar el grado más alto de logros morales e intelectuales es necesario buscar sabiduría y fortaleza de parte de Dios, y observar estricta temperancia en todos los hábitos de la vida. En la experiencia de Daniel y sus compañeros tenemos un ejemplo del triunfo del principio sobre la tentación a gratificar el apetito. Nos muestra que a través de los principios religiosos los jóvenes pueden

triunfar sobre las lujurias de la carne, y permanecer fieles a los requerimientos de Dios, aun a costa de un gran sacrificio.

¿Qué habría pasado si Daniel y sus compañeros hubieran transado con esos funcionarios paganos, y cedido a la presión de las circunstancias, al comer y beber como se acostumbraba entre los babilonios? Esa única vez en que se desviaran del principio habría debilitado su sentido de lo correcto y su odio al mal. La gratificación del apetito hubiera implicado el sacrificio del vigor físico, la claridad mental y el poder espiritual. Un paso equivocado probablemente habría conducido a otros, hasta que, una vez que su conexión con el Cielo estuviera cortada, habrían sido barridos por la tentación.

Dios ha dicho: “Yo honro a los que me honran” [1 Sam. 2:30]. Mientras Daniel se aferraba a su Dios con confianza inconmovible, el espíritu de poder profético vino sobre él. En tanto recibía instrucción humana sobre los deberes de la vida en la corte, era enseñado por Dios para leer los misterios de las eras futuras, y para presentar a las generaciones venideras, mediante símbolos y alegorías, las cosas maravillosas que habrían de acontecer en los últimos días.–*Signs of the Times*, 28 de septiembre de 1882.

LECTURAS ADICIONALES

- *Signs of the Times*, 14 de diciembre de 1882, “Holiday Gifts” [Regalos en las fiestas].
- *Review and Herald*, 17 de julio de 1883, “Young Men as Missionary Workers” [Jóvenes como obreros misioneros].
- *Signs of the Times*, 13 de marzo de 1884, “Science and Revelation” [Ciencia y revelación].
- *Signs of the Times*, 20 de marzo de 1884, “Science and the Bible in Education” [La ciencia y la Biblia en educación].
- *Signs of the Times*, 10 de abril de 1884, “The Training of Children” [El adiestramiento de los niños].
- *Signs of the Times*, 17 de abril de 1884, “Important Duties in Home Life” [Deberes importantes en la vida hogareña].

9

Importancia de la educación

El verdadero objetivo de la educación debiera ser considerado cuidadosamente. Dios ha confiado a cada uno capacidades y facultades para que les puedan ser retornadas ampliadas y mejoradas. Todos sus dones nos son concedidos para ser usados en su máxima expresión. Requiere que cada uno de nosotros cultive sus facultades, y alcance la máxima capacidad posible para ser útil, con el fin de que hagamos una obra noble para Dios y seamos una bendición para la humanidad. Todo talento que poseamos –sea de capacidad intelectual, dinero o influencia– pertenece a Dios, de modo que podemos decir con David: “Todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos” [1 Crón. 29:14].

Querido joven, ¿cuál es el fin y propósito de tu vida? ¿Aspiras a una educación para tener un nombre y posiciones en el mundo? ¿Tienes pensamientos, que no te has atrevido a expresar, de estar algún día en la cima de la grandeza intelectual, de sentarte en los concejos deliberantes y legislativos, y ayudar a promulgar las leyes de la nación? No hay nada malo en estas aspiraciones. Tú puedes, cada uno de ustedes puede, dejar una marca de tu/su paso. No debes contentarte con logros mediocres. Apunta alto y no ahorres esfuerzos por alcanzar ese nivel.

El temor de Jehová subyace al fundamento de toda verdadera grandeza. La integridad, la integridad invariable, es el principio que necesitas llevar contigo en todas las relaciones de tu vida. Lleva tu religión a tu vida escolar, a tu internado de estudiante, a todos tus proyectos. La cuestión importante que te afecta ahora es: cómo elegir y perfeccionar tus estudios de tal modo que mantengas la solidez y pureza de un carácter cristiano sin mancha, subordinando todos tus derechos e intereses temporales a los derechos más elevados del evangelio de Cristo. Ahora querrás construir todo lo

que seas capaz de proveer, con el fin de relacionarte con la sociedad y la vida de forma que puedas responder al propósito que Dios tuvo al crearte. Como discípulos de Cristo, no están excluidos de emprender proyectos terrenales, pero deben llevar con ustedes vuestra religión. Cualquiera que sea la ocupación en la cual se califican para emprender, jamás den lugar a la idea de que no podrán llevarla a cabo con éxito a menos que sacrifiquen los principios.

Manteniendo el equilibrio con principios religiosos, pueden escalar cualquier altura que deseen. Estaríamos contentos de verlos llegar a la noble elevación que Dios se propone que alcancen. Jesucristo ama a los preciados jóvenes, y no le agrada verlos crecer con talentos sin cultivo ni desarrollo. Pueden llegar a ser hombres fuertes de principios firmes, aptos para confiarles altas responsabilidades, y para este fin pueden exigir lícitamente cada fibra de su ser.

Pero nunca cometan el gran crimen de pervertir sus facultades dadas por Dios para fastidiar y destruir a otros. Hay hombres de talento que usan su capacidad para esparcir ruina moral y corrupción, pero todos ellos están sembrando una simiente que producirá una cosecha que no se enorgullecerán de recolectar. Es cosa espantosa utilizar las capacidades dadas por Dios de modo que difundan aflicción y mal en vez de bendición en la sociedad. También es cosa horrorosa plegar el talento que se nos ha confiado en un pañuelo, y sustraerlo del mundo, porque eso es arrojar la corona de la vida eterna. Dios tiene derecho a nuestro servicio. Hay responsabilidades que cada uno debe llevar; y podemos cumplir la grandiosa misión de la vida sólo cuando se aceptan plenamente dichas responsabilidades, y cuando se las realiza en forma fiel y concienzuda.

Dice el sabio: “Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud” [Ecl. 12:1]. Pero no supongan ni por un momento que la religión los hará tristes y lúgubres y será un obstáculo en el camino al éxito. La religión de Cristo no oblitera y ni siquiera debilita ninguna facultad.

De ningún modo los incapacita para gozar de cualquier felicidad real; no está diseñada para disminuir vuestro interés en la vida, ni para hacerlos indiferente a los deberes que tienen para con amigos y la sociedad. No recubre la vida con cilicio; no se expresa con profundos suspiros y gemidos. No, no; los que en todas las cosas ponen a Dios primero y último y en el mejor lugar son la gente más feliz del mundo. No se alejan de su semblante las sonrisas y la alegría. La religión no hace de quien la recibe más grosero y áspero, desarreglado y descortés; por el contrario, lo eleva y ennoblece, refina su gusto, santifica su juicio, y lo hace apto para estar en la sociedad de los ángeles celestiales y para las moradas que Jesús ha ido a preparar.

Jamás perdamos de vista el hecho de que Jesús es manantial de gozo. No se deleita en la miseria de los seres humanos, sino que le encanta verlos felices. Los cristianos tienen muchas fuentes de felicidad a su alcance, y pueden distinguir con precisión inequívoca los placeres que son lícitos y correctos. Pueden disfrutar de recreaciones que no disiparán la mente ni degradarán el alma, las que no chasquearán ni dejarán una influencia posterior triste para destruir el respeto propio o cerrar el camino a la utilidad. Si pueden llevar a Jesús con ellos, y mantener un espíritu de oración, [son recreaciones] perfectamente seguras.

Dice el salmista: “La exposición de tus palabras alumbra; hace entender a los sencillos” [Sal. 119:130]. Como poder educador la Biblia no tiene igual. No hay obras científicas tan aptas para desarrollar la mente como la contemplación de las grandiosas y vitales verdades o las lecciones prácticas de la Biblia. Ningún otro libro se ha impreso jamás que esté tan bien calculado para dar fuerza a la mente. Los hombres de mayor intelecto, si no están guiados por la Palabra de Dios en su investigación, se desconciertan; no pueden entender al Creador ni sus obras. Pero póngase la mente a captar y medir la verdad eterna; convóquesela al esfuerzo de cavar en busca de las gemas de verdad en la rica mina de la Palabra de Dios, y nunca se empequeñecerá ni

debilitará, tal como ocurre cuando se la deja espaciarse en asuntos comunes.

La Biblia es la historia más instructiva y abarcadora que se haya dado a mundo. Sus páginas santas contienen el único registro auténtico de la creación. En ellas contemplamos el poder que “extendió los cielos y fundó la tierra” [Isa. 51:13]. Aquí tenemos una historia verídica de la raza humana, que no está desfigurada por el prejuicio humano ni el orgullo humano.

En la Palabra de Dios encontramos temas para los más profundos pensamientos; sus verdades estimulan la más elevada aspiración. Aquí es donde mantenemos comunión con los patriarcas y profetas, y escuchamos la voz del Eterno al hablar con los hombres. Aquí es donde observamos lo que los ángeles contemplan con asombro: al Hijo de Dios cuando se humilló a sí mismo para llegar a ser nuestro sustituto y garante, para enfrentarse por sí solo contra los poderes de las tinieblas y ganar la victoria en favor de nosotros.

Nuestra juventud posee la preciosa Biblia; y si todos los planes y propósitos que tengan son examinados a la luz de la Biblia, será conducida por sendas seguras. Aquí es donde podemos aprender lo que Dios espera de los seres formados a su imagen. Aquí podemos aprender cómo mejorar la vida presente y cómo asegurarnos la futura. Ningún otro libro puede satisfacer los interrogantes de la mente y las ansias del corazón. Al prestar oídos a las enseñanzas de la Palabra de Dios, los hombres pueden elevarse desde las más hondas profundidades de la ignorancia y degradación para llegar a ser hijos de Dios, compañeros de los ángeles sin pecado.

Cuanto más se detiene la mente en estos temas, tanto más se verá que los mismos principios se manifiestan en las cosas naturales y en las espirituales. Hay armonía entre la naturaleza y el cristianismo; porque ambos tienen el mismo Autor. El libro de la naturaleza y el libro de la revelación señalan la operación de la misma mente divina. Hay lecciones para aprender en la naturaleza; y hay lecciones profundas, serias, de importancia suprema, para aprender en el libro de Dios.

Mis jóvenes amigos, el temor de Jehová subyace al mismo fundamento de todo progreso; es el principio de la sabiduría. Vuestro Padre celestial tiene derechos sobre ustedes, porque sin solicitud ni mérito de parte de ustedes les da los dones de su providencia; y además de esto les ha dado el Cielo entero en un solo don, que es el de su Hijo amado. En respuesta a este don infinito les reclama obediencia voluntaria. Como fueron comprados por precio, a saber la sangre preciosa del Hijo de Dios, les requiere que hagan un uso apropiado de los privilegios que gozan. Vuestras facultades intelectuales y morales son dones de Dios, talentos que se les han confiado para ser perfeccionados sabiamente, y no están en libertad de dejarlos en estado latente por falta de cultivo apropiado, ni de paralizarlos y menguarlos por medio de la inacción. Les toca decidir si las graves responsabilidades que descansan sobre ustedes serán cumplidas o no fielmente, si vuestros esfuerzos estarán bien dirigidos y serán los mejores que puedan realizar.

Estamos viviendo los peligros de los últimos días. Todo el Cielo está interesado en el carácter que están formando. Se ha dispuesto toda providencia para ustedes con el fin de que sean participantes de la naturaleza divina, tras escapar de la corrupción que se halla en el mundo debido a la concupiscencia. No se ha dejado solo al hombre para vencer a los poderes del mal mediante sus débiles esfuerzos. Hay socorro a mano, y le será dado a toda alma que en verdad lo desee. Los ángeles de Dios, que ascienden y descienden por la escalera que Jacob vio en visión, ayudarán a toda alma que quiera subir hasta el más alto Cielo. Están guardando al pueblo de Dios, y vigilando cómo se toma cada paso. Los que ascienden por el sendero iluminado serán recompensados; entrarán en el gozo de su Señor.

Trascendencia de la educación

En el caso de Daniel, el temor de Jehová fue el principio de la sabiduría. Se lo puso donde la tentación era fuerte. En la corte del rey la disipación se encontraba a cada paso; la complacencia egoísta, la gratificación del apetito, la intemperancia y la gula

estaban a la orden del día. Daniel podía unirse a las prácticas debilitantes y corruptoras de los cortesanos, o podía resistir la influencia que llevaba cuesta abajo. Eligió resistir. Propuso en su corazón que no se corrompería con la complacencia pecaminosa con la cual había sido puesto en contacto, fueran cuales fuesen las consecuencias. Ni siquiera se contaminaría con las carnes del rey o los vinos que bebiera. El Señor se agradó del curso de conducta que llevó Daniel. Fue “muy amado” [Dan. 9:23] y honrado por el Cielo, y fue a él a quien el Dios de sabiduría dio destreza en la ciencia de los caldeos, y entendimiento en toda visión y sueños [Dan. 1:17].

Si los estudiantes que asisten a nuestros colegios fueran firmes y mantuvieran integridad, si no se asociaran con los que andan por senderos de pecado ni los sedujera su compañía, entonces gozarían como Daniel del favor de Dios. Si descartaran las diversiones sin provecho y la gratificación del apetito, su mente tendría claridad para ir en pos del conocimiento. De ese modo conseguirían un poder moral que los capacitaría para seguir impertérritos ante el asalto de la tentación. Es una lucha continua estar siempre alertas para resistir el mal, pero vale la pena obtener una victoria tras otra por sobre el yo y los poderes de las tinieblas. Y si los jóvenes son puestos a prueba y salen airosos, como lo fue Daniel, qué honra pueden reflejar sobre Dios por medio de su firme adhesión a lo recto.

Un carácter sin tacha es tan precioso como el oro de Ofir. Sin virtud pura y sin mancha nadie puede jamás elevarse a alguna eminencia honorable. Pero las nobles aspiraciones y el amor por la rectitud no son cosas que se hereden. No puede comprarse el carácter; debe formárselo mediante rigurosos esfuerzos para resistir la tentación. La formación de un carácter recto es obra de la vida entera, y brota de la oración meditativa unida a un propósito augusto. La excelencia del carácter que posean será necesariamente el resultado de vuestro propio esfuerzo. Los amigos les podrán dar aliento, pero no podrán hacer por ustedes la obra. Anhelos, suspiros y ensueños jamás los harán grandes ni buenos.

Tienen que trepar la cuesta. Ciñan los lomos de vuestra mente, y pónganse a trabajar con todos los sólidos poderes de vuestra voluntad. Es el sabio aprovechamiento de vuestras oportunidades, el cultivo de los talentos que Dios les dio, lo que los hará hombres y mujeres aprobados por Dios, y una bendición para la sociedad. Que vuestra norma sea alta, y con energía indomable aprovechen al máximo sus talentos y oportunidades, y prosigan al blanco.

¿Querrán nuestros jóvenes considerar que tienen batallas que pelear? Satán y sus huestes están alineados contra ellos, y ellos no tienen la experiencia que las [personas] de edad madura ya consiguieron.

Satán tiene un odio intenso por Cristo y lo que compró con su sangre, y opera con todo engaño de iniquidad. Busca con todo artificio enrolar a los jóvenes bajo su bandera, y los usa como sus agentes para sugerir dudas sobre la Biblia. Cuando se siembra una semilla de duda, Satán la nutre hasta que produce una cosecha abundante. Si puede hacer vacilar a un solo joven respecto de la Biblia, este no cesará de obrar hasta que otras mentes hayan sido leudadas con el mismo escepticismo.

Los que acarician sus dudas se jactan de su independencia de pensamiento, pero están muy lejos de poseer verdadera independencia. Su mente está llena de temor servil, por el miedo de que algún otro tan superficial como ellos mismos los ridiculice. Esto es debilidad y esclavitud a un tirano auténtico. La verdadera libertad e independencia se encuentran en el servicio a Dios. Su servicio no les exigirá ninguna restricción que no aumente vuestra felicidad. Al cumplir con sus requerimientos encontrarán paz, contentamiento y gozo, las cuales no hallarán jamás en la senda de la licencia extravagante y el pecado. Por tanto, estudien bien la naturaleza de la libertad que desean. ¿Es la libertad de los hijos de Dios, la de ser libres en Cristo Jesús? ¿O es que llaman libertad a la gratificación egoísta de las bajas pasiones? Tal libertad conlleva el más pesado remordimiento; es la esclavitud más cruel.

La verdadera independencia de pensamiento no es obcecación. Lleva a los jóvenes a formarse opiniones sobre la Palabra de Dios sin tener en cuenta lo que otros digan o hagan. Si están en compañía de los ateos, incrédulos o infieles, los lleva a reconocer y defender su fe en las santas verdades del evangelio contra las objeciones y dichos ingeniosos de sus compañeros impíos. Si están con quienes piensan que es una virtud hacer desfilar los defectos de los profesos cristianos para después burlarse de la religión, la moralidad y la virtud, la verdadera independencia de pensamiento los llevará a mostrar con cortesía, pero sin temor, que el ridículo es un pobre sustituto de los argumentos sólidos. Los capacitará para mirar más allá del objetor al que lo influencia, al adversario de Dios y el hombre, y a resistirlo en la persona de su agente.

Álcense en defensa de Jesucristo, mis jóvenes amigos, y en el tiempo de vuestra necesidad Jesucristo se alzará en defensa de ustedes. “Por sus frutos los conoceréis” [Mat. 7:20]. Uno de dos, o Dios o Satanás controla la mente; y la vida muestra con mucha claridad que nadie necesita engañarse con respecto al poder al que ustedes muestran lealtad. Cada uno tiene una influencia para bien o para mal. ¿Está vuestra influencia del lado de Cristo o del lado de Satanás? Los que se apartan del mal enrolan en su favor el poder de la omnipotencia. La atmósfera que los rodea no es de este mundo. Ellos pueden, por medio del poder silencioso de una vida bien ordenada y una conducta piadosa, presentar a Jesucristo ante el mundo. Pueden reflejar la luz del Cielo y ganar almas para Cristo.

Estoy feliz de que tengamos instituciones donde nuestra juventud pueda separarse de las influencias corruptoras que predominan tanto en las escuelas actuales. Nuestros hermanos y hermanas debieran estar agradecidos de que en la providencia de Dios se han establecido nuestros colegios, y debieran estar listos para sostenerlos con sus medios. Debe utilizarse toda influencia posible para educar a los jóvenes y elevar su moralidad. Debiera instruírselos para que tengan valentía moral para resistir la marejada de contaminación moral de esta era degenerada. Asiéndose firmemente del poder divino podrán instalarse en la sociedad para

moldearla y darle forma, en vez de ser moldeados según el modelo del mundo.

No puede haber obra más importante que la educación apropiada de nuestros jóvenes. Debemos ser sus guardianes, en lucha contra Satán, para que no nos los arrebate de nuestros brazos. Cuando los jóvenes vienen a nuestros colegios debiéramos hacerles sentir que no estarán entre extraños que no se preocupan por su alma. Debiera haber padres y madres en Israel que velen por sus almas como quienes deben dar cuentas por ello. Hermanos y hermanas, no se mantengan apartados de los preciados jóvenes, como si no tuvieran ninguna preocupación por o responsabilidad especial para con ellos. Ustedes, quienes por largo tiempo han profesado ser cristianos, tienen una obra que hacer para conducirlos en forma paciente y bondadosa por el camino correcto. Debieran mostrarles que los aman porque son miembros jóvenes de la familia del Señor, lo adquirido con su sangre.

El futuro de la sociedad estará determinado por los jóvenes de hoy. Satanás está haciendo esfuerzos serios y perseverantes para corromper la mente y degradar el carácter de toda persona joven; y nosotros, los que tenemos más experiencia, ¿nos quedaremos como meros espectadores mirando cómo realiza sus propósitos sin estorbo? Alcémonos en nuestros puestos como centinelas para trabajar por estos jóvenes, y con la ayuda de Dios impedir que se precipiten al barranco de la destrucción. En la parábola, mientras los hombres dormían, el enemigo sembró cizaña; y mientras ustedes, mis hermanos y hermanas, estáis inconscientes de su obra, él está reuniendo un ejército de jóvenes bajo su bandera; y se ufana, pues por medio de ellos lleva adelante su guerra contra Dios.

Los docentes en nuestras escuelas tienen una pesada responsabilidad para llevar. En sus palabras y carácter debe ser aquello que desean que sean sus estudiantes: hombres y mujeres que temen a Dios y obran justicia. Si están familiarizados con el camino en sí mismos, podrán instruir a la juventud para caminar en él. No sólo los educarán en las ciencias, sino que los instruirán para

tener independencia moral, para trabajar por Jesús y para llevar cargas en su causa.

Docentes, ¡qué oportunidades las vuestras! ¡Qué privilegio está a vuestro alcance para moldear la mente y el carácter de los jóvenes a vuestro cargo! ¡Qué gozo será encontrarlos en torno al gran trono blanco, y saber que han hecho lo que podían para hacerlos aptos para la inmortalidad! Si vuestra obra resiste la prueba del gran día, cómo llegará a vuestros oídos, cual la más dulce de las músicas, la bendición del Maestro: “Bien, buen siervo y fiel... entra en el gozo de tu Señor” [Mat. 25:23].

En la gran mies hay abundancia de trabajo para todos, y los que descuidan hacer lo que les es posible serán hallados culpables delante de Dios. Trabajemos para el tiempo presente y para la eternidad. Trabajemos por los jóvenes con todas las facultades que Dios nos ha concedido, y él bendecirá nuestros bien dirigidos esfuerzos. Nuestro Salvador ansía salvar a los jóvenes. Se regocijaría de verlos reunidos en torno a su trono revestidos de las túnicas sin mancha de su justicia. Está esperando para poner sobre la cabeza de ellos la corona de vida, y oír sus voces jubilosas que se unen para atribuir honor y gloria y majestad a Dios y al Cordero en el cántico de victoria que resonará y reverberará por todas partes en los atrios celestiales.–*Review and Herald*, 19 y 26 de agosto de 1884.

10

El peligro de leer libros de ficción y ateos

Todo cristiano, joven o mayor, será asaltado por las tentaciones, y nuestra única seguridad está en estudiar cuidadosamente nuestro deber, y entonces hacerlo a cualquier costo para nosotros mismos. Todo ha sido hecho a favor de nosotros para conseguirnos la salvación, y no sólo debemos estar dispuestos sino también deseosos de aprender la voluntad de Dios y de hacer todas las cosas para su gloria. Esta es la obra de la vida para el cristiano. No tratará de ver cuán lejos puede llegar en la senda de la indiferencia y la incredulidad, y todavía ser llamado hijo de Dios, sino que estudiará para ver cuán estrechamente puede imitar la vida y el carácter de Cristo.

Mis jóvenes amigos, un conocimiento de la Biblia los ayudará a resistir la tentación. Si tienen el hábito de leer libros de cuentos, ¿podrían considerar si es correcto emplear vuestro tiempo en esos libros, que son sólo pasatiempos y entretenimientos pero no les dan fortaleza mental ni moral? Si los están leyendo, y encuentran que crean un apetito morboso por novelas excitantes, si los lleva a ver con desagrado la Biblia y a hacerla a un lado, si los envuelve en oscuridad y los aleja de Dios, si tal es la influencia que tienen sobre ustedes, deténganse allí mismo donde están. No prosigan en este tipo de lectura hasta que se dispare vuestra imaginación, y así se hagan ineptos para el estudio de la Biblia y los deberes prácticos de la vida real.

Los libros de ficción barata no son de provecho. No imparten un conocimiento verdadero; no inspiran ningún propósito elevado y bueno; no encienden en el corazón deseos fervientes de pureza; no estimulan hambre de justicia en ningún alma. Por el contrario, toman tiempo que debiera darse a los deberes prácticos de la vida y al servicio de Dios; tiempo que debería dedicarse a la oración, a visitar

a los enfermos, a cuidar de los necesitados y a educarse ustedes mismos para una vida útil. Cuando comienzan a leer un libro de cuentos, cuán frecuentemente la imaginación se excita tanto que ustedes se entregan al pecado. Desobedecen a sus padres, y acarrean confusión al círculo doméstico al descuidar los deberes sencillos que les competen. Y todavía algo peor: olvidan la oración, y la Biblia resulta leída con indiferencia o dejada de lado totalmente.

Hay otra clase de libros que debieran evitar: las producciones de autores incrédulos como [Thomas] Paine y [Robert] Ingersoll. A menudo se los incita a hacerlo burlándose de ustedes como cobardes por tener miedo de leerlas. Digan con franqueza a estos enemigos que los tientan –pues enemigos es lo que son, no importa cuánto profesen ser vuestros amigos– que obedecerán a Dios y tomarán la Biblia como vuestra guía. Díganles que sí, que tienen miedo de leer tales libros; que de por sí vuestra fe en la Palabra de Dios ya es demasiado débil, y que la quieren aumentar y fortalecer en vez de disminuir, y que no quieren entrar en contacto demasiado estrecho con el padre de mentiras [Juan 8:44].

Quiero amonestarlos a permanecer firmes, y a no realizar jamás una acción errónea para no ser llamados cobardes. No permitan que las burlas, las amenazas, las observaciones sarcásticas, los induzcan a violar vuestra conciencia en lo más mínimo, y a abrir así una puerta por donde Satanás pueda entrar y controlar la mente.

No se permitan abrir las tapas de un libro que es cuestionable. Hay una fascinación infernal en la literatura de Satanás. Es la poderosa artillería con la cual derriba una fe religiosa sencilla. Jamás piensen que son lo suficientemente fuertes como para leer libros de incrédulos, porque contienen veneno como de áspides. No pueden hacerles ningún bien, y por cierto que les harán daño. Al leerlos estarán inhalando los miasmas del infierno. Serán para vuestra alma como un arroyo de agua corrompida, contaminando la mente, manteniéndola en los laberintos del escepticismo, y haciéndola terrena y sensual. Estos libros están escritos por hombres a quienes Satanás emplea como agentes suyos, y por este medio se propone

confundir la mente, retirar de Dios vuestros afectos, y robar a vuestro Creador de la reverencia y gratitud que demandan sus obras.

La mente necesita ser educada, y sus deseos controlados y puestos en sujeción a la voluntad de Dios.

En vez de empequeñecerla y deformarla por alimentarla con la basura ruin que suministra Satanás, debe dársele alimento saludable, que la fortalezca y vigorice.

Joven cristiano, tienes todo por aprender. Debes estudiar la Biblia con interés, investigarla comparando un pasaje con otro. Si deseas prestar al Maestro un servicio bueno y aceptable, debes saber qué requiere de ti. Su Palabra es una guía segura. Si la estudias con cuidado, no hay peligro de caer bajo el poder de las tentaciones que rodean a la juventud y que la acosan de todas partes.–*Youth's Instructor*, 10 de septiembre de 1884.

LECTURAS ADICIONALES

- *Signs of the Times*, 18 de septiembre de 1884, "The True Object of Education" [El verdadero objetivo de la educación].
- *Signs of the Times*, 9 de octubre de 1884, "The Benefits of Industry" [Los beneficios de lo industrioso].
- *Signs of the Times*, 6 y 13 de noviembre de 1884, "Science Falsely So–Called" [La falsamente así llamada ciencia].

11

Las escuelas de los antiguos hebreos

Las instituciones de la sociedad humana encuentran sus mejores modelos en la Palabra de Dios. Para estas instituciones de enseñanza, en particular, no hay ausencia de precepto ni de ejemplo. Pueden hallarse lecciones de gran provecho, aun para esta época de progreso educativo, en la historia del antiguo pueblo de Dios.

El Señor se reservó para sí mismo la educación e instrucción de Israel. Su cuidado no estaba restringido a los intereses religiosos del pueblo. Todo lo que afectaba su bienestar físico y mental fue también objeto del cuidado solícito de Dios, y estaba contemplado dentro de la competencia de la ley divina.

Dios pidió a los hebreos que enseñaran a sus hijos los requerimientos divinos, y que los familiarizaran con toda la historia de la relación de Dios con su pueblo. El hogar y la escuela eran uno. En lugar de labios extraños, los corazones amantes del padre y la madre debían dar instrucciones a sus hijos. Se asociaban pensamientos de Dios con todos los sucesos de la vida diaria en la vivienda hogareña. Las obras poderosas de Dios al liberar a su pueblo se narraban en forma elocuente y reverencial. Las grandes verdades de la providencia de Dios y la vida futura quedaban grabadas en la mente joven. Esta se familiarizaba con lo verdadero, lo bueno y lo hermoso.

Se ilustraban estas lecciones por medio del uso de figuras y símbolos, con lo cuales se fijaban más firmemente en la memoria. A través de estas imágenes animadas el niño, casi desde su primera infancia, era iniciado en los misterios, la sabiduría y las esperanzas de sus padres, y era guiado en un modo de pensamiento,

sentimiento y expectativa que llegaba más allá de las cosas visibles y transitorias hasta lo invisible y eterno.

Con esta educación más de un joven en Israel creció vigoroso en cuerpo y mente, rápido para percibir y fuerte para actuar, con su corazón preparado como la buena tierra para el crecimiento de la preciosa semilla, educada su mente para ver a Dios en las palabras de la revelación y en las escenas de la naturaleza. Las estrellas del cielo, los árboles y flores del campo, las majestuosas montañas, los arroyuelos cantarinos, todas estas cosas les hablaban a dichos jóvenes, y [también lo hacían] las voces de los profetas, que se oían por todo el país, [las cuales] evocaban en ellos una respuesta en su corazón.

Tal fue la educación de Moisés en la humilde cabaña en Gosén; de Samuel, a cargo de la fiel Ana; de David, en la vivienda serrana de Belén; de Daniel, antes que las escenas de cautiverio lo separaran del hogar paterno. Así fue también la primera parte de la vida de Cristo, en su humilde hogar de Nazaret, y la enseñanza que Timoteo recibió de labios de su madre Eunice y su abuela Loida: las verdades de la Santa Escritura.

Además se hizo provisión para la instrucción de los jóvenes por medio del establecimiento de las “escuelas de los profetas”. Si un joven estaba deseoso de obtener un mejor conocimiento de las Escrituras, de investigar profundamente en los misterios del reino de Dios y de buscar sabiduría de lo alto para llegar a ser un maestro en Israel, esas escuelas estaban abiertas para él.

Las escuelas de los profetas fueron establecidas por Samuel para servir de barrera a la difundida corrupción resultante del curso de conducta inicua de los hijos de Elí, y para promover el bienestar moral y espiritual del pueblo. Estas escuelas resultaron ser de gran bendición para Israel al promover la rectitud que exalta a una nación, y al suministrarle hombres capacitados para actuar en el temor de Dios como líderes y consejeros. Para conseguir este objetivo, Samuel reunió compañías de jóvenes que fueran piadosos, inteligentes y estudiosos. Se los llamó “hijos de los profetas”. Los

instructores estaban no sólo versados en la verdad divina, sino que ellos mismos gozaban de comunión con Dios, y habían recibido una dotación especial del Espíritu. Gozaban del respeto y la confianza del pueblo, tanto por su conocimiento como por su piedad.

En tiempos de Samuel hubo dos de estas escuelas: una en Ramá, la tierra del profeta, y la otra en Kiriat-jearim, donde estaba el arca. Se agregaron otras dos en días de Elías, en Jericó y Betel, y después se establecieron otras en Samaria y Gilgal.

Los alumnos de estas escuelas se sostenían con su propio trabajo como agricultores y artesanos. En Israel esto no se consideraba degradante ni extraño; era considerado delictivo permitir que los niños crecieran ignorantes de un trabajo útil. En obediencia al mandato divino, se enseñaba a cada niño un oficio, aun si había de ser educado para el oficio santo. Muchos de los maestros de religión se sostenían a sí mismos por medio de un trabajo manual. Aun en una época tan posterior como la de Cristo, no se consideraba nada degradante que Pablo y Aquila se ganaran la vida como fabricantes de tiendas.

Las principales materias de estudio eran la ley de Dios junto con las instrucciones dadas a Moisés, la historia sagrada, la música sagrada y la poesía. El gran objetivo de todo estudio era aprender la voluntad de Dios y los deberes de su pueblo. En los registros de la historia sagrada podían rastrear las pisadas de Jehová. De los sucesos del pasado se obtenían lecciones instructivas para el futuro. Eran llevados a visualizar las grandes verdades expresadas en los tipos y sombras de la ley mosaica, y la fe atrapaba el objetivo central de todo ese sistema: el Cordero de Dios que habría de quitar los pecados del mundo.

Se cultivaba la lengua hebrea como la lengua más santa del mundo. Se tenía en sumo aprecio el espíritu de devoción. No sólo se enseñaba a los estudiantes el deber de orar, sino que también se les enseñaba cómo orar, cómo abordar a su Creador, cómo ejercer fe en él, y cómo entender y obedecer las enseñanzas de su Espíritu.

Intelectos santificados sacaban del tesoro de Dios cosas nuevas y cosas viejas.

Se cultivaba con diligencia el arte de la melodía sacra. No se oían valses frívolos, ni canciones irreverentes que alabaran al ser humano y desviaran la atención de Dios, sino salmos solemnes y sagrados de alabanza al Creador, exaltando su nombre y narrando sus obras maravillosas. Se ponía la música al servicio de un propósito sagrado: elevar los pensamientos a aquello que era puro, noble y sublime, y suscitar en el alma devoción y gratitud a Dios.

Cuán enorme es la diferencia entre las escuelas de tiempos antiguos, bajo la supervisión de Dios mismo, y nuestras modernas instituciones de enseñanza. Muchos estudiantes se gradúan, aun de instituciones teológicas, con menos conocimiento real de Dios y de la verdad religiosa que el que tenían cuando ingresaron. Pocas instituciones se encuentran que no estén gobernadas por las máximas y costumbres del mundo. Hay pocas en las que el amor de padres cristianos no tenga que enfrentarse con un amarga decepción.

¿En qué consiste la superior excelencia de nuestros sistemas de educación? ¿Es en la abundancia de literatura clásica que se embute a la fuerza en nuestros hijos? ¿Es en los logros ornamentales que obtienen nuestras hijas a costa de sacrificar la salud o la fortaleza mental? ¿Es en el hecho de que la enseñanza moderna está por lo general separada de la Palabra de verdad, el evangelio de nuestra salvación? ¿Consiste la excelencia cardinal de la educación de moda en considerar las diferentes materias de estudio aparte de esa investigación más profunda que abarca el escudriñamiento de las Escrituras y un conocimiento de Dios y la vida futura? ¿Consiste en imbuir la mente de los jóvenes con conceptos paganos de la libertad, moralidad y justicia? ¿Es seguro confiar nuestros jóvenes a la conducción de estos guías ciegos que estudian los oráculos sagrados con mucho menos interés que el que manifiestan en los autores clásicos de la antigua Grecia y Roma?

Un escritor señala: “La educación se está transformando en un sistema de seducción”. Hay una deplorable falta de autocontrol y disciplina juiciosa. El programa de docentes carentes de sabiduría e impíos incita los sentimientos más amargos, las pasiones más ingobernables. La mente de los jóvenes es fácilmente excitada, y bebe la insubordinación como si fuera agua.

La ignorancia de la Palabra de Dios existente entre personas que profesan ser cristianas es alarmante. Se les ha robado a los jóvenes en nuestras escuelas públicas las bendiciones que hay en las cosas sagradas. Pláticas superficiales, mero sentimentalismo, esto es lo que se hace pasar por instrucción en moral y religión; pero carece de las características vitales de la verdadera piedad. La justicia y misericordia de Dios, la belleza de la santidad, la seguridad de la recompensa por hacer lo correcto, el carácter odioso del pecado y la certeza de su castigo no se graban en la mente de los jóvenes.

Demasiado a menudo en los libros de texto tienen vía libre el escepticismo y la infidelidad, todo bajo algún disfraz agradable o como una velada insinuación. En algunos casos los docentes inculcan lo principios más perniciosos. Las malas compañías están enseñando a los jóvenes lecciones sobre delito, disipación y vida licenciosa que son horribles de contemplar. Muchas de nuestras escuelas públicas son semilleros del vicio.

¿Cómo puede protegerse a nuestros jóvenes de esas influencias contaminantes? Deben establecerse escuelas con base en los principios de la Palabra de Dios y controladas por sus preceptos. Debe haber otro espíritu en nuestras escuelas para animar y santificar cada rama de la educación. Debe buscarse con fervor la cooperación divina. Y no la buscaremos en vano. Las promesas de la Palabra de Dios son nuestras. Podemos esperar la presencia del Maestro celestial. Podemos ver al Espíritu del Señor derramado como en las escuelas de los profetas, y todo objeto participante de una consagración divina. Entonces la ciencia será, como lo fue para Daniel, la sierva de la religión; y todo esfuerzo, desde el primero al último, tenderá a la salvación del hombre –alma, cuerpo y espíritu– y

a la gloria de Dios a través de Jesucristo.–*Signs of the Times*, 13 de agosto de 1885.

LECTURAS ADICIONALES

- *Review and Herald*, 1º de septiembre de 1885, “Christian Courtesy” [Cortesía cristiana].
- *Review and Herald*, 22 de septiembre de 1885, “The Teacher and His Work” [El docente y su obra].

12

Noviazgo y matrimonio

En estos días de peligros y corrupción, los jóvenes están expuestos a muchas pruebas y tentaciones. Muchos están arribando a un puerto peligroso. Necesitan un piloto, pero desdeñan aceptar la ayuda tan necesaria, creyendo que son competentes para guiar su propia barca, y sin darse cuenta de que están a punto de embestir una roca oculta que puede hacerles naufragar la fe y la felicidad. Están deslumbrados con el tema del noviazgo y el matrimonio, y su principal preocupación es salirse con la suya. En este, que es el período más importante de su vida, necesitan un consejero certero y un guía infalible. Esto lo encontrarán en la Palabra de Dios. A menos que sean estudiantes diligentes de esa Palabra, cometerán graves errores, los cuales desfigurarán su felicidad y la de otros tanto para la vida presente como para la futura.

Muchos tienen una predisposición a ser impetuosos y obstinados. No han prestado oídos al sabio consejo de la Palabra de Dios; no han combatido al yo ni obtenido preciosas victorias sobre él; y su voluntad orgullosa e inflexible los ha desviado de la senda del deber y la obediencia. Contemplen vuestra vida pasada, jóvenes amigos, y consideren fielmente vuestro curso de acción a la luz de la Palabra de Dios. ¿Han cultivado esa consideración concienzuda de vuestras obligaciones hacia vuestros padres que ordena la Biblia? ¿Han tratado con amabilidad y amor a la madre que cuidó de ustedes desde la infancia? ¿Han tenido en consideración los deseos de ella, o han acarreado dolor y tristeza a su corazón al llevar a cabo vuestros propios deseos y planes? La verdad que profesan, ¿ha santificado vuestro corazón, y ablandado y subyugado vuestra voluntad? Si no, tienen trabajo detallado que realizar para corregir sus errores.

La Biblia presenta una norma perfecta de carácter. Este Libro Santo, inspirado por Dios y escrito por hombres santos, es una guía perfecta en todas las circunstancias de la vida. Presenta en forma clara los deberes de jóvenes y ancianos. Si se la toma por guía para la vida, sus enseñanzas guiarán el alma hacia lo alto. Elevará la mente, mejorará el carácter, y dará paz y gozo al corazón. Pero muchos jóvenes han elegido ser su propio consejero y guía, y han tomado sus casos en sus propias manos. Los tales necesitan estudiar con más atención las enseñanzas de la Biblia. En sus páginas encontrarán que se revela el deber que tienen hacia sus padres y hacia sus hermanos en la fe. El quinto mandamiento reza: "Honra a tu padre y tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová, tu Dios, te da". Y en otro lugar leemos: "Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo" [Éxo. 20:12; Efe. 6:1]. Una de las señales de que estamos viviendo en los últimos días es que los hijos son desobedientes a los padres, ingratos, sin santidad. La Palabra de Dios abunda en preceptos y consejos que exigen respeto por los padres. Graba en los jóvenes el sagrado deber de amar y tener en gran estima a quienes los han guiado a través de la infancia, la niñez y la juventud, hasta la madurez, y quienes en gran medida ahora dependen de ellos para su paz y felicidad. La Biblia no da ningún sonido incierto sobre este asunto; sin embargo, sus enseñanzas han sido muy descuidadas.

Los jóvenes tienen muchas lecciones que aprender, y la más importante es aprender a conocerse a sí mismos. Debieran tener ideas correctas sobre sus obligaciones y deberes hacia sus padres, y debieran estar aprendiendo continuamente en la escuela de Cristo a ser mansos y humildes de corazón. Si bien deben amar y honrar a sus padres, también deben respetar el juicio de hombres de experiencia con quienes se relacionan en la iglesia. Un joven que disfruta de la compañía y se gana la amistad de una señorita sin que lo sepan los padres de ella, no desempeña un papel cristiano noble ni hacia ella ni hacia sus padres. A través de comunicaciones [mensajitos de texto] y reuniones en secreto puede conseguir influir en la mente de ella, pero de ese modo omite manifestar esa nobleza e integridad del alma que todo hijo de Dios ha de tener. Para

alcanzar sus fines, la pareja desempeña un papel que no es franco ni sincero ni de acuerdo con las normas bíblicas, y se muestran desleales hacia quienes los aman y tratan de ser sus fieles guardianes. Los matrimonios contraídos bajo tales influencias no son de acuerdo con la Palabra de Dios. El que desea desviar a una hija de su deber, y confundir sus ideas sobre los mandatos claros y terminantes de Dios de obedecer y honrar a sus padres, no es alguien que será fiel a las obligaciones del matrimonio.

Se formula la pregunta: "¿Con qué limpiará el joven su camino?", y la respuesta es: "¡Con guardar tu palabra!" [Sal. 119:9]. El joven que hace de la Biblia su guía no necesita confundir la senda del deber y la seguridad. Ese libro bendito le enseñará a preservar su integridad de carácter, a ser veraz y a no practicar el engaño. "No hurtarás" fue escrito por el dedo de Dios sobre las tablas de piedra, y sin embargo cuánto artero hurto de afectos se practica y se excusa [Éxo. 20:15]. Se mantienen noviazgos a escondidas, se continúan comunicaciones privadas, hasta que los afectos de alguien sin experiencia y que no sabe hasta dónde pueden crecer estas cosas les son en cierta medida retirados a los padres y colocados en aquel que muestra, por el mismo curso de conducta que ejerce, que no es digno del amor de ella. La Biblia condena todo tipo de deshonestidad, y exige conducta correcta en todas las circunstancias. El que hace de la Biblia la guía de su juventud, la luz de su camino, obedecerá sus enseñanzas en todas las cosas. No transgredirá una jota ni un tilde de la ley para conseguir algún fin, aun si tiene que hacer grandes sacrificios en consecuencia. Si cree en la Biblia, sabe que la bendición de Dios no reposará sobre él si se aparta del estricto sendero de la rectitud. Aunque parezca tener éxito por un tiempo, con certeza cosechará el fruto de sus acciones.

La maldición de Dios pesa sobre muchas de las relaciones prematuras e inapropiadas que se forman en esta época del mundo. Si la Biblia dejara estos asuntos en una luz vaga e incierta, sería más excusable el curso de conducta que muchos jóvenes de hoy en día siguen en sus apegos mutuos. Pero los requerimientos de la Biblia no son exhortaciones a medias; exigen perfecta pureza de

pensamiento, palabra y acción. Estamos agradecidos a Dios de que su Palabra es luz para los pies, y nadie tiene por qué confundirse en cuanto a la senda de su deber. Los jóvenes debieran emprender la tarea de consultar sus páginas y prestar oído a sus consejos, porque siempre se cometen tristes equivocaciones al desviarse de sus preceptos.

Si hay algún asunto que debiera ser considerado con calmo razonamiento y juicio desapasionado es el tema del matrimonio. Si alguna vez se necesita la Biblia como consejera es antes de dar un paso que ligará a dos personas, una con otra, de por vida. Pero la idea predominante es que en estos asuntos los sentimientos deben ser la guía; y en muchos casos el sentimentalismo morboso toma el timón y lleva a una desgracia segura. Es aquí donde los jóvenes muestran menos inteligencia que en ningún otro tema; es aquí donde se rehúsan a razonar junto con otros. La cuestión del matrimonio parece tener un poder embrujador sobre ellos. No se someten a Dios. Sus sentidos están encadenados y avanzan en secreto, como si tuvieran miedo de que sus planes sean interferidos por alguien.

Esta forma clandestina en la que se llevan adelante los noviazgos y bodas es la causa de una gran cantidad de infortunios, de los cuales sólo Dios conoce su dimensión. En este escollo han naufragado miles de almas. Cristianos profesos, cuya vida está señalada por la integridad y parecen razonables tratándose de cualquier otro asunto, en esto cometen espantosos errores. Manifiestan una voluntad fija y decidida que el razonamiento no puede cambiar. Se fascinan tanto con los sentimientos e impulsos humanos que no tienen deseo de escudriñar la Biblia y allegarse a Dios en una relación más estrecha. Satanás conoce con qué elementos tiene que tratar, y despliega su sabiduría infernal en distintas tretas con el fin de atrapar a las almas para su ruina. Vigila cada paso que se toma, hace muchas sugerencias, y a menudo se siguen estas sugerencias antes que el consejo de la Palabra de Dios. Esta fina red sutil y peligrosa está preparada arteramente para enredar a los jóvenes y los incautos. A menudo está disfrazada con

una cobertura de luz, pero sus víctimas son traspasadas con muchos dolores. Como resultado, vemos tragedias humanas por todas partes.

¿Cuándo será sabia nuestra juventud? ¿Cuánto tiempo continuará este tipo de obra? Los hijos, ¿consultarán sus propios deseos e inclinaciones sin tener en cuenta el consejo y juicio de sus padres? Algunos parecen no dedicar nunca un solo pensamiento a los deseos o preferencias de sus padres, ni a tener en cuenta su juicio maduro. El egoísmo cerró las puertas del corazón de esos jóvenes al afecto filial. Su mente necesita ser despertada en este asunto. El quinto mandamiento es el único que contiene una promesa, pero se lo considera livianamente, y hasta se lo hace a un lado con decisión ante el pedido del enamorado. Desdeñar el amor de una madre, deshonrar el cuidado de un padre, son pecados registrados contra muchos jóvenes.

Uno de los mayores errores en relación con este tema es que los jóvenes inexpertos no deben ser perturbados en sus afectos, que no debe haber interferencias en su experiencia de amor. Si alguna vez hubo un asunto que necesitaba ser considerado desde todo punto de vista, es este. El auxilio de la experiencia de otros, y una serena ponderación de ambos lados de la cuestión, es absolutamente esencial. Es un tema que la mayoría de la gente trata con demasiada liviandad. Jóvenes amigos, busquen el consejo de Dios y de vuestros padres temerosos de Dios. Oren respecto al asunto. Sopesen cada sentimiento, y observen cada desarrollo del carácter en la persona con la cual piensan vincular el destino de vuestra vida. El paso que están por tomar es uno de los más importantes de vuestra vida, y no se lo debiera tomar en forma apresurada. Si bien pueden amar, no deben amar ciegamente.

Examinen cuidadosamente para ver si vuestra vida de casados será feliz, o falta de armonía y desdichada. Pregúntense: ¿Me ayudará esta unión a llegar al Cielo? ¿Aumentará mi amor por Dios? ¿Ampliará mi esfera de utilidad en esta vida? Si estas reflexiones no presentan desventajas, entonces avancen en el temor de Dios. Pero

aun si se han comprometido sin una plena comprensión del carácter de la persona con la que piensan unirse, no piensen que el compromiso entraña una necesidad terminante de asumir el voto matrimonial, y ligarse de por vida a quien no pueden amar y respetar. Sean muy cuidadosos respecto a cómo entran en compromisos condicionales; pero es mejor, mucho mejor, romper el compromiso antes de llegar al matrimonio que separarse después, como hacen muchos.

El verdadero amor es una planta que necesita cultivo. Que la mujer deseosa de una unión pacífica y feliz, quien desea escapar de desdichas y penas futuras, averigüe antes de ceder sus afectos. ¿Tiene mi enamorado una madre? ¿Qué estampa tiene el carácter de ella? ¿Reconoce él obligaciones hacia ella? ¿Tiene en cuenta él los deseos y la felicidad de ella? Si él no respeta ni honra a su madre, ¿manifestará respeto, amor, bondad y atención a su esposa? Una vez que haya pasado la novedad del matrimonio, ¿me amará todavía? ¿Será paciente con mis errores, o será criticón, prepotente y dictatorial? El verdadero afecto pasará por alto muchos errores; el amor no los percibirá.

Los jóvenes confían demasiado en los impulsos. No debieran entregarse con demasiada facilidad, ni dejarse cautivar demasiado fácilmente, por la apariencia cautivante del enamorado. El noviazgo, tal como se lo practica en nuestra época, es un ardid de engaño e hipocresía, con el cual el enemigo de las almas está más relacionado que el Señor. Aquí, más que en cualquier otra cosa, es necesario el sentido común; pero el hecho es que interviene poco en el asunto.

Si los hijos conocieran mejor a sus padres, si fueran más confidentes con ellos, y les abrieran el corazón con sus gozos y penas, se ahorrarían más de una pena del corazón en el futuro. Cuando están desconcertados sobre cuál será el camino correcto, expongan ellos el asunto tal como lo ven ante sus padres y pídanles consejo al respecto. ¿Quién está mejor preparado para mostrar los peligros como los padres piadosos? ¿Quién puede entender mejor

sus temperamentos peculiares que ellos? Los hijos que son cristianos estimarán, por encima de toda bendición terrenal, el amor y aprobación de sus padres temerosos de Dios. Los padres pueden simpatizar con los hijos, y orar por ellos y con ellos para que Dios los proteja y los guíe. Pero por encima de todo, ellos les señalarán al Amigo y Consejero que nunca falla, al Ser que puede compadecerse de nuestras debilidades. Aquel que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado [ver Heb. 4:15], sabe cómo socorrer a quienes son tentados y se allegan a él con fe.–*Review and Herald*, 26 de enero de 1886.

LECTURAS ADICIONALES

- *Youth's Instructor*, 21 de abril de 1886, "Home Education" [La educación en el hogar].
- *Review and Herald*, 25 de mayo de 1886, "Christian Recreation" [La recreación cristiana].

13

Importancia de la capacitación en la obra de Dios

El trabajo del obrero no es insignificante o sin importante. Si se aboca a cualquier ramo de la obra, su primera preocupación debe ser tener cuidado de sí mismo, y luego de la doctrina [1 Tim. 4:16]. Debe escudriñar su propio corazón y desechar el pecado; entonces debe mantener al Modelo, Jesucristo, siempre ante él como su ejemplo. No debe sentirse con libertad para moldear su conducta según como mejor le agrade a su inclinación. Es propiedad de Jesús. Ha elegido una elevada vocación, y de ella toda su vida futura debe tomar su color y molde. Ha entrado en la escuela de Cristo, y puede obtener un conocimiento de Cristo y de su misión y de la obra que debe realizar. Todas sus capacidades deben ser puestas bajo el control del gran Maestro. Toda facultad de la mente, todo órgano del cuerpo, debe ser mantenido en condición tan saludable como sea posible, para que la obra de Dios no lleve las marcas del carácter defectuoso del obrero.

Antes que una persona esté preparada para enseñar la verdad a quienes están en tinieblas, debe estar dispuesta a aprender. Debe estar pronta a recibir consejo. No puede poner un pie en el tercer, cuarto o quinto peldaño de una escala de progreso sin haber empezado por el primero. Muchos sienten que son aptos para la obra cuando apenas si saben algo de ella. Si a los tales se les permite comenzar el trabajo con confianza propia no recibirán el conocimiento que es privilegio suyo obtener, y estarán condenados a luchar con muchas dificultades para las cuales están sin preparación alguna.

Ahora bien, a todo obrero se le concede el privilegio de mejorar, y debiera hacer que todo se oriente hacia ese objetivo. Siempre que se haga un esfuerzo especial en un lugar importante debiera establecerse un sistema bien organizado de trabajo, para que los

que desean ser colportores, y los que sean adaptados para dar estudios bíblicos personales, puedan recibir la instrucción necesaria. Quienes son obreros debieran también ser aprendices, y mientras el ministro trabaja en palabra y doctrina no debieran estar paseando de aquí para allá, como si no hubiera nada en la conferencia que ellos necesiten oír. No debieran considerar al orador simplemente como un conferenciante, sino como un mensajero de Dios a los hombres. No debe permitirse que las preferencias personales o los prejuicios influyan sobre ellos al oír. Si todos imitaran el ejemplo de Cornelio y dijeran: “Nosotros estamos aquí, en la presencia de Dios, para oír todo lo que Dios te ha mandado” [Hech. 10:33], recibirían mucho más provecho de los sermones que oyen.

Debieran conectarse con nuestra acción misionera escuelas de preparación para quienes están por entrar al campo como obreros. Debieran sentir que deben hacerse aprendices para aprender el oficio de trabajar por la conversión de las almas. La actividad en esas escuelas debiera ser variada. El estudio de la Biblia debiera ser de importancia fundamental, y al mismo tiempo debiera haber un adiestramiento sistemático de la mente y los modales para aprender a abordar a la gente de la mejor manera posible. Todos debieran aprender a trabajar con tacto y cortesía, y con el Espíritu de Cristo. Nunca debieran cesar de ser aprendices, sino continuar cavando por la verdad y las mejores maneras de trabajar como quienes buscan oro escondido.

Que todos los que se inician en la obra decidan que no descansarán hasta ser obreros de primera clase. Para ello no deben permitir que la mente divague con situaciones ni siga impulsos, sino anclada al punto en cuestión, aplicada al máximo para comprender la verdad en todos sus aspectos.

Hombres capaces han trabajado con mucha desventaja porque su mente no estaba disciplinada para la obra. Viendo la necesidad de obreros, se plantaron en el espacio descubierto, y aunque podían haber hecho mucho bien, en muchos casos no es ni siquiera un

diezmo de lo que podrían haber logrado si hubieran tenido desde el principio una buena preparación.

Muchos que piensan dedicarse al servicio de Dios no sienten la necesidad de ninguna preparación especial. Pero los que se sienten así son precisamente los que tienen la mayor necesidad de un adiestramiento profundo. Es cuando tienen poco conocimiento de sí mismos y de la obra que se sienten más capacitados. Cuando conocen más, entonces sienten su ignorancia e ineficiencia. Cuando sometan su corazón a un examen de cerca verán en ellos tanto que no corresponde al carácter de Cristo, que exclamarán: “Para estas cosas, ¿quién es suficiente?” [2 Cor. 2:16], y con profunda humildad se esforzarán diariamente para ponerse en estrecha conexión con Cristo. Al crucificar el yo colocarán sus pies en la senda donde Jesús los puede guiar.

Hay peligro de que el obrero sin experiencia, mientras busca capacitarse para la obra, se sienta competente para ubicarse en cualquier tipo de posición donde los distintos vientos de doctrina soplan sobre él. No puede hacer esto sin poner en peligro su alma. Si le sobrevienen pruebas y tentaciones, el Señor dará fuerzas para vencerlas; pero cuando uno se coloca en el camino de la tentación, a menudo ocurre que Satanás a través de sus agentes hace progresar sus sentimientos de manera que confunda y perturbe la mente. A través de la comunión con Dios y el estudio profundo de las Escrituras el obrero debiera afirmarse sólidamente a sí mismo antes de entrar en la obra de enseñar a otros con regularidad. Juan, el discípulo amado, fue exiliado a la solitaria Patmos para apartarlo de toda contienda y hasta de la obra que amaba, y para que el Señor pudiera tener comunión con él y presentarle las escenas finales en la historia de esta Tierra. Fue en el desierto que Juan el Bautista aprendió el mensaje que debía portar para preparar el camino al que vendría.

Pero sobre todo debiera hacerse claro a quienes han decidido ser siervos de Dios que deben ser personas convertidas. El corazón debe ser puro. La piedad es esencial para esta vida y para la vida

futura. El hombre sin un carácter sólido y virtuoso con seguridad no será de honra para la causa de la verdad. El joven que está pensando trabajar junto con Dios debe ser puro de corazón. En sus labios, en su boca, no debe haber engaño. Los pensamientos deben ser puros. Es raro encontrar santidad de vida y de carácter, pero es lo que el obrero debe tener o de lo contrario no podrá ser compañero de yugo con Cristo. Cristo dice: “Separados de mí nada podéis hacer” [Juan 15:5]. Si los que se proponen trabajar por el bien de otros y por la salvación de sus prójimos se apoyan en su propia sabiduría, caerán. Si conservan un concepto humilde de sí mismos, entonces tienen suficiente sencillez como para creer en Dios y esperar su ayuda. “No te apoyes en tu propia inteligencia. Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus sendas” [Prov. 3:5, 6, BJ]. Entonces es cuando tenemos el privilegio de ser dirigidos por un consejero sabio, y el sincero buscador de la verdad y conocimiento recibe un entendimiento incrementado.

La razón por la cual no tenemos más hombres de conocimiento amplio y extenso es porque confían en su propia sabiduría finita y buscan imponer su propio molde a la obra, en vez de tener el molde de Dios. No oran con fervor, manteniendo abierta la comunicación entre Dios y su alma, con el fin de poder reconocer la voz divina. Los mensajeros de luz vendrán en socorro de quienes sienten que, sin la tutela del Cielo, son la debilidad misma. Debe estudiarse más la Palabra de Dios, y llevarla a la vida y al carácter, modelado de acuerdo con la norma de rectitud que Dios expuso en su Palabra. Entonces se expandirá y fortalecerá la mente, y se ennoblecerá al captar las cosas que son eternas. En contraste con el mundo descuidado e indiferente al mensaje de advertencia y misericordia que le da la Biblia, el pueblo de Dios, que ve que el fin está cerca, debiera ser más resuelto y consagrado, y trabajar con más dedicación, con el fin de anunciar las virtudes de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable [1 Ped. 2:9].

El conocimiento es poder, ya sea para bien o para mal. La religión de la Biblia es la única salvaguardia para los seres humanos. En esta época se presta mucha atención a que los jóvenes entren a

una habitación con gracia, sepan bailar y toquen instrumentos musicales. Pero se les niega la educación de conocer a Dios y responder a sus requerimientos. La educación que dura toda la eternidad está descuidada casi por completo, como pasada de moda e indeseable. La educación de los niños con el fin de que asuman la obra de construir el carácter en vista de su bien presente, su paz y felicidad hoy, y para guiar sus pies en la senda trazada para que los redimidos del Señor caminaran por ella, no se considera de moda y, por tanto, tampoco esencial. Para que vuestros hijos entren como vencedores por las puertas de la Ciudad de Dios deben ser educados para temer a Dios y guardar sus mandamientos en la vida presente. Son estos a quienes Jesús declaró bienaventurados: “Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que su potencia sea en el árbol de la vida, y que entren por las puertas en la ciudad” [Apoc. 22:14, RV].

Esta bienaventuranza se pronuncia sobre los que están familiarizados con la voluntad de Dios revelada en su Palabra. La Biblia es el gran agente en las manos de su Autor para fortalecer el intelecto. Abre el jardín de la mente para que el Labrador celestial la cultive. Es porque se da tan poca atención a lo que Dios dice y requiere que hay tan pocos que sienten preocupación por hacer obra misionera, que tan pocos se estén preparando, poniendo en acción toda facultad con el fin de adiestrarla y fortalecerla para realizar un servicio elevado para Dios.

Son verdaderamente débiles los esfuerzos que se hacen para relacionar con nuestras escuelas a los de distintas nacionalidades que debieran ponerse en contacto con ellas, con el fin de poder recibir una educación y capacitarse para una obra tan noble, tan elevada y de influencia tan abarcadora. Dios ha pasado por alto los tiempos de la ignorancia. Pero ahora está brillando más luz; la luz y los privilegios de entender la verdad bíblica son abundantes, si es que los obreros abren los ojos de su entendimiento. La verdad debe ser difundida. Las misiones en el extranjero y el propio país requieren caracteres íntegramente cristianos para abocarse a las tareas misioneras. Las misiones en nuestras ciudades y en el

extranjero requieren personas imbuidas del Espíritu de Cristo, quienes trabajen como trabajó Cristo.–*Review and Herald*, 14 de junio de 1887.

14

Educación apropiada de los jóvenes

Se representa al tercer ángel volando por el medio de los cielos, lo que muestra que el mensaje debe presentarse a lo largo y lo ancho de la Tierra. Es el mensaje más solemne que jamás haya sido dado a los mortales, y todos los que están relacionados con esta obra debieran primero sentir su necesidad de educación, y de un proceso profundo de preparación para la tarea, en vista de su utilidad futura; y debieran hacerse planes y emprender esfuerzos para el desarrollo del grupo del que se espera tendrá relación con cualquier ramo de la obra. El trabajo ministerial no debiera ser confiado a muchachos, ni la tarea de dar estudios bíblicos a jovencitas sin experiencia, [sólo] porque ofrezcan sus servicios y estén deseando puestos de responsabilidad pero carecen de experiencia religiosa, y no tienen una educación y preparación profundas. Primero deben ser puestos a prueba para ver si pueden salir airosos; y a menos que se haya desarrollado un principio firme y concienzudo de llegar a ser todo lo que Dios quiere que sean, no podrán representar correctamente nuestra causa y obra para estos tiempos. Debe haber, de parte de nuestras hermanas dedicadas a la obra en cada misión, una experiencia profunda, conseguida de parte de las que lograron experiencia, y que entienden las maneras y métodos de trabajar. Las operaciones misioneras son constantemente abochornadas por falta de obreros con el tipo de mentalidad que corresponde, y [por la falta] de la devoción y piedad que representará correctamente nuestra fe.

Hay muchos que debieran ser misioneros pero nunca entran al campo de labor porque los que están relacionados con ellos, en puestos de iglesia o en nuestros colegios, no sienten la preocupación de trabajar por ellos, de exponerles los derechos que Dios tiene sobre todas sus facultades, ni oran con ellos y por ellos; y así pasa la época crítica en que se deciden los planes y el curso de

la vida posterior, y se ahogan las convicciones que sentían; otras influencias e incentivos los atraen, y las tentaciones de buscar posiciones en el mundo, pensando que ganarán dinero, los arrastran a la corriente mundana. Esos jóvenes podrían haber sido rescatados para el ministerio a través de planes bien organizados. Si las iglesias en las diferentes partes cumplen con su deber, Dios cooperará con sus esfuerzos mediante su Espíritu, y proveerá hombres fieles para el ministerio.

Nuestros colegios debieran ser escuelas de educación y preparación; y si los hombres y mujeres salen de ellos aptos en algún sentido para el campo misionero, se les debe grabar en su mente la grandeza de la obra, y que la piedad práctica debe llevarse a la experiencia diaria, con el fin de prepararse para cualquier lugar de utilidad en nuestro mundo, o en la iglesia, o en la gran viña moral de Dios, quien ahora está llamando a obreros [para trabajar] en tierras extranjeras.

Debe grabarse en los jóvenes la idea de que puede confiarse en ellos. Tienen sentido del honor y quieren recibir respeto, y es su derecho. Si los alumnos reciben la impresión de que no pueden entrar ni salir, sentarse a la mesa o estar en cualquier parte, aun en su propia pieza, sin que alguien los vigile, que un ojo crítico esté sobre ellos para censurar e informar, eso tendrá una influencia desmoralizadora y el paso del tiempo no será placentero. Saberse siempre supervisados es más que la supervisión que ejercen los padres, y mucho peor; porque los padres sabios pueden, con tacto, discernir a menudo bajo la superficie y ver la inquietud de la mente de acuerdo con los anhelos del joven, o debajo de la fuerza de las tentaciones, y poner en marcha planes para contrarrestar el mal. Pero esta otra supervisión continua no es natural, y produce los males que está tratando de evitar. El bienestar integral los jóvenes requiere ejercicio, espíritu alegre, y una atmósfera feliz y agradable que los rodee para el desarrollo de la salud física y un carácter simétrico.

Debe abrirse la Palabra de Dios ante los jóvenes, pero no debe ponerse a un joven en la responsabilidad de hacerlo. Quienes necesitan que alguien los observe constantemente para asegurar su buena conducta requerirán ser controlados en cualquier puesto donde lleguen a estar. Por tanto el molde que se da a los jóvenes en tal sistema de educación es totalmente perjudicial. Búsquese la disciplina mental y la formación de sentimientos y hábitos correctos.

En general las materias a estudiar deben ser pocas y bien elegidas, y los que asisten a nuestros colegios deben recibir una educación distinta de las escuelas comunes de nuestra época. En general se les enseñó principios cristianos, si tuvieron padres sabios y temerosos de Dios. La Palabra de Dios fue respetada en sus hogares, y sus enseñanzas puestas como la ley de la casa. Se los crió en la disciplina y amonestación del evangelio [Efe. 6:4], y cuando llegan a las escuelas esa misma disciplina y preparación debe continuar. Las máximas del mundo, las costumbres y prácticas del mundo, no son la enseñanza que necesitan, sino que deben ver que los docentes en las escuelas se ocupan de su alma, que se interesan definidamente por su bienestar espiritual, y que la religión es el gran principio que se inculca; porque el amor y el temor de Jehová son el principio de la sabiduría. Los jóvenes llevados lejos de la atmósfera hogareña, del gobierno y vigilancia de los padres, si se los deja elegir libremente sus compañeros, enfrentan una crisis en su historia que en general no es favorable para la piedad o los principios.

Entonces, siempre que se establezca una escuela, debiera haber corazones cálidos que se interesen vivamente por nuestra juventud. Hacen falta padres y madres con cálida simpatía y de exhortaciones amables, y a los ejercicios religiosos [cultos] debiera traerse toda amenidad posible. Si hay quienes alargan los ejercicios religiosos hasta hacerlos cansadores, están dejando impresiones en la mente de los jóvenes que asociarán la religión con todo lo árido, antisocial y sin interés. Y esos jóvenes adoptarán como su norma la que no es más alta, porque principios débiles y una norma baja echan a perder a los que, si fueran enseñados como corresponde, no sólo estarían

capacitados para ser una bendición para la causa sino también para la iglesia y el mundo. Es esencial que el docente tenga religiosidad ardiente y activa. El culto matutino y vespertino en la capilla [del colegio], y las reuniones de los sábados, si no se tiene cuidado constante y a menos que sean vitalizados por el Espíritu de Dios, pueden volverse una mezcla formal, seca y amarga, y, para los jóvenes, los más pesados y menos agradables o atractivos de todos los ejercicios académicos. Las reuniones sociales debieran ser manejadas con planes y materiales que las hagan no sólo momentos amenos, sino también definidamente atractivos.

Que quienes están capacitados para enseñar a los jóvenes estudien ellos mismos en la escuela de Cristo y aprendan lecciones para transmitir a la juventud. Hace falta devoción sincera, ferviente y de corazón. Debe evitarse toda rigurosidad. Que los docentes dejen su almidonada dignidad para hacerse uno con los niños en sus ejercicios y recreaciones, sin dejar la impresión de que se los está vigilando, y sin pasearse en torno a ellos con majestuosa dignidad como si fueran soldados uniformados haciéndoles guardia. Vuestra misma presencia da un molde al curso de acción de los niños. Vuestra unidad con ellos hace que su corazón lata con nuevo afecto. Los jóvenes necesitan simpatía, afecto y amor, o se desanimarán. El espíritu de “No me importa nadie ni nadie se interesa por mí” se posesiona de ellos, y aunque profesen ser seguidores de Cristo tienen un demonio tentador siguiéndoles los pasos, y están en peligro de desanimarse y volverse tibios, y alejarse de Dios. Entonces algunos sienten que tienen el deber de condenarlos, y tratarlos fríamente, como si fueran bastante peores de lo que son en realidad, pero pocos, tal vez ninguno, siente que sea su deber hacer personalmente un esfuerzo para reformarlos, y para desterrar la impresión perniciosa que se ha dejado en ellos.

Las obligaciones de los docentes son pesadas y sagradas, pero ninguna parte de la obra es más importante que interesarse por los jóvenes con solicitud tierna y amante, para que sientan que tenemos un amigo en ellos. Gánense una sola vez su confianza, y podrán conducirlos, controlarlos y enseñarles con facilidad. Deben traerse a

la vida los motivos sagrados de nuestros principios cristianos. La salvación de nuestros alumnos es el interés más alto confiado al docente temeroso de Dios. Es obrero de Cristo, y su esfuerzo especial y decidido debiera ser salvar almas de la perdición y ganarlas para Jesucristo. Dios requerirá esto de manos de los docentes. Cada uno debiera llevar una vida piadosa, de pureza, de esfuerzo denodado en la ejecución de todo deber. Si el corazón arde con el amor de Dios, habrá afecto puro, que es esencial; las oraciones serán fervientes y se darán advertencias fieles. Si se descuidan estas cosas, las almas a vuestro cuidado estarán en peligro. Es mejor no perder tiempo con largos discursos, o en estudios absorbentes, y atender estos deberes descuidados.

Después de todos estos esfuerzos, los docentes pueden encontrar que algunos de quienes están a su cargo desarrollan un carácter sin principios. Son laxos en lo moral, en muchos casos como resultado de ejemplos depravados y del descuido en la disciplina de los padres. Y los docentes, a pesar de hacer todo lo que pueden, no lograrán llevar a esos jóvenes a una vida de pureza y santidad; y después de paciente disciplina, afectuoso trabajo y ferviente oración, aquellos de quienes tenían tantas esperanzas los decepcionarán. Y en adición a esto recibirán reproches por parte de los padres, porque no tuvieron poder para contrarrestar el ejemplo y la instrucción sin sabiduría paternos. El docente tendrá estos desánimos después de haber cumplido con su deber. Pero debe seguir trabajando, confiado en que Dios obrará junto a él, y debe permanecer en su puesto valientemente, continuando su labor con fe. Otros serán salvos para Dios, y su influencia se ejercerá para salvar a otros. Que el ministro, el maestro de Escuela Sabática y los docentes de nuestros colegios unan corazón, alma y propósito en la obra de salvar a nuestros jóvenes de la ruina.

Muchos pensaron: *Bueno, no importa si no somos tan peculiares como para llegar a estar educados integralmente*, y se aceptó un menor nivel de conocimiento. Y ahora, cuando se necesitan hombres adecuados para ocupar distintos puestos de confianza, escasean; cuando se necesitan mujeres con mente bien equilibrada

–no con un estilo barato de educación sino con una que los equipe para cualquier cargo–, no se hallan con facilidad. Lo que vale la pena hacerse, vale la pena hacerse bien. Si bien la religión debiera ser el elemento que impregne todo colegio, no conducirá a rebajar los logros académicos. Aunque una atmósfera religiosa debiera permear la institución difundiendo su influencia, ella hará que todos los que son verdaderamente cristianos sientan más hondamente su necesidad de conocimiento profundo, con el fin de hacer el mejor uso de las facultades que Dios les ha concedido. Mientras crecen en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo, gemirán bajo un sentido de sus imperfecciones, y buscarán constantemente expandir sus facultades mentales con el fin de ser cristianos inteligentes.

Se deshonra al Señor Jesús con ideas o planes de bajo nivel por parte de nosotros. Quien no siente la validez de los requerimientos de la ley de Dios, y descuida observar cada uno de ellos, viola la ley entera. El que se contenta con cumplir parcialmente la norma de rectitud y no triunfa sobre cada enemigo espiritual, no cumplirá los designios de Cristo. Así rebaja todo el plan de su vida religiosa y debilita su carácter religioso, y bajo la fuerza de la tentación sus defectos de carácter consiguen la supremacía y triunfa el mal. Necesitamos ser perseverantes y resueltos para alcanzar la norma más elevada posible. En muchos casos, antes de poder hacer progresos en la vida religiosa, primero deben vencerse las ideas y los hábitos preestablecidos. El cristiano fiel llevará mucho fruto; es un obrero; no vagará perezosamente, sino que se pondrá toda la armadura para combatir las batallas del Señor. La obra indispensable es moldear los gustos, el apetito, las pasiones, los motivos y los deseos de acuerdo con la gran norma moral de rectitud. La obra debe comenzar en el corazón. Este debe ser puro, totalmente moldeado en conformidad con la voluntad de Cristo, pues de otro modo una pasión poderosa, o algún hábito o defecto, llegará a ser un poder para destruir. Dios no aceptará ninguna cosa menos que todo el corazón.

Dios quiere que los docentes en nuestras escuelas sean eficientes. Si son de entendimiento espiritual avanzado, sentirán que es importante no ser deficientes en el conocimiento de las ciencias. La piedad y experiencia religiosas están en el cimiento mismo de la educación verdadera. Pero nadie piense que ser ferviente en asuntos religiosos es todo lo esencial para ser educadores. Si bien no necesitan ser menos religiosos, también necesitan un conocimiento profundo de las ciencias. Esto los hará no sólo cristianos buenos, practicantes, sino que los capacitará para educar a la juventud, y al mismo tiempo conducirlos a la fuente de agua de vida. Es cristiano quien se propone alcanzar los mayores logros con el propósito de hacer el bien a otros. El conocimiento que está combinado armoniosamente con un carácter cristiano hará que una persona sea en verdad una luz para el mundo. Dios obra con los esfuerzos humanos. Todos los que con toda diligencia procuran hacer firme su vocación y elección [2 Ped. 1:10] sentirán que un conocimiento superficial no los hará aptos para puestos de utilidad. La educación equilibrada con una experiencia religiosa sólida hace apto al hijo de Dios para realizar la tarea que se le asigna con estabilidad, firmeza y entendimiento. Si alguien está aprendiendo de Jesús, el mayor educador que el mundo conoció alguna vez, no sólo tendrá un carácter simétrico sino también una mente preparada para un trabajo efectivo. Las mentes que son ágiles para discernir van muy hondo por debajo de la superficie.

Dios no quiere que nos contentemos con mentes perezosas, indisciplinadas, con pensamientos carentes de interés y recuerdos dispersos. Quiere que cada docente sea eficiente, que no se satisfaga con alguna medida de éxito sino que sienta su necesidad de perpetua diligencia en cuanto a adquirir conocimientos. Nuestro cuerpo y nuestra alma pertenecen a Dios, porque él los compró por precio. Nos dio talentos, e hizo posible que adquiramos más, para que podamos ser capaces de ayudarnos a nosotros mismos y ayudar a otros en el camino a la vida. Es la tarea de cada uno desarrollar y fortalecer los dones que Dios le prestó, con los cuales realizar trabajo serio y práctico, tanto en las cosas temporales como en las religiosas. Si todos practicaran esto, ¡qué diferencia tan vasta

veríamos en nuestras escuelas, en nuestras iglesias y en nuestras misiones! Pero la mayoría se contenta con conocimientos escasos, unos pocos logros, sólo para ser pasable; y la necesidad de ser hombres como Daniel y Moisés, hombres de influencia, cuyo carácter se haya vuelto armonioso por medio de su trabajo para bendecir a la humanidad y glorificar a Dios... tal experiencia son pocos los que la lograron, y el resultado es que ahora hay pocos aptos para la gran necesidad de nuestros tiempos.

Dios no pasa por alto a los ignorantes, pero si están en conexión con Cristo, si son santificados por medio de la verdad, estarán reuniendo conocimientos constantemente. Al poner en ejercicio toda facultad para glorificar a Dios tendrán mayor poder con el cual glorificarlo. Pero los que están dispuestos a permanecer en un canal estrecho porque Dios tuvo la condescendencia de aceptarlos cuando estaban allí, son muy tontos; y sin embargo hay centenares y miles que hacen justamente eso. Dios les ha dado la maquinaria viviente, y esta necesita que se la use diariamente para que la mente alcance logros más y más altos. Es una vergüenza que muchos asocian ignorancia con humildad, y que, con todas las cualidades que Dios nos dio para la educación, sean tantos los dispuestos a permanecer en la misma posición inferior en la que estaban cuando la verdad los alcanzó por primera vez. No crecen intelectualmente; no están mejor preparados y capacitados para realizar obras grandes y buenas que cuando oyeron la verdad por primera vez.

Muchos que son instructores de la verdad dejan de ser estudiosos, dejan de excavar, de excavar siempre en busca de la verdad como por tesoros ocultos. Sus mente alcanzan un nivel ordinario, bajo, pero no buscan hacerse gente de influencia; no por causa de una ambición egoísta sino por causa de Cristo, para poder revelar el poder de la verdad sobre el intelecto. No es pecado apreciar el talento académico, si no se lo idolatra; pero nadie debe contender por vanagloria para exaltarse a sí mismo. Cuando tal es el caso, hay falta de la sabiduría que viene de lo alto, la cual es primeramente

pura, después pacífica, benigna, llena de amor y de buenos frutos [*cf.* Sant. 3:17].

Las misiones establecidas en nuestras ciudades, si los llevan adelante hombres con capacidad para administrar sabiamente tales misiones, serán lumbreras fijas que brillen en medio de la oscuridad moral. Abrir las Escrituras por medio de estudios bíblicos es parte esencial de la obra relacionada con esas misiones; pero los obreros no pueden asumir esa tarea a menos que estén preparados para ella. Muchos debieran tener instrucción académica antes de llegar siquiera a saber cómo estudiar para poner su mente y sus pensamientos bajo el control de la voluntad, y cómo usar sabiamente sus facultades mentales.

Mucho hay que aprender como pueblo antes estar calificados para emprender la gran obra de preparar a un pueblo que pueda estar firme en el día del Señor. Nuestras Escuelas Sabáticas, que deben instruir a niños y a jóvenes, son demasiado superficiales. Sus directores necesitan arar más profundo. Necesitan poner más pensamiento y más trabajo duro en la obra que realizan. Necesitan ser estudiantes más profundos de la Biblia, y tener una experiencia religiosa más amplia, para saber cómo conducir Escuelas Sabáticas siguiendo la orden del Señor, y cómo conducir a niños y a jóvenes al Salvador. Esta es una de las ramas de la obra que se está quedando tullida por falta de hombres y mujeres eficientes, con discernimiento, que se sientan responsables ante Dios por el uso de sus facultades, no para exhibir el yo ni por vanagloria, sino para hacer el bien.

Cuán amplia y extensa es la orden: “Id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado. Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” [Mat. 28:19, 20]. ¡Qué honor que se confiere al hombre en este pasaje, y sin embargo cuántos hay que se abrazan a la costa! ¡Cuán pocos son los que lanzan a lo profundo y echan sus redes para pescar! Ahora bien, si se hace esto, si los hombres serán

obreros conjuntamente con Dios, si se llamase a los hombres para actuar en los centros misioneros de las ciudades y enfrentar toda clase de mentalidades, debiera haber una preparación especial para este tipo de tarea.–*Review and Herald*, 21 de junio de 1887.

LECTURA ADICIONAL

- *Review and Herald*, 17 de abril de 1888, “Divine Wisdom” [Sabiduría divina].

15

Valor del estudio de la Biblia

“Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” [2 Tim. 3:16, 17]. La Palabra de Dios es como la casa del tesoro, la cual contiene todo lo esencial para perfeccionar al hombre de Dios. No apreciamos la Biblia como debiéramos. No estimamos adecuadamente las riquezas de sus depósitos, ni nos damos cuenta de la gran necesidad de investigar las Escrituras por nosotros mismos. Los hombres descuidan el estudio de la Palabra de Dios en pos de algún interés mundano, o para participar de los placeres de la época. De algún asunto trivial se hace una excusa para nuestra ignorancia de las Escrituras dadas por inspiración de Dios. Pero sería mejor postergar cualquier cosa de carácter terrenal antes que ese estudio sumamente importante, el cual nos hará sabios para vida eterna.

Me duele el corazón al ver a hombres –incluso los que profesan esperar la venida de Cristo– que dedican tiempo y talentos a hacer circular libros que no contienen nada concerniente a las verdades especiales para nuestra época: libros de narraciones, de biografías, de teorías y especulaciones humanas. El mundo está lleno de tales libros; se los puede conseguir por cualquier parte, pero ¿pueden ocuparse los seguidores de Cristo en una tarea tan vanal cuando hay una necesidad acuciante de la verdad de Dios a cada paso? No es nuestra misión hacer circular tales libros. Hay miles de otras personas para hacerlo, quienes no conocen todavía algo mejor. Nosotros tenemos una misión definida, y no debiéramos desviarnos de ella hacia asuntos laterales, para emplear hombres y recursos con el fin de llamar la atención de la gente a libros que no tienen relación con la verdad presente.

¿Oran por el progreso de la verdad? Entonces trabajen por él, y muestren que sus oraciones surgen de corazones sinceros y resueltos. Dios no obra milagros allí donde ha provisto los recursos por medio de los cuales puede realizarse la obra. Usen su tiempo y talentos al servicio de Dios, y él no dejará de obrar junto con vuestros esfuerzos. Si el agricultor no ara ni siembra, Dios no hace un milagro para contrarrestar los resultados de su negligencia. El tiempo de la siega encontrará sus campos infecundos: sin gavillas para recoger, sin grano para almacenar. Dios proveyó la semilla y el suelo, el sol y la lluvia; y si el agricultor hubiera empleado los medios que tenía a mano, habría recibido de acuerdo con su siembra y su labor.

Hay grandes leyes que gobiernan el mundo natural, y las cosas espirituales están controladas por principios igualmente seguros; deben usarse los medios que corresponden al fin si se desea obtener resultados. Quienes no hacen por sí mismos esfuerzos resueltos no están trabajando en armonía con las leyes de Dios. No están usando las provisiones del Padre celestial, y no pueden esperar más que resultados magros. El Espíritu Santo no obligará a los hombres a seguir un curso de acción determinado. Somos agentes morales libres; y cuando se nos ha dado suficiente evidencia con respecto a nuestro deber, se deja con nosotros el decidir nuestro curso de acción.

A ustedes, los que esperan con ociosa expectación que Dios realice algún milagro extraordinario para iluminar al mundo con respecto a la verdad, quiero preguntarles si han empleado los medios que Dios ha brindado para el progreso de su causa. Los que imploran luz y verdad del Cielo, ¿han estudiado las Escrituras? ¿Han deseado la leche espiritual no adulterada para crecer con ella [*cf.* 1 Ped. 2:2]? ¿Se han sometido a los mandatos revelados? Los requerimientos “Harás” y “No harás” de la Biblia son terminantes, y no hay lugar para la ociosidad en la vida cristiana. Ustedes, los que lamentan su carencia espiritual, ¿están buscando conocer la voluntad de Dios y cumplirla? ¿Se esfuerzan por entrar por la puerta estrecha? Hay trabajo, trabajo serio, para realizar en favor del

Maestro. Los males condenados en la Palabra de Dios deben ser vencidos. Individualmente deben combatir contra el mundo, la carne y el diablo. La Palabra de Dios es llamada “la espada del Espíritu” [Efe. 6:17], y deben hacerse hábiles en su empleo, si desean abrirse paso entre las huestes de oposición y oscuridad.

Deséganse de las compañías perjudiciales. Cuenten el costo de seguir a Jesús y háganlo, con el propósito resuelto de limpiarse de toda inmundicia de la carne y del espíritu. La vida eterna bien vale una entrega total, y Jesús dijo: “Cualquiera de vosotros que no renuncie a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo” [Luc. 14:33]. El que no hace nada, sino que espera a que algún agente sobrenatural lo impulse, esperará en letargo y oscuridad. Dios dio su Palabra. Dios habla a tu alma con un lenguaje inequívoco. ¿Acaso no es suficiente la Palabra de su boca para señalarte tu deber e impelerte a cumplirlo?

Los que en forma humilde y con oración investigan las Escrituras, para conocer la voluntad de Dios y cumplirla, no tendrán dudas sobre sus obligaciones hacia Dios. Porque “el que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá... la doctrina” [Juan 7:17]. Si quieren conocer el misterio de la piedad deben seguir la clara Palabra de verdad, ya sea que se sientan inclinados a ello o no, con emoción o sin ella. Debe prestarse obediencia a partir de un sentido de principios, y seguir lo correcto bajo cualquier circunstancia. Este es el carácter elegido por Dios para salvación. La prueba de un genuino cristiano aparece en la Palabra de Dios. Dice Jesús: “Si me amáis, guardad mis mandamientos... El que tiene mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama; el que me ama será amado por mi Padre, y yo lo amaré y me manifestaré a él... El que me ama, mi palabra guardará, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada con él. El que no me ama no guarda mis palabras; y la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió” [Juan 14:15, 21, 23, 24].

Hete aquí las condiciones bajo las cuales toda alma será elegida para vida eterna. Tu obediencia a los mandamientos de Dios

comprobará tu derecho a la herencia con los santos en luz [Col. 1:12]. Lo que Dios ha elegido es cierta excelencia de carácter, y todo aquel que, a través de la gracia de Cristo, alcance la norma de su requisito, tendrá una abundante entrada al reino de gloria. Todos los que alcancen esta norma de carácter tendrán que emplear los medios que Dios ha provisto con ese fin. Si quieres heredar el reposo que queda para los hijos de Dios [Heb. 4:9], debes hacerte colaborador de Dios. Eres elegido para llevar el yugo de Cristo: para llevar su carga, para levantar su cruz. Debes ser diligente para "hacer firme vuestra vocación y elección" [2 Ped. 1:10]. Escudriñen las Escrituras, y verán que ningún hijo ni hija de Adán ha sido elegido para ser salvo en desobediencia a la ley de Dios. El mundo hace nula la ley de Dios; pero los cristianos son escogidos para santificación por medio de la obediencia a la verdad [2 Tes. 2:13]. Son elegidos para llevar la cruz, si quieren ceñir la corona.

La Biblia es la única regla de fe y doctrina. Y nada está mejor calculado para energizar la mente y fortalecer el intelecto que el estudio de la Palabra de Dios. Ningún otro libro es tan potente para elevar los pensamientos, y dar vigor a las facultades, como las verdades abarcadoras y ennoblecedoras de la Biblia. Si se estudiara la Palabra de Dios como se debe, los hombres tendrían una amplitud de mente, una nobleza de carácter y una estabilidad de propósito que raras veces se ven en estos tiempos. Miles de hombres que ministran en el púlpito carecen de las cualidades esenciales de mente y carácter, porque no se aplican al estudio de las Escrituras. Se contentan con un conocimiento superficial de las verdades que están llenas de ricas profundidades de significado, y prefieren seguir sin detenerse, perdiendo mucho en todo sentido, antes que investigar diligentemente en busca del tesoro escondido.

La investigación de la verdad recompensará al buscador en todos los sentidos, y cada descubrimiento abrirá campos más ricos para su investigación. Los hombres son transformados de acuerdo con lo que contemplan. Si ocupan su atención pensamientos y asuntos triviales, el hombre será trivial. Si es demasiado negligente para obtener nada más que una comprensión superficial de la Palabra de

Dios, no recibirá las ricas bendiciones que Dios se complacería en otorgarle. Es una ley de la mente que esta se estrechará o expandirá de acuerdo con las dimensiones de las cosas con las que se familiariza. Y con seguridad las facultades mentales se contraerán, y perderán su capacidad de captar los sentidos profundos de la Palabra de Dios, a menos que se las ponga a realizar la tarea de buscar la verdad de manera vigorosa y persistente. La mente se expandirá si se la emplea en rastrear la conexión de los temas de la Biblia, al comparar un pasaje bíblico con otro, y las cosas espirituales con las cosas espirituales. Penetren por debajo de la superficie; los tesoros más ricos del pensamiento están aguardando al estudiante habilidoso y diligente.

Los que están enseñando el mensaje más solemne que ha sido dado jamás al mundo debieran disciplinar la mente para comprender su significado. El tema de la redención soportará el estudio más concentrado, y su profundidad jamás será explorada del todo. No necesitan temer que agotarán este tema maravilloso. Beban hondamente del pozo de la salvación [Isa. 12:3]. Vayan por ustedes mismos a la fuente, para ser saciados con refrigerio, para que Jesús pueda ser en ustedes una fuente de agua que salte para vida eterna [Juan 7:37, 38]. Sólo la verdad de la Biblia y la religión de la Biblia soportarán la prueba del juicio. No hemos de pervertir la Palabra de Dios para acomodarla a nuestra conveniencia e intereses mundanos, sino inquirir con sinceridad: “Señor, ¿qué quieres que yo haga?” Pues “no sois vuestros, pues habéis sido comprados por precio”. ¡Y qué precio! “No con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo” [Hech. 9:6; 1 Cor. 6:19, 20; 1 Ped. 1:18, 19]. Cuando el hombre se perdió, el Hijo de Dios dijo: “Yo lo redimiré, seré su garante y sustituto”. Hizo a un lado sus vestimentas reales, vistió su divinidad con humanidad, descendió de su trono real con el fin de alcanzar la hondura misma de la miseria y tentación humanas, elevó nuestras naturalezas caídas, e hizo posible que seamos más que vencedores, hijos de Dios, herederos del reino eterno [Rom. 8:37, 17]. ¿Permitiremos entonces que cualquier consideración terrenal nos desvíe de la senda de la

verdad? ¿No debiéramos confrontar cada doctrina y teoría, y someterla a la prueba de la Palabra de Dios?

No debiéramos permitir que ningún argumento humano nos aparte de una investigación profunda de la verdad bíblica. Las opiniones y costumbres de los hombres no deben aceptarse como de autoridad divina. Dios ha revelado en su Palabra cuál es el entero deber del hombre, y no hemos de dejarnos arrancar de la gran norma de rectitud. Él envió a su Hijo unigénito para que fuera nuestro ejemplo, y nos mandó oírlo y seguirlo a él. No debemos ser influenciados a apartarnos de la verdad tal como es en Jesús porque grandes hombres, que profesan ser buenos, traten de inculcarnos sus ideas por encima de las claras declaraciones de la Palabra de Dios.

La obra de Cristo es atraer a los hombres, desde lo falso y lo espurio, a lo verdadero y genuino. “El que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida”. No hay peligro de caer en el error mientras sigamos las pisadas de “la luz del mundo” [Juan 8:12]. Hemos de obrar las obras de Cristo. Debemos aplicar el corazón y el alma en su servicio; debemos investigar la Palabra de vida y presentarla a otros. Debemos educar al pueblo para que comprenda la importancia de su enseñanza y el peligro de desviarse de sus claros mandatos.

Los judíos fueron llevados al error y la ruina, y a rechazar al Señor de la gloria, por no conocer las Escrituras ni el poder de Dios [1 Cor. 2:8; Mat. 22:29]. Hay una gran obra ante nosotros: conducir a los hombres a tomar la Palabra de Dios como la regla de su vida para no transigir con las tradiciones y las costumbres, sino para caminar en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor [Luc. 1:6].– *Review and Herald*, 17 de julio de 1888.

16

El Libro de los libros

El estudio de la Biblia dará fortaleza al intelecto. Dice el salmista: “La exposición de tus palabras alumbra; hace entender a los sencillos” [Sal. 119:130]. A menudo se me pregunta: “¿Debiera la Biblia ser el libro importante en nuestras escuelas?” Es un libro precioso, un libro maravilloso. Es un tesoro que contiene joyas de valor precioso. Es una historia que nos abre los siglos pasados. Sin la Biblia estaríamos librados a conjeturas y fábulas en cuanto a lo sucedido en las eras pasadas. De todos los libros que han inundado el mundo, no importa cuán valiosos sean, la Biblia es el libro de los libros, y el que merece el estudio y atención más aplicados. No sólo ofrece la historia de la creación de este mundo, sino también una descripción del mundo futuro. Contiene instrucción sobre las maravillas del universo, y revela a nuestro entendimiento al Autor de los cielos y la Tierra. Desarrolla un sistema sencillo y completo de teología y filosofía. Los que estudian con detenimiento la Palabra de Dios, y obedecen sus instrucciones, y aman sus claras verdades, mejorarán en mente y modales. Es un don de Dios que debiera suscitar en cada corazón la más sincera gratitud, porque es la revelación de Dios al hombre.

Si se entretejen las verdades de la Biblia en la vida práctica, elevarán la mente de su condición terrena y degradada. Se hallará que quienes están familiarizados con las Escrituras son hombres y mujeres que ejercen una influencia elevadora. Al buscar las verdades que reveló el Cielo, el sincero investigador de las Escrituras es puesto en contacto con el Espíritu de Dios. Una comprensión de la voluntad revelada de Dios amplía la mente, la expande, eleva y dota de nuevo vigor, al traer sus facultades en contacto con verdades estupendas. Si se hace del estudio de la Biblia una consideración secundaria se experimenta gran pérdida. Por un tiempo se excluyó la Biblia de nuestras escuelas, y Satanás

encontró un campo fértil en el cual trabajó con maravillosa rapidez, y recolectó una cosecha a su gusto.

El entendimiento adquiere el nivel de las cosas con las cuales se familiariza. Si todos hicieran de la Biblia su estudio veríamos un pueblo más desarrollado, capaz de pensar más profundamente, y mostrar un mayor grado de inteligencia, que lo que podrían lograr los mejores esfuerzos al estudiar meramente las ciencias e historias del mundo. La Biblia da al verdadero buscador una disciplina mental avanzada, y sale de la contemplación de las cosas divinas con sus facultades enriquecidas; el yo es humillado, mientras se exalta a Dios y su verdad revelada. Tanta exaltación del hombre y tan poca honra dada a Dios es porque los hombres no están familiarizados con las preciosas historias de la Biblia. La Biblia contiene esa calidad exacta de alimento que necesita el cristiano para poder crecer en espíritu y en intelecto. La investigación de todos los libros de filosofía y ciencia no pueden hacer en favor de la mente y de la moral lo que puede hacer la Biblia, si se la estudia y se la practica. A través del estudio de la Biblia sostenemos una conversación con los patriarcas y profetas. La verdad está revestida de un lenguaje elevado, lo cual ejerce un poder fascinador sobre la mente; el pensamiento se eleva desde las cosas de la Tierra y es llevado a contemplar la gloria de la vida inmortal futura. ¿Qué sabiduría humana puede compararse con la grandeza de la revelación de Dios? El hombre finito, que no conoce a Dios, puede tratar de disminuir el valor de las Escrituras y puede sepultar la verdad debajo del supuesto conocimiento de la ciencia.

Los que se jactan de una sabiduría más allá de la enseñanza de la Palabra de Dios necesitan beber más hondamente de la fuente del conocimiento, para poder enterarse de su real ignorancia. Existe una condecorada sabiduría de los hombres que es insensatez a la vista de Dios. “Nadie se engañe a sí mismo; si alguno entre vosotros se cree sabio en este mundo, hágase ignorante y así llegará a ser verdaderamente sabio. La sabiduría de este mundo es insensatez ante Dios, como está escrito: ‘Él prende a los sabios en la astucia de ellos’ ” [1 Cor. 3:18, 19]. Los que sólo tienen esa clase de sabiduría

necesitan hacerse insensatos en su propia opinión. La mayor ignorancia, la cual hoy es el baldón de la raza humana, reside en lo que respecta a la vigencia de la ley de Dios; y esta ignorancia es el resultado de descuidar el estudio de la Palabra de Dios. Es el firme plan de Satanás ocupar y absorber de tal manera la mente que el gran Libro guía de Dios no sea el Libro de los libros, y que el pecador no sea conducido de la senda de la transgresión a la senda de la obediencia.

No se está exaltando la Biblia al lugar que le corresponde, y sin embargo de qué infinita importancia es ella para el alma de los hombres. Al investigar en sus páginas atravesamos escenas majestuosas y eternas. Contemplamos a Jesús, el Hijo de Dios, cuando viene a nuestro mundo, y se enzarza en el misterioso conflicto que frustró los poderes de las tinieblas. ¡Oh, cuán maravilloso, cuán increíble es que el Dios infinito consintiera en la humillación de su amado Hijo! Que cada estudioso de las Escrituras contemple este hecho grandioso, y no saldrá de esa contemplación sin haberse elevado, purificado y ennoblecido.

La Biblia es un libro que revela los principios de lo justo y verdadero. Contiene todo lo necesario para salvar al alma, y al mismo tiempo está calculado para fortalecer y disciplinar la mente. Si se lo usa como libro de texto en nuestras escuelas, se lo encontrará mucho más efectivo que cualquier otro libro en el mundo para guiar con sabiduría en los asuntos de esta vida, así como para ayudar al alma a ascender en la escalera de progreso que llega hasta el Cielo. Dios tiene cuidado de nosotros como seres intelectuales, y nos ha dado su Palabra como una lámpara para nuestros pies y luz para nuestro camino. “La exposición de tus palabras alumbra; hace entender a los sencillos” [Sal. 119:105, 130]. No es la mera lectura de la Palabra lo que logrará el resultado que se propone el Cielo, sino que a la verdad revelada en la Palabra de Dios debe permitírsele entrar en el corazón si quiere obtenerse el bien propuesto.

Los mejor educados en ciencias no siempre son los instrumentos más efectivos para el uso de Dios. Muchos se encuentran dejados a un lado, mientras que los que han tenido menos oportunidades de obtener conocimiento de los libros toman su lugar, porque los últimos tienen conocimiento de cosas prácticas que son esenciales para los usos de la vida diaria; mientras que los que se consideran eruditos a menudo dejan de aprender, son autosuficientes y no necesitados de ser enseñados, aun de parte de Jesucristo, quien fue el mayor maestro que el mundo conociera alguna vez. Quienes crecieron y se expandieron, cuyas facultades de raciocinio se desarrollaron por profunda investigación de la Biblia, con el fin de conocer la voluntad de Dios, llegarán a puestos de utilidad; porque la Palabra de Dios fue expuesta y recibida en su vida y carácter. Ella debe realizar su tarea peculiar, a saber penetrar hasta partir las coyunturas y los tuétanos, y discernir los pensamientos y las intenciones del corazón [Heb. 4:12]. La Palabra de Dios ha de ser el alimento con el cual el cristiano debe hacerse fuerte en espíritu y en intelecto, para poder combatir por la verdad y la justicia.

¿Por qué es que la juventud, e incluso los de años más maduros, caen tan fácilmente en tentación y pecado? Es porque no se estudia y medita sobre la Palabra de Dios como se debe. Si fuese apreciada habría una rectitud interior, una fortaleza de espíritu, que resistiría las tentaciones de Satanás para hacer el mal. No se lleva a la vida y al carácter una fuerza de voluntad firme y decidida porque no se hace de la santa instrucción de Dios objeto de estudio y tema de meditación. No hay el esfuerzo que debiera realizarse para asociar la mente con pensamientos puros y santos, y para apartarla de lo que es impuro y falso. No está la elección de la buena parte, el sentarse a los pies de Jesús, como María, para aprender las lecciones más sagradas del Maestro divino, para atesorarlas en el corazón y practicarlas en la vida diaria. La meditación en las cosas santas elevará y refinará la mente, y desarrollará damas y caballeros cristianos.

Dios no aceptará a ninguno de nosotros que esté disminuyendo sus facultades en la degradación lasciva, terrena, ya sea por

pensamiento, palabra o acción. El Cielo es un lugar puro y santo, donde nadie podrá entrar a menos que esté refinado, espiritualizado, limpiado y purificado. Hay una tarea que nosotros debemos hacer por nosotros mismos, y seremos capaces de realizarla sólo obteniendo fuerzas de parte de Jesús. Debiéramos hacer de la Biblia nuestro estudio por encima de cualquier otro libro; debiéramos amarla, y obedecerla como la voz de Dios. Hemos de ver y entender sus restricciones y requerimientos, los “Harás” y “No harás”, y darnos cuenta del verdadero significado de la Palabra de Dios.

Cuando se hace de la Palabra de Dios nuestro consejero íntimo, e investigamos las Escrituras en busca de luz, los ángeles del Cielo vienen a impresionar nuestra mente e iluminar nuestro entendimiento, de modo que verdaderamente pueda decirse: “La exposición de tus palabras alumbra; hace entender a los sencillos” [Sal. 119:130]. No es de extrañar que no se demuestre más mentalidad celestial entre los jóvenes que profesan ser cristianos cuando se presta tan poca atención a la Palabra de Dios. No se presta oídos a los consejos divinos; no se obedecen las exhortaciones; no se busca la gracia ni la sabiduría celestial para evitar los pecados del pasado, y para limpiar el carácter de toda mancha de corrupción. La oración de David era: “Hazme entender el camino de tus mandamientos, para que medite en tus maravillas” [Sal. 119:27].

Si se dirigiera correctamente la mente de los jóvenes, y también la de edad más madura, cuando se está en compañía mutua, la conversación giraría sobre temas exaltados. Cuando la mente es pura, y los pensamientos son elevados gracias a la verdad de Dios, las palabras tendrán el mismo carácter: [semejantes a] “manzanas de oro con figuras de plata” [Prov. 25:11]. Pero con la actual comprensión, con las prácticas actuales, con el bajo nivel que aun los cristianos se contentan con alcanzar, la conversación es vulgar y sin provecho. Es “de la tierra, terrenal” [Juan 3:31], y no tiene el sabor de la verdad, del Cielo, y ni siquiera llega a alcanzar el nivel de la clase más educada de los mundanos. Cuando se hace de

Cristo y el Cielo el tema de contemplación, la conversación dará evidencia de este hecho. La palabra estará sazonada con gracia, y quien habla mostrará que ha estado obteniendo educación en la escuela del divino Maestro. Dice el salmista: “Escogí el camino de la verdad; he puesto tus juicios delante de mí” [Sal. 119:30]. Atesoraba la Palabra de Dios; había ingresado a su entendimiento, [pero] no para ser pasada por alto sino para ser practicada en su vida.

A menos que se aprecie la Santa Palabra, no se la obedecerá como un libro de texto certero, seguro y precioso. Debe eliminarse todo pecado que nos acose. Debe librarse combate contra él hasta vencerlo. El Señor cooperará con vuestros esfuerzos. Cuando el hombre finito, pecador, obra su propia salvación con temor y temblor, es Dios quien obra en él tanto el querer como el hacer por su buena voluntad [Fil. 2:12, 13]. Pero Dios no obrará sin la cooperación del hombre. Este debe aplicar sus facultades al máximo; debe ponerse como un estudiante capaz y bien dispuesto en la escuela de Cristo, y al aceptar la gracia que le es brindada gratuitamente, la presencia de Cristo en el pensamiento y el corazón le dará propósito resuelto para dejar a un lado todo peso de pecado, para que el corazón pueda ser llenado con toda la plenitud de Dios y de su amor.

Los estudiantes de nuestros colegios debieran tener en cuenta que, al contemplar el pecado, una segura consecuencia lo siguió, y que sus facultades que Dios les dio han sido debilitadas e incapacitadas para el progreso moral, porque se las ha aplicado mal. Hay muchos que admitirán que esto es cierto. Que acariciaron el orgullo y el amor propio, hasta que estos malos rasgos de carácter se volvieron el poder dominante que controlaba sus deseos e inclinaciones. Aunque tenían una forma de piedad, y habían realizado muchas obras de justicia propia, no hubo verdadero cambio de corazón. No confrontaron estrecha y definidamente las prácticas de su vida con la gran norma de rectitud: la ley de Dios. Si hubiesen comparado su vida con esta norma, lo menos que podrían sentirse sería deficientes, enfermos de pecado y con necesidad de un médico. Sólo pueden comprender la profundidad a la que han

caído contemplando el sacrificio infinito que hizo Jesucristo para sacarlos de la degradación.

Son muy pocos los que tienen una apreciación de la gravedad del pecado, y que comprenden la enormidad de la ruina que ha resultado de transgredir la ley de Dios. Al examinar el maravilloso plan de redención para restaurar al pecador a la imagen moral de Dios, vemos que el único medio para la liberación del hombre fue logrado mediante el sacrificio propio, y la incomparable condescendencia y amor, del Hijo de Dios. Sólo él tuvo la fortaleza para librar las batallas contra el gran adversario de Dios y del hombre, y, como sustituto y garante de nosotros, ha dado poder a los que por fe se aferran de él para hacerse vencedores en su nombre y a través de sus méritos.

En la cruz del Calvario podemos ver qué es lo que le costó al Hijo de Dios traer la salvación a una raza caída. Así como el sacrificio en favor del hombre fue completo, así también la restauración del hombre desde la contaminación del pecado debe ser total y completa. Se nos dio la ley de Dios con el fin de que podamos tener reglas para gobernar nuestra conducta. No hay acto de maldad que la ley excuse; no hay falta de rectitud que escape a su condenación. La vida de Cristo es un cumplimiento perfecto de todo precepto de la ley. Dice: “He guardado los mandamientos de mi Padre” [Juan 15:10]. El conocimiento de la ley condenaría al pecador, y aplastaría en su pecho la esperanza, si no viera a Jesús como su sustituto y garante, dispuesto a perdonar su transgresión y perdonar su pecado. Cuando, a través de la fe en Jesucristo, el hombre actúa verdaderamente lo mejor que puede, y busca guardar el camino del Señor mediante la obediencia a los Diez Mandamientos, se le acredita la perfección de Cristo para cubrir la transgresión del alma arrepentida y obediente.

Muchos pretendidos amigos de la educación harán grandes intentos para divorciar la religión de las ciencias en nuestras escuelas [y colegios]. No ahorrarán esfuerzos ni gastos para impartir el conocimiento secular, pero no querrán mezclar con él un

conocimiento de lo que Dios reveló que constituye la perfección de carácter. Y sin embargo una instrucción en la verdad de Dios desarrollará el intelecto y también impartirá conocimiento secular; pues el fundamento mismo de la verdadera educación es el temor de Jehová. Dice el salmista: “El principio de la sabiduría es el temor de Jehová” [Sal. 111:10]. Los mensajes divinos revelan los engaños del padre de las mentiras. ¿Quién de nuestros jóvenes puede saber algo de lo que es la verdad, en comparación con el error, a menos que conozca las Escrituras? Si queremos que nuestros jóvenes tengan conocimiento divino para escapar de las corrupciones que hay en el mundo a través de la lujuria, debe ponerse la sencillez de la piedad verdadera en la educación [de esa franja etaria]. Los que verdaderamente son seguidores de Cristo no se limitarán a servir a Dios sólo cuando eso esté de acuerdo con su inclinación, sino también cuando implica abnegación y llevar la cruz. El ferviente consejo que dio el apóstol Pablo a Timoteo, para que este no deje de cumplir con su deber, debiera ponerse ante los jóvenes de hoy: “Ninguno tenga en poco tu juventud, sino sé ejemplo de los creyentes en palabra, conducta, amor, espíritu, fe y pureza” [1 Tim. 4:12]. Debe librarse batalla contra los pecados que nos acosen y vencerlos. Los rasgos cuestionables de carácter, ya sean hereditarios o cultivados, debieran ser considerados por separado, y comparados con la gran regla de rectitud; y a la luz reflejada de la Palabra de Dios, deben ser resistidos con firmeza y vencidos mediante la fortaleza de Cristo. “Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor” [Heb. 12:14].

Día tras día, y hora tras hora, debe haber un vigoroso proceso de abnegación y de santificación que opere en nuestro interior; y entonces las obras externas testificarán de que Cristo está morando en el corazón por medio de la fe. La santificación no cierra las avenidas del alma al conocimiento, sino que viene para expandir la mente y para inspirarla en la búsqueda de la verdad como un tesoro oculto; y el conocimiento de la voluntad de Dios hará progresar la obra de la santificación. Existe un Cielo, y ¡ay! con cuánto fervor debiéramos pugnar por alcanzarlo. Exhorto a los estudiantes de nuestras escuelas y colegios a creer en Jesús como vuestro

Salvador. Crean que está dispuesto a ayudarlos por medio de su gracia cuando vayan a él con sinceridad. Deben pelear la buena batalla de la fe. Deben luchar por la corona de la vida. Pugnen, porque Satanás los tiene aferrados, y si no se lo sacuden de encima de ustedes, los paralizará y arruinará. El enemigo está a la mano derecha y a la izquierda, por delante y por detrás, y deben hollarlo bajo vuestros pies. Pugnen, porque hay una corona que ganar. Pugnen, porque si no ganan la corona, pierden todo en esta vida y en la vida futura. Pugnen, pero háganlo con la fortaleza de vuestro Salvador resucitado.

¿Querrán los estudiantes de nuestros colegios estudiar y esforzarse por copiar la vida y el carácter del Ser que descendió del Cielo para mostrarles lo que deben ser si quieren entrar en el reino de Dios? Les he traído un mensaje de la pronta venida del Hijo de Dios en las nubes de los cielos con poder y gran gloria. No he presentado ante ustedes ninguna fecha definida, pero les he repetido la exhortación de Cristo mismo, de velar y orar, porque el Hijo del hombre habrá de venir a la hora que nadie se imagina [*cf.* Mat 24:44]. La amonestación ha venido reverberando a través de las edades hasta la nuestra: “¡Vengo pronto!, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último. Bienaventurados los que lavan sus ropas para tener derecho al árbol de la vida y para entrar por las puertas de la ciudad” [Apoc. 22:12-14].–*Review and Herald*, 21 de agosto de 1888.

LECTURAS ADICIONALES

- *Signs of the Times*, 3 de junio de 1889, “The Work of Reform” [La obra de reforma].
- *Review and Herald*, 14 de julio de 1889, “Proper Education” [La educación adecuada].
- *Signs of the Times*, 22 de julio de 1889, “Home Training” [La formación en el hogar].
- *Testimonios para la iglesia* 5:473-476 (1889), “La religión y la educación científica”.

- *Testimonios para la iglesia* 5:477-479 (1889), “La educación de nuestros hijos”.
- *Testimonios para la iglesia* 5:479-487 (1889), “Peligros que encaran los jóvenes”.
- *Testimonios para la iglesia* 5:487-491 (1889), “Lectura apropiada para los niños”.
- *Testimonios para la iglesia* 5:491-498 (1889), “Consejos a los jóvenes”.
- *Testimonios para la iglesia* 5:518-523 (1889), “Necesidades de nuestras instituciones”.
- *Testimonios para la iglesia* 5:523-536 (1889), “Nuestras instituciones de Battle Creek”.
- *Testimonios para la iglesia* 5:547-552 (1889), “La educación de los obreros”.

17

Responsabilidad parental

Dios ha permitido que la luz de la reforma pro salud brille sobre nosotros en estos últimos días, para que al caminar en la luz escapemos de muchos de los peligros a los cuales estaremos expuestos. Satanás está obrando con gran poder para llevar a los hombres a gratificar el apetito, complacer las inclinaciones y pasar sus días en locura despreocupada. Presenta atracciones en una vida de goces egoístas y gratificaciones sensuales. La intemperancia mina las energías tanto de la mente como del cuerpo. Quien así es vencido se ha puesto a sí mismo en el terreno de Satanás, donde será tentado y molestado, y por fin controlado a voluntad por el enemigo de toda rectitud. Los padres necesitan que se les grabe su obligación de dar al mundo hijos con un carácter bien desarrollado: hijos que tendrán poder moral para resistir la tentación, y cuya vida será una honra para Dios y una bendición para sus prójimos. Los que entran a su vida activa con principios firmes estarán preparados para guardarse sin mancha en medio de las contaminaciones morales de esta era corrupta. Que las madres aprovechen toda oportunidad con el fin de educar a sus hijos para ser útiles.

La obra de la madre es sagrada e importante. Debiera enseñar a sus hijos, desde la cuna, hábitos de abnegación y dominio propio. El tiempo de la madre, en un sentido especial, le pertenece a sus hijos. Pero si dicho tiempo es ocupado mayormente con las locuras de esta era degenerada –si la sociedad, la vestimenta y las diversiones absorben su atención–, sus hijos no serán educados como corresponde.

Muchas madres que deploran la intemperancia que existe por todas partes, no miran con suficiente profundidad para ver la causa. Muy a menudo se la puede rastrear hasta la mesa de la familia. Más

de una madre, aun entre las que profesan ser cristianas, pone ante su familia alimentos pesados y con mucho condimento, que tientan el apetito y animan a comer en exceso. En algunas familias la carne constituye el artículo principal del régimen alimentario y, en consecuencia, la sangre se llena de humores cancerosos y escrofulosos [tuberculosos y ulcerosos]. Entonces, cuando sobreviene el sufrimiento y la enfermedad, se acusa a la Providencia divina con lo que es consecuencia de un curso equivocado de conducta. Reitero: La intemperancia comienza en la mesa, y, en la mayoría de los casos, se gratifica el apetito hasta que la gratificación se convierte en una segunda naturaleza.

Todo el que come en demasía, o alimento que no es saludable, está debilitando su poder para resistir los clamores de otros apetitos y pasiones. Muchos padres, para evitar la tarea de educar con paciencia a sus hijos en hábitos de abnegación, los complacen en comidas y bebidas siempre que lo deseen. El deseo de satisfacer el paladar y gratificar la inclinación no disminuye al incrementarse los años; y esos jóvenes consentidos, al crecer, están gobernados por impulsos y son esclavos del apetito. Cuando ocupan sus lugares en la sociedad, y comienzan la vida por sí mismos, son impotentes para resistir la tentación. En el glotón, en el devoto del tabaco, en el bebedor de vino y en el alcohólico/borracho vemos los malos resultados de la educación errónea y la gratificación propia.

Cuando oímos el triste lamento de hombres y mujeres cristianos respecto de los terribles males de la intemperancia, inmediatamente surgen los interrogantes: ¿Quién educó a los jóvenes? ¿Quién promovió en ellos esos apetitos desordenados? ¿Quién descuidó la solemne responsabilidad de formar su carácter para ser útiles en la vida presente y para la compañía de los ángeles celestiales en la futura?

Cuando padres e hijos se encuentren en el ajuste de cuentas final, ¡qué escena quedará a la vista! Miles de hijos que fueron esclavos del apetito y vicio degradante, cuya vida fue un naufragio moral, se enfrentarán cara a cara con los padres que hicieron de ellos lo que

son. ¿Quiénes sino los padres pueden cargar con esta terrible responsabilidad? ¿Fue el Señor quien hizo corruptos a esos jóvenes? ¡Oh, no! ¿Quién, entonces, hizo este trabajo espantoso? ¿No fueron acaso los pecados de los padres transmitidos a los hijos en pasiones y apetitos pervertidos? ¿Y no completaron esta obra los que descuidaron enseñarles de acuerdo con el modelo que dio Dios? Tan ciertamente como que existen, a todos estos padres Dios les pasará revista.

Satanás está listo para hacer su obra; él no descuidará presentar atracciones para las que los hijos no tengan fuerza moral o voluntad para resistir. Vi que, a través de sus tentaciones, él instituye modas siempre cambiantes, y fiestas y diversiones atractivas, para llevar a las madres a dedicar su tiempo a cosas frívolas en vez de educar y enseñar a sus hijos. Nuestros jóvenes necesitan madres que les enseñen desde la cuna a controlar las pasiones, a negar el apetito y a vencer el egoísmo. Necesitan línea sobre línea, precepto sobre precepto, un poquito allí y otro poquito allá.

Se enseñó a los hebreos cómo educar a sus hijos para que ellos pudieran evitar la idolatría y maldad de las naciones paganas. “Pondréis estas mis palabras en vuestro corazón y en vuestra alma, las ataréis como señal en vuestra mano y serán como insignias entre vuestros ojos. Las enseñaréis a tus hijos, hablando de ellas cuando te sientes en tu casa, cuando andes por el camino, cuando te acuestes y cuando te levantes” [Deut. 11:18, 19].

La mujer debiera ocupar el puesto a que Dios la destinó originalmente, como igual a su esposo. El mundo necesita madres que sean madres no sólo de nombre sino en todo el sentido de la palabra. Podemos decir sin temor a equivocarnos que los deberes distintivos de la mujer son más sagrados, más santos, que los del hombre. Tome conciencia la mujer de lo sagrado de su obra, y en la fortaleza y temor de Dios asuma la misión de su vida. Eduque a sus hijos para ser útiles en este mundo y para un hogar en un mundo mejor.

La posición de una mujer en su familia es más sagrada que la de un rey sobre su trono. La gran obra de ella es hacer de su vida un ejemplo tal como desearía que sus hijos copiasen. Y tanto por precepto como por ejemplo debe suplir su mente con conocimientos útiles, y guiarlos a trabajar con sacrificio propio para el bien de otros. El gran estímulo para la madre que faena recargada debiera ser que cada hijo educado como corresponde y que tiene el adorno interno, el ornato de un espíritu afable y apacible, brille en las cortes del Señor [*cf.* 1 Ped. 3:4].

Ruego a las madres cristianas que tomen conciencia de su responsabilidad, y que vivan no para agradarse a sí mismas sino para glorificar a Dios. Cristo no se agradó a sí mismo, sino que tomó la forma de siervo, dejó las cortes reales y vistió su divinidad con humanidad para que por su ejemplo nos pudiera enseñar cómo podemos ser elevados a la posición de hijos e hijas en la familia real, hijos del Rey celestial. Pero ¿cuáles son las condiciones bajo las cuales podemos obtener esta gran bendición? “Salid de en medio de ellos y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo impuro; y yo os recibiré y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas” [2 Cor. 6:17, 18].

Cristo se humilló desde la posición de igual con Dios a la de siervo. Su casa estaba en Nazaret, lugar proverbial por su maldad. Sus padres estaban entre los pobres, los humildes. Su oficio fue el de carpintero, y trabajó con sus manos con el fin de hacer su parte para sustentar a su familia. Por 30 años estuvo sujeto a sus padres. La vida de Cristo indica nuestro deber de ser diligentes en el trabajo, y de proveer para quienes han sido confiados a nuestro cuidado.

En sus lecciones con las que instruyó a sus discípulos, Jesús les enseñó que su reino no es de este mundo, donde todos luchan por el puesto más elevado; sino que les dio lecciones de humildad y sacrificio propio por el bien de otros. Su humildad no consistía en una baja estima de su propio carácter y sus condiciones, sino en adaptarse a la humanidad caída para elevarla con él a una vida superior. Y sin embargo, ¡cuán pocos ven algo atractivo en la

humildad de Cristo! Los mundanos están constantemente luchando por exaltarse el uno por sobre el otro, pero Jesús, el Hijo de Dios, se humilló a sí mismo para elevar al hombre. El verdadero discípulo de Cristo seguirá su ejemplo. Ojalá las madres de esta generación tuvieran conciencia de lo sagrado de su misión sin tratar de rivalizar con sus vecinas ricas en apariencia, sino buscando honrar a Dios mediante la realización fiel de su deber. Si los principios correctos de temperancia se implantaran en la juventud que ha de dar forma y moldear la sociedad, habría poca necesidad de hacer cruzadas en favor de la temperancia. [Entonces] prevalecerían la firmeza de carácter, el control moral, y en la fortaleza de Jesús se resistirían las tentaciones de estos últimos días.

Es un asunto de los más difíciles desaprender los hábitos que se han gratificado a lo largo de la vida. El demonio de la intemperancia tiene una fuerza gigantesca, y no se lo derrota con facilidad. Pero si los padres comienzan su cruzada contra él junto a su propio hogar [de fuego], en su propia familia, mediante los principios que enseñan a su hijos desde la infancia, entonces hay esperanza de éxito. Será de provecho para ustedes, madres, usar las horas preciosas que Dios les dio en formar el carácter de vuestros hijos, y para enseñarles a adherir estrictamente a los principios de temperancia en comida y bebida.

Es una sagrada tarea encomendada a los padres el ser guardianes de las constituciones física y moral de sus hijos, de modo que el sistema nervioso pueda estar bien equilibrado y no se ponga en peligro al alma. Los padres y las madres debieran entender las leyes de la vida, para que no permitan, por ignorancia, que se desarrollen tendencias equivocadas en sus hijos. El régimen alimentario afecta tanto la salud física como la moral. Entones, cuán cuidadosamente debieran las madres abastecer la mesa con el alimento más sencillo y saludable, para que los órganos digestivos no se debiliten, ni se desequilibren los nervios, ni se contrarreste la instrucción que dan a sus hijos.

Satanás ve que no puede tener tanto poder sobre las mentes cuando se mantiene el apetito bajo control como cuando se le da rienda suelta, y está constantemente trabajando para llevar a los hombres a la complacencia. Bajo la influencia del alimento insalubre la conciencia se *estupidiza*, la mente se oscurece y su susceptibilidad a las impresiones queda disminuida. Pero la culpa del transgresor no disminuye porque la conciencia haya sido violada hasta hacerse insensible.

Dado que un estado mental saludable depende de la condición normal de las fuerzas vitales, ¡cuánto cuidado debiera ejercerse para que no se usen estimulantes ni narcóticos! Y sin embargo vemos un gran número de los que profesan ser cristianos usando tabaco. Deploran los males de la intemperancia; pero mientras hablan contra el uso de licores, esos mismos hombres escupen jugo de tabaco. Debe haber un cambio de sentimiento con respecto al uso del tabaco antes de alcanzar la raíz del mal. Traeremos la cuestión aun más cerca. El té y el café promueven el apetito por estimulantes más fuertes. Y entonces llevamos la cuestión aun más cerca, a la preparación del alimento, y preguntamos: ¿Se está practicando temperancia en todas las cosas? ¿Se están llevando a cabo aquí las reformas que son esenciales para la salud y la felicidad?

Todo cristiano verdadero tendrá control de sus apetitos y pasiones. A menos que esté libre de la esclavitud al apetito, no podrá ser un verdadero siervo obediente de Cristo. La gratificación del apetito y de la pasión amortigua el efecto de la verdad sobre el corazón. Es imposible para el espíritu y poder de la verdad santificar a un hombre en su alma, cuerpo y espíritu cuando está controlado por deseos sensuales.–*Christian Temperance and Bible Hygiene*, pp. 75-80 (1890).

18

Educación y salud

Por generaciones el sistema predominante de educación ha sido un destructor de la salud e incluso de la vida misma. Muchos padres y maestros no alcanzan a entender que en los primeros años de la niñez la mayor atención debe ponerse en la constitución física, para asegurarse una condición sana del cuerpo y el cerebro. Ha sido la costumbre promover el envío de niños a la escuela cuando son todavía meros bebés necesitados de cuidado materno. En muchos casos se hacina a los pequeños en aulas mal ventiladas, donde se sientan en posturas inadecuadas, sobre pupitres mal construidos, y como resultado los cuerpos jóvenes y delicados a menudo quedan deformados. A pequeños, cuyos miembros y músculos no son fuertes, y cuyos cerebros no tienen desarrollo, se los mantiene confinados para perjuicio suyo. Para empezar, muchos apenas si se aferraban débilmente a la vida, y el confinamiento en la escuela día tras día los hizo nerviosos y se enfermaron. Sus cuerpos se atrofiaron por causa de la condición exhausta del sistema nervioso. Y sin embargo, cuando se apaga la lámpara de su vida, los padres y maestros no se dan cuenta de que, en alguna medida, fueron ellos los responsables por extinguir la chispa de la vida. En pie junto a la tumba del hijo, los afligidos padres consideran que su luto es una decisión especial de la Providencia, cuando fue su propio inexcusable e ignorante curso de conducta lo que destruyó la joven vida. Bajo tales circunstancias acusar por la muerte a la Providencia sabe a blasfemia. Dios quiere que los pequeños vivan, y reciban la educación correcta, para que puedan desarrollar un carácter hermoso, y así glorifiquen al Señor en este mundo y lo alaben en el mundo mejor.

Padres y maestros asumen la responsabilidad de instruir a estos niños, y sin embargo cuán pocos de ellos son conscientes de su deber ante Dios de llegar a estar familiarizados con el organismo

físico, con el fin de saber cómo preservar la vida y salud de quienes han sido puestos a su cargo. Miles de niños mueren por causa de la ignorancia de quienes los cuidan.

Muchos niños han sido arruinados para toda la vida, y algunos han muerto, como resultado del comportamiento imprudente de padres y maestros, al forzar el intelecto joven mientras descuidaban el lado físico de su naturaleza. Los niños eran demasiado pequeños para estar en un aula. Su mente fue recargada con lecciones cuando se las debiera haber dejado sin tarea hasta que la fortaleza física fuera la suficiente para sostener el esfuerzo mental. Los niños pequeños debieran ser tan libres como corderitos para corretear al aire libre. Se les debiera conceder las oportunidades más favorables para poner el cimiento de una constitución sana.

Los jóvenes que son mantenidos en el colegio, confinados a un estudio intenso, no pueden tener buena salud. El esfuerzo mental, sin el ejercicio físico correspondiente, atrae una proporción indebida de la sangre al cerebro, y así se desequilibra la circulación. El cerebro tiene demasiada sangre, mientras que las extremidades la tienen demasiado escasa. Las horas de estudio y de recreación debieran ser reglamentadas con cuidado, y una parte del tiempo debiera dedicarse al trabajo físico. Cuando los hábitos de los estudiantes, en cuanto a comer y beber, vestir y dormir, están de acuerdo con las leyes físicas [del organismo], pueden obtener una educación sin sacrificar la salud. Debe repetirse a menudo la lección, y grabada en la conciencia, de que la educación será de poco valor si no hay fortaleza física disponible para usar después de lograrla.

No debiera permitirse a los estudiantes llevar tantas materias para estudiar que no les quede tiempo para la educación física. No puede preservarse la salud a menos que una parte de cada día se dedique al esfuerzo muscular al aire libre. Debieran fijarse horas para algún tipo de trabajo manual, cualquiera que ponga en acción todas las partes del cuerpo. Equilíbrese la carga entre las facultades mentales y las físicas, y la mente del estudiante se refrescará. Si está

enfermo, a menudo el ejercicio físico ayudará al organismo a recobrar su estado normal. Cuando los estudiantes egresan del colegio debieran tener mejor salud y mejor comprensión de las leyes de la vida que cuando ingresaron. La salud debiera preservarse como algo sagrado en pie de igualdad con el carácter.

Muchos estudiantes son deplorablemente ignorantes del hecho de que el régimen alimentario ejerce una influencia poderosa sobre la salud. Muchos nunca han hecho un esfuerzo decidido para controlar el apetito, o para observar reglas apropiadas en cuanto al régimen. Comen en demasía, aun en horarios de comidas, y algunos comen entre horas en cualquier momento en que se presente la tentación. Si los que profesan ser cristianos desean resolver las preguntas que tanto los intrigan, como por qué su mente está tan embotada, o por qué sus aspiraciones religiosas son tan débiles, no necesitan buscar más lejos, en muchos casos, que la mesa; he aquí una causa de sobra, si es que no hubiera otra.

Muchos se alejan de Dios por complacer el apetito. El que nota cuando cae un gorrión, el que cuenta hasta los cabellos de la cabeza, nota el pecado de los que gratifican el apetito pervertido a expensas de debilitar las facultades físicas, embotar el intelecto y amortiguar las percepciones morales.

Los docentes mismos debieran dar la atención que corresponde a las leyes de la salud, para poder preservar sus propias facultades en la mejor condición posible y para, por medio tanto del ejemplo como del precepto, poder ejercer una influencia correcta sobre sus alumnos. El docente cuyas facultades físicas ya están debilitadas por la enfermedad o el exceso de trabajo debiera prestar especial atención a las leyes de la vida. Debiera tomarse tiempo para la recreación. No debiera aceptar responsabilidades fuera de su tarea académica que lo recarguen tanto, física o mentalmente, que su sistema nervioso quede desequilibrado, pues en tal caso no será apto para tratar con mentes, y no podrá hacer justicia a sí mismo o a sus alumnos.

Nuestras instituciones de enseñanza debieran contar con todas las facilidades para instruir con respecto al mecanismo del organismo humano. Debiera enseñarse a los alumnos cómo respirar, como leer [en voz alta] y hablar de tal manera que el esfuerzo no venga de la garganta o los pulmones, sino de los músculos abdominales. Los docentes necesitan educarse ellos mismos en este aspecto. Nuestros estudiantes debieran tener una educación completa, para poder entrar a la vida activa con un conocimiento inteligente de la habitación que Dios les dio. Enséñenles que deben ser estudiantes durante toda la vida. Y mientras les están enseñando, recuerden que ellos enseñarán a otros. Vuestras lecciones serán repetidas para beneficio de muchos más que quienes se sientan ante ustedes cada día.–*Christian Temperance and Bible Hygiene*, pp. 81-84 (1890).

19

Educación en el hogar

La obra de la madre es importante. Entre las preocupaciones hogareñas y los exigentes deberes de la vida diaria, ella debiera tratar de ejercer una influencia que será de bendición y dará elevación a su círculo familiar. En los hijos que se le han confiado, cada madre tiene una misión sagrada encomendada por el Padre celestial, y es su privilegio, mediante la gracia de Cristo, moldear su carácter según el modelo divino, para derramar sobre su vida una influencia que los acerque a Dios y al Cielo. Si las madres siempre se hubieran dado cuenta de su responsabilidad, y hubieran fijado como su primer propósito y más importante misión el capacitar a sus hijos para los deberes de esta vida y los honores de la futura vida inmortal, no veríamos la miseria que ahora vemos en tantos hogares en nuestro país. La obra de la madre es tal que requiere continuo progreso en su propia vida, con el fin de poder conducir a sus hijos a logros cada vez más y más altos. Pero Satanás traza sus planes para asegurarse el alma tanto de los padres como de los hijos. Arrastra a las madres lejos de los deberes del hogar y la cuidadosa educación de sus pequeños, atrayéndolas para servir al yo y al mundo. Se permite que la vanidad, la moda y los asuntos de menor importancia absorban la atención, y se descuida la educación física y moral de los preciosos hijos.

Si la madre hace de las costumbres y prácticas del mundo su criterio, no será apta para los deberes y responsabilidades que le tocan en suerte. Si la moda la tiene cautiva, debilitará sus capacidades de resistencia y hará de la vida una carga pesada en vez de una bendición. Por causa de la debilidad física puede dejar de apreciar el valor de las oportunidades que recibió, y su prole puede quedar librada a crecer sin el beneficio de su pensamiento, sus oraciones y su enseñanza diligente. Si las madres tan sólo pensaran en los maravillosos privilegios que Dios les dio, no se

desviarían tan fácilmente de sus sagrados deberes hacia los asuntos triviales del mundo.

La obra de la madre comienza con el bebé en sus brazos. A menudo he visto al pequeño arrojarse al suelo y gritar si su voluntad ha sido contrariada de algún modo. Este el momento de reprender al mal espíritu [Mat. 17:18]. El enemigo tratará de controlar la mente de nuestros hijos, pero ¿hemos de permitirle que los moldee de acuerdo con su voluntad? Los pequeñitos no pueden discernir qué espíritu está influyendo sobre ellos, y es el deber de los padres ejercer juicio y prudencia en lugar de ellos. Sus hábitos deben ser vigilados atentamente. Las malas tendencias deben ser refrenadas, y la mente estimulada en favor del bien. Debe animarse al niño en cada esfuerzo para gobernarse a sí mismo.

La regularidad debiera ser la regla en todos los hábitos de los niños. Las madres cometen un gran error al permitirles comer entre horas. El estómago queda desquiciado por esta práctica, y así se pone el cimiento para sufrimiento en el futuro. La inquietud de los niños pudo haber sido causada por alimento poco sano, todavía sin digerir; pero la madre cree que no tiene tiempo para razonar sobre el asunto y corregir su manejo pernicioso. Tampoco puede detenerse para calmar la impaciente preocupación de los niños. Da a los pequeños sufrientes un trozo de torta o algún otro manjar para calmarlos, pero eso sólo aumenta el mal. Algunas madres, en su ansiedad por realizar mucho trabajo, se ponen en tal prisa nerviosa que están más irritables que los hijos, y con reprensiones e incluso con golpes tratan de aterrorizarlos para que se queden quietos.

Las madres a menudo se quejan de la salud delicada de sus hijos, y consultan al médico, cuando, con sólo ejercer un poco de buen juicio, verían que el problema se origina por errores en el régimen alimentario.

Vivimos en una era de glotonería, y los hábitos en los cuales se educa a muchos jóvenes, incluso por parte de muchos adventistas del séptimo día, están en directa oposición a las leyes de la naturaleza. Una vez estuve sentada a la mesa con varios niños

menores de 12 años. Se sirvió carne en abundancia, y entonces una niña delicada, nerviosa, pidió encurtidos. Se le dio una botella de salsa picante, con el sabor ardiente de la mostaza y el olor punzante de las especias, de la cual se sirvió liberalmente. Era proverbial el temperamento nervioso e irritable de esta niña, y esos condimentos picantes estaban bien calculados para producir tal condición. El niño de mayor edad creía que no podía comer una comida sin carne, y mostraba gran insatisfacción, incluso falta de respeto, si no se le daba. La madre lo había consentido en sus gustos y disgustos hasta volverse poco menos que esclava de sus caprichos. A él no se le había provisto trabajo, y pasaba la mayor parte de su tiempo leyendo cosas inútiles o peor que inútiles. Se quejaba casi todo el tiempo de dolor de cabeza, y no disfrutaba de los alimentos sencillos.

Los padres debieran conseguir empleo para sus hijos. Nada será una fuente más segura de mal que la indolencia. El trabajo físico que produce un sano cansancio a los músculos provocará apetito por alimentos sencillos y saludables, y el joven que tiene una ocupación apropiada no se levantará de la mesa quejándose porque no ve ante él un plato de carne y diferentes manjares para tentar su apetito.

Jesús, el Hijo de Dios, al trabajar con sus manos en el oficio del carpintero, dio un ejemplo a todos los jóvenes. Que quienes desdeñan hacerse cargo de los deberes comunes de la vida recuerden que Jesús estaba sujeto a sus padres, y contribuía con su parte al sostén de la familia. Se veían pocos lujos en la mesa de José y María, porque estaban entre los pobres y humildes.

Los padres debieran ser ejemplo de sus hijos en el empleo del dinero. Hay quienes, tan pronto reciben dinero, lo gastan en manjares para comer, o en adornos innecesarios para las vestimentas, y cuando se reduce el dinero disponible sienten la necesidad de aquello que desperdiciaron. Si tienen ingresos abundantes, usan cada peso; si el ingreso es escaso y no les alcanza para los hábitos extravagantes que adquirieron, piden

prestado para satisfacer la demanda. Recolectan de toda fuente posible para llenar lo que se imaginan que son necesidades. Se vuelven deshonestos y mentirosos, y el registro que hay en los libros del Cielo bajo su nombre es tal que no les gustará verlo en el día del juicio. Desean gratificar la concupiscencia de sus ojos, complacer el antojo del apetito, y se mantienen en la pobreza por causa de su hábitos desprevenidos, cuando podrían haber aprendido a vivir dentro de sus medios. La extravagancia es uno de los pecados a los cuales la juventud es proclive. Desdeñan los hábitos de economía por temor a volverse avaros y tacaños. ¿Qué dirá a los tales Jesús, la majestad del Cielo que les dio un ejemplo de laboriosidad paciente y economía?

No es necesario especificar aquí cómo puede practicarse la economía en cada detalle. Aquellos cuyo corazón está plenamente entregado a Dios, y que toman su Palabra como guía, sabrán cómo conducirse en todos los deberes de la vida. Aprenderán de Jesús, quien es manso y humilde de corazón, y al cultivar la mansedumbre de Cristo cerrarán la puerta a innumerables tentaciones.

Estas personas no estarán buscando cómo gratificar el apetito y la pasión por la ostentación, cuando muchos no pueden excluir el hambre de sus hogares. La cantidad que se emplea diariamente en cosas innecesarias –con el pensamiento de que “Son sólo unos centavos” o de “Es sólo un peso”– parece pequeña; pero multipliquen esas pequeñeces por los días del año, y con el paso de los años las cifras parecerán casi increíbles.

El Señor ha tenido a bien presentarme los males que resultan de los hábitos derrochadores con el fin de poder amonestar a los padres para que enseñen a sus hijos estricta economía. Enséñenles que el dinero que se gasta en lo que no necesitan es una malversación respecto de su uso apropiado. El que es infiel en lo poco será infiel en lo mucho. Si los hombres son infieles con los bienes terrenales, no se les podrá confiar las riquezas eternas. Vigilen el apetito; enseñen a sus hijos por ejemplo y por precepto a utilizar un régimen alimentario sencillo. Enséñenles a ser

industriosos y no meramente ocupados, sino dedicados al trabajo útil. Busquen despertar las sensibilidades morales. Enséñenles que Dios tiene derechos sobre ellos, aun desde los primeros años de su niñez. Díganles que hay corrupción moral que enfrentar a cada paso, que necesitan ir a Jesús y entregarse a él en cuerpo y en espíritu, y que en él encontrarán fortaleza para resistir toda tentación. Mantengan presente ante su mente que no fueron creados meramente para agradarse a sí mismos, sino para ser agentes del Señor para propósitos nobles. Enséñenles a que cuando las tentaciones los insten a seguir sendas de complacencia egoísta, cuando Satanás esté buscando retirar a Dios de su vista, miren a Jesús y rueguen: “Sálvame, Señor, para no ser vencido”. En respuesta a sus oraciones, los ángeles se reunirán en torno a ellos y los guiarán por sendas seguras.

Cristo oró por sus discípulos no para que fuesen quitados del mundo, sino para que fuesen guardados del mal; para poder ser guardados de ceder a las tentaciones que se les presentaría a mano. Esta es una oración que debieran ofrecer cada padre y madre. ¿Pero suplicarán así a Dios en favor de sus hijos y luego les dejarán hacer lo que quieran? ¿Será que mimarán el apetito hasta que este consiga el dominio, y luego esperarán frenar a los niños? No; la temperancia y autocontrol se les debe enseñar desde la misma cuna. Sobre la madre debe descansar en gran medida la responsabilidad de esta obra. El lazo terrenal más tierno es el que existe entre madre e hijo. El niño es más fácilmente impresionable por la vida y el ejemplo de la madre que por la del padre, por causa de este poderoso y más tierno vínculo de unión. Sin embargo, la responsabilidad de la madre es pesada, y debería tener la ayuda constante del padre.

La intemperancia en comida y bebida, la intemperancia en el trabajo, la intemperancia en casi toda clase de cosas, existe a cada paso. Los que hacen grandes esfuerzos para realizar una cantidad determinada en un tiempo dado, y continúan trabajando cuando su juicio les dice que debieran descansar, nunca salen ganando. Están viviendo con capital prestado. Están gastando la fuerza vital que

necesitarán en un tiempo futuro. Y cuando la energía que han usado en forma tan irresponsable sea necesaria, fracasarán por no tenerla. La fortaleza física ha desaparecido, las facultades mentales fallan. Notan que hay una pérdida, pero no saben de qué se trata. Les ha llegado su hora de necesidad, pero sus recursos físicos están exhaustos. Todo el que viola las leyes de la salud deberá sufrir en mayor o menor medida en algún momento. Dios nos ha otorgado una fuerza constitucional que será necesaria en diferentes períodos de nuestra vida. Si agotamos en forma irresponsable esta fuerza al sobrecargarnos continuamente, en algún momento saldremos perdiendo. Disminuirá nuestra utilidad, si es que no se destruye nuestra vida misma.

Como regla general, el trabajo del día no debiera prolongarse en la velada. Si todas las horas del día son bien aprovechadas, el trabajo que se extiende a la noche es un extra, y el organismo sobrecargado sufrirá por la obligación que se le impone. Se me mostró que quienes hacen esto a menudo pierden más de lo que ganan, porque se agotan sus energías, y trabajan con excitación nerviosa. Puede que no noten ningún daño inmediato, pero con certeza están socavando su constitución física.

Que los padres y las madres devotos dediquen sus veladas a sus familias. Dejen de lado la preocupación y la perplejidad junto con las tareas del día. El esposo y padre ganaría mucho si tomara por regla no desfigurar la felicidad de la familia trayendo los problemas de su trabajo a su casa para tirarse de los cabellos y preocuparse. Puede necesitar el consejo de la esposa para los asuntos difíciles, y ambos pueden obtener alivio de su perplejidad al buscar juntos la sabiduría de Dios; pero mantener constantemente la mente en tensión por asuntos del trabajo dañará la salud tanto del cuerpo como de la mente.

Pásense las veladas en forma tan amena como sea posible. Sea el hogar un sitio donde existan la alegría, la cortesía y el amor. Esto lo hará atractivo a los niños. Si los padres están constantemente sacando prestadas hoy las preocupaciones del mañana, si son

irritables y criticones, los hijos participarán del mismo espíritu de insatisfacción y contienda, y la casa es el lugar más miserable del mundo. Los hijos encuentran más placer entre los extraños, en una compañía irresponsable, o en la calle, antes que en el hogar. Todo esto se podría evitar si se practicara la temperancia en todas las cosas, y se cultivara la paciencia. El autocontrol por parte de todos los miembros de la familia hará del hogar casi un paraíso. Hagan vuestras habitaciones tan alegres como sea posible. Encuentren los hijos que el hogar es el lugar más atractivo del mundo. Pongan a su alrededor tales influencias que no busquen compañeros en la calle, ni piensen en las guaridas del vicio sino con horror. Si la vida en la casa es lo que debiera ser, los hábitos formados allí serán una fuerte defensa contra los asaltos de la tentación cuando los jóvenes deban dejar el abrigo del hogar para salir al mundo.

¿Construimos nuestras casas para la felicidad de la familia, o meramente para la ostentación? ¿Proveemos habitaciones agradables y soleadas para los hijos, o las mantenemos oscuras y cerradas, reservándolas para extraños que no dependen de nosotros para ser felices? No hay tarea más noble que podamos hacer, no hay mayor beneficio que podamos brindar a la sociedad, que dar a nuestros hijos la educación apropiada, grabando en ellos, por precepto y por ejemplo, el principio importante de que la pureza de vida y la sinceridad de propósito son lo que mejor los calificará para desempeñar su parte en el mundo.

Nuestros hábitos artificiales nos privan de muchos privilegios y de mucho gozo, y nos incapacitan para ser útiles. Una vida a la moda es una vida dura e ingrata. Cuán a menudo se sacrifica tiempo, dinero y salud, se pone la paciencia a dura prueba y se pierde el dominio propio meramente por causa de la ostentación. Si los padres se atuvieran a la sencillez, sin permitirse gastos para complacer la vanidad y seguir la moda; si mantuvieran una noble independencia en lo correcto, sin dejarse influir por los que, aunque profesan ser cristianos, rehúsan tomar la cruz de la abnegación; entonces por medio de este mismo ejemplo darían a sus hijos una educación de valor incalculable. Los hijos se harían hombre y

mujeres de valía moral, y a su vez tendrían el coraje para erguirse valientemente en defensa de lo correcto, aunque vaya en contra de la corriente de la moda y la opinión pública.

Cada acto de los padres repercute en el futuro de los hijos. Al dedicar tiempo y dinero al adorno exterior y la gratificación del apetito pervertido están cultivando la vanidad, el egoísmo y la sensualidad en los hijos. Las madres se quejan de estar tan sobrecargadas con ocupaciones y tareas que no pueden tomarse tiempo para enseñar con paciencia a los pequeños, ni para simpatizar con ellos en sus desengaños y pruebas. Los corazones jóvenes anhelan simpatía y ternura, y si no la obtienen de sus padres las buscarán de otras fuentes que pueden poner en peligro tanto la mente como la moral. He oído a madres cuando rehusaban a sus hijos algún placer inocente, por falta de tiempo y de consideración, mientras sus ocupados dedos y sus cansados ojos se entregaban por completo a alguna inútil pieza de adorno, algo que sólo podría servir para alentar la vanidad y la extravagancia en los hijos. “Para el lado que se tuerce la rama se inclinará el árbol”. Cuando los hijos llegan a la adultez, esas lecciones producen fruto en orgullo e indignidad moral. Los padres deploran las faltas de los hijos, pero están ciegos al hecho de que sólo están cosechando del cultivo de la semilla que ellos mismos plantaron.

Ustedes, padres cristianos, asuman la tarea de su vida, y piensen en forma franca en las sagradas obligaciones que reposan sobre ustedes. Hagan de la Palabra de Dios vuestra norma, en vez de seguir las modas y costumbres del mundo, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida. La futura felicidad de vuestras familias y el bienestar de la sociedad dependen en gran medida de la educación física y moral que reciben vuestros hijos en los primeros años de su vida. Si sus gustos y hábitos son simples en todas las cosas como debieran ser, si la vestimenta está bien arreglada, sin adornos extras, las madres encontrarán tiempo para hacer felices a sus hijos y enseñarles a obedecer con amor.

No envíen a sus pequeños a la escuela demasiado temprano. La madre debiera ser cuidadosa de cómo confía el modelado de la mente infantil a otras manos. Los padres debieran ser los mejores maestros de sus hijos hasta que lleguen a los 8 o 10 años de edad. El aula para ellos debiera ser el estar al aire libre, entre las flores y los pájaros, y su libro de texto [debiera ser] los tesoros de la naturaleza. Tan pronto como la mente [de esos niños] pueda comprenderlo, los padres debieran abrir ante ellos el gran libro de Dios: la naturaleza. Esas lecciones, dadas en medio de tales ambientes, no serán olvidadas al poco tiempo. Grandes esfuerzos deben hacerse para preparar el suelo del corazón con el fin de que el Sembrador esparza la buena semilla. Si la mitad del tiempo y esfuerzo que ahora se malgasta (y peor que malgastar) en seguir las modas del mundo se dedicara al cultivo de la mente de los hijos, a la formación de hábitos correctos, sería evidente un cambio notable en las familias.

No hace mucho oí a una madre decir que quería ver una casa construida como corresponde; que los defectos en la distribución del espacio y las malas terminaciones de la carpintería eran cosas que la molestaban. No condeno el buen gusto en este aspecto, pero al escucharla lamenté que ese refinamiento no pudo llevarlo a sus métodos para manejar a sus hijos. Estos eran los edificios por cuya estructura ella era responsable; pero las maneras ásperas y descorteses de ellos, su naturaleza pasional y egoísta y su voluntad descontrolada, eran dolorosamente evidentes para todos. Por cierto, eran caracteres mal formados, piezas de humanidad que no hacían juego, pero la madre estaba ciega a todo eso. Para ella la distribución de espacio en su casa era más importante que la simetría del carácter de sus hijos.

El aseo y el orden son deberes cristianos, pero aun estos pueden ser llevados demasiado lejos, y transformados en la única cosa indispensable, mientras se descuidan asuntos de mayor importancia. Los que descuidan los intereses de los hijos para atender aquellas consideraciones están diezmando la menta y el

comino, mientras pasan por alto los asuntos de mayor peso de la ley: la justicia, la misericordia y el amor de Dios.

Los niños más consentidos se vuelven obstinados, coléricos y desagradables. Ojalá los padres pudieran darse cuenta de que su felicidad y la de sus hijos dependen de educarlos a una temprana edad con buen juicio. ¿Quiénes son estos pequeños que han sido encomendados a nuestro cuidado? Son los miembros más jóvenes de la familia del Señor. Él nos dice: “Toma este hijo, esta hija, cuídamelos y capacítalos para que sean ‘como esquinas labradas cual las de un palacio’ [Sal. 144:12], para que puedan brillar en las cortes del Señor”. ¡Qué obra preciosa! ¡Qué obra importante! Y sin embargo vemos madres que suspiran por un campo de labor más amplio, por algún trabajo como misioneras. Si sólo pudieran ir al África o a la India, sentirían que están haciendo algo. Pero hacerse cargo de los pequeños deberes diarios de la vida, y desempeñarlos con fidelidad y perseverancia, les parece algo sin importancia. ¿Por qué esto es así? ¿No será porque la obra de una madre es tan raras veces apreciada? Tiene mil preocupaciones y cargas de las cuales el padre pocas veces tiene algún conocimiento. Demasiado a menudo vuelve él a casa trayendo sus preocupaciones y perplejidades del trabajo con las cuales proyecta sombra sobre la familia, y si en su casa no encuentra todo como lo quería, da expresión a sus sentimientos con impaciencia y espíritu de crítica. Él puede jactarse de lo que logró durante el día, pero el trabajo de la madre, a su entender, equivale a poco; o, como mínimo, es infravalorado. A él las preocupaciones de ella le parecen triviales. Ella sólo tiene que cocinar las comidas, cuidar de los niños (a veces una gran familia de ellos) y mantener en orden la casa. Ella trató, a lo largo de todo el día, de mantener la maquinaria del hogar funcionando suavemente. Trató, a pesar de estar cansada y perpleja, de hablar con amabilidad y optimismo, y enseñar a los niños y mantenerlos en la buena senda. Todo esto requirió esfuerzo, y mucha paciencia de su parte. Ella no puede jactarse como él de lo que hizo. Le da la impresión de que no logró nada. Pero no es así. Aunque los resultados de su trabajo no salten a la vista, los ángeles del Cielo observan a la madre consumida por sus preocupaciones,

tomando nota de las cargas que soporta de día en día. Puede que su nombre nunca aparezca en los registros de la historia, ni reciba el honor y aplauso del mundo, como puede recibirlos el marido y padre, pero sí está inmortalizado en el libro de Dios. Está haciendo lo que puede, y su condición a la vista de Dios es más exaltada que la de un rey en su trono, porque está tratando con caracteres, está forjando mentes.

Las madres del día de hoy están forjando la sociedad del futuro. ¡Cuán importante es que sus hijos sean criados de manera tal que sean capaces de resistir las tentaciones que los confrontarán a cada paso en su vida posterior!

Cualquiera que sea su profesión y sus perplejidades, lleve el padre a su casa el mismo rostro sonriente y tono agradable con los cuales todo el día saludó a visitantes y extraños. Que la esposa sienta que puede contar con los grandes afectos de su esposo como refugio: que los brazos de él la fortalecerán y sostendrán a través de todas sus faenas y preocupaciones, que la influencia de él sustentará la de ella; entonces el peso de la carga de ella se reducirá a la mitad. ¿Acaso los hijos no son tanto de él como de ella?

Que el padre trate de aligerar la tarea de la madre. En el tiempo que podría dedicar a un goce egoísta del ocio, busque conocer a sus hijos: reúnase con ellos en sus juegos, en sus trabajos. Hágales notar las hermosas flores, los majestuosos árboles, en cuyas hojas se ven las señales de la obra y amor de Dios. Debiera enseñarles que el Dios que hizo todas esas cosas ama lo hermoso y lo bueno. Cristo llamó la atención de sus discípulos a los lirios del campo y las aves del cielo, demostrando cuánto le importan a Dios, y lo presentó como evidencia de que cuidará del hombre, quien es de mayor consecuencia que las aves o las flores. Digan a los niños que no importa cuánto tiempo desperdiciemos en tratar de exhibirnos, nuestra apariencia nunca podrá compararse, en gracia y belleza, con la de las más sencillas flores del campo. De ese modo la mente de los hijos podrá ser apartada de lo artificial y atraída hacia lo natural. Pueden aprender que Dios les ha dado todas esas cosas

bellas para que las disfruten, y que desea que ellos le den los mejores y más santos afectos del corazón.

Los padres debieran tratar de despertar en sus hijos interés en el estudio de la fisiología. Los jóvenes necesitan que se les enseñe sobre sus propios cuerpos. No hay sino pocos entre los jóvenes que tengan algún conocimiento definido de los misterios de la vida. El estudio del maravilloso organismo humano, la interrelación y dependencia de todas sus complicadas partes, es algo en el que la mayoría de las madres ponen poco interés o ninguno. No entienden la influencia del cuerpo sobre la mente o de la mente sobre el cuerpo. Se ocupan en nimiedades innecesarias, y entonces alegan que no tienen tiempo para obtener la información que necesitan con el fin de cuidar como corresponde la salud de sus hijos. Es menos problema confiárselos a los doctores. Miles de niños mueren por causa de la ignorancia sobre las leyes de su ser.

Si los padres obtuvieran ellos mismos conocimientos sobre este tema y sintieran la importancia de ponerlo en uso práctico, veríamos una mejor condición de las cosas. Enseñen a sus hijos a razonar de causa a efecto. Muéstrenles que si violan las leyes de su ser habrán de pagar la pena sufriendo. Si no puede apreciarse una mejoría tan rápida como la desean, no se desanimen, sino enséñenles con paciencia y prosigan hasta conseguir la victoria. Continúen enseñándoles sobre sus propios cuerpos y cómo cuidarlos. Ser irresponsables en cuanto a la salud corporal tiende a la irresponsabilidad en lo moral.

No descuiden enseñar a sus hijos cómo preparar alimentos saludables. Al darles estas lecciones en fisiología y en buena cocina les están dando los primeros pasos en algunos de los ramos más útiles de la educación, e inculcándoles principios que son elementos necesarios en la educación religiosa.

Todas las lecciones de las que hablé en este artículo son necesarias. Si se les presta la debida atención serán como un baluarte que protegerá a los niños de los males que están inundando el mundo. Queremos temperancia en nuestras mesas.

Queremos casas donde la luz solar que da Dios y el aire puro del cielo sean bienvenidos. Queremos una influencia alegre y feliz en nuestros hogares. Debemos cultivar hábitos útiles en nuestros hijos, y debemos instruirlos en las cosas de Dios. Tiene un costo hacer todo esto. Cuesta oraciones y lágrimas, y enseñanza paciente repetida a menudo. A veces estamos desconcertados sin saber qué hacer, pero podemos llevar a nuestros hijos a Dios en nuestras oraciones, rogando que se los guarde del mal, implorando: “Ahora, Señor, haz tu obra; ablanda y subyuga el corazón de nuestros hijos”, y él nos oirá. Atiende las súplicas de las madres llorosas y consumidas por la preocupación. Cuando Cristo estaba sobre la Tierra, las sobrecargadas madres traían a él sus hijos; pensaban que si él les imponía las manos, ellas tendrían más ánimo para criarlos como se debe. El Salvador sabía por qué venían esas madres a él con sus pequeños, y reprendió a los discípulos, quienes querían mantenerlas a distancia, diciendo: “Dejad a los niños venir a mí y no se los impidáis, porque de los tales es el reino de Dios” [Mar. 10:14]. Jesús ama a los pequeños, y está atento para ver cómo están haciendo su labor los padres.

La iniquidad abunda a cada paso, y si los niños han de ser salvos, habrá que realizar esfuerzos fervientes, perseverantes. Cristo dijo: “Yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados” [Juan 17:19]. Quería que sus discípulos se santificaran, y se hizo a sí mismo su ejemplo para que pudieran seguirlo. ¿Qué ocurriría si los padres y las madres tomaran la misma posición y cada uno dijera: “Quiero que mis hijos tengan principios firmes, y les voy a dar un ejemplo de eso en mi vida”? Que la madre no piense que algún sacrificio es demasiado grande, si lo hace para la salvación de su familia. Y recuerden: Jesús dio su vida con el propósito de rescatarlos a ustedes y a los vuestros de la perdición. Tendrán la simpatía y auxilio de él en esta bendita tarea, y serán colaboradores con Dios.

En cualquier otra cosa podemos fracasar, seamos efectivos en la obra por nuestros hijos. Si de la educación que se les da en el hogar salen puros y virtuosos, si ocupan el lugar menor y más humilde en

el gran plan de Dios para el bien del mundo, la obra de nuestra vida jamás será llamada un fracaso.–*Christian Temperance and Bible Hygiene*, pp. 60-72 (1890).

20

Ebrios mentales

¿Qué debieran leer nuestros hijos? Es una pregunta seria que requiere una respuesta seria. Me preocupa ver, en familias cristianas, periódicos y diarios que contienen relatos seriados que no dejan una impresión para bien en la mente. He observado a aquellos cuyo gusto por la ficción ha sido cultivado así. Tuvieron el privilegio de escuchar las verdades de la Palabra de Dios, o de familiarizarse con las razones de nuestra fe; pero crecieron hasta los años de la adultez carentes de verdadera piedad. Esos queridos jóvenes necesitan muchísimo poner en la construcción de su carácter el mejor material de todos: el amor y temor de Dios y el conocimiento de Cristo. Pero muchos no tienen una comprensión inteligente de la verdad tal como es en Jesús. Se da un banquete a la mente con relatos sensacionalistas. Viven en un mundo irreal y están incapacitados para los deberes prácticos de la vida. He observado a niños a quienes se les permitió criarse de esta manera. Ya sea que estén en su casa o afuera, están inquietos o soñadores, y son incapaces de conversar excepto sobre los temas más vulgares. Las facultades más nobles, las adaptadas para las empresas más elevadas, han sido degradadas por la contemplación de tópicos triviales o malos, hasta que su dueño se satisface con ellos y difícilmente tenga el poder para alcanzar algo más elevado. El pensamiento y la conversación sobre religión se les torna desagradable. El alimento mental por el cual han adquirido gusto es de efectos contaminantes, y lleva a pensamientos impuros y sensuales. Tengo sincera compasión por esas almas al considerar cuánto se están perdiendo al descuidar oportunidades de obtener un conocimiento de Cristo, en quien se centran nuestras esperanzas de vida eterna. Cuánto tiempo precioso desperdiciado, en el cual pudo haberse estudiado al Modelo de verdadera bondad.

Conozco personalmente a algunos que perdieron el tono saludable de su mente debido a hábitos incorrectos de lectura. Pasan por la vida con una imaginación enfermiza, exagerando cada pequeño motivo de queja. Cosas que una mente sana, sensata, ni notaría, se convierten para ellos en pruebas insoportables u obstáculos insuperables. Para ellos la vida está en constantes sombras.

Quienes adquirieron el hábito de devorar relatos excitantes están paralizando su fortaleza mental, e incapacitándose para pensar e investigar en forma vigorosa. Hoy hay hombres y mujeres en el ocaso de su vida que nunca se recuperaron de los efectos de la lectura intemperante. El hábito, formado en sus primeros años, ha crecido al crecer ellos y se ha fortalecido al fortalecerse ellos; y sus esfuerzos por vencerlo, aunque fueron resueltos, han tenido éxito sólo parcialmente. Muchos no han recuperado nunca el vigor original de su mente. Todos los intentos de ser cristianos practicantes terminan sólo en buenos deseos. No pueden ser semejantes a Cristo verdaderamente, y continúan alimentando la mente con esta clase de literatura. Y el efecto físico no es menos desastroso. El sistema nervioso está innecesariamente recargado con esta pasión por la lectura. En algunos casos los jóvenes, y hasta los de edad madura, han sufrido parálisis sin otra causa que excesos en la lectura. Se mantuvo la mente bajo constante excitación hasta que la delicada maquinaria del cerebro se debilitó tanto que no pudo actuar, y la parálisis fue el resultado.

Cuando se cultiva un apetito por relatos excitantes, sensacionalistas, se pervierte el gusto moral, y la mente queda insatisfecha a menos que se la alimente constantemente con esta comida basura, insalubre. He visto a jovencitas, profesas seguidoras de Cristo, que no estaban realmente felices a menos que tuvieran a mano alguna nueva novela o libro de relatos. La mente ansiaba el estímulo así como el ebrio ansía la bebida intoxicante. Estas jóvenes no manifestaban ningún espíritu devocional; no derramaban luz celestial sobre sus compañeras para llevarlas a la fuente del conocimiento. No tenían una experiencia religiosa profunda. Si no hubiera estado esta clase de lectura constantemente ante ellas,

podría haber alguna esperanza de reforma; pero la ansiaban, y tenían que conseguirla.

Me duele ver a jóvenes de ambos sexos arruinando así su utilidad en esta vida y privándose de obtener una experiencia que los prepare para una vida eterna en la sociedad celestial. No podemos encontrar un calificativo más apto para ellos que “ebrios mentales”.

Los hábitos intemperantes de lectura ejercen una influencia perniciosa sobre el cerebro con tanta seguridad como la intemperancia en el comer y el beber.

La mejor manera de impedir la plaga del mal es ocupar el suelo de antemano. Hace falta el mayor cuidado y vigilancia para cultivar la mente y sembrar en ella las preciosas semillas de la verdad bíblica. El Señor, en su gran misericordia, nos reveló en las Escrituras las reglas de la vida santa. Nos dice los pecados a evitar; nos explica el plan de salvación e indica el camino al Cielo. Inspiró a los santos hombres de Dios a registrar, para nuestro beneficio, enseñanzas sobre los peligros que acechan en la senda y cómo eludirlos. Los que obedecen su exhortación a escudriñar las Escrituras no ignorarán esas cosas. Entre los peligros de los últimos días, todo miembro de iglesia debiera entender las razones para su esperanza y fe; razones que no son difíciles de comprender. Hay suficiente como para ocupar la mente, se queremos crecer en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo.

Aunque somos seres finitos, podemos tener un sentido de lo infinito. Debe ejercitarse la mente para contemplar a Dios y su maravilloso plan de salvación. El alma se elevará así por encima de lo meramente terreno y vulgar, y se fijará sobre los que es ennoblecedor y eterno. El pensamiento de que estamos en el mundo de Dios, en la presencia del gran Creador del universo, quien hizo al hombre a su imagen y semejanza, llevará la mente a campos de meditación amplios y elevados. El pensamiento de que el ojo de Dios nos observa, que nos ama y nos cuida tanto que dio a su amadísimo Hijo para redimirnos, para que no perezcamos miserablemente, es algo grandioso; y el que abre su corazón a la

aceptación y contemplación de temas como este, nunca se satisfará con temas triviales y sensacionalistas.

Si se estudiara la Biblia como se debe, los hombres serían de intelecto fuerte. Los temas tratados en la Palabra de Dios, la digna sencillez de su expresión, los nobles temas que presenta a la mente, desarrollan facultades que no pueden desarrollarse de otro modo. En la Biblia se abre un campo ilimitado a la imaginación. El estudiante saldrá de la contemplación de sus grandes temas, de la compañía con sus majestuosas imágenes, más puro y elevado en pensamiento y sentimiento que si hubiera ocupado su tiempo en leer cualquier obra de origen meramente humano, por no hablar de las de carácter trivial. Las mentes juveniles no alcanzan su desarrollo más noble por descuidar la fuente más alta de sabiduría: la Palabra de Dios. La razón por la cual tenemos tan pocos hombres de buena mente, de estabilidad y sólida valía, es que no temen a Dios, no aman a Dios, no practican en la vida los principios de la religión como debieran.

Dios desea que utilicemos todo medio de cultivar y fortalecer nuestras facultades intelectuales. Fuimos creados para una existencia más elevada y noble que nuestra vida actual. Este tiempo es de preparación para la futura vida inmortal. ¿Dónde pueden encontrarse temas más grandiosos para la contemplación, un tópico más interesante para pensar, que en la sublimes verdades que expone la Biblia? Esas verdades realizarán una obra poderosa en la persona, con que sólo siga lo que enseñan. Pero ¡cuán poco se estudia la Biblia! Toda cosa sin importancia es objeto de atención antes que los temas bíblicos. Si se leyera más la Biblia, si se entendieran mejor sus verdades, seríamos un pueblo más esclarecido e inteligente. Los ángeles del mundo de luz se paran junto al buscador ferviente de la verdad para impresionar e iluminar su mente. La persona de entendimiento oscurecido puede hallar luz familiarizándose con las Escrituras.–*Christian Temperance and Bible Hygiene*, pp. 123-126 (1890).

LECTURAS ADICIONALES

- *Patriarcas y profetas*, pp. 102-109 (1890), “La semana literal”.
- *Patriarcas y profetas*, pp. 642-652 (1890), “Las escuelas de los profetas”.
- *Review and Herald*, 31 de marzo de 1891, “Teach by Precept and Example” [Enseñar por precepto y por ejemplo].
- *Review and Herald*, 15 de septiembre de 1891, “The Mother’s Work” [La obra de la madre].
- *El camino a Cristo*, pp. 72-78 (1892), “Cómo conocer a Dios”.

21

Los libros en nuestras escuelas y colegios

En la obra de educar a la juventud en nuestros colegios sería un asunto difícil retener la influencia del Espíritu Santo de Dios y al mismo tiempo aferrarnos a principios erróneos. La luz que alumbra a los que tienen ojos para ver no puede mezclarse con la oscuridad de la herejía y el error que se encuentra en muchos de los textos recomendados a los estudiantes de nuestros colegios superiores. Tanto los docentes como los alumnos han creído que, para obtener una educación, era necesario estudiar las producciones de autores que enseñan ateísmo porque sus obras contienen algunas gemas brillantes del pensamiento. Pero ¿quién fue el originador de esas gemas del pensamiento? Fue Dios y nadie más que Dios, porque él es la fuente de toda luz. ¿No se encuentran en las páginas de las Santas Escrituras todas las cosas esenciales para la salud y crecimiento de la naturaleza espiritual y moral? ¿No es Cristo nuestra cabeza viviente? ¿Acaso no debemos crecer en él hasta la estatura plena de hombres y mujeres? ¿Puede una fuente impura manar aguas dulces? ¿Por qué habríamos de chapotear a través de una masa de errores contenidos en las obras de los paganos e incrédulos, en aras de obtener el beneficio de unas pocas verdades intelectuales, cuando toda la verdad está a nuestra disposición?

Nada bueno puede realizar el hombre sin Dios. Él es el originador de todo rayo de luz que atravesó las tinieblas del mundo. Todo lo que es de valor viene de Dios, y a él le pertenece. Hay una razón por la cual los agentes del enemigo a veces exhiben notable sabiduría. Satanás mismo fue educado y disciplinado en las cortes celestiales, y tiene un conocimiento tanto del bien como del mal. Mezcla lo precioso con lo vil, y esto es lo que le da su poder para engañar a los hijos de los hombres. Pero porque Satanás haya robado las provisiones del Cielo con el fin de ejercer influencia en sus dominios usurpados, los que moraban en tinieblas y vieron gran

luz, ¿harán a un lado la luz para recomendar las tinieblas? Quienes conocen los oráculos de Dios, ¿recomendarán a los alumnos estudiar los libros que expresan sentimientos paganos o incrédulos con el fin de llegar a ser más inteligentes? Satanás tiene sus agentes –educados de acuerdo con sus métodos, inspirados por su espíritu y adaptados para sus obras–, pero ¿vamos a cooperar con ellos? Como cristianos, ¿vamos a recomendar como valiosas las obras de sus agentes, o aun esenciales para conseguir una educación?

El Señor indicó que debieran establecerse escuelas entre nosotros con el fin de poder obtenerse el conocimiento verdadero. Ningún docente en nuestras escuelas debiera sugerir la idea de que es esencial, para tener la disciplina atinente, estudiar los libros de texto que expresan sentimientos paganos o incrédulos. Los estudiantes que reciben tal educación no son competentes para ser a su vez educadores, porque están llenos de los sutiles sofismas del enemigo. El estudio de las obras que expresan de cualquier forma sentimientos incrédulos es como manipular trozos de carbón, porque una persona no puede quedar sin mancha al pensar en línea con el escepticismo. Al ir a tales fuentes en busca de conocimiento, ¿no estamos dejando la nieve del Líbano para beber el agua turbia del fondo del valle?

Los hombres que se alejan del conocimiento de Dios han colocado su mente bajo el control de Satanás, su amo, y él los instruye para que sean sus siervos. Cuantas menos producciones que expresan opiniones incrédulas les sean presentadas a los jóvenes, tanto mejor. Los ángeles malvados están siempre alertas para poder exaltar ante la mente de los jóvenes aquello que les hará daño, y a medida que se leen libros que expresan sentimientos incrédulos y paganos, estos agentes invisibles del mal buscan imprimir en los que los estudian el espíritu de cuestionamiento e incredulidad. Los que beben de estos canales contaminados no tienen sed de las aguas de vida, porque se satisfacen en las cisternas rotas del mundo. Piensan que tienen los tesoros del conocimiento, cuando están atesorando sólo madera, heno y hojarasca, que no vale la

pena conseguir ni vale la pena guardar. Su autoestima, su idea de que un conocimiento superficial de las cosas constituye una educación, los hace jactanciosos y satisfechos de sí mismos, cuando son, como los fariseos, ignorantes de la Escritura y del poder de Dios.

¡Ojalá nuestros jóvenes atesoraran el conocimiento imperecedero que pueden llevar con ellos a la futura vida inmortal, ese conocimiento representado como oro, plata y piedras preciosas! La clase de educadores y de estudiantes que se creen sabios no saben nada como debe saberse. Necesitan aprender mansedumbre y humildad en la escuela de Cristo para poder estimar en alto grado lo que el Cielo considera excelente. Los que reciben una educación valiosa, la que perdurará tanto como la eternidad, no serán considerados las personas mejor educadas del mundo. Pero las Escrituras declaran que “el temor de Jehová es el principio de la sabiduría” [Prov. 9:10]. Este tipo de conocimiento está por debajo de la norma a ojos del mundo, y sin embargo es esencial para todo joven hacerse sabio en las Escrituras si quiere tener vida eterna. El apóstol dice: “Toda Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” [2 Tim. 3:16, 17]. Esto es bien amplio. Que todos busquen comprender, en toda la plena extensión de sus facultades, el significado de la Palabra de Dios. Una mera lectura superficial de la Palabra inspirada será de poco provecho, porque cada declaración que se hace en las páginas sagradas requiere contemplación reflexiva. Es cierto que algunos pasajes no requieren tanta concentración como otros, porque su significado es más evidente. Pero el estudioso de la Palabra de Dios debiera busca comprender la relación de un pasaje con otro hasta que aparezca ante su vista la cadena de la verdad. Así como las vetas de mineral precioso están ocultas debajo de la superficie de la tierra, así también las riquezas espirituales están ocultas en cada pasaje de las Santas Escrituras, y requiere esfuerzo mental y atención unida a la plegaria para descubrir el sentido oculto de la Palabra de Dios. Que todo estudiante que valore el tesoro celestial ejercite al máximo

sus facultades mentales y espirituales, y hunda el socavón bien profundamente en la mina de la verdad para poder obtener el oro celestial: esa sabiduría que lo hará sabio para la salvación.

Si la mitad de celo que se manifiesta para comprender las ideas brillantes de los incrédulos se manifestara en el estudio del plan de salvación, millares que hoy están en tinieblas serían atraídos por la sabiduría, pureza y elevación de lo que preparó Dios para nuestro beneficio; serían elevados y apartados del nivel en que se hallan con asombro y estupefacción ante el amor y condescendencia de Dios al dar a su Hijo unigénito en favor de una raza caída. ¿Cómo es que muchos se satisfacen al beber de las aguas turbias que corren por el tenebroso valle, cuando podrían refrigerar su alma con las corrientes puras de las montañas? Pregunta el profeta: “¿Faltará la nieve de las rocas de las montañas del Líbano? ¿Faltarán las aguas frías que fluyen de lejanas tierras?”, y el Señor contesta: “¡Mi pueblo me ha olvidado, quemando incienso a lo que es vanidad! Ha tropezado en sus caminos, en las sendas antiguas” [Jer. 18:14, 15].

Es un hecho triste que hombres a quienes se les confió preciosas capacidades, para ser empleadas en el servicio de Dios, prostituyeron sus facultades al servicio del mal y pusieron sus talentos a los pies del enemigo. Se sometieron en la esclavitud más servil al príncipe del mal, mientras rechazaban el servicio de Cristo como humillante e indeseable. Consideraron la obra de seguidor de Cristo como una obra por debajo de su ambición, obra que requería descender de su grandeza, y como una especie de esclavitud que encadenaría sus facultades y angostaría el círculo de su influencia. El Ser que hizo el sacrificio infinito para que pudieran ser liberados del cautiverio del mal fue puesto a un lado como indigno de sus mejores esfuerzos y su más exaltado servicio.

Esos hombres habían recibido sus talentos de Dios, y toda joya de pensamiento por la cual habían sido considerados dignos de la atención de los eruditos y pensadores no les pertenecía a ellos sino al Dios de toda sabiduría, a quien no reconocieron. Por medio de la tradición, a través de una falsa educación, se exalta a estos

hombres como los educadores del mundo, pero al ir a ellos los estudiantes corren peligro de aceptar lo vil junto con lo precioso, pues la superstición, los sofismas y el error están mezclados con porciones de filosofía y enseñanza genuinas. Esta mezcla constituye una poción venenosa para el alma: destruye la fe en el Dios de toda verdad. Los que tienen sed de conocimiento no necesitan acudir a estas fuentes contaminadas, porque se los invita a la fuente de vida para beber gratuitamente. Mediante la investigación de la Palabra de Dios pueden encontrar el tesoro escondido de la verdad que ha estado por largo tiempo sepultado bajo la hojarasca del error, las tradiciones humanas y las opiniones de los hombres.

La Biblia es la gran educadora, porque no es posible estudiar con oración sus sagradas páginas sin que el intelecto sea disciplinado, ennoblecido, purificado y refinado. “Así ha dicho Jehová: ‘No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábese en esto el que haya de alabar: en entenderme y conocerme, que yo soy Jehová, que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra, porque estas cosas me agradan, dice Jehová’. Vienen días, dice Jehová, en que castigaré a todo circuncidado, a todo incircunciso” [Jer. 9:23-25].

Los que pretenden ser cristianos, los que profesan creer la verdad, y sin embargo beben de las aguas contaminadas del escepticismo, y por precepto y ejemplo hacen apartar a otros de las frías aguas de la nieve del Líbano, son necios, aunque profesen ser sabios. “Oíd la palabra que Jehová ha hablado sobre vosotros, casa de Israel. Así ha dicho Jehová: ‘No aprendáis el camino de las naciones, ni tengáis temor de las señales del cielo, aunque las naciones las teman...’ Mas Jehová es el Dios verdadero: él es el Dios vivo y el Rey eterno; ante su ira tiembla la tierra, y las naciones no pueden sufrir su indignación. Les diréis esto: ‘Los dioses, que no hicieron los cielos ni la tierra, desaparezcan de la tierra y de debajo de los cielos’. El que hizo con su poder la tierra, con su saber puso en orden el mundo y con su sabiduría extendió los cielos. A su voz se produce un tumulto de aguas en el cielo; él hace subir las nubes del extremo de la tierra, trae los relámpagos con la lluvia y saca el

viento de sus depósitos. Todo hombre se embrutece, le falta conocimiento; se avergüenza de su ídolo todo fundidor, porque mentirosa es su obra de fundición y no hay espíritu en ella. Vanidad son, obra vana; en el tiempo de su castigo perecerán. No es así la porción de Jacob, porque él es el Hacedor de todo, e Israel es la vara de su heredad. ¡Jehová de los ejércitos es su nombre!" [Jer. 10:1, 2, 10-16].

"Así ha dicho Jehová: '¡Maldito aquel que confía en el hombre, que pone su confianza en la fuerza humana, mientras su corazón se aparta de Jehová! Será como la retama en el desierto, y no verá cuando llegue el bien, sino que morará en los sequedales en el desierto, en tierra despoblada y deshabitada. ¡Bendito el hombre que confía en Jehová, cuya confianza está puesta en Jehová!, porque será como el árbol plantado junto a las aguas, que junto a la corriente echará sus raíces. No temerá cuando llegue el calor, sino que su hoja estará verde. En el año de sequía no se inquietará ni dejará de dar fruto...' ¡Jehová, esperanza de Israel!, todos los que te dejan serán avergonzados, y los que se apartan de ti serán inscritos en el polvo, porque dejaron a Jehová, manantial de aguas vivas. Sáname, Jehová, y quedaré sano; sálvame, y seré salvo, porque tú eres mi alabanza" [Jer. 17:5-8, 13, 14].

Que los creyentes en la verdad para este tiempo se aparten de los autores que enseñan escepticismo. Que las obras de los escépticos no aparezcan en los estantes de vuestras bibliotecas, donde vuestros hijos puedan tener acceso a ellas. Que quienes han gustado la buena Palabra de Dios, y los poderes del mundo venidero, no consideren ya un rasgo esencial de la buena educación tener conocimiento de los escritos de los que niegan la existencia de Dios y derraman desdén sobre su Santa Palabra. No hagan lugar a los agentes de Satanás, ya que no hay nada por lo cual vindicar sus acciones; no puede cosa limpia salir de lo inmundo.–*Review and Herald*, 10 de noviembre de 1891.

22

El maestro de verdad, único educador digno de confianza

Hay dos clases de educadores en el mundo. Una es la de los docentes a quienes Dios pone como canales de luz, y la otra es la de los que Satanás usa como sus agentes, los sabios para hacer el mal. Una clase contempla el carácter de Dios y crece en el conocimiento de Jesús, a quien Dios envió al mundo. Esta clase se da por entero a las cosas que traen iluminación y sabiduría celestiales para la elevación del alma. Toda capacidad de su naturaleza está sometida a Dios, y sus pensamientos son llevados cautivos a Cristo [*cf.* 2 Cor. 10:5]. La otra clase está aliada con el príncipe de las tinieblas, quien está siempre alerta con el fin de poder encontrar ocasión para enseñar a otros el conocimiento del mal. Si se le da lugar, no tardará en abrirse paso hasta el corazón y la mente.

Hay una gran necesidad de elevar la norma de rectitud en nuestros colegios, para dar enseñanza de acuerdo con el modelo de Dios. Si Cristo entrara a nuestras instituciones para educar a los jóvenes, las purificaría como purificó el templo, proscribiendo muchas cosas que tienen una influencia contaminante. Muchos de los libros que estudian los jóvenes serían expulsados, y remplazados por otros que inculcan conocimiento sustancial y abundan en sentimientos que pueden atesorarse en el corazón, con preceptos aptos para gobernar la conducta. ¿Es acaso el propósito del Señor que se mantengan ante la mente de nuestros jóvenes y niños los falsos principios, falsos razonamientos y sofismas de Satanás? ¿Han de presentarse a nuestros estudiantes pensamientos paganos e incrédulos como agregados de valor al acervo de sus conocimientos? Las obras del escéptico más intelectual son obras de una mente prostituida al servicio del enemigo, y quienes

pretenden ser reformadores [educacionales], que buscan conducir a niños y jóvenes por el camino correcto, por la senda a transitar [Jer. 18:15], ¿imaginan que Dios se agradará de tenerlos presentando a la juventud lo que representa mal su carácter, lo que lo coloca en una luz falsa ante los jóvenes? ¿Deben defenderse como dignos de la atención de los estudiantes las opiniones de los incrédulos, expresiones de hombres disolutos, [sólo] porque son las producciones de hombres a quienes el mundo admira como grandes pensadores? Los que profesan creer en Dios, ¿recogerán de esos autores no santificados sus opiniones y expresiones, y los atesorarán como si fueran joyas preciosas que deben ser almacenadas entre las riquezas de la mente? Dios no lo permita.

El Señor les concedió dones intelectuales inapreciables a esos hombres a quienes el mundo admira; los dotó con una mente magistral; pero no la usaron para gloria de Dios. Se separaron de Dios como lo hizo Satanás; pero aunque separados, retuvieron muchas de las preciosas joyas de verdad que Dios les había entregado, y las colocaron en un marco de error para dar lustre a sus propios pensamientos humanos, para hacer atractivas las declaraciones inspiradas por el príncipe del mal. Es verdad que en los escritos de paganos e incrédulos se encuentran pensamientos de carácter elevado, atractivos a la mente. Pero eso tiene una explicación. ¿No era acaso Satanás el lucero, el que compartía la gloria de Dios en el Cielo, el siguiente después de Jesús en poder y majestad? En las palabras de la inspiración se lo describe como el “sello de la perfección, lleno de sabiduría, y de acabada hermosura”. Dice el profeta: “En Edén, en el huerto de Dios, estuviste. De toda piedra preciosa era tu vestidura... Tú, querubín grande, protector, yo te puse en el santo monte de Dios. Allí estuviste, y en medio de las piedras de fuego te paseabas. Perfecto eras en todos tus caminos desde el día en que fuiste creado hasta que se halló en ti maldad... Se enalteció tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu esplendor; yo te arrojaré por tierra, y delante de los reyes te pondré por espectáculo. Con tus muchas maldades y con la iniquidad de tus tratos comerciales profanaste tu santuario; yo, pues, saqué fuego de en medio de ti, el cual te consumió, y te

puse en ceniza sobre la tierra ante los ojos de todos los que te miran. Todos los que te conocieron de entre los pueblos se quedarán atónitos por causa tuya; serás objeto de espanto, y para siempre dejarás de ser" [Eze. 28:12-19].

La grandeza y poder con que el Creador dotó a Lucifer, él los ha pervertido; y sin embargo, cuando conviene a su propósito, puede impartir a los hombres opiniones cautivantes. Todo en la naturaleza viene de Dios; pero Satanás puede inspirar en sus agentes pensamientos que parecen elevadores y nobles. ¿Acaso no vino a Cristo con pasajes de la Escritura cuando se propuso derribarlo con sus artificiosas tentaciones? Así es como viene al hombre, como un ángel de luz que disfraza sus tentaciones bajo una apariencia de bondad, y haciendo que los hombres crean que es el amigo en vez del enemigo de la humanidad. Es de esta manera como ha engañado y seducido a la raza humana: embelesándola con tentaciones sutiles, desquiciándola con engaños especiosos.

Satanás le ha achacado a Dios todos los males de los cuales la carne es heredera. Lo representa como un Dios que se deleita en el sufrimiento de sus criaturas, que es vengativo e implacable. Fue Satanás quien originó la doctrina del tormento eterno como castigo del pecado, porque de ese modo podía llevar a los hombres a la incredulidad y la rebelión, a descarriar el alma y destronar la razón humana.

El Cielo, al mirar abajo y ver las quimeras a las cuales eran llevados los hombres, supo que un divino Instructor debía venir a la Tierra. Los hombres en ignorancia y oscuridad moral necesitaban luz, luz espiritual; pues el mundo no conocía a Dios, quien debía ser revelado a su entendimiento. La verdad miró abajo desde el Cielo y no vio reflejo de su imagen, porque densas nubes de oscuridad y tinieblas morales envolvían el mundo, y sólo el Señor Jesús era capaz de despejar las nubes, pues es la Luz del mundo. Mediante su presencia podía disipar las sombras tenebrosas que Satanás había arrojado entre el hombre y Dios. Tinieblas cubrían la Tierra, y oscuridad las naciones [Isa. 60:2]. Por medio del cúmulo de falsas

representaciones hechas por el enemigo, muchos estaban tan engañados que adoraban a un dios falso, revestido de los atributos de carácter satánico.

El Maestro del Cielo, nadie menos que el Hijo de Dios, vino a la Tierra a revelar el carácter del Padre a los hombres, para que pudieran adorarlo en espíritu y en verdad [Juan 4:23]. Cristo reveló a los hombres que la más firme adhesión a las ceremonias y formas no los salvaría, porque el reino de Dios era de naturaleza espiritual. Cristo vino al mundo para sembrar la semilla de la verdad. Tenía las llaves de todos los tesoros de la sabiduría, y estaba capacitado para abrir las puertas a la ciencia y revelar abundantes conocimientos aun no descubiertos que eran esenciales para la salvación. Presentó a los hombres lo que exactamente opuesto a las representaciones del enemigo con respecto al carácter de Dios, y buscó grabar en la mente de los hombres el amor paternal del Padre, quien “de tal manera amó... al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna” [Juan 3:16]. Instó a los hombres a aceptar la necesidad de la oración, el arrepentimiento, la confesión y el abandono del pecado. Les enseñó honestidad, clemencia, misericordia y compasión, mandándoles no sólo amar a quienes los amaban, sino también a quienes los odiaban, a quienes los trataban con desprecio. En esto estaba revelándoles el carácter del Padre, quien es longánime, misericordioso y clemente, lento para la ira y lleno de bondad y verdad. Los que aceptaron su enseñanza quedaron bajo el cuidado de ángeles de la guarda, quienes estaban comisionados para fortalecer, para iluminar, con el fin de que la verdad pudiera renovar y santificar el alma.

Cristo declara la misión que tenía al venir a la Tierra. Dice en su última oración en público: “Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido, y estos han conocido que tú me enviaste. Les he dado a conocer tu nombre y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado esté en ellos y yo en ellos” [Juan 17:25, 26]. Cuando Moisés pidió a Jehová que le mostrara su gloria, el Señor dijo: “Yo haré pasar todo mi bondad delante de tu rostro”.

“Jehová pasó por delante de él y exclamó: ‘¡Jehová! ¡Jehová! Dios fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira y grande en misericordia y verdad, que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, pero que de ningún modo tendrá por inocente al malvado...’ Entonces Moisés, apresurándose, bajó la cabeza hasta el suelo y adoró” [Éxo. 33:19; 34:6-8]. Cuando seamos capaces de comprender el carácter de Dios como lo entendió Moisés, nosotros también nos apresuraremos a inclinarnos en adoración y alabanza. Jesús se propuso que en el corazón de sus hijos estuviera nada menos que “el amor con que me has amado” [Juan 17:26], con el fin de que ellos pudieran impartir el conocimiento de Dios a otros.

Oh, ¡qué seguridad nos da esto, que el amor de Dios pueda morar en el corazón de todos los que creen en él! ¡Oh, qué salvación se ofrece, porque [Jesús] es capaz de salvar perpetuamente a los que se acercan a Dios por medio de él! [Heb. 7:25]. Maravillados, exclamamos: ¿Cómo pueden ser estas cosas? Pero Jesús no se satisfará con nada que sea menos que esto. Los que son participantes de sus sufrimientos aquí, de su humillación, soportándola por causa de su nombre, han de tener el amor de Dios derramado sobre ellos como lo fue sobre su Hijo. Alguien que sabe dijo: “El Padre mismo os ama” [Juan 16:27]. El Ser que tuvo un conocimiento experiencial de la longitud, la anchura, la altura y la profundidad de ese amor nos ha declarado ese hecho asombroso. Este amor es nuestro por fe en el Hijo de Dios, de modo que una conexión con Cristo significa todo para nosotros. Hemos de ser uno con él como él es uno con el Padre, y entonces somos amados por el Dios infinito como miembros del cuerpo de Cristo, como pámpanos de la Vid viviente. Hemos de estar adheridos a la cepa principal, y recibir nutrimento de la Vid. Cristo es nuestra Cabeza glorificada, y el amor divino que fluye del corazón de Dios reposa en Cristo, y les es comunicado a quienes están unidos a él. Este amor divino al entrar al alma la inspira con gratitud, la libera de su debilidad espiritual, de su orgullo, vanidad y egoísmo, y de todo aquello que habría de deformar el carácter cristiano.

¡Miren, oh miren a Jesús y vivan! No pueden ser menos que cautivados por los incomparables atractivos del Hijo de Dios. Cristo fue manifestado en la carne, el misterio oculto por los siglos, y en nuestra aceptación o rechazo del Salvador del mundo están implicados intereses eternos.

Para salvar al transgresor de la ley de Dios, Cristo, quien es igual con el Padre, vino a vivir el Cielo ante los hombres, para que estos pudieran aprender a saber qué es tener el Cielo en el corazón. Ilustró qué debe ser el hombre para ser digno del precioso don de la vida que se mide con la vida de Dios.

La vida de Cristo fue una vida comisionada con un mensaje divino del amor de Dios, y anheló intensamente impartir a otros ese amor en rica medida. De su semblante irradiaba la compasión, y su conducta se caracterizaba por la gracia, la humildad, la verdad y el amor. Todo miembro de su iglesia militante debe manifestar las mismas cualidades si quiere unirse a la iglesia triunfante. El amor de Cristo es tan amplio, tan lleno de gloria, que en comparación con él todo lo que los hombres estiman como grandioso se empequeñece en la insignificancia. Cuando obtenemos una vislumbre de ese amor exclamamos: ¡Oh profundidad de las riquezas del amor que Dios otorgó a los hombres en el don de su Hijo unigénito!

Cuando buscamos un lenguaje apropiado para describir el amor de Dios, encontramos que las palabras son demasiado suaves, demasiado débiles, muy inferiores al tema en cuestión, y hacemos a un lado la pluma y decimos: “No, no puede describirse”. Sólo podemos hacer como el discípulo amado y decir: “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios” [1 Juan 3:1]. Al intentar cualquier descripción de este amor, sentimos que somos infantes balbuceando sus primeras palabras. Podemos, sí, adorar en silencio, porque el silencio en este asunto es la única elocuencia. Este amor sobrepasa todo lo que el lenguaje pueda describir. Es el misterio de Dios en la carne, Dios en Cristo, y la divinidad en la humanidad. Cristo se inclinó con humildad sin par, para que en su exaltación al trono de Dios también poder exaltar a

los que creen en él, para que se sienten con él en el trono. Todos los que miran a Jesús con la fe de que en él serán sanadas las heridas y llagas que produjo el pecado, serán salvos.

Los temas de la redención son trascendentales, y sólo los de mentalidad espiritual pueden discernir su profundidad y significado. Es nuestra seguridad, nuestra vida, nuestro gozo, meditar en las verdades del plan de salvación. Hacen falta fe y oración para contemplar las cosas profundas de Dios. Nuestra mente está tan encasillada con ideas estrechas, que sólo captamos perspectivas limitadas de la experiencia que es nuestro privilegio obtener. Cuán poco comprendemos lo que significa la oración del apóstol cuando dice: “Que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios. Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén” [Efe. 3:16-21].–*Review and Herald*, 17 de noviembre de 1891.

23

Tesoros con los cuales aprovisionar la mente

Jesús contemplaba a la raza humana, ignorante, en apostasía respecto de Dios, bajo la penalidad de la ley quebrantada; y vino a traer liberación, a ofrecer perdón completo, firmado por la Majestad del Cielo. Si el hombre quiere aceptar este perdón, puede ser salvo; si lo rechaza, estará perdido. Sólo la sabiduría de Dios puede hacer patentes los misterios del plan de salvación. La sabiduría humana puede ser o no ser valiosa, según lo indique la experiencia, pero la sabiduría de Dios es indispensable; y sin embargo muchos que profesan ser sabios ignoran voluntariamente las cosas que pertenecen a la vida eterna. Piérdete lo que hayas de perderte en cuanto a logros humanos, pero debes tener fe en el perdón que se te trajo con un costo infinito, o si no toda la sabiduría lograda en la Tierra perecerá contigo.

Si el Sol de Justicia retirara sus rayos luminosos del mundo, quedaríamos en las tinieblas de la noche eterna. Jesús habló como ningún hombre habló jamás. Derramó ante los hombres todo el tesoro del Cielo en sabiduría y conocimiento. Él es la luz que alumbra a todo hombre que viene a este mundo [Juan 1:9]. Toda faceta de la verdad le era evidente. No vino a enunciar pensamientos y opiniones inciertas, sino a hablar la verdad que está establecida sobre principios eternos. ¿Por qué, entonces, tomar las palabras inestables de los hombres como si fueran sabiduría exaltada, cuando una sabiduría mayor y segura está a vuestra disposición? Los hombres toman los escritos de los hombres de ciencia, la falsamente llamada ciencia, y buscan hacer que sus deducciones armonicen con las declaraciones de la Biblia. Pero no hay concordancia; no puede haber armonía. Cristo declara: “Nadie puede servir a dos señores” [Mat. 6:24]. Es seguro que sus respectivos intereses entrarán en conflicto. Una y otra vez los hombres han tratado de poner la Biblia y los escritos de los hombres

sobre una base en común, pero el intento ha fallado, porque no podemos servir a Dios y a Mamón.

Estamos en el mundo pero no somos del mundo. Jesús ruega que aquellos por quienes murió no hayan de perder su recompensa eterna prodigando sus afectos a las cosas de una Tierra que perece, y de ese modo se estafen a sí mismos despojándose de la felicidad sin fin. Un juicio iluminado nos compele a reconocer que las cosas celestiales son superiores a las cosas de la Tierra; sin embargo el depravado corazón de hombre lo conduce a dar precedencia a las cosas del mundo. Se mezclan las opiniones de los grandes hombres, las teorías de la falsamente llamada ciencia, con las verdades de la Santa Escritura.

Pero el corazón plenamente entregado a Dios ama la verdad de la Palabra de Dios, pues por medio de la verdad se regenera el alma. La mente carnal no encuentra placer en contemplar la Palabra de Dios, pero quien se renueva en el espíritu de su mente encuentra nuevos encantos en los oráculos divinos; porque la belleza divina y la luz celestial parecen brillar en cada pasaje. Aquello que para la mente carnal era un desierto desolado, para la mente espiritual es una tierra de manantiales de aguas vivas. Aquello que para un corazón irregenerado era una estéril soledad, para el alma convertida se hace un huerto de Dios, cubierto con pimpollos fragantes y flores que se abren.

Se ha puesto la Biblia en un segundo plano, mientras que los dichos de los así llamados grandes hombres han tomado su lugar. Quiera Dios perdonarnos la afrenta hecha a su Palabra. Aunque hay tesoros inestimables en el Biblia, y es como una mina llena de mineral precioso, no se la valora, no se la investiga y no se descubren sus riquezas. La misericordia, la verdad y el amor sobrepasan nuestra capacidad para valorar cuán preciosos son; es imposible excedernos cuando nos aprovisionamos de estos tesoros, y es en la Palabra de Dios donde encontramos cómo podemos llegar a ser poseedores de esas riquezas; y sin embargo, ¿por qué la Palabra de Dios carece de interés para muchos que profesan ser

cristianos? ¿Será que la Palabra de Dios no es espíritu y no es vida? ¿Será que Jesús nos ha impuesto una tarea aburrida cuando nos manda escudriñar las Escrituras? Jesús dice: “Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida” [Juan 6:63]. Pero las cosas espirituales se disciernen espiritualmente, y la razón de vuestra falta de interés es porque carecen del Espíritu de Dios [1 Cor. 2:14]. Cuando se ponga al corazón en armonía con la Palabra, brotará en ustedes nueva vida; una luz nueva alumbrará cada línea de la Palabra, y esta se transformará en la voz de Dios para vuestra alma. Esta es la manera como deben tomar las observaciones celestiales, las cuales les permitirá precisar vuestro rumbo y ser capaces de sacar el máximo provecho de vuestros privilegios hoy.

Debiéramos pedir al Señor que abra nuestro entendimiento para poder comprender la verdad divina. Si humillamos nuestro corazón delante de Dios, vaciándolo de vanidad, orgullo y egoísmo por medio de la gracia que derrama en abundancia sobre nosotros; si sinceramente deseamos y creemos sin vacilar, los rayos brillantes del Sol de Justicia alumbrarán nuestra mente e iluminarán nuestro entendimiento entenebrecido. Jesús es la Luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. Él es la Luz del mundo, y nos pide que vayamos a él y aprendamos de él. Jesús fue el gran Maestro. Podría haber hecho revelaciones sobre las ciencias que hubieran colocado los descubrimientos de los más grandes hombres en un segundo plano como pequeñeces totales; pero esa no era su misión ni su tarea. Había venido a buscar y salvar lo que se había perdido, y no podía permitirse el desviarse de su único objetivo. No permitió que nada lo apartara. Esta es la obra que ha puesto en nuestras manos. ¿La cumpliremos?

En los días de Cristo los maestros establecidos instruían a los hombres en las tradiciones de los ancianos, en fábulas infantiles, mezcladas con las opiniones de los que pensaban que eran las más altas autoridades. Pero ni los elevados ni los humildes podían discernir rayo alguno de luz en sus enseñanzas. ¡No es de extrañar entonces que las multitudes siguieran las pisadas al Señor, y le rindieran homenaje cuando escuchaban sus palabras! Revelaba

verdades que habían estado sepultadas bajo la basura del error, y los liberaba de las exigencias y tradiciones de los hombres, y les mandaba perseverar hasta el fin. Rescató la verdad de la oscuridad que la envolvía, y la colocó en su marco apropiado, para que brillara con su lustre original. Se dirigió a los hombres en su propio nombre, porque había sido investido con autoridad; entonces, ¿por qué los hombres que profesaban ser sus seguidores no habrían de hablar con autoridad en cuanto a temas sobre los que él había arrojado luz? ¿Por qué usar fuentes de calidad inferior para la instrucción cuando Cristo es el gran Maestro que sabe todas las cosas? ¿Por qué presentar autores inferiores a la atención de los estudiantes, cuando el Ser cuyas palabras son espíritu y son vida nos invita: "Venid... y aprended de mí" [Juan 6:63; Mat. 11:28, 29]?

¿No nos interesaremos vivamente en las lecciones de Cristo? ¿No nos dejaremos cautivar con la luz nueva y gloriosa de la verdad celestial? Esta luz está por encima de todo lo que el hombre pueda presentar. Podemos recibir luz sólo a medida que nos alleguemos a la cruz y nos presentemos a nosotros mismos sobre el altar del sacrificio. Aquí se hace manifiesta la debilidad del hombre; aquí se revela la fortaleza de Dios. Aquí ven los hombres que hay poder en Cristo para salvar hasta lo sumo a todos los que se allegan a Dios por medio de él.

¿No seremos hacedores de las palabras del Ser que conoce todas las cosas? ¿No haremos de la Biblia nuestro asesor pedagógico para la educación e instrucción de nuestros jóvenes? La Palabra de Dios es el fundamento de todo conocimiento verdadero, y Cristo enseña qué deben hacer los hombres para ser salvos. Hasta ahora los designios del enemigo se han cumplido cuando se han puesto frente a nuestros estudiantes los libros que contienen errores artificiosos, y también cuando se han presentado fábulas que tentaron sus apetitos carnales. ¿Traeremos a nuestros colegios al sembrador de la cizaña? ¿Permitiremos que quienes son llamados grandes hombres, pero que han sido enseñados por el enemigo de toda verdad, tomen posesión de la educación de nuestros jóvenes? ¿O tomaremos la Palabra de Dios como nuestra guía y

conduciremos nuestros colegios más en línea con las antiguas escuelas de los profetas?

Si la Biblia fuera estudiada y obedecida, y si tuviéramos el espíritu de Cristo, haríamos esfuerzos decididos para ser colaboradores con Dios. Debiéramos apreciar mejor el valor del alma, porque cada alma convertida a Dios significa un vaso dedicado a un uso santo, un depositario de la verdad, un portador de luz para otros. Dios espera más de los colegios que lo que hasta ahora se ha realizado. Cristo ha dicho: “Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que permanece para vida eterna, la cual os dará el Hijo del Hombre, porque a este señaló Dios, el Padre” [Juan 6:27].

Entonces entenderemos correctamente la enseñanza de la Palabra de Dios, y estimaremos la verdad como el tesoro más valioso con el cual aprovisionar la mente. Tendremos un constante fluir de las aguas de vida. Oraremos como el salmista: “Abre mis ojos y miraré las maravillas de tu ley”, y hallaremos, como él, que “los juicios de Jehová son verdad: todos justos. Deseables son más que el oro, más que mucho oro refinado; y dulces más que miel, la que destila del panal. Tu siervo es, además, amonestado con ellos; en guardarlos hay grande recompensa” [Sal. 119:18; 19:9-11].–*Review and Herald*, 24 de noviembre de 1891.

24

Preeminencia de la ciencia de la salvación

Los colegios establecidos entre nosotros son asuntos de grave responsabilidad, pues involucran intereses importantes. De un modo especial nuestras instituciones educativas son un espectáculo a los ángeles y a los hombres. Un conocimiento de las ciencias de todo tipo es poder, y está en el propósito de Dios que se enseñe ciencia avanzada en nuestros colegios como preparación para la obra que precederá a las escenas finales de la historia de la Tierra. La verdad debe llegar a los más remotos confines de la Tierra por medio de agentes preparados para esa obra. Pero si bien el conocimiento de la ciencia es poder, el conocimiento que Jesucristo vino en persona a impartir al mundo fue el conocimiento del evangelio. La luz de la verdad debía centellear sus brillantes rayos hasta lo último de la Tierra, y la aceptación o rechazo del mensaje de Dios implicaba el destino eterno de las almas.

El plan de salvación tuvo su lugar en los consejos asesores del Infinito desde toda la eternidad. El evangelio es la revelación del amor de Dios por el ser humano, y significa todo lo que es esencial para la felicidad y bienestar de la humanidad. La obra de Dios en la Tierra es de importancia inmensurable, y es el objetivo especial de Satanás eclipsarla, de la vista y la mente, con el fin de poder hacer sus artificiosos ardides efectivos en la destrucción de aquellos por los cuales Cristo murió. Se propone hacer que los descubrimientos de los humanos sean exaltados por encima de la sabiduría de Dios. Cuando la mente está absorta con los conceptos y teorías de los hombres, y excluye la sabiduría de Dios, recibe la estampa de la idolatría. [Puesto que] la falsamente llamada ciencia ha sido exaltada por encima de Dios y la naturaleza por encima de su Hacedor, ¿cómo puede considerar Dios tal sabiduría?

En la Biblia se define la suma del deber del hombre. Dice Salomón: “Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es el todo del hombre” [Ecl. 12:13]. La voluntad de Dios está revelada en su Palabra escrita, y este es el conocimiento esencial. La sabiduría humana, el familiarizarse con los idiomas de distintas naciones, es de ayuda en la obra misionera. Un conocimiento de las costumbres de la gente, de la ubicación y fecha de los acontecimientos, es conocimiento práctico; porque ayuda a hacer claro el lenguaje figurado de la Biblia, a destacar los puntos claves de las lecciones de Cristo; pero no es absolutamente necesario saber estas cosas. El que ande por la “calzada y camino” preparado para uso de los redimidos “por torpe que sea, no se extraviará” [Isa. 35:8], y no hay excusa para nadie que se pierda por malentender las Escrituras.

En la Biblia se especifica todo principio vital, se esclarece todo deber, se hace evidente toda obligación. La suma del deber del hombre fue sintetizada por el Salvador: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente... Amarás a tu prójimo como a ti mismo” [Mat. 22:37, 39]. En la Palabra se delinea claramente el plan de salvación. Se promete el don de la vida eterna a condición de tener fe salvífica en Cristo. Se indica el poder de atracción del Espíritu Santo como agente en la obra de salvar al hombre. La recompensa de los fieles, el castigo de los impíos, todo se lo presenta en líneas claras. La Biblia contiene la ciencia de la salvación para todos los que quieran oír y hacer las palabras de Cristo.

El apóstol dice: “Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” [2 Tim. 3:16, 17]. La Biblia es su propio expositor. Un pasaje será la llave que abrirá otros pasajes, y de este modo se arrojará luz sobre el sentido oculto de la Palabra. Al comparar distintos textos que tratan del mismo asunto, al contemplar su relación desde todos los ángulos, se hará evidente el verdadero sentido de las Escrituras.

Muchos piensan que deben consultar comentarios bíblicos para poder entender el significado de la Palabra de Dios, y no tomaremos la posición de que no deben estudiarse los comentarios; pero hace falta mucho discernimiento para descubrir la verdad de Dios debajo de la masa de palabras de los hombres. ¡Cuán poco ha hecho la iglesia, como cuerpo que profesa creer en la Biblia, para reunir las gemas dispersas de la Palabra de Dios en una sola cadena de verdad perfecta! Las gemas de la verdad no yacen en la superficie, como muchos suponen. La mente maestra en la confederación del mal está siempre trabajando para mantener la verdad fuera de la vista, y para poner en primer plano las opiniones de grandes hombres. El enemigo está haciendo todo lo que está en su poder para opacar la luz del Cielo a través de procesos educativos; porque no quiere que los hombres escuchen la voz de Dios que dice: “Este es el camino, andad por él” [Isa. 30:21].

Las gemas de la verdad yacen dispersas en el campo de la revelación, pero han sido sepultadas bajo las tradiciones humanas, debajo de los dichos y mandamientos de hombres, y la sabiduría del Cielo prácticamente ha sido dejada de lado; porque Satanás ha tenido éxito en hacer creer al mundo que las palabras y los logros de los hombres son de gran importancia. El Señor Dios, el Creador de los mundos, ha dado el evangelio al mundo a un costo infinito. A través de este agente divino se han abierto manantiales alegres y refrescantes de estímulo celestial y consuelo permanente para quienes vengan a la fuente de vida. Hay vetas de verdad que todavía deben ser descubiertas; pero las cosas espirituales se disciernen espiritualmente. Las mentes obnubiladas por la maldad no pueden apreciar el valor de la verdad tal como es en Jesús. Cuando se acaricia la iniquidad, los hombres no sienten la necesidad de hacer esfuerzos diligentes, con oración y reflexión, para entender lo que deben saber o si no perder el Cielo. Han estado tanto tiempo bajo la sombra del enemigo que ven la verdad como hombres que contemplaran objetos a través de un cristal ahumado e imperfecto; porque todas las cosas están oscurecidas y pervertidas a sus ojos. Su visión espiritual es débil e indigna de confianza, porque contemplan las sombras y se apartan de la luz.

Pero los que profesan creer en Jesús deben siempre avanzar hacia la luz. Debieran orar diariamente por la luz del Espíritu Santo para que alumbre sobre las páginas del Libro Santo, con el fin de recibir capacitación para comprender las cosas del Espíritu de Dios. Debemos tener confianza implícita en la Palabra de Dios, o estaremos perdidos. Las palabras de los hombres, por grandes que estos sean, no pueden hacernos perfectos, enteramente preparados para toda buena obra. “Debemos siempre dar gracias... de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad” [2 Tes. 2:13]. En este pasaje se revelan dos agencias en la salvación del hombre: la influencia divina y la fe sólida, viva, de los que siguen a Cristo. Es a través de la santificación del Espíritu y la fe en la verdad que se nos hace colaboradores con Dios. Dios espera la colaboración de su iglesia. No se propone agregar a su Palabra otro instrumento eficiente; hizo su gran obra al dar su inspiración al mundo. Son nuestros la sangre de Jesucristo, el Espíritu Santo, la Palabra divina. El propósito de todos estos suministros del Cielo está a nuestra vista: son las almas por quienes Cristo murió; y depende de nosotros aferrarnos a las promesas que Dios nos ha dado, y volvernos colaboradores con él; porque las agencias divinas y humanas deben cooperar en esta obra.

La razón por la cual muchos que profesan ser cristianos no tienen una experiencia clara, bien definida, es porque no piensan que es privilegio de ellos entender lo que Dios ha hablado a través de su Palabra. Tras la resurrección de Jesús, dos de sus discípulos estaban viajando hacia Emaús, y Jesús se unió a ellos. Pero no reconocieron a su Señor, y pensaron que era algún extraño, aunque “comenzando desde Moisés y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían. Llegaron a la aldea adonde iban, y él hizo como que iba más lejos. Pero ellos lo obligaron a quedarse, diciendo: ‘Quédate con nosotros, porque se hace tarde y el día ya ha declinado’. Entró, pues, a quedarse con ellos. Y aconteció que, estando sentado con ellos a la mesa, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y les dio. Entonces les fueron abiertos los ojos y lo reconocieron; pero él se desapareció de su vista. Y se

decían el uno al otro: '¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino y cuando nos abría las Escrituras...' Entonces les abrió el entendimiento para que comprendiesen las Escrituras" [Luc. 24:27-32, 45]. Esta es la obra que podemos esperar que Cristo haga por nosotros, porque lo que el Señor ha revelado es para nosotros y para nuestros hijos por siempre [Deut. 29:29].

Jesús sabía que todo lo que se presentaba que estuviera fuera de armonía con lo que vino a la Tierra a exponer, era falso e ilusorio. Pero dijo: "Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz" [Juan 18:37]. Por haber estado en los consejos de Dios, y por haber habitado en las alturas eternas del Santuario, todos los elementos de la verdad estaban en él, y eran de él, pues era uno con Dios. "De cierto, de cierto te digo que de lo que sabemos, hablamos, y de lo que hemos visto, testificamos; pero no recibís nuestro testimonio. Si os he dicho cosas terrenales y no creéis, ¿cómo creeréis si os digo las celestiales? Nadie subió al cielo sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo". "Toda palabra de Dios es limpia; él es escudo a los que en él esperan. No añadas a sus palabras, para que no te reprenda, y seas hallado mentiroso" [Juan 3:11-13; Prov. 30:5, 6].–*Review and Herald*, 1º de diciembre de 1891.

25

El carácter cristiano ejemplificado en docentes y alumnos

En nombre de mi Maestro exhorto a los jóvenes, que aseveran ser hijos e hijas de Dios, a que obedezcan la Palabra de Dios. Exhorto a los docentes en nuestras instituciones a que den un buen ejemplo a aquellos con quienes están asociados. Los que quieren estar capacitados para moldear el carácter de los jóvenes deben ser aprendices en la escuela de Cristo, para poder ser mansos y humildes de corazón, como lo fue el divino Modelo. En vestimenta, conducta, en todas sus costumbres, debieran ejemplificar el carácter cristiano, revelando el hecho de que están bajo normas de disciplina sabias del gran Maestro. El joven cristiano debieran ser enseñado seriamente a llevar responsabilidades con corazón valiente y manos bien dispuestas, listo para enfrentar las pruebas de la vida con paciencia y fortaleza. Debiera buscar formar un carácter de acuerdo con el modelo del Ser divino, siguiendo máximas de provecho, consolidando en sí mismo hábitos que lo capaciten para ganar la corona de victoria.

En la vida académica el joven puede sembrar semillas que llevarán a una cosecha, no de espinos, sino de grano precioso para el granero celestial. No hay momento más favorable que el tiempo que se pasa en el colegio en el cual reconocer el poder de la gracia salvífica de Cristo, el de ser controlado por los principios de la ley divina; y está en el interés del estudiante vivir una vida piadosa. La gloria que corona la vida resulta de una conexión con Cristo. Ningún hombre vive para sí mismo. Vuestra vida está entretejida con la de todos los otros en la red de la humanidad que nos engloba a todos, y han de ser colaboradores con Dios para la salvación de los que perecen en la degradación y el infortunio. Han de ser instrumentos

para influir sobre todos aquellos con quienes se asocian para una vida mejor, para orientar la mente hacia Jesús.

Juan escribe: “He escrito a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al maligno” [1 Juan 2:14]. Y Pablo exhorta a Tito a invitar a los jóvenes a ser “prudentes” [Tito 2:6]. Eleven vuestra alma para ser como Daniel, un siervo de Jehová de los ejércitos leal y firme. Consideren bien la senda de vuestros pies, porque están parados en tierra santa y los ángeles de Dios los rodean. Es correcto que sientan que deben subir hasta el peldaño más alto de la escalera educativa. La filosofía y la historia son estudios importantes, pero vuestro sacrificio de tiempo y dinero no aprovechará nada si no usan sus logros para honra de Dios y bien de la humanidad. A menos que el conocimiento de las ciencias sea un peldaño para el logro de los propósitos más altos, será sin valor. La educación que no suministra un conocimiento tan duradero como la eternidad no tiene finalidad alguna. A menos que contemplen ante ustedes el Cielo y la futura vida inmortal, vuestros logros no tienen valor permanente. Pero si Jesús es vuestro Maestro, no sólo un día a la semana sino cada día, cada hora, entonces pueden tener la sonrisa de él sobre ustedes en la consecución de adquisiciones académicas.

Daniel mantenía siempre a la vista la gloria de Dios, y tú también debieras decir: “Señor, deseo el conocimiento, no para la glorificación del yo sino para responder a lo que espera Jesús de mí, para poder perfeccionar un carácter cristiano inteligente por medio de la gracia que él me da”. ¿Querrán los estudiantes ser fieles a los principios como lo fue Daniel?

En el futuro habrá una necesidad más apremiante de hombres y mujeres con capacitación académica que la existente en el pasado, porque se están abriendo ante nosotros campos amplios, que ya están blancos para la siega, donde pueden ser colaboradores con Dios. Pero si son amadores de los placeres más que de amadores de Dios, si están llenos de liviandad, si permiten que pasen las oportunidades doradas sin adquirir conocimiento, sin colocar vigas

sólidas en la construcción de vuestro carácter, estarán empequeñecidos e incapacitados para cualquier tipo de ocupación que emprendan.

Si bien una buena educación es de gran beneficio si su poseedor la combina con la consagración, aun así quienes no tienen el privilegio de conseguir altos logros académicos no tienen por qué pensar que no pueden progresar en su vida intelectual y espiritual. Si aprovechan al máximo el conocimiento que tienen, si buscan atesorar algo en su acervo todos los días, y si triunfan sobre toda perversidad de mal genio a través del cultivo bien estudiado de los rasgos de carácter como los de Cristo, Dios les abrirá canales de sabiduría, y se podrá decir de ellos como en la antigüedad se dijo de los jóvenes hebreos: Dios les dio sabiduría y entendimiento.

No es verdad que los jóvenes brillantes siempre tengan los mayores éxitos. Cuán a menudo se ha puesto a hombres de talento y educación en puestos de confianza, y han resultado fracasos. Su brillo tenía la apariencia de oro, pero cuando se lo puso a prueba, resultó ser oropel y escoria. Hicieron de su trabajo un fracaso debido a su infidelidad. No eran industriosos ni perseverantes, y no llegaban al fondo mismo de los asuntos. No estaban dispuestos a empezar en el peldaño más bajo de la escalera, para ascender con laboriosidad paciente peldaño tras peldaño hasta alcanzar la cima. Caminaban en los chispazos (sus brillantes destellos de pensamiento) de su propio fuego. No dependían de la sabiduría que sólo Dios puede dar. Su fracaso no se debió a falta de oportunidades, sino porque no fueron prudentes. No les pareció que sus ventajas educativas les fueran de provecho, de modo que no progresaron como podían haberlo hecho en el conocimiento de la religión y de la ciencia. Su mente y su carácter no estaban equilibrados con elevados principios de lo que es correcto.

Que nuestros jóvenes sean prudentes y mediten con cuidado las sendas de sus pies. Eviten el pecado porque es destructivo en sus tendencias y desagrada a Dios. Disciernan qué posibilidades están a su alcance, y busquen de Dios la gracia para mantenerse en las

sendas de rectitud. Busquen el consejo y la orientación del Señor, para poder usar su vida para la gloria de Dios en el mundo.

Al obtener una educación, no debe considerarse el éxito como un asunto del azar o del destino; viene del Dios que leyó el corazón de Daniel, que miró con agrado la pureza de sus motivos, su resuelto propósito de honrar al Señor. Daniel no caminó a la luz de los chispazos generados por su propio fuego, sino que hizo del Señor su sabiduría. La filosofía divina fue tomada como el cimiento de su educación. Acogía con agrado el consejo del Señor. Ojalá que todos los estudiantes fueran como Daniel; pero muchos no ven la importancia de someterse a la disciplina divina.

¡Oh, si todos pudieran darse cuenta de que sin Cristo nada pueden hacer! Los que no recogen con él, desparraman. Sus pensamientos y acciones no tienen el carácter correcto, y su influencia resulta destructora del bien. Nuestras acciones tienen un doble carácter: afectan a otros así como a nosotros mismos. Esta influencia será de bendición o de maldición para aquellos con quienes nos relacionamos. Cuán poco valoramos este hecho. Los actos generan hábitos, y los hábitos, el carácter; y si no vigilamos nuestros hábitos, no estaremos capacitados para unirnos con las agencias celestiales en la obra de salvación, ni estaremos preparados para entrar a las mansiones celestiales que Jesús ha ido a preparar, pues nadie estará allí sino sólo los que hayan entregado su voluntad y sus caminos a la voluntad y el camino de Dios. Será aquel cuyo carácter fue aprobado, quien pasó con éxito la experiencia de las pruebas y quien es participante de la naturaleza divina el que estará entre aquellos a quienes el Señor declare benditos.

Sin Cristo nada podemos hacer. Los principios puros de rectitud, virtud y bondad provienen todos de Dios. Un desempeño concienzudo de los deberes, la simpatía cristiana, el amor por las almas y el amor por la propia alma –porque perteneces a Dios y has sido comprado con la sangre preciosa de Cristo– te hará colaborador con Dios, y te dotará con el poder de persuasión y atracción. Debes respetar tu propia fe para poder presentarla con

éxito a otros. Por ejemplo así como por precepto debes mostrar que reverencias tu fe, hablando con reverencia de las cosas sagradas. No permitas nunca que una expresión de liviandad y ligereza escape de tus labios cuando citas la Escritura. Al tomar la Biblia en tus manos, recuerda que estás en tierra santa. Los ángeles te rodean, y si tus ojos pudieran ser abiertos los contemplarías. Sea tu conducta tal que deje en cada alma con la que te relacionas la impresión de que una atmósfera pura y santa te rodea. Una palabra vana, una risa liviana, puede desequilibrar a un alma en la mala dirección. Terribles son las consecuencias de no tener una conexión constante con Dios.

Absténganse de toda especie de mal [1 Tes. 5:22]. Los pecados comunes, por insignificantes que parezcan, perjudicarán vuestra sensibilidad moral y extinguirán la impresión interna del Espíritu de Dios. El carácter de los pensamientos deja su marca en el alma, y toda conversación de baja clase contamina la mente. Todo mal produce ruina en quienes lo cometen. Dios puede perdonar y perdonará al pecador arrepentido, pero aun perdonada, el alma queda desfigurada; se destruye el poder de pensamiento elevado que es posible para la mente intacta. Para siempre el alma llevará las cicatrices. Por tanto busquemos la fe que obra por el amor y purifica el corazón, con el fin de que podamos representar el carácter de Cristo ante el mundo.–*Review and Herald*, 8 de diciembre de 1891.

26

El mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría

La verdad de Dios es infinita, capaz de expansión sin límites, y cuanto más la contemplamos tanto más aparecerá su gloria. Se nos ha abierto a nuestra vista la verdad, y sin embargo las palabras de Pablo a los gálatas se nos aplican a nosotros. Dice: “¡Gálatas insensatos!, ¿quién os fascinó para no obedecer a la verdad, a vosotros ante cuyos ojos Jesucristo fue ya presentado claramente crucificado? Esto solo quiero saber de vosotros: ¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley o por el escuchar con fe? ¿Tan insensatos sois? Habiendo comenzado por el Espíritu, ¿ahora vais a acabar por la carne? ¿Tantas cosas habéis padecido en vano? Si es que realmente fue en vano” [Gál. 3:1-4].

Cristo dice: “Sin mí nada podéis hacer” [Juan 15:5, RV]. Quienes tratan de llevar adelante la obra con sus propias fuerzas fracasarán con seguridad. La educación por sí sola no capacitará a un hombre para un lugar en la obra; no lo capacitará para obtener un conocimiento de Dios. Oigan lo que Pablo tiene que decir sobre el asunto: “No me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el evangelio; no con sabiduría de palabras, para que no se haga vana la cruz de Cristo. La palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios, pues está escrito: ‘Destruiré la sabiduría de los sabios y frustraré la inteligencia de los inteligentes’. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el que discute asuntos de este mundo? ¿Acaso no ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo? Puesto que el mundo, mediante su sabiduría, no conoció a Dios a través de las obras que manifiestan su sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación” [1 Cor. 1:17-21].

A través de las sucesivas eras de oscuridad, en la medianoche del paganismo, Dios permitió a los hombres el experimento de encontrar a Dios por su propia sabiduría, no para demostrar a su satisfacción que eran incapaces, sino para que los hombres mismos pudieran ver que no podían obtener un conocimiento de Dios y de Jesucristo, su Hijo, a no ser a través de la revelación de su Palabra por medio del Espíritu Santo. Cuando Cristo vino a este mundo, el experimento había sido realizado por completo, y el resultado hizo evidente que el mundo por medio de la sabiduría no conoció a Dios. Aun en la iglesia Dios ha permitido a los hombres ensayar su propia sabiduría en este asunto, pero cuando se produjo una crisis debida a la falibilidad humana, Dios se levantó con poder para defender a su pueblo. Cuando la iglesia fue humillada, cuando le sobrevinieron pruebas y opresión a su pueblo, Dios los exaltó con más abundancia mediante una señalada liberación. Cuando maestros infieles aparecieron entre el pueblo, la debilidad fue el resultado, y la fe del pueblo de Dios parecía menguar; pero Dios se levantó y limpió su era [Mat. 3:12], y los que mostraron su fidelidad en la prueba fueron exaltados.

Hay veces cuando la apostasía penetra en las filas [del pueblo], cuando la piedad queda excluida del corazón por parte de quienes debieran haber mantenido el paso con su Líder divino. El pueblo de Dios se aparta de la fuente de su fortaleza, y el resultado es orgullo, vanidad, extravagancia y ostentación. Hay ídolos por dentro y por fuera, pero Dios envía al Consolador para redargüir de pecado, con el fin de que su pueblo pueda ser amonestado de su apostasía y reprendido por su apostasía. Cuando las manifestaciones más preciosas del amor divino sean reconocidas y valoradas con gratitud, el Señor derramará el bálsamo de consuelo y el óleo de gozo [Isa. 61:3].

Es cuando se lleva a los hombres a darse cuenta de que sus cálculo humanos son muy mezquinos, y se convencen de que su sabiduría no es más que necedad, que se vuelven al Señor para buscarlo de todo corazón con el fin de poder hallarlo.

Se me mostró que toda iglesia entre nosotros necesita los movimientos profundos del Espíritu de Dios. Oh, quisiéramos indicar a los hombres la cruz del Calvario. Quisiéramos invitarles a que miren a quien sus pecados han traspasado. Quisiéramos invitarles a que contemplen al Redentor del mundo cuando sufre la penalidad por la transgresión de la ley de Dios de parte de ellos. El veredicto es que “el alma que peque, esa morirá” [Eze. 18:4, 20]. Pero en la cruz el pecador ve al Unigénito del Padre cuando muere en su lugar y da vida al transgresor. Se convoca a todas las inteligencias en la Tierra y el Cielo a mirar cuál amor nos ha dado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios [1 Juan 3:1]. Todo pecador puede mirar y vivir. No contemplen la escena del Calvario con una actitud descuidada, desconsiderada. ¿Será posible que los ángeles nos miren a nosotros, los receptores el amor de Dios, y nos vean fríos, indiferentes, refractarios a la impresión, cuando el Cielo contempla asombrado la obra estupenda de la redención para salvar a un mundo caído, y anhelan mirar en el misterio del amor y aflicción del Calvario [1 Ped. 1:12]? Los ángeles contemplan maravillados y asombrados a aquellos para quienes se suministró una salvación tan grande, y los deja atónitos que el amor de Dios no los despierte y lleve a prorrumpir en himnos melodiosos de gratitud y adoración. Porque el resultado que todo el Cielo busca contemplar no se ve entre los que profesan ser seguidores de Cristo. ¡Con cuánta facilidad hablamos en términos cariñosos de nuestros amigos y familiares, y sin embargo cuán lentos somos para hablar de aquel cuyo amor no tiene paralelo, presentado en Cristo crucificado ante nuestros ojos!

El amor de nuestro Padre celestial en el don de su Hijo unigénito al mundo es suficiente para inspirar a cada alma, para derretir cada corazón duro y falto de amor y llevarlo a la contrición y ternura; y sin embargo, ¿verán las inteligencias celestiales en aquellos por quienes Cristo murió una insensibilidad a su amor, una dureza de corazón, y ninguna respuesta de gratitud y afecto al Dador de todas las cosas buenas? ¿Habrán de absorber asuntos de menor importancia toda la energía del ser y el amor de Dios no será correspondido? ¿Brillará en vano el Sol de Justicia? En vista de lo

que ha hecho Dios, ¿podrían los deberes que nos impone ser menores? ¿Tenemos un corazón que pueda ser tocado, impresionado con el amor divino? ¿Estamos dispuestos a ser vasos escogidos? ¿No está acaso el ojo de Dios sobre nosotros, y no nos ha pedido que portemos su mensaje de luz? Necesitamos un aumento en nuestra fe. Debemos esperar, debemos velar, debemos orar, debemos trabajar, implorando que el Espíritu Santo se derrame en abundancia sobre nosotros para poder ser lumbreras en el mundo.

Jesús contempló el mundo en su estado caído con infinita piedad. Asumió la humanidad en sí mismo para poder alcanzar y elevar a la humanidad. Vino a buscar y salvar lo que estaba perdido. Llegó hasta el mismo fondo de la miseria y aflicción humana, para tomar al hombre tal como lo encontró, un ser mancillado por la corrupción, degradado por el vicio, depravado por el pecado y aliado con Satanás en apostasía, y elevarlo para que se siente con él en su trono. Pero estaba escrito de él que no se cansaría ni desmayaría, y avanzó en la senda de la abnegación y el sacrificio de sí mismo, dándonos ejemplo para que sigamos sus pisadas [Isa. 42:4; 1 Ped. 2:21]. Debemos trabajar como lo hizo Jesús, apartándonos de nuestro propio placer, rechazando los sobornos de Satanás, desdeñando la comodidad y aborreciendo el egoísmo, para poder buscar y salvar lo que está perdido, traer a las almas de las tinieblas a la luz, el sol del amor de Dios. Se nos comisionó para salir y predicar el evangelio a toda criatura. Hemos de llevar a los perdidos las buenas nuevas de que Cristo puede perdonar el pecado, puede renovar la naturaleza, puede revestir al alma en la túnica de su propia justicia, puede hacer volver en sí al pecador, y enseñarle y capacitarlo para ser un colaborador de Dios.

El alma convertida vive en Cristo. Su noche ha pasado, y una luz nueva y celestial ilumina su alma. “El que gana almas es sabio”. “Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento, y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas, a perpetua eternidad” [Prov. 11:30; Dan. 12:3]. Lo que se hace por medio de la cooperación de los hombres con Dios es una obra que

no perecerá jamás, sino que durará por las edades eternas. El que hace de Dios su sabiduría, quien crece a la estatura de un hombre en Cristo Jesús, estará frente a los reyes, ante los así llamados grandes hombres del mundo, y anunciará las virtudes del Ser que lo llamó de las tinieblas a su luz admirable [1 Ped. 2:9]. La ciencia y la literatura no pueden llevar a la mente entenebrecida de los hombres la luz que puede aportar el evangelio glorioso del Hijo de Dios; sólo el Hijo de Dios puede hacer la gran obra de iluminar el alma. No en vano exclama Pablo: “No me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación de todo aquel que cree” [Rom. 1:16]. El evangelio de Cristo se transforma en personalidad en quienes creen, y los hace epístolas vivientes, conocidas y leídas de todos los hombres [2 Cor. 3:2]. De este modo la levadura de la piedad pasa a la multitud. Las inteligencias celestiales pueden discernir los verdaderos elementos de grandeza en el carácter, porque para con Dios sólo la bondad es valorada como eficiencia.

Dice Cristo: “Sin mí nada podéis hacer” [Juan 15:5, RV]. Nuestra fe, nuestro ejemplo, deben considerarse más sagrados de lo que se los consideró en el pasado. La Palabra de Dios debe ser estudiada como nunca antes; porque es la ofrenda preciosa que debemos presentar a los hombres, para poder aprender el sendero de paz y obtener esa vida que se mide con la vida de Dios. La sabiduría humana, tan exaltada entre los hombres, se opaca en la insignificancia ante la sabiduría que indica el camino allanado para que los redimidos del Señor caminen por él [Isa. 57:14]. Sólo la Biblia brinda los medios para distinguir la senda de la vida del camino ancho que lleva a la perdición y la muerte.–*Review and Herald*, 15 de diciembre de 1891.

27

Relación entre educación y obra de Dios

“¿No decís vosotros: ‘Aún faltan cuatro meses para que llegue la siega’? Yo os digo: Alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega. Y el que siega recibe salario y recoge fruto para vida eterna, para que el que siembra goce juntamente con el que siega” [Juan 4:35, 36].

Hay gran necesidad de obreros que salgan a trabajar a los campos misioneros, dotados de verdadero espíritu misionero, listos para derramar la luz de la verdad en medio de la oscuridad moral del mundo. Los enemigos de Dios están tramando diariamente la supresión de la verdad y esclavizar el alma de los hombres. Están buscando exaltar el falso día de reposo, y al aprisionar a los hombres en el error, profundizar las tinieblas que cubren la Tierra y la profunda oscuridad que cubre a las naciones [Isa. 60:2]. En un momento como este, ¿estarán inactivos los que conocen la verdad y permitirán que prevalezcan los poderes de las tinieblas? ¿No estarán bien despiertos los que creen la verdad, y trabajarán con una energía consecuente con la profesión de fe que hacen? ¿No harán todo sacrificio posible los que entienden la verdad de Dios para ganar almas para Cristo, para prestar su lealtad a la ley de Dios? El día ya ha declinado, se acerca la noche, y es esencial trabajar mientras es de día, porque la noche viene cuando nadie puede trabajar [Juan 9:4]. En un tiempo como este no debiéramos tener más que una meta en vista: emplear todos los medios que Dios ha puesto a nuestro alcance por medio de los cuales pueda plantarse la verdad en el corazón de los hombres. Es con este propósito, justamente, que la Palabra de Dios fue enviada al mundo: para que pudiera controlar la vida y transformar el carácter. Es el deber de todo cristiano esforzarse hasta el límite de su capacidad para difundir ampliamente el conocimiento de la verdad. Cristo ha

comisionado a sus discípulos para ir a todo el mundo y predicar el evangelio a todas las naciones.

Con la gran obra de iluminar al mundo ante nuestra vista, nosotros los que creemos en la verdad debiéramos sentir la necesidad de una educación integral en los ramos prácticos del conocimiento, y especialmente nuestra necesidad de una educación en las verdades de las Escrituras. Hoy se exalta toda clase de errores como si fueran verdad, y es deber nuestro escudriñar fervientemente la Santa Palabra para saber cuál es la verdad, y para ser capaces de presentarla inteligentemente a otros. Seremos llamados para dar a conocer las razones de nuestra fe. Se nos llamará para comparecer ante gobernantes con el fin de responder por nuestra lealtad a la ley de Dios. El Señor nos ha llamado a dejar el mundo para poder ser testigos en favor de su verdad; y de entre todos los que componen nuestro pueblo debieran prepararse jóvenes de ambos sexos para ocupar puestos de utilidad e influencia. Tienen el privilegio de llegar a ser misioneros para Dios, pero no pueden ser meros novicios en educación y el conocimiento de la Palabra de Dios y al mismo tiempo hacer justicia a la sagrada obra para la cual se los designa. En todos los países se hace notar, dolorosamente, la falta de educación entre nuestros obreros. Nos damos cuenta de que la educación no sólo es necesaria para desempeñar adecuadamente los deberes de la vida doméstica, sino también necesaria para el éxito en todos los ramos de la vida útil.

En vista de la necesidad de educación para la obra de Dios, y para el desempeño exitoso de las distintas responsabilidades de la vida, cuán agradecidos debiéramos estar de que se esté por abrir un colegio en Melbourne bajo la dirección de quienes creen fervientemente en la verdad para esta hora. Para el éxito de este nuevo emprendimiento, por el beneficio que les traerá a ustedes y a vuestros hijos, hermanos y hermanas, de corazón manifiéstese entre ustedes el deseo de cooperar con aquellos sobre cuyos hombros se ha puesto la carga de la obra. De Estados Unidos han venido docentes, no sin sacrificio, para ayudarlos en vuestros esfuerzos por alzar el pendón de la verdad entre la gente. Desean

educar a la juventud para que entienda la Palabra de Dios, para que vuestros hijos puedan ser capaces de exponer las Escrituras a otros. Ahora resta que quienes han sido iluminados por la verdad en estas colonias cooperen con los esfuerzos de los hermanos estadounidenses, sabiendo que en Cristo todos los prejuicios de raza, todas las distinciones nacionales, deben hacerse a un lado, y que todos somos hermanos, ocupados en la obra de hacer avanzar el reino del Redentor. Todos somos uno en Cristo, y debiéramos unirnos de corazón en un esfuerzo por educar y preparar a un ejército de jóvenes de ambos sexos, de tal modo que sean cristianos equilibrados y consecuentes, capaces de entender y explicar las Escrituras. La pureza, fe, celo y carácter consecuentes en quienes salen a trabajar por el Señor debieran ser tan evidentes, que otros puedan ver sus buenas obras y glorifiquen al Padre que está en los cielos [Mat. 5:16]. Si nuestra profesión de fe tiene el apoyo de una piedad sincera, será un instrumento para el bien, porque por medio de ella se influirá sobre las almas para que reúnan los requisitos de la salvación. Dios se propone que su gracia se manifieste en el creyente para que, por medio de un carácter como el de Cristo en los miembros individuales, la iglesia llegue a ser la luz del mundo.

Hagan los padres todo esfuerzo posible para enviar a sus hijos al colegio que pronto se abrirá en Melbourne; porque precisamente por este medio es posible que miembros de vuestras propias familias puedan ser capacitados por el Señor para ser obreros en su causa. Hay muchos puestos que llenar para misioneros en Australia, Nueva Zelanda y las islas del océano [Pacífico]. Y no será posible suplir desde Estados Unidos obreros para llenar todas esas vacantes. Deben educarse a obreros en estos campos para que puedan asumir el trabajo y salir como portadores de luz a los lugares oscuros de esas tierras. No son muchos los que pueden ir a Estados Unidos para obtener una educación; y aun si pudieran ir, podría no ser lo mejor para ellos o para el progreso de la obra. El Señor quiere que se establezcan colegios en este país para educar a obreros, para dar carácter a la obra de la verdad presente en estos campos nuevos y para despertar el interés entre los que no creen. Quiere él

que construyan un centro educativo en vuestro propio país, donde estudiantes promisorios puedan ser instruidos en los ramos prácticos del saber, y en las verdades de la Biblia, con el fin de poder estar preparados para trabajar en estas tierras, rescatando a las almas del cautiverio de Satanás. Pueden venir de Estados Unidos docentes hasta que esta obra esté bien establecida, y de este modo forjarse un nuevo lazo de unión entre Estados Unidos y Australia, Nueva Zelanda y las islas del océano.

Hay jóvenes en estos países a quienes Dios, por su gracia, ha dotado de capacidad mental; pero para realizar la mejor tarea que puedan, sus facultades deben ser encaminadas de modo adecuado. Debieran utilizar los talentos que Dios les dio para logros académicos superiores, y llegar así a ser obreros que no tienen de qué avergonzarse, que usan bien la Palabra de verdad y son sabios para la salvación [2 Tim. 2:15; 3:15]. Este talento necesita cultivo, y puesto que se está por establecer aquí un colegio, por cierto no es sabio enviar alumnos a Estados Unidos a un costo tan alto. Es aquí donde debe hacerse la obra. Este es el territorio misionero, y toda persona que se considere digna de la educación que nuestros colegios en Estados Unidos pueden dar, debiera obtenerla aquí mismo, en el territorio de sus trabajos futuros. Los que tienen capacidad debieran ser preparados aquí, para así poder poner en práctica sus conocimientos en la primera oportunidad disponible y llegar a ser agentes en las manos del Señor para diseminar la luz y la verdad.

Pero aun si no accedieran a ninguna de estas responsabilidades, o si no hubiera campos misioneros en los cuales penetrar, aun así sería necesario que vuestros hijos fueran educados. No importa qué tipo de ocupación piensen los padres que es adecuada para sus hijos, ya sea que deseen que trabajen en la industria, la agricultura, los trabajos manuales o en una carrera profesional, cosecharán grandes beneficios de la disciplina de una educación. Vuestros hijos debieran tener la oportunidad de estudiar la Biblia en el colegio. Necesitan que se les suministren en forma íntegra las razones de nuestra fe, para entender la Biblia por ellos mismos. Por medio de la

comprensión de las verdades de la Biblia estarán mejor capacitados para puestos de responsabilidad. Se fortalecerán contra las tentaciones que los acosarán a diestra y a siniestra. Pero si su educación y consagración son completas, puede que se los llame, como a Daniel, a desempeñar responsabilidades importantes. Daniel fue un estadista fiel en la corte real de Babilonia, porque temió y amó a Dios y confió en él; y en momentos de tentación y peligro fue preservado por el poder de Dios. Leemos que Dios dio sabiduría a Daniel, y que lo dotó de inteligencia.

Los que obtienen un conocimiento de la voluntad de Dios, y ponen en práctica la enseñanza de su Palabra, serán hallados fieles en cualquier puesto de responsabilidad en los cuales se los coloque. Consideren esto, padres, y coloquen a sus hijos allí donde serán educados en los principios de la verdad, donde se hará todo esfuerzo para ayudarlos a mantener su consagración, si están convertidos, o para influir sobre ellos para que se hagan hijos de Dios, si no están convertidos, y de ese modo prepararlos para que salgan a ganar a otros para la verdad.

Que quienes tienen el amor de la verdad en su corazón, y a la luz reflejada desde el Calvario, calculen el valor de un alma por quien Cristo murió. Hay muchos que se sienten impulsados por el Espíritu de Dios para ir a trabajar en la viña del Señor. Anhelan buscar y salvar lo que está perdido. Pero, por falta de conocimiento y disciplina, no están calificados para entrar en la obra de elevar y ennoblecer a sus prójimos. Los que enseñan a otros deben recibir enseñanza. Necesitan aprender cómo tratar con las mentes humanas. Deben hacerse colaboradores con Cristo y aprovechar cada oportunidad para impartir a los hombres un conocimiento de Dios. Para ser agentes en favor de Dios, en la obra de elevar la mente de los hombres desde lo terreno y sensual a lo espiritual y celestial, los obreros deben recibir educación y entrenamiento. Al hacerse estudiantes entenderán mejor cómo enseñar a otros. Deben adquirir disciplina mental por medio del ejercicio de la capacidad que Dios les dio, y poner todo el corazón y la mente en la tarea de adquirir conocimiento. Con la gloria de Dios a la vista, deben poner

toda su energía en la obra, aprender todo lo que puedan y volverse inteligentes con el fin de impartir conocimiento a otros.

Hay una gran obra a realizar en estos países [aquí], y el amor de Cristo y el amor por las almas por quienes él murió debieran constreñirnos a poner todo el esfuerzo de que somos capaces en buscar y salvar lo que está perdido [2 Cor. 5:14; Luc. 19:10]. Que cada uno esté en su puesto como fiel soldado de Cristo para trabajar en favor de sus hermanos, y junto a ellos, con el fin de que la obra sea de éxito en sus manos. Que cada uno que se enrola en esta tarea tan necesaria recuerde que el colegio está establecido no sólo para beneficio de nosotros y de nuestros hijos, sino para impartir el conocimiento de la verdad y para que las almas que perecen sean salvas en el reino eterno. Que cada uno se aferre a esta tarea resuelto a no fracasar ni desanimarse, y entonces el Señor obrará maravillas entre nosotros. Si en un momento como este no hacemos un esfuerzo resuelto para ampliar y elevar la obra, y nos retiramos porque las cosas no están siendo manejadas de acuerdo con nuestras ideas, el Señor ciertamente nos pasará por alto, y elegirá a otros agentes que se aferren a la obra de él como él lo quiere y sigan las directivas de su Espíritu. ¡Ojalá que cada uno cumpliera con su deber, con el fin de que nuestra influencia pueda estar unificada para hacer progresar la causa de Dios!

El ojo de Dios está sobre estos países, porque aquí es donde él quisiera alzar su pendón y desplegar su bandera. Aquí, en este territorio misionero, él quisiera ver almas ganadas para Jesucristo. Quisiera él que cada profeso cristiano sea un verdadero misionero, listo para ocupar su lugar en la fila con el fin de hacer su tarea individual, y que todos se unan en un esfuerzo sistemático. Quisiera él que los hombres se olviden de sus propias ideas y prejuicios, que sólo traen oscuridad y duda a sus almas, y se ocuparan en trabajar por los que están a punto de perecer. Quisiera él que se dieran cuenta de que ninguno vive para sí. Es por no prestarle atención al esfuerzo desinteresado por otros que muchos se han empequeñecido y lisiado en su experiencia religiosa. Algunos que ocupan segundos planos podrían haber progresado en el

conocimiento de Dios si no se hubieran mantenido apartados de sus hermanos, retirándose de la camaradería con los creyentes que no trabajaban de acuerdo con sus ideas limitadas. Oh, si esas personas que estorban dejaran de mirarse a sí mismas y se interesaran en la salvación de las almas, las pequeñas diferencias que mantienen con otros se olvidarían, y ya no existiría ese apartamiento respecto de sus hermanos. Si al momento de reunirse no hablaran de los asuntos en los cuales ven objeciones sino que refrenaran sus bocas como con una brida, y buscaran al Señor en oración ferviente para que su Santo Espíritu descanse sobre ellos con el fin de sentir la preocupación por las almas por quienes Cristo murió, hallarían que sus tinieblas se disiparían, y que luz y esperanza entrarían en su alma. El amor propio se desvanecería, y se volverían tan dóciles como niños. La obstinación se derretiría al contemplar el amor de Dios, y su corazón ardería, tocado con un carbón encendido del altar [Isa. 6:6]. Se desterrarían las penas, y el buen ánimo las remplazaría; porque el infinito amor y bondad de Dios sería entonces el tema de su testimonio.

Los que quieren ser más que vencedores deben salir de su encierro en sí mismos, y lo único que realizará esta gran obra es interesarse intensamente por la salvación de otros. Esto no significa que ustedes deban convertir a los hombres a vuestra manera de hacer las cosas, ni compelerlos a ver las cosas con vuestra misma perspectiva; sino que deben presentar la verdad tal como es en Jesús, y al trabajar para ser de bendición a otros serán bendecidos abundantemente por Dios. Que hayan hecho, y estén haciendo, algo para extender las fronteras del reino de Dios al rescatar a las almas del yugo satánico de la superstición y el error será de gozo para vuestro corazón, y ampliará vuestras ideas y planes. Al hacer coincidir vuestro interés con el de Cristo estarán santificando a Dios vuestros talentos de capacidad, influencia y medios. Algunos de ustedes considerarán que es un privilegio abandonar sus hogares para poder trabajar en las islas del océano [Pacífico], y rescatar a las almas del cautiverio al pecado y el error. A medida que ganen una experiencia nueva y más profunda, aprenderán qué significa orar en el Espíritu Santo. Los que apostaron de Dios serán

recuperados, y se manifestará más preocupación por aprender de Jesús a ser manso y humilde de corazón que por señalar las equivocaciones y errores de sus hermanos, porque por fe aceptan a Cristo como su Salvador personal. Entonces no llegarán a las reuniones para contar de sus dudas y temores. Tendrán algo mejor acerca de lo cual hablar; vuestro corazón se ensanchará, y tendrán la paz de Cristo, la cual sobrepasa todo entendimiento. Esta es la experiencia que Dios quiere que comprendan en este país.

Pero con el fin de alcanzar esta experiencia deben darse pasos concretos. Los métodos y planes por medio de los cuales debe realizarse la obra serán según la orden del Señor, y no de acuerdo con vuestras ideas personales; y los resultados compensarán con creces vuestra inversión. El esfuerzo misionero se generalizará, y el ejemplo de un obrero fervoroso, al trabajar en la dirección correcta, será de influencia sobre otros para que estos también salgan a predicar el evangelio. El espíritu misionero pasará de casa en casa, y los hermanos encontrarán algo para hablar que es más interesante que sus quejas. Se interesarán en exhibir las gemas de verdad que contiene la Biblia, y se establecerán iglesias, se erigirán lugares de culto, y muchos vendrán a ayudar al Señor. Los hermanos se vincularán con lazos de amor, y se darán cuenta de su unión con los hermanos de experiencia en todas partes del mundo, siendo que son uno en sus planes, uno en el propósito de su interés. Un paso hacia adelante que tomen los que dirigen la obra será notado por quienes están en este país y en todos los países, y los que están en el extranjero responderán al esfuerzo hecho en el centro de la obra por seguir a nuestro gran Líder; y así, a través de la conversión de las almas a la verdad, se elevará una alabanza cuantiosa hasta el Ser que se sienta sobre el trono.

La obra misionera en Australia y Nueva Zelanda está aun en su infancia; pero la misma obra realizada en Australia y Nueva Zelanda debe hacerse en el África, la India, China y las islas del [Pacífico]. Bajo el adecuado símbolo de un ángel volando en medio del cielo se representa la obra del pueblo de Dios. En esta obra las inteligencias celestiales colaboran con los agentes humanos para transmitir el

último mensaje a los habitantes del mundo. Pero los planes y la obra de los hombres no están manteniendo el paso de la providencia de Dios, pues mientras algunos en esos países que profesan creer la verdad declaran, con su actitud, “No como tú quieres, Señor, sino como es nuestra voluntad”, hay muchos que están implorando a Dios poder entender qué es verdad. En lugares secretos están llorando y rogando en oración ver luz en las Escrituras; y el Señor del Cielo ha comisionado a sus ángeles para que colaboren con los agentes humanos en hacer progresar su vasto propósito, con el fin de que todos los que desean luz puedan contemplar la gloria de Dios. Hemos de avanzar donde la providencia de Dios abre las puertas, y al avanzar hallaremos que el Cielo se nos ha adelantado, ampliando el campo de labor más allá de la proporción de nuestros medios y capacidad para suministrarlo. La gran necesidad del campo que se abre ante nosotros debiera constituir un llamado para todos aquellos a quienes Dios ha confiado los talentos de recursos o capacidad, para consagrarse a sí mismos y todo lo que tienen a Dios. Hemos de ser mayordomos fieles no sólo de nuestros recursos, sino también de la gracia que se nos dio, con el fin de que muchas almas puedan ser traídas bajo la bandera ensangrentada del Príncipe Emanuel. Los propósitos y fines que han de lograr los misioneros consagrados son muy abarcadores. El campo para las operaciones misioneras no está limitado por castas o nacionalidades. El campo es el mundo [Mat. 13:38], y la luz de la verdad ha de llegar a todos los sitios oscuros de la Tierra en un tiempo mucho más corto que lo que muchos creen posible.

Dios se propone poner en funcionamiento agencias en vuestro propio país para ayudar en esta gran obra de iluminar al mundo. Su designio es emplearlos a ustedes y a sus hijos para desempeñar una parte en esta guerra agresiva contra los poderes de las tinieblas, ¡y sin duda no querrán pasar por alto la bendición de Dios ni considerar livianamente el privilegio puesto a vuestro alcance! Él querría que se comprometieran en este conflicto, luchando juntos por su gloria, sin buscar la supremacía, sin contender para exaltarse a ustedes mismos mediante la desvalorización de otros. Querría él dotarlos del verdadero espíritu misionero, que eleva, purifica y

ennoblece todo lo que toca, haciendo puros y buenos y nobles a todos los que voluntariamente se ponen bajo su influencia; porque cada agente que colabora con las inteligencias celestiales será dotado de poder de lo alto y representará el carácter de Cristo. El espíritu misionero nos capacita para apreciar más plenamente las palabras del Padrenuestro, en el que Jesús nos insta a orar: “Venga tu Reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra” [Luc. 11:2]. El espíritu misionero amplía nuestros pensamientos, y nos lleva a unirnos a todos los que tienen una comprensión de la influencia expansiva del Espíritu Santo.

Dios querría disipar las nubes que se han acumulado en torno a las almas en estas colonias, y unir a todos nuestros hermanos en Cristo Jesús. Querría ligarnos con los vínculos de la camaradería cristiana, tenernos llenos de amor por las almas por quienes Cristo murió. Dijo Jesús: “Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado” [Juan 15:12]. Querría él tenernos unidos en corazón y en planes para hacer la gran tarea que nos encomendara. Los hermanos debieran alinearse hombro con hombro, uniendo sus oraciones al trono de gracia, para poder mover el brazo del Omnipotente. Entonces el Cielo y la Tierra estarían estrechamente conectados en la obra, y habría gozo y alegría en la presencia de los ángeles de Dios cuando la oveja perdida es hallada y restaurada.

El Espíritu Santo, que derrite y subyuga el corazón humano, llevará a los hombres a hacer las obras de Cristo. Prestarán oído a la exhortación: “Vended lo que poseéis y dad limosna; haceos bolsas que no se envejezcan, tesoro en los cielos que no se agote” [Luc. 12:33]. Cristo se entregó a sí mismo por nosotros, y se requiere que sus seguidores se entreguen a sí mismos a él, con sus talentos de recursos y capacidad. ¿Qué más podría hacer el Señor por el hombre que lo que ha hecho? ¿Y no le entregaremos todo lo que tenemos y somos, practicando el sacrificio propio y la negación propia? Si somos los discípulos de Cristo, eso se hará manifiesto al mundo a través de nuestro amor por aquellos por quienes murió él.

Fue mediante el espíritu de amor que el evangelio llegó hasta ustedes y a todos los hombres que tienen un conocimiento de Dios. Se nos requiere no meramente admirar a los hombres que fueron utilizados por Dios, o desear que tuviéramos tales hombres hoy, sino también rendirnos para ser usados por parte de Dios como sus agentes humanos. Fue su Espíritu quien inspiró los esfuerzos de esos hombres, y puede conceder en abundancia a sus obreros hoy la misma valentía, celo, fervor y devoción. Fue Jesús quien dio a esos hombres gracia, poder, fortaleza y perseverancia, y está dispuesto a hacer otro tanto en favor de cada uno que desee ser un misionero verdadero.

Dios ha comenzado a obrar en este país, y la iglesia debe unirse con las inteligencias celestiales, manifestar una actividad santa y, al ejercitar sus facultades, hacerse más eficiente para salvar almas y glorificar a Dios. Los que hemos visto la luz de la verdad estamos llamados a ayudar en su avance, a despertar a la gran responsabilidad de la obra misionera que debe realizarse en nuestro territorio; y es el deber de toda alma colaborar con los que desean hacer progresar su obra. Busque cada uno tirar del carruaje en forma pareja junto con Cristo. Escondamos nuestros caminos en los caminos de Dios [*cf.* Isa. 58:13], cese toda disensión, que el carácter de Cristo sea representado mediante la bondad, tolerancia, abnegación, mansedumbre, humildad y amor. Que todos se unan de corazón para trabajar hasta el límite de su capacidad para sostener el colegio que va a establecerse ahora, porque en las manos de Dios este puede ser el instrumento para educar a obreros que derramen la luz de la verdad sobre la gente. ¿Quién está por Jehová? [*cf.* Éxo. 32:26] ¿Quien verá hoy la tarea que hay que realizar y la hará?–*Bible Echo Supplement*, 1º de septiembre de 1892.

28

Necesidad de obreros preparados

He estado profundamente interesada en el relato de una experiencia reciente del Pr. Daniells, quien, al viajar de Melbourne a Adelaide, se detuvo en un pueblo llamado Nhill para visitar a algunos jóvenes que habían estado enviando pedidos de periódicos y libros a la oficina de *The Echo* [El Eco]. Allí encontró a un joven de apellido Hansen, un danés, quien se había encontrado con *El Eco* por casualidad en una biblioteca pública y se había vuelto un lector interesado de ese periódico. Los temas de la verdad presentados en sus columnas hallaron sitio en su corazón, y comenzó a hablar de ellos a un amigo en el hotel donde trabajaba. Este hombre, el Sr. Williams, también se interesó, y enviaron pedidos de otras publicaciones, tras hacerse suscriptores regulares del periódico. El Pr. Daniells los encontró ávidos por un mejor conocimiento de la verdad. En la mesa del Sr. Williams podía verse *Pensamientos sobre Daniel y Apocalipsis* [de Urías Smith] y varios otros libros publicados por nuestro pueblo. Ellos habían visto sólo a una persona de nuestra fe. Le compraron al Pr. Daniells tres ejemplares de *El camino a Cristo*, uno para cada uno de ellos y otro para dárselo a un pastor. El Pr. Daniells quedó complacido por esta visita y animado por su conversación con estos buscadores de la verdad.

Estos hombres habían estado estudiando la verdad en la página impresa y en la Biblia, y habían aceptado todos los puntos de doctrina que habían podido entender sin la ayuda de un predicador en persona. Se está haciendo una gran obra mediante la distribución de nuestras publicaciones; pero cuánto mayor bien se podría hacer si algunos de nuestros hermanos y hermanas de Estados Unidos vinieran a estas colonias como fruticultores, agricultores o comerciantes y, en el temor y amor de Dios, buscaran ganar almas para la verdad. Si tales familias se consagraran a Dios, él las usaría como sus agentes. Los pastores tienen su lugar y su

obra, pero hay veintenas de personas a las que el pastor no puede llegar, que podrían ser alcanzados por familias que visitaran a las personas y les recalcaran la verdad para estos últimos días. En sus relaciones domésticas o de negocios podrían entrar en contacto con una clase de personas inaccesibles para el pastor, y podrían abrir ante ellas los tesoros de la verdad e impartirles un conocimiento de la salvación. Es absolutamente poco lo que está haciéndose en esta línea de trabajo misionero, porque el campo es grande, y muchos obreros podrían trabajar con éxito en este tipo de esfuerzo. Si quienes han recibido un conocimiento de la verdad se hubiesen dado cuenta de la necesidad de estudiar las Escrituras por sí mismos, si hubieran sentido la responsabilidad que pesa sobre ellos como fieles mayordomos de la gracia de Dios, habrían traído luz a muchos que moran en tinieblas, ¡y qué cosecha de almas habría sido recogida para el Maestro! Si cada uno se diera cuenta de que debe rendir cuentas a Dios por su influencia personal, en ningún caso estaría ocioso sino que cultivaría sus capacidades, y educaría cada facultad para poder servir al Ser que nos compró con su propia sangre.

Los jóvenes, especialmente, debieran sentir que necesitan educar su mente y aprovechar toda oportunidad para hacerse inteligentes con el fin de presentar un servicio aceptable a quien dio su vida preciosa por ellos. Y que nadie cometa el error de considerarse tan bien educado como para no tener necesidad de estudiar en los libros o en la naturaleza. Que cada uno aproveche toda oportunidad, con la cual ha sido favorecido por la providencia de Dios, con el fin de adquirir todo lo que sea posible en la revelación o la ciencia. Debiéramos aprender a valorar adecuadamente las facultades que Dios nos ha dado. Si un joven ha comenzado por el peldaño más bajo de la escala no debiera desanimarse, sino resolver subir peldaño tras peldaño hasta oír la voz de Cristo decir: “Hijo, sube aquí. Bien hecho, buen siervo y fiel; en lo poco has sido fiel, te haré señor de muchas cosas; entra en el gozo de tu Señor” [*cf.* Mat. 25:23].

Debemos comparar nuestro carácter con la norma infalible de la ley de Dios. Para esto debemos escudriñar las Escrituras y medir nuestros logros con la Palabra de Dios. Por medio de la gracia de Cristo son posibles los más altos logros en carácter, porque toda alma que se allega a la influencia modeladora del Espíritu de Dios puede ser transformada en mente y corazón. Para entender vuestra condición es necesario estudiar la Biblia y velar en oración. El apóstol dice: “Examinaos a vosotros mismos, para ver si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no os conocéis a vosotros mismos? ¿No sabéis que Jesucristo está en vosotros? ¡A menos que estéis reprobados!” [2 Cor. 13:5]. Que quienes estén en la ignorancia no permanezcan en la ignorancia. No pueden permanecer en la ignorancia y pretender tener la mente de Dios. Deben contemplar la cruz del Calvario y valorar el alma mediante el valor de la ofrenda que se hizo allí. Jesús dice a todos los creyentes: “Vosotros sois mis testigos” [Isa. 43:10]. “Nosotros somos colaboradores de Dios” [1 Cor. 3:9]. Siendo esto verdad, cuán fervientemente debiéramos esforzarnos cada uno de nosotros por hacer uso de toda facultad para aprovechar cada oportunidad de hacernos eficientes con el fin de ser, “en lo que requiere diligencia, no perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor” (Rom. 12:11).

Todo talento dado a los hombres ha de ser ejercido para que pueda aumentar su valor, y todo la ganancia debe ser devuelta a Dios. Si tienen defectos en sus modales, en la voz, en educación, no tienen por qué permanecer siempre en tal condición. Deben esforzarse continuamente para alcanzar una norma más alta tanto en educación como en experiencia religiosa, para poder ser maestros de cosas buenas. Como siervos del gran Rey, deben darse cuenta personalmente de que están bajo obligación de superarse mediante la observación, el estudio y la comunión con Dios. La Palabra de Dios puede hacerlos sabios, guiarlos y hacerlos perfectos en Cristo. El bendito Salvador fue un modelo sin defecto para que sus seguidores lo imitasen. Es el privilegio de los hijos de Dios entender las cosas espirituales, para poder administrar sabiamente aquello que les fue confiado a su cuidado. Dios no

ofrece una manera por la cual uno pueda encontrar excusa para hacer trabajo de mala calidad; y sin embargo mucho trabajo de ese tipo le ha sido ofrecido por parte de quienes trabajan en su causa, pero no es aceptable para él.

Jóvenes y señoritas, ¿han procurado, como hombres y mujeres adquiridos por Dios a un costo infinito, presentarse ante él aprobados, como obreros que no tienen de qué avergonzarse? ¿Han traído a Dios el talento precioso de vuestra voz, y hecho esfuerzos diligentes para hablar con claridad, nitidez y fluidez? No importa cuán imperfecta sea vuestra elocución, pueden corregir sus defectos, y no permitirse un tono nasal ni hablar de un modo empastado y confuso. Si vuestra enunciación es clara e inteligible, vuestra utilidad aumentará grandemente. Por tanto, no dejen un solo hábito defectuoso de enunciación sin corregir. Oren al respecto, y cooperen con el Espíritu Santo que está obrando para vuestra perfección. El Señor, que hizo al hombre perfecto en el principio, los ayudará a cultivar vuestras facultades físicas y mentales, y los capacitará para llevar cargas y responsabilidades en la causa de Dios.

Hoy hay miles que no están calificados para la obra del ministerio, quienes no pueden ocupar un puesto de sagrada responsabilidad, y están perdidos para la causa, porque no valoraron los talentos que Dios les concedió; no cultivaron sus facultades mentales y corporales para poder ocupar puestos de responsabilidad en la obra del Maestro. Individualmente estamos aquí a prueba, y el Señor está examinando y probando nuestra fidelidad a él.

Él desea emplearnos como agentes para transmitir la luz de su Palabra al mundo. Si hemos aprovechado la luz que Dios nos dio difundiéndola a otros, se nos aumentará la luz; porque “al que tiene, le será dado y tendrá más; y al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado” [Mat. 25:29]. Está a nuestra elección qué hacer con la luz que Dios nos ha dado. Podemos andar en la luz o rehusar seguir las pisadas de Cristo, y de ese modo extinguir nuestra luz.

En vista de la luz que Dios ha dado, es asombroso que no haya veintenas de jóvenes de ambos sexos inquiriendo: “Señor, ¿qué quieres que yo haga?” [Hech. 9:6]. Es un error peligroso imaginar que a menos que un joven haya decidido entregarse al ministerio, no se requiere un esfuerzo especial para capacitarlo para hacer la obra de Dios. Cualquiera sea vuestra vocación, es esencial que mejoren sus capacidades mediante el estudio diligente. Debiera instarse a los hombres y mujeres jóvenes a que valoren las bendiciones otorgadas por el cielo en oportunidades para adquirir disciplina e inteligencia. Debieran aprovechar los colegios que se han establecido para impartir el mejor tipo de conocimientos. Es pecaminoso ser indolentes y negligentes en cuando a conseguir una educación. El tiempo es corto, y por cuanto el Señor está próximo a cerrar las escenas de la historia de la Tierra, hay tanta mayor necesidad de aprovechar las oportunidades y privilegios que se nos presentan.

Los jóvenes y las señoritas debieran ubicarse en nuestros colegios en el canal donde puede obtenerse conocimiento y disciplina. Debieran consagrar sus capacidades a Dios, llegar a ser estudiantes diligentes de la Biblia, con el fin de fortalecerse contra las doctrinas erróneas y no ser seducidos por el error de los malvados; porque es mediante la investigación diligente de la Biblia que obtenemos el conocimiento de lo que es verdad. Pero al practicar la verdad que ya conocemos nos alumbrará una mayor luz desde las Santas Escrituras. Al entregar nuestra voluntad a la voluntad de Dios, al humillar nuestro corazón en su presencia, tendremos el deseo ferviente de ser colaboradores con él, y salir a salvar a los que perecen. Los que están verdaderamente consagrados a Dios no entrarán en la obra incitados por el mismo motivo que lleva a los hombres a emprender los negocios del mundo, meramente para conseguir medios de vida, sino que entrarán a la obra sin dejar que ninguna consideración mundana los controle, pues han tomado conciencia de que la causa de Dios es sagrada.

El mundo debe ser advertido, y ningún alma debiera reposar satisfecha con un conocimiento superficial de la verdad. No saben a

qué responsabilidad pueden ser llamados. No saben dónde podrán ser llamados a dar vuestro testimonio en favor de la verdad. Muchos tendrán que comparecer ante los tribunales legislativos, y algunos tendrán que comparecer ante los reyes y los eruditos del mundo, para responder sobre su fe. Los que tengan un conocimiento sólo superficial de la verdad no serán capaces de exponer claramente las Escrituras y dar razones definidas de su fe. Se confundirán, y no serán obreros que no tienen de qué avergonzarse. Que nadie imagine que no necesita estudiar sólo porque no ha de predicar desde el púlpito sagrado. No saben qué es lo que Dios requerirá de ustedes. Es un hecho lamentable que la causa de la verdad ha sido estorbada por escasez de obreros con educación que se han capacitado para puestos de responsabilidad. El Señor desea aceptar de a miles para trabajar en la gran mies, pero muchos no se han preparado para la tarea. Pero cada uno que haya abrazado la causa de Cristo, que se haya ofrecido como soldado de la hueste del Señor, debiera colocarse donde pueda hacer fielmente la ejercitación. En su conjunto, la religión ha significado demasiado poro para los profesos seguidores de Cristo, porque no es la voluntad de Dios que nadie permanezca ignorante cuando la sabiduría y el conocimiento han sido puestos a su alcance.

¡Cuán pocos se han calificado en la ciencia de salvar almas! ¡Cuán pocos entienden la obra que debe realizarse para edificar la iglesia al transmitir la luz a los que moran en tinieblas! Y sin embargo Dios ha dado a cada uno su obra. Hemos de obrar nuestra salvación con temor y temblor; porque es Dios quien obra en nosotros tanto el querer como el hacer, por su buena voluntad [Fil. 2:12, 13]. En la obra de la salvación hay una cooperación entre las agencias divina y humana. Mucho se dice con respecto a la ineficacia del esfuerzo humano, y sin embargo el Señor no hace nada para la salvación del alma sin la cooperación del hombre. La Palabra de Dios es clara y nítida al respecto, y sin embargo, cuando tanto depende de nuestra cooperación con las agencias celestiales, los hombres se comportan como si pudieran hacer a un lado los derechos que tiene Dios y dejar que las cosas de importancia eterna aguarden hasta que cómodo o conveniente. Actúan como si pudieran administrar las

cosas espirituales a su conveniencia, y colocan los intereses eternos en subordinación a los asuntos terrenos y temporales. Pero cuán presuntuoso es tratar así con lo que es más esencial, y que se pierde tan fácil.

¿Dónde están los que quieren ser sabios colaboradores con Dios? Dice el apóstol: “Nosotros somos colaboradores de Dios, y vosotros sois labranza de Dios, edificio de Dios” [1 Cor. 3:9]. Pero ¿creerán los hombres que serán capaces, bajo la presión de las circunstancias, ocupar un puesto importante cuando han descuidado prepararse y disciplinarse para la obra? ¿Se imaginarán que pueden ser instrumentos pulidos en las manos de Dios, para la salvación de las almas por quienes Cristo murió, cuando han omitido usar las oportunidades puestas a su disposición para obtener capacitación para la obra? “Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo y, habiendo acabado todo, estar firmes” [Efe. 6:12, 13]. Todos necesitan aprovechar las oportunidades y facultades dadas por Dios, para poder ser individualmente colaboradores con Dios.

Dios está obrando continuamente por nosotros para que nada nos falte de ningún don [1 Cor. 1:7]. Nos dio facultades físicas, mentales y morales, y si las aprovechamos como debiéramos, seremos capaces de enfrentar a los poderes sobrenaturales de las tinieblas y vencerlos. Jesús nos señaló el camino de la vida, hizo manifiesta la luz de la verdad, dio el Espíritu Santo y nos dotó ricamente con todo lo esencial para nuestro perfeccionamiento. Pero no se están reconociendo estas ventajas, estamos pasando por alto nuestros privilegios y oportunidades y dejamos de cooperar con las inteligencias celestiales, con lo cual no llegamos a ser obreros de Dios nobles e inteligentes. Esos a quienes sus propios caminos les parecen más atractivos que el camino del Señor no pueden ser usados en su servicio, porque serían malos representantes del

carácter de Cristo y desviarían a las almas del servicio aceptable a Dios.

Los que trabajan para el Maestro deben estar bien disciplinados con el fin de poder estar firmes como centinelas fieles. Deben ser hombres y mujeres que lleven a cabo los planes de Dios para el sabio enriquecimiento de la mente de quienes se ponen bajo la influencia de ellos. Deben unirse con todas las agencias que están buscando cumplir la voluntad de Dios para salvar a un mundo perdido. Cristo se dio a sí mismo, el justo por los injustos [1 Ped. 3:18], murió en la cruz del Calvario y ha confiado a agencias humanas la obra de completar la gran medida del amor redentor; pues el hombre coopera con Dios en su esfuerzo por salvar a los que perecen. En los deberes que descuida la iglesia leemos la demora del cumplimiento del propósito de Dios; pero si los hombres dejan de realizar su tarea, sería mejor que nunca hubieran nacido. Grandes males serán la consecuencia de descuidar la cooperación con Dios; pues se perderá la vida eterna. Nuestro éxito como candidatos para el cielo depende de nuestro fervor en cumplir las condiciones bajo las cuales se concede la vida eterna. Debemos recibir y obedecer la Palabra de Dios; no podemos ser ociosos y dejarnos llevar por la corriente. Debemos ser estudiantes diligentes de la Palabra de Dios. Debemos prepararnos y educarnos como buenos soldados de Cristo. Debemos hacer progresar la obra, haciéndonos colaboradores con Dios.–*Review and Herald*, 14 de febrero de 1893.

29

Mensajes para docentes y alumnos

A los docentes y estudiantes en nuestro Colegio en Battle Creek y en todas nuestras instituciones educativas

En horas de la noche se me dieron mensajes para transmitirlos a ustedes en Battle Creek y a todas las escuelas. Si bien está en la instrucción divina que las facultades físicas sean educadas tanto como las mentales, el ejercicio físico debiera ser de una naturaleza que esté en completa armonía con las lecciones dadas por Jesucristo a sus discípulos. Lo que se da al mundo debiera verse en la vida de los cristianos, para que en educación y entrenamiento personal las inteligencias celestiales no registren en los libros que los alumnos y los profesores de nuestras instituciones educativas son “amadores de los deleites más que de Dios” [2 Tim. 3:4]. [Porque] este es el registro que hoy se está anotando de muchos de ellos: “Amadores de los deleites más que de Dios”. Así es como Satanás y sus ángeles están armando los lazos para atrapar vuestra alma, y está trabajando de un modo particular sobre docentes y alumnos para inducirlos a participar de ejercicios y diversiones que se vuelven intensamente absorbentes, pero cuya naturaleza fortalece las facultades inferiores, y crean apetitos y pasiones que tomarán la delantera, las cuales contrarrestarán en forma sumamente decidida las operaciones y el trabajo del Espíritu Santo de Dios sobre cada corazón humano.

¿Qué les dijo el Espíritu Santo? ¿Cuál fue su poder e influencia sobre vuestro corazón durante el Congreso de la Asociación General y de las Asociaciones en otros Estados? ¿Prestaron especial atención a ustedes mismos? ¿Sintieron los profesores del colegio que ellos debían prestar atención? Si Dios los designó educadores de los jóvenes, son también “supervisores de la grey” [*cf.* Hech. 20:28]. No están en la obra del colegio para inventar

planes para ejercicios físicos ni juegos para educar a pugilistas; no están allí para llevar las cosas sagradas al mismo nivel de las comunes.

Estuve hablando a los docentes con mensajes reprobatorios. Todos los docentes necesitan ejercicio, un cambio de actividad. Dios ha señalado que este debiera ser un trabajo útil, práctico, pero ustedes se han apartado del plan de Dios para seguir invenciones humanas en detrimento de la vida espiritual. Ni una jota ni un tilde del sedimento que deja ese tipo de educación los capacitará para enfrentar los severos conflictos de estos últimos días. ¿Qué tipo de educación están recibiendo nuestros docentes y alumnos? ¿Acaso ha diseñado y planeado Dios este tipo de ejercicio para ustedes, o es traído a ustedes por las invenciones humanas e imaginaciones de los hombres? ¿Cómo se prepara la mente para la contemplación y meditación, y pensamientos serios, y la oración ferviente, contrita, que sale de corazones subyugados por el Espíritu Santo de Dios? "Como fue en los días de Noé, así también será en los días del Hijo del Hombre". "Vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos de su corazón sólo era de continuo el mal" [Luc. 17:26; Gén. 6:5].

El Señor abrió a mi vista la necesidad de establecer un colegio en Battle Creek que no estuviera modelado en base a ninguna institución educativa existente. Debíamos tener docentes que guardaran su alma en el amor y temor de Dios. Los docentes habrían de educar en las cosas espirituales, para preparar a un pueblo capaz de estar firme en las arduas crisis que están ante nosotros; pero ha habido un apartamiento del plan de Dios en muchas maneras. Las diversiones están haciendo más por contrarrestar el trabajo del Espíritu Santo que ninguna otra cosa, y se ha contristado al Señor.

"Lavaos y limpiaos, quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis ojos, dejad de hacer lo malo [pero no se detengan aquí; avancen siguiendo la Luz del mundo], aprended a hacer el bien, buscad el derecho, socorred al agraviado, haced justicia al

huérfano, amparad a la viuda. Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque sean rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana" [Isa. 1:16-18]. Aquí está el campo en el que han de ejercitar su intelecto y darse un cambio de actividad. "Si queréis y escucháis, comeréis de lo mejor de la tierra" [v. 19].

"¿Cómo te has convertido en ramera, tú, la ciudad fiel? Llena estuvo de justicia, en ella habitó la equidad, ¡pero ahora la habitan los homicidas! Tu plata se ha convertido en escorias, tu vino está mezclado con agua. Tus gobernantes son rebeldes y cómplices de ladrones. Todos aman el soborno y van tras las recompensas; no hacen justicia al huérfano ni llega a ellos la causa de la viuda" [Isa. 1:21-23].

"Venid, casa de Jacob, y caminaremos a la luz de Jehová... ¡Dejad al hombre cuyo aliento está en su nariz!; porque ¿de qué estima es él digno?" [Isa. 2:5, 22]. "No confiéis en los príncipes, ni en hijo de hombre, porque no hay en él salvación, pues sale su aliento y vuelve a la tierra; en ese mismo día perecen sus pensamientos. Bienaventurado aquel cuyo ayudador es el Dios de Jacob, cuya esperanza está en Jehová su Dios" [Sal. 146:3-5]. "¡Pueblo mío, los que te guían te engañan y tuercen el curso de tus caminos!" [Isa. 3:12c, d].

Estoy alarmada por ustedes en Battle Creek. Los profesores son muy rigurosos en aplicar denuncias y castigos a los estudiantes que violan ligeramente los reglamentos, no con un propósito vicioso sino por descuido; u ocurren circunstancias que hacen que no sea pecaminoso desviarse de reglamentos que han sido creados, y que no debieran mantenerse inflexiblemente si se los transgrede, y sin embargo se trata a la persona en falta como si hubiera pecado gravemente. Ahora quiero que consideren, profesores, cuál es su situación, y tomen vuestro caso y pronuncien juicio contra ustedes mismos; porque no sólo han infringido los reglamentos, sino que han sido muy ásperos, muy severos con los estudiantes; y a más de

esto, hay un pleito de Dios con ustedes. No han hecho sendas derechas para vuestros pies, para que lo cojo no se salga del camino [*cf.* Heb. 12:13]. Se han apartado de las sendas seguras. Digo “profesores”; no especifico nombres. Esto dejo a vuestra conciencia el aplicarlo. El Señor Dios de Israel ha obrado en vuestro medio vez tras vez. Han tenido grandes evidencias de las pisadas majestuosas del Altísimo. Pero un período de gran luz, de maravillosas revelaciones del Espíritu y del poder de Dios, es un período de gran riesgo, en caso de que la luz no sea aprovechada. ¿No considerarán Jeremías 17:5-10 y 18:12-15? Porque con toda seguridad recibirán el reproche divino. La luz ha estado brillando con rayos claros y firmes sobre ustedes. ¿Qué ha hecho esta luz por ustedes? Cristo, el gran Pastor, los mira con desagrado y les pregunta: “¿Dónde está el rebaño que te fue dado, tu hermosa grey?” [Jer. 13:20]. “Yo os declaro en el día de hoy, que estoy limpio de la sangre de todos, porque no he rehuido anunciaros todo el consejo de Dios. Por tanto, mirad por vosotros y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre” [Hech. 20:26-28]. “Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto” [1 Ped. 5:2].

Los profesores que no tienen una experiencia religiosa progresiva, que no están aprendiendo diariamente lecciones en la escuela de Cristo para poder ser ejemplos de la grey, sino que aceptan su salario como lo más importante, no son aptos para el puesto solemne, impresionantemente solemne, que ocupan. Porque este pasaje es apropiado para todas nuestras instituciones educativas establecidas de acuerdo con el designio divino, según el orden o ejemplo de las escuelas de los profetas, para impartir una clase más elevada de conocimiento –sin mezclar la plata con la escoria o el vino con el agua [Isa. 1:22]–, la cual es una representación de los principios preciosos. Conceptos falsos y prácticas malsanas están leudando lo puro, y corrompiendo lo que siempre debió mantenerse puro, como espectáculo para el mundo, los ángeles y los hombres, como institución del Señor; escuelas donde el amor y temor de Dios

estén en primer lugar. “Esta es la vida eterna: Que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado”. “No como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey” [Juan 17:3; 1 Ped. 5:3].

Que los profesos docentes cristianos estén aprendiendo diariamente en la escuela de Cristo sus lecciones. “Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas” [Mat. 11:29]. Les pregunto: ¿Está cada educador en el colegio llevando el yugo de Cristo, o está manufacturando sus propios yugos para imponerlos sobre el cuello de otros, yugos que ellos mismos no llevan, ásperos, severos, exigentes; y todo esto mientras se comportan muy livianamente hacia Dios, ofendiendo todos los días en asuntos de menor o mayor importancia, y haciendo evidente en palabras, espíritu y acciones que no son ejemplos adecuados para los estudiantes, y sin sentir que están bajo la disciplina del mayor Maestro que el mundo conociera? Hace falta un molde más elevado, más santo en el colegio de Battle Creek, y en otras escuelas que han tomado de allí su modelo. Las costumbres y prácticas del colegio de Battle Creek se propagan a todas las iglesias, y las pulsaciones de los latidos del corazón de esta institución se sienten a través de todo el cuerpo de creyentes.

No está en la instrucción divina que miles de dólares se gasten en ampliaciones y agregados a las instituciones de Battle Creek. Lo que hay allí ya es demasiado. Tomen esos recursos extra y establezcan la obra en partes de otros campos que están sufriendo, para dar firmeza a la obra. En este punto he hablado la palabra de Dios. Hay razones que muchos no ven, y que no me siento en libertad de exponer ante ustedes en este momento, pero les digo en nombre del Señor: cometerán un error al agregar edificio a edificio, porque se han concentrado en Battle Creek responsabilidades que son definidamente demasiadas para un solo sitio. Si se dividieran esas responsabilidades y se las colocara en otras localidades sería mucho mejor que hacinar tanto en Battle Creek, despojando a otros

campos carentes de las ventajas con que Dios quisiera que estén privilegiados.

Hay muchos señorones en el colegio a los que les encanta tener señorío sobre la heredad de Dios. Hay por cierto muy poco de Cristo y demasiado del yo. Pero los que están bajo el dictado del Espíritu de Dios y bajo el señorío de Cristo son ejemplos de la grey, y cuando el Príncipe de los pastores aparezca, recibirán una corona incorruptible de gloria [1 Ped. 5:4].

"Igualmente, jóvenes, estad sujetos a los ancianos; y todos, sumisos unos a otros, revestíos de humildad, porque 'Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes'. Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte a su debido tiempo". Todas vuestras obras de ensalzamiento propio producen el resultado natural, y hacen de ustedes lo que Dios no aprobará en ningún momento. Cristo dice: "Sin mí nada podéis hacer" [1 Ped. 5:5, 6; Juan 15:5, RV]. Trabajen y enseñen, hagan obra siguiendo el modelo del Señor, y entonces nunca trabajarán con vuestra débil capacidad humana, sino que tendrán la colaboración de la capacidad divina en conjunción con la humana que Dios da. "Echad toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros. Sed sobrios y velad [no pateando pelotas de fútbol ni educándose en juegos cuestionables que debieran hacer que todo cristiano se sonroje con remordimientos al recordarlos], porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar" [1 Ped. 5:7, 8]. Sí, él está en vuestro campo de juegos mirando vuestras diversiones, apresando a toda alma que puede encontrar con la guardia baja, sembrando sus semillas en las mentes humanas y controlando el intelecto humano. Por amor a Cristo hagan un alto en el colegio de Battle Creek, y consideren el efecto posterior sobre el corazón, el carácter y los principios que tienen esas diversiones copiadas de otros colegios. Progresaron firmemente en los usos de los paganos y no según el ejemplo de Jesucristo. Los estudiantes cuya mente ha sido excitada profundamente por esos juegos no están en la mejor condición para

recibir instrucción, consejo y reproche, muy esenciales para ellos en esta vida y la futura vida inmortal.

De Daniel y sus compañeros la Escritura dice: “A estos cuatro muchachos, Dios les dio conocimiento e inteligencia en todas las letras y ciencias; y Daniel tuvo entendimiento en toda visión y sueños” [Dan. 1:17]. ¿En qué forma se están preparando para colaborar con Dios? “Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros”; “resistid al diablo, y huirá de vosotros” [Sant. 4:8, 7]. Estúdiese con cuidado el régimen alimentario; no es saludable. Los varios platillos pergeñados como postre son perjudiciales en vez de útiles y sanos, y en base a la luz que se me dio, debiera haber un cambio decidido en la preparación de alimentos. Debiera haber un cocinero hábil y completo, que dé porciones amplias de platos sustanciosos a los hambrientos estudiantes. La educación en este aspecto de suministros para la mesa no es correcta, saludable ni satisfactoria, y es esencial una reforma decidida. Estos estudiantes son la heredad del Señor, y han de llevarse los más sólidos y sanos principios al internado con respecto al régimen. Los platos de comida blanda, las sopas y los alimentos líquidos, o el uso abundante de la carne, no son los mejores para producir músculos saludables, órganos digestivos sanos o cerebros despejados. ¡Oh, cuán lentos somos para aprender! Y de todas las instituciones en nuestro mundo, el colegio es la más importante. Aquí debe estudiarse la cuestión del régimen alimentario; no deben seguirse los apetitos, gustos, caprichos o conceptos de una única persona, sino que hace falta una gran reforma, pues daños de por vida serán el seguro resultado de la actual manera de cocinar. De todos los puestos de importancia en ese colegio, el primero es el de la persona empleada para dirigir la preparación de los platos que se pondrán ante los hambrientos estudiantes; pues si se descuida esta tarea, la mente no estará preparada para hacer su obra, porque el estómago ha sido tratado en forma imprudente y no puede cumplir su función de manera adecuada.

Hacen falta mentes fuertes. El intelecto humano debe obtener expansión y vigor y agudeza y actividad. Debe sometérselo a trabajo

duro, o de lo contrario será débil e ineficiente. Se requiere fuerza cerebral para pensar del modo más intenso; debe ejercitárselo resolviendo problemas difíciles y dominándolos, o de lo contrario la mente disminuye en poder y aptitud para pensar. La mente debe inventar, trabajar y luchar, para dar firmeza y vigor al intelecto; y si no se mantienen los órganos físicos en la forma más saludable mediante alimentos sustanciosos y nutritivos, el cerebro no recibe su porción de nutrición para trabajar. Daniel entendía esto, y obtuvo un régimen sencillo, simple y nutritivo, y rehusó los lujos de la mesa real. Los postres que toman tanto tiempo preparar son, muchos de ellos, dañinos para la salud. Los alimentos sólidos que requieren masticación son mucho mejores que las papillas o alimentos blandos. Me detengo en esto por ser esencial. Envío mi amonestación al colegio de Battle Creek para que vaya de allí a todas nuestras instituciones educativas. Analicen estos temas, y hagan que los estudiantes obtengan una educación apropiada en la preparación de alimentos saludables, apetitosos y sólidos, que nutran el organismo. Al presente allí no tienen, ni tuvieron en el pasado, el tipo correcto de preparación y educación en lo que respecta al alimento más sano para generar tendones y músculos sanos, y dar nutrición al cerebro y las facultades nerviosas.

Debe mantenerse el intelecto completamente despierto mediante tareas nuevas, intensas y de total dedicación. ¿Cómo lograrlo? El poder del Espíritu Santo debe purificar los pensamientos y limpiar el alma de su contaminación moral. Los hábitos corruptores no sólo degradan el alma, sino también el intelecto. La memoria, puesta en el altar de prácticas viles y dañinas, sufre. “Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; pero el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna” [Gál. 6:8]. Cuando docentes y alumnos consagren alma, cuerpo y espíritu a Dios, y purifiquen sus pensamientos por medio de la obediencia a la ley de Dios, recibirán continuamente una nueva dotación de fuerza física y mental. Entonces habrá anhelos de corazón en pos de Dios, y oración ferviente en pos de una percepción clara para discernir. El oficio y obra del Espíritu Santo no es para su propio uso, como muchos suponen, sino para que el Espíritu Santo los use a ellos,

modelando, dando forma y santificando toda facultad. La entrega de las facultades a prácticas lascivas desordena el cerebro y las facultades nerviosas; y aunque profesen ser religiosos, no podrán ni ahora ni nunca ser agentes que Dios pueda utilizar, porque él desprecia las prácticas impuras, las cuales destruyen las energías nerviosas vitales. Este pecado de impureza está disminuyendo el vigor físico y las capacidades mentales, de modo que todo lo que parezca esfuerzo mental dentro de poco será irritante. La memoria es episódica, y ¡oh, qué ofrenda abominable se presenta de ese modo a Dios!

Entonces, cuando contemplo las escenas que me han sido presentadas; cuando considero las escuelas establecidas en diferentes lugares, y las veo caídas tan por debajo de todo lo que se asemeje a las escuelas de los profetas, me angustio sobremanera. El ejercicio físico fue señalado por el Dios de sabiduría. Debieran dedicarse algunas horas cada día a la educación útil en trabajos del tipo que ayuden a los estudiantes a aprender los deberes de la vida práctica, los cuales son esenciales para todos nuestros jóvenes. Pero se ha abandonado esto, y se introdujeron diversiones que sólo brindan ejercicio sin ser de ninguna bendición especial en cuanto a realizar obras buenas y justas, lo cual es esencial en la educación y enseñanza.

Los estudiantes, todos y cada uno, necesitan una educación acabada en los deberes prácticos. El tiempo que se emplea en ejercicio físico, el cual paso a paso lleva a excesos, y a la intensidad en los juegos y en el ejercicio de las facultades, debiera ser usado en actividades como las de Cristo, y la bendición de Dios descansaría sobre los que lo hagan. Todos debieran salir de los colegios con eficiencia educada, de modo que si llegan a depender de sus propios recursos, tengan conocimientos que puedan utilizar, lo cual es esencial para la vida práctica. La búsqueda de muchas inventivas para hacer uso intenso de las facultades que Dios ha dado sin hacer nada bueno, nada que pueda uno llevarse a la vida futura, sin historial de buenas acciones, de acciones

misericordiosas, queda registrada en el libro del Cielo así: “Pesada en la balanza y hallada falta” [ver Dan. 5:27].

El estudio diligente es esencial, y también el trabajo físico diligente. El juego no es esencial. Ha estado creciendo entre los estudiantes, en su devoción a las diversiones, la influencia de un poder fascinante, hechizador, que contrarresta la influencia de la verdad sobre la mente humana y el carácter. Una mente bien equilibrada generalmente no se obtiene al dedicar las facultades físicas a las diversiones. Para ser útil, el trabajo físico combinado con la tarea mental es una disciplina de la vida práctica, amenizada siempre por la reflexión de que uno está capacitando y educando la mente y el cuerpo para realizar mejor la obra que Dios diseña que hagan los hombres en diferentes tipos de actividad. Cuando más perfectamente entiendan los jóvenes cómo realizar los deberes de la vida práctica, tanto más intensos y sanos serán sus goces día a día al ser de utilidad a otros.

La mente educada así para gozar de la exigencia física en la vida práctica se hace más amplia, y a través del cultivo y entrenamiento, se hace bien disciplinada y ricamente dotada para ser útil, y adquiere un conocimiento esencial para se de ayuda a sí mismos y a otros. Que cada estudiante lo considere, y sea capaz de decir: “Estudio, y trabajo, para la eternidad”. Pueden aprender a ser pacientemente industriosos y perseverantes en sus esfuerzos combinados de trabajo físico y mental. ¿Qué fuerza de facultades entra en vuestros juegos de fútbol [americano] y las otras invenciones paganas, ejercicios que no son de bendición para nadie? Sólo pongan en ejercicio las mismas facultades para hacer trabajo útil y, ¿no será vuestro registro más agradable para reencontrarse con él en el gran día de Dios?

Todo lo que hagan bajo el estímulo santificado de la obligación cristiana –porque son mayordomos a quienes se les ha confiado la custodia de talentos para usarlos con el fin de ser de bendición para sí mismos y los demás–, les producirá satisfacción, porque todo se hace para gloria de Dios. No puedo encontrar un solo caso en la

vida de Cristo donde se haya dedicado a jugar y divertirse. Fue el gran Educador para la vida presente y la futura. No he podido encontrar un solo caso donde haya educado a sus discípulos para participar de la diversión del fútbol o el pugilismo, para obtener ejercicio físico, o en escenificaciones teatrales; y sin embargo Cristo fue nuestro modelo en todas las cosas. Cristo, el Redentor del mundo, dio a cada uno su obra y manda ocuparnos “entre tanto que regreso” [Luc. 19:13]. Y al hacer su obra, el corazón arde dentro de nosotros en esa ocupación, y todos las facultades del alma son enroladas en una obra asignada por el Señor y Maestro. Es una obra elevada e importante. Los docentes y estudiantes cristianos están capacitados para llegar a ser mayordomos de la gracia de Cristo, y siempre lo serán seriamente.

Todo lo que puedan hacer por Jesús háganlo con seriedad, con un deseo ardiente de demostrar gratitud a Dios, al cumplir del modo más diligente toda obligación que les sea impuesta, de modo que por vuestra fidelidad a Dios puedan corresponder al don grandioso y maravilloso del unigénito Hijo de Dios, y para que por medio de la fe en él no perezcan, sino que tengan vida eterna [*cf.* Juan 3:16].

Hace falta que cada uno en cada escuela y cada institución esté, como Daniel, en comunión tan estrecha con la Fuente de toda sabiduría, que sus oraciones lo capaciten para alcanzar la norma más alta de sus deberes en cada tipo de actividad, con el fin de poder ser capaz de cumplir sus requisitos académicos no sólo bajo la dirección de docentes capaces, sino también bajo la supervisión de las inteligencias celestiales, por saber que el Ojo que todo lo ve y jamás duerme está sobre él. El amor y temor de Dios estaba ante Daniel, y educó y enseñó todas sus facultades para corresponder hasta donde le fuese posible al cuidado amante del gran Maestro, consciente de su responsabilidad ante Dios. Los cuatro jóvenes hebreos no permitirían que motivos egoístas ni el amor a las diversiones ocuparan los dorados momentos de su vida. Trabajaron con un corazón voluntario y mente bien dispuesta. No hay norma más alta que esta que pueda alcanzar cada cristiano. Dios requiere de cada estudiante cristiano más de lo que le ha sido dado. Son un

“espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres” [1 Cor. 4:9].–*Special Testimonies on Education*, octubre de 1893.

30

La mejor educación y su propósito

La mejor educación que puede darse a los niños y jóvenes es la que mantiene una relación más estrecha con la futura vida inmortal. Este tipo de educación es el que debieran dar los padres piadosos, los docentes consagrados y la iglesia, con el fin de que los jóvenes a su vez se hagan misioneros fervientes tanto en el campo local como en el extranjero. Deben ser instruidos seriamente en las verdades de la Biblia, para que puedan llegar a ser columnas de la iglesia, paladines de la verdad, arraigados y fundados en la fe. Deben saber en quién creen, y tener tal experiencia con las cosas divinas que nunca traicionen las cosas sagradas que se les confíen.

Debiera enseñarse a los jóvenes por precepto y ejemplo que deben ser agentes de Dios, mensajeros de misericordia, preparados para toda buena palabra y obra; que deben ser de bendición a los que están a punto de perecer. Estamos con gran necesidad de capacidad culta, y los talentos confiados a nuestros jóvenes debieran ser consagrados al servicio de Dios y utilizados en su obra. Debiera haber hombres y mujeres capacitados para trabajar en las iglesias y adiestrar a gente joven para tipos especiales de obra, de modo que pueda traerse a las almas para ver a Jesús. Las instituciones educativas establecidas por nosotros debieran tener este objetivo en mente, y no seguir el estilo de los colegios denominacionales establecidos por otras iglesias, o de los seminarios y universidades del mundo. Deben pertenecer a una clase totalmente superior, donde no asome ninguna fase de escepticismo ni se lo tolere. Los estudiantes serán educados en el cristianismo práctico, y la Biblia será considerada el libro de texto más elevado e importante.

Hay una gran demanda en todas partes del mundo de docentes cristianos y médicos misioneros. En todas partes del campo, tanto

local como extranjero, hay puertas abiertas para los que pueden hacer bien al cuerpo y al alma al presentar la luz preciosa de la verdad. No debe perpetuarse el descuido que, en esta dirección, hubo en el pasado. Se ha derramado mucha luz sobre nuestra senda, en algunas direcciones más que en otras, y sin embargo nuestro progreso en esos mismos aspectos ha estado muy retrasado con respecto a la luz que teníamos. Muchos de nuestros jóvenes más prometedores ofrecieron sus mejores capacidades en el templo de los ídolos, y se entregaron como sacrificio al príncipe del mal. ¡Oh, cómo desearía que los jóvenes de nuestros colegios, todos y cada uno, cedieran a los preciosos esfuerzos del Espíritu del Señor, para poder conocer las indicaciones de su providencia, y esperar en Dios, con el fin de poder conocer y hacer su voluntad! De ese modo abrirían las puertas del corazón a Jesús.

Al entregarnos a Dios recibimos grandes ventajas; porque si tenemos debilidades de carácter, cosa que tenemos todos, nos unimos al Ser que es poderoso para salvar. Nuestra ignorancia se unirá a su sabiduría infinita, nuestra fragilidad a su firme poder, y, como Jacob, cada uno de nosotros puede llegar a ser un príncipe de Dios. En comunión con el Señor Dios de Israel tendremos poder de lo alto que no capacitará para ser vencedores, y por impartir el amor divino hallaremos acceso al corazón de los hombres. Habremos aferrado temblorosamente el trono del Infinito y diremos: “No te dejaré si no me bendices” [Gén. 32:26]. Se nos asegura que él nos bendecirá y nos hará ser de bendición, y esta es nuestra luz, nuestro gozo, nuestro triunfo. Cuando los jóvenes entiendan qué es tener el favor y el amor de Dios en el corazón, comenzarán a valorar los privilegios comprados con sangre, y consagrarán su capacidad a Dios, y lucharán con todas las facultades concedidas por Dios para incrementar sus talentos para usarlos en servir al Maestro.

La única seguridad para los jóvenes en esta era de pecados y delitos está en tener una comunión viva con Dios. Deben aprender a buscar a Dios para poder ser llenos de su Espíritu Santo, y actuar como si notaran que todo el ejército del Cielo los contempla con solicitud e interés, listos para ministrar en su favor en los peligros y

tiempos de necesidad. Los jóvenes debieran estar protegidos por una barricada de amonestaciones y advertencias contra la tentación. Debe enseñárseles cuáles son los mensajes de ánimo para ellos en la Palabra de Dios. Debe explicitárseles el peligro de avanzar un solo paso en las sendas del mal. Debe educárselos con el fin de reverenciar los consejos de Dios en sus oráculos sagrados. Debe instruírselos para que fijen su resolución contra el mal, y decidan que no entrarán en ningún camino donde no podrían esperar que Jesús los acompañe y su bendición repose sobre ellos. Debe enseñárseles una religión práctica, diaria, que los santifique en cada contacto que tengan en la vida, en sus casas, en los negocios, en la iglesia, en la sociedad. Debe educárselos para que se den cuenta de que es peligroso jugar con sus privilegios; y que en cambio Dios espera que con reverencia y fervor busquen diariamente su bendición. La bendición de Dios es un don precioso, y debe se contado de tal valor que no se renuncie a él a ningún costo. La bendición de Jehová enriquece y no añade tristeza con ella [Prov. 10:22].

Se me conmueve profundamente el corazón al leer de la prostitución de las nobles facultades al servicio de Satanás. En los ministerios del gobierno, en puestos de gran responsabilidad, en fundaciones oficiales, el maligno tienta a los hombres; y el resultado son corrupción y delito, estafas, robos y extorsiones. Hay terribles abismos de corrupción, que derraman sobre nuestro mundo influencias ponzoñosas que corrompen la comunidad. En todas partes Satanás armó sus trampas para capturar a hombres educados, con buenas dotes naturales, hombres capaces de volverse colaboradores de Dios, compañeros de los ángeles, habitantes del Cielo, para poder atarlos a su carro como esclavos suyos. A pesar de que Jesús los rescató del cautiverio del enemigo, se rehúsan a ser libres, ni quieren ser hechos hijos de Dios, herederos de Dios y coherederos con Jesucristo para una herencia inmortal. Viven como si la Tierra, el dinero, los puestos, las casas y las tierras fueran los principales objetivos de su creación. Por medio de la tierna piedad de Dios se les prolonga la vida; pero ¿no es un

espectáculo lamentable ver a hombres de tan alta capacidad viviendo en un nivel tan bajo?

El rescate ya fue pagado, y es posible para todos ir a Dios y, por medio de una vida de obediencia, alcanzar la vida eterna. Entonces, cuán triste es que los hombres se aparten de la herencia inmortal y vivan para la gratificación del orgullo, para el egoísmo y la ostentación, y por medio de su sumisión al gobierno de Satanás pierdan la bendición que podrían tener tanto en esta vida como en la futura. Podrían entrar en las mansiones celestiales y relacionarse con libertad e igualdad con Cristo y los ángeles celestiales, y con los príncipes de Dios; sin embargo, por increíble que parezca, se apartan de las atracciones celestiales. El Creador de todos los mundos se propone amar a los que creen en su Hijo unigénito como su Salvador personal así como ama a su propio Hijo. Aun en el mundo presente el favor de su gracia nos es concedido en un grado asombroso. Él dio a los hombres el don de la Luz y Majestad del Cielo, y con él nos ha dado todos los tesoros del Cielo. Aunque nos prometió mucho para la vida futura, también nos concede dones principescos en esta vida, y como súbditos de su gracia quiere que disfrutemos de todo lo que ennoblece, expande y eleva nuestro carácter. Es designio suyo capacitarnos para las cortes celestiales.

Pero Satanás contiende por el alma de los hombres, y proyecta su sombra infernal sobre la senda de ellos para que no contemplen la luz. No quiere que capten ni una vislumbre de la honra futura, de las glorias eternas, que están reservadas a quienes serán habitantes del Cielo, ni que gusten la experiencia con que se cata por anticipado la felicidad del Cielo. Pero ante los atractivos celestiales que se presentan a nuestra mente para inspirar esperanza, despertar deseo, acicatear el esfuerzo, ¿cómo podemos apartarnos de esa perspectiva y elegir el pecado y su paga, que es la muerte?

Los que aceptan a Cristo como su Salvador tienen la promesa de esta vida presente y de la venidera [1 Tim. 4:8]. El agente humano no debe parte alguna de su capacidad al servicio de Satanás; su entera lealtad se la debe al Dios infinito y eterno. El más humilde

discípulo de Cristo puede llegar a ser habitante del Cielo, y heredero de una herencia incorruptible y que no se marchita jamás. ¡Oh, que cada uno opte por el don celestial, que se haga heredero de Dios para esa herencia cuyo título está a salvo de todo destructor, un mundo sin fin! ¡Oh, no elijan el mundo, sino elijan la herencia mejor! Avancen con tesón hacia el blanco en busca del premio de vuestra alta vocación en Cristo Jesús. Por amor a Cristo, que el blanco de vuestra educación esté conformado por el incentivo de un mundo mejor.–*Review and Herald*, 21 de noviembre de 1893.

31

Cristo como Maestro

Para su propio propósito sabio el Señor vela las verdades espirituales tras figuras y símbolos. Por medio del uso de figuras del lenguaje a menudo daba a sus acusadores y enemigos el reproche más claro y elocuente, y ellos no podían encontrar en sus palabras ocasión para condenarlo. En las parábolas y comparaciones encontraba el método mejor para comunicar la verdad divina. En lenguaje sencillo, por medio del uso de figuras e ilustraciones tomadas del mundo natural, exponía la verdad espiritual a sus oyentes, y daba expresión a principios preciosos que habrían atravesado su mente y dejado escasamente vestigio alguno si él no hubiera relacionado sus palabras con escenas conmovedoras de la vida, la experiencia o la naturaleza. De este modo suscitaba el interés, despertaba la curiosidad y, cuando se había asegurado su atención, grababa en forma resuelta en ellos el testimonio de la verdad. De este modo fue capaz de lograr suficiente impresión en el corazón como para que después sus oyentes pudieran mirar las cosas con las cuales él había relacionado su lección, y recordar las palabras del Maestro divino.

La enseñanza de Jesucristo era de un tipo enteramente diferente de la de los escribas eruditos. Ellos profesaban ser expositores de la ley, tanto la escrita como la tradicional. Pero el tono formal de su instrucción indicaba que no veían nada en las doctrinas de los oráculos sagrados que poseyese fuerza vital. No presentaban nada nuevo, no pronunciaban palabras que llegaran al anhelo del corazón. No ofrecían alimento para las ovejas y corderos hambrientos. Su costumbre era detenerse en los puntos poco claros de la ley, y el resultado de su razonamiento era una monserga llena de disparates, la cual ni podían sondear los estudiosos ni entenderla el pueblo común.

Cristo vino a develar la verdad divina ante el mundo. Enseñó como quien tenía autoridad. Habló como ningún hombre habló jamás. No había vacilación en su estilo, ni sombra de duda en sus pronunciamientos. Habló como quien entiende todos los aspectos de su tema. Podría haber expuesto misterios que patriarcas y profetas hubieran deseado mirar, que la curiosidad humana habría estado deseosa de entender con impaciencia. Pero siendo que los hombres no podían discernir las verdades más sencillas, expresadas claramente, ¿cómo podrían entender los misterios ocultos a los ojos de los mortales? Jesús no desdeñaba repetir viejas verdades conocidas, porque él era el autor de esas verdades. Él era la gloria del templo. Verdades que se habían perdido de vista, que habían sido trastocadas, mal interpretadas y desconectadas de su ubicación pura, él las separó de la compañía del error y, al exponerlas como gemas preciosas en su propio lustre luminoso, las engarzó en su marco correcto y les mandó permanecer firmes para siempre. ¡Qué obra fue esta! Fue de tal carácter que ningún hombre finito podía comprenderla ni hacerla. Sólo la mano divina podía tomar la verdad que, por su conexión con el error, había estado sirviendo a la causa del enemigo de Dios y del hombre, y colocarla donde habría de glorificar a Dios y ser la salvación de la humanidad. La obra de Cristo fue devolver al mundo la verdad en su frescura y belleza original. Representó lo espiritual y celestial por medio de cosas de la naturaleza y de la experiencia. Dio maná fresco al alma hambrienta, presentó un reino nuevo, el cual habría de erigirse entre los hombres.

Los rabinos judíos presentaban los requerimientos de la ley como una andanada cansadora de exigencias. Hacían lo mismo que Satanás hace hoy en día: presentar la ley ante el pueblo como un código frío y rígido de mandatos y tradiciones. Las supersticiones sepultaban la luz, la gloria, la dignidad y los abarcadores asertos de la ley de Dios. Aquellos profesaban hablar al pueblo en lugar de Dios. Después de la transgresión de Adán, el Señor ya no habló directamente con el hombre; la raza humana fue entregada en manos de Cristo, y toda comunicación vino por medio de él al mundo. Fue Cristo quien pronunció la ley en el Monte Sinaí, y

conocía las implicaciones de todos sus preceptos, la gloria y majestad de la ley del Cielo. En su Sermón del Monte, Cristo define la ley, y busca inculcar en la mente de sus oyentes los asertos abarcadores de los preceptos de Jehová. Sus instrucciones llegaron al pueblo como una nueva revelación, y los maestros de la ley, los escribas y los fariseos, así como el común del pueblo, estaban asombrados de su doctrina. Las palabras de Cristo no eran nuevas, y sin embargo llegaban con la fuerza de una revelación, porque presentaban la verdad desde la perspectiva correcta, y no a la luz en que los maestros la exponían ante el pueblo. No demostró respeto por las tradiciones y mandamientos de hombres, sino que abrió los ojos del entendimiento del pueblo para que contemplaran cosas maravillosas en la ley de Dios, la cual es el fundamento de su trono desde el principio del mundo; y mientras el Cielo y la Tierra sigan existiendo, a través de las edades sin fin de la eternidad, será la gran norma de rectitud, santa y justa y buena.

El sistema de la dispensación judía era el evangelio en figura, una presentación del cristianismo que habría de desarrollarse tan pronto como la mente del pueblo pudiera comprender la luz espiritual. Satanás busca siempre hacer oscuras las verdades que son claras, y Cristo siempre busca abrir la mente a la comprensión de toda verdad esencial respecto de la salvación del hombre caído. Hasta hoy hay aspectos de la verdad que se comprenden borrosamente, conexiones que no se entienden, y profundidades extensas en la ley de Dios que son incomprendidas. Hay una amplitud, dignidad y gloria inconmensurables en la ley de Dios; y sin embargo el mundo religioso la ha hecho a un lado, como lo hicieron los judíos, con el fin de exaltar las tradiciones y mandamientos de hombres. Antes de los días de Cristo los hombres preguntaban en vano: “¿Qué es la verdad?” [*cf.* Juan 19:38]. Tinieblas cubrían la Tierra y oscuridad las naciones [Isa. 60:2]. Aun Judea estaba envuelta en tinieblas, aunque la voz de Dios les hablaba en sus mensajes proféticos. La verdad de Dios había sido silenciada por la superstición y las tradiciones de sus profesos intérpretes, y las contiendas, celos y prejuicios dividían a los profesos hijos de Dios. Entonces fue enviado de Dios un Maestro, a saber el que era el Camino, la

Verdad y la Vida. Jesús presentó a la vista la verdad rica y pura del Cielo para que brillara en medio de la oscuridad y tinieblas morales de la Tierra. Dios había dicho: “Haya luz espiritual”, y la luz de la gloria de Dios se reveló en la faz de Jesucristo.

Cristo se manifestó como el Salvador de los hombres. La gente no debía confiar en sus propias obras, en su propia justicia, ni en sí mismos de ningún modo, sino en el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. En él se reveló al Abogado para con el Padre [1 Juan 2:1]. A través de él se dio la invitación: “Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque sean rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana” [Isa. 1:18]. Esta invitación nos llega resonando a lo largo de las líneas hasta nosotros hoy. Que el orgullo, el amor propio o la justicia propia no impidan que nadie confiese sus pecados, con el fin de poder reclamar la promesa: “El que oculta sus pecados no prosperará, pero el que los confiesa y se aparta de ellos hallará misericordia” [Prov. 28:13]. No escondan nada de Dios, ni descuiden confesar sus faltas a los hermanos cuando ellos tengan relación con estas. “Confesaos vuestras ofensas unos a otros y orad unos por otros, para que seáis sanados” [Sant. 5:16]. Más de un pecado queda sin confesión, para ser confrontado en el día del ajuste final de cuentas; cuánto mejor ocuparse de sus pecados ahora, para confesarlos y abandonarlos, mientras el Sacrificio expiatorio intercede por ustedes. No debe desagradarles aprender la voluntad de Dios sobre este tema. La salud de vuestra alma, la unidad de los hermanos, puede depender del curso de conducta que sigan en estas cosas. “Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte a su debido tiempo. Echad toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros” [1 Ped. 5:6, 7].

Es lamentable que el corazón descarriado no esté dispuesto a recibir críticas, ni a someterse a humillación mediante la confesión de pecado. Algunos ven sus faltas, pero por pensar que la confesión desmerece su dignidad, dan excusas para el error y se escudan de la disciplina que la confesión traería al alma. El pensamiento de su

error manifiesto permanecerá para amargar sus goces y estorbar sus movimientos; pues al salirse de la senda de la confesión, dejan de ser ejemplos de la grey. Ven los errores de los otros, pero ¿cómo pueden tener valor para dar el consejo: “Confesaos vuestras ofensas unos a otros y orad unos por otros, para que seáis sanados”, cuando ellos mismos no han seguido esta instrucción en su propia vida? ¿Cuánto podrán los ministros o el pueblo aprender de una verdad que han hecho a un lado, y en lo posible olvidarla, porque no es agradable, porque no lisonjea su orgullo, sino que reprueba y trae pena? Los ministros y el pueblo, si han de salvarse completamente, deben ser salvados día a día, hora a hora. Deben tener hambre y sed de la justicia de Cristo, la iluminación del Espíritu Santo. Miembros de iglesia –los que ocupan puestos de responsabilidad–: deben ser bautizados con el Espíritu de Dios, o no estarán capacitados para los puestos que acepten.

Aunque pueda ser capaz de vencer a sus oponentes en controversias públicas, es posible para un hombre tener un conocimiento de las Escrituras que no lo hará sabio para la salvación. Si su alma no tiene ansia de Dios; si no escudriña su corazón como con una lámpara encendida, con el temor de que algún mal se oculte allí; si no está poseído del deseo de responder a la oración de Cristo, de que sus discípulos sean uno como él es uno con el Padre, para que el mundo conozca que Jesús es el Cristo, entonces se lisonjea en vano con el pensamiento de que es cristiano. Su conocimiento, que partió de la ambición, se desarrolló con el orgullo; pero su alma está despojada del amor divino, de la bondad y mansedumbre de Cristo. No es sabio a la vista de Dios. Puede tener sabiduría para vencer a un oponente, pero lo que es sabio para la salvación no es posible que lo sea sin la agencia del Espíritu Santo. Y el “fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza” [Gál. 5:22]. Ni el talento, ni la elocuencia, ni el estudio egoísta de las Escrituras producirán amor a Dios o conformidad con la imagen de Cristo. Nada sino el poder divino puede regenerar el corazón y carácter humanos, ni imbuir el alma con el amor de Cristo, el cual se

manifestará siempre en amor por aquellos por quienes Jesús murió.–*Review and Herald*, 28 de noviembre de 1893.

32

La educación más esencial para los obreros evangélicos

Hay obreros cristianos que no recibieron una educación universitaria porque les era imposible conseguir esa ventaja, pero Dios ha dado evidencias de haberlos elegido. Les ordenó salir y trabajar en su viña. Los hizo sus colaboradores efectivos. Tienen un espíritu dócil; se sienten dependientes de Dios, y el Espíritu Santo está con ellos para socorrer sus debilidades. Esto vitaliza y energiza la mente, dirige sus pensamientos y los ayuda en la presentación de la verdad. Cuando el obrero está frente a la gente para presentar las palabras de vida, se oye en su voz el eco de la voz de Cristo.

Se hace evidente que camina con Dios, que ha estado con Jesús y aprendido de él. Ha llevado la verdad al santuario interior del alma; para él es una realidad viviente, y presenta la verdad con demostración del Espíritu y poder. El pueblo oye el sonido gozoso. Dios habla a su corazón a través del hombre consagrado a su servicio. Cuando el obrero eleva a Jesús por medio del Espíritu, se vuelve realmente elocuente. Es ferviente y sincero, y es querido por aquellos por quienes él trabaja.

Qué pecado recaería sobre quien escuchara a un obrero tal sólo para criticarlo, hacer notar errores de gramática o pronunciación incorrecta, y exponer esos errores para ridiculizarlo. Los fariseos se burlaban de Cristo; criticaban la sencillez de su lenguaje, que era tan sencillo que los niños, los ancianos y el común del pueblo lo escuchaban de buena gana y quedaban cautivados por sus palabras. Los saduceos también se mofaban de él porque sus discursos diferían tanto de los que pronunciaban sus príncipes y escribas. Esos maestros judíos hablaban en forma monótona, y hacían ininteligibles y aburridos los pasajes bíblicos más sencillos y

preciosos al sepultarlos bajo tal masa de tradición y dichos eruditos que, después de que hablaran los rabinos, el pueblo sabía menos del significado de esos pasajes de las Escrituras que antes de escucharlos. Había muchas almas hambrientas del Pan de Vida, y Jesús las alimentaba con verdad pura y simple. En su enseñanza sacaba ilustraciones de las cosas de la naturaleza y de las transacciones normales de la vida, con las cuales estaban familiarizados. De ese modo la verdad se hacía realidad viva para ellos; las escenas de la naturaleza y los asuntos de la vida cotidiana les repetían continuamente las preciosas enseñanzas del Salvador. El modo de enseñanza de Cristo es precisamente el que desea que sigan sus siervos.

El orador que no tiene una educación completa a veces puede caer en errores de gramática o pronunciación; puede ser que no use las expresiones más elocuentes o las figuras de expresión más hermosas, pero si ha comido él mismo del Pan de Vida y bebido de la Fuente de Vida puede alimentar a las almas hambrientas; puede dar el Agua de Vida al sediento. Sus defectos le serán perdonados y olvidados. Sus oyentes no se cansarán ni disgustarán, sino que darán gracias a Dios por el mensaje de gracia enviado por medio de su siervo.

Si el obrero se ha consagrado plenamente a Dios y es diligente en oración pidiendo fortaleza y sabiduría celestial, la gracia de Cristo será su maestro, y superará grandes defectos, haciéndose más y más inteligente en las cosas de Dios. Pero que nadie se permita usar esto como licencia para ser indolente, para desperdiciar tiempo u oportunidades, y descuidar la preparación que es esencial para ser más eficiente. El Señor no se agrada en absoluto de quienes tienen oportunidades para obtener conocimiento pero se excusan cuando descuidan aprovechar todos los privilegios que él puso al alcance de ellos para volverse obreros inteligentes, bien calificados, de quienes él no se avergonzará.

Más que ninguna otra persona del mundo, aquel cuya mente ha sido iluminada por la apertura de la Palabra de Dios a su

entendimiento sentirá que debe entregarse con mayor diligencia al estudio de la Palabra de Dios, y al estudio diligente de las ciencias, pues su esperanza y vocación son mayores que los de cualquier otra persona. Cuanto más estrechamente esté conectada una persona con la Fuente de todo conocimiento y sabiduría, tanto más aventajado podrá ser intelectual y espiritualmente a través de su relación con Dios. El conocimiento de Dios es la educación esencial, y todo verdadero obrero hará de este conocimiento su constante campo de estudio con el fin de obtenerlo.–*Christian Education*, pp. 141-143 (1893).

33

Los estudiantes están decidiendo su destino eterno

Recuerden los estudiantes que formar un carácter que pueda resistir la prueba del juicio es un asunto muy serio. Ustedes mismos son responsables por el tipo de carácter que edifiquen. Ningún profesor en una institución de enseñanza puede fabricar vuestro carácter. Ustedes mismos deciden vuestro destino eterno. Es necesario contemplar los caracteres que sean dignos de imitación. Los remitimos a José en Egipto y Daniel en Babilonia. Esos jóvenes fueron probados y salieron airosos; y porque se mantuvieron firmes en sus principios, llegaron a ser hombres representativos y modelos de integridad. Me gustaría decir a los jóvenes en nuestras instituciones educativas, ya sea que profesen creerlo o no, que ahora están en un tiempo de gracia, y no se les dará una segunda oportunidad. Esta es la única oportunidad que tendrán para resistir la prueba y recibir la aprobación divina.

Con el interés más profundo, los ángeles de Dios en los atrios celestiales contemplan el desarrollo del carácter, y en base a los registros en los libros del Cielo se pesan las acciones y se mide la valía moral. Cada día se transmite a Dios el registro de vuestra vida, tal como es, ya sea para mérito o demérito. Les falta verdadera elevación y nobleza de alma, y ningún hombre puede darles el carácter que necesitan. El único modo en que pueden lograr la norma de valía moral por medio de la cual serán medidos es depender de Cristo, y cooperar con él con decisión firme, ferviente y resuelta.

Quienes hagan esto no traerán a su obra un espíritu de liviandad, frivolidad y amor por las diversiones. Considerarán que llegaron al colegio, con no poco desembolso de sus padres o de ellos mismos,

para obtener un mejor conocimiento de las ciencias, y una comprensión más abarcadora tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo Testamento. Quisiera dirigirme a ustedes como gente de mente racional, y que tienen una comprensión inteligente de sus privilegios y deberes. ¿No sería acaso lo mejor para ustedes colaborar con sus profesores para alcanzar el nivel más alto que les sea posible alcanzar? El tiempo es de más valor para ustedes que el oro, y debieran aprovechar cada momento precioso. Debieran considerar cuál será la influencia que ejerzan sobre otros. Si un alumno es irresponsable, y se permite un amor excesivo por las diversiones, debiera ponerse bajo el control de los principios para no llegar a ser un agente activo de Satanás que contrarreste, por su mala influencia, la obra que los docentes están tratando de hacer, y así desfigure lo que las inteligencias celestiales están tratando de lograr mediante los agentes humanos. Él puede frustrar el plan divino, y no aceptar a Cristo para llegar a ser un verdadero hijo de Dios.

Las obligaciones entre profesores y alumnos son mutuas. Los docentes debieran hacer un esfuerzo diligente para que su propia alma esté santificada por medio de la gracia de Cristo, y para que puedan laborar duro con las pautas de Cristo para la salvación de sus alumnos. Por el otro lado, los estudiantes no debieran seguir un curso de acción tal que sea difícil y arduo para sus profesores, y que les atraiga tentaciones difíciles de resistir. Los alumnos no debieran disminuir, con un mal curso de acción, el alto nivel y reputación del colegio, y dar motivos para que corra entre creyentes y no creyentes la voz de que los colegios adventistas, aunque pretenden dar la mejor educación a quienes asisten a ellos, no son mejores que los colegios comunes del mundo. Este no es el carácter ni la reputación que Dios quiere que porten nuestros colegios, y los que han prestado su influencia, que Dios les dio, para dar tal carácter o reputación al colegio, la han prestado en la mala dirección. Los que mostraron menosprecio por los reglamentos, y los que buscaron destruir la autoridad, ya sean creyentes o no, están registrados en los libros del Cielo como aquellos en quienes no puede confiarse para ser miembros de la familia real, hijos del Rey celestial. Los

profesores que llevan la responsabilidad de realizar la tarea como deben ya tienen suficiente responsabilidad, preocupación y carga sin la carga adicional de vuestra desobediencia. Valorarán todo esfuerzo que hagan los estudiantes para colaborar con ellos en la tarea.

Un solo estudiante descuidado, insubordinado, que no cultive el respeto propio, que no tenga buena disposición y que no trate de hacer lo mejor que puede, se está causando gran daño a sí mismo. Está decidiendo cuál será el tenor de su carácter, y está induciendo a otros a desviarse de la verdad y la rectitud, quienes, de no ser por su influencia perniciosa, se atreverían a ser buenos y nobles. Un solo estudiante que tenga conciencia de su responsabilidad por ser fiel en ayudar a sus docentes se hará a sí mismo un favor más que lo que ayuda a otros. El Cielo mira con aprobación a los estudiantes que se esfuerzan por hacer lo correcto y tienen un firme propósito de ser leales a Dios. Estos recibirán ayuda de Dios. De Daniel y sus compañeros, quienes se mantuvieron firmes como una roca sobre la verdad, está escrito: “A estos cuatro muchachos, Dios les dio conocimiento e inteligencia en todas las letras y las ciencias... En todo asunto de sabiduría e inteligencia que el rey les consultó, los halló diez veces mejores que todos los magos y astrólogos que había en todo su reino” [Dan. 1:17, 20].

Si no tienen la intención de aprovechar sus oportunidades y privilegios, ¿por qué gastan, al asistir al colegio, dinero que vuestros padres consiguieron con arduo trabajo? Los dejaron salir de casa con elevadas esperanzas de que se educarían y beneficiarían con vuestra estadía en el colegio. Su seguimiento fue con cartas y oraciones, y cada línea que ustedes les escribieron fue leída ávidamente. Dieron gracias a Dios por toda indicación de que tendrían éxito en vuestra vida cristiana, y lloraron de alegría ante las indicaciones de progreso en vuestro conocimiento científico y espiritual. Oh, quiero implorarles que no hagan nada cuestionable. Consideren bajo qué luz vuestros padres contemplarían vuestras acciones, y hagan a un lado todo lo que pondría espinas en sus almohadas. No sean desconsiderados, descuidados ni

transgresores. Vuestras acciones no se limitan a afectarlos a ustedes; reflejan crédito o descrédito sobre el colegio según sean buenas o malas. Si hacen el mal, si contristan a Jesucristo, quien los compró al precio de su propia sangre, lastiman el alma de vuestro director, hieren el corazón de vuestros profesores y dañan y desfiguran vuestra propia alma; echan un borrón sobre vuestro registro, del cual habrán de avergonzarse. ¿Vale la pena? Es siempre lo más seguro y mejor hacer lo correcto por cuanto es correcto. ¿No pensarán un poco en serio? El pensamiento correcto está a la base de la acción correcta. Resuelvan responder a las expectativas que vuestros padres tienen de ustedes, hacer fieles esfuerzos por ser excelentes, velar para que el dinero gastado en ustedes no sea malversado ni usado mal. Tengan un firme propósito de colaborar con los esfuerzos hechos por vuestros padres y profesores, y alcancen un alto nivel de conocimiento y carácter. Decídanse a no decepcionar a quienes los aman lo suficiente como para confiar en ustedes. Es de hombres hacer lo correcto, y Jesús los ayudará a hacerlo si tratan de hacerlo porque es lo correcto.

Los que se interesan por ustedes tienen esperanzas lisonjeras en ustedes: de que llegarán a ser hombres útiles, que estarán llenos de valor moral e integridad inalterable. Por ustedes, jóvenes que han ido de Nueva Zelanda a Estados Unidos, mucho se aventuró; y diré a esos estudiantes: Coloquen bien alto sus miras, y entonces asciendan un peldaño por vez hasta alcanzar ese nivel, aunque sea un esfuerzo doloroso por la abnegación y sacrificio. Cristo les será un socorro presente en cada ocasión de necesidad, si lo invocan, para ser como Daniel, a quien ninguna tentación podía corromper. No decepcionen a sus padres y amigos; pero por sobre todo, no decepcionen al Ser que los amó tanto que dio su propia vida para cancelar vuestros pecados y ser vuestro Salvador personal. Jesús dijo: “Sin mí nada podéis hacer” [Juan 15:5, RV]. Lleven esto en mente. Si cometieron errores, pueden ganar una victoria al discernir esos errores y ponerlos como faros de advertencia, para que les permitan evitar su repetición. No necesito decirles que esto transformará vuestra derrota en victoria, chasqueará al enemigo y dará honra a vuestro Redentor, de quien son propiedad.

Por cierto que lamentamos que alguna debilidad de carácter desfiguró el registro del pasado, puesto que sabemos que es una evidencia de que no velaron en oración. Lamentamos que se cometieran errores, puesto que estos han colocado sobre los hombros de los docentes cargas que no debieron haber llevado. Los docentes tienen sus propias debilidades naturales de carácter con las cuales contender, y puede que actúen en forma poco sabia bajo la presión de la tentación. Puede que piensen que están haciendo lo correcto cuando hacen cumplir una disciplina estricta, y sin embargo pueden estar equivocándose en el caso que están tratando. Cuánto mejor sería para docentes y alumnos si estos últimos tuvieran en cuenta su propio honor y actuaran en base a motivos puros y nobles, de modo que su conducta pudiera ser apreciada por quienes fueron sus maestros y educadores. Si de toda forma posible y bajo toda circunstancia trataran a los que ocupan puestos de confianza y llevan responsabilidades como les gustaría a ellos mismos ser tratados, cuánta paz y éxito obtendría el colegio.

¿Por qué se aliarían los estudiantes con el gran apóstata para ser sus agentes al tentar a otros, y por medio de estos ser causa de la caída de muchos? Todo ser humano tiene sus propias pruebas, que le son peculiares, y nadie está libre de tentación. Si los docentes son discípulos de Cristo, y se abocan a su tarea de un modo aprobado por Dios, Satanás seguramente los asaltará con sus tentaciones. Si el gran engañador puede despertar malos elementos de carácter entre los estudiantes, y con ellos traer perplejidad y desaliento a los educadores, ha tenido éxito en lograr su propósito. Si bajo la tentación el docente revela debilidades en cualquier aspecto, entonces su influencia queda mellada; pero quien resulte ser un agente del gran adversario de las almas tendrá que dar cuenta ante Dios por la parte que realizó al hacer tropezar al docente. Que los estudiantes estudien cuidadosamente este aspecto de la cuestión, y analicen más bien cómo alentar y sostener a sus profesores y no cómo llevarlos al desánimo y la tentación. De este modo no estarán sembrando cizaña que brotará entre el trigo. “No os engañéis; Dios no puede ser burlado, pues todo lo que el hombre siembre, eso también segará; porque el que siembra para

su carne, de la carne segará corrupción; pero el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna. No nos cansemos, pues, de hacer bien, porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos. Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y especialmente a los de la familia de la fe" (Gál. 6:7-10).

Los estudiantes serán tentados a hacer transgresiones cuando es sólo para agradarse a sí mismos y divertirse. Si ponen la mano en el corazón, y consideran que al hacer estas cosas no son de bendición para nadie, ni de beneficio para nadie, sino que se ponen a sí mismos y a otros en dificultades, será más probable que sigan una conducta madura y decente, y pongan su voluntad del lado de la voluntad de Cristo. Actuarán según las pautas de Cristo, y ayudarán a sus profesores a llevar sus cargas, que Satanás quisiera hacer más desalentadoras al ocupar las mentes en jugarretas vanas. Buscarán crear una atmósfera en el colegio que, en vez de deprimir y desalentar las facultades morales, será sana y estimulante. Al actuar así, los estudiantes pueden ser conscientes de que han realizado su parte del lado de Cristo, y no han dado ni una jota de influencia o capacidad al adversario de todo lo que es bueno. Con cuánta mayor satisfacción podrán los estudiantes recordar tal curso de conducta, que esa otra donde sancionaron planes secretos para faltar el respeto y la consideración a las autoridades. Tendrán razón para alabar a Dios de que resistieron el clamor de sus inclinaciones y colocaron su influencia del lado del orden, la diligencia y la obediencia. Que cada estudiante recuerde que está en su poder ayudar, y no estorbar, a la causa de la educación.

Los estudiantes en nuestras instituciones educativas podrán o bien formar un carácter de acuerdo con la semejanza divina, o por el contrario degradar las facultades que Dios les dio y arrastrarse a un nivel bajo; y no podrán echarle a nadie la culpa si se degradan. Todo lo que Dios pudo hacer ya ha sido hecho en beneficio del hombre. Toda necesidad ha sido prevista; se hizo provisión para cada dificultad y emergencia. Los lugares torcidos fueron enderezados, los lugares ásperos allanados, y por tanto nadie tendrá excusa en el

día del juicio si acarició la incredulidad y resistió las obras del Espíritu Santo.

Jesucristo se dio a sí mismo como una ofrenda perfecta en beneficio de cada hijo e hija de Adán caídos. ¡Oh, qué humillación soportó! ¡Cómo descendió, escalón tras escalón, más y más abajo en la senda de la humillación, y sin embargo nunca degradó su alma con una sola sucia mancha de pecado! Todo esto lo sufrió para poder elevarlos, limpiarlos, refinarlos y ennoblecerlos, y colocarlos como coherederos consigo mismo sobre su trono. ¿Cómo asegurarán su vocación y elección? ¿Cuál es el camino de salvación? Cristo dice: “Yo soy el camino, la verdad y la vida”. No importa cuán pecaminosos, cuán culpables sean, son los llamados, los elegidos. “Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros” [Juan 14:6; Sant. 4:8]. Nadie será obligado contra su voluntad a ir a Jesucristo. La majestad del Cielo, el Hijo unigénito del Dios verdadero y viviente, abrió el camino para que vayan a él al dar su vida como sacrificio en la cruz del Calvario. Pero si bien sufrió todo esto por ustedes, es demasiado puro, demasiado justo para contemplar la iniquidad. Sin embargo esto no necesita mantenerte alejado de él, porque dice: “No he venido a llamar justos, sino pecadores al arrepentimiento” [Mat. 9:13]. Que las almas que están pereciendo vengan a él tal como están ahora, sin un solo argumento, y aleguen la sangre expiatoria de Cristo; y entonces encontrarán aceptación para con Dios, quien mora en gloria entre los querubines sobre el propiciatorio. La sangre de Cristo es un pasaporte que nunca falla, por el cual todas vuestras peticiones pueden hallar acceso al trono de Dios.–*Christian Education Supplement*, 1893.

34

El mal está en el formalismo, no en la organización

El mal no es consecuencia de la organización sino de hacer de la organización todo, y de la vida piadosa algo de poca importancia. Cuando las formas y la maquinaria alcanzan la preeminencia, y se hace tarea laboriosa el llevar adelante la obra que debiera realizarse en forma sencilla, el mal será el resultado, y se conseguirá poco en relación al esfuerzo realizado. El objetivo de la organización es justamente lo opuesto; y si nos desorganizáramos, sería como derribar lo que hemos construido. Se han visto malos resultados, tanto en la obra de la Escuela Sabática como en la Sociedad Misionera, por culpa de dar demasiada importancia a la maquinaria mientras se perdía de vista la experiencia vital. En muchas de las supuestas mejoras que se produjeron, se impuso el molde humano a la obra. En la Escuela Sabática se aceptaron a hombres y mujeres como directivos y a maestros que no tienen mentalidad espiritual, ni tienen vivo interés en la obra encomendada a su cuidado; asuntos que pueden ponerse en orden sólo con el auxilio del Espíritu Santo. El mismo mal que ahora existe en nuestras iglesias existió por años. El formalismo, el orgullo y amor a la ostentación han reemplazado la verdadera piedad y humilde religiosidad. Podríamos ver un orden diferente de cosas si cierta cantidad de personas se consagraran por completo a Dios y entonces dedicaran sus talentos a la obra de la Escuela Sabática, siempre progresando en conocimiento y autoeducándose para ser capaces de instruir a otros en cuanto los mejores métodos a emplear en la obra; pero no es para los obreros el buscar métodos por los cuales brindar un espectáculo, consumiendo el tiempo en escenificaciones dramáticas y exhibicionismo musical, que no benefician a nadie. No es bueno enseñar a los niños a dar discursos para ocasiones especiales. Debieran ser ganados para Cristo, y en vez de gastar tiempo, dinero

y esfuerzo en exhibicionismo, que todo el esfuerzo vaya a reunir gavillas para la cosecha de la mies.

Muchos parecen haber pensado que lo único esencial en la obra de la Escuela Sabática era organizar la Escuela, y hacer practicar a los alumnos para que actúen en armonía con un conjunto de ceremonias y formalidades; y que si se podían conseguir algunas personas como maestros, la Escuela Sabática funcionaría por sí sola. A menudo se consiguen maestros que no son capaces de llevar almas a Cristo porque no saben qué significa encontrarlo precioso para su propia alma. Pero todos los que no valoran a las almas como para trabajar de la manera que Cristo quiere que lo hagan, desparramarán fuera de Cristo. Noten estas palabras: “El que conmigo no recoge, desparrama” [Mat. 12:30]. Si los maestros no sienten el peso de llevar almas a Jesús se volverán indiferentes a la verdad; se volverán descuidados, y la atmósfera con la cual rodearán su alma desparramará fuera de Cristo. Y con tales elementos en la Escuela Sabática habrá un perpetuo conflicto con las dificultades, porque cuando los maestros asumen una tarea y no tienen interés en ella, los alumnos participarán del mismo espíritu.

Pero aunque existan estas dificultades, ¿las suprimirá o eliminará el poner fin a la organización? Estoy segura de que el Señor ha actuado en la organización que se ha perfeccionado, y el hecho de que haya aspectos desalentadores en la obra no debiera tomarse como razón suficiente para desorganizarla. Se nos ha dado mucha luz con respecto a la organización de las iglesias, y sin embargo tuvimos una dura batalla que pelear para perfeccionar la organización; pero al fin se consiguió la victoria. ¿Y ahora se desorganizará la iglesia por culpa de la indiferencia, el formalismo y el orgullo? ¿Volveremos al desorden sólo porque miembros de iglesia no consagrados hayan impuesto el molde humano sobre esta obra, y hayan buscado dar a la iglesia una forma de acuerdo con el estilo popular?

Es verdad, en la iglesia se perdió en gran medida la simplicidad de la piedad verdadera, y muchos profesos seguidores de Cristo se

enceguecieron tanto que piensan que la ganancia es piedad, y dedican sus facultades a las cosas temporales. No se dan cuenta de que toda su capacidad intelectual fue adquirida por Cristo, y que debieran devolverle los mejores resultados de su pensamiento para que su causa progrese. Pero en vez de dar sus ideas claras y agudas al progreso de la causa, para fortalecer y bendecir a la iglesia, dedican todas sus facultades en hacer progresar sus propios intereses. No recogen con Cristo, sino que los apartan de él mediante palabras y acciones. Rodean su alma con una atmósfera perjudicial para la espiritualidad. Profesan ser seguidores de Cristo, pero no lo conocen por conocimiento experiencial. No practican la religión. No buscan ser cristianos del mismo modo que lo harían para aprender un oficio. Profesan creer verdades superiores; pero es evidente que la mantienen en el atrio exterior, porque no tiene poder santificador sobre su vida y carácter. No se dan cuenta de lo que está en juego, pues la salvación de su propia alma y la de otros está en peligro. No se dan cuenta de que para ser sabor de vida para vida deben colocarse bajo disciplina y entrenamiento espiritual, como alumnos en la escuela de Cristo. Sin esa disciplina espiritual se vuelven ineficientes, ignorantes e inmaduros, y no ven la necesidad de educación y conocimiento espirituales que los capacitaría para puestos de influencia y utilidad. Si no se consagran a Dios por entero, haciéndose alumnos de su escuela, harán un trabajo desorganizado, perjudicial para la iglesia.

Pero, por causa de estas influencias sin consagración, ¿daremos marcha atrás y derribaremos los métodos que tanto nos costó construir, y declararemos que la organización entera es un error? No nos atrevemos a hacerlo. Hay muchas cosas que necesitan ajustes; porque se da mucha importancia a cosas que no la tienen, mientras otras cosas de vasta importancia quedan descuidadas y se las considera prescindibles. La mente de los hombres necesita cultura tanto académica como espiritual para que pueda desarrollarse en forma armoniosa; porque sin cultura académica, los hombres no pueden ocupar aceptablemente los distintos puestos de responsabilidad.

El gran libro educador es la Biblia, y sin embargo se la lee y practica poco. Ojalá toda persona buscara hacer de sí misma todo lo que es capaz, aprovechando sus oportunidades hasta el máximo de su capacidad, resolviendo utilizar toda facultad que Dios le dio no simplemente para hacer progresar sus asuntos terrenales, sino para hacer progresar sus intereses espirituales. Ojalá todos investigaran diligentemente para conocer qué es la verdad, y estudiaran fervientemente para tener un lenguaje correcto y voces cultivadas, con el fin de poder presentar la verdad en toda su belleza elevada y ennoblecedora. Que nadie se imagine que llegará por casualidad a un puesto de utilidad. Si los hombres quieren ser usados en la obra de Dios, que ejerciten sus facultades y concentren su mente con ferviente diligencia. Satán quien quiere mantener a los hombres en la ignorancia e ineficiencia, para que desarrollen en forma unilateral y nunca puedan corregirse. Él quiere que los hombres ejerciten un conjunto de facultades a exclusión de ejercitar otro conjunto para que la mente pierda su vigor, y cuando haya verdadera necesidad no puedan estar a la altura de la emergencia. Dios quiere hombres que hagan lo mejor que puedan, y mientras Satanás arrastra la mente en una dirección, Jesús la atrae en la otra.

Cuando se recibe la verdad en el corazón, comienza sus obra de refinar y santificar al receptor. El que acaricia la verdad no sentirá que ya no tiene necesidad de más luz, sino que se dará cuenta, al realizar la verdad en su vida práctica, que tiene una continua necesidad de luz para aumentar su conocimiento. A medida que lleva la verdad a su vida será consciente de su real ignorancia, y se dará cuenta de la necesidad de tener una educación más completa con el fin de entender cómo usar sus capacidades de la mejor manera posible.

Hay escasez de capacidad educada entre nosotros, y no tenemos hombres con suficiente educación como para hacer justicia a la obra de administrar nuestras Escuelas Sabáticas e iglesias. Muchos que conocen la verdad todavía no la entienden de tal manera que puedan desempeñarse bien en su presentación. No están preparados para presentarla de tal manera que su carácter sagrado,

majestuoso, se haga claro al pueblo. En vez de menos disciplina, necesitan una enseñanza más completa. Es imposible para alguien prever a qué cosas puede ser llamado. Puede que se lo ponga en situaciones donde necesitará un discernimiento rápido y argumentos bien equilibrados, y por tanto es para honra de Cristo que se multipliquen obreros bien educados entre nosotros; serán más capaces de comunicar la verdad de un modo claro e inteligente, y así la verdad sería presentada de un modo tan libre de defectos como fuese posible.

La verdadera educación, cuando la mente se halla bajo la influencia controladora del Espíritu Santo, es de gran importancia, y cada persona debiera aprender a apreciar como corresponde las capacidades dadas por Dios; y al practicar el conocimiento adquirido puede, por influencia de su propio carácter, hacer comprender a otros el valor de obtener una preparación para servir a Cristo, y llevarlos a seguir el ejemplo [de Jesús]. Hay mucho que hacer en el mundo, y no es de provecho poner a trabajar a novicios en asuntos que son de la más alta importancia. La apatía, la indolencia, la desatención que se ha manifestado con respecto a la educación es asombrosa, pero agrada mucho a Satanás. Dios quiere que nos despertemos de nuestra indiferencia, y que ya no permitamos más que nuestras facultades mentales se desperdicien y degeneren en imbecilidad. Los hombres deben apreciar los talentos que se les han confiado, y aprovechar las oportunidades colocadas a su alcance. Que las facultades mentales se ciñan para el trabajo, y que mediante un esfuerzo vigoroso se amplíe y se desarrolle la mente.

Hoy hay más necesidad que nunca antes de que nuestros hombres y mujeres jóvenes estén capacitados intelectualmente para la obra. Nuestras Escuelas Sabáticas no sólo necesitan obreros intelectuales sino también espirituales, y la mente recibe tonificación y eficiencia mediante una disciplina exigente. Con un estudio superficial la mente gradualmente pierde su tono y degenera en imbecilidad, y no es capaz de ningún esfuerzo riguroso. Pero la educación prepara a los hombres para saber y realizar precisamente el tipo de obra que debe hacerse en este tiempo. Una disciplina

exigente, bajo un profesor sabio, es de más valor que las aptitudes y dotes naturales allí donde no hay disciplina.

El Señor ha manifestado su aprecio por el hombre al dar a su Hijo unigénito para redimirlo. Satanás también ha manifestado su aprecio, de una capacidad educada y santificada, por medio de los métodos ingeniosos por los cuales busca desviar la mente y el corazón de tal persona del servicio a Dios para que se una a las filas de los apóstatas. Como un ángel de luz, viene con sus insinuaciones para atraer hombres a su servicio, porque sabe que un hombre o una mujer educados, cuando no están bajo el control del Espíritu Santo, pueden ser de gran beneficio para él. Acosará al estudiante con tentaciones artificiosas, buscando inducirlo a enorgullecerse de sus logros y a imaginarse que es una gran persona, para que confíe en sí mismo y ande a la luz de las chispas que él mismo encienda. De ese modo lo conduce a separar su alma de Dios, fuente de toda luz y conocimiento, y, para exaltarse a sí mismo, unirse a Satanás, el originador de todo pecado.

El temor de Dios es el principio de toda sabiduría; y cuando uno no depende de Dios, el resultado de la educación es sólo exaltar la impiedad. La razón por la cual la iglesia es débil e ineficiente es que hay falta de la gracia de Cristo entre los que profesan la verdad para estos últimos días. Si el Señor ha hablado por mi intermedio alguna vez, [sepan que] hay pecado de casi todo tipo acariciado por muchos que pretenden ser hijos de Dios; y que a menos que se separen de Satanás y se aferren a Jesús, justicia nuestra, los ayes de Dios recaerán sobre los que han tenido gran luz y sin embargo optaron por andar en las tinieblas. “Entonces comenzó a reconvenir a las ciudades en las cuales había hecho muchos de sus milagros, porque no se habían arrepentido, diciendo: ‘¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en vosotras, tiempo ha que en vestidos ásperos y ceniza se habrían arrepentido. Por tanto os digo que en el día del juicio será más tolerable el castigo para Tiro y para Sidón que para vosotras. Y tú, Capernaum, que eres levantada hasta el cielo, hasta el Hades serás abatida, porque si en Sodoma

se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en ti, habría permanecido hasta el día de hoy. Por tanto os digo que en el día del juicio será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma que para ti' " [Mat. 11:20-24].

Es cosa temible poseer gran luz y bendición, disponer de muchas oportunidades y privilegios, y sin embargo no hacer uso salvador de ellos. Los que no usan sus oportunidades con fines salvadores serán condenados por los privilegios que Dios les concedió; pero los que andan en la luz recibirán mayor luz. Los que han tenido la luz de la verdad, y sin embargo no andan en ella están bajo la misma sentencia de condenación que Corazín y Betsaida. ¿No prestaremos atención a esas advertencias? ¿No tendrán peso para nosotros esas admoniciones? En el futuro cercano se verá exactamente quiénes han caminado humildemente con Dios y obedecido sus órdenes. Los que caminaron en las chispas que encendieron ellos mismos yacerán en aflicción. Se verá que cometieron un terrible error. ¡Oh, despertémonos! Ahora brilla la luz; ábranse las ventanas de la mente y del corazón para dar la bienvenida a los rayos de luz enviados del Cielo. ¿Tendrá que decir Jesús de los que profesan obedecer la verdad y sin embargo no andan a su luz: "Se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dijo: 'De oído oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no percibiréis, porque el corazón de este pueblo se ha entorpecido, y con los oídos oyen pesadamente, y han cerrado sus ojos; para que no vean con los ojos, ni oigan con los oídos, ni con el corazón entiendan, ni se conviertan y yo los sane' " [Mat. 13:14, 15]?–*Christian Education*, pp. 134-140 (1893).

35

A los docentes

Todo el que tenga que ver con la educación de los alumnos de corta edad debiera considerar que esos niños son afectados por la atmósfera que los rodea, que ellos perciben, ya sea agradable o desagradable.

Si el docente está en comunión con Dios, si Cristo mora en su corazón, los niños perciben el espíritu que cultiva el maestro. Cuando un docente manifiesta impaciencia o irritación hacia un niño, puede que el problema no esté en el niño ni la mitad de lo que está en el docente. Los maestros se cansan en su trabajo, luego algo que los niños dicen o hacen no concuerda con sus sentimientos, pero ¿dejarán que el espíritu de Satanás entre e ellos, y los lleve a crear en los niños sentimientos muy desagradables y belicosos, a causa de su propia falta de tacto y sabiduría divina? No debiera emplearse a un docente a menos que se tenga evidencia, poniéndolos a prueba, de que ama a Dios y teme ofenderlo. Si los maestros han sido enseñados por Dios, si sus lecciones son diariamente aprendidas en la escuela de Cristo, trabajarán siguiendo las pautas de Cristo. Ganarán y atraerán para Cristo porque cada niño y joven es precioso.

Cada docente necesita que Cristo more en su corazón por fe, y poseer un espíritu que sea verdaderamente abnegado y sacrificado por causa de Cristo. Uno puede tener suficiente educación y conocimiento de las ciencias como para enseñar, pero ¿se ha determinado con certeza que tiene tacto y sabiduría para tratar con las mentes humanas? Si los docentes no tienen el amor de Cristo morando en el corazón no son aptos para ser puestos en contacto con los niños, y llevar las graves responsabilidades que se les impone al educar a esos niños y jóvenes. Les hace falta la educación y práctica superiores en sí mismos, y no saben cómo

tratar con las mentes humanas. Está el espíritu de su propio corazón natural e insubordinado que pugna por tener el control; y someter la mente y el carácter flexible de los niños a tal disciplina es dejar cicatrices y magulladuras en la mente que nunca se borrarán.

Si a un docente no es posible hacerle sentir la responsabilidad y cuidado que debiera revelar al tratar con las mentes humanas, es que su propia educación ha sido en algunos puntos muy defectuosa. En su vida doméstica la enseñanza ha sido perjudicial para su carácter, y es cosa triste reproducir tal carácter y proceder defectuosos en los niños que han sido puestos bajo su control. Estamos en presencia de Dios como prueba y ensayo para ver si se nos puede confiar a cada uno el formar parte de la familia que los redimidos conformarán en el Cielo. “Vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios. Los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida. Y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras” [Apoc. 20:12].

En este pasaje se nos presenta el gran trono blanco y al que se sienta sobre él, ante cuyo rostro los cielos y la Tierra huyen [Apoc. 20:11]. Que cada docente considere que está haciendo su trabajo a la vista del universo del Cielo. Cada niño con el que el maestro se pone en contacto fue adquirido por la sangre del Hijo unigénito de Dios, y el que murió por esos niños quiere que sean tratados como propiedad suya. Asegúrense, docentes, de que vuestro contacto con cada uno de esos niños sea de tal carácter de no avergonzarse cuando se encuentren con ellos en el gran día, cuando toda palabra y acción sea revisada ante Dios, con la carga de resultados que se les presentará personalmente. “Habéis sido comprados por precio” [1 Cor. 6:20]. ¡Oh, pero a qué precio sólo la eternidad lo revelará!

El Señor Jesucristo tiene infinita ternura por aquellos a quienes compró al costo de sus propios sufrimientos en la carne, para que no perezcan con el diablo y sus ángeles sino que pueda reclamarlos como sus escogidos. Son la reivindicación de su amor, de su propiedad personal, y los contempla con afecto inenarrable; él da la

fragancia de su propia justicia a sus amados que creen en él. Requiere tacto, sabiduría y amor humano, y amor santificado por los corderos del rebaño, el llevarlos a ver y apreciar el privilegio que tienen de entregarse a la bondadosa conducción de los pastores fieles. Los hijos de Dios ejercerán la bondad de Jesucristo.

Docentes, Jesucristo está en vuestra escuela todos los días. Su gran corazón de amor infinito se extiende no sólo hacia los niños de mejor comportamiento, quienes están rodeados por el mejor ambiente, sino también hacia los niños que han heredado rasgos cuestionables de carácter. Aun los padres no han entendido hasta qué punto son responsables por los rasgos de carácter que han desarrollado sus hijos, y no han tenido la ternura y sabiduría para tratar con esos pobres niños, a quienes ellos han hecho lo que son. No buscan entender la causa del desarrollo de esos rasgos desalentadores que son para ellos una aflicción. Pero Jesús contempla a esos niños con piedad y con amor, porque él sí ve, él razona de causa a efecto.

El docente puede ligar esos niños a su corazón mediante el amor de Cristo cuando mora en el templo del alma como dulce fragancia, un sabor de vida para vida. Los maestros, por medio de la gracia que Cristo les imparte, pueden ser los agentes humanos vivientes –ser los colaboradores de Dios– para iluminar, elevar, animar y ayudar a purificar el alma de su contaminación moral; entonces la imagen de Dios se revelará en el alma del niño y el carácter será transformado por la gracia de Cristo.

El evangelio es poder de Dios y sabiduría de Dios, si lo representan correctamente quienes profesan ser cristianos. Cristo crucificado por nuestros pecados debiera hacer que cada alma se humille en su propia estima ante Dios. Cristo resucitado de entre los muertos, ascendido a lo alto, nuestro intercesor viviente en la presencia de Dios, es la ciencia de la salvación que necesitamos aprender y enseñar a niños y jóvenes. Dijo Cristo: “Yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados” [Juan 17:19]. Esta es la obra que siempre se transfiere a cada docente. No debe

haber ningún trabajo chapucero en este aspecto, porque aun el trabajo de educar a los niños en las escuelas sin internado requiere mucha de la gracia de Cristo y la sumisión del yo. Los que por naturaleza son irritables, fácilmente provocados, y cultivan el hábito de la crítica, de pensar el mal, debieran encontrar algún otro tipo de trabajo que no reproduzca ninguno de sus rasgos desagradables de carácter en los niños y jóvenes, porque estos fueron comprados por gran precio. El Cielo ve en el niño al hombre o la mujer aun sin desarrollar, con capacidades y facultades que, si se las guía correctamente y se las desarrolla con sabiduría divina, serán los agentes humanos por medio de quienes las influencias divinas pueden cooperar para hacerlos colaboradores de Dios. Las palabras ásperas y las continuas críticas desconciertan al niño pero nunca lo reforman. Retengan esa palabra irascible; mantengan el espíritu en disciplina bajo Jesucristo; entonces aprenderán a compadecerse y simpatizar con quienes han sido puestos bajo vuestra influencia. No muestren impaciencia ni dureza, porque si esos niños no necesitaran educación, no tendrían necesidad de las ventajas que ofrece la escuela. Se los debe llevar con paciencia, amabilidad y amor por la escalera del progreso, avanzando de a un peldaño por vez al obtener conocimiento.

Es una agencia que actúa diariamente la que debe ponerse en actividad, una fe que obra por el amor y purifica el alma del educador. ¿Está puesta como vuestra máxima autoridad la voluntad revelada de Dios? Si Cristo está formado en el interior, la esperanza de gloria, entonces la verdad de Dios actuará de tal modo sobre vuestro temperamento natural que su agencia transformadora se revelará en un carácter cambiado, y así no cambiarán la verdad de Dios en mentira ante vuestros alumnos mediante vuestra influencia a través de las manifestaciones de un corazón y temperamento no santificados; ni tampoco revelarán –al exhibir un temperamento egoísta, impaciente y no como el de Cristo en vuestro trato con las mentes– que la gracia de Cristo no les basta en todo momento y todo lugar. Así mostrarán que la autoridad de Dios sobre ustedes no es meramente de nombre sino en realidad y verdad. Debe haber

una separación de todo lo que es cuestionable o distinto de Cristo, no importa cuán difícil pueda ser para el creyente verdadero.

Pregúntense, docentes, los que hacen su obra no sólo para este tiempo sino para la eternidad: *¿Constriñe el amor de Cristo mi corazón y mi alma al tratar con las almas preciosas por quienes Cristo dio su propia vida?* Bajo esta disciplina suya que constriñe, ¿desaparecen los viejos rasgos de carácter que no están en conformidad con la voluntad de Dios, y los rasgos opuestos toman su lugar? “Os daré un corazón nuevo” [Eze. 36:26]. ¿Son todas las cosas hechas nuevas por medio de vuestra conversión al Señor Jesucristo? Por palabra y por esfuerzo denodado, ¿están sembrando en esos corazones jóvenes una semilla tal que puedan pedir al Señor que la riegue para que, por su justicia imputada, madure en una abundante cosecha? Pregúntense: *¿Estoy yo, por mis propias palabras no santificadas y mi impaciencia, y falta de la sabiduría de lo alto, confirmando a estos jóvenes en su propio espíritu perverso porque ven que su maestro tiene un espíritu que no es como el de Cristo?* Si murieran en sus pecados, ¿no sería yo responsable por sus almas? El alma que ama a Jesús, que estima el poder salvador de su gracia, se sentirá de tal modo atraído a Cristo que deseará trabajar siguiendo sus pautas. Ella no será capaz, no tendrá la audacia de dejar que Satanás controle su espíritu ni que sus miasmas ponzoñosos la rodeen. Todo lo que corrompa su influencia será hecho a un lado por cuanto se opone a la voluntad de Dios y pone en peligro el alma de las ovejas y corderos preciosos; porque se le requiere velar por las almas como quien dará cuenta de ellas. Dondequiera Dios, en su providencia, nos haya colocado, nos guardará; como nuestros días serán nuestras fuerzas [Deut. 33:25].

Quienquiera ceda a sus sentimientos e impulsos naturales se hace débil e indigno de confianza, porque es un canal a través del cual Satanás puede comunicarse para ensuciar y corromper a muchas almas, y estos arranques no santos que controlan a una persona la enervan, y el seguro resultado son vergüenza y confusión. El espíritu de Jesucristo tiene siempre un poder restaurador,

renovador, sobre el alma que ha sentido su propia debilidad y se ha refugiado en el Inmutable, quien puede darle gracia y poder para resistir el mal. Nuestro Redentor es de una humanidad amplia y comprensiva. Su corazón siempre era tocado por la conocida impotencia del niño sometido a malos tratos; porque amaba a los niños. El más débil gemido de sufrimiento humano jamás llegó en vano a su oído. Y todo el que asuma la responsabilidad de enseñar a los jóvenes se encontrará con corazones endurecidos, disposiciones perversas, y es su tarea colaborar con Dios para restaurar la imagen moral de Dios en cada niño. Jesús, Jesús precioso: su alma era un manantial de amor. Los que enseñan a los niños debieran ser hombres y mujeres con principios.

La vida religiosa de un gran número de quienes profesan ser cristianos es tal que demuestran no ser cristianos. Están constantemente haciendo una mala representación de Cristo, falsificando su carácter. No sienten la importancia de esta transformación del carácter, y de que deben ser hechos conformes a su semejanza divina; y a veces exhiben al mundo un aspecto falso del cristianismo, el cual producirá ruina al alma de quienes entran en contacto con ellos, por la misma razón de que mientras profesan ser cristianos no están controlados por Jesucristo. Complacen sus propios rasgos de carácter hereditarios y cultivados como si fueran valiosas capacitaciones, cuando son mortales en su influencia sobre otras mentes. Para decirlo en palabras claras y sencillas: andan a la luz de las chispas que ellos mismos encendieron. Tienen una religión sujeta a las circunstancias y controlada por ellas. Si se da el caso de que todo marche de un modo que les agrada, y no hay circunstancias irritantes que traigan a la superficie sus naturalezas no subyugadas y no semejantes a Cristo, son condescendientes y agradables, y resultarán atractivos. Cuando ocurran cosas en la familia o en su contacto con otros que alteren su paz y provoquen su temperamento, si presentan toda circunstancia ante Dios y continúan rogándole, suplicándole su gracia antes de emprender su tarea diaria como docentes, y si conocen por sí mismos el poder y la gracia y el amor de Cristo que mora en su corazón antes de comenzar sus labores, entonces traerán con ellos al aula a los

ángeles de Dios. Pero si entran al aula con un espíritu inflamado, irritado, la atmósfera moral que rodea su alma dejará su marca sobre los niños que están a su cuidado, y en vez de ser aptos para instruir a los niños, son ellos los que necesitan que alguien les enseñe las lecciones de Jesucristo.

Examínese a sí mismo cada docente que acepta la responsabilidad de educar a niños y jóvenes, y analice críticamente de causa a efecto. *¿Ha tomado posesión de mi alma la verdad de Dios? ¿Ha entrado en mi carácter la sabiduría que proviene de Jesucristo, la cual es "primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía"? Mientras ocupo el puesto de responsabilidad de educador, ¿cultivo el principio de que "el fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen la paz" [Sant. 3:17, 18]?* No hemos de guardarnos la verdad para ponerla en práctica cuando nos venga en gana, sino en todo tiempo y lugar.

Se requiere de los docentes de cualquier nivel tener una mente bien equilibrada y un carácter simétrico. No pongan esta obra en manos de hombres o mujeres jóvenes que no saben cómo tratar con las mentes humanas. Saben tan poco del poder de la gracia para controlar su propio corazón y carácter que tienen que desaprender, y aprender lecciones enteramente nuevas en la experiencia cristiana. No han aprendido nunca a mantener su propia alma y carácter en disciplina bajo Jesucristo, y llevar cautivo todo pensamiento a él [2 Cor. 10:5]. Entre los niños y jóvenes hay toda clase de caracteres con los que hay que tratar. Su mente es fácil de impresionar. Todo lo que sea una demostración precipitada o apasionada por parte de la maestra puede obstruir su influencia para bien sobre los estudiantes de quienes ella es de nombre la educadora. ¿Y será tal educación para el bien presente y el futuro eterno de los niños y jóvenes? Hay una influencia correcta que debe ejercerse sobre ellos para su bien espiritual. Debe darse constantemente instrucción para alentar a los niños en la formación de hábitos correctos en el habla, en [el uso de] la voz y en el comportamiento.

Muchos de esos niños no tuvieron la instrucción correcta en su casa. Se los descuidó tristemente. Se dejó a algunos para que hicieran lo que les placiera; a otros se los criticó y desalentó. Se les mostró muy poca simpatía y contentamiento, y se les dijeron muy pocas palabras de aprobación. Heredaron los caracteres defectuosos de sus padres, y la disciplina dada por esos caracteres defectuosos fue cuestionable en la edificación del carácter. No hay obra más importante que la que puede hacerse al educar y preparar a esos niños y jóvenes. Los docentes que cumplen con su parte en la viña del Señor necesitan primeramente aprender cómo dominarse a sí mismos, al mantener su propio temperamento y sentimientos bajo control, en sujeción al Espíritu Santo de Dios. Deben dar evidencia de no tener una experiencia unilateral, sino una mentalidad bien equilibrada, un carácter simétrico tal que pueda confiarse en ellos porque son cristianos concienzudos, puestos ellos mismos bajo la autoridad del Maestro principal, quien dijo: “Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas” [Mat. 11:29]. Entonces, al aprender diariamente en la escuela de Cristo, pueden educar a los niños y los jóvenes.

Habiéndose cultivado a sí mismos, con autocontrol, bajo disciplina en la escuela de Cristo, con una conexión viviente con el gran Maestro, tendrán un conocimiento inteligente de la religión práctica; y al guardar su alma en el amor de Dios, sabrán cómo ejercer la gracia de la paciencia y longanimidad cristianas. Se pondrán en actividad la paciencia, amor, longanimidad y tierna simpatía. Los docentes discernirán que tienen un campo importante en la viña del Señor para cultivar. Deben elevar su corazón a Dios con una sincera plegaria: “Sé tú mi modelo”; y entonces al contemplar a Jesús harán la obra de Jesucristo. Jesús dijo: “No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre” [Juan 5:19]. Así es también con los hijos e hijas de Dios: miran firme y dócilmente a Jesús, sin hacer nada a su propia manera y según su propia voluntad y gusto; sino que lo que han visto hacer a Jesús, su Modelo, y las lecciones de Cristo, también ellos lo hacen. De ese modo representan ante los estudiantes a quienes instruyen, en todo tiempo y lugar, el carácter

de Jesucristo. Captan los rayos brillantes del Sol de Justicia y reflejan esa radiación preciosa sobre los niños y jóvenes que están educando. La formación de hábitos correctos debe dejar su marca sobre la mente y el carácter de los niños para que practiquen la senda correcta. Es de mucha importancia poner a estos niños bajo la influencia directa del Espíritu de Dios, enseñando y criándolos en la disciplina y amonestación del Señor [Efe. 6:4]. La formación de hábitos correctos, la demostración de un espíritu recto, requerirá los esfuerzos más serios en el nombre y con la fuerza de Jesús. El docente debe perseverar, dando línea sobre línea, precepto sobre precepto, un poquito aquí y un poquito allá, con toda mansedumbre y paciencia, simpatía y amor, ligando a esos niños a su corazón con el amor de Cristo que el docente revela.

Esta verdad puede ser actuada, en el sentido más elevado, y ejemplificada ante los niños. “Puede mostrarse paciente con los ignorantes y extraviados, puesto que él también está rodeado de debilidad, por causa de la cual debe ofrecer por los pecados, tanto por sí mismo como también por el pueblo” [Heb. 5:2, 3].

Mantengan esto en mente los docentes, y nunca lo pierdan de vista cuando se sientan inclinados a agitar sus sentimientos contra los niños y jóvenes por cualquier inconducta; recuerden que los ángeles de Dios los miran apenados, porque si bien los niños efectivamente se equivocan y comportan mal, con tanta mayor razón es esencial que aquellos a quienes se les ha dado autoridad sobre ellos como maestros sean capaces de enseñarles por precepto y ejemplo. En ningún caso han de perder el autocontrol, manifestar impaciencia y aspereza, o falta de simpatía y amor; porque esos niños son propiedad de Jesucristo, y los docentes deben ser muy cuidadosos y temerosos de Dios en cuanto al espíritu que cultivan y las palabras que pronuncian, porque los niños captarán el espíritu que manifiestan, sea bueno o malo. Esta es una responsabilidad pesada y sagrada.

Es necesario que haya docentes considerados, quienes tengan en cuenta sus propias debilidades y flaquezas y pecados, y quienes no

sean opresivos y desanimen a los niños y jóvenes. Tiene que haber mucha oración, mucha fe, mucha mansedumbre y valentía, las cuales el Señor está listo a conceder. Porque Dios ve cada aflicción, y los docentes pueden ejercer una influencia maravillosa, si ponen en práctica las lecciones que Cristo les dio. Pero ¿examinarán esos docentes su propio proceder desviado, que están haciendo esfuerzos muy débiles por aprender en la escuela de Cristo y poner en práctica la mansedumbre y humildad de corazón características de Cristo? Los docentes debieran ponerse ellos mismos a obedecer a Jesucristo, y practicar siempre sus palabras, para poder ejemplificar el carácter de Jesucristo ante sus estudiantes. Así alumbre vuestra luz en buenas obras, en fiel vigilancia y apacentamiento de los corderos del rebaño, con paciencia, con ternura, y con el amor de Jesús en vuestro propio corazón.

El colocar en este campo de trabajo a hombres y a mujeres jóvenes que no desarrollaron un amor profundo y sincero por Dios y las almas por quienes Cristo murió es cometer un error que resultará en la pérdida de muchas preciosas almas. El maestro necesita ser susceptible a las influencias del Espíritu de Dios. Nadie que se ponga impaciente e irritado debiera ser educador. Los maestros deben considerar que están tratando con niños, no con hombres y mujeres. Son niños que tienen todo por aprender, y a algunos les resulta más difícil aprender que a otros. El alumno torpe necesita más aliento que el que recibe. Si se pone sobre esas mentes diversas a maestros que por naturaleza gustan de dar órdenes y dictar y magnificar su autoridad, que tratarán en forma parcial –con favoritos por quienes mostrarán preferencia mientras que a otros los tratará con exigencia y severidad–, se creará un estado de confusión e insubordinación. Docentes que no recibieron la bendición de una experiencia agradable y bien equilibrada puede que sean puestos a cargo de niños y jóvenes, pero entonces se hace un gran daño a aquellos a quienes enseñan. Los padres deben considerar este asunto en una luz diferente. Deben sentir que es deber suyo colaborar con el maestro, alentar una disciplina sabia, y orar mucho por quien está enseñando a sus niños. No serán de ayuda a los niños siendo irritables, criticones o desanimándolos, ni

desempeñarán un buen papel ayudándolos a rebelarse, a ser desobedientes y desconsiderados y desagradables, como consecuencia del espíritu que desarrollan ustedes. Si en verdad son cristianos, tendrán a Cristo morando en ustedes y el espíritu del Ser que dio su vida por los pecadores; y la sabiduría de Dios les enseñará en toda emergencia el proceder que deben seguir.

Los niños tienen necesidad de un principio estable, firme, viviente de rectitud ejercida sobre ellos y practicada delante de ellos. Asegúrense de que la luz verdadera brille ante vuestros alumnos. Hace falta la luz del Cielo. Nunca dejen que el mundo tenga la impresión de que vuestro espíritu y gustos y anhelos no son más elevados y puros que los de los mundanos. Si ustedes en vuestras acciones dejan esta impresión sobre ellos, están haciendo que una luz falsa, engañosa, los conduzca a la ruina. La trompeta debe dar un sonido certero. Hay una línea gruesa, clara y profunda que ha trazado Dios entre los justos y los injustos, los piadosos y los impíos, entre quienes son obedientes a los mandamientos de Dios y quienes son desobedientes.

La escalera que vio Jacob en la visión de la noche, cuya base se apoyaba en tierra y su escalón más alto llegaba a los más altos cielos, con Dios mismo por encima de la escalera, y con su gloria que brillaba sobre cada escalón, con ángeles que ascendían y descendían sobre esta escalera de reluciente brillo, es un símbolo de la comunicación constante que se mantiene entre este mundo y los lugares celestiales. Dios cumple su voluntad por intermedio de ángeles del Cielo en continua relación con la humanidad. Esta escalera revela un directo e importante canal de comunicación con los habitantes de esta Tierra. La escalera representaba para Jacob el Redentor del mundo, quien enlaza la Tierra con el Cielo. Todo el que ha visto la evidencia y luz de la verdad y acepta la verdad, al profesar su fe en Jesucristo, es un misionero en el sentido más elevado de la palabra. Es el receptor de tesoros celestiales, y es deber suyo impartirlos, para difundir lo que ha recibido.

Entonces, ante quienes han sido aceptados como maestros en nuestras escuelas se abre un campo para labrar y cultivar, para sembrar la semilla y cosechar la mies que está madurando. ¿Qué puede dar mayor satisfacción que ser colaboradores con Dios en educar e instruir a los niños y jóvenes a amar a Dios y guardar sus mandamientos? Conduzcan a Jesús a los niños a quienes están instruyendo en la escuela diaria y en la Escuela Sabática. ¿Qué puede darles mayor gozo que ver a los niños y jóvenes seguir a Cristo, el gran Pastor, quien llama, y [ellos como] ovejas y corderos oyen su voz y lo siguen? ¿Qué puede esparcir más rayos de sol por toda el alma del obrero aplicado y dedicado que saber que su labor perseverante, paciente, no ha sido en vano en el Señor, y ver que sus alumnos tienen el brillo del gozo en su alma porque Cristo ha perdonado sus pecados? ¿Qué puede ser más satisfactorio, para el que trabaja en colaboración con Dios, que ver a los niños y jóvenes recibir las impresiones del Espíritu de Dios en verdadera nobleza de carácter y en restauración de la imagen moral de Dios; niños buscando la paz que emana del Príncipe de paz? ¿Es la verdad un cautiverio? Sí, lo es en cierto sentido; liga a las almas que lo desean en cautividad a Jesucristo, haciendo que su corazón se incline ante la ternura de Jesucristo. Oh, el acto de presentar en cada esfuerzo misionero a Jesucristo y a este crucificado significa mucho más que lo que las mentes infinitas pueden comprender. “Él fue herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados. Para darnos la paz, cayó sobre él el castigo, y por su llaga fuimos nosotros curados”. “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros seamos justicia de Dios en él” [Isa. 53:5; 2 Cor. 5:21]. Esta debe ser la preocupación central de nuestra obra. Si alguno se cree capaz de enseñar en la escuela diaria o en la Escuela sabática la ciencia de la educación, debe aprender primero el temor de Jehová, que es el principio de la sabiduría, para que pueda enseñar esta ciencia, la cual es la más elevada de todas.

“Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado... Las palabras que me diste les he dado; y ellos las recibieron y han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que tú me enviaste”

[Juan 17:3, 8]. Aquí se nos presenta la tarea a realizar, para ser representantes de Cristo, como él en nuestro mundo era el representante del Padre. Hemos de enseñar las palabras que se nos dieron en las lecciones de Cristo. “Las palabras que me diste les he dado”. Tenemos nuestra tarea, y todo docente de la juventud en cualquier puesto ha de recibir con un corazón bueno y sincero lo que Dios ha desplegado y registrado en su Santa Palabra en las lecciones de Cristo, para aceptar humildemente las palabras de vida. Estamos en el día antitípico de la expiación [o sea el tiempo prefigurado por ese día], y no solamente hemos de humillar nuestro corazón ante Dios y confesar nuestros pecados, sino que debemos procurar, mediante la educación del talento, instruir a aquellos con quienes entramos en contacto, y llevarlos, por precepto y ejemplo, a conocer a Dios y a Jesucristo, a quien él enviara.

Oh, cuándo desearía que el Señor del Cielo abriera muchos de los ojos que ahora están ciegos, para que puedan verse a sí mismos como Dios los ve, y les diera un sentido de la obra que debe realizarse en los campos de labor. Pero no tengo esperanza de que todas las exhortaciones que hago sean de provecho, a menos que el Señor hable al alma y escriba sus requerimientos en las tablas [de carne] del corazón. ¿No podrá todo agente humano viviente tener un sentido elevado y superior de lo que significa tener asignado un campo extenso e importante de obra misionera doméstica, sin necesidad de ir a tierras lejanas? Y si bien algunos deben proclamar el mensaje de misericordia a los lejanos, hay muchos que tienen que proclamar el mensaje a los que están cercanos. Nuestros colegios deben ser escuelas que eduquen con el fin de capacitar a los jóvenes para ser misioneros tanto por precepto como por ejemplo. Que el que actúa en función de docente mantenga siempre en mente que esos niños y jóvenes son lo que el Hijo de Dios adquirió con su propia sangre. Debe llevárselos a creer en Cristo como su Salvador personal. El nombre de cada creyente está escrito por separado en las palmas de sus manos. El principal Pastor mira desde el Santuario celestial a las ovejas de su prado. “A sus ovejas llama por nombre y las saca” [a pastar, Juan 10:3]. “Si alguno ha pecado, abogado tenemos para con el Padre, a

Jesucristo, el justo” [1 Juan 2:1]. ¡Oh, qué verdad bendita y preciosa! Él no trata ni un solo caso con indiferencia.

Su atractiva parábola del buen pastor representa la responsabilidad de todo ministro del evangelio y de todo cristiano que aceptó un puesto como docente de niños y jóvenes, y como maestro de jóvenes y ancianos al abrir ante ellos las Escrituras. Si alguien se descamina del redil, no se lo persigue con ásperas palabras y un azote, sino con invitaciones atrayentes para que vuelva. Las 99 que no se descaminaron no suscitan la simpatía y el amor tierno y compasivo del pastor. Pero este sigue a las ovejas y los corderos que le han causado la mayor ansiedad y han cautivado su simpatía. El pastor desinteresado y fiel deja todo el resto de las ovejas, y con todo corazón y alma, y sus energías, se exige al máximo para buscar y salvar a la única que está perdida. Y entonces en esta figura el pastor, alabado sea Dios, vuelve con la oveja alzada en brazos, y regocijándose a cada paso dice: “Gozaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido” [Luc. 15:6]. Estoy tan agradecida de que en esta parábola tenemos la oveja encontrada. Y esta es la lección misma que el pastor debe aprender: el éxito en traer de vuelta a la oveja y los corderos.

No se nos presenta a nuestra imaginación el cuadro de un pastor apenado que vuelve sin la oveja. Y el Señor Jesús declara que el placer del pastor y su gozo al encontrar la oveja es causa de placer y regocijo en el Cielo entre los ángeles. La sabiduría de Dios, su poder y su amor, no tienen parangón. La garantía divina es que nadie, ni siquiera uno entre las ovejas y corderos descarriados, es pasado por alto y nadie queda sin socorro. Una cadena de oro – la misericordia y compasión del poder divino– forma un cerco en torno a cada una de estas almas en peligro. Entonces, ¿no cooperará con Dios el agente humano? ¿Será pecaminoso, inefectivo, defectuoso en carácter él mismo, sin considerar al alma a punto de perecer? Cristo la ha ligado a su trono eterno al ofrecer su propia vida.

La descripción que hace Zacarías de Josué, el sumo sacerdote, es una llamativa representación del pecador por quien Cristo actúa de

mediador para llevarlo al arrepentimiento. Satanás está a la mano derecha del Abogado, resistiendo la obra de Cristo, y alegando en contra de él de que el hombre es propiedad suya dado que lo ha elegido a él como su soberano. Pero el Defensor del hombre, el restaurador, el más poderoso de los poderosos, escucha las demandas y pretensiones de Satanás y le responde: “¡Jehová te reprenda, Satán! ¡Jehová, que ha escogido a Jerusalén, te reprenda! ¿No es éste un tizón arrebatado del incendio? Josué, que estaba cubierto de vestiduras viles, permanecía en pie delante del ángel. Habló el ángel y ordenó a los que estaban delante de él, diciendo: ‘Quitadle esas vestiduras viles’. Y a él dijo: ‘Mira que he quitado de ti tu pecado y te he hecho vestir de ropas de gala’. Después dijo: ‘Pongan un turbante limpio sobre su cabeza’. Pusieron un turbante limpio sobre su cabeza y lo vistieron las ropas. Y el ángel de Jehová seguía en pie” [Zac. 3:2-5].

Tengan en mente, todos los docentes que asuman la responsabilidad de tratar con las mentes humanas, que toda alma inclinada a errar y que es fácilmente tentada, es el objeto especial por el cual Cristo es representante legal. Los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. El compasivo Intercesor está presentando su alegato, ¿y han de repeler a una sola alma los hombres y mujeres pecaminosos y finitos?

¿Ha de ser indiferente algún hombre o mujer a las mismas almas por quienes Cristo está intercediendo en la corte celestial? ¿Habréis de imitar ustedes, con vuestro proceder, a los fariseos, quienes querían ser inmisericordes, y a Satanás, que quiere acusar y destruir? ¿O por el contrario humillarán cada uno su alma ante Dios y dejarán que ese nerviosismo severo y esa voluntad de hierro sean subyugados y domados?

Aléjense de la voz de Satanás y de hacer su voluntad, y pónganse del lado de Jesús, teniendo los atributos de él, quien posee agudas y tiernas sensibilidades, quien puede defender la causa de los afligidos y sufrientes como la suya propia. Aquel a quien se le perdona mucho, mucho amará. Jesús es un intercesor compasivo,

un misericordioso y fiel Sumo Sacerdote. Él, la Majestad del Cielo –el Rey de gloria–, puede mirar el hombre finito, sujeto a las tentaciones de Satanás, sabiendo que él mismo ha sentido el poder de las astucias satánicas. “Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos [revistiendo su divinidad con la humanidad], para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo. Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados” [Heb. 2:17, 18].

Por tanto les pido, hermanos míos, poner en práctica los modos de trabajo con que obró Cristo. Jamás deben vestir el manto de severidad y condenar y denunciar y repeler del redil a los pobres mortales tentados; sino, como colaboradores con Dios, sanen al espiritualmente enfermo. Esto harán si tienen la mente de Cristo. Porque “no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” [Heb. 4:15]. “¿No has sabido, no has oído que el Dios eterno es Jehová, el cual creó los confines de la tierra? No desfallece ni se fatiga con cansancio, y su entendimiento no hay quien lo alcance” [Isa. 40:28].–*Christian Education*, pp. 144-161 (1893).

36

Suspensión y expulsión de los estudiantes

Una cosa deseo que entiendan: Yo no he estado de acuerdo con expulsar a estudiantes del colegio, a menos que la depravación humana y el grosero libertinaje lo hagan necesario para que otros no se corrompan. Ha habido un error en despedir del colegio a estudiantes –como en el caso de ---- y de ----, y otros casos, lo que ha sido un gran mal–, y las almas tratadas de esa manera han iniciado un curso de conducta que las ha asegurado en las filas del enemigo como enemigos armados y equipados. Nuevamente, en cuanto a hacer públicos los errores de los estudiantes en el colegio se me han hecho ver y oír algunas de estas revelaciones públicas, y entonces se me mostró su influencia posterior. Ha sido perjudicial en todo sentido, y no ha tenido un efecto benéfico sobre el colegio. Si los que tomaron parte en estas cosas hubieran tenido el espíritu y sabiduría de Cristo, habrían visto una manera de remediar las dificultades existentes más semejante a la de Jesucristo. Nunca es de ayuda para un estudiante el ser humillado ante el colegio entero. Crea una herida que avergüenza. No sana nada, no cura nada.

Hay estudiantes a los que se suspende del colegio. Con esta medida se los lanza al campo de batalla de Satanás para enfrentarse a principados y poderes sin armadura ni defensa, para llegar a ser presa fácil de los designios satánicos. Permítanme que les dirija una palabra en nombre del Señor. Cuando se sigue un proceder adecuado, en casos en los que los estudiantes parecen descarriarse tan fácilmente, no hará falta la suspensión ni la expulsión. Hay una manera correcta, y el Espíritu del Señor debe impulsar al agente humano o de lo contrario se cometerán graves errores. La obra más hermosa que haya emprendido alguna vez el agente humano es la de tratar con las mentes humanas. Los docentes deben considerar que no están tratando con ángeles, sino con seres humanos con pasiones semejantes a las que ellos

mismos tienen. Los caracteres no se forman todos en el mismo molde. Hay caracteres de todo tipo recibidos por los estudiantes por herencia. Los defectos y virtudes en los rasgos de carácter se manifiestan de ese modo. Que cada docente considere esto. Será necesario enfrentar deformidades de carácter humano heredadas y cultivadas, así como belleza de carácter, y también será necesario reunir y cultivar mucha gracia por parte del docente para saber cómo tratar con los que se desvían para su bien presente y eterno. Impulsividad, impaciencia, orgullo, egoísmo y amor propio, si se los acaricia, harán una gran cantidad de mal que puede lanzar el alma al campo de batalla de Satanás sin sabiduría para navegar su navío, en peligro de ser llevada de aquí para allá como juguete de las tentaciones de Satanás hasta naufragar. Todo docente tiene sus propios rasgos peculiares de carácter que vigilar, con el fin de impedir que Satanás lo use como agente suyo para destruir a las almas mediante los rasgos de su propio carácter no consagrado. La única seguridad para los docentes está en aprender diariamente en la escuela de Cristo su mansedumbre, su humildad de corazón, y entonces el yo quedará escondido en Cristo, y llevarán mansamente el yugo de Cristo, y tendrán en cuenta que están tratando con la propiedad del Señor.

Debo declararles que se me mostró que no siempre se han practicado los mejores métodos para tratar con los errores y las equivocaciones de los estudiantes, y el resultado ha sido que se puso en peligro a las almas y algunas se perdieron. El mal genio entre los profesores, las medidas no sabias y el mantener una falsa dignidad han hecho una mala obra. No hay forma de vicio, mundanalidad ni ebriedad que tenga un efecto más desastroso sobre el carácter, amargando el alma y poniendo en marcha una serie de males que ahogan al bien, que las pasiones humanas cuando no están bajo el control de Espíritu de Dios. La ira, el sentirse tocado e irritado, nunca tendrá buen resultado. Cuántos pródigos están siendo excluidos del reino de Dios por el carácter desagradable de los que pretenden ser cristianos. Celos, envidia, orgullo, sentimientos poco caritativos, justicia propia, irritación fácil, pensar el mal, aspereza, frialdad, indiferencia, estos son los

atributos de Satanás. Los docentes encontrarán estas cosas en el carácter de los estudiantes. Es algo terrible tener que tratar con tales cosas, pero al tratar de expulsar estos males, el obrero en muchos casos ha desarrollado atributos similares, los cuales han desfigurado el alma de aquel con quien estaba tratando.

En realidad, no hay lugar en el Cielo para estas actitudes. Un hombre con tal carácter sólo haría miserable el Cielo, porque él mismo es miserable. Dijo Cristo: “El que no nace de nuevo no puede ver el reino de Dios” [Juan 3:3]. Para entrar al Cielo, una persona debe tener a Cristo, la esperanza de gloria, formado en su interior, y llevar el Cielo consigo [*cf.* Col. 1:27]. Sólo el Señor Jesús puede cambiar y moldear el carácter. Por falta de paciencia, bondad, tolerancia, longanimidad y amor, los rasgos de carácter destellan involuntariamente y en forma reveladora cuando estamos con la guardia baja, y a veces restallan palabras que no son de un cristiano y brota un carácter no similar al de Cristo para ruina del alma. “No se goza de la injusticia” [1 Cor. 13:6]. Noten eso. El apóstol quiere decir que donde se cultiva amor genuino por las almas preciosas se lo demostrará hacia los que más necesitan de esa paciencia amable y sufrida, y no será rápido en magnificar una pequeña indiscreción o un agravio directo haciéndolos enormes ofensas imperdonables, ni se aprovechará de las malas acciones de otros. El amor por las almas por quienes Cristo murió no hará lo que se hizo, por un falso concepto de lo que merecen quienes se equivocan, el exponer sus errores y debilidades ante todo el colegio.

¿Cómo piensan que Jesús mira esas medidas? Si hubiera estado presente habría dicho a los que hacen esas cosas: “Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios” [Mat. 22:29]. Pues en las Escrituras se muestra claramente cómo tratar con los que se equivocan. Longanimidad, consideración amable y “considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado” [Gál. 6:1], es lo que debería enfrentar al corazón terco y endurecido. El amor de Jesús cubrirá una multitud de pecados, para que estos no acechen al ofensor ni sean publicados para crear sentimientos de todo tipo y carácter en el pecho humano de aquellos ante quienes se presentan

abiertamente esos errores y equivocaciones, y en el de quien fue tratado así. A menudo se lo lleva a la desesperación. Su mente queda más allá de la curación. Ahora vuestra tarea es tener la gracia de Cristo en el alma, de manera que nunca jamás sean culpables de publicar los errores de otros si no hay una necesidad definida. Practiquen seguir a Cristo. El testigo fiel habla en Apocalipsis 21:5. Practiquen el amor. En el cristianismo no hay nada que sea caprichoso.

Si un hombre no ejercita su brazo, se vuelve débil y deficiente en fortaleza muscular. A menos que el cristiano ejercite sus facultades espirituales, no adquiere fortaleza de carácter ni vigor moral. El amor es una planta preciosa y debe cultivársela si ha de florecer. La preciosa planta del amor debe ser tratada con ternura (ponerlo en práctica), y entonces llegará a ser fuerte y vigorosa y rica en frutos, dando expresión al carácter entero. Un carácter como el de Cristo no es egoísta, no es antipático y no herirá el alma de quienes están luchando contra las tentaciones de Satanás. Entrará en los sentimientos de los que son tentados [la certeza de] que las pruebas y tentaciones serán tratadas de tal modo que produzcan oro y consuman la escoria. Esta es la ejercitación que Dios ha asignado a todos. En esta escuela, la de Cristo, todos pueden aprender sus lecciones diariamente, tanto docentes como alumnos, para ser pacientes, humildes, generosos, nobles. Todos tendrán que buscar a Dios muy fervientemente en oración mezclada con fe viviente, y la mano modeladora de Dios hará aparecer su propia imagen en vuestro carácter. Las tentaciones vendrán, pero no vencerán. Sino que por medio de la gracia que se encuentra al abrir el corazón a la llamada y voz de Jesús, el carácter y la experiencia cristianos estarán creciendo en forma cada vez más hermosa y celestial. Mantengamos en mente que estamos tratando con almas que Cristo adquirió para sí mismo a un costo infinito.

Oh, digan a los que se descarrían: “Dios te ama, Dios murió por ti”. Lloren por ellos, oren con ellos. Derramen lágrimas por ellos, pero no se enojen con ellos. Son la posesión adquirida de Cristo. Que cada uno busque un carácter que exprese amor en todas sus

acciones. “Cualquiera que haga tropezar a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno y que se le hundiera en lo profundo del mar” [Mat. 18:6]. Sería mejor no vivir que existir día tras día carente de ese amor que Cristo reveló en su carácter y que les ordenó tener a sus hijos. Dijo Cristo: “Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado” [Juan 15:12]. Vivimos en un mundo duro, sin sentimientos, sin caridad. Satanás y su confederación están practicando toda arte para seducir a las almas por quienes Cristo ha dado su vida preciosa. Todo el que ama a Dios en sinceridad y verdad amará a las almas por quienes Cristo murió. Si deseamos hacer el bien a las almas, nuestro éxito con esas almas estará en proporción a lo que ellas crean que nosotros creemos en ellas y las apreciamos. Mostrar respeto por el alma humana que lucha es el medio seguro a través de Jesucristo para restaurar el respeto propio que el hombre ha perdido. Nuestra ideas progresistas acerca de lo que puede llegar a ser es de tanta ayuda que no podemos apreciarla plenamente. Necesitamos la rica gracia de Dios a cada hora; entonces tendremos una experiencia rica, práctica, porque Dios es amor. El que vive en amor vive en Dios. Den amor a quienes más lo necesitan. Los menos afortunados, los que tienen los temperamentos más desagradables, necesitan nuestro amor, nuestra ternura, nuestra compasión. Los que ponen a prueba nuestra paciencia son los que necesitan más amor. Pasamos por el mundo una sola vez; cualquier cosa buena que hagamos, hagámosla con el mayor fervor, sin cansarnos, con el mismo espíritu que se registra de Cristo en su obra. Él no fracasará ni se desanimará. Los que tienen actitudes ásperas, obstinadas, sombrías son los que necesitan más ayuda. ¿Cómo se los puede ayudar? Sólo por medio de ese amor práctico que Cristo reveló al hombre caído. Trátenlos, pueden hacerlo, como merecen. ¿Y si Cristo nos hubiera tratado a nosotros así? Él, que no merecía ese trato, fue tratado como nosotros lo merecíamos. Y sin embargo somos tratados por Cristo con la gracia y amor que no merecíamos, sino que merecía él. Traten con algunos caracteres como piensan que se lo tienen bien ganado, y cortarán la última hebra de esperanza, echarán a perder vuestra influencia y arruinarán al alma.

¿Valdrá la pena? No, digo no, 100 veces no. Liguen a esas almas, que necesitan toda la ayuda que les sea posible darles, uniéndolas a un corazón amante, que tenga simpatía y compasión, desbordante de amor como el de Cristo, y salvarán a un alma de la muerte y cubrirán una multitud de pecados. ¿No será mejor que ensayemos el procedimiento del amor?

Sean cuidadosos con lo que hacen en el área de suspender a estudiantes. Este es un asunto solemne. Debiera ser una falta muy grave la que requiera ese tipo de disciplina. Entonces debiera haber una cuidadosa consideración de todas las circunstancias relacionadas con el caso. Los estudiantes enviados al colegio desde su casa, sea desde corta o larga distancia, miles y miles de kilómetros, están fuera de su casa y privados de sus beneficios, y si se los expulsa se les niega los privilegios del colegio. Todos sus gastos tienen que ser afrontados por alguien que tenía la esperanza y confianza en estos temas de que su dinero no sería invertido en vano. El estudiante entró, o cayó, en tentación, y debe ser disciplinado por su error. Siente agudamente que su foja de servicio está manchada, y que decepciona a quienes han confiado en que desarrollaría un carácter bajo la influencia de su preparación en la vida académica, lo cual recompensaría todo lo que se invirtió en su beneficio. Pero es suspendido por su necio proceder. ¿Qué hará ahora? Su ánimo está en su punto más bajo; su valor y aun su hombría no reciben caricias. Incurre en gastos, y pierde un tiempo precioso. ¿Quién tendrá ternura y amabilidad, y sentirá preocupación por esas almas? No es de extrañar que Satanás se aproveche de las circunstancias. Se las lanza al campo de batalla de Satanás, y se ponen en marcha los peores sentimientos del corazón humano, y se los fortalece y confirma.

Expongo el caso tal como me fue presentado. Ojalá todos pudieran tener la misma perspectiva, con todos sus efectos, tal como me fue mostrada. Pienso que habría cambios radicales en muchos reglamentos y métodos para tratar con las mentes humanas. Habría más médicos para sanar almas humanas, quienes entiendan cómo tratar con mentes humanas. Habría más puesta en práctica de

perdón, simpatía y amor, y se ejercería muchas menos influencias desanimadoras y destructoras. Supongamos que Cristo tratase a todos sus hijos e hijas que aprenden de él así como los agentes humanos, los docentes, tratan a quienes están a su cargo; entonces, cuando la ley del Señor y sus reglamentos y mandatos fueran desobedecidos por nosotros, y si como culpables fuésemos expulsados o suspendidos, y por haber errado alejándonos de sus influencias salvíficas, elevadoras y educativas, abandonándonos para elegir y tomar nuestro propio camino y curso de acción sin su divina asistencia, ¿qué sería de nuestra alma? Su constante amor perdonador liga el interés de nuestra alma con él. ¡Oh, el poderío del amor de Jesús me abruma al considerarlo! El yugo de Cristo es fácil y ligera su carga. Cuando entremos en forma más completa en el amor de Jesús por ponerlo en práctica, veremos resultados muy distintos en nuestro progreso como cristianos, y en el modelado del carácter de aquellos con quienes entramos en relación. El asunto más difícil para todo ser es abandonar lo que cree que es correcto. El amor no busca lo suyo. El amor nacido del Cielo penetra más allá de la superficie. El amor no es jactancioso, no se envanece [1 Cor. 13:4]. Fortificado con la gracia de Cristo, el amor no se comporta en forma impropia. El que vive en amor, vive en Dios. Dios es amor. Todos necesitamos amor, amabilidad, ternura, compasión y paciencia. Expulsen del alma todo vestigio de egoísmo o solemnidad humana.

Cuando toda esperanza quedó excluida para Adán y a Eva como consecuencia de la transgresión y el pecado, cuando la justicia exigía la muerte del pecador, Cristo se dio a sí mismo para ser un sacrificio por el pecado del mundo. El mundo estaba bajo condenación. Cristo se hizo sustituto y garante del hombre. Habría de dar su vida por el mundo –que está representado por la única oveja perdida que se había extraviado del redil–, a cuyos habitantes se les enrostró la culpa y la impotencia, los cuales les hicieron detenerse en el camino y eran un obstáculo que impedía su retorno. “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados”. “Todos nosotros nos

descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros" [1 Juan 4:10; Isa. 53:6]. Todos los hijos y las hijas de Dios, si tienen un Salvador que mora en ellos, escenificarán a Cristo. Toda alma que no tenga un Salvador que viva en ella lo revelará con su carácter disímil al de Cristo. El amor no está cultivado ni puesto en práctica. "Alabadle, fiel Salvador compasivo", con nuestras palabras, con nuestra conversación, con nuestros tratos con el descarriado.

Sé, por la carga puesta sobre mis hombros, que muchos de los que cumplen funciones en nuestros colegios necesitan aprender ellos mismos en la escuela de Cristo su mansedumbre, su manera tierna de tratar a los descarriados, su compasión y su amor. Hasta que no hayan sido vueltos a fundir y se separe la escoria de su carácter, estarán trabajando con fines opuestos. Estoy profundamente contristada en mi corazón debido a las graves consecuencias resultantes del trato sin sabiduría, más graves de lo que muchos están dispuestos a admitir ante su propia conciencia o ante Dios. El yo es muy grande en algunos, [un yo] siempre esforzándose por tener la supremacía. Están los que profesan ser seguidores de Cristo y que nunca han muerto al yo. Nunca cayeron sobre la roca para ser quebrantados. Hasta que esto ocurra vivirán para el yo, y si mueren tal como son, será demasiado tarde para corregir sus errores. Amo su alma. Jesús ama su alma, y hará una buena obra por ellos si se humillan bajo su poderosa mano, si se arrepienten y convierten, si se entregan diariamente a Dios. Debe ser una entrega constante, diaria. Debemos ser hombres y mujeres minuciosos(as), siempre en guardia contra el yo, y alertas para aprovechar toda oportunidad para hacer el bien y sólo el bien a las almas por quienes Cristo dio su vida para hacerlas suyas. Cuando los agentes humanos tratan a estas almas con un espíritu severo contristan el corazón de Cristo, y lo exponen a la vergüenza pública, porque representan falsamente en su propio carácter el carácter de Cristo. Alguien dijo: "Tu benignidad me ha engrandecido" [Sal. 18:35]. Ruego a nuestro Padre celestial que todos los que están relacionados con nuestras escuelas puedan estar en Cristo así

como el pámpano está unido a la vid viviente.–*Manuscrito*, sin número, 1893.

37

A los estudiantes en el colegio de Battle Creek

Tengo un interés muy profundo en la institución educativa de Battle Creek. Por años mi esposo y yo misma estuvimos muy ansiosos por establecer una escuela en la cual nuestros niños y jóvenes tuvieran ventajas de una clase superior a las que se encuentran en las escuelas públicas comunes o en los colegios del mundo. El Señor especificó claramente cuál debía ser el carácter de la influencia y de la enseñanza que debía sostener la escuela, con el fin de que se realizara la importante obra para la cual fue diseñada. Como el conocimiento y el temor de Jehová es el principio de la sabiduría, era necesario que el estudio de la Biblia tuviera un lugar prominente entre los diversos ramos de la educación científica. El nivel de la escuela debía ser de un orden elevado, y los principios de piedad vital debían mantenerse siempre ante los alumnos como el aspecto más esencial de la educación. “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” [Juan 17:3]. Los jóvenes debían ser enseñados sobre los tiempos que vivimos, y había que hacerles entender lo que acontecerá antes del cierre de la historia del mundo.

Una razón por la cual era necesario establecer nuestras propias instituciones era el hecho de que los padres no podían contrarrestar la influencia de la enseñanza que nuestros niños estaban recibiendo en las escuelas públicas, y que los errores allí enseñados estaban llevando a los jóvenes a sendas falsas. No podía ejercerse una influencia más fuerte sobre la mente de los jóvenes y los niños que la de quienes los estaban instruyendo en los principios de la ciencia. Por esta razón era evidente que debían establecerse escuelas en las que nuestros niños fueran instruidos en el camino de la verdad. Se especificó que en nuestras escuelas debía enseñarse a los jóvenes los principios de la temperancia bíblica, y debía ejercerse toda influencia posible que tendiera a ayudarlos a evitar las locuras

de esta era degenerada, las cuales estaban haciendo rápidamente del mundo una segunda Sodoma.

En nuestras instituciones educativas habría de ejercerse una influencia que contrarrestara la influencia del mundo, y no alentara la gratificación del apetito, la complacencia egoísta de los sentidos, el orgullo, la ambición, el amor a la vestimenta y la ostentación, el amor a las alabanzas y la adulación, y la contienda por altas recompensas y honores como recompensa por ser buenos estudiantes. Todo esto había de ser desalentado en nuestras escuelas. Sería imposible evitar estas cosas si se los enviaba a las escuelas públicas, donde diariamente se los pondría en contacto con lo que contaminaría su moral. En todas partes del mundo había tal descuido de la enseñanza apropiada en el hogar, que los niños que se hallaban en las escuelas públicas, en su mayoría, eran licenciosos y sumergidos en el vicio.

La obra que como pueblo debíamos realizar en este asunto era establecer una escuela y hacer la obra que Jesucristo, desde la columna de nube, había dirigido como la obra de su pueblo: enseñar y educar a nuestros niños y jóvenes con respecto a los mandamientos de Dios. La evidente desconsideración del mundo por la ley de Dios estaba contaminando la moral de los que profesaban guardar la ley de Dios. Pero estamos llamados a seguir el ejemplo de Abraham. De él dijo el Señor: “Yo sé que mandará a sus hijos, y a su casa después de sí, que guarden el camino de Jehová haciendo justicia y juicio” [Gén. 18:19].

Abraham tenía que dejar su tierra y la casa de su padre, y peregrinar en tierra extraña, para introducir con éxito el nuevo orden de cosas en su casa. La providencia de Dios desplegaría permanentemente nuevos métodos, y debía progresarse de generación en generación, con el fin de preservar en el mundo el conocimiento del Dios verdadero, de sus leyes y mandamientos. Esto sólo podía hacerse cultivando la religión del hogar. Pero no era posible que Abraham lo lograse mientras estuviera rodeado por sus parientes y amigos idólatras. Debía, por mandato de Dios, salir solo

y escuchar la voz de Cristo, el Líder de los hijos de Israel. Jesús estaba en la Tierra para instruir y educar al pueblo elegido de Dios. Abraham decidió obedecer la ley de Dios, y Jehová sabía que no habría de su parte una traición al encargo sagrado, ni sumisión a otro guía que no fuese al Ser por quien sentía la responsabilidad de obedecer. Reconocía que debía rendir cuenta de la enseñanza de su casa y sus hijos, y mandarlos después de sí para que hiciesen justicia y juicio. Al enseñarles la ley de Dios, les enseñó que Jehová es nuestro juez, legislador y rey, y que los padres y los niños debían ser regidos por él; que de parte de los padres no debía haber opresión, y que de parte de los hijos no debía haber desobediencia filial.

El Señor mandó a Moisés ir y hablar a Faraón, pidiéndole que dejara salir a Israel de Egipto. Por 400 años habían estado en Egipto, y habían estado en esclavitud a los egipcios. Habían sido corrompidos por la idolatría, y llegó el tiempo cuando Dios los llamó a dejar Egipto para que pudieran obedecer sus leyes y guardaran su sábado, los cuales había instituido en el Edén. Enunció ante ellos los Diez Mandamientos en sobrecogedora majestad desde el Monte Sinaí, para que pudieran entender el carácter sagrado y permanente de la ley, y construyeran el cimiento para muchas generaciones al enseñar a sus hijos los vigentes deberes de los santos preceptos de Dios.

Esta es la obra que estamos llamados a realizar. Desde los púlpitos de las iglesias populares se proclama que el primer día de la semana es reposo para Jehová; pero Dios nos ha dado luz, mostrando que el cuarto precepto del decálogo está tan vigente como los otros nueve preceptos morales. Es obra nuestra explicar claramente a nuestros hijos que el primer día de la semana no es el verdadero día de reposo, y que su observancia después de llegarnos la luz sobre el verdadero día de reposo sería idolatría y una contradicción directa a la ley de Dios. Con el fin de darles instrucción sobre los deberes que nos impone la ley de Jehová es necesario separar a nuestros hijos de compañías e influencias mundanas, y mantener ante ellos las Escrituras de verdad al

enseñarles línea sobre línea, precepto sobre precepto, para que no resulten desleales para con Dios.

Los protestantes han aceptado el sábado falso, el hijo del papado, y lo han exaltado por encima del día santo, santificado por Dios; y nuestras instituciones de enseñanza han sido establecidas con el expreso propósito de contrarrestar la influencia de los que no siguen la Palabra de Dios. Estas son razones suficientes para mostrar la necesidad de tener instituciones educativas propias; pues debemos enseñar la verdad en vez de la ficción y la falsedad. La escuela debe complementar la enseñanza en el hogar, y tanto en casa como en la escuela deben mantenerse la sencillez en la vestimenta, el régimen alimentario y la recreación. Debe crearse una atmósfera que no sea deletérea para la naturaleza moral. Línea sobre línea, precepto sobre precepto, nuestros hijos y nuestras familias deben ser educados para guardar el camino del Señor, para alzarse con firmeza en favor de la verdad y la justicia. Debemos mantener una posición contraria a toda especie de falacia que confunde en esta era degenerada, cuando se disimula el error y se lo mezcla tanto con la verdad que es casi imposible, para los que no están familiarizados con las distinciones que hacen las Escrituras entre las tradiciones de los hombres y la Palabra de Dios, distinguir la verdad del error. Se ha expresado claramente que en esta era “algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios” [1 Tim. 4:1].

Cuando se lleva la verdad a la vida práctica, se debe elevar el nivel más y más alto para satisfacer los requerimientos de la Biblia. Esto requerirá oponerse a las modas, costumbres, prácticas y máximas del mundo. Las influencias mundanas, como las olas de la mar, golpetean sobre los seguidores de Cristo para barrerlos de los verdaderos principios de mansedumbre y gracia de Cristo; pero han de mantenerse firmes como una roca en los principios. Requerirá valentía moral hacerlo, y aquellos cuya alma no esté anclada en la Roca eterna serán barridos por la corriente mundanal. Podemos mantenernos firmes sólo como nuestra vida esté escondida con Cristo en Dios. La independencia moral estará totalmente en su

debido lugar al oponerse al mundo. Al conformarnos enteramente a la voluntad de Dios seremos colocados en terreno ventajoso, y veremos la necesidad de separarnos en forma decidida de las costumbres y prácticas del mundo. No hemos de elevar nuestro nivel sólo un poco por encima del nivel del mundo, sino hacer que la línea de demarcación sea definidamente evidente.

Hay muchos en la iglesia que en su corazón pertenecen al mundo, pero Dios llama a los que profesan creer en las verdades avanzadas que se eleven por encima de la actual actitud de las iglesias populares de hoy. ¿Dónde está la abnegación, dónde está el cargar la cruz que Cristo dijo que caracterizaría a sus seguidores? La razón por la cual tenemos tan poca influencia sobre nuestros parientes y conocidos que no son creyentes es que hemos manifestado poca diferencia definida en nuestras prácticas respecto de las del mundo. Los padres necesitan despertar, y purificar su alma practicando la verdad en su vida hogareña. Cuando alcancemos el nivel que el Señor quiere que alcancemos, los mundanos considerarán a los adventistas como extremistas extraños, singulares, excesivamente estrictos. Somos un “espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres” [1 Cor. 4:9].

Estamos bajo un solemne pacto sagrado con Dios para criar a nuestros hijos no para el mundo, no para poner sus manos en las manos del mundo, sino para amar y temer a Dios, y para guardar sus mandamientos. Hemos de enseñarles a trabajar en forma inteligente en los tipos de obra realizados por Cristo, para presentar un carácter noble, elevado, cristiano, a aquellos con quienes se relacionan. Por esta razón han sido establecidas nuestras escuelas, para que los jóvenes y los niños sean educados como para ejercer una influencia en favor de Dios en el mundo. Entonces, ¿habrán de convertirse al mundo nuestras escuelas y seguir sus costumbres y modas? “Hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro racional culto. Y no os conforméis a este siglo, mas reformaos por medio de la renovación de vuestro

entendimiento, para que experimentéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta" [Rom. 12:1, 2, RV].

Cuando quienes alcanzaron los años de la juventud y adultez no ven diferencia entre nuestras escuelas y los colegios del mundo, y no tienen preferencia en cuanto a cuál asisten, aunque se enseña el error por precepto y ejemplo en las escuelas del mundo, entonces es momento de examinar detenidamente las razones que llevan a esa conclusión. Nuestras instituciones de enseñanza pueden girar hacia la conformidad con el mundo. Pueden avanzar paso a paso hacia el mundo; pero son prisioneras de esperanza, y Dios las corregirá e iluminará, y las traerá otra vez a su posición recta de diferenciarse del mundo. Estoy mirando con interés intenso, esperando ver a nuestras escuelas imbuidas plenamente con el espíritu de la religión pura y sin mancha. Cuando los estudiantes estén así imbuidos verán que hay una gran tarea que hacer en los tipos de obra que hizo Cristo, y el tiempo que daban a las diversiones será dado a realizar tarea misionera ferviente. Tratarán de hacer el bien a todos los que los rodean, para elevar a las almas que están doblegadas por el desánimo y para alumbrar a los que están en las tinieblas del error. Se revestirán de nuestro Señor Jesucristo, y no proveerán para la carne con el fin de satisfacer sus lujurias [Rom. 13:14].–*Review and Herald*, 9 de enero de 1894.

38

Se requiere de los estudiantes colaborar con Dios

Jesús murió por la humanidad, y al dar su vida elevó a la humanidad en la escala de valor moral ante Dios. El Hijo del Dios infinito revistió su divinidad con la humanidad, y se sometió a la muerte en la cruz para poder convertirse en un peldaño por medio del cual la humanidad pudiera reunirse con la divinidad. Hizo posible para el hombre llegar a ser participante de la naturaleza divina, y escapar de las corrupciones que hay en el mundo por causa de la concupiscencia. Cristo está trabajando continuamente para elevar y ennoblecer al hombre, y requiere que cada alma que ha redimido de la miseria sin esperanza colabore con él en la gran obra de salvar a los perdidos. No hemos de armar trampas y hacer planes secretos para atraer a las almas a la tentación.

¡Oh, si todos pudieran ver este asunto tal como me fue presentado, con todas sus consecuencias, cuán pronto abandonarían al enemigo en su obra artificiosa! ¡Cómo despreciarían las medidas que toma para traer pecado a la familia humana! ¡Cómo odiarían al pecado, con un odio perfecto, al sopesar el hecho de que costó la vida del Comandante del Cielo para que ellos no pereciesen, para que el hombre no fuera una cautivo sin esperanzas atado al carro de Satanás, un esclavo degradado a su voluntad, un trofeo de su victoria y de su reino!

¿Quién entrará en alianza con Satanás? ¿Quién portará su insignia? ¿Quién lo elegirá por capitán, y rehusará ponerse bajo la bandera ensangrentada del Capitán de nuestra salvación? Cristo murió por cada uno de los hijos e hijas de Adán; y siendo que el Hijo de Dios ha expresado un amor tan asombroso, al hacer este gran sacrificio por el pecador, con el fin de que por la fe en él no necesite

perecer sino que tenga vida eterna, ¿cómo puede el sujeto de este gran amor ser indiferente y permanecer en el pecado y la desobediencia, y no profesar de corazón a Cristo sin tardar un instante más? ¿Cómo puede alguien gustar de hacer el mal? ¿Cómo pueden los jóvenes prostituir sus facultades racionales a Satanás, y prestar su influencia a lo que debilitará su propia fuerza moral y eficiencia? Al hacer la voluntad de quien ama al mundo, y dio a su Hijo unigénito para que muriera por ellos, fortalecen toda facultad del alma y aumentan su propia felicidad y paz.

El Señor ha honrado en gran manera a los hombres al dar a Jesucristo para recobrarlos de los reclamos de Satanás. ¿Serán recuperados? ¿Recibirán el precioso don de Cristo, o rehusarán servirlo? Dijo Jesús: “El que conmigo no recoge, desparrama”, y ha dicho: “Sin mí nada podéis hacer” y “bástate mi gracia” [Mat. 12:30; Juan 15:5, RV; 2 Cor. 12:9]. Todo el que busque hacer el bien con su propia fortaleza finita hallará que sus esfuerzos fracasan; pero los que aceptan a Cristo por fe encontrarán en él un Salvador personal. Se alistarán en su ejército, serán soldados suyos, y pelearán la buena batalla de la fe. Si son estudiantes en el colegio, sentirán que están inscriptos para hacer de este la institución más ordenada, elevada y digna de encomio de todo el mundo. Pondrán cada partícula de su influencia del lado de Dios, del lado de Cristo y del lado de las inteligencias celestiales. Sentirán que es su deber formar una sociedad de esfuerzo cristiano, para poder ayudar a cada estudiante a ver la inconsecuencia de un curso de acción que Dios no aprueba. Trabajarán con Cristo, y harán lo mejor que puedan para perfeccionar un carácter cristiano. Asumirán la tarea de conducir a los cojos y los débiles por una segura senda ascendente. Formarán sociedades de esfuerzos cristianos para crear planes que sean de bendición para la institución educativa, y harán todo los que esté en su poder para hacer del colegio lo que Dios se propuso y señaló que debía ser. Tendrán en mente el valor y eficiencia de las reuniones de esfuerzos cristianos, al preparar a misioneros para que salgan a advertir al mundo.

Los estudiantes debieran tener sus propias semanas de oración, en las cuales puedan ofrecer peticiones fervientes y sencillas para que Dios bendiga al director del colegio con fortaleza física, claridad mental, fuerza moral y discernimiento espiritual, y para que cada docente sea capacitado por la gracia de Dios para hacer su obra con fidelidad y amor ferviente. Debieran orar con el propósito de que los profesores puedan ser los agentes por medio de los cuales Dios obre para hacer que el bien prevalezca por sobre el mal, a través del conocimiento de Jesucristo, a quien Dios ha enviado. Quiera Dios otorgar a los estudiantes que asisten a nuestras instituciones de enseñanza la gracia y el valor para poner en práctica los principios revelados en la ley de Dios, la cual es una expresión de su carácter. Que jamás sean hallados hablando mal de las escuelas que Dios estableció. Si alguna vez han fallado y caído en la tentación, es porque no hicieron de Dios vuestra fortaleza, porque no tuvieron la fe que obra por el amor y purifica el alma [Gál. 5:6].

Que cada cristiano sincero que se relaciona con nuestras escuelas [y colegios] resuelva ser un siervo fiel en la causa de Cristo y ayude a cada estudiante a ser fiel, puro y santo en la vida. Que cada uno de los que aman a Dios busquen ganar a quienes todavía no profesan fe en Cristo. Todos los días pueden ejercer una influencia silenciosa en oración, y cooperar con Jesucristo, el misionero en jefe de nuestro mundo. Que toda alma –hombre, mujer, joven– crezca en excelencia de carácter y devoción, en pureza y santidad, y viva con un ojo fijo en la gloria de Dios, para que los enemigos de nuestra fe no triunfen. Haya tal unión en los vínculos de nuestra santa fe que nuestra influencia conjunta pueda estar totalmente del lado del Señor, y pueda obrar en pro de la transformación de aquellos con quienes nos relacionamos. Hágase manifiesto que tienen una conexión viviente con Dios, y que son ambiciosos de la gloria del Maestro, buscando cultivar en ustedes mismos toda gracia de carácter por medio de la cual puedan honrar al que dio su vida por ustedes. Que el amor de Cristo sea un poder constreñidor para traer a otros a la senda construida para que los redimidos de Jehová caminen por ella. Cuando los estudiantes de nuestras escuelas [y

colegios] aprendan a gustar la voluntad de Dios, encontrarán que es relativamente fácil cumplirla.

Si los estudiantes ven defectos de carácter en otros, siéntanse agradecidos de que han discernido esos defectos, con lo cual pueden estar en guardia contra ellos. Sin duda verán a personas que no están aprendiendo la mansedumbre y humildad de Cristo, sino que aman la ostentación y son vanos, frívolos y mundanos. El único remedio para los tales es contemplar a Cristo, y por medio del estudio de su carácter llegarán a despreciar todo lo que es vano y frívolo, débil y vulgar. El carácter de Cristo está lleno de longanimidad, paciencia, bondad, misericordia y amor sin par. Al contemplar tal carácter se elevarán por encima de la mezquindad de aquello que les ha dado forma y modelado, y los ha hecho sin santidad ni hermosura. [Entonces] dirán: “No me he sentado con hombres hipócritas, ni entré con los que andan simuladamente”. Se darán cuenta de que “el que con sabios anda, sabio se vuelve; el que con necios se junta, saldrá mal parado” [Sal. 26:4; Prov. 13:20, NVI].

Que todo el que busque vivir una vida cristiana recuerde que la iglesia militante no es la iglesia triunfante. Se encontrarán en la iglesia quienes tienen mente carnal. Se los debe compadecer más que inculpar. No hay que juzgar a la iglesia como que sustenta a estos personajes, aunque se encuentren dentro de sus confines. Si la iglesia los expulsara, los mismos que critican porque estén presentes en ella la condenarían por dejarlos a la deriva en el mundo; aseverarían que fueron tratados sin misericordia. Puede que haya en la iglesia quienes son fríos, orgullosos, altivos y sin cristianismo, pero no tienen por qué juntarse con esa clase de personas. Hay muchos que tienen corazón cálido, que son abnegados, que se sacrifican y que, si fuera necesario, darían su vida por salvar a las almas. Jesús vio lo malo y lo bueno en las relaciones de la iglesia y dijo: “Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega” [Mat. 13:30]. Nadie tiene necesidad de volverse cizaña porque otras plantas en el campo no son trigo. A decir verdad, estos quejosos presentan sus acusaciones para aquietar su

conciencia que los redarguye y convence de pecado. Su propio curso de conducta no es totalmente recomendable. Aun quienes luchan por dominar al enemigo a veces han estado equivocados y cometido errores. El mal prevalece sobre el bien cuando no confiamos plenamente en Cristo y permanecemos en él. Entonces se manifiestan inconsecuencias del carácter que no se revelarían si hubiésemos preservado la fe que obra por el amor y purifica el alma.

Nadie nos obliga a elegir como compañía íntima a los que rechazan el amor de Dios, el cual ha sido expresado en dar a su Hijo al mundo "para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna". Los que aman a Dios no elegirán como sus amigos a los que son enemigos de Dios. Se ha presentado la pregunta: "¿Al impío das ayuda, y amas a los que aborrecen a Jehová?" [Juan 3:16; 2 Crón. 19:2]. ¿Preferirán la compañía de los irreligiosos y desleales antes que la de quienes obedecen los mandamientos de Dios? ¿Elegirán separarse de los que aman a Dios y se alejarán todo lo posible del canal de luz? Querrán mantenerse en una atmósfera de pureza y fe, y traer a vuestro carácter los principios que serán como vigas sólidas. Los cristianos no elegirán ni cultivarán la compañía de los no cristianos. Si el Señor los pone en una posición especial en el mundo, como hizo con José y Daniel, entonces los sostendrá en medio de la tentación. Pero nunca estarán donde se halle demasiada luz en este mundo. Por tanto, cuán peligroso es elegir la compañía de los que aman las tinieblas más que la luz, y no vienen a la luz para que sus obras no sean reprendidas [Juan 3:20].–*Review and Herald,* 16 de enero de 1894.

LECTURA ADICIONAL

- *Review and Herald*, 30 de agosto de 1894, "The Childhood of Jesus" [La infancia de Jesús].

39

Palabras a los estudiantes

Toda alma está rodeada de una atmósfera peculiar al individuo. Esta atmósfera puede estar inficionada de miasmas espirituales que emponzoñan los principios de la rectitud. Pero cuando estamos en contacto con otros, no hacen falta días ni semanas para determinar si la atmósfera del espíritu corresponde a Cristo o a Satanás. La influencia de las compañías nunca es más fuerte que en la vida estudiantil; pero el estudiante que viene al colegio con un sincero deseo de ser de ayuda y bendición a sus compañeros tendrá cuidado de poner su influencia a trabajar del lado correcto, y buscará compañeros que se unan a él para cultivar los principios y las prácticas que corresponden.

Los estudiantes debieran sentirse responsables de hacer de su vida estudiantil un éxito. Debieran llevar todos sus esfuerzos en la dirección que corresponde, para no decepcionar a su padres o tutores que trabajan duramente para mantenerlos en el colegio, y que están profundamente ansiosos por su bienestar presente y eterno. Los estudiantes debieran resolver que dejarán un registro del que no tengan que avergonzarse cuando los enfrente en el día del juicio. Un estudiante que es circunspecto en su comportamiento, que no será desviado ni a izquierda ni a derecha por influencias equivocadas, ejercerá un poder de contención sobre los que en el colegio se complacen en mostrar que son independientes, que participan de jugarretas malvadas desobedeciendo los reglamentos, y que llenan de pena y desánimo el corazón de sus profesores.

La vida es un problema que debemos enfrentar individualmente por nosotros mismos. Nadie puede formar el carácter por otra persona; tenemos una parte que desempeñar en decidir nuestro propio destino. Somos los agentes libres y responsables que hizo Dios, y cada uno debe obrar su propia salvación con temor y

temblor, mientras Dios obra en él tanto el querer como el hacer por su buena voluntad. Los estudiantes pueden hacer el bien o el mal, pero “todo lo que el hombre siembre, eso también segará” [*cf.* Fil. 2:12, 13; Gál. 6:7].

Estamos individualmente en juicio bajo la prueba de Dios. Las inteligencias celestiales están todas enroladas para ayudar a cada alma que será atraída a Jesús, y todo el que ame de verdad a Jesús cooperará con los agentes celestiales en tratar de llevar a las almas lejos de lo que es necio, de baja estofa y frívolo. Los seguidores de Cristo no trabajarán del lado de Satanás para debilitar la fe en la religión verdadera, para depravar a otros sumergiéndolos en una atmósfera que arruina la moral y el carácter. Pero lamentamos decir que incluso en nuestros colegios hay personas que son cristianas sólo de nombre. No hace falta conocer muy de cerca a estos profesores para darse cuenta de que son agentes de éxito para Satanás. Hay en nuestros colegios personas que son corruptas de corazón y sin embargo tienen buen trato, y tienen éxito en fascinar a cierta clase de personas, y antes de que los desprevenidos se den cuenta, la influencia de esas personas cambió sus sentimientos y los modeló según el cuestionable carácter de esas personas corruptas. Pero los que aparentan ser cristianos, y sin embargo están gobernados por las modas y máximas del mundo, son corruptores de la moral. Pretenden estar buscando los tesoros celestiales, pero la atmósfera que rodea su alma está cargada de mortales miasmas espirituales, y los debieran evitar los que quieren mantenerse sin mancha del mundo.

El joven con discernimiento puede ver fácilmente qué tipo de personas son esas, aunque él no pretenda ser cristiano, porque sabe que ellas no son como Cristo. Pero ¿permitirá que le sean tropiezo? Posee un Libro guía que describe cómo son los que están del lado del Señor. Si sabe que su conducta es inconsecuente con el cristianismo que profesan, si entiende qué significa vivir la vida piadosa, se lo tendrá por responsable de la luz y conocimiento que tiene. Será responsable de hacer la voluntad del Maestro, de

mostrar al mundo cuál es la verdadera idea de cristianismo: tener una vida y carácter como los de Cristo.

Tenemos un enemigo poderoso, y que no sólo odia a todo ser humano hecho a la imagen de Dios, sino que con la más amarga enemistad odia a Dios y a su Hijo unigénito Jesucristo. Cuando los hombres se someten a ser esclavos de Satanás, este no manifiesta hacia ellos la enemistad que tiene hacia los que llevan el nombre de Cristo y se someten al servicio de Dios. A estos los aborrece con un odio mortal. Sabe que puede contristar a Jesús al ponerlos bajo el poder de sus engaños, al dañarlos, al debilitar su fe, al hacerlos incapaces de prestar servicio a Dios como se les requiere bajo su Capitán Jesucristo. Satanás permite que tengan algún descanso aquellos a quienes ha atado como esclavos a su carro, porque son sus cautivos voluntarios; pero se despierta su enemistad cuando el mensaje de misericordia alcanza a sus esclavos y estos buscan desligarse de su poder para seguir al verdadero Pastor. Es entonces que busca ligarlos con cadenas adicionales para mantenerlos cautivos. El conflicto entre el alma y Satanás comienza cuando el cautivo comienza a tironear de su cadena y anhela ser libre; porque es entonces cuando el agente humano comienza a colaborar con las inteligencias celestiales, cuando la fe se aferra de Cristo. Es entonces que el Ser Más Fuerte que el hombre fuerte armado es el auxiliador del alma, y el pobre cautivo es fortalecido por el Espíritu Santo para obtener su libertad.

Dios tiene un amor profundo y sincero por cada miembro de la familia humana; ni uno solo es olvidado, a ninguno se lo deja desamparado y defraudado para que lo venza el enemigo. Y si los que se han enrolado en el ejército de Cristo quieren vestirse de toda la armadura de Dios y usarla, estarán a salvo de todos los asaltos del enemigo. Los que realmente desean ser enseñados de Dios, y andar como él anduvo, tienen la promesa cierta de que si les falta sabiduría y la piden de Dios, él la dará abundantemente y sin reproche. Dice el apóstol: “Pero pida con fe, no dudando nada, porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No piense,

pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor, ya que es persona de doble ánimo es inconstante en todos sus caminos" [Sant. 1:5-8]. Dios respalda cada promesa, y no podemos deshonrarlo más que al cuestionar y dudar, al pedir y no creer, y entonces hablar de dudas. Si no reciben inmediatamente lo que piden, ¿entrarán en abatimiento y descreimiento? Crean; crean que Dios hará tal como prometió. Mantengan sus oraciones ascendiendo, y velen; trabajen y velen. Peleen la buena batalla de la fe. Digan a su propio corazón: "Dios me invitó a venir. Ha escuchado mi oración. Ha empeñado su palabra en que me recibirá, y cumplirá su promesa. Puedo confiar en Dios, porque me amó tanto que dio a su Hijo unigénito para que muriera por mí. El Hijo de Dios es mi Redentor". "Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá... Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?" [Luc. 11:9, 13].

Los jóvenes que entren a la vida estudiantil y continúen en ella manteniendo en vista su verdadero propósito no añorarán su casa ni se desanimarán. No se sentirán inquietos ni incómodos, sin saber qué hacer con ellos mismos. Encontrarán en el Omnipotente un ayudador. Mantendrán un único objetivo en vista, que es el de ser hombres y mujeres de principios, que alcancen la norma divina, y sean de beneficio a la humanidad y glorifiquen a Dios. No considerarán su vida estudiantil como un tiempo para la búsqueda de placeres, diversiones ociosas o fiestas tontas, sino que buscarán aprovechar al máximo las oportunidades y privilegios concedidos por Dios, para no decepcionar a sus padres y a sus profesores, ni contristar a Dios y a las inteligencias celestiales.

Es cosa solemne morir, pero es una cosa más solemne todavía vivir, y formar un carácter que nos capacite para entrar en la escuela de los atrios celestiales arriba. Estamos viviendo en territorio enemigo, y debemos esperar dificultades y conflictos. Los jóvenes tendrán que se capaces de soportar penalidades como buenos soldados de Jesucristo [2 Tim. 2:3]. No es lo mejor que su senda sea allanada y facilitada perfectamente, que se les provea de dinero

y no se les enseñe a sentir la necesidad de practicar abnegación y economía.

Cuando un joven está decidiendo que desea obtener una educación, debiera considerar con cuidado cuál es su motivación para ir al colegio. Debiera preguntarse: ¿Cuál es la mejor manera de emplear mi tiempo como para conseguir todo el beneficio posible de mis oportunidades y privilegios? ¿Me pondré toda la armadura que Dios que me ha sido provista mediante el don del Hijo unigénito de Dios? ¿Abriré mi corazón al Espíritu Santo, para que se active toda facultad y energía que Dios me dio en fideicomiso? Soy propiedad de Cristo, y soy un empleado a su servicio. Soy un mayordomo de su gracia.

Aunque a vuestro juicio humano algunos que profesan ser cristianos no alcanzan vuestra medida del carácter cristiano, no deben contristar el corazón de Cristo por vivir una vida inconsecuente; porque otros están en peligro de ser influidos por vuestro curso de acción equivocado. Están luchando por la corona de la vida, y no debieran descansar satisfechos con alcanzar una norma baja.

El Señor no acepta un trabajo a medias; no debe haber de vuestra parte ningún desacierto en la sagrada obra de Dios. No confíen en ustedes mismos, sino entreguen su voluntad, sus ideas y métodos a Dios, y hagan sólo su voluntad. Vivan para agradar al que los creyó de tanto valor que dio a Jesús, su Hijo unigénito, para salvarlos de vuestros pecados. Por su mérito es que pueden ser aceptados. En vuestra vida estudiantil mantengan siempre en vista que lo que vale la pena ser hecho, vale la pena hacerlo bien. Dependan de Dios para obtener sabiduría, para que haciendo el bien no desanimen a ninguna alma. Trabajen con Cristo trayendo almas a él. Pero no será útil que, mientras condenan el trabajo chapucero en otros, mientras señalan sus errores, no alcancen a lograr tanto como ellos porque no se ponen del lado de la rectitud y la lealtad. Aunque las normas y reglamentos parezcan innecesariamente exigentes, obedézcanlas, porque podrían errar en vuestra experiencia. Hagan lo mejor que

puedan en todo lo que emprendan. Jesús es vuestro Salvador, y confíen en él para que los ayude día a día, para no sembrar cizañas sino la buena simiente del reino.

“La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz; pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas” [Mat. 6:22, 23]. Como estudiantes, tienen que aprender a ver con vuestro cerebro así como con vuestros ojos. Deben educar vuestro juicio para que no sea débil e ineficiente. Deben orar por orientación, y encomendar a Jehová vuestro camino. Deben cerrar vuestro corazón a toda necedad y pecado, y abrirlo a toda influencia celestial. Deben aprovechar al máximo su tiempo y sus oportunidades con el fin de desarrollar un carácter simétrico. Las diversiones, locuras e indolencias no pueden ser recibidas como huéspedes si copian al modelo, Jesucristo, y si se vuelven cada día más inteligentes sobre lo que deben hacer para ser salvos.

Jóvenes estudiantes, vuestra vida no podrá ser gobernada por impulsos sin que resulte un fracaso total. No pueden seguir sus inclinaciones naturales sin enfrentar una gran pérdida. Si quieren dar pasos seguros, deben mantenerse en el camino del Señor. Vuestro entendimiento debe refinarse y purificarse; deben trabajar según el plan de Dios, o no alcanzarán el éxito. Deben crecer permanentemente y avanzar en gracia y conocimiento. No serán capaces de hacer algo de forma aceptable en vuestra vida estudiantil sin practicar hábitos de sistema y orden. El trabajo descuidado acarreará seguro fracaso.

[Jóvenes,] necesitan estudiar con cuidado la cuestión de las diversiones. Pregúntense: ¿Cuál es la influencia de las diversiones sobre la mente y el carácter, y sobre la obra que he venido a realizar? Pregúntense: ¿Qué incidencia tiene la cuestión de las diversiones sobre mi vida religiosa, y sobre mi carácter como cristiano? Los juegos en los cuales participan, ¿los hacen aptos para participar de la oración y del servicio a Dios? ¿Los ayudan a tener tanto celo y fervor en la obra de Dios como los que ponen en los juegos en los cuales se desempeñan? ¿No habrán absorbido

vuestro interés esas diversiones en las que han participado, hasta el punto en que no han podido poner tanto fervor en aprender vuestras lecciones como debían haberlo hecho? ¿Qué tendrá la supremacía: el servicio a Dios o el servicio al yo? Que cada estudiante examine cuidadosamente el terreno en el cual está parado.

Queridos jóvenes, ahora están decidiendo vuestro destino eterno. Deben poner esfuerzos persistentes en vuestra vida cristiana si quieren perfeccionar un carácter recto. Será para vuestra pérdida eterna si tienen una experiencia religiosa raquítica, débil, infantil. Debemos estar "completos en él". "Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él" [Col. 2:10, 6]. Esto significa que deben estudiar la vida de Cristo. Deben estudiarla con tanto o mayor empeño que aquel con el cual estudian las ramas del conocimiento secular, como intereses eternos que son más importantes que los emprendimientos temporales, terrenos. Si aprecian el valor y la santidad de las cosas eternas, empeñarán sus pensamientos más agudos, sus mejores energías, para resolver el problema que involucra vuestro bienestar eterno, porque todo otro interés se hunde en la nada en comparación con este.

Tienen el Modelo, que es Cristo Jesús; caminen en sus pisadas, y estarán capacitados para ocupar todos y cada uno de los puestos que sean llamados a ocupar. Estarán "arraigados y sobreedificados en él y confirmados en la fe, así como habéis sido enseñados, abundando en acciones de gracias" [Col. 2:7]. No han de sentirse esclavos, sino hijos de Dios; quienes son altamente favorecidos por cuando han sido considerados de tan gran valor que Dios los ha hecho suyos pagando un rescate infinito por vuestra libertad. Jesús dice: "No los llamaré siervos... los llamo amigos" [*cf.* Juan 15:15]. Cuando aprecien su maravilloso amor, en vuestro corazón habrá amor y gratitud como un manantial de gozo.

No acepten la adulación, ni siquiera en vuestra vida religiosa. La adulación es un arte por medio del cual Satanás acecha para engañar y envanecer al agente humano con altos conceptos de sí mismo. "Nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas

basadas en las tradiciones de los hombres, conforme a los elementos del mundo, y no según Cristo" [Col. 2:8]. La adulación ha sido el alimento con el cual muchos de nuestros jóvenes han sido nutridos; y los que han adulado y lisonjeado han supuesto que hacían lo correcto, pero han estado haciendo mal. La adulación, la lisonja y la indulgencia han hecho más que ninguna otra arte inventada por Satanás por llevar a las preciosas almas por senderos falsos.

La adulación es parte de la política del mundo, pero no parte de la política de Cristo. Por causa de la adulación los pobres seres humanos, llenos de fragilidad y debilidades, llegan a pensar que son eficientes y valiosos, y se envanecen en su mente carnal. Se intoxican con la idea de que poseen capacidades superiores a las que en verdad tienen, y su experiencia religiosa se desequilibra. A menos que en la providencia de Dios se los aparte de esos engaños y se conviertan, y aprendan el ABC de la religión en la escuela de Cristo, perderán su alma.

Se ha lisonjeado a más de un joven diciéndole que tiene alguna capacidad como don natural, aun cuando la capacidad que piensa que tiene sólo puede alcanzarse mediante diligente preparación y cultivo, al aprender la mansedumbre y humildad de Cristo. Creyéndose con dotes naturales, piensa que no necesita poner su mente a la tarea de dominar sus lecciones, y antes de darse cuenta ya está prendido en los lazos de Satanás. Dios permite que sea atacado por el enemigo para que pueda entender su propia debilidad. Se le permite cometer algún grueso error, y ser sumergido en dolorosa humillación. Pero cuando se está retorciendo bajo la percepción de su propia debilidad no debe juzgárselo con dureza. Este es un momento, por sobre todos los demás, cuando necesita un consejero prudente, un amigo verdadero, que tiene discernimiento de carácter. Este es el momento en el cual necesita un amigo conducido por el Espíritu de Dios, que trate con paciencia y fidelidad con los que yerran, y que eleve al alma que está inclinada hacia abajo. No debe levantárselo con ayuda de la adulación. Nadie está autorizado para distribuir a las almas este engañoso intoxicante

de Satanás. En su lugar se lo debe orientar hacia los primeros peldaños de la escalera, donde sus pies inseguros sean colocados en el peldaño más bajo de todos de la escalera del progreso. Dice Pedro: Añadan “a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. Si tenéis estas cosas y abundan en vosotros, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo” [2 Ped. 1:5-8].

Aliéntese al que se equivocó para que ascienda peldaño tras peldaño, etapa por etapa. El esfuerzo puede serle penoso, pero será por lejos la mejor lección que haya aprendido jamás, pues al actuar de ese modo se familiarizará con su propia debilidad, y se lo capacitará para evitar en el futuro los errores del pasado. Por medio de la ayuda de consejeros sabios, su derrota se transformará en victoria. Pero que nadie trate de comenzar por lo alto de la escalera. Que todos comiencen en el nivel más bajo, y suba paso a paso, escalando por Cristo, aferrados a Cristo, subiendo hasta la altura de Cristo. Esta es la única manera de progresar hacia el Cielo. Que nada desvíe la atención en sentido opuesto a la gran obra que debe realizarse. Que los pensamientos, la aptitud, el agudo ejercicio de la facultad cerebral, sean puestos en sus usos más elevados para estudiar la Palabra y voluntad de Dios. El Señor tiene un lugar para la mejor de las capacidades que ha confiado a los hombres. En la obra de construir su reino podemos emplear cada una de las capacidades otorgadas por Dios, en forma tan fiel y dedicada como lo hizo Daniel en Babilonia, cuando se lo halló fiel en todo deber hacia el hombre y leal a su Dios.

El Señor pide mucho más tacto, por lejos, y más estrategia sabia, que las que le han entregado sus agentes humanos. Hace falta pensamiento agudo, santificado, y trabajo intenso para contrarrestar los ingeniosos planes de Satanás. Se nos llama a alcanzar una norma más elevada, a realizar un esfuerzo más consagrado, más resuelto y abnegado en la obra del Señor. Nuestros jóvenes deben ser educados para alcanzar una norma más alta, para entender que

es ahora cuando están decidiendo su destino eterno. No hay seguridad para nadie, salvo en tener en el corazón la verdad tal como es en Jesús. Esta [verdad] debe ser plantada en el corazón por el Espíritu Santo. Mucho de lo que se llama religión ahora desaparecerá de la vista cuando [dicha religión] sea asaltada por las huestes de Satanás. Nada permanecerá en pie sino la verdad: la sabiduría que es de lo alto, la cual santificará el alma.

Que nadie se imagine que la gratificación propia es religión. No mimen al egoísmo. Que los jóvenes aprendan a restringir sus deseos, y a cuidarse de la extravagancia en el uso de los recursos. Que todos miren a Jesús, contemplen su carácter y sigan en sus pisadas. “Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad, y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad” [Col. 2:9, 10].–*Youth’s Instructor*, 3, 10, 17 y 24 de mayo de 1894.

40

Estudiar la Biblia por uno mismo

No dejen que nadie sea cerebro por ustedes, no permitan a nadie que haga por ustedes el trabajo de pensar, de investigar y de orar. Esta es la instrucción que necesitamos atesorar hoy en el corazón. Muchos de ustedes están convencidos de que el precioso tesoro del reino de Dios y de Jesucristo están en la Biblia que tienen en la mano. Saben que ningún tesoro terrenal puede conseguirse sin esfuerzo diligente. ¿Por qué habrían de esperar entender los tesoros de la Palabra de Dios sin investigar diligentemente las Escrituras?

Es apropiado y correcto leer la Biblia, pero allí no termina vuestro deber, porque deben investigar sus páginas por ustedes mismos. El conocimiento de Dios no se obtendrá sin esfuerzo mental, sin orar por sabiduría, con el fin de poder separar el grano puro de la verdad de la paja con que los hombres y Satanás han representado falsamente las doctrinas de la verdad. Satanás y su confederación de agentes humanos han tratado de mezclar la paja del error con el trigo de la verdad. Debiéramos buscar diligentemente el tesoro escondido, y buscar sabiduría del Cielo para separar las invenciones humanas de los mandatos divinos. El Espíritu Santo ayudará a quien busca verdades grandes y preciosas que se relacionen con el plan de redención. Quisiera grabar en la mente de todos el hecho de que una lectura casual de las Escrituras no es suficiente. Debemos investigar, y esto significa todo lo que implica la palabra. Así como el minero explora la tierra para descubrir sus vetas de oro, así deberían explorar la Palabra de Dios por el tesoro escondido que por tan largo tiempo Satanás ha tratado de mantener oculto del hombre. Dice el Señor: “El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios” (Juan 7:17).

La Palabra de Dios es verdad y luz, y ha de ser lámpara a vuestros pies, para guiarlos a cada paso del camino hasta las puertas de la ciudad de Dios [*cf.* Sal. 119:105]. Es por esta razón que Satanás ha hecho esfuerzos tan desesperados para poner obstáculos en la senda, la cual ha sido allanada para que los redimidos del Señor transiten por ella. No deben llevar sus propias ideas a la Biblia, ni hacer de vuestras propias opiniones un centro alrededor del cual debe girar la verdad. Deben hacer a un lado sus ideas a las puertas de la investigación, y con corazón humilde, subyugado, con el yo escondido en Cristo, con sincera oración, deben buscar sabiduría de parte de Dios. Deben sentir la necesidad de conocer la voluntad revelada de Dios, porque incumbe a vuestro bienestar personal eterno. La Biblia es un libro de indicaciones por medio del cual pueden conocer el camino a la vida eterna. Debieran desear, por sobre todas las cosas, poder conocer la voluntad y los caminos del Señor. No debieran investigar con el propósito de encontrar textos de la Escritura que puedan estructurar para comprobar vuestras teorías; porque la Palabra de Dios declara que esto es torcer las Escrituras para vuestra propia perdición [2 Ped. 3:16]. Deben vaciarse de todo prejuicio, y venir con espíritu de oración a la investigación de la Palabra de Dios.

El gran error de la Iglesia [Católica] Romana se encuentra en el hecho de que interpreta la Biblia a la luz de las opiniones de los “Padres”. Sus opiniones son consideradas infalibles, y los dignatarios de la iglesia suponen que es prerrogativa suya hacer que los demás crean como ellos creen, y usan la fuerza para compeler la conciencia. Los que no concuerdan con ellos son declarados herejes. Pero no ha de interpretarse así la Palabra de Dios. Ella debe establecerse sobre sus propios méritos, para ser leída como la palabra de Dios, para ser obedecida como la voz de Dios, la cual declara la voluntad divina al pueblo. La voluntad y la voz del hombre finito no deben ser interpretadas como la voz de Dios.

La Biblia bendita nos da un conocimiento del gran plan de salvación y nos muestra cómo cada persona puede tener vida

eterna. ¿Quién es el autor del libro? Jesucristo. Él es el Testigo Fiel, y dice a los suyos: “Yo les doy vida eterna y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano” [Juan 10:28]. La Biblia está para mostrarnos el camino a Cristo, y en Cristo se revela la vida eterna. Jesús dijo a los judíos y los que se agolpaban en torno a él en grandes multitudes: “Escudriñad las Escrituras” [5:39]. Los judíos tenían la Palabra en el Antiguo Testamento, pero la habían mezclado de tal forma con las opiniones humanas, que sus verdades fueron mistificadas y la voluntad de Dios para el hombre fue ocultada. En nuestra época los maestros de religión del pueblo están siguiendo su ejemplo.

Aunque los judíos tenían las Escrituras, las cuales testificaban de Cristo, no fueron capaces de discernir a Cristo en las Escrituras; y aunque nosotros tenemos el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento, los hombres tuercen las Escrituras para evadir sus verdades; y en sus interpretaciones de las Escrituras enseñan, como los fariseos, las máximas y las tradiciones de los hombres como si fueran los mandamientos de Dios. En días de Cristo los dirigentes religiosos habían presentado por tan largo tiempo las ideas humanas ante el pueblo, que la enseñanza de Cristo se oponía en todo sentido a sus teorías y prácticas. El Sermón del Monte de Cristo prácticamente contradecía las doctrinas de justicia propia de los escribas y fariseos. Habían representado falsamente de tal modo a Dios que se lo consideraba un juez severo, incapaz de compasión, misericordia o amor. Presentaban al pueblo infinidad de máximas y tradiciones como procedentes de Dios, cuando no tenían ningún “Así dice Jehová” como autoridad en que fundarlas. Aunque profesaban conocer y adorar al Dios verdadero y vivo, lo representaban en forma totalmente falsa; y el carácter de Dios, como lo representaba su Hijo, era un tema novedoso, un don nuevo para el mundo. Cristo hizo todo esfuerzo posible para eliminar las falsas representaciones de Satanás, para que la confianza del hombre en el amor de Dios pudiera restaurarse. Enseñó al hombre a dirigirse al Supremo Gobernante del universo con un nuevo nombre: “Padre nuestro” [Luc. 11:2]. Este nombre nos comunica su verdadera relación con nosotros, y cuando los labios humanos lo

pronuncian con sinceridad, es música a los oídos de Dios. Cristo nos lleva al trono de Dios por un camino nuevo y vivo, para presentar a Dios ante nosotros en su amor paternal.–*Review and Herald*, 11 de septiembre de 1894.

41

Trabajo y educación

Nuestras mentes han estado preocupadas día y noche con respecto a nuestros colegios. ¿Cómo se los debiera conducir? ¿Cuál habrá de ser la educación y preparación de la juventud? ¿Dónde habrá de emplazarse nuestra Escuela Bíblica de Australia? Me desperté esta mañana a la una con un peso sobre mi alma. El tema de la educación me ha sido presentado en lineamientos distintos, en aspectos variados, con muchas ilustraciones y con especificaciones directas, por aquí un punto y por allá otro. En verdad siento que tenemos mucho que aprender. Somos ignorantes en cuanto a muchas cosas.

Al escribir y hablar sobre la vida de Juan el Bautista y la de Cristo he tratado de presentar lo que me fue mostrado con respecto a la educación de nuestra juventud. Estamos bajo obligación divina de estudiar este tema sin opiniones preconcebidas, porque es digno de un examen detenido y crítico desde todos los ángulos. De Juan el Bautista declaró Cristo: “Entre los nacidos de mujeres no hay mayor profeta que Juan el Bautista” [Luc. 7:28]. Este profeta fue llevado por el Espíritu de Dios al desierto, lejos de las influencias contaminantes de la ciudad, para obtener una educación que lo calificaría para recibir instrucción de Dios en vez de la que provenía de los escribas eruditos. No había de relacionarse con los rabinos; cuanto menos conociera de sus enseñanzas, máximas y tradiciones, tanto más fácilmente podría impresionar el Señor su mente y corazón, y darle el puro molde de la verdad que debía entregarse al pueblo para preparar el camino del Señor. Las enseñanzas de los escribas y fariseos eran de una naturaleza que desviaba al pueblo de la verdad sin adulteración que sería presentada por el gran Maestro cuando entrara en su misión. La única esperanza del pueblo era abrir su mente y su corazón a la luz enviada del Cielo por su profeta, el precursor de Cristo.

Estas lecciones son para nosotros. Los que profesan saber la verdad y entender la gran obra que debe hacerse en este tiempo han de consagrarse a Dios en alma, cuerpo y espíritu. En el corazón, en la vestimenta, en el lenguaje, en todo aspecto deben separarse de las modas y prácticas del mundo. Han de ser un pueblo peculiar y santo. No es que su vestimenta los haga peculiares, sino que, por cuanto son un pueblo peculiar y santo, no pueden llevar las marcas de semejanza con el mundo.

Como pueblo debemos preparar el camino del Señor. Toda partícula de capacidad que Dios nos ha dado debe ponerse en acción para preparar al pueblo a la manera de Dios, con su molde espiritual, para estar firmes en el gran día de Dios de preparación; y podría plantearse a los corazones que aman al mundo el serio interrogante: "¿Qué es la eternidad para nosotros? ¿Qué condición tendrá mi caso en el juicio investigador? ¿Cuál será mi destino y mi lugar?" Muchos que suponen que están yendo al Cielo tienen los ojos vendados por el mundo. Sus ideas de lo que constituye una educación religiosa y una disciplina religiosa son vagas, apoyándose sólo en probabilidades; hay muchos que no tienen una esperanza inteligente, y corren mucho riesgo al practicar precisamente las cosas que Jesús nos enseñó que no debieran hacer en el comer, beber y vestirse, ligándose al mundo en diversas formas. Todavía deben aprender las solemnes lecciones tan esenciales al crecimiento espiritual, de salir del mundo y separarse. El corazón está dividido, la mente carnal apetece la conformidad o similitud con el mundo en tantas formas que la señal que distingue del mundo apenas si es discernible. El dinero, el dinero de Dios, se gasta con el fin de aparentar según las costumbres del mundo; la experiencia religiosa está contaminada con mundanalidad, y la evidencia de discipulado –la semejanza con Cristo en abnegación y llevar la cruz– no puede ser discernida ni por el mundo ni por el universo del Cielo.

En este país [Australia] Satanás se entronizó de manera muy notable para controlar a los principales hombres en el gobierno de la nación. La educación que recibieron desde la niñez es errónea. Se

consideran esenciales muchas cosas que tienen un efecto perjudicial sobre la gente. Los muchos feriados tienen una influencia nefasta sobre la mente de los jóvenes; su efecto es desmoralizador para el gobierno y enteramente contrarios a la voluntad de Dios. Tienen la tendencia a estimular una excitación artificial, un deseo de diversión. Se conduce a la gente a derrochar tiempo precioso que debiera emplearse en trabajo útil para sustentar sus familias en forma honrada y mantenerse libres de deuda. La pasión por las diversiones y el derroche de dinero en carreras de caballos, apuestas y ocupaciones similares está aumentando la pobreza del país y profundizando la miseria, que es el seguro resultado de este tipo de educación.

Nunca podría darse una educación apropiada a la juventud de este país, o cualquier otro, a menos que estén separados a gran distancia de las ciudades. Las costumbres y prácticas de las ciudades incapacitan la mente de los jóvenes para ingresar a la verdad. La bebida, el fumar y las apuestas, las carreras de caballos, la asistencia al teatro y la gran importancia que se da a los feriados, todas son formas de idolatría, un sacrificio en el altar de los ídolos. Si la gente se ocupa concienzudamente de sus negocios lícitos en los feriados, se los considera tacaños y faltos de patriotismo. No es posible servir al Señor de este modo. Los que multiplican los días de placer y diversiones en realidad están favoreciendo a los vendedores de bebida, y quitando a los pobres incluso los medios que necesitarían para adquirir alimento y ropa para sus hijos, justamente los medios que, si se usaran con economía, pronto suministrarían una vivienda para sus familias. Sólo podemos tocar ligeramente estos males.

No es el plan correcto situar los edificios escolares donde los estudiantes tengan constantemente ante sus ojos las prácticas erróneas que han moldeado su educación a lo largo de su vida, sea larga o corta. Esos feriados, con toda su estela de males, resultan en 20 veces más miseria que bien. En gran medida la observancia de esos días es realmente compulsiva. Aun las personas verdaderamente convertidas encuentran difícil romper con esas

costumbres y prácticas. Si se situaran los colegios en las ciudades o a corta distancia de ellas, sería sumamente difícil contrarrestar la influencia de la educación anterior que los estudiantes han recibido respecto a esos feriados y las prácticas con ellos relacionadas, tales como carreras de caballos, apuestas y el ofrecimiento de premios. La atmósfera misma de esas ciudades está llena de malaria ponzoñosa. No se respeta la libertad de acción individual, ni se considera que el tiempo le pertenece realmente al individuo; se espera que haga como hacen los demás. Si nuestro colegio estuviera situado en estas ciudades, o a unos pocos kilómetros de ellas, habría constantemente una influencia que obraría en contrario, constantemente en ejercicio, la cual habría que enfrentar y vencer. La devoción por las diversiones y la observancia de tantos feriados dan mucho quehacer a los tribunales, los funcionarios y los jueces, y aumentan lo que ya no necesita crecer: la pobreza y la sordidez.

Todo esto es una educación falsa. Vamos a encontrar que es necesario establecer nuestras escuelas fuera de las ciudades y bien lejos de ellas, aunque no tan distantes que no puedan mantener contacto con ellas para hacer el bien, para que la luz brille en medio de las tinieblas morales. Los estudiantes necesitan ser colocados en las circunstancias más favorables para contrarrestar una gran parte de la educación que recibieron.

Familias enteras necesitan una completa transformación de sus hábitos e ideas antes de poder ser verdaderos representantes de Jesucristo. Y, en gran medida, los niños que han de recibir educación en nuestras escuelas progresarán mucho más si se los separa del círculo familiar donde recibieron una educación errónea. Puede que sea necesario para algunas familias trasladarse allí donde puedan alojar a sus hijos y ahorrar gastos, pero en muchos casos eso sería de estorbo antes que de bendición para sus hijos. La gente de este país tiene tan poco aprecio por la importancia de los hábitos de laboriosidad, que a los niños no se los educa para hacer trabajo verdadero y en serio. Esto debe ser parte de la educación que se da a la juventud.

Dios dio a Adán y a Eva una ocupación. El Edén fue la escuela para nuestros primeros padres, y Dios era su instructor. Aprendieron a labrar el suelo y cuidar de las cosas que el Señor había plantado. No consideraban que el trabajo fuera degradante, sino una gran bendición. La laboriosidad era un placer para Adán y Eva. La caída de Adán cambió el orden de cosas; la tierra recibió una maldición, pero el decreto de que el hombre debía ganar su pan con el sudor de su frente no fue dado como una maldición. Por medio de la fe y la esperanza, el trabajo sería una bendición para los descendientes de Adán y Eva. Dios nunca se propuso que el hombre no tuviera nada para hacer. Pero cuanto mayor y más profunda es la maldición del pecado, tanto más cambia el orden de Dios. El peso del trabajo recae pesadamente sobre cierta clase, pero la maldición de la ociosidad está sobre muchos que están en posesión del dinero de Dios, y todo por la falsa idea de que el dinero aumenta el valor moral de los hombres. El trabajo es para los hombres lo que ellos quieren hacer de él. Sumergirse en constante faena, al tiempo que se busca un alivio momentáneo en la bebida de licores y las diversiones emocionantes, hará de los hombres poco menos que brutos.

En este país [Australia] necesitamos escuelas para educar a los niños y jóvenes para que puedan ser amos expertos del trabajo, no esclavos de este. La ignorancia y la ociosidad no elevarán a un solo miembro de la familia humana. La ignorancia no aliviará la suerte del que cumple una pesada faena. Que el trabajador vea qué ventajas puede conseguir con la más humilde de las ocupaciones, al usar la capacidad que Dios le ha dado como don. De ese modo puede volverse un educador, al enseñar a otros el arte de hacer el trabajo con inteligencia. Puede entender lo que significa amar a Dios con el corazón, el alma, la mente y la fuerza. Las facultades físicas deben ser puestas en servicio por amor a Dios. El Señor quiere la fortaleza física, y ustedes pueden manifestar vuestro amor por él mediante el uso correcto de vuestras facultades físicas, al hacer precisamente la obra que necesita ser realizada. No hay acepción de personas para con Dios.

Cuando se erigió el tabernáculo en el desierto para el servicio a Dios, el trabajo fue ejecutado bajo la dirección divina. Dios era el diseñador; los artesanos fueron educados por él, y ellos pusieron su corazón y alma y fortaleza en la tarea. Había trabajo pesado para realizar, y el robusto obrero manual esforzó músculo y tendón, con lo cual manifestaba su amor a Dios mediante la faena en su honor.

En el mundo hay una gran cantidad de tareas severas, exigentes, para realizar; y el que trabaja sin aplicar las facultades que Dios puso en la mente y el corazón y el alma, el que sólo emplea la fortaleza física, hace del trabajo una exigencia cansadora y una carga. Hay hombres con mente, corazón y alma que consideran el trabajo una rutina penosa, y se contentan con una ignorancia autocomplaciente, sumergiéndose en ella sin pensar, sin esforzar las capacidades mentales con el fin de hacer mejor el trabajo.

Hay ciencia en el más humilde de los trabajos, y si todos lo consideraran así, verían nobleza en la labor. Debe ponerse corazón y alma en cualquier tipo de trabajo; entonces hay alegría y eficiencia. En las ocupaciones agrícolas o manuales los hombres pueden dar evidencias a Dios de que aprecian su don de las facultades físicas, y también el de las mentales. Que la habilidad del educado se ocupe en diseñar métodos perfeccionados de trabajo. Esto es lo que quiere el Señor. Hay honra en cualquier clase de trabajo que es esencial que se realice. Que la ley de Dios sea la norma de la acción, pues ennoblece y santifica todo trabajo. La fidelidad al realizar todo deber ennoblece el trabajo y revela un carácter que Dios puede aprobar.

“Amarás a Jehová, tu Dios, de todo tu corazón, de toda tu alma y con todas tus fuerzas” [Deut. 6:5]. Dios desea el amor que se expresa en un servicio de corazón, un servicio de alma y un servicio de las fuerzas físicas. No hemos de empequeñecernos en ninguna clase de servicio a Dios. Todo lo que él nos ha dotado debe ser usado en forma inteligente para él. El hombre que ejercita sus facultades ciertamente las fortalecerá, pero debe buscar hacer lo mejor que pueda. Hay necesidad de inteligencia y de habilidad

educada para diseñar los mejores métodos en la agricultura, la construcción y todo otro departamento, para que el obrero no trabaje en vano.

No es una virtud para hombres y mujeres excusar un trabajo lerdo o torpe de cualquier naturaleza. Los hábitos de lentitud deben vencerse. El hombre que es lento, y hace su trabajo en desventaja, es un obrero inútil. Su lentitud es un defecto que necesita ser visto y corregido. Necesita ejercitar su intelecto al planificar cómo usar el tiempo para obtener los mejores resultados. Cuando uno está trabajando por largo tiempo, y el trabajo no se termina nunca, es porque la mente y el corazón no están aplicados a la tarea. A algunas personas les lleva 10 horas hacer lo que otro termina fácilmente en 5. Tales obreros no están aplicando tacto ni método a su trabajo. Hay algo que aprender todos los días en cuanto a cómo mejorar en el trabajo como para realizarlo en forma completa y tener tiempo para alguna otra cosa. Es el deber de todo trabajador no sólo poner sus fuerzas sino también su mente e intelecto en lo que emprende. Algunos que realizan tareas domésticas siempre están trabajando; no es porque tengan mucho para hacer, sino porque no hacen planes como para tener tiempo. Debieran darse determinado tiempo para cumplir su tarea, y hacer que cada movimiento cuente. La torpeza y la ignorancia no son virtudes. Es posible estereotiparse por elección propia en un curso equivocado de acción porque no se tiene la resolución para hacerse cargo de uno mismo y reformarse, y también es posible cultivar las facultades propias para realizar el servicio de la mejor calidad, con lo que uno se encontrará que lo necesitan en cualquier lugar y en todas partes. Serán apreciados por lo que realmente valen. “Todo lo que te venga a mano para hacer, hazlo según tus fuerzas”. “En lo que requiere diligencia, no perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor” [Ecl. 9:10; Rom. 12:11].

Australia necesita que la levadura del sentido común, sano y sólido, se introduzca libremente en todas sus ciudades y pueblos. Hay necesidad de educación adecuada. Deben establecerse escuelas con el propósito de obtener no sólo conocimiento de los

libros, sino conocimiento de industrias prácticas. Se necesitan hombres en diferentes comunidades para mostrar a la gente cómo han de obtenerse riquezas del suelo. El cultivo de la tierra traerá su recompensa.

Mediante la observancia de los feriados, tanto la gente del mundo como la de las iglesias han sido educadas para creer que esos días ociosos son esenciales para la salud y la felicidad, pero los resultados revelan que están llenos de maldad, lo cual arruina al país. Los jóvenes en general no son educados en hábitos diligentes. Las ciudades y hasta los pueblos rurales se están volviendo como Sodoma y Gomorra, y como el mundo en los días de Noé. La educación de la juventud en esos días era del mismo tipo como se educa y prepara a los niños en nuestra época: para gustar de las emociones, para glorificarse a sí mismos, para seguir la inventiva de su malvado corazón. Hoy, como entonces, el resultado es la depravación, la crueldad, la violencia y el delito.

Todas estas cosas son lecciones para nosotros. Pocos son hoy realmente laboriosos y económicos. La pobreza y aflicción están a cada paso. Hay hombres que trabajan duramente y obtienen poco de su trabajo. Hay necesidad de conocimientos más extensos sobre cómo preparar el suelo. No hay suficiente amplitud de miras sobre lo que puede conseguirse de la tierra. Se sigue una rutina estrecha e invariable con resultados desalentadores. El auge de la venta de tierras ha sido una maldición para este país; se pagaron precios extravagantes por tierras compradas a crédito; luego la tierra tiene que despejarse, y se consiguen más créditos; la construcción de una casa requiere más dinero, y entonces el interés con su boca abierta se traga todo lo producido. Se acumulan las deudas, y entonces vienen las quiebras y cierre de Bancos, y luego la ejecución de las hipotecas. Miles han perdido su empleo; las familias pierden lo poco que tienen, sacan préstamos y más préstamos, y entonces tienen que dejar su propiedad y se quedan sin un centavo. Se ha invertido mucho dinero y trabajo duro en granjas compradas a crédito, o heredadas con impedimentos. Los ocupantes vivían con la esperanza de hacerse verdaderos dueños, y

podría haber resultado así, de no ser por la quiebra de los Bancos por todo el país.

Hoy el caso de un hombre que sea dueño de sus tierras es una feliz excepción a la regla. Los comerciantes están quebrando, las familias sufren por falta de alimento y ropa. No hay trabajo. Pero los feriados siguen siendo igualmente numerosos. Las atracciones siguen siendo frecuentadas con la misma avidez. Todos los que pueden gastan sus peniques, chelines y libras para tener un poco de placer, bebida alcohólica o alguna otra gratificación. Los periódicos que informan de la pobreza de la gente tienen columnas regulares sobre las carreras de caballos, y de los premios que se ofrecen para distintos tipos de deportes emocionantes. Los espectáculos, los teatros y todas las otras diversiones desmoralizadoras por el estilo están llevándose el dinero del país, y la pobreza sigue en constante aumento. Los pobres invierten su último chelín en una lotería, con la esperanza de conseguir el premio, y luego tienen que mendigar para sustentar su vida o sufrir hambre. Muchos mueren de hambre, y muchos otros ponen fin a su existencia. Y sin embargo eso no es el fin. Los hombres lo llevan a uno a sus quintas de naranjas, limones y otras frutas y nos dicen que el producto no rinde por el esfuerzo que se hace en ellas. Es prácticamente imposible hacer que las cuentas cierren, y los padres deciden que sus hijos no habrán de ser agricultores; no tienen valor ni esperanza para educarlos con el objetivo de labrar el suelo.

Lo que hace falta es colegios que eduquen y preparen a los jóvenes para saber cómo superar este estado de cosas. Debe haber educación en las ciencias, y educación en los planes y métodos para labrar el suelo. Hay esperanza en el suelo, pero debe aplicarse el cerebro, el corazón y las fuerzas a la obra de labrarla. El dinero que se dedica a las carreras de caballos, a asistir al teatro, a los juegos de azar y loterías; el dinero gastado en bares por cerveza y licores, gástese en hacer productiva la tierra, y se verá un estado de cosas diferentes.

Este país [Australia] necesita agricultores con educación. El Señor otorga las lluvias y la bendita luz del sol. Da a los hombres todas sus facultades; que ellos dediquen corazón, mente y fuerzas a hacer su voluntad en obediencia a sus mandamientos. Que abandonen todo hábito pernicioso, sin gastar un solo penique en cerveza o licor de ningún tipo, ni en tabaco, que no tengan nada que ver con carreras de caballos o deportes similares, y que entonces se consagren a Dios y trabajen con sus dotes de fuerzas físicas, y su labor no será en vano. El Dios que hizo el mundo para beneficio del hombre otorgará los medios que saldrán de la tierra para sustentar al trabajador diligente. La semilla colocada en un suelo completamente preparado producirá su cosecha. Dios puede tender una mesa para su pueblo en el desierto.

Deben aprenderse los diferentes oficios y ocupaciones, los cuales requieren que se pongan en ejercicio una gran variedad de capacidades físicas y mentales. Las ocupaciones que requieren hábitos sedentarios son las más peligrosas, porque retiran a los hombres del aire libre y la luz del sol, y ejercitan un conjunto de facultades mientras otros órganos se llegan a debilitar por la inacción; los hombres realizan su tarea, completan sus negocios y pronto yacen en la tumba. Mucho más favorable es la condición de aquel cuya ocupación lo mantiene al aire libre, ejercitando sus músculos, mientras se esfuerza igualmente el cerebro, y todos los órganos tienen el privilegio de hacer su tarea. Para los que viven fuera de las ciudades, y trabajan al aire libre contemplando las obras del gran Artista Maestro, continuamente se desarrollan nuevas escenas. Al hacer del libro de la naturaleza su estudio, los sobrecoge una influencia que enternece y subyuga, porque se dan cuenta de que el cuidado de Dios está en todo, desde el glorioso sol en los cielos hasta el pequeño gorrión o el más minúsculo insecto que tenga vida. La Majestad del Cielo nos ha señalado estas cosas de la creación de Dios como evidencias de su amor. El que diseñó las flores dijo: “Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan; pero os digo que ni aun Salomón con toda su gloria si vistió como uno de ellos. Y si a la hierba del campo, que hoy es y mañana se quema en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho

más por vosotros, hombres de poca fe?” [Mat. 6:28-31]. El Señor es nuestro maestro, y bajo su instrucción podemos aprender las más preciosas lecciones de la naturaleza.

El mundo está bajo la maldición del pecado; sin embargo, aun en su degradación, es muy hermoso. Si no estuviera mancillado por las obras malvadas y corruptas de los hombres que pisotean el suelo podríamos, con la bendición de Dios, gozar del mundo tal como es. Pero la ignorancia, el amor a los placeres y los hábitos pecaminosos que corrompen alma, cuerpo y espíritu llenan al mundo de lepra moral; una mortal malaria moral está destruyendo a miles y decenas de miles. ¿Qué debe hacerse para salvar a nuestros jóvenes? Nosotros podemos hacer muy poco, pero Dios vive y reina, y él puede hacer mucho. Los jóvenes son nuestra esperanza para el trabajo misionero.

Debieran establecerse escuelas donde haya tanto como sea posible encontrar en la naturaleza para deleitar los sentidos y darle variedad al paisaje. Si bien debiéramos evitar lo falso y lo artificial, y descartar carreras de caballos, juegos de naipes, loterías, boxeo, bebidas alcohólicas y usar tabaco, debemos suministrar fuentes de placer que sean puras, nobles y elevadoras. Debiéramos elegir una ubicación para el colegio fuera de las ciudades, allí donde el ojo no tenga que descansar continuamente sobre las viviendas de los hombres sino sobre las obras de Dios; donde haya lugares de interés que los estudiantes puedan visitar, distintos de los que ofrecen las ciudades. Que nuestros estudiantes sean colocados donde la naturaleza les pueda hablar a los sentidos, y en su voz puedan oír la voz de Dios. Que estén donde puedan mirar las obras maravillosas de Dios, y a través de la naturaleza contemplar a su Creador.

Los jóvenes de este país necesitan trabajo espiritual más ferviente que en cualquier otro país que hayamos visitado. Las tentaciones son fuertes y numerosas; los muchos feriados y hábitos de ocio son sumamente desfavorables para ellos. Satanás hace del ocioso un participante y colaborador en sus maquinaciones, y el Señor Jesús

no habita en ese corazón por la fe. No se educa a los niños y jóvenes para hacerlos conscientes de su influencia como poder para bien o para mal. Debieran mantenerse continuamente a su vista cuánto pueden lograr; se los debiera animar a alcanzar el nivel más alto de rectitud. Pero desde su juventud han sido educados en la idea popular de que los feriados designados deben ser tratados con respeto y observados. Por la luz que el Señor me ha dado, estos días no tienen más influencia en favor del bien que si se adoraran las deidades paganas, porque en realidad no son menos que eso. Estos días son la temporada especial de cosecha para Satanás. El dinero que se extrae de hombres y mujeres se gasta en lo que no es pan. Se educa a los jóvenes para amar esas cosas que son desmoralizadoras, cosas que la Palabra de Dios condena. La influencia es mala y de continuo sólo el mal.

Es esencial la ocupación manual para los jóvenes. No debe esforzarse la mente constantemente hasta descuidar las facultades físicas. La ignorancia de la fisiología y el descuido en observar las leyes de la salud han llevado a muchos a la tumba, quienes podrían haber vivido para trabajar y estudiar con inteligencia. El ejercicio apropiado de la mente y el cuerpo desarrollará y fortalecerá todas las facultades. Tanto la mente como el cuerpo serán preservados, y serán capaces de realizar una variedad de tareas. Tanto los pastores como los profesores necesitan aprender en cuanto a estas cosas, y también necesitan practicarlas. El uso apropiado de la fuerza física, así como de las facultades mentales, equilibrará la circulación de la sangre y mantendrá todo órgano de la maquinaria viviente en condiciones de funcionar. A menudo se abusa de la mente; se la acicatea hasta la locura al perseguir una única línea de pensamiento; el uso excesivo de la fuerza del cerebro y el descuido de los órganos físicos crea una condición enferma de las cosas en el organismo. Toda facultad de la mente puede ejercitarse con relativa seguridad si se esfuerzan en igual medida las facultades físicas y se varía el tema de pensamiento. Necesitamos cambiar de ocupaciones, y la naturaleza es una maestra viviente y salubre.

Cuando los estudiantes ingresan al colegio para obtener una educación, los instructores debieran tratar de rodearlos con objetos del tipo más agradable e interesante, para que la mente no pueda estar confinada al estudio de libros muertos. El colegio no debiera estar en una ciudad ni cerca de ella, donde sus extravagancias, sus placeres malvados, sus costumbres y prácticas malvadas requerirán un trabajo constante para contrarrestar la iniquidad prevaleciente, para que no emponzoñe la atmósfera misma que respiran los estudiantes. Todas las escuelas debieran estar situadas, hasta donde sea posible, donde el ojo repose sobre las cosas de la naturaleza en vez de racimos de casas. La escena siempre cambiante gratificará el gusto y controlará la imaginación. Aquí hay una maestra viviente que enseña en forma constante.

He estado preocupada por muchas cosas en relación con nuestro colegio. En su trabajo los jóvenes varones están juntos con las jovencitas, y están realizando la tarea que corresponde a las jovencitas. Esto es casi todo lo que puede encontrarse por ahora para que hagan en su situación actual, pero, por la luz que me fue dada, no es el tipo de educación que necesitan los varones jóvenes. No les da el tipo de conocimiento que necesitan llevar de regreso a sus hogares. Debiera haber un tipo distinto de trabajo para ellos, que les dé oportunidad para mantener las facultades físicas ejercitadas al mismo nivel que las mentales. Debiera haber tierra para cultivo. No está lejos el tiempo cuando las leyes contra el trabajo en domingo serán más estrictas, y debiera hacerse un esfuerzo para conseguir terreno lejos de las ciudades, donde pueda cultivarse frutas y verduras. La agricultura abrirá recursos de sostén propio, y también podrían aprenderse varios otros oficios. Este trabajo real y serio requiere fuerza intelectual así como muscular. Se requiere método y habilidad aun para cultivar frutas y verduras con éxito. Y se hallará que los hábitos de laboriosidad son una ayuda importante para que los jóvenes resistan la tentación.

Aquí se abre un campo que ofrece una válvula de escape a sus energías contenidas, las cuales, si no se gastan en ocupaciones útiles, serán una fuente continua de dificultad para sí mismos y para

sus profesores. Pueden diseñarse muchos tipos de trabajo adaptados a diferentes personas. Pero el cultivo de la tierra será de bendición especial para el trabajador. Hay mucha necesidad de hombres inteligentes, esmerados, para labrar la tierra. Este conocimiento no será un obstáculo para la educación esencial en los negocios ni para ser útiles en cualquier otra línea de trabajo. Desarrollar la capacidad del suelo requiere pensamiento e inteligencia. No sólo desarrollará el músculo sino también la capacidad para el estudio, pues la acción de cerebro y músculo se equilibrará. Debiéramos preparar a los jóvenes para que tengan amor por el trabajo de la tierra, y se deleiten en perfeccionarlo. La esperanza de hacer progresar la causa de Dios en este país está en crear un nuevo gusto moral de amor al trabajo, lo cual transformará la mente y el carácter.

Se levantó un falso testimonio al condenar tierras que, si se las trabajara como corresponde, producirían ricos rendimientos. Planes demasiado estrechos, poco esfuerzo aplicado, poco estudio de los mejores métodos, claman en voz alta por una reforma. La gente necesita aprender que el trabajo paciente hará maravillas. Hay mucho lamento por tierras improductivas, cuando si los hombres leyeran el Antiguo Testamento verían que el Señor sabía mucho más que ellos con respecto al tratamiento adecuado de la tierra. Después de cultivada por varios años, y tras rendir su tesoro en manos del hombre, debieran dejarse descansar partes de la tierra y rotar los cultivos. También podemos aprender mucho del Antiguo Testamento en relación con el problema laboral. Si los hombres siguieran las directivas de Cristo con respecto a acordarse de los pobres y suplir sus necesidades, ¡cuán diferente sería este mundo!

Manténgase siempre en vista la gloria de Dios, y si la cosecha fracasa, no se desanimen; prueben de nuevo, pero recuerden que no es posible tener cosecha a menos que se prepare adecuadamente el terreno para la semilla; el fracaso puede deberse totalmente a una negligencia sobre este asunto.

El colegio a establecerse en Australia debiera poner sobre el tapete la cuestión de la industria, y revelar el hecho de que el trabajo físico tiene su lugar en el plan de Dios para todo hombre, y que su bendición lo asistirá. Las escuelas establecidas por los que enseñan y practican la verdad para este tiempo debieran dirigirse de tal modo como para poner incentivos en toda clase de trabajo práctico. Habrá mucho que pondrá a prueba a los educadores, pero un objetivo grande y noble se habrá alcanzado cuando los estudiantes sientan que el amor a Dios ha de manifestarse no sólo en la devoción de corazón y mente y alma, sino en la aplicación adecuada y sabia de sus fuerzas. Sus tentaciones serán muchas menos; de entre ellos irradiará por precepto y ejemplo una luz entre las teorías y costumbres de moda erróneas del mundo. Su influencia tenderá a corregir la falsa idea de que la ignorancia es lo distintivo de un caballero.

Dios sería glorificado si vinieran a esta tierra hombres de otros países que han adquirido un conocimiento inteligente de la agricultura, quienes enseñasen, por precepto y por ejemplo, a la gente cómo cultivar la tierra para que rinda sus ricos tesoros. Hacen falta hombres para educar a otros sobre cómo arar y usar los aperos de labranza. ¿Quiénes serán los misioneros que hagan este tipo de tarea, para enseñar los métodos adecuados a los jóvenes y a todos los que se sientan dispuestos y suficientemente humildes como para aprender? Si alguno no quiere que les den ideas perfeccionadas, dense las lecciones en forma silenciosa, mostrando qué puede hacerse al disponer los huertos y plantar el maíz; sea la cosecha elocuente en cuanto a los métodos correctos de laboreo. Digan una palabra a vuestros vecinos cuando puedan, mantengan al día el cultivo de vuestra propia tierra, y eso será educativo.

Puede que algunos aleguen que nuestro colegio debiera estar en la ciudad con el fin de ser una influencia para nuestra obra, y que si está en el campo su influencia sobre las ciudades se perderá, pero ese no es necesariamente el caso.

Los jóvenes que asisten por primera vez a nuestro colegio no están preparados para ejercer una influencia correcta en ninguna ciudad como lumbreras que brillan en medio de las tinieblas. No están preparados para reflejar luz hasta que la oscuridad de su propia educación errónea sea disipada. En el futuro nuestro colegio no será como ha sido en el pasado. Entre los estudiantes hubo hombres confiables, de experiencia, que han aprovechado la oportunidad para obtener más conocimiento con el fin de hacer un trabajo inteligente en la causa de Dios. Estos han sido de ayuda en el colegio, porque actuaron como volante estabilizador; pero en el futuro el colegio consistirá mayormente de los que necesitan que su carácter sea transformado, y que necesitan que mucha labor paciente se realice en su favor; necesitan desaprender y volver a aprender. Tomará tiempo desarrollar el verdadero espíritu misionero, y cuanto más lejos estén de las ciudades y las tentaciones que las inundan, tanto más favorable será para que obtengan el verdadero conocimiento y desarrollen un carácter bien equilibrado.

Los agricultores necesitan mucha más inteligencia en su trabajo. En la mayoría de los casos es por su propia culpa si no ven que la tierra rinda su cosecha. Debieran estar constantemente aprendiendo cómo conseguir una variedad de tesoros a partir de la tierra. La gente debiera aprender a depender tanto como sea posible de productos que puedan obtener de la tierra. En cada etapa de esta clase de labor pueden educar la mente para trabajar para salvar a las almas por quienes Cristo murió. “Vosotros sois labranza de Dios, edificio de Dios” [1 Cor. 3:9]. Que los docentes en nuestros colegios lleven a sus estudiantes con ellos a los huertos y los campos, y les enseñen cómo trabajar el suelo de la mejor manera posible. Sería bueno si los ministros que trabajan en palabra y en doctrina pudieran entrar en los campos y pasar cierta parte del día en ejercicio físico con los estudiantes. Podrían hacer como hizo Cristo al dar lecciones de la naturaleza para ilustrar las verdades bíblicas. Tanto los docentes como los estudiantes tendrían una experiencia mucho más sana en las cosas espirituales, y mente mucho más fuerte y corazón más puro para interpretar los misterios eternos que lo que pueden tener estudiando libros en forma tan constante, y

esforzando el cerebro sin exigir los músculos. Dios ha dado a hombres y a mujeres facultades de razonamiento, y quisiera que los hombres empleen su razonamiento en cuanto al uso de su maquinaria física. Puede hacerse la pregunta: ¿Cómo puede obtener sabiduría quien sostiene el arado y guía los bueyes? Anhelándola como plata, y buscándola como tesoro escondido. "Porque su Dios lo instruye y le enseña lo recto... ¡También esto salió de Jehová de los ejércitos, para hacer maravilloso el consejo y engrandecer su sabiduría!" [Isa. 28:26, 29].

El que enseñó a Adán y a Eva en el Edén cómo atender el huerto quisiera instruir hoy a los hombres. Hay sabiduría para el que sostiene el arado y planta y siembra la semillas. La tierra tiene sus tesoros escondidos, y el Señor quisiera tener miles y decenas de miles trabajando la tierra que hoy están hacinados en las ciudades buscando una oportunidad para ganar una pitanza; en muchos casos esa pitanza no se transforma en pan sino que se pone en la caja del dueño del bar, para obtener lo que destruye la razón del hombre formado en la imagen de Dios. Los que llevan sus familias al campo la colocan donde tendrá menos tentaciones. Los niños que están con padres que aman y temen a Dios están situados en todo sentido mucho mejor para aprender del gran Maestro, quien es la fuente y manantial de sabiduría. Tienen una oportunidad mucho más favorable para conseguir aptitud para el reino de los cielos. Enviado los niños a escuelas situadas en la ciudad, donde cada fase de la tentación está al acecho para atraerlos y desmoralizarlos, y la obra de edificación del carácter será 10 veces más difícil tanto para los padres como para los niños.

Se ha de lograr que la tierra dé su fuerza; pero sin la bendición de Dios esta no puede hacer nada. En el principio, Dios miró todo lo que había hecho y lo declaró bueno en gran manera. La maldición recayó sobre la tierra como consecuencia del pecado. Pero ¿se multiplicará esta maldición incrementando el pecado? La ignorancia está haciendo su tarea funesta. Los siervos perezosos están incrementando el mal con sus hábitos ociosos. Muchos no están dispuestos a ganarse el pan con el sudor de sus frentes, y se niegan

a labrar la tierra. Pero la tierra tiene bendiciones ocultas en sus profundidades para los que tienen el valor, la voluntad y la perseverancia para recoger sus tesoros. Los padres y las madres que poseen una parcela de tierra y una casa cómoda son reyes y reinas.

Muchos agricultores no han obtenido rendimiento adecuado de su tierra porque han emprendido la tarea como si fuera una ocupación degradante; no ven que hay bendición en ella para sí mismos y para sus familias. Lo único que disciernen es la señal de servidumbre. Sus huertos están descuidados, los cultivos no se plantan en la época correcta, y se hace un trabajo superficial en el cultivo del suelo. Muchos descuidan sus tierras para guardar feriados y para asistir a carreras de caballos y clubes de apuestas; su dinero se gasta en espectáculos, loterías y ociosidad, y entonces alegan que no pueden conseguir dinero para cultivar la tierra y mejorar sus granjas; pero si tuvieran más dinero, el resultado seguiría siendo el mismo.–*Special Testimonies on Education*, febrero de 1894.

42

La base de la verdadera educación

La verdadera educación es una gran ciencia, pues está fundada en el temor de Jehová, el principio de la sabiduría. Cristo es el mayor Maestro que este mundo conociera jamás, y no se agrada el Señor Jesús de que los súbditos de su reino, por los cuales murió, se eduquen de tal manera que los lleve a colocar la sabiduría de los hombres en el primer plano y relegar la sabiduría de Dios, como la revela su santa Palabra, a un lugar secundario. La verdadera educación es la que educará a los niños y jóvenes para la vida actual y con referencia a la venidera; para una herencia en esa tierra mejor, la celestial. Deben ser educados para la patria a la que miraban los patriarcas y profetas. “En la fe murieron todos estos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, creyéndolo y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra. Los que esto dicen, claramente dan a entender que buscan una patria, pues si hubieran estado pensando en aquella de donde salieron, ciertamente tenían tiempo de volver. Pero anhelaban una mejor, esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos, porque les ha preparado una ciudad” [Heb. 11:13-16].

El método generalizado para educar a la juventud no reúne las condiciones para ser considerada verdadera educación. Se entrelazan pensamientos de los incrédulos en el material que se coloca en los libros de texto, y los oráculos de Dios aparecen bajo una luz cuestionable o aun inaceptable. De este modo la mente de los jóvenes se familiariza con las sugerencias de Satanás, y las dudas, una vez que se les ha dado lugar llegan a ser, para quienes les dieron cabida, hechos ciertos, y se hace engañosa la investigación científica por el modo en que se interpretan y pervierten sus descubrimientos. Los hombres se arrogan el derecho de arrastrar la Palabra de Dios ante un tribunal finito, y se pronuncia

sentencia sobre la inspiración de Dios de acuerdo con normas finitas, y se hace aparecer la verdad de Dios como algo incierto ante los registros de la ciencia. Estos falsos educadores exaltan la naturaleza por encima del Dios de la naturaleza, y por encima del Autor de toda verdadera ciencia. Precisamente cuando los docentes debieran mantenerse firmes e impertérritos en su testimonio, justo cuando debiera hacerse manifiesto que su alma está anclada a la Roca eterna, cuando debieran ser capaces de inspirar fe en los que dudan, en lugar de eso admiten su propia incertidumbre en cuanto a si la Palabra de Dios o los descubrimiento de la falsamente llamada ciencia son la verdad. A los que eran verdaderamente concienzudos se los hizo vacilar en su fe por causa de la hesitación de los que eran profesos expositores de la Biblia cuando trataban los oráculos divinos. Satanás se ha aprovechado de la incertidumbre de la mente, y mediante agentes invisibles lo ha llenado todo con sus sofismas, y ha hecho que los hombres se obnubilen en las nieblas del escepticismo.

Hombres de erudición han dado clases en las que mezclaban la verdad y el error; pero han desequilibrado la mente de quienes eran proclives al error en vez de a la verdad. Los sofismas delicadamente entretejidos por los así llamados sabios tienen su encanto para cierta clase de estudiantes; pero la impresión que estas clases dejan sobre la mente es que el Dios de la naturaleza está limitado por sus propias leyes. Se espaciaron tanto sobre la inmutabilidad de la naturaleza, que aquellos cuya mente eligió la atmósfera de la duda adoptaron sin vacilar teorías escépticas, porque ellos no estaban en armonía con la santa ley de Dios, fundamento de su gobierno en el Cielo y en la Tierra. Su tendencia natural al mal les facilitó elegir sendas falsas, y el dudar de la confiabilidad de los registros y de la historia tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo Testamento. Una vez emponzoñados ellos mismos con el error, aguardaron toda oportunidad para sembrar las semillas de la duda en otras mentes. Se exaltó la naturaleza por encima del Dios de la naturaleza, y se destruyó la simplicidad de la fe; porque se hizo aparecer incierto el cimiento de la fe. Obnubiladas por el escepticismo, se abandonó a la

mente de los que dudan para que se estrelle contra las rocas del ateísmo.–*Youth's Instructor*, 31 de enero de 1895.

43

Tener cuidado con las imitaciones

Algunos estiman la compañía de hombres eruditos como de más valor que la comunión con el Dios del Cielo. Se consideran las declaraciones de los sabios como más valiosas que la más alta sabiduría revelada en la Palabra de Dios. Pero mientras el ateísmo está alzando orgulloso su cabeza, el Cielo desprecia la vanidad y vaciedad del razonamiento humano, pues el hombre en sí mismo y por sí mismo es vanidad. Todo el mérito, toda la dignidad moral, de los hombres les pertenece simplemente en Jesucristo y a través de los méritos de él. ¿Qué son entonces las especulaciones de las mentes más brillantes de los hombres más grandes que han vivido jamás? Y sin embargo los hombres anteponen los razonamientos humanos a la voluntad revelada de Dios, y presentan al mundo lo que aseveran que es una sabiduría superior a la sabiduría del Eterno. En sus vanas imaginaciones querrían derribar el gobierno del Cielo para acomodarlo a sus propias inclinaciones y deseos.

El gran Dios tiene una ley para gobernar con ella su reino, y los que la pisotean encontrarán un día que se los hace responsables por sus estatutos. El remedio para la transgresión no se halla en declarar que la ley está abolida. Abolir la ley sería deshonrarla y lanzar menosprecio sobre el Legislador. El único escape para el transgresor de la ley está en el Señor Jesucristo, porque por medio de la gracia y expiación del Hijo unigénito de Dios puede ser salvo el pecador y vindicada la ley. Los hombres que se pavonean ante el mundo como maravillosos especímenes de grandeza, y al mismo tiempo pisotean la voluntad revelada de Dios, visten al hombre de honor y hablan de la perfección de la naturaleza. Pintan un hermoso cuadro, pero es una ilusión, un engaño lisonjero, pues caminan a la luz de las chispas de su propio fuego [*cf.* Isa. 50:11].

Los que presentan una doctrina contraria a la de la Biblia son conducidos por el gran apóstata que fue expulsado de las cortes celestiales. Sobre él, antes de su caída, está escrito: “Tú eras el sello de la perfección, lleno de sabiduría, y de acabada hermosura. En Edén, en el huerto de Dios estuviste. De toda piedra preciosa era tu vestidura... Tú, querubín grande, protector, yo te puse en el santo monte de Dios. Allí estuviste, y en medio de las piedras de fuego te paseabas. Perfecto eras en todos tus caminos desde el día en que fuiste creado hasta que se halló en ti maldad... Se enalteció tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu esplendor; yo te arrojaré por tierra, y delante de los reyes te pondré por espectáculo... Te puse en ceniza sobre la tierra ante los ojos de todos los que te miran. Todos los que te conocieron de entre los pueblos se quedarán atónitos por causa tuya; será objeto de espanto y para siempre dejarás de ser” [Eze. 28:12-19].

Con un dirigente de esta clase –un ángel expulsado del Cielo–, estos supuestos sabios de la Tierra pueden manufacturar teorías fascinantes con las cuales infatuar la mente de los hombres. Pablo dijo a los gálatas: “¿Quién os fascinó para no obedecer a la verdad?” [Gál. 3:1]. Satanás tiene una mente magistral, y tiene sus agentes escogidos por medio de los cuales trabaja para exaltar a los hombres y revestirlos con honores por encima de Dios. Pero Dios está vestido de poder; puede tomar a los que están muertos en sus delitos y pecados y, mediante la operación del Espíritu que levantó a Cristo de entre los muertos, puede transformar el carácter humano, reponiendo en el alma la imagen perdida de Dios. Los que creen en Jesucristo experimentan un cambio: de ser rebeldes contra la ley de Dios a ser siervos y súbditos obedientes de su reino. Nacen de nuevo, son regenerados, santificados mediante la verdad. El escéptico no quiere admitir tal poder de Dios, y rechaza toda evidencia hasta que quepan dentro del ámbito de sus facultades finitas. Incluso se atreve a hacer a un lado la ley de Dios, y le prescribe límites al poder de Jehová. Pero Dios ha dicho: “¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el que discute asuntos de este mundo? ¿Acaso no ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo? Puesto que el mundo, mediante su sabiduría,

no reconoció a Dios a través de las obras que manifiestan su sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación. Los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura. En cambio para los llamados, tanto judíos como griegos, Cristo es poder y sabiduría de Dios" [1 Cor. 1:20-24].–*Youth's Instructor*, 7 de febrero de 1895.

44

Preparación rápida para la Obra

He estado muy preocupada por varias noches. Mi preocupación es tal que no puedo dormir bien. Se me han traído a mi atención con insistencia cosas que ahora debo presentarles a ustedes.

Los docentes en nuestras instituciones del Sanatorio y Colegio de Battle Creek deben estar constantemente en guardia, para que sus planes y administración no depriman y extingan la fe de los estudiantes cuyo corazón ha sido impresionado profundamente por el Espíritu de Dios. Han oído la voz de Jesús diciendo: “Hijo, vete hoy a trabajar en mi viña” [Mat. 21:28]. Sienten la necesidad de un curso de estudios adecuado, para prepararse para trabajar por el Maestro, y debiera hacerse todo esfuerzo posible para apresurar su progreso; pero debiera mantenerse constantemente en vista el objetivo de su educación. No debiera aconsejarse ni permitirse demoras innecesarias. Los que se han comprometido a ayudar a sustentar a los estudiantes durante su curso de estudio sufren grandes pérdidas tanto en tiempo como en dinero gastados sin sabiduría. Estas personas han manifestado su entusiasmo y disposición para ayudar, pero se han desanimado al ver cuánto se prolonga el tiempo estimado originalmente como necesario para que los estudiantes reciban una preparación para la tarea, y cómo se alienta a los estudiantes a que emprendan un curso más de estudios a costa de ellos. Pasan los años, y a los estudiantes todavía se les insiste sobre la necesidad de más educación. Este largo proceso, que agrega más y más tiempo, más materias de estudio, es una de las maquinaciones de Satanás para retener a los obreros.

A los mismos estudiantes no se les ocurriría tal demora para entrar a la Obra, si no fuera por la insistencia por parte de quienes se supone son sus asesores y tutores, y de quienes son sus docentes y médicos. [Aun] si tuviéramos por delante mil años, tal profundidad

de conocimiento estaría fuera de lugar, aunque podría ser mucho más apropiada; pero ahora nuestro tiempo es limitado. Se nos dice: “Si oís hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones” [Heb. 4:7].

No somos de esa clase de personas que definen el período exacto de tiempo que transcurrirá antes de la segunda venida de Jesús con poder y gran gloria. Algunos han fijado una fecha, y cuando pasó, sus espíritus presuntuosos no aceptaron la reconvención, sino que fijaron otra fecha y otra más; pero muchos fracasos sucesivos los marcaron como falsos profetas. “Las cosas secretas pertenecen a Jehová, nuestro Dios, pero las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos para siempre” [Deut. 29:29]. A pesar de que hay falsos profetas, están también los que predican la verdad como la señalan las Escrituras. Con profundo fervor, con fe sincera, impulsados por el Espíritu Santo, están conmoviendo las mentes y los corazones al mostrarles que estamos viviendo cerca de la segunda venida de Cristo; pero el día y la hora de su aparición están más allá del intelecto humano, pues “del día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino sólo mi Padre” [Mat. 24:36].

Pero hay un día que Dios señaló para cerrar la historia de este mundo. “Será predicado este evangelio del Reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin” [Mat. 24:14]. La profecía está cumpliéndose rápidamente. Debiera decirse más, mucho más, sobre estos temas de importancia tan tremenda. Cercano está el día cuando el destino de toda alma quedará fijado para siempre. El día del Señor se aproxima a grandes pasos. Los falsos atalayas alzan la voz: “Todo está bien”, pero el día de Dios se aproxima rápidamente. Sus pasos están tan asordinados que no despiertan al mundo del sopor como de muerte en que cayó. Mientras los centinelas gritan “paz y seguridad... vendrá sobre ellos destrucción repentina... y no escaparán”, pues “como un lazo vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de la tierra” [1 Tes. 5:3; Luc. 21:35]. Este sobrecoge al amador de los placeres y al pecador como ladrón en la noche. Cuando todo está aparentemente seguro, y los hombres se retiran satisfechos al descanso, entonces es cuando el sigiloso merodeador, el ladrón de medianoche, asalta

malévolamente a su presa. Cuando es ya demasiado tarde para prevenir el mal se descubre que alguna puerta o ventana no estaba bien asegurada. “Por tanto, también vosotros estad preparados, porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que no pensáis” [Mat. 24:44]. La gente se está ahora dedicando al descanso, imaginando que están a salvo en las iglesias populares, pero que todos estén alertas, no sea que haya un lugar que quedó abierto para que el enemigo consiga entrar. Debieran hacerse muchos esfuerzos para mantener este tema en la conciencia de la gente. Este hecho solemne debe mantenerse no sólo en presencia de la gente del mundo, sino también de nuestras propias iglesias: el día del Señor vendrá en forma repentina, inesperada. La alarmante advertencia de la profecía está dirigida a toda alma. Que nadie sienta que está a salvo del peligro de ser sorprendido. Que la interpretación profética de ninguna persona los despoje de la convicción del conocimiento de los sucesos que muestran que este gran evento está a las puertas.

El dinero que se ha gastado en edificios adicionales, y en extensiones de los edificios existentes en Battle Creek, debiera haberse usado para crear instalaciones para llevar adelante la Obra en lugares donde no se ha hecho nada. Dios no se agrada de la manera en que sus posesiones han sido administradas. No hay acepción de lugares ni de personas para con el Señor.

La práctica de suministrar a unas pocas personas todas las facilidades para perfeccionar su educación en tantos rubros que sería imposible para ellas hacer uso de todos, es un perjuicio en vez de un beneficio para quien tiene tantas facilidades, además de privar a otros de los privilegios que tanto necesitan. Si hubiera mucho menos de esta larga preparación continua, mucho menos devoción exclusiva sólo al estudio, [entonces] habría mucha más oportunidad para aumentar la fe del estudiante en Dios. El que dedica todas sus energías sólo al estudio se vuelve fascinado, o mejor dicho absorbido, por los libros, y pierde de vista el objetivo inicial al llegar al colegio. Se me mostró que algunos de los estudiantes están perdiendo su espiritualidad, que su fe se debilita y que no mantienen

una comunión constante con Dios. Se pasan casi todo el tiempo leyendo libros; parecen saber casi nada del resto. Pero ¿de qué provecho les será esta preparación? ¿Qué beneficio derivarán de todo el tiempo y dinero gastados? Les digo: será peor que perdido. Debe haber mucho menos de este tipo de trabajo y más confianza en el poder de Dios. El pueblo de Dios que ama sus mandamientos ha de testificar al mundo de su fe por medio de sus obras.

Cuando los estudiantes vienen a Battle Creek desde largas distancias a gran costo, con la expectativa de recibir instrucción sobre cómo ser misioneros de éxito, no debería hacerse desaparecer de la vista esa idea sumiéndola en una variedad de estudios. Considérese a Moisés: la única gran preocupación de su alma era que la presencia de Dios estuviera con él, y poder contemplar su gloria. Pero si los estudiantes reciben más estudios de los que son absolutamente necesarios, es de prever que eso les hará olvidar el verdadero propósito de su venida a Battle Creek. Ahora es el momento cuando es esencial que sólo se realice el trabajo que sea necesario. Largos años de preparación no son una necesidad definida. La preparación de los estudiantes ha sido administrada bajo el mismo principio que las construcciones. Se agregó construcción a construcción, sólo para hacer las cosas un poco más cómodas y completas. Dios está llamando, y ha estado llamando por años, para hacer un reforma en estos aspectos. Desea que no haya un desembolso innecesario de recursos. El Señor no está a favor de que tanto tiempo y dinero se gaste en unas pocas personas que vienen a Battle Creek para conseguir una mejor preparación para la Obra. En todos los casos debiera haber una más cuidadosa consideración de la mejor manera de invertir dinero en la educación de los estudiantes. Mientras se gasta tanto para hacer pasar a unos pocos por un curso exhaustivo de estudios, hay muchos que tienen sed del conocimiento que podrían obtener en pocos meses; uno o dos años sería considerado de gran bendición. Si tantos recursos se invierten en hacer que unos pocos pasen por varios años de estudio, muchos jóvenes de ambos sexos que son igualmente meritorios no pueden recibir ayuda alguna.

Espero que los administradores del Colegio y el Sanatorio de Battle Creek consideren este asunto con oración, en forma inteligente e imparcial. En vez de educar por demás a unos pocos, amplíen el ámbito de vuestra beneficencia. Resuelvan que los recursos que tienen el propósito de usar para la educación de obreros para la causa no serán invertidos sólo en una persona, haciendo posible que reciba más de lo que necesita, mientras otras se quedan sin nada. Den a los estudiantes un empujón inicial, pero no piensen que es responsabilidad de ustedes el sostenerlos año tras año. Es deber de ellos salir al campo a trabajar, y es vuestro deber el extender vuestra beneficencia a otros que necesitan ayuda.

Cristo no realizó su obra de forma tal como para deslumbrar a los hombres con sus habilidades de orden superior. Vino del seno del Ser que posee toda sabiduría, y podría haber asombrado al mundo con el conocimiento grande y glorioso que tenía, pero fue reticente y reservado. No era su misión abrumarlos con la inmensidad de sus talentos, sino caminar en mansedumbre y humildad para poder instruir a los ignorantes en los caminos de la salvación. Una dedicación al estudio demasiado grande, aun al estudio de la ciencia verdadera, crea un apetito anormal, que aumenta al alimentárselo. Esto crea un deseo de conseguir más conocimiento que el esencial para hacer la obra del Señor. La búsqueda de conocimiento por el conocimiento mismo distrae la mente de la devoción a Dios, estorba el progreso en el camino de la santidad práctica, y obstaculiza la marcha del alma al transitar el camino que conduce a una vida más santa y feliz. El Señor Jesús sólo impartía la medida de instrucción que podía ser utilizada. Hermanos míos, la manera en que representan la necesidad de largos años de estudios no es del agrado de Dios.

El Señor Jesús quiere que los hombres negocien con los talentos concedidos, y prometió que otorgará gracia sobre gracia. Al impartir a otros, recibiremos en forma más abundante. Y al trabajar de ese modo, la mente no se atiborrará con una masa de contenidos que han sido embutidos en ella sin oportunidad para impartir lo que se ha recibido. El estudiante se vuelve mentalmente indigestado por

habérselo atiborrado con tanto que no puede usar. Se ha desperdiciado mucho tiempo, y estorbado la utilidad progresiva de los estudiantes, al enseñárseles lo que no puede ser utilizado por el Espíritu de Dios.

Los que vienen al colegio de Battle Creek debieran ser impulsados a cursar en forma rápida y completa un programa de estudios que sea de valor práctico en el desarrollo saludable del cuerpo y de actividad santa del alma. En su evangelio, Dios habla no sólo para beneficiar el crecimiento de la capacidad mental del ser humano, sino para instruirlo sobre cómo pueden despertarse sus sentidos morales. Ilustra esto el caso de Daniel y los tres hebreos. Siempre mantenían a la vista el temor y amor de Dios, y el resultado está registrado del siguiente modo: “A estos cuatro muchachos, Dios les dio conocimiento e inteligencia en todas las letras y ciencias, y Daniel tuvo entendimiento en toda visión y sueños” [Dan. 1:17].

Cristo dijo: “¡Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la obedecen!” [Luc. 11:28]. Sólo el pan de vida puede satisfacer al alma hambrienta. Sólo el agua de vida saciará la sed del alma sedienta. La mente de los discípulos a menudo se entusiasmaba por causa de la curiosidad, pero en vez de gratificar su deseo de conocer cosas que no eran necesarias para llevar a cabo su obra en forma adecuada, abría ante su mente nuevos canales de pensamiento. Les daba instrucción que era muy necesaria en cuando a la piedad [o la religión] práctica.

Las muchas materias que se induce a los estudiantes a cursar en sus estudios, manteniéndolos así fuera de la Obra por años, no están en el propósito de Dios. Cristo vino a buscar y salvar lo que se había perdido. Cuando dijo “Síganme”, asumía la posición de profesor. Toda la luz que trajo del Cielo para los hombres debe usársela en revelar a los seres humanos el abismo de destrucción al que han sido precipitados por sus pecados, y para indicarles la única senda que puede recorrerse con esperanza de alcanzar un lugar seguro. Los brillantes rayos del Sol de Justicia alumbran ese sendero, y el peregrino, aunque sea un tonto, no tiene por qué

perderse. No debe animarse a quienes vienen a Battle Creek a ser absorbidos en años de estudios.

La intemperancia en el estudio es una especie de intoxicación, y los que se la permiten, al igual que el borracho, se desvían de las sendas seguras, y tropiezan y caen en las tinieblas. El Señor querría que todo estudiante mantuviera en mente que la vista debe ponerse permanentemente en la gloria de Dios. No deben agotar y derrochar sus fuerzas físicas y mentales en buscar conseguir todo el conocimiento posible de las ciencias, sino que cada uno debe preservar la frescura y el vigor de todas sus facultades para dedicarlas a la obra que el Señor lo designó: ayudar a las almas a encontrar la senda de justicia. Todos deben preservar el vigor de su vida, la energía y las ambiciones de su alma, y prepararse para dejar los estudios en el colegio y emprender estudios más prácticos en su esfera de actividad, donde los ángeles cooperan con ellos. Las inteligencias del Cielo desean obrar por medio de agentes humanos. El mandato del Cielo es hacer, obrar: hacer algo que refleje la gloria de Dios al ser de beneficio para los prójimos a punto de perecer.

Hay un gran riesgo de que los estudiantes en las escuelas dejen de aprender la lección de máxima importancia que nuestro Maestro quisiera que se les enseñe. Esta lección se nos transmite en el siguiente pasaje: “Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas, porque mi yugo es fácil y ligera mi carga” [Mat. 11:29, 30]. Algunos no sólo no aprendieron a llevar el yugo del manso y humilde Jesús, sino que no han podido resistir las tentaciones que los rodeaban. Jóvenes sin experiencia que viajaron largas distancias para obtener las ventajas de una educación en nuestro colegio han perdido su asidero en Jesucristo. No debieran suceder estas cosas.

El Señor no elige ni acepta obreros en base a las numerosas ventajas de que han gozado, ni de la educación superior que hayan obtenido. El valor del agente humano es tasado de acuerdo con la

capacidad del corazón para conocer y entender a Dios. “Tú, pues, hijo mío, esfuérzate en la gracia que es en Cristo Jesús. Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros. Tú, pues, sufre penalidades como buen soldado de Jesucristo” [2 Tim. 2:1-3]. El mayor bien posible se obtiene mediante un conocimiento de Dios. “Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” [Juan 17:3].

Este conocimiento es el manantial secreto desde el cual fluye todo poder. Es por medio del ejercicio de la facultad de la fe que se nos capacita para recibir y practicar la Palabra de Dios. No puede aceptarse excusa ni aprobarse justificación alguna por el fracaso en conocer y entender la voluntad del Señor. Él iluminará el corazón que le sea leal. Puede leer los corazones y las intenciones del corazón. Es inútil argumentar que si hubiera ocurrido tal o cual cosa habríamos hecho tal y tal otra. No hay si [condicionales] para los requerimientos de Dios; su Palabra es Sí y Amén. No puede haber interrogantes en el corazón de fe en cuanto al poder de Dios para cumplir sus promesas. La fe pura obra por el amor y purifica el alma.

Al padre afligido que buscaba que el tierno amor y compasión de Cristo se ejerciera en favor de su hijo atormentado, Jesús le dijo: “Si puedes creer, al que cree todo le es posible” [Mar. 9:23]. Todas las cosas son posibles con Dios, y por fe podemos aferrarnos de su poder. Pero la fe no es vista; la fe no es sentimiento; la fe no es realidad. “Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” [Heb. 11:1]. Permanecer en la fe es hacer a un lado los sentimientos y deseos egoístas, caminar humildemente con el Señor, apropiarnos de sus promesas, y aplicarlas en todas las oportunidades, creyendo que Dios obrará sus propios planes y propósitos en tu corazón y vida mediante la santificación de tu carácter. Es depender por completo, confiar implícitamente, en la fidelidad de Dios. Si se sigue este curso de conducta, otros verán los frutos especiales del Espíritu manifestados en la vida y el carácter.

La educación que recibió Moisés, como nieto del rey, fue muy completa. No se pasó nada por alto de lo calculado para hacerlo un hombre sabido, como los egipcios entendían la sabiduría. Esa educación fue para él una ayuda en muchos aspectos, pero la parte más valiosa de su preparación para la obra de su vida la recibió en su empleo como pastor de ovejas. Al llevar a sus rebaños a través de las montañas agrestes hasta los prados verdes en los valles, el Dios de la naturaleza le enseñó la sabiduría más elevada y grandiosa. En la escuela de la naturaleza, con Cristo mismo como maestro, contempló y aprendió lecciones de humildad, mansedumbre, fe y confianza, y de un estilo de vivir humilde, todo lo cual ligó su alma a Dios más estrechamente. En la soledad de las montañas aprendió lo que toda su instrucción en el palacio del rey era incapaz de impartirle: fe sencilla, inconmovible, y confianza constante en el Señor.

Moisés suponía que su educación en la sabiduría de los egipcios lo había capacitado plenamente para sacar a Israel de su esclavitud. ¿Acaso no había sido instruido en todas las cosas necesarias para un general de ejércitos? ¿No había tenido las mayores ventajas en las mejores escuelas del país? Sí, sintió que era capaz de liberarlos. Primero emprendió su tarea tratando de ganarse el favor de su propio pueblo al reparar sus injusticias. Mató a un egipcio que había estado abusando de uno de sus hermanos. En esto manifestó el espíritu de aquel que fue homicida desde el principio, y demostró ser inepto para representar al Dios de misericordia, amor y ternura. Hizo de su primer intento un miserable fracaso. Como muchos otros, inmediatamente perdió su confianza en Dios, y le volvió la espalda a la tarea que le había sido asignada; huyó de la ira de Faraón. Llegó a la conclusión de que por causa de su error, su gran pecado al quitar la vida del cruel egipcio, Dios no le permitiría tomar parte alguna en la obra de liberar a su pueblo de su cruel cautividad. Pero el Señor permitió estas cosas para poder enseñarle la amabilidad, bondad y longanimidad que son necesarias que posea cada obrero del Maestro; pues son estas características las que constituyen al obrero de éxito en la causa del Señor.

No es posible obtener un conocimiento de los atributos del carácter de Jesucristo por medio de la más elevada educación en la más científica de las escuelas. Esta sabiduría se aprende sólo del gran Maestro. Las lecciones de mansedumbre cristiana, humildad de corazón, reverencia por las cosas sagradas, no se enseñan en ninguna parte de manera efectiva sino sólo en la escuela de Cristo. Moisés había sido enseñado a esperar adulación y alabanza por causa de sus habilidades superiores, pero ahora debía aprender una lección diferente. Como pastor de ovejas, se le enseñó a Moisés a cuidar del afligido, atender al enfermo, buscar con paciencia al desviado, soportar largamente al rebelde, suministrar con amante solicitud las necesidades de los corderitos y de los viejos y débiles. Al desarrollarse estas fases de su carácter fue atraído a una mayor proximidad con el principal Pastor de las ovejas. Se unió al Santo de Israel y se sumergió en él. Creyó en el gran Dios. Mantuvo comunión con el Padre mediante la oración humilde. Buscaba al Altísimo para una educación en las cosas espirituales, y por el conocimiento de su deber como pastor fiel. Su vida se ligó de tal manera con el Cielo que Dios le hablaba cara a cara.

Con esa preparación estuvo listo para acatar el llamado de Dios para dejar su cayado de pastor por la vara de autoridad, para dejar su rebaño de ovejas y tomar el liderazgo de más de un millón de personas idólatras y rebeldes. Pero debía depender del Líder invisible. Del mismo modo como la vara era simplemente un instrumento en su mano, así también debía ser él un instrumento dispuesto para ser empleado por la mano de Jesucristo. Moisés fue seleccionado para ser el pastor del pueblo peculiar de Dios, y fue por medio de su firme fe y constante confianza en el Señor que tantas bendiciones llegaron a los hijos de Israel. El Señor Jesús busca la colaboración de esos hombres que se vuelven canales despejados a través de quienes pueden derramarse sobre el pueblo de su amor las riquezas de los Cielo. Obra por medio del ser humano para la elevación y salvación de sus elegidos.

Moisés fue llamado para trabajar en sociedad con el Señor, y fue la simplicidad de su carácter, combinada con una educación práctica, lo que lo constituyó en un hombre tan representativo. En la cima misma de su gloria humana el Señor permitió que Moisés revelara la necedad de la sabiduría del hombre, la debilidad de la fuerza humana, para poder llevarlo a entender su completa impotencia, y su ineficiencia, cuando no se está sostenido por el Señor Jesús.

La impulsividad de Moisés al matar al egipcio estaba motivada por un espíritu presuntuoso. La fe se mueve en la fortaleza y sabiduría de Dios, no según las costumbres de los hombres. Por medio de una fe sencilla se capacitó a Moisés para poder avanzar en medio de dificultades y vencer obstáculos que parecían casi insuperables. Cuando los israelitas confiaban en el poderoso Príncipe de los ejércitos de Jehová, y no confiaban en su propio poder, él les era fiel. Los libró de muchas dificultades de las cuales ellos, librados a sí mismos, nunca podrían haber escapado. Dios pudo manifestar su gran poder por medio de Moisés debido a su constante fe en el poder y en las intenciones amantes de su Libertador. Fue esta fe implícita en Dios lo que hizo que Moisés fuera quien fue. De acuerdo con todo lo que Dios le mandó, así lo hizo. Sin embargo, toda la erudición de los sabios no pudo hacer de él un canal a través del cual el Señor pudiera obrar, hasta que perdió su confianza propia, comprendió su propia impotencia y puso su confianza en Dios; hasta que estuvo dispuesto a obedecer los mandatos de Dios ya fuera que a su razón humana le pareciera correctos o no.

Las personas que rehúsan avanzar hasta ver cada paso claramente marcado ante ellos, nunca realizarán mucho; pero toda persona que muestre su fe y confianza en Dios al someterse voluntariamente a él, soportando la disciplina divina que se le imponga, llegará a ser un obrero de éxito para el Dueño de la viña. En sus esfuerzos para capacitarse con el fin de ser colaboradores con Dios, a menudo los hombres se colocan en situaciones tales que los descalificarán totalmente para el moldeado y forjado que el Señor desea darles. Por eso no se los encuentra, como a Moisés, llevando la semejanza divina. Al someterse a la disciplina de Dios,

Moisés se volvió un canal santificado a través del cual Dios podía obrar. No vaciló en cambiar su modo de actuar por el de Dios, aun cuando lo llevara por sendas extrañas, en formas no probadas. No se permitió hacer uso de su educación para mostrar lo irrazonable de los mandatos de Dios, o la imposibilidad de obedecerlos. No; valoró en muy poco sus propias condiciones para completar con éxito la gran obra que el Señor le asignara. Cuando comenzó a cumplir la misión de liberar al pueblo de Dios de su cautividad, desde el punto de vista de las apariencias humanas era una empresa completamente sin esperanzas, pero confió en aquel para quien todas las cosas son posibles.

Muchos en nuestros propios días han tenido oportunidades mucho mejores, han gozado de privilegios mucho mayores, para obtener un conocimiento de Dios que los que tuvo Moisés, pero la fe de este expone la manifiesta incredulidad de ellos a la vergüenza. Ante el mandato de Dios, Moisés avanzó, aunque no había nada ante sus pies para pisar. Más de un millón de personas dependían de él, pero los condujo paso a paso hacia adelante, día a día. Dios permitió esos viajes solitarios por el desierto para que tuvieran la experiencia de soportar privaciones, y de ese modo cuando estuvieran en peligro pudieran conocer que hay alivio y liberación sólo en Dios, y que de ese modo aprendieran a conocer y confiar en Dios, y a servirlo con una fe viviente. No fueron las enseñanzas de los colegios de Egipto las que capacitaron a Moisés para triunfar sobre todos sus enemigos, sino una fe siempre constante, una fe inconmovible, una fe que no falló bajo las circunstancias más severas.

Cuando Dios mandaba a Moisés a hacer algo, este lo hacía sin detenerse a considerar cuáles podrían ser las consecuencias. Acreditaba a Dios la sabiduría de saber lo que es lo quería que se hiciese y la firmeza de propósito para llevar a cabo lo que había dicho; y de ese modo Moisés actuaba como viendo al invisible. Dios no busca hombres con educación perfecta. Su Obra no debe esperar mientras sus siervos obtienen preparaciones tan extraordinariamente elaboradas como las que nuestros colegios

planean ofrecer; sino que el Señor quiere hombres que aprecien el privilegio de ser colaboradores con Dios, hombres que lo honren al prestar obediencia implícita a sus requerimientos sin importarles las teorías que les hayan sido inculcadas previamente. No hay límite para la utilidad de los que ponen a un lado el yo, hacen lugar a la obra del Espíritu Santo en su corazón y viven una vida completamente consagrada al servicio de Dios, en tanto soportan la disciplina necesaria que impone el Señor, sin quejarse ni desmayar por el camino. Si no desmayan ante la reprensión del Señor, ni se hacen duros de corazón u obstinados, el Señor enseñará a jóvenes y a ancianos, de hora en hora y de día en día. Anhela revelar su salvación a los hijos de los hombres; y si su pueblo escogido está dispuesto a remover los obstáculos, derramará las aguas de salvación en corrientes abundantes a través de los canales humanos.

Muchos que buscan eficiencia para la excelsa obra de Dios por medio del perfeccionamiento de su educación en las escuelas de los hombres, encontrarán que no han aprendido las lecciones más importantes que el Señor quisiera enseñarles. Por descuidar someterse a las impresiones del Espíritu Santo, por no vivir en obediencia a todos los requerimientos de Dios, su eficiencia espiritual se ha debilitado; han perdido lo que tenían de capacidad para trabajar con éxito para el Señor. Al ausentarse de la escuela de Cristo, se han olvidado del sonido de la voz del Maestro, y este no puede dirigir la marcha que siguen. Los hombres pueden adquirir todo el conocimiento que puede impartir un maestro humano, pero sigue habiendo una sabiduría mayor que Dios requiere de ellos. Como Moisés, deben aprender mansedumbre, humildad de corazón y desconfianza de sí mismos. Nuestro Salvador mismo, al soportar la prueba en beneficio de la humanidad, reconoció que por sí mismo nada podía hacer. También nosotros debemos aprender que no hay fortaleza en la sola humanidad. El hombre se hace eficiente sólo al ser participante de la naturaleza divina.

Desde la primera vez que abre un libro, el candidato a recibir una educación debiera reconocer a Dios como el que imparte la

verdadera sabiduría. Debiera buscar su consejo a cada paso en el camino. No debiera realizarse ningún convenio en el que Dios no pueda formar parte, ninguna unión que él no pueda aprobar. El Autor de la sabiduría debiera ser reconocido como el Guía de inicio a fin. De este modo el conocimiento obtenido de los libros estará ligado a una fe viviente en el Dios infinito. El estudiante no debiera permitirse quedar atado a ningún programa de estudios en particular que requiera largos períodos de tiempo, sino que debiera guiarse en tales asuntos por el Espíritu de Dios.

Un programa de estudios en Ann Arbor podría considerarse esencial para algunos, pero las malas influencias allí están siempre obrando sobre las mentes susceptibles, de forma que cuanto más avanzan en sus estudios tanto menos consideran necesario buscar el conocimiento de la voluntad y los caminos de Dios. No debiera permitirse que nadie siga un curso de estudios que de algún modo debilite su fe en la verdad y el poder de Dios, o disminuya su respeto por una vida de santidad. Quisiera advertir a los estudiantes que no avancen ni un solo paso en este sentido –ni siquiera bajo el consejo de sus profesores o de hombres en puestos de autoridad– a menos que primero hayan buscado personalmente a Dios, con su corazón enteramente abierto a la influencia del Espíritu Santo, y obtenido de este su consejo respecto al programa de estudios que se contempla. Hágase a un lado todo deseo egoísta de alcanzar distinción; llévese a Dios toda sugerencia proveniente de la humanidad, mientras se confía en la guía del Espíritu Santo; toda ambición no santificada debe ser eliminada, no sea que el Señor diga: “Yo he visto que el necio echaba raíces, y en la misma hora maldije su morada” [Job 5:3]. Cada uno debiera comportarse de manera tal que pueda decir: “Pero tú, Jehová, me conoces; me viste y has probado mi corazón para contigo”. “Tú eres el Dios que me ve” [Jer. 12:3; Gén. 16:13]. El Señor pesa cada motivo. Él es un discernidor de los pensamientos, intenciones y propósitos del corazón. Sin Dios carecemos de esperanza; fijemos entonces nuestra fe en él. “Porque tú, Señor Jehová, eres mi esperanza, seguridad mía desde mi juventud” [Sal. 71:5].

Toda nave que surque el mar de la vida necesita llevar al Piloto divino a bordo; pero cuando surgen tormentas, cuando amenazan tempestades, hay muchos que tiran a su Piloto al agua y encomiendan su embarcación en manos del hombre finito, o tratan de timonearla ellos mismos. Entonces por lo general sobrevienen desastres y naufragio, y se echa la culpa al Piloto por llevarlos a aguas tan peligrosas. No se encomienden al cuidado de los hombres, sino digan: " 'El Señor es mi ayudador' [Heb. 13:6]; buscaré su consejo, seré hacedor de su voluntad". Todas las ventajas que poseen no pueden ser de bendición para ustedes, ni puede el tipo más elevado de educación capacitarlos para hacerlos canales de luz, a menos que tengan la colaboración del Espíritu divino. Es tan imposible para nosotros recibir capacitación por parte del hombre sin la iluminación divina como fue imposible para los dioses de Egipto librar a quienes confiaban en ellos. Los estudiantes no deben asumir que toda sugerencia que se les hace para prolongar sus estudios está en armonía con el plan de Dios. Llévese toda sugerencia de este tipo al Señor en oración, y búsquese fervientemente su guía; no una vez, sino vez tras vez. Ruéguenle, hasta estar convencidos de si el consejo viene de Dios o del hombre. No se confíen a los hombres. Actúen bajo la guía divina.

Han sido elegidos por medio de Cristo. Han sido redimidos por medio de la sangre preciosa del Cordero. Aleguen ante Dios la eficacia de esa sangre. Díganle: "Soy tuyo por creación; soy tuyo por redención. Respeto la autoridad humana y el consejo de mis hermanos, pero no puede depender totalmente de ellos. Te quiero a ti, oh Dios, para que me enseñes. He hecho pacto contigo para adoptar la norma divina de carácter, y hacer de ti mi consejero y guía, un participante de todo plan de mi vida. Por tanto, enséñame". Que la gloria del Señor sea vuestra primera consideración. Repriman todo deseo de distinción humana, toda ambición de ganar los primeros puestos. Den aliento a la pureza de corazón y a la santidad, para que puedan ser representantes de los verdaderos principios del evangelio. Que cada acto de vuestra vida esté santificado por un anhelo santo de hacer la voluntad de Dios, de modo que vuestra influencia no puede llevar a otros por sendas

prohibidas. Cuando el Señor sea el líder, su justicia irá delante de ti, y la gloria del Señor será tu retaguardia [Isa. 58:8].

El Señor dice: “Velad y orad para que no entréis en tentación” [Mat. 26:41]. El consejo de vuestros propios hermanos puede hacer que se desvíen de la senda que el Señor les ha señalado para que anden en ella; porque la mente de los hombres no siempre está bajo el control del Espíritu Santo. “Velen” para que vuestros estudios no se acumulen en tales proporciones que se vuelvan de interés absorbente para ustedes, para que vuestra mente no sea sobrecargada y el deseo de consagración sea expulsado de vuestra alma bajo su peso. En el caso de muchos estudiantes se perdió gradualmente de vista el motivo y propósito que hizo que ingresaran al colegio, y una ambición no santificada de conseguir una educación superior los condujo a sacrificar la verdad. Su intenso interés por obtener un lugar elevado entre los hombres ha hecho que dejaran la voluntad de su Padre celestial fuera de sus cálculos; en cambio el verdadero conocimiento conduce a la santidad de vida por medio de la santificación de la verdad.

Demasiado a menudo, al acumularse los estudios, se dio un lugar secundario a la sabiduría de lo alto, y cuanto más avanzado está el estudiante, menos confianza tiene en Dios; considera que mucha erudición es la esencia misma del éxito en la vida, pero si todos dieran la debida consideración a la siguiente declaración de Cristo harían planes diferentes: “Separados de mí nada podéis hacer” [Juan 15:5]. Sin los principios vitales de la verdadera religión, sin el conocimiento de cómo servir y glorificar al Redentor, la educación es más perjudicial que beneficiosa. Cuando la educación en aspectos humanos se lleva a tal extremo que el amor de Dios mengua en el corazón, se descuida la oración y se dejan de cultivar los atributos espirituales, es totalmente desastrosa. Mucho mejor sería cesar de buscar obtener una educación y recuperar el alma de su condición debilitada, que conseguir la mejor de las educaciones y perder de vista los beneficios eternos. Hay muchos que están amontonando demasiados estudios en un período limitado de tiempo. Están sobrecargando sus facultades mentales, y en consecuencia ven

muchas cosas en una luz pervertida. No se contentan con seguir el curso prescrito de estudios, sino que piensan que se los trata injustamente, en su ambición egoísta, si no se les permite llevar todas las materias que desean. Se vuelven desequilibrados mentales. No consideran el hecho de que se capacitarían mejor para la Obra del Maestro si siguieran un programa que no produjera daños a sus facultades físicas, mentales y morales; pero al sobrecargar la mente se acarrean de por vida dolencias que minan sus facultades y los hacen ineptos para ser de utilidad en el futuro.

De ningún modo aconsejaría yo restringir la educación a la que Dios no puso límites. Nuestra educación no termina con las ventajas que puede otorgar el mundo. Por toda la eternidad los elegidos de Dios serán aprendices. Pero aconsejaría límites en cuanto a seguir los métodos de educación que ponen en peligro el alma y frustran la finalidad para la cual se invierten tanto tiempo y dinero. La educación es una gran obra de la vida; pero para obtener la verdadera educación es necesario poseer la sabiduría que sólo viene de Dios. El Señor Dios debiera estar representado en cada etapa de la educación; pero es un error dedicar un período de años al estudio de un solo tipo de conocimiento de los libros. Después de dedicar un período al estudio, que nadie aconseje a los estudiantes a que emprendan nuevamente otro tipo de estudio, sino más bien aconséjeselos que entren en la obra para la que han estado estudiando. Aconséjeselos poner en práctica las teorías que adquirieron. Daniel siguió esta conducta en Babilonia. Puso en práctica lo que había aprendido bajo sus tutores. Que los estudiantes busquen la dirección divina mucho más de lo que lo han hecho hasta ahora, y que no tomen pasos, aunque así se lo aconsejen sus profesores, a menos que hayan buscado sabiduría de Dios con la mayor humildad, y recibido de él su guía y consejo.

Los estudiantes tienen permiso de asistir al colegio por un determinado tiempo para adquirir conocimiento de las ciencias, pero al hacerlo deben tener en cuenta sus necesidades físicas y procurar una educación en una forma tal que no dañe en lo más mínimo el templo que es el cuerpo. Asegúrense de no permitirse ninguna

práctica pecaminosa, ni sobrecargarse con demasiados estudios, ni dejarse absorber de tal modo por su devoción a sus estudios que la verdad sea suplantada, o el conocimiento de Dios expulsado del alma, por las invenciones de los hombres. Que cada momento que se dedica a estudiar sea un momento en que el alma esté consciente de las responsabilidades que le dio Dios. No habrá entonces necesidad de exhortar a los estudiantes a ser veraces y justos, o a preservar la integridad del alma. Respirarán una atmósfera celestial, y cada interacción estará inspirada por el Espíritu Santo, y se manifestará equidad y rectitud.

Pero si se descuida el cuerpo, si se consumen horas inapropiadas en el estudio, si la mente está sobrecargada, si las facultades físicas quedan sin utilizar y se debilitan, entonces se entorpece la maquinaria humana, y se descuidan cosas esenciales para el bienestar futuro y la paz eterna. Se hace del conocimiento de libros lo más importante, y se deshonra a Dios. El estudiante olvida las palabras de la inspiración, y no sigue la instrucción del Señor cuando dice: “Hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro verdadero culto. No os conforméis a este mundo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál es la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta” [Rom. 12:1, 2]. Hace falta que la mente de muchos sea renovada, transformada y moldeada de acuerdo con el plan de Dios. Muchos se están arruinando física, mental y moralmente por la excesiva devoción al estudio. Se están defraudando a sí mismos para esta vida y la eternidad al practicar hábitos de intemperancia cuando buscan obtener una educación. Están perdiendo su deseo de aprender en la escuela de Cristo lecciones de mansedumbre y humildad de corazón. Cada momento que transcurre está cargado de resultados eternos. La integridad será el resultado seguro de transitar el camino de la rectitud.

¿Es indispensable que para resolver el problema de la educación uno robe a Dios y le rehúse el servicio voluntario de las facultades del espíritu, alma y cuerpo? Dios los llama a ser hacedores de su

Palabra, para que estén educados acabadamente en los principios que los harán aptos para el Cielo. No debiera seguirse ningún método de educación que desplace la Palabra de Dios. Que la Palabra de Dios sea vuestro asesor humano. El propósito de la educación debiera ser recibir luz para poder impartir luz al hacerla brillar hacia otros en buenas obras. La más elevada de todas las educaciones posibles es el conocimiento de Dios. “Así ha dicho Jehová: ‘No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábese en esto el que haya de alabarse: en entenderme y conocerme, que yo soy Jehová, que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra, porque estas cosas me agradan, dice Jehová” [Jer. 9:23, 24]. Lean los capítulos 1 y 2 de 1 Corintios con profundo interés, y oren para que Dios les dé entendimiento con el fin de puedan comprender y poner en práctica las verdades que allí se revelan. “Mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, con el fin de que nadie se jacte en su presencia. Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención, para que, como está escrito: ‘El que se gloría, gloríese en el Señor’ ” [1 Cor. 1:26-31]. “Tú, Señor, que habitas en las alturas y que has saturado a Sión con la justicia y el derecho, serás exaltado. En tus tiempos reinarán la sabiduría y la ciencia, y mucha salvación; el temor a ti, Señor, será el tesoro de tu pueblo” [Isa. 33:5, 6, RVC].

El tiempo es corto, y hay sólo pocos obreros en la viña del Señor. Varios han sido envidados desde esta parte del mundo para ser educados en Battle Creek, con el fin de hacerse colaboradores de Dios. Se esperaba que el Espíritu Santo obrara con ellos para la salvación de los que pasan por la sombra de muerte. Estos estudiantes han sido mantenidos con el sacrificio de hombres y mujeres que, me consta, han pedido dinero prestado para pagar los aranceles de enseñanza y cubrir los otros gastos. El mundo debe

ser advertido, y sin embargo ustedes han creído necesario consumir tiempo y dinero en hacer una preparación innecesariamente amplia para la obra que estos estudiantes están llamados a realizar. Hoy vive el mismo Dios que Isaías vio en visión, y puede iluminar a los que están tomando parte en la tarea de adecuar a los hombres para una obra solemne y sagrada. Nos dice: “Yo, el Señor, amo la justicia y aborrezco el robo y la maldad; así que afirmaré en verdad sus obras y haré con ellos un pacto perpetuo” [Isa. 61:8, RVC].

Quienes dirigen la obra educativa están colocando una cantidad muy grande de estudios ante quienes llegaron a Battle Creek para prepararse para la obra del Maestro. Han supuesto que eran necesario que ellos profundizaran más y más en las distintas líneas de estudio; y mientras están siguiendo distintos programas de estudio, año tras año el tiempo precioso transcurre y se escapan oportunidades áureas que no volverán jamás. Hay procrastinación en poner a estos hombres a trabajar, y los estudiantes están perdiendo su preocupación por las almas y dependiendo cada vez más de una educación con base en el conocimientos de libros, en vez de basarla en la eficiencia del Espíritu Santo y lo que el Señor prometió que hará por ellos.

He tenido esta preocupación por años. Se está siguiendo un curso de acción en Battle Creek que el Señor no aprueba. El fin de todas las cosas está cerca. El día de aflicción, angustia, plagas, retribución, juicios por los pecados está llegando al mundo como ladrón en la noche. Se acerca el tiempo cuando vendrá sobre el mundo destrucción repentina, y no escapará [1 Tes. 5:3]. Tengo para ustedes una palabra de advertencia. Están mirando las cosas bajo una luz demasiado débil, y demasiado desde un punto de vista meramente humano. Hasta ahora se ha trabajado en una porción muy pequeña de la gran viña moral de Dios. Sólo unos pocos, relativamente, han recibido el último mensaje de misericordia que ha de ser dado al mundo. Se llevó a los estudiantes a suponer que su eficiencia depende de su educación y preparación; pero él éxito de la obra no depende de la cantidad de conocimiento que los hombres tengan en sus estudios científicos. La idea que debe mantenerse a

la vista de los estudiantes es que el tiempo es corto, y que deben hacer una preparación rápida para realizar la obra que es esencial para este tiempo. Todo hombre, en la gracia que Dios le dio y por medio de ella, debe hacer la obra sin depender de su fervor o capacidad humana, porque Dios puede quitar la capacidad humana en un instante. Que cada uno se esfuerce, con la fortaleza del Salvador viviente, quien hoy es nuestro Abogado en las cortes celestiales, en hacer la voluntad de Dios.

Se me impulsa a declararles que no saben cuán pronto puede llegar la crisis. Avanza sigilosamente sobre nosotros, como un ladrón. El sol brilla en los cielos, haciendo su ronda acostumbrada, y los cielos todavía declaran la gloria de Dios; los hombres siguen su conducta habitual de comer y beber, plantar y edificar, casarse y darse en casamiento; los comerciantes siguen ocupados en comprar y vender; las publicaciones se suceden una sobre la otra; los hombres se abren paso a los codazos contra otros para conseguir el puesto más elevado; los amadores de los placeres siguen asistiendo a los teatros, las carreras de caballos, los antros del juego por dinero, y reina mucha excitación; y sin embargo el tiempo de gracia está llegando rápidamente a su fin, y todo caso está por decidirse para la eternidad. Hay pocos que creen con corazón y alma que tenemos un Cielo por ganar y un infierno que evitar; pero estos pocos muestran su fe por sus obras. Las señales de la venida de Cristo están cumpliéndose rápidamente. Satanás ve que tiene poco tiempo para trabajar, y ha puesto a sus agentes satánicos en actividad para agitar los elementos del mundo con el fin de que los hombres puedan ser engañados, seducidos, y mantenidos ocupados y fascinados hasta que el tiempo de gracia finalice y la puerta se cierre para siempre.

Los reinos de este mundo todavía no han llegado a ser los reinos de nuestro Señor y de su Cristo. No se engañen; despiértense plenamente, y muévanse con rapidez, porque viene la noche en la que nadie puede obrar. No animen a los estudiantes, que vienen a ustedes con la preocupación por la obra de salvar a sus prójimos, a ingresar a un programa de estudios tras otro. No alarguen el tiempo

para obtener una preparación a muchos años. De esa manera ellos suponen que hay tiempo suficiente, y este mismo plan resulta ser un lazo para su alma. Muchos están mejor preparados, tienen más discernimiento espiritual y conocimiento de Dios, y conocen más de sus requerimientos, cuando comienzan un programa de estudios que cuando se gradúan. Se inspira en ellos una ambición de llegar a ser eruditos, y se los anima a agregar estudios hasta quedar infatuados. Hacen de los libros sus ídolos, y están dispuestos a sacrificar salud y espiritualidad con el fin de obtener una educación. Limitan el tiempo que debieran dedicar a la oración, y no aprovechan las oportunidades que tienen de hacer el bien, y no comunican la luz y el conocimiento. No ponen en uso el conocimiento ya obtenido, y no progresan en la ciencia de ganar almas. La obra misionera se les hace cada vez menos deseable, mientras que la pasión por sobresalir en el conocimiento de los libros aumenta en forma anormal. Al proseguir sus estudios se apartan del Dios de sabiduría. Algunos los felicitan por su progreso, y los animan a obtener títulos tras títulos, aunque están menos capacitados para hacer la obra de Dios según el método de instrucción de Cristo que lo que estaban cuando llegaron al colegio de Battle Creek.

Se preguntó a la asamblea: “¿Creen en la verdad? ¿Creen en el mensaje del tercer ángel? Si lo creen, entonces pongan en práctica vuestra fe, y no animen a los hombres a seguir en Battle Creek cuando debieran alejarse de ese lugar para ocuparse en los negocios del Maestro”. No se glorifica a Dios con esta procrastinación. Los hombres van a Battle Creek y reciben una idea de sus capacidades que es mucho más alta de la que debiera ser. Se los anima a tomar un programa de estudio largo, prolongado, pero los caminos de Dios no pasan por allí. Eso no tiene respaldo celestial. El precioso tiempo de gracia no permite prolongados años de preparación. Dios llama; oigan su voz cuando dice: “Vete hoy a trabajar en mi viña” [Mat. 21:28]. Ahora, precisamente ahora es el tiempo para trabajar. ¿Creen que el Señor está viniendo y que la última gran crisis está a punto de estallar en el mundo?

Pronto habrá un cambio súbito en cómo trata Dios las cosas. El mundo en su perversidad está siendo visitado con calamidades: con inundaciones, tormentas, incendios, terremotos, hambres, guerras y derramamiento de sangre. El Señor es lento para la ira, y grande en poder, sin embargo no tendrá por inocente al culpable. “Jehová marcha sobre la tempestad y el torbellino, y las nubes son el polvo de sus pies” [Nah. 1:3]. ¡Ojalá los hombres pudieran entender la paciencia y longanimidad de Dios! Está conteniendo sus propios atributos. Su poder infinito está bajo el control de la Omnipotencia. ¡Ojalá entendieran los hombres que Dios rehúsa impacientarse con la perversidad del mundo, y todavía ofrece esperanza de perdón hasta para los que menos lo merecen! Pero su tolerancia no continuará para siempre. ¿Quién está preparado para el cambio súbito que tomará lugar en los tratos de Dios con los pecadores? ¿Quién estará preparado para escapar del castigo que ciertamente caerá sobre los transgresores?

No tenemos un milenio terrenal en el cual hacer la obra de amonestar al mundo. Hay necesidad de transformar el alma. La información más efectiva que pueda obtenerse se la obtendrá en la escuela de Cristo. Comprendan que no estoy diciendo nada con estas palabras para menospreciar la educación, sino para advertir a los que están en peligro de llevar a extremos ilícitos lo que en sí mismo es lícito, y de apreciar en demasía la educación humana. Más bien insisto sobre el desarrollo de la experiencia cristiana, que es preciosa; porque sin esto, la educación del estudiante será en vano.

Si ven que los estudiantes están en peligro de dejarse absorber por sus estudios hasta el punto de descuidar el estudio del Libro que les da información sobre cómo asegurarse el bienestar futuro de su alma, entonces no les presenten la tentación de profundizarlos, de prolongar el período de disciplina educativa. En esa forma todo lo que haría valiosa la educación del estudiante desaparecería de la vista. Ha de amarse a Jesucristo más y más, pero algunos de los que han ido a Battle Creek en busca de educación, si se hubieran quedado lejos de ese lugar habrían estado mucho mejor preparados

para la obra de Dios. Habrían trabajado con sencillez, a la manera de Cristo. Habrían dependido más de Dios y del poder del Espíritu Santo y mucho menos de la educación. Los largos períodos de estudio son perjudiciales para el bienestar físico, mental y moral.

Lean el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamentos con corazón contrito. Léanlos con oración y fidelidad, rogando que el Espíritu Santo les dé entendimiento. Daniel escudriñó la porción del Antiguo Testamento que tenía a su disposición, e hizo de la Palabra de Dios su más elevado maestro. Al mismo tiempo aprovechó las oportunidades que se le daban de adquirir inteligencia en todo tipo de estudios. Sus compañeros hicieron otro tanto, y leemos: “En todo asunto de sabiduría e inteligencia que el rey los consultó, los halló diez veces mejores que todos los magos y astrólogos que había en todo su reino... A estos cuatro muchachos [meros jovencitos], Dios les dio conocimiento e inteligencia en todas las letras y ciencias; y Daniel tuvo entendimiento en toda visión y sueños” [Dan. 1:20, 17].

Los estudiantes que exaltan las ciencias por encima del Dios de ciencia serán ignorantes aunque se crean muy sabios. Si no pueden permitirse tiempo para orar, si no hacen tiempo para la comunión con Dios y para el autoexamen, y si no aprecian la sabiduría que sólo viene de Dios, todo su aprendizaje será deficiente, y vuestros colegios y escuelas serán hallados faltos. “El principio de la sabiduría es el temor de Jehová” [Prov. 1:7]. ¿Cuál es la fe que cultivamos? ¿Tenemos una fe que obra por el amor y purifica el alma? ¿Tenemos fe de acuerdo con la luz que hemos recibido? Satanás estaría gozoso si pudiera infiltrarse en Battle Creek para desalentar la obra de Dios mediante la introducción de inventos humanos en asesoramiento y consejo. Estaría encantado de hacer que los obreros estén absorbidos por años en su preparación, de modo que la educación se vuelva un estorbo en vez de un progreso.

El Santo Espíritu de Dios ha estado contendiendo con muchos jóvenes, y los ha estado instando a entregarse a la causa y Obra de Dios. Cuando se ofrecen a la Asociación se les aconseja cursar un programa de estudios en Battle Creek antes de ingresar a la Obra.

Esto está muy bien si el estudiante está equilibrado con principios en forma pareja, pero no es coherente que el obrero sea demorado largo tiempo en su preparación. Debiera trabajarse más para hacer progresar a los que serán misioneros. Debiera hacerse todo lo posible para promoverlos, para que así sean enviados a trabajar tan pronto como se pueda. No deben permitirse esperar hasta que su educación pueda considerarse completa. Esto jamás se podrá lograr [aquí], ya que habrá un incesante programa de educación continua a través de las edades sin fin de la eternidad.

Hay una gran obra para hacer, y la viña del Señor necesita obreros. Los misioneros debieran entrar en el campo de labor antes de que se los obligue a abandonarla. Hoy hay puertas abiertas por todos lados; no pueden permitirse completar años de preparación, porque los años que tenemos por delante no son muchos y necesitamos trabajar mientras dura el día. No es lo mejor aconsejar a hombres y mujeres que tomen un programa de estudios en Ann Arbor. Muchos de los que estuvieron allí no se beneficiaron, ni será beneficioso en el futuro.

Noten las características de la obra de Cristo. Se movió con la mayor sencillez. Aunque sus seguidores eran pescadores, no les aconsejó pasar primero por la escuela rabínica antes de entrar en la Obra. Llamó a sus discípulos desde sus redes de pescar y les dijo: “Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres” [Mat. 4:19]. Llamó a Mateo desde su receptoría de impuestos y le dijo: “Sígueme” [Mar. 2:14]. Todo los que se les requería era ir en pos de Jesús, hacer como se les mandase, y de ese modo ingresar en la escuela donde Dios pudiera ser su maestro. En tanto dure el tiempo habrá necesidad de escuelas. Siempre habrá necesidad de educación, pero debemos cuidar que la educación no absorba el interés por lo espiritual.

Existe un riesgo definido en aconsejar a los estudiantes que sigan una línea de educación tras otra, y dejarles la idea de que así conseguirán la perfección. La educación que obtendrán será más que deficiente en todo aspecto. El Señor dice: “ ‘Destruiré la

sabiduría de los sabios y frustraré la inteligencia de los inteligentes'. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el que discute asuntos de este mundo? ¿Acaso no ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo? Puesto que el mundo, mediante su sabiduría, no reconoció a Dios a través de las obras que manifiestan su sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación" [1 Cor. 1:19-21]. Este es el plan que diseñó Dios; y a través de sucesivas generaciones, a través de siglos de paganismo, este plan ha sido llevado adelante no como un experimento, sino como el modo aprobado de difundir el evangelio. Por medio de este método, desde el principio se trajo convicción a los hombres y se ilustró al mundo con respecto al evangelio de Dios. El grado más alto de escolaridad que un ser humano pueda alcanzar es la propuesta por el Maestro divino. Este es el conocimiento que en modo especial necesitaremos a medida que nos acerquemos al fin de la historia del mundo, y todos harían bien en obtener este tipo de educación. El Señor requiere que los hombres pasen por su preparación. Hay una gran obra para hacer en cuanto a sacar las mentes humanas de las tinieblas a la luz maravillosa de Dios. Como instrumentos suyos, con fe viviente debemos realizar sus planes. ¿Estamos en una condición en que nuestra fe no obrará para la gloria de Dios, o somos vasos útiles para uso del Maestro, dispuestos para toda buena obra [2 Tim. 2:21]?

Moisés fue instruido en toda la sabiduría de los egipcios. En la providencia de Dios pudo recibir una educación, pero gran parte de ella tuvo que desaprender y fue tenida por necedad. Su impronta tuvo que borrarse con los 40 años de experiencia cuidando ovejas y tiernos corderitos. Si muchos de los que están relacionados con la Obra del Señor pudieran ser aislados como lo fue Moisés, y obligados por las circunstancias a seguir alguna vocación humilde hasta que su corazón se ablande, serían muchos mejores pastores de lo que son hoy al cuidar de la heredad de Dios. No estarían tan proclives a magnificar sus propias capacidades, ni buscarían demostrar que la sabiduría de una educación avanzada puede tomar el lugar de un conocimiento sólido de Dios. Cuando Cristo vino al mundo, el testimonio fue que "el mundo, mediante su

sabiduría, no reconoció a Dios", sino que "agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación" [1 Cor. 1:21].

El experimento de la sabiduría del mundo ya fue puesto plenamente a prueba en la [primera] venida de Cristo, y la tan mentada sabiduría humana demostró ser deficiente. Los hombres no conocían la verdadera sabiduría que viene de la Fuente de todo bien. La sabiduría del mundo fue pesada en la balanza y hallada falta. Ustedes están dando, a los estudiantes que han sido puestos a vuestro cuidado, ideas que no son correctas. Si hubieran recibido mucho menos de estas, habrían estado mejor preparados para proseguir la obra. No analizan como se debe la instrucción y el método de nuestro Señor Jesucristo, y sin embargo él fue el único Educador perfecto en nuestro mundo. "Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido. De estas cosas hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual. Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura; y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente. En cambio, el espiritual juzga todas las cosas, sin que él sea juzgado por nadie. ¿Quién conoció la mente del Señor? ¿Quién lo instruirá? Pues bien, nosotros tenemos la mente de Cristo" [1 Cor. 2:12-16].

Hoy necesitan estar aprendiendo en la escuela de Cristo. El Señor tiene poder para obrar con sus propios agentes. Están sobrecargando a los pobres hombres finitos con pesadas condiciones para hacer una obra grande, cuando no tendrán oportunidad ni invitación para usar una gran parte de la carga de los estudios que emprendieron para dominar. Se pierden para la eternidad oportunidades de oro, y se aconsejó que se las pase por alto; y se podría haber hecho mucha más obra, y mejor, que la que se ha hecho si el período que pasaron en Battle Creek muchos de los obreros se hubiera acortado sustancialmente. Debieran haber sido puestos a trabajar comunicando la luz y la gracia que recibieron a quienes están en tinieblas. El Dios de toda gracia dará gracia

sobre gracia. Los que van a trabajar en la viña del Señor aprenderán cómo trabajar, y traerán a la memoria la instrucción que recibieron durante su vida estudiantil. El Señor no se agrada cuando se anima a estos obreros a pasar años acumulando conocimientos que no tendrán la oportunidad de impartir. Preciosos jóvenes, que debieran estar trabajando para Dios, han venido a Battle Creek a recibir una educación y a obtener un mejor conocimiento en cuanto a cómo trabajar. Se les debiera haber enseñado lo que es esencial en un período muy breve. No se les debiera requerir años para su educación antes de poder responder al llamado: “Vete hoy a trabajar en mi viña” [Mat. 21:28]. En vez de enviarlos como obreros, después de haber pasado meses y años en el colegio, se les aconseja emprender otros estudios y a avanzar en otras líneas. Se les aconseja emplear meses y años en instituciones donde se niega y cuestiona la verdad, y donde se les inculca insidiosamente errores del tipo más artificioso y antibíblico. Esas doctrinas se mezclan con sus estudios. Se sumen en la tarea de progresar en otros tipos de estudio y pierden su amor por Jesús; y antes de que sepan qué es lo que les está pasando, están lejos de Dios, y completamente faltos de preparación para responder al mandato “Vete hoy a trabajar en mi viña”. El deseo de esfuerzo misionero desaparece. Prosiguen sus estudios con una infatuación que cierra la puerta de entrada a Cristo. Cuando se gradúan, y son plenamente comisionados para salir como estudiantes adecuadamente educados, algunos han perdido toda preocupación por la Obra, y están mucho menos preparados para dedicarse al servicio de Dios que cuando llegaron a Battle Creek por primera vez.

El mensajero se volvió hacia la asamblea y dijo: “¿Creen en las profecías? ¿Conocen la verdad? ¿Entienden que el último mensaje de amonestación está dándose ahora al mundo, que ahora se oye el último llamado de misericordia? ¿Creen que Satanás ha venido a ustedes con gran poder, obrando con todo engaño de iniquidad en todas partes [2 Tes. 2:10]? ¿Creen que la gran Babilonia vino en memoria delante de Dios [Apoc. 16:19], y que pronto recibirá de la mano de Dios doble por todos sus pecados e iniquidades?” Satanás se agrada de tenerlos a ustedes reteniendo a hombres y a mujeres

en Battle Creek que debieran ser colaboradores con Dios en su gran viña moral. Si el enemigo puede mantener a los obreros fuera del campo de labor con cualquier pretexto, así lo hará. La tal preparación avanzada que mantiene talentos fuera del campo de labor no da oportunidad al Señor para que obre junto con sus obreros. Muchos son llevados a emplear tiempo, talento y recursos en forma egoísta para obtener una educación avanzada, al tiempo que el mundo perecer por falta del conocimiento que podrían impartir. Cristo llamó a pescadores sin estudios, y dio a esos hombres conocimiento y sabiduría hasta el punto en que sus adversarios no podían rebatir ni resistir sus palabras. Su testimonio llegó hasta los confines de la Tierra.

No se ha llamado a los discípulos de Cristo para magnificar a los hombres sino para magnificar a Dios, la fuente de toda sabiduría. Que los educadores den espacio al Espíritu Santo para hacer su obra en los corazones humanos. El Maestro superior está representado en medio de nosotros por su Espíritu Santo. No importa cuánto puedan estudiar, cuánto puedan alcanzar subiendo más y más alto, aunque ocupen cada momento de vuestro tiempo de gracia en busca de conocimiento, jamás llegarán a estar completos. Cuando se termine el tiempo tendrán que plantearse la pregunta: “¿Qué bien he hecho a quienes están en las tinieblas de la medianoche? ¿A quién he comunicado el conocimiento de Dios, o aun el conocimiento de esas cosas en las que invertí tanto tiempo y dinero?” Pronto se dirá en el Cielo: “Hecho está... El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es impuro, sean impuro todavía; el que es justo, practique la justicia todavía, y el que es santo, santifíquese más todavía” [Apoc. 21:6; 22:11]. Cuando se pronuncie este *fiat*, todo caso se habrá decidido. Mucho mejor sería para los obreros emprender una tarea más pequeña, y llevarla a cabo con lentitud y humildad, llevando el yugo de Cristo y cargando sus cargas, que dedicar años a la preparación para una gran obra, y luego fracasar en traer hijos e hijas a Dios, fracasar en llevar algún trofeo para depositarlo a los pies de Jesucristo. Hombres y mujeres revolotean en total demasiado tiempo en Battle Creek. Dios los llama, pero ellos no oyen su voz. Se descuidan los campos de labor, y eso

implica que se dejan mentes sin iluminar. Se está sembrando velozmente la semilla corrupta en el corazón de nuestros jóvenes, [cuando lo que] debería ser puesto en contacto con niños y jóvenes son las grandes verdades prácticas, porque la verdad es poderosa.

Los docentes cristianos están llamados a trabajar para Dios. La levadura de la verdad debe ser colocada antes que pueda producir transformación del carácter. Mucho mejor sería para nuestros jóvenes tener menos logros en sus materias de estudio que carecer de humildad y mansedumbre y estar despojados de corazón contrito. La obra de algunos de nuestros educadores ha sido incapacitar a los estudiantes para ser colaboradores con Dios. Deben estudiar para familiarizarse con el modo en que Jesús trabajaba y predicaba. Se negaba a sí mismo y se sacrificaba. No rehuía el trabajo duro; soportaba las afrentas, el desprecio, el insulto, la mofa y el abuso. Pero ¿se está educando a nuestros estudiantes con el fin de prepararlos para que caminen en sus pisadas? Dios no está en vuestra procrastinación. Vuestra tentación a proseguir año tras año en distintas líneas de estudio se está apoderando de las mentes, y ellos están perdiendo gradualmente el espíritu con el cual el Señor los inspiró para salir a trabajar en su viña. ¿No pueden los hombres responsables discernir cuál será el resultado seguro de detener así a los estudiantes y de enseñarles a postergar la obra del Señor? El tiempo vuela hacia la eternidad, y sin embargo los que fueron enviados a Battle Creek para prepararse para trabajar en la viña del Señor no están siendo alentados a hacer lo que pueden para hacer progresar la causa de Dios. Se brindan muchos privilegios a los que ya conocen la verdad, y que sin embargo no la están practicando. Dinero y fuerzas, que debieran emplearse en los caminos y los vallados del mundo, se están gastando en los que no aprovechan la luz que ya tienen para comunicarla a los que están en tinieblas. Cuando Felipe recibió la luz, fue y llamó a Natanael; pero muchos jóvenes que podrían hacer una obra especial en favor del Maestro no quieren moverse hasta tener multiplicadas oportunidades.

Los ministros de Jesucristo debieran dedicar alguna parte de la viña del Señor para los que están desocupados en la plaza [Mat. 20:3]. Si cometen desatinos, entonces corrijan sus errores y pónganlos a trabajar de nuevo. Muchos más son los que han sido estorbados de salir a la obra de los que han sido alentados a negociar con sus talentos, y sin embargo es al usar sus capacidades que aprenden a cómo emplear sus talentos. Muchos han ido a Battle Creek para obtener educación cuando podrían haber sido mejor instruidos en su propio país. Se ha perdido tiempo, se ha gastado dinero innecesariamente, se ha dejado trabajo sin hacer y se han perdido almas por causa de los desaciertos de quienes pensaban que estaban sirviendo a Dios. El Señor vive, y su Espíritu Santo preside en todo lugar.

No debe predominar la impresión de que Battle Creek es la Jerusalén del mundo y de que todos deben subir allí para adorar. Los que deseen aprender, y hacen todo esfuerzo posible por adquirir conocimiento, caminando a conciencia a la luz de la verdad, no necesitan peregrinar a Battle Creek. Dios es nuestro maestro, y los que quieren aprovechar sus talentos donde se encuentran tendrán la bendición de maestros enviados de Dios para instruirlos; maestros que se han estado preparando para trabajar por el Maestro. Emplear más tiempo, gastar más dinero, es peor que perderlo, porque los que buscan obtener una educación a costa de la religión práctica están del lado de los que pierden. Lo que adquieren en el aspecto educativo durante el tiempo en que debieron haber ingresado a la Obra es mero derroche y pérdida. Las inteligencias celestiales están esperando agentes humanos con los cuales puedan colaborar como misioneros en las regiones oscuras de la Tierra. Dios está aguardando a hombres que emprendan obra misionera doméstica en nuestras grandes ciudades, y se retienen en Battle Creek a hombres y a mujeres que debieran estar distribuidos en las ciudades y pueblos, por los caminos y vallados. Debieran estar invitando y pidiendo a los hombres que vengan a la cena de bodas, porque ahora todo está listo. Habrá misioneros, que harán buena obra en la viña del Señor, entre quienes no van a Battle Creek.

Los que vayan a Battle Creek encontrarán tentaciones que no suponían que podrían existir en ese sitio. Se encontrarán con desalientos que no tenían por qué enfrentar, y no ayudará a su experiencia religiosa ir a ese lugar. Pierden mucho tiempo porque no saben qué deben hacer, y nadie está preparado para decirles algo. Pierden mucho tiempo en seguir ocupaciones que no tienen relación con la obra para la que desean prepararse. El trabajo común y el sagrado están mezclados, y puestos al mismo nivel. Pero esta no es una política sabia. Dios lo ve y no lo aprueba. Se podrían haber hecho muchas cosas que hubieran tenido una influencia duradera, si hubieran trabajado con moderación y humildad en el lugar donde estaban. El tiempo se pasa, las almas están decidiendo por el bien o por el mal, y la lucha aumenta constantemente. ¿Cuántos de los que conocen la verdad para este tiempo están trabajando en armonía con sus principios? Es verdad que se hace algo, pero se debiera haber hecho más, mucho más. El trabajo se está acumulando, y el tiempo para realizar la obra está disminuyendo. Ahora es el tiempo para que todos sean luces encendidas y brillen; y sin embargo muchos no están manteniendo sus lámparas provistas con el aceite de la gracia, ni despabiladas y ardiendo como para que puedan alumbrar hoy.

Demasiados cuentan con un mañana extensamente largo, pero es un error. Que cada uno sea educado como para mostrar la importancia de la obra especial para hoy. Que todos trabajen para Dios y por las almas; que cada uno muestre sabiduría y no sea hallado nunca desocupado, esperando que alguien llegue y lo ponga a trabajar. Ese “alguien” que podría ponerlo a trabajar está sobrecargado de responsabilidades, y se pierde tiempo en esperar sus instrucciones. Dios te dará sabiduría para reformarte en forma inmediata, porque todavía se formula el llamado: “Hijo, vete hoy a trabajar en mi viña”. Algunos todavía pueden estar indecisos, pero aun se escucha el llamado: “Vete hoy a trabajar en mi viña”: “Si oís hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones”. El Señor antepone a su requerimiento la palabra “hijo”. ¡Cuán tierno, cuán compasivo, y a pesar de todo eso, cuán urgente! Su invitación a trabajar en su viña es también un mandato. “¿Ignoráis que vuestro cuerpo es

templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual habéis recibido de Dios, y que no sois vuestros?, pues habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios” [Mat. 21:28; Heb. 3:15; 1 Cor. 6:19, 20].–*Special Testimonies on Education*, 21 de marzo de 1895.

45

La educación esencial

Escribí largamente [cap. 44] con respecto a que los estudiantes gastan un tiempo irrazonablemente largo en obtener su educación, pero espero no haber sido mal comprendida con respecto a lo que es educación esencial. No quiero decir que se haga un trabajo superficial, como puede ilustrarse con el modo de laborar ciertas porciones de tierra en Australia. Se mete el arado a pocos centímetros de profundidad, no se prepara el suelo para la semilla y la cosecha es escasa, en correspondencia con la preparación superficial que se dio a la tierra.

Dios ha dado mentes inquisitivas a los jóvenes y a los niños. Sus facultades de razonamiento les han sido encomendadas como talentos preciosos. Es el deber de los padres mantener presente la cuestión de su educación en el verdadero sentido, porque abarca muchos aspectos. Se les debiera enseñar a aprovechar cada talento y órgano, con la expectativa de que se los use en el servicio a Cristo para la elevación de la humanidad caída. Nuestras escuelas son el instrumento especial del Señor con el fin de preparar a niños y a jóvenes para la obra misionera. Los padres debieran entender su responsabilidad, y ayudar a sus hijos a apreciar los grandes privilegios y bendiciones que Dios les proveyó en ventajas educativas.

Pero su educación doméstica debiera marchar al compás de su educación en los áreas académicas. En la niñez y la juventud la preparación práctica y la académica debieran estar combinadas, y la mente almacenada con conocimientos. Los padres debieran pensar que tienen una obra solemne para realizar, y debieran emprenderla con toda seriedad. Han de entrenar y modelar el carácter de sus hijos. No debieran satisfacerse con un trabajo superficial. Ante cada niño se abre una vida en la que están implicados los más elevados

intereses, porque han de hacerse completos en Cristo mediante los instrumentos con que Dios los equipó. El terreno del corazón debiera estar ocupado de antemano; las semillas de la verdad debieran sembrarse allí desde los más tiernos años. Si los padres descuidan este asunto se los llamará a dar cuentas por su mayordomía infiel. Debiera tratarse a los niños con ternura y amabilidad, y enseñarles que Cristo es su salvador personal, y que por el sencillo proceso de entregarle su corazón y su mente se hacen discípulos de él.

Debe enseñarse a los niños a tomar parte en las tareas domésticas. Se los debe instruir para ayudar al padre y a la madre en las pequeñas cosas que pueden hacer. Debe entrenarse su mente para pensar, y exigir que su memoria recuerde su tarea asignada; y en el hábito de ser útiles en la casa se los está educando en cuanto a deberes prácticos apropiados para su edad. Si los niños tienen una educación adecuada en el hogar no se los encontrará por las calles, donde tantos reciben una educación caótica. Los padres que aman a sus hijos de manera sensata no les permitirán desarrollarse con hábitos ociosos, ni ignorantes sobre cómo realizar las tareas domésticas. La ignorancia no es aceptable para Dios, y desfavorece la realización de su obra. Ser ignorante no debe ser considerado señal de humildad, ni algo por lo cual deba alabarse a las personas. Pero Dios obra en favor de la gente a pesar de su ignorancia. Los que no han tenido la oportunidad de adquirir conocimiento, o la tuvieron pero no la aprovecharon, y [después] se convirtieron a Dios, pueden hacerse útiles en el servicio al Señor mediante la acción de su Espíritu Santo. Pero los que tienen educación, y se consagran al servicio de Dios, pueden realizar un servicio en múltiples formas, y realizar una obra mucho más extensa para traer almas al conocimiento de la verdad que los que no tienen educación. Están en un sitio estratégico a causa de la disciplina mental que consiguieron. No debiéramos menospreciar la educación en absoluto, pero aconsejaríamos que se lleve adelante con un sentido pleno de la brevedad del tiempo y la gran obra a realizarse antes de la venida de Cristo. No quisiéramos que los estudiantes reciban la idea de que pueden emplear muchos años en

adquirir una educación. Empleen la educación que puedan adquirir en un período razonable de tiempo para llevar adelante la obra de Dios. Nuestro Salvador está en el Santuario intercediendo por nosotros. Es nuestro Sumo Sacerdote intercesor, quien hace sacrificio expiatorio por nosotros, el que alega a favor nuestro la eficacia de su sangre. Los padres debieran ser representantes de este Salvador ante sus hijos para establecer en su mente el plan de salvación, de cómo, por causa de la transgresión de la ley de Dios, Cristo llevó nuestros pecados. Debiera mantenerse constantemente en vista de los niños y jóvenes que el Hijo unigénito de Dios dio su vida por causa de la transgresión del hombre, para satisfacer la justicia y vindicar el honor de la ley de Dios. También debería mantenerse a su vista la finalidad de ese sacrificio, pues fue para elevar al ser humano degradado por el pecado que se hizo ese gran sacrificio. Cristo sufrió para que por medio de la fe en él nuestros pecados pudieran ser perdonados. Se volvió sustituto y garante del ser humano, asumiendo él mismo el castigo, que no merecía en absoluto, para que nosotros los que lo merecíamos pudiéramos quedar libres y volver a nuestra lealtad a Dios mediante los méritos de un salvador crucificado y resucitado. Él es nuestra única esperanza de salvación. A través de su sacrificio los que estamos ahora en el tiempo de gracia somos prisioneros de esperanza. Hemos de revelar al universo, al mundo caído y a los mundos no caídos que hay perdón junto a Dios, para que por medio del amor de Dios podamos ser reconciliados con Dios. El ser humano se arrepiente, se vuelve contrito de corazón, cree en Cristo como su sacrificio expiatorio y se hace consciente de que Dios se ha reconciliado con él.

Debiéramos atesorar gratitud en nuestro corazón, todos los días de nuestra vida, porque el Señor dejó registradas estas palabras: “Así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo: ‘Yo habito en la altura y la santidad, pero habito también con el quebrantado y humilde de espíritu, para reavivar el espíritu de los humildes y para vivificar el corazón de los quebrantados’ ” [Isa. 57:15]. La reconciliación de Dios con el ser humano, y del ser humano con Dios, es segura cuando se cumplen ciertas

condiciones. Dice el Señor: “Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios”. Y de nuevo: “Cercano está Jehová a los quebrantados de corazón y salva a los contritos de espíritu”. “Porque Jehová es excelso, y atiende al humilde, pero al altivo mira de lejos” [Sal. 51:17; 34:18; 138:6]. “Jehová ha dicho: ‘El cielo es mi trono y la tierra el estrado de mis pies. ¿Dónde está la casa que me habréis de edificar? ¿Dónde el lugar de mi reposo? Mi mano hizo todas estas cosas, así todas ellas llegaron a ser’, dice Jehová. ‘Pero miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu y que tiembla a mi palabra’ ”. “El Espíritu de Jehová, el Señor, está sobre mí, porque me ha ungido Jehová. Me ha enviado a predicar buenas noticias a los pobres, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los prisioneros apertura de la cárcel; a proclamar el año de la buena voluntad de Jehová y el día de la venganza del Dios nuestro; a consolar a todos los que están de luto; a ordenar que a los afligidos de Sión se les dé esplendor en lugar de ceniza, aceite de gozo en lugar de luto, manto de alegría en lugar del espíritu angustiado. Serán llamados ‘Árboles de justicia’, ‘Plantío de Jehová’, para gloria suya” [Isa. 66:1, 2; 61:1-3]. Escribe el salmista: “Él sana a los quebrantados de corazón y venda sus heridas”. Aunque es el restaurador de la humanidad caída, no obstante “él cuenta el número de las estrellas; a todas ellas llama por sus nombres. Grande es el Señor nuestro y mucho su poder, y su entendimiento es infinito. Jehová exalta a los humildes y humilla a los impíos hasta la tierra. Cantad a Jehová con alabanza, cantad con arpa a nuestro Dios... ¡Alaba a Jehová, Jerusalén; Sión, alaba a tu Dios!” [Sal. 147:3-7, 12].

Cuán preciosas son las lecciones de este salmo. Bien podríamos dedicar estudio a los cuatro últimos salmos de David. También son muy preciosas las palabras del profeta: “¿Faltará la nieve de las rocas de las montañas del Líbano? ¿Faltarán las aguas frías que fluyen de lejanas tierras? ¡Pues mi pueblo me ha olvidado, quemando incienso a lo que es vanidad! Ha tropezado en sus caminos, en las sendas antiguas, para caminar por senderos y no por un camino bien dispuesto”. “Así ha dicho Jehová: ‘Maldito aquel

que confía en el hombre, que pone su confianza en la fuerza humana, mientras su corazón se aparta de Jehová! Será como la retama en el desierto, y no verá cuando llegue el bien, sino que morará en los sequedales en el desierto, en tierra despoblada y deshabitada. ¡Bendito el hombre que confía en Jehová, cuya confianza está puesta en Jehová!, porque será como el árbol plantado junto a las aguas, que junto a la corriente echará sus raíces. No temerá cuando llegue el calor, sino que su hoja estará verde. En el año de sequía no se inquietará ni dejará de dar fruto" [Jer. 18:14, 15; 17:5-8].–*Special Testimonies on Education*, 22 de abril de 1895.

46

Educación diligente y esmerada

No debiera tomarse ninguna medida para rebajar la norma de la educación en nuestro colegio de Battle Creek. Los estudiantes debieran exigir a sus facultades mentales; cada facultad debiera alcanzar el mayor desarrollo posible. Muchos estudiantes vinieron al colegio con hábitos intelectuales parcialmente formados que les son un estorbo. El más difícil de manejar es el hábito de realizar su trabajo como un asunto rutinario, en vez de llevar a sus estudios el esfuerzo decidido, meditado, de dominar las dificultades, y captar los principios que fundamentan cada materia que se esté considerando. Por medio de la gracia de Cristo está al alcance de ellos cambiar este hábito de rutina, y por su propio beneficio y futura utilidad dirigir correctamente las facultades mentales, entrenándolas para servir al más sabio Maestro, cuyo poder pueden requerir por fe. Esto les dará éxito en sus esfuerzos intelectuales, de acuerdo con las leyes de Dios. Todo estudiante debiera pensar que, bajo la bendición de Dios, debe conseguir una preparación especial, cultivarse a sí mismo; y debiera percibir que el Señor le requiere ser todo aquello que pueda lograr, para que también pueda enseñar a otros. La indolencia, la apatía y la irregularidad son horrores que deben temerse, y el atarse a la rutina también es de temer.

Espero que nadie haya quedado con la impresión, por las palabras que escribí [cap. 44], de que la norma del colegio debía rebajarse en algún sentido. En nuestro colegio la educación debiera ser la más diligente y esmerada, y, para conseguirla, la sabiduría que viene de Dios debe ser lo primero y más importante. La religión de Cristo nunca avalará ni la pereza física ni la mental.

Tenemos ante nosotros el ejemplo de Daniel y sus compañeros, quienes aprovecharon al máximo sus oportunidades para adquirir educación en las cortes de Babilonia. Cuando fueron probados por

quienes cuestionaban tanto su fe como su conocimiento, fueron capaces de dar razón de la esperanza que estaba en ellos, y al mismo tiempo salir airosos en el examen en cuanto a conocimientos en toda erudición y sabiduría; y se encontró que Daniel tenía entendimiento también en todas las visiones y sueños, lo que demostraba que tenía una conexión viviente con el Dios de toda sabiduría. “En todo asunto de sabiduría e inteligencia que el rey les consultó, los halló diez veces mejores que todos los magos y astrólogos que había en todo su reino” [Dan. 1:20]. La historia de Daniel ha sido escrita para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos. “La comunión íntima de Jehová es con los que lo temen” [1 Cor. 10:11; Sal. 25:14]. Daniel estaba en estrecha comunión con Dios. Cuando salió el edicto del rey enojado y furioso, mandando destruir a todos los sabios de Babilonia, se buscó a Daniel y sus compañeros para matarlos. Entonces Daniel habló, no con amargo resentimiento sino “sabia y prudentemente” [Dan. 2:14], al capitán de la guardia que había salido para dar muerte a los sabios de Babilonia. Daniel preguntó: “¿Cuál es la causa de que este edicto se publique de parte del rey tan apresuradamente?” [Dan. 2:15]. Se presentó sin demora ante el rey con la solicitud de que se le diera tiempo, y su fe en el Dios a quien servía lo impulsó a decir que él mostraría al rey la interpretación. “Luego se fue Daniel a su casa e hizo saber a Ananías, Misael y Azarías, sus compañeros, lo que sucedía para que pidiesen misericordias del Dios del cielo sobre este misterio, a fin de que Daniel y sus compañeros no perecieran con los otros sabios de Babilonia. El secreto fue revelado a Daniel en visión de noche, por lo cual bendijo Daniel al Dios del cielo” (Dan. 2:17-19; leer además los vs. 20-28). En ese punto se dio a conocer a Daniel la interpretación.

La diligente aplicación de esos estudiantes hebreos bajo la instrucción de Dios tuvo rica recompensa. Mientras hacían esfuerzos diligentes para conseguir conocimientos, el Señor les dio sabiduría celestial. El conocimiento que consiguieron fue de gran utilidad cuando estuvieron en serias dificultades. El Señor, Dios del Cielo, no suplirá las deficiencias que surjan de la indolencia mental y espiritual. Cuando los agentes humanos ejerciten sus facultades

para adquirir conocimiento, para ser hombres de pensamientos profundos; cuando hayan triunfado, como los mayores testigos en favor de Dios y la verdad, en el campo de la investigación de doctrinas vitales con respecto a la salvación del alma, para que pueda darse gloria al Dios del Cielo como supremo; entonces aun los jueces y reyes tendrán que reconocer, en las cortes de justicia, en parlamentos y concilios, que el Dios que hizo los cielos y la Tierra es el único Dios verdadero y viviente, el autor del cristianismo, el autor de toda verdad, quien instituyó el reposo en el séptimo día, el sábado, cuando se echaron los fundamentos de la Tierra, cuando alababan las estrellas del alba y se regocijaban todos los hijos de Dios [Job 38:7]. Toda la naturaleza prestará testimonio, según su propósito, para ilustración de la Palabra de Dios.

Lo natural y lo espiritual deben combinarse en los estudios en nuestras escuelas. Las actividades agrícolas ilustran las lecciones bíblicas. Las leyes que obedece la tierra revelan el hecho de que está bajo el poder supremo de un Dios infinito. Los mismos principios atraviesan el mundo espiritual y el natural. Divorcien a Dios y su sabiduría de la adquisición de conocimiento, y tendrán una educación coja, unilateral, muerta a todas las cualidades salvíficas que dan poder al hombre, de modo que será incapaz de adquirir inmortalidad por medio de la fe en Cristo. El autor de la naturaleza es el autor de la Biblia. Creación y cristianismo tienen el mismo Dios. Todos los que emprenden la adquisición de conocimientos debieran apuntar a la etapa más alta del progreso. Avancen tan rápido y tan lejos como puedan; sea su campo de estudio tan amplio como sus facultades puedan abarcar, haciendo de Dios su sabiduría, aferrándose a él, infinito en conocimientos, quien puede revelar los secretos escondidos por los siglos, que puede resolver los problemas más difíciles para las mentes que creen en el único que tiene inmortalidad, quien habita en luz inaccesible [1 Tim. 6:16]. El testigo viviente en favor de Cristo, que prosigue en conocer a Jehová, sabrá que su salida está dispuesta como el alba [Ose. 6:3]. “Todo lo que el hombre siembre, eso también segará” [Gál. 6:7]. Por medio de la honestidad y diligencia, con un cuidado adecuado del cuerpo, mientras se aplica toda facultad de la mente a la adquisición

de conocimiento y sabiduría en las cosas espirituales, toda alma puede ser completa en Cristo, quien es el modelo perfecto de un hombre completo.

El que elige un proceder de desobediencia a la ley de Dios está decidiendo su destino futuro; está sembrando para la carne, ganándose la paga del pecado, incluso la destrucción eterna, lo opuesto de la vida eterna. La sumisión a Dios y obediencia a su santa ley producen el resultado seguro. “Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” [Juan 17:3]. Este es un conocimiento de tal valor que ningún lenguaje puede describirlo; es de la mayor valía en este mundo, y de tan largo alcance como la eternidad. “Así ha dicho Jehová... alábese en esto el que haya de alabarse: en entenderme y conocerme, que yo soy Jehová, que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra, porque estas cosas me agradan, dice Jehová” [Jer. 9:23, 24].

Si apuntamos a una norma baja, sólo alcanzaremos una norma baja. Recomendamos a todo estudiante el Libro de los libros como el mayor estudio para la inteligencia humana, como la educación esencial para esta vida y la vida eterna. Pero yo no contemplaba un descenso de la norma educativa en el estudio de las ciencias. La luz que me ha sido dada sobre estos temas es clara, y en ningún caso debe pasársela por alto. Pero si la Palabra de Dios que da luz, y da entendimiento al sencillo, hubiera sido bienvenida en la mente y el templo del alma como consejera, guía e instructora, viviendo el agente humano de toda palabra que sale de la boca de Dios, no habría hecho falta reprensión por causa de los deslices de los estudiantes después de que la bendición de Dios les llegara, en ricos rayos de luz divina, para brillar como santo fuego del Cielo sobre el altar de su corazón. Muchos permitieron que las diversiones tuvieran la supremacía. Ese no fue el camino que siguió Daniel al obtener la educación que reveló, por medio de él, la supremacía de la sabiduría celestial por encima de toda sabiduría y conocimiento de los más altos colegios en las cortes de la orgullosa Babilonia. Dios abre el entendimiento de los hombres de manera señalada si

se llevan sus palabras a la vida práctica del estudiante, y se reconoce a la Biblia como el libro precioso y maravilloso que es. Nada debe interponerse entre este libro y el estudiante como algo más esencial, porque es esta sabiduría la que, al ser llevada a la vida práctica, hace al hombre sabio a través del tiempo y la eternidad. Dios se revela en la naturaleza; Dios se revela en su Palabra. La Biblia es la más maravillosa de todas las historias, porque es el producto de Dios, no de la mente finita. Nos hace retroceder a lo largo de los siglos hasta el principio de todas las cosas, presentando la historia de épocas y escenarios que de otros modos nunca habría sido conocida. Revela la gloria de Dios en la operación de su providencia para salvar a un mundo caído. Presenta en el lenguaje más sencillo el extraordinario poder del evangelio, el cual, al ser recibido, romperá las cadenas que atan a los hombres al carro de Satanás.

La luz brilla desde las páginas santas con rayos claros, gloriosos, mostrándonos a Dios, el Dios viviente, tal como lo representan las leyes de su gobierno, la creación del mundo, los cielos que ha aderezado. Su poder debe ser reconocido como el único medio de redimir a un mundo de las supersticiones degradantes que tanto deshonran a Dios y al hombre. Todo estudiante de la Biblia que no sólo se familiarice con la verdad revelada mediante la educación del intelecto, sino también mediante su poder transformador en el corazón y el carácter, será un representante del carácter de Dios ante nuestro mundo mediante una vida bien ordenada y una conversación piadosa. La exposición de la Palabra alumbra [Sal. 119:130]. La mente se expande, eleva y purifica. Pero muchos han seguido un curso de acción inconsecuente con el conocimiento de la verdad y la luz maravillosa [que llegó] mediante el descenso del Espíritu Santo de manera tan señalada sobre los corazones en Battle Creek. Grandes pecados y pérdidas fueron el resultado de descuidar caminar en la luz del Cielo. Al sumergirse en las diversiones, competencias deportivas, sesiones pugilísticas, declararon al mundo que Cristo no era su líder en ninguna de estas cosas. Todo esto provocó la amonestación de parte de Dios. Ahora lo que me preocupa es el peligro de ir a los extremos por el lado

contrario. No tiene por qué ser así; si se hace de la Biblia la guía, la consejera, está calculada para tener influencia sobre la mente y el corazón de los inconversos. Su estudio, más que ningún otro, dejará una impresión divina. Expandirá la mente del estudiante sincero, lo dotará de nuevos impulsos y fresco vigor. Dará mayor eficiencia a las facultades al ponerlas en contacto con verdades grandiosas y de gran alcance. Siempre está obrando, atrayendo; es un instrumento efectivo para la conversión del alma. Si la mente humana se empequeñece y se debilita, y si se hace ineficiente, es porque se la pone a tratar sólo asuntos triviales.

Dios puede hacer, y hará, una gran obra para todo ser humano que abra su corazón a la Palabra de Dios, y la deje penetrar en el templo del alma y expulsar todo ídolo. Cuando se los convoca al esfuerzo, la mente y el corazón reciben maravillosas perspectivas de la voluntad revelada de Dios. El alma que está convertido será fortalecido para resistir el mal. En el estudio de la Biblia el alma convertida come la carne y bebe la sangre del Hijo de Dios, cosa que él mismo interpreta como recibir sus palabras, que son espíritu y son vida, y ponerlas por obra. El Verbo se hizo carne, y habita entre nosotros, en quienes reciben los santos preceptos de la Palabra de Dios. El Salvador del mundo ha dejado un ejemplo santo y puro para todos los hombres. La Palabra ilumina, eleva y trae inmortalidad a todo el que obedece los requerimientos divinos. Este fue mi motivo al escribirles como lo hice. No permita Dios que por falta de discernimiento se cometan errores al entender mal mis palabras dirigidas a ustedes. Ningún otro sentimiento que el de placer tendría yo al saber que los estudiantes pueden salir del estudio de las palabras de vida con mentes expandidas, elevadas y ennoblecidas, y con sus facultades que habían estado adormecidas ahora despertadas para emprender el estudio de las ciencias con una apreciación más penetrante; ellos pueden llegar a ser tan entendidos como Daniel, con la finalidad de desarrollar y emplear toda facultad para glorificar a Dios. Pero compete a todo estudiante aprender de Dios, quien da sabiduría, cómo aprender de la mejor manera posible, porque todos son candidatos a la inmortalidad.

El Señor Dios vino a nuestro mundo revestido con las vestimentas de humanidad, para poder resolver en su propia vida la misteriosa controversia entre Cristo y Satanás. Derrotó a los poderes de las tinieblas. Toda esta historia está diciéndole al ser humano: “Yo, tu sustituto y garante, he tomado tu naturaleza sobre mí, con lo que se muestra que todo hijo e hija de Adán tiene el privilegio de hacerse participante de la naturaleza divina, y por medio de Jesucristo apropiarse de la inmortalidad”. Los que son candidatos a esta gran bendición debieran actuar en todo de una manera tal que represente las ventajas de su asociación con el Señor por medio de su verdad revelada y mediante la santificación de su Espíritu Santo. Esto ampliará la mente del agente humano, la fijará en las cosas sagradas, la dispondrá para recibir la verdad y para comprender la verdad, lo cual llevará a la realización de la verdad mediante la santificación de corazón, alma y carácter.

Quienes tengan esta experiencia no condescenderán a involucrarse en las diversiones que han sido tan absorbentes y tan insidiosas en su influencia, con lo cual se revela que el alma no ha estado comiendo o bebiendo las palabras de vida eterna. El apartarse de la sencillez y la verdadera piedad por parte de los estudiantes ha estado influyendo para debilitar el carácter y disminuir el vigor mental. Se retrasó su progreso en las ciencias, mientras que si hubieran sido como Daniel, oyentes y hacedores de la Palabra de Dios, habrían progresado como lo hizo él en todas las ramas del aprendizaje que emprendieran. Al ser de mente pura, habrían llegado a ser de mente fuerte. Toda facultad intelectual se habría aguzado. Recíbase la Biblia como el único alimento del alma, ya que es el mejor y más efectivo para la purificación y el fortalecimiento del intelecto.–*Special Testimonies on Education*, 22 de abril de 1895.

LECTURA ADICIONAL

- *Youth’s Instructor*, 30 de mayo de 1895, “Avoid Trifling Speech” [Evitar las conversaciones triviales].

47

Libros y autores en nuestras escuelas y colegios

Tengo algunos asuntos que deseo presentarles con respecto a la educación. Los docentes en nuestras escuelas [y colegios] tienen gran respeto por autores y libros que se usan en la mayoría de nuestras instituciones educativas. Todo el Cielo estuvo mirando dichos centros del saber y les pregunta: ¿Qué tiene que ver la paja con el trigo? [*cf.* Jer. 23:28]. El Señor nos dio las instrucciones más preciosas en su Palabra, enseñándonos qué carácter debemos formar en esta vida para prepararnos para la futura vida inmortal. Ha sido costumbre exaltar a autores y libros que no ofrecen el fundamento apropiado para la verdadera educación. ¿De qué fuente obtuvieron esos autores su sabiduría, gran parte de la cual no merece nuestro respeto, aun si los autores son considerados sabios? ¿Tomaron sus lecciones del mayor Maestro que el mundo conociera? Si no, están definidamente en falta. A los que están preparándose para las mansiones celestiales debe recomendárseles hacer de la Biblia su principal libro de estudio.

Esos autores populares no indican a los estudiantes el camino que conduce a la vida eterna. “Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Juan 17:3). Se recomienda y exalta a los autores de los libros usuales en nuestras escuelas como hombres eruditos; [pero] a menos que ellos mismos hayan sido educados en la escuela de Cristo, y mediante un conocimiento práctico presten testimonio a favor de la Palabra de Dios como el estudio más esencial para niños y jóvenes, su educación es en todos los aspectos deficiente. “El temor de Jehová es el principio de la sabiduría” [Prov. 9:10]. Se debieran haber preparado libros para colocar en las manos de los estudiantes que los educarán para tener un amor sincero y reverente por la verdad y una integridad firme. Siempre debiera mantenerse a la vista de los estudiantes la clase de estudios que

son definidamente esenciales en la formación del carácter con el fin de darles una preparación para la vida futura. Debiera exaltarse a Cristo como el primer gran maestro, el unigénito Hijo de Dios, quien estuvo con el Padre desde las edades de la eternidad. El Hijo de Dios fue el gran maestro enviado al mundo como la luz del mundo. “Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” [Juan 1:14]. El Padre estuvo representado en Cristo, y el enfoque de la educación debe ser de tal carácter que los estudiantes lo miren y crean en él como la imagen de Dios. Tuvo una misión a este mundo supremamente maravillosa, y su obra no era precisamente la de dar un informe completo de sus derechos personales a ser reconocido como deidad, sino que su humillación ocultó sus derechos. Por esto es que la nación judía no reconoció a Cristo como el Autor de la vida [Hech. 3:15]; porque él no vino con ostentación y apariencia externa, pues ocultó bajo el ropaje de la humanidad su carácter glorioso.

La familia humana debía considerarlo a la luz de las Santas Escrituras, las cuales testificarían sobre el modo de su venida. Si hubiera venido exhibiendo la gloria que tenía con el Padre, entonces su sendero hacia la cruz hubiera sido obstaculizado por los propósitos de los hombres, quienes lo hubieran tomado a la fuerza para hacerlo rey. Él debía cerrar su vida haciendo una oblación solemne de sí mismo. El tipo debía alcanzar al antitipo en Jesucristo. Su vida entera fue un prefacio a su muerte en la cruz. Su carácter fue una vida de obediencia a todos los mandamientos de Dios, [un carácter] que habría de ser un ejemplo para todos los hombres sobre la Tierra. Su vida fue vivir la ley en la humanidad. Esa ley que Adán transgredió. Pero Cristo, por su perfecta obediencia a la ley, redimió el calamitoso fracaso y caída de Adán.

Deben estudiarse las profecías, y comparar la vida de Cristo con los escritos de los profetas. Él se identifica personalmente con las profecías, declarando una y otra vez: “De mí escribieron ellos”, “Ellos dan testimonio de mí”. La Biblia es el único libro que da una descripción positiva de Jesucristo, y si todos los seres humanos la estudiaran como su libro de texto y la obedecieran, ningún alma se perdería.

Todos los rayos de luz que irradian desde las Escrituras apuntan a Jesucristo, y testifican de él, conectando entre sí las escrituras del Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento. Se presenta a Cristo como el autor y consumador de su fe, en sí mismo el único en quien se centran sus esperanzas de vida eterna. “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna” [Juan 3:16].

¿Qué libro podría comenzar a compararse con la Biblia? Es esencial que todo niño, todo joven y todos los de edad madura la entiendan, porque es la Palabra de Dios, la Palabra para guiar a toda la familia humana al Cielo. En vista de esto, ¿por qué razón la Palabra de Dios no contendría los principales elementos que constituyen la educación? Se ponen en manos de niños y jóvenes en nuestras escuelas [y colegios] autores no inspirados como libros de texto, libros con los cuales han de ser educados. Se los mantiene a la vista de la juventud, empleando su precioso tiempo en estudiar cosas que nunca podrán usar. Se han introducido muchos libros en las escuelas [y colegios] que nunca debieron haber sido colocados allí. Esos libros no dan, en ningún sentido, voz a las palabras de Juan: “¡Este es al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!” [Juan 1:29]. La entera orientación del estudio en nuestras escuelas [y colegios] debiera ser la de preparar a un pueblo para la futura vida inmortal.

Jesucristo es el conocimiento del Padre, y Cristo es nuestro gran Maestro venido de Dios. Cristo ha declarado en el capítulo 6 de Juan que él es el Pan venido del Cielo. “De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí tiene vida eterna. Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y aun así murieron. Este es el pan que desciende del cielo para que no muera quien coma de él. Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguien come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo”. Los discípulos no comprendieron sus palabras. Dice Cristo: “El espíritu es el que da vida; la carne para

nada aprovecha. Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida" [Juan 6:47-51, 63].

Es de inmensa importancia, a la luz de las lecciones de Cristo, que todo ser humano estudie las Escrituras para convencerse respecto de en quién se centran sus esperanzas de vida eterna. Siempre debiera hacerse de la Biblia el magnífico gran libro de estudio, el cual descendió del Cielo para nosotros y es la Palabra de vida. ¿Acaso debiera ponerse en un rincón el libro que nos dice qué debemos hacer para ser salvos, y [en su lugar] exaltarse las producciones humanas como la gran sabiduría en la educación? El gran conocimiento que niños y jóvenes necesitan obtener para ser útiles en esta vida, y para que lo puedan llevar consigo a la vida futura, se encuentra en la Palabra de Dios. Pero no se lo estimula ni se les presenta como el conocimiento más esencial, y como el que les dará la información más correcta sobre el Dios verdadero, y de Jesucristo, a quien él enviara. Hay muchos dioses y muchas doctrinas. Hay máximas y mandatos presentados a la juventud como mandamientos de Dios. Es imposible que entiendan cuál es la verdad, qué es lo santo y qué es lo profano, si no es al entender las Escrituras tanto de Antiguo Testamento como del Nuevo Testamento.

La Palabra de Dios debe permanecer como el libro educativo supremo en nuestro mundo, y se lo debe tratar con temor reverencial. Es nuestro libro guía; de él recibimos la verdad. Necesitamos presentar la Biblia como el gran libro de texto para colocar en manos de nuestros niños y jóvenes, para que puedan conocer a Cristo, a quien conocerlo como corresponde es la vida eterna. Es el libro que ha de ser estudiado por los adultos y los ancianos. La Palabra contiene promesas, advertencias, consolaciones y aseveraciones del amor de Dios para todos los que acepten a Jesús como su Salvador. Por tanto, coloquen la Santa Palabra en sus manos. Anímenlos a escudriñar la Palabra, pues al hacerlo encontrarán tesoros escondidos de inestimable valor para ellos en esta vida actual, y al recibir a Cristo como el pan de vida tendrán la promesa de vida eterna.

El libro de texto, la Biblia, contiene la instrucción del carácter que deben tener, la excelencia moral del carácter que deben cultivar, los cuales requieren Dios y el Cielo. “Bienaventurados los de limpio corazón, porque verán a Dios”. “Seguid la paz con todos y la santidad, sin la cual ninguno verá al Señor” [Mat. 5:8; Heb. 12:14]. “Amados, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro. Todo aquel que comete pecado infringe también la ley, pues el pecado es infracción de la ley. Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él” [1 Juan 3:2-5].

Este conocimiento sumamente importante debe mantenerse frente a los niños y los jóvenes, no de modo arbitrario o dictatorial, sino como revelaciones divinas, las cuales son del mayor valor para asegurar al presente su paz, quietud y reposo mental, en este mundo de tumulto y contienda, y como una preparación para la futura vida eterna en el reino de Dios, donde verán a Dios, y conocerán a Dios y a Jesucristo, quien dio su preciosa vida para redimirlos.

Cristo vino en la forma de la humanidad para vivir la ley de Dios. Era el Verbo de vida. Vino para ser el evangelio de salvación del mundo, y para cumplir toda especificación de la ley. Jesús es el Verbo [o Palabra], el libro guía, que debe ser aceptado y cumplido en cada detalle. Cuán necesario es que esta mina de verdad sea explorada, y que los preciosos tesoros de la verdad sean descubiertos y apropiados como ricas joyas. La encarnación de Cristo, su divinidad, su expiación, su maravillosa vida en el Cielo como nuestro Abogado, el oficio del Espíritu Santo: todos estos temas vivientes, vitales, del cristianismo están revelados desde el Génesis hasta el Apocalipsis. Los áureos eslabones de la verdad forman una cadena de verdad evangélica, y el primero y más básico se encuentra en las grandes enseñanzas de Cristo Jesús. ¿Por que, entonces, no ennoblecer y exaltar las Escrituras en toda escuela en nuestro país? ¡Qué poco que se educa a los niños para estudiar la

Biblia como la Palabra de Dios, y nutrirse de sus verdades, las cuales son la carne y la sangre del Hijo de Dios! “Si no coméis la carne del Hijo del Hombre y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre [o sea, si no continúan recibiendo las palabras de Cristo y practicándolas] tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el día final, porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él” [Juan 6:53-56]. “El que guarda sus mandamientos permanece en Dios, y Dios en él. Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado” [1 Juan 3:24].

Es necesario que cada familia haga de la Biblia el libro de su estudio. Los dichos de Cristo son oro puro, sin una sola partícula de escoria, a menos que los hombres, con su entendimiento humano, hayan tratado de ponerla allí, y hacer aparecer la falsedad como parte de la verdad. A los que recibieron la falsa interpretación de la Palabra, cuando escudriñen las Escrituras con un esfuerzo decidido de obtener la médula misma de la verdad que contienen, el Espíritu Santo les abrirá los ojos de su entendimiento, y las verdades de la Palabra serán para ellos una nueva revelación. Su corazón será vivificado con una fe nueva y viviente, y contemplarán las maravillas de la ley de Dios. Las enseñanzas de Cristo tienen una anchura y profundidad que muchos jamás habían entendido antes.

Las doctrinas de la gracia y la verdad no son entendidas realmente por la mayoría de nuestros estudiantes y miembros de iglesia. Ceguera mental le ha acaecido a Israel. Que los agentes humanos malinterpreten e impongan una interpretación forzada, verdadera a medias, y mística a los oráculos de Dios es un acto que pone en peligro su propia alma y el alma de otros. “Yo advierto a todo aquel que oye las palabras de la profecía de este libro: Si alguno añade a estas cosas, Dios traerá sobre él las plagas que están escritas en este libro. Y si alguno quite de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida y de la santa ciudad y de todas las cosas que están escritas en este libro” (Apoc. 22:18, 19). Los que con su interpretación humana hacen que las

Escrituras enuncien lo que Cristo nunca puso en ella, debilitan su fuerza, hacen que la voz de Dios al instruir y advertir testifique en falso –para evitar la inconveniencia en que se incurre por obedecer los requerimientos de Dios–, [contenidos] que se transforman en señales de camino que apuntan en la dirección incorrecta, hacia sendas falsas, las cuales llevan a la transgresión y la muerte.

El testimonio que da el Alfa y Omega con respecto al castigo por hacer de siquiera una palabra hablada por la boca de Dios algo no esencial, es el temible anuncio de que recibirán las plagas que están escritas en el libro; sus nombres serán quitados del libro de la vida y de la santa ciudad.

¿Cuántos pueden responder acertadamente esta pregunta: Cuál es la educación esencial para este tiempo? La educación significa mucho más que lo que muchos suponen. La verdadera educación abarca el entrenamiento físico, mental y moral, para que todas las facultades se adecuen para el mejor desarrollo, para servir a Dios y para la obra de elevar a la humanidad. El buscar el reconocimiento propio, la glorificación propia, dejará al agente humano despojado del Espíritu de Dios, carente de la gracia que lo hará un obrero útil y eficiente para Cristo. Los que desean sólo glorificar a Dios no se esforzarán por hacer notar sus supuestos méritos, ni buscarán reconocimiento, ni el puesto más elevado. Quienes oyen el llamado del Redentor del mundo y responden podrán ser reconocidos como gente diferente, abnegada y santa.

Si los estudiantes en nuestras escuelas escucharan con el propósito de oír y obedecer la siguiente invitación –“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas, porque mi yugo es fácil y ligera mi carga” [Mat. 11:28-30]–, serán epístolas vivientes, conocidas y leídas por todos los hombres [*cf.* 2 Cor. 3:2]. “De cierto os digo que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Así que cualquiera que se humille como este niño, ese es el mayor en el reino de los cielos”

[Mat. 18:3, 4]. Los jóvenes necesitan educadores que mantengan la Palabra de Dios siempre ante su vista como principios vivientes. Si están dispuestos a mantener siempre los preceptos de la Biblia como su libro de texto, tendrán mayor influencia sobre los jóvenes; porque los docentes también estarán aprendiendo, teniendo un contacto viviente con Dios. Todo el tiempo estarán inculcando ideas y principios que llevarán a un mayor conocimiento de Dios, a una fe sincera y creciente a su favor en la sangre de Jesús, y al poder y la eficiencia de la gracia de nuestro Señor Jesucristo para guardarlos sin caída, por cuanto estarán constantemente buscando los baluartes de una experiencia cristiana sana y bien equilibrada, llevando con ellos las calificaciones para una futura utilidad, e inteligencia y religiosidad. Los docentes verán y sentirán que deben trabajar pero no para empequeñecer y contaminar la mente, de aquellos con quienes se relacionan, con un servicio religioso a medias, enfermizo. Hace falta separar de nuestras instituciones educativas una bibliografía errónea, contaminada, para que no reciban ideas como semillas de pecado. Que nadie suponga que la educación significa el estudio de libros, el cual conducirá a recibir ideas de autores que sembrarán la semilla que brotará para llevar fruto que será atado en gavillas junto con el mundo, apartándolos de la Fuente de toda sabiduría, toda eficiencia y todo poder, dejándolos como juguete del poder archiengañador de Satanás. Una educación pura para la juventud en nuestras escuelas [y colegios], que no esté diluida con filosofía pagana, es un definida necesidad en las líneas académicas.

El bienestar, la felicidad, de la vida religiosa en las familias con las cuales ellos se relacionan, y la prosperidad y piedad de la iglesia de la cual son miembros, dependen en gran medida de la educación religiosa que la juventud hayan recibido en nuestras escuelas [y colegios].–*Special Testimonies on Education*, 12 de junio de 1895.

LECTURAS ADICIONALES

- *Youth's Instructor*, 27 de junio de 1895, "Let your Speech Be with Grace Always Seasoned with Salt" [Sea tu hablar con

gracia, siempre sazonada con sal].

- *Youth's Instructor*, 11 de julio de 1895, "Our Words" [Nuestras palabras].
- *Youth's Instructor*, 21 de noviembre de 1895, "The Child Life of Jesus" [La niñez de Jesús].

48

El gran Libro de texto

El Sanatorio es un amplio campo misionero. Vuestros estudiantes de Medicina, al estudiar diligentemente la Palabra de Dios, están mucho mejor preparados para todos los demás estudios; porque siempre viene iluminación de un estudio serio de la Palabra. Que los misioneros médicos entiendan que cuanto más se familiaricen con Dios y con Jesucristo, a quien él envió, cuanto más familiarizados estén con la historia bíblica, tanto mejor calificados estarán para hacer su obra. Los estudiantes en el Colegio de Battle Creek necesitan aspirar a un conocimiento más elevado, y nada puede darles un conocimiento de todas las lecciones, y una memoria retentiva, como la investigación de las Escrituras. Haya genuina disciplina en el estudio. Debiera haber un anhelo muy humilde del alma, con oración, de conocer la verdad.

Debiera haber docentes muy fieles que se esfuercen por hacer entender a los estudiantes sus lecciones, no explicando ellos todo sino dejando que los estudiantes expliquen a fondo cada pasaje que leen. Respétese la mente inquisitiva de los estudiantes. Trátense sus preguntas con respeto. Un vistazo superficial es de poca ayuda. Se requiere investigación reflexiva y estudio serio, exigente, para comprender. Hay verdades en la Palabra que son como vetas de mineral precioso escondidas bajo la superficie. Al excavar por ellas, como el hombre excava en busca de oro y plata, se descubren los tesoros ocultos. Estén seguros de que la evidencia de la verdad está en la misma Escritura. Un pasaje es la llave para desbloquear otros pasajes. El Espíritu Santo de Dios despliega el rico sentido oculto, haciendo clara la Palabra a nuestro entendimiento. “La exposición de tus palabras alumbra; hace entender a los sencillos” [Sal. 119:130].

La Palabra es el gran libro de texto para los estudiantes de nuestras escuelas. La Biblia enseña toda la voluntad de Dios respecto de los hijos e hijas de Adán. La Biblia es la regla de vida, que nos enseña sobre el carácter que debemos formar para la futura vida inmortal. Nuestra fe, nuestra práctica, puede hacernos cartas vivientes, conocidas y leídas por todos los hombres. Los hombres no necesitan la débil luz de la tradición y las costumbres para hacer comprensibles las Escrituras. Tan sensato como suponer que el sol, al brillar en los cielos al mediodía, necesita los destellos de antorchas de la Tierra para aumentar su gloria. No se necesitan las fábulas o declaraciones de sacerdotes u otros ministros para resguardar a los estudiantes del error. Consulten los Oráculos divinos y tendrán luz. En la Biblia todo deber está aclarado, toda lección es comprensible, capaz de dotar a los hombres con una preparación para la vida eterna. El don de Cristo y la iluminación del Espíritu Santo nos revelan al Padre y al Hijo. La Palabra se adapta exactamente para hacer a hombres a mujeres jóvenes sabios para la salvación. En la Palabra está revelada en forma clara la ciencia de la salvación. “Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. “Escudriñen las Escrituras”, porque en ellas está el consejo de Dios, la voz de Dios que habla al alma [2 Tim. 3:16, 17; Juan 5:39].–*Special Testimonies on Education*, 1° de diciembre de 1895.

49

Educación superior

La frase “educación superior” ha de considerarse bajo una luz diferente de aquella contemplada por los estudiantes de ciencias. La oración de Cristo a su Padre está llena de verdad eterna. “Estas cosas habló Jesús, y levantando los ojos al cielo, dijo: ‘Padre, la hora ha llegado: glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti, pues le has dado potestad sobre toda carne para que dé vida eterna a todos los que le diste. Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado”. “Porque aquel a quien Dios envió, las palabras de Dios habla, pues Dios no da el Espíritu por medida. El Padre ama al Hijo y ha entregado todas las cosas en su mano. El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que se niega a creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él” [Juan 17:1-3; 3:34-36]. El poder y el alma de la verdadera educación es un conocimiento de Dios, y de Jesucristo, a quien él ha enviado. “El temor de Jehová es el principio de la sabiduría” [Job 9:10].

De Jesús está escrito: “El niño crecía y se fortalecía, se llenaba de sabiduría y la gracia de Dios era sobre él... Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia para con Dios y los hombres” [Luc. 2:40, 52]. Un conocimiento de Dios constituirá la clase de conocimiento que será tan duradero como la eternidad. Aprender y practicar las obras de Cristo es obtener una verdadera educación. Aunque el Espíritu Santo actuaba en la mente de Cristo, de modo que pudo decir a sus padres: “¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?” [Luc. 2:49], sin embargo trabajaba en el oficio de carpintero como un hijo obediente. Revelaba que tenía un conocimiento de su obra como Hijo de Dios, y sin embargo no exaltaba su carácter divino. No puso como razón, por la cual no llevar la carga de los asuntos terrenos, el ser de origen divino, sino que estuvo sujeto a sus padres. Era el

Señor de los mandamientos, y sin embargo era obediente a todos sus requerimientos, dejando así un ejemplo de obediencia para la niñez, la juventud y la adultez.

Si se pone la mente a realizar la tarea de estudiar la Biblia en busca de información, las facultades racionales se desarrollarán. Bajo el estudio de las Escrituras se expande la mente y se vuelve más equilibrada que si se la ocupa en obtener información general de los libros que se usan, los cuales no tienen conexión con la Biblia. Ningún conocimiento es tan firme, sólido y de largo alcance como el que se obtiene a partir de un estudio de la Palabra de Dios. Es el fundamento de todo verdadero conocimiento. La Biblia es como una fontana. Cuanto más se la mira, más profunda parece. Las grandes verdades de la historia sagrada poseen una maravillosa fuerza y belleza, y tienen un alcance tan largo como la eternidad. Ninguna ciencia está a la par de la ciencia que revela el carácter de Dios. Moisés estaba educado en toda la sabiduría de los egipcios, y sin embargo dijo: “Yo os he enseñado estatutos y decretos, como Jehová, mi Dios, me mandó, para que hagáis así en medio de la tierra en la cual vais a entrar para tomar posesión de ella. Guardadlos, pues, y ponedlos por obra, porque ellos son vuestra sabiduría y vuestra inteligencia ante los ojos de los pueblos, los cuales oirán todos estos estatutos, y dirán: ‘Ciertamente pueblo sabio y entendido, nación grande es esta’. Porque ¿qué nación grande hay que tenga dioses tan cercanos a ellos como lo está Jehová, nuestro Dios, en todo cuanto le pedimos? Y ¿qué nación grande hay que tenga estatutos y juicios justos como es toda esta ley que yo pongo hoy delante de vosotros? Por tanto, guárdate y guarda tu alma con diligencia, para que no te olvides de las cosas que tus ojos han visto ni se aparten de tu corazón todos los días de tu vida; antes bien, las enseñarás a tus hijos y a los hijos de tus hijos” [Deut. 4:5-9].

¿Dónde encontraremos leyes más nobles, puras y justas que las exhibidas en los libros de estatutos donde se registra la instrucción dada a Moisés para los hijos de Israel? Esas leyes debían perpetuarse a través de todos los tiempos, para que el carácter del

pueblo de Dios pudiera formarse de acuerdo con la semejanza divina. La ley es un muro de protección para quienes son obedientes a los preceptos de Dios. ¿De qué otra fuente podemos obtener tal fortaleza, o aprender una ciencia tan noble? ¿Qué otro libro enseñará a los seres humanos a amar, temer y obedecer a Dios como lo hace la Biblia? ¿Qué otro libro presenta a los estudiantes una ciencia más ennoblecedora, una historia más maravillosa? Describe con claridad la justicia [rectitud], y predice las consecuencias de ser desleales a la ley de Jehová. Nadie queda a oscuras en cuanto a lo que Dios aprueba o desaprueba. Al estudiar las Escrituras nos familiarizamos con Dios, y somos llevados a entender nuestra relación con Cristo, quien es el portador de los pecados, el garante, el sustituto de nuestra raza caída. Estas verdades conciernen a nuestros intereses del presente y la eternidad. La Biblia se alza por encima de todos los demás libros, y su estudio es más valioso que el de cualquier otra bibliografía para dar fortaleza y expansión a la mente. Pablo dice: “Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad”. “Pero persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús. Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” [2 Tim. 2:15; 3:14-17]. “Las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que, por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza” [Rom. 15:4].

La Palabra de Dios es el libro educativo más perfecto de nuestro mundo. Sin embargo, en nuestros colegios y escuelas se han presentado libros producidos por el intelecto humano para que nuestros estudiantes los estudien, y el Libro de los libros, que Dios dio a los seres humanos como guía infalible, fue relegado como asunto secundario. Se han usado las producciones humanas como las más esenciales, y se ha usado la Palabra de Dios simplemente

para condimentar otros estudios. Isaías describe con el más vívido lenguaje las escenas de gloria celestial que le fueron presentadas. A través de todo su libro retrata cosas gloriosas que serían reveladas a otros. Y Ezequiel escribe: “Vino palabra de Jehová al sacerdote Ezequiel hijo de Buzi, en la tierra de los caldeos, junto al río Quebar. Vino allí sobre él la mano de Jehová. Miré, y vi que venía del norte un viento huracanado y una gran nube, con un fuego envolvente, y alrededor de él un resplandor. En medio del fuego algo semejante al bronce refulgente, y en medio de todo vi la figura de cuatro seres vivientes. Esta era su apariencia: había en ellos un parecido a seres humanos. Cada uno tenía cuatro caras y cuatro alas. Sus piernas eran rectas, y la planta de sus pies como pezuñas de becerro que centelleaban a manera de bronce muy bruñido. Debajo de sus alas, a sus cuatro lados, tenían manos humanas. Sus caras y sus alas estaban por los cuatro lados. Con las alas se juntaban el uno al otro. No se volvían cuando andaban, sino que cada uno caminaba derecho hacia adelante. El aspecto de sus caras era como una cara de hombre y una cara de león al lado derecho de los cuatro, y una cara de buey a la izquierda en los cuatro. Además los cuatro tenían una cara de águila” [Eze. 1:3-10]. El libro de Ezequiel es profundamente instructivo.

La Biblia fue designada por Dios para ser el libro por medio del cual se disciplinara el entendimiento, se guiara y dirigiera el alma. Vivir en el mundo y sin embargo no ser del mundo es un problema que muchos profesos cristianos jamás han resuelto en la vida práctica. A una nación le vendrá amplitud de mente sólo cuando los hombres regresen a la lealtad a Dios. El mundo está inundado con libros sobre información general, y los humanos aplican su mente a investigar historias no inspiradas; pero descuidan el Libro más maravilloso, el cual puede darles las ideas más correctas y entendimiento amplio.–*Review and Herald*, 25 de febrero de 1896.

50

El Maestro divino

Quienes diariamente aprenden de Jesucristo están siendo equipados para asumir su puesto como colaboradores de Dios, y cualquiera sea su ocupación u oficio, pueden ejercer las facultades que Dios les otorgó a semejanza del carácter que tuvo Cristo mientras *tabernaculaba* en la carne. Los jóvenes llevarán consigo precisamente la influencia que recibieron viviendo en su casa y educándose en la escuela. Dios tiene a los docentes por responsables de su trabajo como educadores. Deben aprender a diario en la escuela de Cristo con el fin de elevar a los jóvenes que han tenido una educación laxa en su casa, quienes no formaron hábitos de estudio, quienes tienen poco conocimiento de la futura vida inmortal, por la cual el Dios del Cielo pagó el más alto precio al dar a su Hijo unigénito para que viviera una vida de humillación y muriera una muerte sumamente vergonzosa, “para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna” [Juan 3:16].

Dios nos ha dado un tiempo de gracia en el cual prepararnos para la escuela más elevada. Para esta escuela los jóvenes han de ser educados, disciplinados y entrenados mediante la formación de un carácter moral e intelectual de la clase que Dios aprueba. Deben recibir preparación, no en las costumbres y diversiones y juegos de esta sociedad mundana contaminada, sino en el estilo de Cristo, una preparación que los hará aptos para ser colaboradores con las inteligencias celestiales. Pero qué farsa es esa educación obtenida en los aspectos académicos, si se la debe arrancar del educando para que sea tenido por digno de entrar en esa vida que se mide con la vida de Dios, siendo él mismo salvo así como por fuego [1 Cor. 3:15].

En el pasado la educación consistía en recargar laboriosamente la mente de los estudiantes con material que no podía ser ni del más

mínimo valor para ellos, y que no se les reconocería en la escuela más elevada. Los maestros de la nación judía profesaban educar a la juventud para entender la pureza y excelencia de las leyes de ese reino que permanecerá por los siglos de los siglos, pero pervirtieron la verdad y la pureza. Aunque decían de sí mismos: “¡Templo de Jehová, templo de Jehová, templo de Jehová es este!” [Jer. 7:4], no obstante crucificaron al Originador de toda la economía [o dispensación] judía, al Ser hacia quien apuntaban todas las ordenanzas. No fueron capaces de discernir el misterio velado de la piedad; para ellos Cristo Jesús permaneció velado. La verdad, la vida, el corazón de todo su servicio [cultual] fue descartado. Mantenían, y siguen manteniendo, la mera cáscara, las sombras, las figuras que simbolizan lo real. Lo que era figura para el tiempo que había sido dispuesto, para que pudieran discernir lo real, se pervirtió tanto con sus propias invenciones, que sus ojos quedaron cegados. No se dieron cuenta de que el tipo había alcanzado al antitipo en la muerte de Jesucristo. Cuanto mayor fue su perversión de las figuras y los símbolos, tanto más se les confundió la mente, de modo que no pudieron ver el cumplimiento perfecto de la economía judía, instituida y establecida por Cristo, la cual apuntaba hacia él como su sustancia. Se multiplicaron comidas y bebidas y diversas ordenanzas hasta que la religión ceremonial constituyó su único culto.

En su enseñanza, Cristo buscó educar y entrenar a los judíos para que vieran el propósito de lo que había de ser abolido con la verdadera ofrenda de sí mismo, el sacrificio viviente. “Id, pues, y aprended lo que significa: ‘Misericordia quiero y no sacrificios’ ” [Mat. 9:13]. Presentó un carácter puro como algo de suprema importancia. Descartó toda la pompa, y exigió esa fe que obra por el amor y purifica el alma como la única calificación requerida para el reino de los cielos. Enseñó que la verdadera religión no consiste en formas o ceremonias, atractivos externos u ostentación exterior. Cristo hubiera tomado consigo estas cosas si hubieran sido esenciales en la formación de un carácter de acuerdo con la semejanza divina. Pero su ciudadanía, su autoridad divina, se cimentaba en sus propios méritos intrínsecos. Él, la Majestad del Cielo, anduvo sobre

la Tierra envuelto en la túnica de la humanidad. Todos sus atractivos y triunfos debían ser revelados en beneficio del ser humano, y debían testificar sobre su conexión viviente con Dios.

La predicción de Cristo con respecto a la destrucción del templo fue una lección sobre la purificación de la religión, al invalidar las formas y ceremonias. Se anunció como alguien mayor que el templo, y se presentó proclamando: “Yo soy el camino, la verdad y la vida” [Juan 14:6]. Era aquel en quien todo el culto ceremonial y típico del judaísmo habría de encontrar su cumplimiento. Se puso en lugar del templo; todos los oficios de la iglesia se centraron sólo en sí mismo.

En el pasado, la gente se había acercado a Cristo a través de formas y ceremonias, pero ahora estaba sobre la Tierra, llamando la atención directamente hacia sí mismo, presentando un sacerdocio espiritual, y colocando el agente humano pecaminoso al pie del trono de la misericordia. Él prometió: “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá”. “Si algo pedís en mi nombre, yo lo haré. Si me amáis, guardad mis mandamientos”. “El que tiene mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama... y yo lo amaré y me manifestaré a él”. “Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado: permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor” [Mat. 7:7; Juan 14:14, 15, 21; 15:9, 10].

Estas lecciones dio Cristo en su enseñanza, mostrando que el culto ritual estaba desapareciendo y no poseía virtud. Dijo: “La hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque también el Padre tales adoradores busca que lo adoren. Dios es Espíritu, y los que lo adoran, en espíritu y en verdad es necesario que lo adoren” [Juan 4:23, 24]. La verdadera circuncisión es la adoración de Cristo en espíritu y en verdad, no con formas y ceremonias, con simulación hipócrita.

La profunda necesidad que el hombre tiene de un maestro divino era conocida en el Cielo. Dios ejerció piedad y simpatía por el hombre, caído y atado al carro triunfal de Satanás; y venido el cumplimiento del tiempo, él envió a su Hijo. El Designado en los concilios del Cielo vino a la Tierra como un educador. Era nadie menos que el Creador del mundo, el Hijo del Dios infinito. La rica benevolencia de Dios lo dio a nuestro mundo; y para colmar las necesidades de la humanidad, él tomó en él la naturaleza humana. Para asombro de la hueste celestial, caminó sobre esta Tierra como el Verbo eterno. Enteramente preparado, dejó las cortes celestiales para venir a un mundo desfigurado y contaminado con el pecado. De modo misterioso se alió a la naturaleza humana. “El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” [Juan 1:14]. La sobreabundante bondad, benevolencia y amor de Dios fue una sorpresa para el mundo, de la gracia que podía ser realizada pero no descripta.

Que Cristo, durante su niñez, creciera en sabiduría y en gracia para con Dios y los hombres no fue motivo de asombro, porque concordaba con las leyes divinamente establecidas para desarrollar su talento y fortalecer sus facultades por medio del ejercicio. No buscó las escuelas de los profetas ni la erudición que se recibía de los maestros rabínicos; no necesitaba la educación impartida en estas escuelas, porque Dios era su profesor. Cuando estuvo en presencia de maestros y dirigentes, sus preguntas eran lecciones instructivas, y asombró a los grandes hombres con su sabiduría y profunda penetración. Su respuesta a las preguntas que le plantearon abrían campo al pensamiento sobre temas relativos a la misión del Cristo que nunca antes habían entrado en su mente.

Los tesoros de sabiduría y conocimiento científico que Cristo exhibió en la presencia de los sabios fueron objeto de sorpresa para sus padres y hermanos, porque sabían que nunca había recibido instrucción en ciencias humanas por parte de los grandes maestros. Sus hermanos se molestaron con las preguntas y respuestas de Cristo, porque notaban que él estaba instruyendo a los sabios maestros. No podían comprenderlo porque no sabían que tenía acceso al árbol de la vida, una fuente de conocimiento de la que

ellos nada sabían. Siempre poseía una dignidad e individualidad peculiares, diferente del orgullo o arrogancia terrenos; porque no procuraba grandezas.

Después que Cristo condescendiera a dejar su alto puesto de mando, descender de una altura infinita y asumir la humanidad, podría haber tomado cualquier condición de la humanidad que eligiera. Pero la grandeza y el rango nada significaban para él, y seleccionó la senda más baja y más humilde de la vida. Su lugar de nacimiento fue Belén, y por un lado su descendencia era pobre, pero Dios, el Propietario del mundo, era su Padre. No se trajo a su vida rastro alguno de lujo, comodidad, o gratificación egoísta; su vida fue una continua ronda de abnegación y autosacrificio. En armonía con su nacimiento humilde, no tuvo grandeza ni riquezas evidentes, para que el creyente más humilde no pudiera decir que Cristo nunca había conocido el agobio de la pobreza acuciante. De haber él poseído alguna apariencia de ostentación externa, de riquezas, de grandiosidad, la clase más pobre de la humanidad hubiera esquivado su compañía; por tanto eligió la condición humilde de la mayor parte de la gente. La verdad de origen celestial había de ser su tema: debía sembrar la verdad en la Tierra; y vino de una manera como para ser accesible a todos, para que sólo la verdad pudiera hacer impresión en los corazones humanos.

El contentamiento de Cristo en cualquier situación irritaba a sus hermanos. No se podían explicar la razón de su paz y serenidad; y ningún esfuerzo de persuasión por parte de ellos pudo llevarlo a entrar en planes o arreglos que dieran la impresión de ordinariez o culpabilidad. En cada una de esas ocasiones se apartó de ellos, expresando claramente que extraviarían a otros y que eran indignos de ser hijos de Abraham. Debía ser tal ejemplo que los niñitos, los miembros más jóvenes de la familia del Señor, no vieran nada en su vida o carácter que justificara una mala acción. “Eres demasiado exigente y peculiar”, le decían los miembros de su propia familia. “¿Por qué no ser como los demás niños?” Pero eso no era posible; porque Cristo debía ser una señal y maravilla, desde su misma juventud, en lo que respecta a la estricta obediencia e integridad.

Siempre amable, cortés, siempre tomando partido en defensa del oprimido, fuese judío o gentil, Cristo era querido por todos. Por medio de su vida y carácter perfectos dio respuesta al interrogante del salmo 15[:1]: “Jehová, ¿quién habitará en tu tabernáculo?, ¿quién morará en tu monte santo? El que anda en integridad y hace justicia, el que habla verdad en su corazón”. En su niñez y juventud su conducta fue tal que después, al ocuparse de su tarea como maestro, pudo decir a sus discípulos: “Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor” [Juan 15:10].

Cuando Cristo se hizo mayor de edad, la obra que había comenzado en su niñez prosiguió, y continuó aumentando en sabiduría y gracia para con Dios y los hombres. No tomó partido en favor de su familia sólo porque estuvieran vinculados con él por lazos naturales; no defendió la causa de ellos en ningún caso en el que habían sido culpables de injusticia o error; pero siempre defendió lo que sabía que era verdad.

Cristo se aplicó con diligencia al estudio de las Escrituras, pues sabía que están llenas de instrucciones preciosas para todos los que hacen de ellas su consejera. Era fiel en el desempeño de los deberes domésticos, y en lugar de desperdiciar en cama las tempranas horas de la mañana, a menudo las ocupaba retirándose a un lugar apartado, meditando, escudriñando las Escrituras y orando. Toda profecía respecto de su obra y mediación le era familiar, especialmente las que hacen referencia a su humillación, expiación e intercesión. En la niñez y juventud mantuvo siempre presente el propósito de su vida, un incentivo para emprender la obra de mediar en favor del hombre caído. Él vería simiente que prolongaría sus días, y la voluntad de Jehová sería prosperada en su mano [Isa. 53:10].

“Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos

por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios" [Heb. 12:1, 2]. Estos temas estudiaba Cristo en su juventud, y el universo del Cielo miraba con interés al Ser que por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio. Al ofrecerse para hacer intercesión por la transgresión de la raza humana Cristo ejerció el oficio de sacerdote. Como recompensa, vería el fruto de la aflicción de su alma y quedaría satisfecho. Su simiente prolongaría sus días en la Tierra para siempre [Isa. 53:11, 10]. "Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová, tu Dios, te da" [Éxo. 20:12]. Con su obediencia a su padre y a su madre, Cristo fue ejemplo para todos los niños y jóvenes; pero hoy los hijos no están siguiendo el ejemplo que él diera, y el resultado seguro será el acortamiento de sus días.

"Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuéramos santos y sin mancha delante de él. Por su amor, nos predestinó para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad" [Efe. 1:3-5]. Antes de que se pusieran los fundamentos de la Tierra se estableció el pacto por el cual todos los que fueran obedientes –todos los que, mediante la abundante gracia provista, llegaran a ser santos en carácter, y sin mancha delante de Dios al apropiarse de esa gracia– serían hijos de Dios. Este pacto, hecho desde la eternidad, fue dado a Abraham cientos de años antes que viniera Cristo. Con qué interés y con cuánta intensidad estudió el Cristo humanado a la raza humana para ver si aprovecharía la provisión ofrecida.

"Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado" [Juan 17:3]. Estas palabras son para abrir los ojos de todos los que quieran ver. El conocimiento de Dios es un conocimiento que no habrá necesidad de dejar atrás cuando termine nuestro tiempo de gracia, un conocimiento que es del más duradero beneficio para el mundo y

para nosotros individualmente. ¿Por qué, entonces, habríamos de poner la Palabra de Dios en segundo plano cuando es sabiduría para salvación? “Porque si la palabra dicha por medio de los ángeles fue firme y toda transgresión y desobediencia recibió justa retribución, ¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?” [Heb. 2:2, 3]. Estamos descuidando nuestra salvación si damos el lugar más conspicuo y el respeto más devoto a autores que tienen sólo una idea confusa sobre lo que significa la religión, y ponemos la Biblia en un lugar secundario. Los que han sido iluminados con respecto a la verdad para estos últimos días no encontrarán, en los libros que por lo general son estudiados hoy, instrucción respecto de las cosas que sobrevendrán a nuestro mundo; en cambio la Biblia está llena del conocimiento de Dios, y es competente para educar al estudiante para ser útil en esta vida y para la vida eterna.

Estudien con cuidado el capítulo 1 de Hebreos. Interésense en las Escrituras. Léanlas y estúdienlas con diligencia. Cristo dijo: “A vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna, y ellas son las que dan testimonio de mí”. Significa todo para nosotros el tener un conocimiento experimental e individual de Dios y Jesucristo, “a quien él envió”. “Porque esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” [Juan 5:39; 17:3].–*Special Testimonies on Education*, 23 de marzo de 1896.

51

Educación verdadera

“La exposición de tus palabras alumbra, hace entender a los sencillos” [Sal. 119:130]: a los que no son autosuficientes sino que están dispuestos a aprender. ¿Cuál fue la obra del mensajero que Dios dio a nuestro mundo? El Hijo unigénito de Dios revistió su divinidad con humanidad y vino a nuestro mundo como maestro, instructor, para revelar la verdad en contraste con el error. La verdad, la verdad que salva, nunca languideció en su lengua, nunca sufrió en sus manos, sino que la hizo resaltar en forma sencilla y claramente definida en medio de la oscuridad moral prevaleciente en nuestro mundo. Para esta obra dejó las cortes celestiales. Dijo de sí mismo: “Para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad” [Juan 18:37]. La verdad salía de sus labios con frescura y poder, como una nueva revelación. Él era el camino, la verdad y la vida. Su vida, la que dio por este mundo pecaminoso, estuvo llena de resultados definidos e importantes, pues su obra era salvar a las almas que perecen. Apareció para ser la Luz verdadera, alumbrando entre las tinieblas morales de la superstición y el error, y fue anunciada por una voz del Cielo que proclamó: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”. Y en la transfiguración se oyó otra vez una voz del Cielo: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd” [Mat. 3:17; 17:5].

“Moisés dijo a los padres: El Señor vuestro Dios os levantará profeta de entre vuestros hermanos, como a mí; a él oiréis en todas las cosas que os hable, y toda alma que no oiga a aquel profeta será desarraigada del pueblo” [Hech. 3:22, 23]. Cristo trajo a nuestro mundo un cierto conocimiento de Dios, y a todos los que recibieron y obedecieron su Palabra les dio potestad para llegar a ser los hijos de Dios. El que vino de Dios a nuestro mundo dio instrucciones sobre todos los temas que son esenciales que el hombre sepa con el fin de encontrar el camino hacia el cielo. Para él, la verdad fue

una realidad siempre presente, evidente por sí misma; él no expresó sugerencias, y avanzó sin sentimientos, ideas u opiniones, sino que presentó sólo la verdad sólida, salvadora.

Todo lo que no está comprendido en la verdad es suposición humana. Los profesos elevados y eruditos pueden ser necios a la vista de Dios, y en ese caso las declaraciones elevadas y eruditas de sus doctrinas, no importa cuánto puedan agradar y entretener nuestros sentidos, y aunque se hayan transmitido de siglo en siglo y se acariciaran en el regazo de la fe popular, son un espejismo y falsedad si no están entre las lecciones inspiradas de Cristo. Él es la fuente de toda sabiduría, pues él se colocó directamente al nivel del Dios eterno. En su humanidad la gloria de la iluminación celestial recayó directamente sobre él, y desde él al mundo, para que la reflejen todos los que lo reciban y crean en él, mezclada con la perfección de su carácter y el lustre de su propio carácter. Mientras Cristo se presentó en forma señalada en su personalidad humana, y exhortaba con un lenguaje llamativo pero sencillo a la humanidad, estaba en una unidad tan perfecta con Dios que su voz venía con autoridad, como la voz de Dios que sale del centro de la gloria.

En el registro que el Espíritu Santo encargó a Juan que presentara, dice de Cristo: “En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios. Este estaba en el principio con Dios. Todas las cosas por medio de él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho” [Juan 1:1-3]. Este es el más precioso despliegue de verdad definida, que centellea su luz y gloria divinas sobre todos los que lo reciben. Qué conocimiento más importante puede recibirse que el que se da en el Libro que enseña de la caída del hombre y de las consecuencias de ese pecado que abrió las compuertas del mal en nuestro mundo; que enseña también del primer advenimiento de Cristo, un bebé indefenso nacido en un establo y acunado en un pesebre. Debe escudriñarse la historia de Cristo, comparando escritura con escritura, para aprender la más importante de todas las lecciones. ¿Cuáles son las condiciones de la salvación? Como agentes dotados de inteligencia, investidos con atributos y responsabilidades personales, podemos enterarnos de

nuestro futuro destino eterno, porque el registro bíblico dado por Juan, al dictado del Espíritu Santo, no contienen expresiones que no puedan ser comprendidas con facilidad, o que no resistan la investigación más exigente y crítica.

Cristo fue un Maestro enviado de Dios, y sus palabras no contienen ni una sola partícula de hojarasca ni semblanza de lo que no es esencial. En cambio la energía de mucha educación humana está comprendida en asertos, no en la verdad. Los docentes de hoy en día sólo pueden usar la capacidad educada de los docentes que los precedieron; y sin embargo, con toda la grave importancia que puede asignarse a las palabras de los grandes autores, hay una incapacidad consciente para rastrearlas hasta el primer gran principio, la Fuente de sabiduría infalible, de la cual los docentes derivan su autoridad. Hay una penosa incertidumbre, una constante búsqueda y aspiración de certidumbre que sólo puede encontrarse en Dios. Puede hacerse sonar la trompeta de la grandeza humana, pero es un sonido incierto; no es confiable, y no puede aventurarse sobre él la salvación de las almas.

Se está trayendo a la educación una masa de tradiciones, con una mera semblanza de verdad, que nunca hará al estudiante apto para vivir en esta vida de tal modo que pueda obtener la vida superior inmortal. La literatura colocada en nuestras escuelas, escrita por incrédulos y los así llamados hombres sabios, no contienen la educación que nuestros estudiantes debieran tener. No es esencial que se los eduque en esas líneas de pensamiento para poder avanzar de esas escuelas a la escuela que está en el Cielo. La masa de tradición que se enseña no tiene comparación con las enseñanzas del Ser que vino a mostrarnos el camino al Cielo. Cristo enseñaba con autoridad. El Sermón del Monte es una producción maravillosa, y sin embargo tan simple que un niño puede estudiarlo sin extraviarse. El discurso maestro de Jesucristo es un emblema de la gran elevación sobre la cual siempre se posicionó Cristo. Hablaba con una autoridad que le pertenecía sólo a él. Cada frase que pronunció venía de Dios. Él era el Verbo y la Sabiduría de Dios, y

siempre presentó la verdad con la autoridad de Dios. Él dijo: “Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida” [Juan 6:63].

Lo que en los concilios celestiales el Padre y el Hijo consideraron esencial para la salvación del hombre fue definido desde la eternidad mediante verdades infinitas que los seres finitos no pueden fracasar en entender. Se hicieron revelaciones para instruir en justicia, para que el hombre de Dios pueda glorificar su propia vida y la vida de sus semejantes, [pero] no sólo por medio de la posesión de la verdad sino por comunicarla. “Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra. Te suplico encarecidamente delante de Dios y del Señor Jesucristo, que juzgará a los vivos y a los muertos en su manifestación y en su Reino, que prediques la palabra y que instes a tiempo y fuera de tiempo. Redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina, pues vendrá tiempo cuando no soportarán la sana doctrina, sino que, teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias pasiones” [2 Tim. 3:16-4:3].

Jesús no puso en su enseñanza nada de la ciencia humana. Su enseñanza está llena de verdades grandiosas, ennoblecedoras, salvíficas, con las cuales las más altas aspiraciones y las más airosas invenciones del hombre no tienen comparación; y sin embargo, cosas de menor consecuencia absorben la mente de los hombres. El gran plan de redención de una raza caída fue elaborado mediante la vida de Cristo en carne humana. Ese designio de restaurar la imagen moral de Dios en la degradada humanidad fue parte de todo propósito en la vida y carácter de Cristo. Su majestad no podía mezclarse con la ciencia humana, la cual se desconectaría de la gran fuente de sabiduría en un día. El tópico de la ciencia humana nunca escapó de sus labios. Al creer y poner en práctica las palabras de Dios estaba cortando las cadenas que ligaban la familia humana al carro triunfal de Satanás. Estaba vivamente consciente de la terrible ruina que se cernía sobre la raza humana, y vino a salvar a las almas mediante su propia justicia, trayendo al

mundo una certeza definida de esperanza y socorro completo. Puede adquirirse el conocimiento común en el mundo, porque todos los hombres son propiedad de Dios, y en ellos Dios obra para cumplir su voluntad en ciertos aspectos, aun cuando rehúsen al Jesucristo hombre como su Salvador. El modo en que Dios usa a los hombres no siempre puede discernirse, pero Dios los usa. Dios les confía talentos y genio inventivo, para que pueda realizarse su gran obra en nuestro mundo. Se cree que las invenciones de la mente humana surgen de la humanidad, pero Dios está detrás de todo. Fue él quien hizo que se inventaran los medios de transporte rápido, para el gran día de su preparación.

El uso que han dado los hombres a sus capacidades, al abusar y emplear mal los talentos que Dios les dio, ha traído confusión al mundo. Dejaron la tutela de Cristo por la tutela del gran rebelde, el príncipe de las tinieblas. Sólo el hombre es responsable por el fuego extraño que se ha mezclado con el sagrado. La acumulación de muchas cosas al servicio de la sensualidad y de la ambición ha traído al mundo el juicio de Dios. Cuando están en dificultades, los filósofos y los grandes hombres de la Tierra desean contentar su mente sin recurrir a Dios. Echan a volar su filosofía sobre los cielos y la Tierra, dando razón de las plagas, pestilencias, epidemias, terremotos y hambrunas, mediante su supuesta ciencia. Intentan resolver centenares de cuestiones relacionadas con la creación y la providencia diciendo: “Es una ley de la naturaleza”.

Hay leyes en la naturaleza, pero son armoniosas y concuerdan con toda la operación de Dios; pero cuando los muchos dioses y muchos señores se ponen a explicar los principios y providencias de Dios, presentando al mundo fuego extraño en lugar del divino, hay confusión. La maquinaria de la Tierra y del Cielo necesita muchos rostros en cada rueda con el fin de ver la Mano divina debajo de las ruedas [Eze. 10:8], la cual trae orden perfecto a partir de la confusión. El Dios vivo y verdadero es indispensable en todas partes.

En Daniel 2 tenemos un relato de gran importancia e interés. Nabucodonosor, rey de Babilonia, soñó un sueño que no pudo traer a la memoria al despertar. [Entonces] “hizo llamar el rey a magos, astrólogos, encantadores y caldeos”, aquellos a quienes había exaltado y de quienes dependía, y tras relatarles las circunstancias exigió que le dijeran el sueño. Los sabios quedaron aterrorizados en la presencia del rey, pues no tenían un solo rayo de luz sobre su sueño. Sólo pudieron decir: “¡Rey, para siempre vive! Cuenta el sueño a tus siervos, y te daremos la interpretación”. “Respondió el rey y dijo a los caldeos: El asunto lo olvidé; pero si no me decís el sueño y su interpretación, seréis hechos pedazos y vuestras casas serán convertidas en estercoleros. Pero si me decís el sueño y su interpretación, de mí recibiréis dones, favores y gran honra. Decidme, pues, el sueño y su interpretación”. Nuevamente los sabios respondieron: “Cuente el rey el sueño a sus siervos, y le daremos la interpretación [vs. 2, 4-7].

Nabucodonosor comenzó a ver que los hombres en quienes confiaba para revelar misterios mediante su alardeada sabiduría le fallaban en su gran perplejidad, y dijo: “ ‘Conozco ciertamente que vosotros ponéis dilaciones, porque veis que el asunto se me ha ido. Si no me contáis el sueño, una sola sentencia hay para vosotros. Ciertamente preparáis una respuesta mentirosa y perversa que decir delante de mí, entre tanto que pasa el tiempo. Contadme, pues, el sueño, para que yo sepa que me podéis dar su interpretación’. Los caldeos respondieron delante del rey, y dijeron: ‘No hay hombre sobre la tierra que pueda declarar el asunto del rey... Porque el asunto que el rey demanda es difícil, y no hay quien lo pueda declarar al rey, salvo los dioses cuya morada no está entre los hombres”. Entonces “el rey, con ira y con gran enojo, mandó que mataran a todos los sabios de Babilonia” [vers 8-12].

Al enterarse de este decreto, “Daniel entró y pidió al rey que le concediera tiempo, que él daría al rey la interpretación. Luego se fue Daniel a su casa e hizo saber a Ananías, Misael y Azarías, sus compañeros, lo que sucedía para que pidieran misericordias del Dios del Cielo sobre este misterio” [vs. 16-18]. El Espíritu del Señor

reposó sobre Daniel y sus compañeros, y el secreto le fue revelado a Daniel en una visión nocturna. Al relatar los hechos, el sueño se refrescó en la mente del rey, y se le presentó la interpretación, mostrando los sucesos notables que habían de transcurrir en la historia profética.

El Señor estaba trabajando en el reino de Babilonia, comunicando luz a los cuatro cautivos hebreos para que pudieran representar su obra ante la gente. Él revelaría que tenía poder sobre los reinos del mundo, para establecer a los reyes y para tirar abajo a los reyes. El Rey sobre todos los reyes estaba comunicando grandes verdades al rey de Babilonia, despertando en su mente un sentido de su responsabilidad ante Dios. Vio el contraste entre la sabiduría de Dios y la sabiduría de los hombres más sabios de su reino.

El Señor dio a sus fieles representantes lecciones que provenían del Cielo, y Daniel declaró ante los grandes hombres del rey de Babilonia: “Sea bendito el nombre de Dios de siglos en siglos, porque suyos son el poder y la sabiduría. Él muda los tiempos y las edades, quita reyes y pone reyes; da la sabiduría a los sabios y la ciencia a los entendidos. Él revela lo profundo y lo escondido; conoce lo que está en tinieblas y con él mora la luz... Hay un Dios en los cielos que revela los misterios, y él ha hecho saber al rey Nabucodonosor lo que ha de acontecer en los últimos días” [vs. 20-22, 28]. No se dio gloria a los hombres que estaban en el reino como oráculos, pero se eligió a los hombres que pusieron toda su confianza en Dios, buscando gracia, fortaleza e iluminación divina, para ser representantes del reino de Dios en la Babilonia malvada e idólatra.

Los sucesos históricos relatados en el sueño del rey eran de importancia para él, pero el sueño le fue retirado para que los sabios que pretendían entender misterios no le adjudicaran una falsa interpretación. Las lecciones que enseña [el relato] fueron dadas por Dios para los que viven en nuestros días. La incapacidad de los sabios para decir cuál había sido el sueño representa a los hombres actuales, quienes no tienen discernimiento, sabiduría ni

conocimiento del Altísimo, y por tanto no pueden entender las profecías. Los más eruditos en el consenso del mundo, quienes no están alerta para oír lo que Dios dice en su Palabra, y abrir su corazón para recibir esa Palabra y darla a otros, no son sus representantes. No son los grandes e instruidos hombres de la Tierra, los reyes y los nobles, los que recibirán la verdad para vida eterna, aunque les será presentada.

La exposición que hizo Daniel del sueño que Dios dio al rey resultó en que el primero recibiese honor y dignidad. “Entonces el rey Nabucodonosor se postró sobre su rostro, se humilló ante Daniel, y mandó que le ofrecieran presentes e incienso. El rey habló a Daniel, y dijo: ‘Ciertamente el Dios vuestro es Dios de dioses, Señor de los reyes y el que revela los misterios, pues pudiste revelar este misterio’. Entonces el rey engrandeció a Daniel, le dio muchos honores y grandes dones, y lo hizo gobernador de toda la provincia de Babilonia y jefe supremo de todos los sabios de Babilonia. Daniel solicitó y obtuvo del rey que pusiera sobre los negocios de la provincia de Babilonia a Sadrac, Mesac y Abed-nego; y Daniel estaba en la corte del rey” [vs. 46-49], que era el lugar donde se dispensaba justicia, y sus tres compañeros fueron hechos asesores, jueces y dirigentes en medio de la tierra. Estos hombres no estaban henchidos de vanidad, sino que vieron y se regocijaron de que Dios fuera reconocido por encima de los potentados de la Tierra, y que su reinado fuera enaltecido por encima de los reinos terrenales.

Vemos entonces que es posible conseguir el tipo más elevado de educación terrenal, y sin embargo quienes lo poseen ignorar los principios elementales que los harían súbditos del reino de Dios. La instrucción humana no puede calificarlos para ese reino. Los súbditos del reino de Cristo no son hechos tales mediante formas y ceremonias, por un estudio amplio de libros. “Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” [Juan 17:3]. Los miembros del reino de Cristo son miembros de su cuerpo, del cual él mismo es la cabeza. Ellos son hijos escogidos de Dios, “real sacerdocio, nación santa, pueblo

adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable" [1 Ped. 2:9].

"Tú eres pueblo santo para Jehová, tu Dios; Jehová, tu Dios, te ha escogido para que le seas un pueblo especial, más que todos los pueblos que están sobre la tierra. No por ser vosotros el más numeroso de todos los pueblos os ha querido Jehová y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos, sino porque Jehová os amó y quiso guardar el juramento que hizo a vuestros padres; por eso os ha sacado Jehová con mano poderosa, y os ha rescatado de la servidumbre, de manos del faraón, rey de Egipto. Conoce, pues, que Jehová, tu Dios, es Dios, Dios fiel, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos, hasta por mil generaciones, y que da su merecido, en su propia persona, al que le aborrece, destruyéndolo; a quien le odia, no se demora en darle en su propia persona el pago. Guarda, por tanto, los mandamientos, estatutos y decretos que yo te mando hoy que cumplas" [Deut. 7:6-11]. Si los mandamientos de Dios han de estar vigentes por mil generaciones, [por tanto] los llevarán al reino de Dios, a la presencia de Dios y sus santos ángeles. Este es un argumento incontrovertible. Los mandamientos de Dios durarán a través del tiempo por toda la eternidad. Entonces, ¿nos fueron dados como una carga? No. "Jehová nos mandó que cumplamos todos estos estatutos, y que temamos a Jehová, nuestro Dios, para que nos vaya bien todos los días y para que nos conserve la vida, como hasta hoy" [Deut. 6:24]. El Señor dio a su pueblo mandamientos para que al obedecerlos preservaran su salud física, mental y moral. Habían de vivir por la obediencia, mientras que la muerte es el resultado seguro de desobedecer la ley de Dios.

Deben estudiarse diariamente las Escrituras del Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento. El conocimiento de Dios y la sabiduría de Dios vendrán al estudiante que constantemente aprenda de sus caminos y obras. La Biblia ha de ser nuestra luz, nuestro educador. Cuando reconozcamos a Dios en todos nuestros caminos, cuando los jóvenes sean educados para creer que es Dios

quien envía la lluvia y la luz del sol desde el cielo, haciendo prosperar la vegetación, cuando se les enseñe que todas las bendiciones vienen de él, y que se le deben acciones de gracia y alabanza, cuando con fidelidad reconozcan a Dios y desempeñen sus deberes día a día, Dios estará en todos sus pensamientos; pueden confiar en él para el día de mañana, y se evitará esa preocupación ansiosa que trae infelicidad a tantas vidas. “Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” [Mat. 6:33].

La primera gran lección en toda educación es conocer y entender la voluntad de Dios. Lleven con ustedes el conocimiento de Dios cada día de vuestra vida. Que absorba la mente y el ser entero. Dios dio a Salomón sabiduría, pero esta sabiduría dada por Dios se pervirtió cuando se alejó de Dios para obtener sabiduría de otras fuentes. Necesitamos la sabiduría de Salomón, pero después de haber aprendido la sabiduría del Ser que es mayor que Salomón. No hemos de pasar por la sabiduría humana, denominada necedad, para procurar la verdadera sabiduría. Para los hombres el aprender ciencia con la interpretación humana es obtener una educación falsa, mientras que aprender de Dios y de Jesucristo es aprender la ciencia de la Biblia. La confusión en educación se ha producido por cuanto el mundo religioso no ha honrado y exaltado la sabiduría y conocimiento de Dios. Los puros de corazón ven a Dios en cada acto providencial, en cada fase de la verdadera educación. Vibrarán al primer acercamiento de luz que irradie del trono de Dios. El Cielo se comunica con quienes están dispuestos a captar las primeras vislumbres del conocimiento espiritual.

Los estudiantes en nuestras instituciones educativas deben estimar el conocimiento de Dios por encima de todo lo demás. Sólo el investigar las Escrituras traerá el conocimiento del verdadero Dios y de Jesucristo, a quien él enviara. “La palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios, pues está escrito: ‘Destruiré la sabiduría de los sabios y frustraré la inteligencia de los inteligentes...’ Porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios

es más fuerte que los hombres... Pero por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención, para que, como está escrito: 'El que se gloría, gloríese en el Señor' " [1 Cor. 1:18, 19, 25, 30, 31].–*Special Testimonies on Education*, 26 de marzo de 1896.

LECTURAS ADICIONALES

- *Review and Herald*, 28 de abril de 1896, "Our Children Demand Our Care and Attention" [Nuestros niños demandan nuestro cuidado y atención].
- *Bible Echo*, 11 de mayo de 1896, "The Childhood of Jesus" [La infancia de Jesús].

52

Las habilidades manuales

No se nos ha dado la vida para pasarla en el ocio o la gratificación personales, sino que grandes posibilidades se han colocado delante de todo el que quiera desarrollar las capacidades que Dios le ha dado. Por este motivo la educación de los jóvenes es asunto de la más alta importancia. Todo niño nacido en una familia es un legado sagrado. Dios dice a los padres: “Toma este niño y críamelo [*cf.* Éxo. 2:9], para que sea de honra para mi nombre y un canal a través del cual mis bendiciones fluyan hacia el mundo”. Para adecuar al niño para tal vida hace falta más que una educación parcial, unilateral, la cual desarrolle las facultades mentales a expensas de las físicas. Todas las facultades de la mente y del cuerpo necesitan desarrollarse, y esta es la obra que los padres, con la ayuda del docente, han de realizar en favor de los niños y jóvenes encomendados a su cuidado.

Las primeras lecciones son de gran importancia. Es costumbre enviar a niños muy pequeños a la escuela. Se les requiere estudiar de los libros cosas que resultan una carga para su mente juvenil, y a menudo se les enseña música. Frecuentemente los padres tienen recursos limitados, y se incurre en un gasto que difícilmente pueden permitirse; pero todo debe hacerse para amoldarse a este tipo artificial de educación. Esta línea de conducta no es sabia. Un niño nervioso no debe ser sobrecargado en ninguna dirección, y no debiera aprender música hasta que esté físicamente desarrollado.

La madre debiera ser la maestra, y la casa [debiera ser] la escuela donde todo niño reciba sus primeras lecciones, y estas lecciones debieran incluir hábitos de laboriosidad. Madres, dejen que los pequeños jueguen al aire libre; que escuchen los cantos de los pájaros y aprendan del amor de Dios tal como está expresado en sus hermosas obras. Enséñenles lecciones sencillas a partir del libro

de la naturaleza y las cosas que los rodean; y a medida que se expanda su mente se podrán agregar lecciones de los libros, las cuales se fijarán firmemente en la memoria. Pero que aprendan también, aun en sus primeros años, a ser útiles. Enséñenles a pensar que, como miembros de una familia, deben desempeñar con interés una parte útil al compartir las cargas domésticas, y a buscar el ejercicio saludable en el desempeño de los necesarios deberes familiares.

Es esencial para los padres encontrar empleo útil para sus hijos que impliquen llevar responsabilidades tanto como lo permitan su edad y fuerzas. Los niños debieran recibir algo para hacer que no sólo los mantenga ocupados sino que les interese. Las manos y cerebros activos deben recibir ocupación desde los primeros años. Si los padres descuidan el canalizar las energías de los niños en lo que es útil se les hará mucho daño, porque Satanás está listo para encontrarles algo para hacer. ¿No conviene entonces elegir por ellos, al ser los padres los maestros?

Cuando el niño tiene suficiente edad para ir a la escuela, el docente debiera colaborar con los padres, y la educación de las habilidades manuales debiera continuar como parte de los deberes escolares. Hay muchos estudiantes que objetan este tipo de trabajo en las escuelas. Piensan que las ocupaciones útiles, tales como aprender un oficio, son degradantes; pero tales personas tienen una idea equivocada de lo que constituye la verdadera dignidad. Nuestro Señor y Salvador Jesucristo, que es uno con el Padre, el Comandante de la corte celestial, fue el instructor y guía personal de los hijos de Israel, y entre ellos se requería que todo joven aprendiera a trabajar. Todos debían educarse en algún tipo de ocupación rentable, para poder tener un conocimiento de la vida práctica, y no sólo ser capaces de autosostenerse, sino también de ser útiles. Esta fue la instrucción que Dios dio a su pueblo.

En su vida terrenal, Cristo fue un ejemplo para toda la familia humana, y era obediente y útil en su casa. Aprendió el oficio de carpintero, y trabajaba con sus manos en el pequeño taller de

Nazaret. Había vivido entre las glorias del Cielo, pero vistió su divinidad con humanidad para poder asociarse con la humanidad, y llegar a los corazones a través de la usual avenida de la simpatía. Hallado en la semejanza de hombre, se humilló a sí mismo, y trabajó para recuperar al alma humana adaptándose a la situación en la cual encontró a la humanidad.

La Biblia dice de Jesús: “El niño crecía y se fortalecía, se llenaba de sabiduría y la gracia de Dios era sobre él” [Luc. 2:40]. Cuando trabajó en su niñez y juventud, se desarrollaron su mente y su cuerpo. No utilizó sus facultades físicas desmedidamente, sino que las ejercitó como para mantenerlas con salud, para poder realizar el mejor trabajo en cada tipo de actividad. No estaba dispuesto a ser deficiente ni siquiera en el manejo de las herramientas. Era perfecto como operario, así como era perfecto en su carácter. Por precepto y ejemplo, Cristo dignificó el trabajo útil.

El tiempo empleado en ejercicio físico no es tiempo perdido. El estudiante que está continuamente concentrado en sus libros, mientras hace poco ejercicio al aire libre, se está haciendo daño. Una ejercitación proporcional de todos los órganos y facultades del cuerpo es esencial para la mejor operación de cada uno de ellos. Cuando se recarga constantemente el cerebro mientras los otros órganos de la maquinaria viviente quedan inactivos, hay pérdida de fuerzas físicas y mentales. El sistema físico resulta despojado de su tono saludable, la mente pierde su frescura y vigor, y el resultado es una excitabilidad mórbida.

El mayor beneficio no resulta del ejercicio realizado por un juego o el mero ejercicio. Hay cierto beneficio que resulta de estar al aire libre y de ejercitar los músculos, pero si se da la misma cantidad de energía al cumplimiento de deberes útiles, el beneficio será mayor y se conseguirá un sentimiento de satisfacción, porque dicho ejercicio conlleva el sentido de utilidad y la aprobación de la conciencia por un deber bien realizado.

En los niños y jóvenes se debiera despertar una aspiración a realizar sus ejercicios en el hacer algo que sea beneficioso para

ellos mismos y útil para otros. El ejercicio que desarrolla la mente y el carácter, que enseña a las manos a ser útiles, y que adiestra a los jóvenes para llevar la parte que les corresponde de las cargas de la vida, es el que da fortaleza física y vivifica toda facultad. Y hay una recompensa en la laboriosidad virtuosa, en el cultivo del hábito de vivir para hacer el bien.

Los hijos de los pudientes no debieran ser privados de la gran bendición de tener que hacer algo para aumentar la fortaleza del cerebro y de los músculos. El trabajo no es una maldición sino una bendición. Dios dio a un Adán y a una Eva sin pecado un hermoso huerto para atender. Esta era una tarea agradable, y ningún otro trabajo sino el agradable hubiera entrado en el mundo si la primera pareja humana no hubiese transgredido los mandamientos de Dios. El ocio delicado y la gratificación egoísta fabrican inválidos; pueden hacer que la vida sea vacía y árida en todo sentido. Dios no ha dado la facultad de razonar a los seres humanos, y coronado su vida con su bondad, para sufrir la maldición que es el seguro resultado de la ociosidad. No debe privarse a los ricos del privilegio y la bendición de ocupar un lugar entre los trabajadores del mundo. Deben darse cuenta de que son responsables por el uso que hagan de las posesiones que se les han confiado; que sus fuerzas, su tiempo y su dinero deben emplearse sabiamente y no con propósitos egoístas.

La religión cristiana es práctica. No incapacita a nadie para el desempeño fiel de cualquiera de los deberes esenciales de la vida. Cuando el intérprete de la ley preguntó a Jesús: “¿Haciendo qué cosa heredaré la vida eterna?”, Cristo le devolvió la pregunta al decirle: “¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees? Aquel, respondiendo, dijo: ‘Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo”. Jesús le dijo: “Bien has respondido; haz esto y vivirás” (Luc. 10:25-28). No es una religión inactiva la que se delinea aquí, sino una que requiere el uso enérgico de todas las facultades mentales y físicas.

La mera cavilación indolente, la contemplación ociosa, no es religión. Dios requiere que apreciemos nuestras variadas dotes, y que las multipliquemos mediante el uso práctico constante. Su pueblo ha de ser modelo de rectitud en todas las relaciones de la vida. A cada uno de nosotros nos ha dado una obra para realizar, de acuerdo con nuestra capacidad, y es privilegio nuestro el gozar de su bendición mientras dedicamos la fortaleza del cuerpo y de la mente a su realización fiel, con el propósito de dar gloria a su nombre.

La aprobación de Dios se extiende, junto con una amante promesa de seguridad, sobre los niños que asumen alegremente su parte en los deberes de la vida doméstica y comparten las cargas del padre y la madre. Se los recompensará con salud del cuerpo y paz mental; y gozarán del placer de ver a sus padres asumir su parte de los disfrutes sociales y de la sana recreación, prolongando así su vida. Los niños entrenados en los deberes prácticos de la vida saldrán de su casa para ser miembros útiles de la sociedad. Su educación es muy superior a la que se consigue confinándose en el aula a una edad temprana, cuando ni la mente ni el cuerpo tienen las fuerzas suficientes para soportar la tensión.

Los niños y jóvenes debieran tener en vista continuamente, en su casa y en la escuela, por precepto y por ejemplo, la lección de ser veraces, altruistas y laboriosos. No se les debe permitir pasar su tiempo en el ocio; sus manos no deben plegarse en inacción. Padres y maestros debieran trabajar para la realización de este propósito: el desarrollo de todas las facultades, y la formación de un carácter recto; pero cuando los padres tomen nota de sus responsabilidades, habrá mucho menos que dejar para que los maestros hagan en la educación de sus hijos.

El Cielo está interesado en esta obra en beneficio de los jóvenes. Los padres y maestros que con una enseñanza sabia, de manera calma y resuelta, los acostumbren a pensar y ocuparse de los demás, los ayudarán a vencer su egoísmo y cerrarán la puerta a muchas tentaciones. Los ángeles del Cielo cooperarán con estos

docentes fieles. No se encomienda a los ángeles hacer ellos mismos esta obra, pero darán fortaleza y eficiencia a quienes, en el temor de Dios, procuren educar a los jóvenes para una vida de utilidad.–*Special Testimonies on Education*, 11 de mayo de 1896.

53

Influencia educativa del entorno

Al elegir una casa, los padres no debieran regirse sólo por consideraciones seculares. No es cuestión del lugar donde puedan ganar más dinero, o donde el entorno sea más agradable, o con las mayores ventajas sociales. Las influencias que van a rodear a sus hijos, e influir sobre ellos para bien o para mal, son de más consecuencias que cualquiera de esas consideraciones. Una responsabilidad de las más solemnes recae sobre los padres al elegir un lugar de residencia. Hasta donde sea posible han de colocar a sus familias en el canal de luz, donde sus sentimientos sean mantenidos en pureza, y el amor a Dios y el amor mutuo esté activo. El mismo principio se aplica a la ubicación de nuestros colegios, donde se reunirán los jóvenes, y a donde serán atraídas las familias por causa de las ventajas educativas.

No debieran ahorrarse esfuerzos por seleccionar lugares para nuestros colegios donde la atmósfera moral sea tan sana como sea posible, porque las influencias prevalecientes dejarán una profunda impresión sobre los caracteres jóvenes en formación. Por este motivo una localidad retirada es la mejor. Las grandes ciudades, centros del comercio y del saber, pueden parecer como que presentan ciertas ventajas, pero estas ventajas quedan eclipsadas por otras consideraciones.

La presente la sociedad es corrupta, como lo era en los días de Noé. A esa raza antediluviana longeva, que vivía a sólo un paso del paraíso, Dios le otorgó ricos dones, y poseían una fortaleza corporal y mental de la que los hombres de hoy sólo tienen una vaga idea; pero usaron los dones de Dios, y la fortaleza y habilidad que él les diera, con propósitos egoístas, para servir a sus apetitos ilícitos y para gratificar el orgullo. Expulsaron a Dios de sus pensamientos; despreciaron su ley; pisotearon la norma divina de carácter en el

polvo. Se regodeaban en placeres pecaminosos, corrompían su camino delante del Señor y se corrompían unos a otros. La violencia y el delito llenaban la Tierra. No se respetaban ni el vínculo matrimonial ni los derechos de propiedad, y el clamor de los oprimidos entraba en los oídos de Jehová de los ejércitos. Al contemplar lo malo, los hombres se transformaron a su imagen, hasta que Dios ya no pudo soportar su maldad, y fueron barridos por el diluvio.

La juventud educada en las grandes ciudades está rodeada de influencias similares a las que prevalecían antes del diluvio. Los mismos principios –el desprecio por Dios y su ley, el mismo amor por los placeres, por la gratificación egoísta, y el orgullo y la vanidad– están actuando en la actualidad. El mundo se ha entregado al placer; prevalece la inmoralidad; los derechos de los débiles y desamparados no reciben atención; y en todo el mundo las grandes ciudades se están transformando en semilleros de iniquidad.

El amor al placer es una de las más peligrosas tentaciones, por ser de las más sutiles, que asaltan a los niños y jóvenes en las ciudades. Los feriados son numerosos; los deportes y carreras de caballos atraen a miles; y el torbellino de excitación y placer los aparta de los deberes sobrios de la vida. El dinero que debía haberse ahorrado para mejores usos –en muchos casos los exiguos ingresos de los pobres– se dilapida en diversiones.

El continuo afán de diversiones placenteras revela los anhelos profundos del alma. Pero los que beben en esta fuente de placer mundano encontrarán que la sed de su alma permanece insatisfecha. Están engañados; confunden el regocijo con la felicidad; y cuando cesa la excitación, muchos se hunden en las profundidades del desánimo y la desesperación. ¡Ah, qué locura, qué necedad la de dejar la Fuente de aguas vivas por las cisternas rotas del placer mundano [Jer. 2:13]! Sentimos hasta lo más profundo del alma los peligros que asedian a los jóvenes en estos últimos días, y los que vienen a nosotros en busca de educación, y

las familias que son atraídas por nuestros colegios, ¿no habrán de ser retirados, hasta donde sea posible, del ámbito de estas influencias seductoras y desmoralizadoras?

Al elegir localidades apartadas para nuestros colegios, no nos imaginamos ni por un momento que estamos colocando a los jóvenes fuera del alcance de la tentación. Satanás es un trabajador muy diligente, e incansable para diseñar maneras de corromper toda mente que esté abierta a sus sugerencias. Enfrenta a las familias y los individuos en su propio terreno, y adapta sus tentaciones a las inclinaciones y debilidades de ellos. Pero en las grandes ciudades su poder sobre las mentes es mayor, y sus lazos para capturar los pies desprevenidos son más numerosos. En relación con nuestros colegios debieran proveerse terrenos amplios. Hay algunos estudiantes que nunca aprendieron a economizar, y siempre gastaron cada centavo que pudieron conseguir. No se les debiera eliminar el acceso a una educación. Debiera proporcionárseles empleo, y junto con el estudio de los libros debiera mezclarse una instrucción en hábitos laboriosos y frugales. Que aprendan a apreciar la necesidad de ayudarse a sí mismos.

Debiera haber trabajo para todos los estudiantes, ya sea que puedan pagar sus estudios o no; las facultades físicas y mentales debieran recibir atención proporcional. Los estudiantes debieran aprender a cultivar la tierra, porque esto los pondrá en estrecho contacto con la naturaleza.

Hay en la naturaleza una influencia refinadora, subyugante, que debiera tomarse en cuenta al seleccionar la ubicación de un colegio. Dios tuvo en cuenta este principio al preparar hombres para su obra. Moisés pasó 40 años en los desiertos de Madián. Juan el Bautista no recibió la preparación para su elevada vocación como precursor de Cristo mediante el roce con los grandes hombres de la nación en las escuelas de Jerusalén. Salió al descampado, donde las costumbres y doctrinas de los hombres no pudieran modelar su mente, y donde pudiera tener una comunión con Dios sin obstrucciones.

Cuando los perseguidores de Juan, el discípulo amado, buscaron silenciar su voz y destruir la influencia que tenía sobre el pueblo, lo exiliaron a la isla de Patmos. Pero no pudieron apartarlo de su Maestro divino. En la solitaria Patmos, Juan pudo estudiar las cosas que Dios había creado. En las rocas escarpadas, en las aguas que rodeaban la isla, pudo ver la grandeza y majestad de Dios. Y mientras estaba en comunión con Dios, y estudiaba el libro de la naturaleza, oyó una voz que le hablaba, la voz del Hijo de Dios. Jesús fue el maestro de Juan en la isla de Patmos, y allí expuso a su siervo las cosas maravillosas que habrían de acontecer en el futuro.

Dios quisiera que apreciemos sus bendiciones en sus obras creadas. Cuantos niños hay en la hacinadas ciudades que no tienen una sola brizna de césped verde sobre la que poner sus pies. Si se los pudiera educar en el campo, entre la belleza, la paz y la pureza de la naturaleza, les parecería el lugar más cercano al Cielo. En los lugares retirados, donde se está más lejos de las máximas, costumbres y excitaciones del mundo, y más cerca del corazón de la naturaleza, Cristo hace que su presencia sea real para nosotros, y habla a nuestra alma de su paz y amor.–*Special Testimonies on Education*, 11 de mayo de 1896.

54

Importancia de la cultura física

La cultura física es una parte esencial de toda metodología correcta de educación.[2] Los jóvenes necesitan que se les enseñe cómo desarrollar sus facultades físicas, cómo preservar esas facultades en su mejor condición y cómo hacerlas útiles en los deberes prácticos de la vida. Muchos piensan que estas cosas no son parte de la actividad escolar, pero eso es un error. Debiera enseñarse a cada niño en su casa, y a cada estudiante en los colegios, las lecciones necesarias con el fin de capacitarlos para ser útiles en la práctica.

El lugar para comenzar la educación física es en casa, con el niño pequeño. Los padres debieran echar los cimientos de una vida sana y feliz. Una de las primeras cuestiones a decidir es la del alimento sobre la mesa, porque en gran medida este es el asunto del que dependen el desarrollo de los pequeños y la salud de la familia. La habilidad en la preparación de la comida es muy importante, y no lo es menos que el alimento tenga la cantidad y calidad apropiadas.

Todos necesitamos ejercer sabiduría al comer. Si se come más de lo que pueda digerirse y asimilarse, se acumula una masa putrefacta en el estómago, que causa aliento ofensivo y mal gusto en la boca. Las fuerzas vitales se agotan en un esfuerzo por eliminar el exceso, y se despoja al cerebro de fuerza nerviosa. Menos comida hubiera nutrido al organismo, y no hubiera desperdiciado sus fuerzas en exceso de trabajo. Si seguimos la norma bíblica: “Si, pues, coméis o bebéis o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios” [1 Cor. 10:31], no gratificaremos el apetito a expensas de la salud física, lo cual es nuestro deber preservar.

Toda madre debiera velar porque sus hijos entiendan sus propios cuerpos y cómo cuidar de ellos. Ella debiera explicar la construcción y uso de los músculos que nos dio nuestro bondadoso Padre celestial. Somos obra de Dios, y su Palabra declara que somos “una creación admirable” [Sal. 139:14, NVI]. Preparó esta habitación viviente para la mente; es un “entretejido”, un templo que el Señor adaptó para morada de su Espíritu Santo. La mente controla a la persona entera. Todas nuestras acciones, buenas o malas, se originan en la mente. Es la mente la que adora a Dios y nos asocia a los seres celestiales. Y sin embargo muchos pasan toda su vida sin hacerse inteligentes en cuanto al cofre que contiene este tesoro.

Todos los órganos físicos son los sirvientes de la mente, y los nervios son los mensajeros que transmiten sus órdenes a cada parte del cuerpo, guiando los movimientos de la maquinaria viviente. El ejercicio es un auxiliar importante para el desarrollo físico: vivifica la circulación de la sangre y tonifica el organismo. Si se dejan de usar los músculos, pronto será evidente que la sangre no los nutre lo suficiente. En lugar de aumentar de tamaño y fuerza, perderán su firmeza y elasticidad, y se harán blandos y débiles. La inactividad no es la ley que ha establecido el Señor en el cuerpo humano. Es necesaria la acción armoniosa de todas las partes –cerebro, huesos y músculos– para el desarrollo pleno y saludable del organismo humano entero.

La obra de la educación física, que comienza en casa, debiera continuar en las escuelas. El propósito del Creador es que el hombre se conozca a sí mismo; pero, demasiado a menudo, por la búsqueda del conocimiento se pierde de vista este propósito. Los estudiantes dedican años a diferentes tipos de estudios; quedan absortos en el estudio de las ciencias y las cosas del mundo de la naturaleza; tienen inteligencia en cuanto a la mayoría de los temas, pero no se familiarizaron con ellos mismos. Consideran el delicado organismo humano como algo que se cuida solo, y por tanto descuidan lo que es esencial en el más alto grado: el conocimiento de sus propios cuerpos.

Todo estudiante debiera entender cómo cuidar de sí mismo con el fin de preservar en la mejor condición posible la salud, combatiendo la debilidad y enfermedad; y si por cualquier causa sobreviene la enfermedad, u ocurren accidentes, debiera saber cómo enfrentar las emergencias sin recurrir a un médico ni tomar sus drogas tóxicas.

El Señor mismo ha hablado sobre este tema del cuidado del cuerpo. Dice en su Palabra: “Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él, porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es”. Este pasaje prescribe un cuidado concienzudo del cuerpo, y condena toda negligencia descuidada o ignorante. Y otra vez: “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual habéis recibido de Dios, y que no sois vuestros?, pues habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios”. “Si, pues, coméis o bebéis o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios” (1 Cor. 3:17; 6:19, 20; 10:31).

El cuidado inteligente y concienzudo de nuestro cuerpo es algo que le debemos a nuestro Padre celestial, quien “de tal manera amó... al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna” [Juan 3:16]. Cada uno de nosotros individualmente somos propiedad de Cristo, su posesión adquirida. Se requiere de cada uno de nosotros que preservemos nuestra salud y fortaleza mediante la práctica de la temperancia en todas las cosas. Los apetitos y pasiones deben ser controlados, con el fin de que por medio de ellos no debilitemos ni contaminemos el templo humano de Dios.

Todo lo que disminuye la energía física debilita la mente, y le quita claridad para discriminar entre el bien y el mal, entre lo correcto y lo equivocado. Este principio está ilustrado por medio del caso de Nadab y Abiú. Dios les dio una tarea de las más sagradas para realizar, permitiéndoles que se acercaran a él en su culto establecido; pero tenían el hábito de beber vino, y entraron en el santo servicio del Santuario con mentes confusas. Había un fuego sagrado, que Dios mismo había encendido, pero usaron fuego

común en sus incensarios; [era la ocasión] cuando ofrecían incienso para que ascendiera como dulce fragancia junto con las oraciones del pueblo de Dios. Por cuanto sus mentes estaban obnubiladas por causa de una complacencia impía, pasaron por alto el requisito divino, y "salió de la presencia de Jehová un fuego que los quemó, y murieron delante de Jehová" [Lev. 10:2].

Dios prohibió el uso del vino a los sacerdotes cuando ministraban en su Santuario, y la misma prescripción hubiera sido hecha contra el tabaco, si se hubiera conocido su uso, pues este también tiene una influencia entorpecedora sobre el cerebro. Y además de obnubilar la mente, es impuro y contaminante. Resistan todos la tentación de usar vino, tabaco, carnes, té o café. La experiencia ha demostrado que puede realizarse un trabajo mucho mejor sin estas cosas dañinas.

Grábese profundamente en la mente de los jóvenes, por parte de los padres y los docentes, que Cristo pagó un precio infinito por nuestra redención. No dejó nada sin hacer que pudiera volver a ganar nuestra lealtad a Dios. Quiere que recordemos nuestro nacimiento regio y nuestro alto destino como hijos e hijas de Dios, y que tengamos respeto genuino por nosotros mismos. Quisiera él que desarrollemos todas nuestras facultades, y las mantengamos en la mejor condición posible, para poder llenarnos con su gracia y utilizarnos en su servicio, haciéndonos colaboradores con él para la salvación de las almas.

Es el deber de todo estudiante, de cada individuo, hacer todo lo que le sea posible para presentar su cuerpo a Cristo como un templo purificado, físicamente perfecto así como moralmente libre de contaminación; una morada adecuada para la presencia interna de Dios.–*Special Testimonies on Education*, 11 de mayo de 1896.

---

2 *Nota del Editor:* En este libro hay dos artículos que hablan de lo físico en la educación: los capítulos 7 y 54. He aquí una aclaración de sus títulos: "Educación física" es la formación educativa en lo que respecta a la utilización del cuerpo humano para sentirse saludable y/o con una finalidad deportiva. "Cultura física" son las maneras y hábitos del cuidado corporal que no sólo

buscan la salud del cuerpo, otorgándole alguna actividad que lo aleje del sedentarismo y sus consecuencias, sino también lograr la plenitud y el bienestar integral, sobre todo del binomio cuerpo-mente. En algunos casos el Espíritu de Profecía utiliza indistintamente ambas denominaciones, con la salvedad de su posición con respecto a los deportes.

55

La verdadera educación superior

Dios es amor. El mal presente en el mundo no viene de sus manos sino de nuestro gran adversario, cuya obra siempre ha sido depravar al hombre, y debilitar y pervertir sus facultades. Pero Dios no nos ha dejado en la ruina producida por la caída. Toda facultad ha sido puesta a nuestro alcance por nuestro Padre celestial, para que los hombres puedan, mediante esfuerzos bien dirigidos, recuperar la perfección original que tenían y estar completos en Cristo. En esta obra Dios espera que hagamos nuestra parte. Somos de él, su posesión adquirida. La familia humana le costó a Dios y a su Hijo Jesucristo un precio infinito.

El Redentor del mundo, el Hijo unigénito de Dios, redimió lo que se había perdido en la caída por medio de su perfecta obediencia a la ley, por medio de su vida y carácter, e hizo posible que el hombre obedeciera esa santa ley de justicia que Adán transgredió. Cristo no intercambió su divinidad por humanidad sino que combinó la humanidad con la divinidad, y en su humanidad vivió la ley en beneficio de la familia humana. Los pecados de cada uno que reciba a Cristo fueron cargados a su cuenta, y él satisfizo plenamente la justicia de Dios.

Todo el plan de redención se expresa en estas palabras preciosas: “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna” [Juan 3:16]. Cristo sufrió realmente el castigo por los pecados del mundo, para que su rectitud [su justicia] pudiera ser acreditada a los pecadores, y mediante el arrepentimiento y la fe puedan llegar a ser como él en santidad de carácter. Dice: “Cargo con la culpa de los pecados de este hombre. Sufra yo el castigo, y el pecador arrepentido esté en tu presencia inocente”. En el instante en que el pecador cree en Cristo, está a la vista de Dios sin

condenación, porque la justicia [o rectitud] de Cristo es suya: se le imputa [acredita] la obediencia perfecta de Cristo. Pero debe cooperar con el poder divino, y aplicar su esfuerzo humano para someter al pecado y estar completo en Cristo.

El rescate pagado por Cristo es suficiente para la salvación de todos los hombres, pero tendrá validez sólo para quienes llegaron a ser nuevas criaturas en Cristo Jesús, súbditos leales del reino eterno de Dios. El sufrimiento de Cristo no protegerá del castigo al pecador impenitente, desleal.

La obra de Cristo fue restaurar al hombre a su estado original: sanarlo, mediante el poder divino, de las heridas y llagas ocasionadas por el pecado. La parte del hombre es aferrarse por fe de los méritos de Cristo, y cooperar con las agencias divinas en la formación de un carácter recto, de modo que Dios pueda salvar al pecador, y no obstante ser justo y su ley de rectitud [o justicia] ser vindicada.

El precio pagado por nuestra redención pone una gran obligación sobre los hombros de cada uno de nosotros. Es nuestro deber entender lo que Dios requiere de nosotros, y lo que quiere que seamos. Los educadores de los jóvenes debieran ser conscientes de la obligación que pesa sobre ellos, y hacer lo mejor posible por obliterar sus defectos, ya sean físicos, mentales o morales. Debieran apuntar a ser perfectos en su propio caso, para que los estudiantes puedan tener modelos correctos.

Los docentes debieran obrar de manera prudente. Los que están a menudo con Dios en oración tienen a los ángeles de su lado. La atmósfera que rodea su alma es pura y santa, porque toda su alma está imbuida con la influencia santificadora del Espíritu de Dios. Debieran ser alumnos cada día en la escuela de Cristo, con el fin de poder ser maestros bajo la dirección del gran Maestro. Deben aprender de Cristo, y ser uno con él en la obra de educar las mentes, antes de poder ser profesores eficientes en la educación más elevada: el conocimiento de Dios.

Dios se revela en su Palabra. “Las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que, por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza... Y otra vez: ‘Alabad al Señor todos los gentiles y exaltadlo todos los pueblos”. Y otra vez dice Isaías: ‘Estará la raíz de Isaí y el que se levantará para gobernar a las naciones, las cuales esperarán en él’ ” [Rom. 15:4, 12].

La verdadera educación superior es la que familiariza a los estudiantes con Dios y su Palabra y los hace aptos para la vida eterna. Fue para colocar tal vida al alcance de ellos que Cristo se entregó a sí mismo como ofrenda por el pecado. Su propósito de amor y misericordia se expresa en su oración en favor de sus discípulos: “Estas cosas habló Jesús, y levantando los ojos al cielo dijo: ‘Padre, la hora ha llegado: glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti, pues le has dado potestad sobre toda carne para que dé vida eterna a todos lo que le diste. Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” [Juan 17:1-3]. Todo educador de la juventud debe obrar en armonía con esta oración, conduciendo a Cristo a sus estudiantes.

Jesús continúa, y expresa su cuidado por los suyos: “Ya no estoy en el mundo; pero estos están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros. Cuando estaba con ellos en el mundo, yo los guardaba en tu nombre; a los que me diste, yo los guardé y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición, para que la Escritura se cumpliera. Pero ahora vuelvo a ti, y hablo esto en el mundo para que tengan mi gozo completo en sí mismos. Yo les he dado tu palabra, y el mundo los odió porque no son del mundo” [Juan 17:11-14].

Supongan que captamos el espíritu que alentaba en esta oración que ascendió al Cielo. Cristo muestra aquí qué métodos y fuerzas usó para preservar a sus discípulos de las prácticas, máximas y disposiciones mundanas: “Les di tu palabra, y el mundo los odió

porque no son del mundo". Sus acciones, sus palabras, su espíritu, no están en armonía con el mundo, "como tampoco yo soy del mundo". Y agrega el Salvador: "No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal" [Juan 17:14, 15]. Los niños y jóvenes debieran recibir una educación en armonía con los lineamientos que aquí indica Cristo, para que puedan estar separados del mundo.

"Santifícalos en tu verdad: tu palabra es verdad" [Juan 17:17]. Debiera hacerse de la Palabra de Dios el gran poder educador. ¿Cómo conocerán los estudiantes la verdad, si no es por un estudio detallado, aplicado y perseverante de la Palabra? He aquí el gran estímulo, la fuerza oculta que vivifica las facultades mentales y físicas y dirige la vida por los canales correctos. Aquí, en la Palabra, hay la más profunda sabiduría, poesía, historia, biografía y filosofía. Aquí está el estudio que vivifica la mente para una vida vigorosa y sana, y la estimula al ejercicio más elevado. Es imposible estudiar la Biblia con espíritu humilde y dócil sin desarrollar y fortalecer el intelecto. Los que mejor logran familiarizarse con la sabiduría y el propósito de Dios tal como se revela en su Palabra llegan a ser hombres y mujeres de fortaleza mental, y pueden hacerse obreros eficientes con el gran Educador, Jesucristo.

"Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo" [Juan 17:18]. Hay una tarea que realizar en favor del mundo, y Cristo envía a sus mensajeros, quienes han de ser sus colaboradores. Cristo ha dado a su pueblo las palabras de verdad, y todos están llamados a cumplir su parte en darlas a conocer al mundo.

"Por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad" [Juan 17:19]. Los docentes pueden suponer que son capaces de enseñar con su propia sabiduría, reteniendo sus imperfecciones humanas; pero Cristo, el Maestro divino, cuya obra es restaurar el hombre a lo que se perdió con la caída, se santificó a sí mismo para su obra. Se ofreció a Dios como sacrificio por el pecado al entregar su vida por la vida del mundo. Él desea que aquellos por quienes pagó un rescate tal sean

“santificados en la verdad”, y les dio el ejemplo. El Maestro es lo que quiere que sus discípulos lleguen a ser. No hay santificación aparte de la verdad: la Palabra. Entonces, ¡cuán esencial es que ella sea comprendida por todos!

Esta oración de Cristo abarca más que el estar dirigida para quienes entonces eran sus discípulos; comprende a todos los que lo recibirían a él con fe. Dice: “Pero no ruego solamente por estos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, Padre, en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste. Yo les he dado la gloria que me diste, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado” [Juan 17:20-23].

¡Maravillosas, maravillosas palabras que casi superan la comprensión! ¿Entenderán esto los docentes de nuestras escuelas? ¿Tomarán la Palabra de Dios como el libro de texto capaz de hacerlos sabios para salvación? Este libro es la voz de Dios que nos habla. La Biblia nos abre las palabras de vida; ella nos familiariza con Cristo, quien es nuestra vida. Para tener una fe verdadera y estable en Cristo debemos conocerlo tal como lo presenta la Palabra. La fe es confiada. No es un asunto de ataques y rachas, según el impulso y la emoción de la hora, sino un principio con su fundamento en Jesucristo. Y la fe debe mantenerse en ejercicio constante por medio del estudio diligente y perseverante de la Palabra. Así la Palabra se convierte en un organismo viviente, y somos santificados mediante la verdad.

Se nos dio el Espíritu Santo como un auxiliar en el estudio de la Palabra. Jesús promete: “El Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que yo os he dicho” [Juan 14:26]. Quienes están bajo la instrucción del Espíritu Santo serán capaces de enseñar la Palabra en forma inteligente. Y cuando se la haga libro de texto, con

fervientes súplicas rogando por la orientación del Espíritu, y la plena entrega del corazón para ser santificado mediante la verdad, ella realizará todo lo que prometió Cristo. El resultado de tal estudio de la Biblia será mentes bien equilibradas, por cuanto las facultades físicas, mentales y morales estarán desarrolladas en forma armoniosa. No habrá parálisis en el conocimiento espiritual. El entendimiento será vivificado; la sensibilidad se despertará; la conciencia se hará sensible; las simpatías y afectos serán purificados; se creará una mejor atmósfera moral, y se impartirá nuevo poder para resistir la tentación. Y todos, docentes y alumnos, se harán activos y fervientes en la obra de Dios.

Pero hay una predisposición por parte de muchos docentes a no ser profundos en la educación religiosa. Ellos mismos se contentan con prestar un servicio tibio; servir al Señor sólo para escapar al castigo por el pecado. Su tibieza afecta su enseñanza. La experiencia que no desean para sí mismos no están ansiosos de que sus pupilos la obtengan. Lo que se les dio como una bendición lo hicieron a un lado como elemento peligroso. Las ofrecidas visitas del Espíritu Santo se encuentran con las palabras de Félix a Pablo: “Ahora vete, y cuando tenga oportunidad, te llamaré” [Hech. 24:25]. Las otras bendiciones ellos sí las desean; pero lo que Dios está más listo para otorgar que un padre lo está para dar buenas dádivas a sus hijos, ese Espíritu Santo que se ofrece abundantemente de acuerdo con la infinita plenitud de Dios, y que, si se lo recibe, traerá en pos de sí todas las otras bendiciones, ¿qué palabras usaré para expresar adecuadamente lo que se hizo al respecto? El mensajero celestial fue repelido con voluntad resuelta. “Hasta aquí llegarás con mis estudiantes, pero no más allá. No queremos entusiasmo [religioso] en nuestro colegio, ninguna excitación. Nos satisface más trabajar nosotros mismos con nuestros estudiantes”. Así se agravió al bondadoso mensajero de Dios: el Espíritu Santo.

¿No están los docentes de nuestros colegios en peligro de blasfemar, de acusar al Espíritu Santo de Dios de ser un poder engañoso, y de llevar al fanatismo? ¿Dónde están los educadores que eligen las aguas de la nieve del Líbano o de cualquier otro lugar,

las cuales fluyen frías entre las piedras del campo, en vez de las turbias aguas cloacales [*cf.* Jer. 18:14]? A ustedes les alcanzó en Battle Creek una serie de lluvias de aguas de vida. Cada lluvia fue un efluvio consagrado de influencia divina; pero no la reconocieron como tal. En vez de beber copiosamente de las fuentes de la salvación, que tan libremente se ofrecen mediante la influencia del Espíritu Santo, se volvieron a las alcantarillas residuales, y trataron de satisfacer la fe de vuestra alma con las aguas contaminadas de la ciencia humana. El resultado ha sido corazones marchitos en el colegio y la iglesia. Quienes se satisfacen con poca espiritualidad avanzaron mucho en hacerse inadecuados para apreciar los movimientos profundos del Espíritu de Dios. Pero espero que los docentes no hayan cruzado ya la línea donde se entregan a la dureza de corazón y la ceguera mental. Si otra vez son visitados por el Espíritu Santo, espero que no llamen a la rectitud pecado, y al pecado rectitud.

Hay necesidad de conversiones de corazón entre los docentes. Se requiere un cambio genuino de pensamientos y métodos de enseñanza para colocarlos donde tendrán una relación personal con un Salvador viviente. Una cosa es asentir la obra del Espíritu Santo en la conversión, y otra cosa aceptar la acción del Espíritu como reprobador, llamando al arrepentimiento. Es necesario que tanto docentes como alumnos no sólo asientan a la verdad sino que tengan un conocimiento profundo, práctico, de las operaciones del Espíritu. Sus reconvenciones vienen por causa de la incredulidad de los profesos cristianos. Dios se acercará a los estudiantes porque están siendo desviados por los educadores en quienes pusieron su confianza; pero tanto docentes como estudiantes necesitan reconocer la voz del Pastor.

Ustedes, quienes por largo tiempo han perdido el espíritu de oración, oren, oren con fervor: “Ten compasión de tu causa que sufre; ten compasión de la iglesia; ten compasión de los creyentes individualmente, oh Padre de las misericordias. Quítanos todo lo que contamina, niéganos lo que desees, pero no quites de nosotros tu Espíritu Santo”.

Hay y habrá siempre personas que no se mueven con sabiduría; quienes, si se hablan palabras de duda o de incredulidad, se desharán de sus convicciones y decidirán seguir su propia voluntad; y por causa de sus deficiencias, Cristo ha sido reprochado. Pobres, finitos mortales han juzgado el rico y precioso derramamiento del Espíritu, y lo condenaron, como los judíos condenaron la obra de Cristo. Que en toda institución de Estados Unidos se entienda que a ustedes nos se les encomendó dirigir la obra del Espíritu Santo y decir en qué forma ha de presentarse a sí mismo. Han sido culpables de hacer esto. Mi oración es que el Señor los perdone. En lugar de ser reprimido y expulsado, como lo fue, el Espíritu Santo debiera ser bienvenido y alentarse su presencia. Cuando se santifiquen mediante la obediencia a la Palabra, el Espíritu les dará vislumbres de las cosas celestiales. Cuando busquen a Dios con humillación y fervor, las palabras que han hablado con acentos gélidos arderán en vuestro corazón; entonces la verdad no languidecerá sobre vuestras lenguas.

El interés eterno debiera ser el gran tema de docentes y estudiantes. Debiera prevenirse estrictamente la conformidad con el mundo. Los docentes necesitan ser santificados por la verdad, y lo más importante debiera ser la conversión de sus estudiantes, para que puedan tener un corazón nuevo y una vida nueva. El objetivo del gran Maestro es la restauración de la imagen de Dios en el alma, y todo docente en nuestras escuelas [y colegios] debiera actuar en armonía con este propósito.

Docentes, confíen en Dios y sigan adelante. “Bástate mi gracia” es lo que nos asegura el gran Maestro. Capten la inspiración de las palabras, y nunca, nunca, hablen dudas e incredulidad. Sean enérgicos. No hay servicio a medias en la religión pura y sin mancha. “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente” [2 Cor. 12:9; Mat. 22:37]. Se exige la más elevada aspiración santificada por parte de quienes creen en la Palabra de Dios.

Docentes, digan a sus estudiantes que el Señor Jesucristo ha preparado todo lo necesario para que avancen, venciendo y para vencer. Llévenlos a confiar en la promesa divina: “Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada. Pero pida con fe, no dudando nada, porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor, ya que es persona de doble ánimo e inconstante en todos sus caminos” [Sant. 1:5-8].

De Dios, la fuente de sabiduría, procede todo el conocimiento que es de valor para el hombre, todo lo que el intelecto puede captar o retener. El fruto del árbol que representa el bien y el mal no debe ser ávidamente cosechado, porque lo recomienda alguien que una vez fue un ángel de brillante gloria. Dijo que si los hombres comen de él conocerían el bien y el mal. Pero no lo toquen. El verdadero conocimiento no viene de incrédulos o malvados. La Palabra de Dios es luz y verdad. La luz verdadera emana de Jesucristo, quien “alumbra a todo hombre” que viene a este mundo [Juan 1:9]. Del Espíritu Santo procede el conocimiento divino. Él sabe qué necesita la humanidad para promover la paz, felicidad y reposo aquí, en este mundo, y un seguro reposo eterno en el reino de Dios.

“Yo, Jesús, he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana. Y el Espíritu y la esposa dicen: ‘¡Ven!’ El que oye, diga: ‘¡Ven!’ Y el que tiene sed, venga. El que quiera, tome gratuitamente del agua de la vida” [Apoc. 22:16, 17].–*Special Testimonies on Education*, 12 de junio de 1896.

56

Ejemplo de Cristo versus formalismo

Del Señor Jesucristo durante su juventud se ha dado el siguiente testimonio divino: “El niño crecía y se fortalecía, se llenaba de sabiduría y la gracia de Dios era sobre él”. Después de la visita a Jerusalén, en su adolescencia, regresó con sus padres “y volvió a Nazaret, y les estaba sujeto... Y Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia para con Dios y los hombres” [Luc. 2:40, 51, 52].

En los días de Cristo, los educadores de la juventud eran formalistas. Durante su ministerio, Jesús declaró a los rabinos: “Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios”. Y los acusó de enseñar “como doctrinas, mandamientos de hombres” [Mat. 22:29; Mar. 7:7]. Se estudiaba la tradición, y se la amplificaba y reverenciaba muy por encima de las Escrituras. Los dichos de los hombres, y una ronda interminable de ceremonias, ocupaba una porción tan grande de la vida del estudiante que se descuidaba la educación que imparte un conocimiento de Dios. Los grandes maestros estaban ampliando continuamente las cosas pequeñas, especificando cada detalle a observarse en las ceremonias religiosas y haciendo de su observancia un asunto de la más elevada obligación. Daban diezmo de “la menta, el anís y el comino” mientras omitían “lo más importante de la Ley: la justicia, la misericordia y la fe” [Mat. 23:23]. De ese modo se había introducido una masa de basura que ocultaba de la vista de los jóvenes los grandes elementos esenciales del servicio a Dios.

En el sistema educativo [de aquellos días] no había lugar para ese tipo de experiencia personal en la cual el alma aprende por sí misma el poder de un “Así dice Jehová”, y obtiene esa dependencia respecto de la Palabra divina que es la única que puede traer paz y poder con Dios. Ocupados con la ronda de formalidades, los

estudiantes de esas escuelas no encontraban horas tranquilas en las cuales tener comunión con Dios y oír su voz hablando a su corazón. Lo que los rabinos consideraban educación superior era en realidad el mayor obstáculo para la verdadera educación. Se oponía a todo desarrollo real. Bajo su instrucción las facultades de los jóvenes eran reprimidas, y su mente quedaba abarrotada y estrechada.

Se les enseñó a los hermanos y hermanas de Jesús las multitudinarias tradiciones y ceremonias de los rabinos, pero no hubo manera de inducir a Cristo a interesarse por esos asuntos. Mientras oía a cada paso “Tú harás” y “Tú no harás”, él se movía con independencia de esas restricciones. Los requerimientos de la sociedad y los de Dios siempre estaban en colisión; y si bien en su juventud no hizo un ataque directo contra las costumbres o preceptos de los eruditos maestros, no se hizo estudiante en sus escuelas.

Jesús se negaba a seguir toda costumbre que requiriera apartarse de la voluntad de Dios, ni aceptó colocarse bajo la instrucción de los que exaltaban las palabras de los hombres por encima de la Palabra de Dios. Excluyó de su mente todos los sentimientos y formalidades que no se cimentaban en Dios. No deseaba dar lugar a que estas cosas influyesen sobre él. Por eso enseñó que es mejor prevenir el mal que tratar de corregirlo después de que se arraiga en la mente. Y Jesús no quería conducir a otros mediante su ejemplo a colocarse donde serían corrompidos. Ni quiso colocarse sin necesidad en una posición donde entraría en conflicto con los rabíes, lo cual, con el correr de los años, haría que se debilitase su influencia sobre la gente. Por las mismas razones no fue posible inducirlo a observar las formalidades sin sentido ni a recitar las máximas que posteriormente, durante su ministerio, condenaría tan resueltamente.

Aunque Jesús estuvo sujeto a sus padres, comenzó a una edad muy temprana a actuar por sí mismo en la formación de su carácter. Si bien su madre era su primera maestra humana, recibía

constantemente una educación de parte de su Padre en el Cielo. En vez de concentrarse en el conocimiento transmitido por los rabinos de siglo en siglo, Jesús, bajo el Maestro divino, estudiaba las palabras de Dios, puras y sin corrupción, y también estudiaba el gran libro de texto que es la naturaleza. La frase “Así dice Jehová” estaba siempre en sus labios, y un “Escrito está” era su razón para cada acto que divergía de las costumbres familiares. Trajo a la vida de hogar una atmósfera más pura. Aunque no se puso bajo la instrucción de los rabinos por hacerse estudiante en sus escuelas, sin embargo a menudo entraba en contacto con ellos, y las preguntas que hacía, como si fuera un aprendiz, intrigaban a los sabios; porque sus prácticas no armonizaban con las Escrituras y no tenían la sabiduría que viene de Dios. Aun para aquellos a quienes no agradaba su incumplimiento de las costumbres populares, la educación de Jesús les parecía de un tipo superior a la propia.

La vida de Jesús dio evidencias de que esperaba mucho, y por tanto intentaba mucho. Desde su misma niñez fue la luz verdadera que brilla entre las tinieblas morales del mundo. Se reveló a sí mismo como la verdad y guía de los hombres. Sus conceptos de verdad y su poder para resistir la tentación fueron proporcionales a su conformidad con esa Palabra que él mismo inspirase a los santos hombres escribirla. La vida de Jesús se caracterizó por la comunión con Dios, una completa entrega del alma a él, y el cumplimiento de su Palabra sin tener en cuenta la falsa educación o las costumbres y tradiciones de su tiempo.

Estar siempre en un torbellino de actividad, buscando mediante alguna acción externa mostrar su religiosidad superior, era, en la consideración de los rabinos, la suma de la religión, aunque al mismo tiempo, por su constante desobediencia a la Palabra de Dios, pervirtieran el camino del Señor. Pero la educación que Dios respalda conducirá a los hombres a buscar a Dios, “si en alguna manera, palpando, puedan hallarlo” [Hech. 17:27]. El infinito no está, ni estará jamás, limitado por organizaciones o planes humanos. Toda alma debe tener una experiencia personal en cuanto a obtener un conocimiento de la voluntad y los caminos de Dios. En todos los

que están bajo la instrucción de Dios debe revelarse una vida que no está en armonía con el mundo, sus costumbres, su práctica o sus experiencias. Por medio del estudio de las Escrituras, mediante la oración ferviente, pueden oír el mensaje que les envía: “Estad quietos y conoced que yo soy Dios” [Sal. 46:10]. Cuando se silencia toda otra voz, cuando se deja de lado todo interés terrenal, el silencio del alma hace claramente distinguible la voz de Dios. Aquí se encuentra reposo en él. La paz, el gozo, la vida del alma es Dios.

Cuando el niño busca acercarse mucho más a su padre que a cualquier otra persona está mostrando su amor, su fe, su perfecta confianza. Y en la sabiduría y fortaleza del padre el hijo descansa sintiéndose seguro. Así es también con los hijos de Dios. El Señor nos manda: “Mirad a mí y sed salvos”; “Venid a mí... y yo os haré descansar”; “Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada” [Isa. 45:22; Mat. 11:28; Sant. 1:5].

“Así ha dicho Jehová: ‘¡Maldito aquel que confía en el hombre, que pone su confianza en la fuerza humana, mientras su corazón se aparta de Jehová! Será como la retama en el desierto, y no verá cuando llegue el bien, sino que morará en los sequedales en el desierto, en tierra despoblada y deshabitada. ¡Bendito el hombre que confía en Jehová, cuya confianza está puesta en Jehová!, porque será como el árbol plantado junto a las aguas, que junto a la corriente echará sus raíces, No temerá cuando llegue el calor, sino que su hoja estará verde. En el año de sequía no se inquietará ni dejará de dar fruto’ ” [Jer. 17:5-8].–*Special Testimonies on Education*, 27 de agosto de 1896.

LECTURA ADICIONAL

- *Youth’s Instructor*, 8 de octubre de 1896, “The Child Life of Jesus” [La niñez de Jesús].

57

Un ejemplo divino

Desde los primeros tiempos los fieles en Israel habían prestado mucha atención al asunto de la educación. El Señor había ordenado que los niños, desde sus más tiernos años, fueran instruidos acerca de su bondad y grandeza, especialmente como se revelan en su ley, y que se los mostraran en la historia de Israel. Por medio del canto y la oración, y de lecciones tomadas de las Escrituras y adaptadas a las mentes en formación, padres y madres debían enseñar a sus hijos que la ley de Dios es una expresión del carácter divino, y que al recibir los principios de la ley en el corazón, la imagen de Dios se delineaba en la mente y el alma. Tanto en la escuela como en la casa, mucha de la enseñanza era oral, pero los jóvenes también aprendían a leer las escrituras hebreas, y los rollos de pergamino de las escrituras del Antiguo Testamento estaban disponibles para su estudio.

En los días de Cristo la instrucción religiosa de los jóvenes era considerada tan importante que se veía al pueblo o ciudad que no tuviera escuelas para este propósito como bajo la maldición de Dios. Sin embargo tanto en la escuela como en la casa la instrucción se había vuelto mecánica y formalista. Puesto que “debía ser en todo semejante a sus hermanos” (Heb. 2:17), y Jesús adquiría conocimiento de la misma manera como podemos hacerlo nosotros, el conocimiento íntimo de las Escrituras que evidenció en su ministerio testifica de la diligencia con que se entregó, en esos primeros años, al estudio de la Santa Palabra.

Y día a día adquiría conocimiento tomado de la gran biblioteca de la naturaleza animada e inanimada. El Ser que había creado todas las cosas era ahora hijo de la humanidad, y estudiaba las lecciones que su propia mano había escrito en tierra, mar y cielo. Las parábolas, con las cuales durante su ministerio gustaba de enseñar

sus lecciones sobre la verdad, demuestran cuán abierto estaba su espíritu a las influencias de la naturaleza y cómo, en su juventud, se había deleitado en recoger las enseñanzas espirituales a partir del entorno de su vida diaria. Para Jesús los alcances de la Palabra y obras de Dios fueron haciéndose claros gradualmente, mientras procuraba entender la razón de las cosas, así como cualquier joven puede procurar entender. Suya era la cultura de santos pensamientos y momentos de comunión. Todas las ventanas de su alma estaban abiertas hacia el sol; y en la luz del Cielo su naturaleza espiritual se hizo fuerte, y su vida manifestó la sabiduría y gracia de Dios.

Todo niño puede adquirir conocimiento como Jesús lo hizo: a partir de las obras de la naturaleza y las páginas de la Santa Palabra de Dios. Al tratar de familiarizarnos con nuestro Padre celestial a través de su Palabra, los ángeles se nos acercarán, nuestra mente se fortalecerá, nuestro carácter se elevará y refinará, y nos volveremos más semejantes a nuestro Salvador. Y al contemplar lo hermoso y grandioso en la naturaleza, nuestros afectos se volverán hacia Dios; en tanto que el espíritu queda admirado, el alma se vigorizará al entrar en contacto con el Infinito mediante sus obras. La comunión con Dios a través de la oración desarrolla las capacidades mentales y morales, y las facultades espirituales se fortalecen al cultivar pensamientos sobre las cosas espirituales.

La vida de Jesús fue una vida de armonía con Dios. Cuando era niño, pensaba y hablaba como niño, pero ningún vestigio de pecado desfiguraba la imagen de Dios en él. Desde el primer atisbo de inteligencia estuvo creciendo continuamente en la gracia celestial y el conocimiento de la verdad.–*Special Testimonies on Education*, pp. 157-159 (1896).

58

La Biblia, el libro de texto más importante para nuestras escuelas y colegios

La Biblia es la revelación de Dios a nuestro mundo, la cual nos habla del carácter que debemos tener con el fin de alcanzar el paraíso de Dios. Hemos de estimarla como el manifiesto divino sobre las cosas eternas, aquellas cuyo conocimiento tiene las más importantes consecuencias. El mundo la hace a un lado, como si su utilidad estuviera agotada, pero miles de años de investigación no agotarían el tesoro escondido que contiene. Sólo la eternidad revelará la sabiduría de este libro. Las joyas enterradas en él son inagotables, porque es la sabiduría de una mente infinita.

En ninguna era ha aprendido el ser humano todo lo que puede aprenderse de la Palabra de Dios. Sigue habiendo nuevos panoramas de verdad para contemplar, y mucho para comprender sobre el carácter y los atributos de Dios: su benevolencia, su misericordia, su larga paciencia, su ejemplo de perfecta obediencia. “Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros lleno de gracia y verdad; y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre” [Juan 1:14]. Este es el estudio más valioso, pues exige al intelecto y fortalece la capacidad mental. Después de escudriñar con diligencia la Palabra se descubren tesoros escondidos, y quien tiene amor por la verdad prorrumpe triunfalmente: “Indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria”. “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús. Él, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomó la forma de siervo y se hizo semejante a los hombres” [1 Tim. 3:16; Fil. 2:5-7].

La Biblia, plenamente aceptada y estudiada como la voz de Dios, dice a la familia humana cómo llegar a las moradas de eterna felicidad y asegurarse los tesoros del Cielo. “Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” [2 Tim. 3:16, 17]. Entonces, ¿somos tan torpes que no somos capaces de entenderla? ¿Cultivaremos un profundo apetito por las producciones de los autores eruditos y pasaremos por alto la Palabra de Dios? Son esas ansias por algo que nunca debieran haber deseado lo que hace que los hombres reemplacen el conocimiento por aquello que no puede hacerlos sabios para salvación.

“No os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo con nuestros propios ojos su majestad, pues cuando él recibió de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada desde la magnífica gloria una voz que decía: ‘Este es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia’. Y nosotros oímos esta voz enviada del cielo, cuando estábamos con él en el monte santo. Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones. Pero ante todo entended que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo”. “Las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que, por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza”. “Ocúpate en estas cosas; permanece en ellas, para que tu aprovechamiento sea manifiesto a todos”. “¡Ciertamente como hierba es el pueblo! La hierba se seca y se marchita la flor, mas la palabra del Dios nuestro permanece para siempre” [2 Ped. 1:16-21; Rom. 15:4; 1 Tim. 4:15; Isa. 40:7d, 8].

Es por el examen atento de la Biblia que se fortifica, refina y eleva la mente. Si no hubiera otro libro en todo el ancho mundo, la Palabra

de Dios, cuando se la vive por la gracia de Cristo, haría perfecto al hombre en este mundo, con un carácter adecuado para la futura vida inmortal. Los que estudian la Palabra, aceptándola con fe como la verdad, y recibiéndola en el carácter, estarán completos en aquel que es todo en todos. Gracias a Dios por las posibilidades que ha puesto ante la humanidad. Pero un estudio de muchos autores diferentes confunde y cansa la mente, y tiene una influencia perniciosa sobre la vida religiosa. En la Biblia se especifican claramente los deberes del hombre hacia Dios y sus semejantes, pero sin un estudio de la Palabra, ¿cómo pueden cumplirse estos requisitos? Debemos tener un conocimiento de Dios, porque Cristo dijo que “esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” [Juan 17:3].

No se consideren verdad los asertos humanos cuando contradigan la Palabra de Dios. El Señor Dios, el Creador de los cielos y la Tierra, la fuente de toda sabiduría, no es inferior a nadie. Pero estos supuestos grandes autores, que han dado a nuestras escuelas sus textos de estudio, son aceptados y glorificados aunque no tienen una conexión vital con Dios. Por tal estudio el hombre ha sido llevado lejos de Dios por sendas prohibidas; la mentes se han cansado a muerte con una tarea innecesaria, y todo por tratar de obtener lo que para ellas es como el conocimiento por el que Adán y Eva desobedecieron a Dios para tratar de obtenerlo. Si Adán y Eva nunca hubieran tocado el árbol del conocimiento habrían estado allí donde el Señor podía impartirles el conocimiento que viene de su Palabra, conocimiento del que no hubieran tenido que desprenderse junto con las demás cosas de este mundo sino que podrían haber llevado consigo al paraíso de Dios. Pero hoy los jóvenes de ambos sexos pasan años adquiriendo una educación que no es más que madera y hojarasca, la cual habrá de ser destruida en la última gran conflagración. Muchos pasan años de su vida en el estudio de libros para obtener una educación que perecerá con ellos. Dios no reconoce valor a tal educación. Esta supuesta sabiduría obtenida del estudio de diferentes autores ha excluido y disminuido la luminosidad y el valor de la Palabra de Dios. Muchos estudiantes han salido del colegio sin la capacidad de aceptar la Palabra de Dios

con la reverencia y el respeto que le daban antes de entrar, con su fe eclipsada por su esfuerzo por sobresalir en las distintas materias. No se hizo de la Biblia la norma de su educación, sino que se puso ante ellos libros mezclados con incredulidad y que propagan teorías malsanas.

No hay nada que ennoblezca y vigorice tanto como un estudio de los grandes temas que conciernen a nuestra vida eterna. Procuren los estudiantes captar esas verdades que Dios nos ha entregado; busquen sondear esas cosas preciosas, y su mente se expandirá y fortalecerá con el esfuerzo. Pero una mente atiborrada con una masa de materiales que nunca será capaz de usar es una mente empequeñecida y debilitada, porque sólo ha estado ocupada en la tarea de tratar con materiales triviales. No se le impuso la tarea de considerar las altas y elevadoras revelaciones que emanan de Dios.

"De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna" [Juan 3:16]. Cuando se convoque a la mente a considerar estos grandes temas, se elevará más y más alto en la comprensión de estos asuntos de importancia eterna, dejando caer las cuestiones de menos valor e insignificantes como peso muerto.

Todas las materias innecesarias deben ser expurgadas del programa de estudios, y presentar al estudiante sólo las que serán de valor real para él. Sólo con estas últimas necesita familiarizarse, para asegurarse por sí mismo esa vida que se mide con la vida de Dios. Y al aprender sobre estas, su mente se fortalecerá y expandirá como la mente de Cristo y la de Juan el Bautista. ¿Qué fue lo que hizo grande al Bautista? Cerrar su mente a la masa de tradiciones que enseñaban los maestros de la nación judía y abrirla a la "sabiduría que viene de lo alto" [*cf.* Sant. 3:15, 17]. Antes de su nacimiento, el Espíritu Santo testificó sobre Juan: "Será grande delante de Dios. No beberá vino ni sidra, y será lleno del Espíritu Santo aun desde el vientre de su madre. Hará que muchos de los hijos de Israel se conviertan al Señor, su Dios. E irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías, para hacer volver los corazones

de los padres a los hijos y de los rebeldes a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto". Y en su profecía, Zacarías dijo de Juan: " 'Y tú, niño, profeta del Altísimo serás llamado, porque irás delante de la presencia del Señor para preparar sus caminos, para dar conocimiento de salvación a su pueblo, para perdón de sus pecados, por la entrañable misericordia de nuestro Dios, con que nos visitó desde lo alto la aurora, para dar luz a los que habitan en tinieblas y en sombra de muerte, para encaminar nuestros pies por camino de paz'. El niño crecía y se fortalecía en espíritu, y estuvo en lugares desiertos hasta el día de su manifestación a Israel" [Luc. 1:15-17, 76-80].

Simeón dijo de Cristo: "Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra, porque han visto mis ojos tu salvación, la cual has preparado en presencia de todos los pueblos; luz para revelación a los gentiles y gloria de tu pueblo Israel... Y Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia para con Dios y los hombres" [Luc. 2:29-32, 52]. Jesús y Juan fueron representados, por los educadores de sus días, como ignorantes porque no habían estudiado bajo su dirección. Pero el Dios del Cielo fue su maestro, y todos los que los oían se maravillaban de su conocimiento de las Escrituras no habiendo estudiado jamás. Es verdad, no estudiaron con ellos, pero de Dios habían aprendido la más elevada clase de sabiduría.

El juicio de los hombres, aun el de profesores, puede errar por mucho respecto de lo que constituye una verdadera educación. Los maestros de los días de Cristo no educaban a los jóvenes en el conocimiento correcto de las Escrituras, sobre las cuales se cimienta toda educación que merezca ese nombre. Cristo declaró a los fariseos: "Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios", "enseñando como doctrinas mandamientos de hombres" [Mat. 22:29; 15:9]. Y él oró por sus discípulos: "Santifícalos en la verdad: tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo. Por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad" [Juan 17:17-19].

“Continuó hablando Jehová a Moisés, y le dijo: ‘Tú hablarás a los hijos de Israel y les dirás: En verdad vosotros guardaréis mis sábados; porque es una señal entre mí y vosotros por vuestras generaciones, para que sepáis que yo soy Jehová que os santifico...’ Seis días se trabajará, pero el día séptimo es día de descanso consagrado a Jehová. Cualquiera que trabaje en sábado, de cierto morirá” [Éxo. 31:12, 13, 15]. ¿Ha tenido éxito Satanás en eliminar la santidad del día que ha sido así distinguido de todos los demás? Ha tenido éxito en colocar otro día en su lugar, pero del sábado jamás podrá retirar la bendición de Jehová. “Guardarán, pues, el sábado los hijos de Israel, celebrándolo a lo largo de sus generaciones como un pacto perpetuo” [v. 16]. ¿Qué puede ser más claro y definido que estas palabras? ¿Acaso ha cambiado Dios? Él seguirá siendo el mismo por toda la eternidad, pero los hombres se buscaron “muchas perversiones” [Ecl. 7:29].

La Biblia está llena de conocimiento, y todos los que se allegan a estudiarla con un corazón pronto a entender encontrarán que la mente se amplía y las facultades se fortalecen para comprender esas preciosas verdades de tan largo alcance. El Espíritu Santo las imprimirá sobre la mente y el alma. Pero los que instruyen a los jóvenes necesitan primero hacerse necios antes de hacerse sabios. Si pasan por alto un claro “Así dice Jehová” y arrancan del árbol del conocimiento lo que Dios les prohibió tener, o sea un conocimiento de la desobediencia, su transgresión los lleva a la condenación y el pecado. ¿Ensalzaremos a tales hombres por su amplio conocimiento? ¿Nos sentaremos a los pies de los que hacen a un lado las verdades que santifican el alma? “Vivo yo, dice Jehová el Señor, que con mano fuerte y brazo extendido, y en el ardor de mi ira, he de reinar sobre vosotros” [Eze. 20:33]. ¿Por qué no prestan oídos a estas advertencias los educadores de nuestros días? ¿Por qué viven tropezando sin saber en qué están tropezando? Es porque Satanás ha enceguecido sus ojos, y [porque,] por precepto y por ejemplo, presentan la pieza de tropiezo de su iniquidad ante los demás. De ese modo otros ojos se enceguecen, y quienes debieran caminar en la luz caminan en las tinieblas, porque no contemplan con firmeza a Jesús, la luz del mundo.

A los reformadores se les dio mucha luz, pero muchos de ellos aceptaron la sofistería del error a través de la interpretación errónea de las Escrituras. Estos errores nos han llegado a través de los siglos, pero a pesar de su venerable edad, no tienen por detrás el respaldo de un “Así dice Jehová”. Porque el Señor ha dicho: “No... mudaré lo que ha salido de mis labios” [Sal. 89:34]. En su gran misericordia el Señor ha permitido que una luz aun más abundante resplandezca en estos últimos días. A nosotros nos ha enviado su mensaje, revelando su ley y mostrándonos qué es verdad.

En Cristo está el manantial de todo conocimiento. En él se centran nuestras esperanzas de vida eterna. Es el mayor Maestro que haya conocido el mundo, y si deseamos dar más amplitud a la mente de los niños y jóvenes y ganarlos, de ser posible, para el amor a la Biblia, entonces debiéramos fijar su mente en la verdad pura y simple, excavando lo que se ha sepultado bajo la basura de la tradición y haciendo que las gemas brillen. Aliéntenlos a examinar estos temas, y el esfuerzo que requiera será una preciosa disciplina. La manifestación de Dios tal como lo representó Jesucristo brinda un tema grandioso para contemplar, y, si se lo estudia, agudizará la mente y elevará y ennoblecerá las facultades. A medida que el agente humano aprende estas lecciones en la escuela de Cristo, tratando de llegar a ser como Cristo –manso y humilde de corazón–, aprenderá la lección más útil de todas: Que el intelecto es supremo sólo cuando está santificado por una conexión viviente con Dios.

La instrucción y advertencia que da la Palabra de Dios con respecto a los falsos pastores debiera adquirir importancia entre los profesores y alumnos de nuestros colegios. Debiera advertirse a los estudiantes que no tomen tales pastores como su autoridad suprema. ¿Qué necesidad hay de que los estudiantes encapsulen su educación asistiendo a la universidad de Ann Arbor para recibir el acabado final? Esto resultó ser, para muchos, el toque final en cuanto a espiritualidad y fe en la verdad. Es una disciplina innecesaria el abrir la mente a la siembra de la cizaña entre el trigo; y no agrada a nuestro gran Maestro que glorifiquemos a profesores que no tienen oídos para oír ni mente para comprender un sencillo

“Así dice Jehová”. Al honrar de ese modo a los que educan en dirección directamente opuesta a la verdad no recibimos la aprobación de Dios. Que las palabras del Señor, pronunciadas al mundo a través del profeta Isaías [y de David], reciban nuestra atención: “Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad y cuyo nombre es el Santo: ‘Yo habito en la altura y la santidad, pero habito también con el quebrantado y humilde de espíritu, para reavivar el espíritu de los humildes y para vivificar el corazón de los quebrantados’ ”. “Cercano está Jehová a los quebrantados de corazón y salva a los contritos de espíritu”. Dice el Señor: “Miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu y que tiembla a mi palabra” [Isa. 57:15; Sal. 34:18; Isa. 66:2]. Los humildes que buscan a Dios tienen sabiduría para vida eterna.

La mayor sabiduría, y la más esencial, es el conocimiento de Dios. El yo se hunde en la insignificancia al contemplar a Dios y a Jesucristo, a quien él enviara. La Biblia debe ser el fundamento de todo estudio. En forma individual debemos aprender en este libro de texto lo que Dios nos ha dado: la condición para la salvación de nuestra alma; porque es el único libro que nos dice qué debemos hacer para ser salvos. No sólo esto, sino que de él podemos recibir fortaleza para el intelecto. Los muchos libros que se piensa abarcan la educación son engañosos, un fraude y un espejismo. “¿Qué tiene que ver la paja con el trigo?” [Jer. 23:28]. Satanás está ahora excitando la mente de los hombres para proveer al mundo de libros de una clase ordinaria, superficial, pero que fascina la mente y la inmoviliza en una red que es un artificio satánico. Después de leer esos libros la mente vive en un mundo irreal, y la vida, en lo que tiene que ver con su utilidad, está tan infructuosa como un árbol estéril. Se intoxica el cerebro, con lo que se hace imposible que le lleguen las realidades eternas, las cuales son esenciales para la vida actual y la futura. Una mente que se ha educado para alimentarse de basura es incapaz de ver en la Palabra de Dios la belleza allí presente. Se pierde el amor por Jesús y la inclinación a la rectitud, porque la mente se construye con aquello de lo cual se alimenta. Al alimentar la mente con emocionantes relatos de ficción, una persona está trayendo al fundamento “madera, heno y

hojarasca” [1 Cor. 3:12]. Entonces tal persona pierde todo gusto por el divino Libro guía, y no desea estudiar el carácter que debe formar para residir con las huestes de los redimidos y habitar en las mansiones que Cristo fue a preparar.

Dios con toda bondad nos ha concedido un tiempo de gracia en el cual prepararnos para la prueba a la que seremos sometidos. Se nos ha dado toda ventaja gracias a la mediación de Cristo. Si el agente humano estudia la Palabra, verá que se ha brindado toda facilidad a los que procuran ser vencedores. El Espíritu Santo está presente para dar fuerzas para la victoria, y Cristo ha prometido: “Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” [Mat. 28:20].–*Special Testimonies on Education*, pp. 147-157 (1896).

LECTURAS ADICIONALES

- *Special Testimonies on Education* (1896). Ver allí otros capítulos, además de los ya transcriptos.
- *Youth’s Instructor*, 7 de enero de 1897, “A Lesson from One of the Prophets of God” [Una lección de uno de los profetas de Dios].
- *Youth’s Instructor*, 4 de febrero de 1897, “Worldly Amusements” [Diversiones mundanas].
- *Review and Herald*, 6 y 13 de abril de 1897, “Words to Parents” [Palabras a los padres].
- *Youth’s Instructor*, 6 de mayo de 1897, “Benefits of Nature” [Beneficios de la naturaleza].
- *Bible Echo*, 28 de junio de 1897, “Don’t Send the Children too Early to School” [No enviar a los niños demasiado temprano a la escuela].

59

Disciplina escolar correcta

Teníamos en la escuela de ---- ciertos alumnos rebeldes, con predisposición a pasar por alto las instrucciones dadas en la Palabra de Dios, y por medio de su conducta traicionar los deberes sagrados. El Señor los miró desde el Cielo y contempló sus prácticas engañosas, y su falsa negación de sus acciones. Se trabajó fielmente por ellos, pero estaban demasiado cerca de la ciudad y constantemente surgían tentaciones. Olvidaron ser fieles y leales a la santa ley de Dios. Transgredieron sus mandamientos. Se volvieron vanidosos, y revelaron que como estudiantes no tenían integridad moral para ser fieles. Parecía haber una agencia satánica que actuaba para desanimar a los profesores y desmoralizar la escuela. Algunos que actuaban como profesores no ejercían una influencia correcta. Cuando cada partícula de influencia debió haberse colocado del lado de la disciplina y el orden, estos profesores –conocedores de las aflicciones que tales estudiantes desordenados estaban depositando sobre el director y sus colaboradores, quienes a su vez estaban sobrecargados y agobiados y buscaban al Señor fervientemente– mostraban simpatía por quienes estaban sirviendo intensamente al enemigo. Los estudiantes –los malhechores– lo sabían. Algunos se atrevieron a exhibir su conducta errónea, hasta que se los confrontó con tal fuerza que reconocieron haber desobedecido los reglamentos de la escuela y después habían tratado de ocultarlo con falsedades.

El personal docente se reunió en privado como junta escolar para considerar qué más convenía hacer. Hubo una voz en esta interconsulta que trató de contrarrestar los planes presentados para mantener disciplina y orden. Esta voz simpatizante dejó caer palabras indiscretas a los estudiantes con referencia a los asuntos considerados en la junta. Estas cosas fueron captadas por los estudiantes. Pensaban que esta profesora tenía la razón, que era

muy inteligente. Tenía simpatía por los malhechores. De ese modo no se fortalecieron las manos de los que llevaban una carga pesada, sino que se las debilitó. Los esfuerzos hechos para reprimir el mal fueron considerados ásperos y faltos de caridad. Y se repetía, junto con otros dichos insípidos: “Los jóvenes necesitan sus momentos de diversión”. Una palabra aquí y otra más allá dejaron su influencia perniciosa, y los malhechores supieron que había en la escuela quienes no pensaban que su conducta engañosa y falsa fuese un gran pecado. Pero defender continuamente la causa del malhechor, dando poca importancia a su abandono de la rectitud, verdad y fiel integridad, es un pecado gravoso contra Dios.

Había algunos en la escuela a quienes se toleraba que continuaran en el año escolar porque no tenían recursos propios. Estos debieran haber hecho todo esfuerzo para aprovecharlo al máximo y de ese modo mostrar su gratitud a Dios, y por la bondad de los amigos que los estaban ayudando.

Cuando los jóvenes y señoritas se convierten de hecho y en verdad, todos los que se relacionan con ellos verán un cambio definido. Cesará su frivolidad; ya no se verá un continuo deseo de diversión y placer egoísta, ni el anhelo de algún tipo de cambio para estar en fiestas y excursiones.

Oigan las palabras del gran Maestro: “El pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo” [Juan 6:33]. No hace falta ser torpe e indolente, vivir sólo para la excitación vulgar, terrenal. Se da vida a todo creyente, así como consuelo y sobriedad. Todos pueden tener gozo, debido a la satisfacción de tener a Cristo como huésped permanente en el alma.

Cuando Jesús dijo a la multitud: “El pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo”, algunos en la multitud dijeron: “Señor, danos siempre este pan”. El pan del Cielo estaba en medio de ellos, pero no lo reconocían como el pan de vida. Entonces Jesús dijo claramente: “Yo soy el pan de vida. El que a mí viene nunca tendrá hambre; y el que en mí cree no tendrá sed jamás” [Juan 6:34, 35].

Este capítulo 6 de Juan contiene las lecciones más importantes y preciosas para todos los que están siendo educados en nuestras escuelas. Si quieren esa educación que permanezca a través del tiempo y por la eternidad, pongan en la vida práctica las maravillosas verdades de este capítulo. Todo el es muy instructivo, pero se lo entiende sólo débilmente. Instamos a los estudiantes a recibir estas palabras de Cristo, con el fin de entender los privilegios que tienen. El Señor Jesús nos enseña qué es él para nosotros, y que ventaja nos traerá a cada uno el comer sus palabras, tomando conciencia de que él es el gran centro de nuestra vida. ÉI dijo: “Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida” [Juan 6:63].

Al tener a Cristo en el corazón tenemos un ojo puesto en la gloria de Dios. Debiéramos tratar de comprender qué significa estar en completa unión con Cristo, la propiciación por nuestros pecados y por los pecados de todo el mundo [1 Juan 2:2], nuestro sustituto y garantía ante el Señor Dios del Cielo. Nuestra vida debiera estar ligada a la vida de Cristo; debiéramos extraer constantemente de él, participar de él, el pan vivo que descendió del Cielo, tomar de una fuente siempre fresca, que permanentemente brinda sus abundantes tesoros. Cuando esta sea verdaderamente la experiencia del cristiano se verá en su vida una frescura, simplicidad, modestia, mansedumbre y humildad de corazón que manifestarán a todos aquellos con quienes se relaciona que ha estado con Jesús y aprendido de él.

Esta experiencia es la que da a cada maestro precisamente la capacitación que lo hace un representante de Jesucristo. Los métodos de enseñanza de Cristo, si se los sigue, darán vigor y espontaneidad a sus expresiones y sus oraciones. Su testimonio en favor de Cristo no será estrecho, apagado y sin vida, sino que será como arar el campo, despertar la conciencia, abrir el corazón y prepararlo para las semillas de la verdad.

Nadie que trate con los jóvenes debiera ser de corazón duro, sino afectuoso, tierno, compasivo, cortés, simpático y sociable; pero debieran saber que hay reprensiones que deben darse, y que

incluso el reproche puede tener que pronunciarse para eliminar ciertos males. Alienten a los jóvenes para que glorifiquen a Dios al dar expresión a su gratitud al Señor por todas sus misericordias. Pronuncien sus acciones de gracia a menudo en el corazón y con la voz, y manifiéstense la abnegación y el sacrificio. Si los que afirman ser discípulos de Cristo comieran su carne y bebieran su sangre, que es su Palabra, tendrán vida eterna. Dice Cristo: “Yo lo resucitaré en el día final, porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él” [Juan 6:54-56].

“Como me envió el Padre viviente y yo vivo por el Padre, también el que me come vivirá por mí” [Juan 6:57]. ¿Cuántos han tenido esta experiencia? ¿Cuántos se dan cuenta del verdadero sentido de estas palabras? ¿Buscaremos cada uno entender por sí mismo la Palabra de Dios y ponerla en práctica? Esta Palabra, creída, es para cada alma verdaderamente convertida el don gratuito de la gracia. No se lo puede comprar con dinero. Debiéramos tomar conciencia continuamente del hecho de que no merecemos la gracia por nuestros méritos, porque todo lo que tenemos es un don de Dios. Él nos dice: “De gracia recibisteis, dad de gracia” [Mat. 10:8].

La atmósfera de los incrédulos es pesada y agobiante. La risa tonta, los chistes, las bromas, repugnan al alma que se está alimentando de Cristo. Para él la conversación ordinaria y tonta le resulta dolorosa. Lean con corazón humilde 1 Pedro 1:13-18. Aquellos a quienes les gusta conversar debieran cuidar de que sus palabras estén seleccionadas y bien elegidas. Cuídense de cómo hablan. Sean cuidadosos de la imagen que proyectan de la religión que aceptaron. Tal vez sientan que no es pecado chismear y hablar tonterías, pero eso contrista al Salvador y entristece a los ángeles del Cielo.

¿Qué testimonio presenta Pedro? “Desechad, pues, toda malicia, todo engaño, hipocresía, envidias y toda maledicencia, y desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación, ya que habéis gustado la

bondad del Señor” [1 Ped. 2:1-3]. Aquí se presenta otra vez con claridad el mismo principio. Nadie necesita cometer un error. Si como niños recién nacidos ustedes desean la leche no adulterada de la Palabra, por medio de la cual pueden crecer, no sentirán apetito para participar de un plato de detracción (hablar mal de otros), sino que toda comida semejante será inmediatamente rechazada, porque los que han gustado de la benignidad del Señor no pueden participar del plato de tonterías y necedades, y del hablar a espaldas de otros. Dirán resueltamente: “Llévense este plato. No quiero comer esa clase de comida. No es el pan que viene del Cielo. Es comer y beber del espíritu del mismo diablo, pues su ocupación es ser el acusador de los hermanos”.

Lo mejor es que cada alma examine atentamente qué comida mental se le sirve para comer. Cuando se les acercan esos que viven para hablar, y que están plenamente armados y equipados para decir “¡Denunciadlo, denunciémoslo!” [Jer. 20:10], deténganse y piensen si la conversación dará ayuda espiritual, eficiencia espiritual, para que en comunicación espiritual puedan comer la carne y beber la sangre del Hijo de Dios. “Acercándoos a él, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, pero para Dios escogida y preciosa” [1 Ped. 2:4]. Estas palabras expresan mucho. No debemos ser delatores, ni chismosos, ni soplones; ni hemos de prestar falso testimonio. Dios nos prohíbe ocuparnos de conversaciones frívolas, tontas, en bromear, hacer chistes o hablar cualquier palabra ociosa. Debemos dar a Dios razón de lo que decimos. Se nos traerá a juicio por nuestras palabras precipitadas, que no hacen bien al que las dice ni al que las oye. Por tanto hablemos todos palabras que tiendan a la edificación. Recuerden que son de valor para Dios. No permitan que conversaciones vulgares, tontas o malos principios integren vuestra experiencia cristiana.

“Escogida y preciosa”. Piensen, cada uno de los que pronuncian el nombre de Cristo: ¿Han gustado que el Señor es benigno? Esto, ¿ha llegado a ser parte de vuestra experiencia real, que en Juan 6 se representa como comer la carne y beber la sangre del Hijo de

Dios? Como niños recién nacidos, ¿están aprendiendo a desear la leche no adulterada de la Palabra, por medio de la cual pueden crecer? ¿Se convirtieron realmente en algún momento de vuestra vida? ¿Nacieron de nuevo? Si dicen “No”, entonces es tiempo de que obtengan la experiencia que Cristo dijo a uno de los principales que debía tener. “Os es necesario nacer de nuevo”. “El que no nace de nuevo no puede ver el reino de Dios” [Juan 3:7, 3]. Es decir, él no podía discernir los requisitos esenciales para tener parte en ese reino espiritual. “No te maravilles de que te dije: ‘Os es necesario nacer de nuevo’ ” [Juan 3:7]. Si abren su mente a la entrada de la Palabra de Dios, con la determinación de practicar esa Palabra, vendrá luz; porque la Palabra da entendimiento al simple.

Esta es precisamente la educación que necesita todo estudiante. Cuando se la obtiene, si están convertidos, la vida frívola que llevaban hasta entonces cambiará. El universo del Cielo contemplará caracteres que han sido transformados. El nivel frívolo, vulgar, será hecho a un lado, y sus pies se plantarán en el primer peldaño de la escalera, la cual es Cristo Jesús. Subirán paso a paso, un peldaño tras otro, rumbo al Cielo. Manifestarán a Cristo en su espíritu, palabras y acciones.

“Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo” [1 Ped. 2:5]. ¿Querrán los profesores y alumnos estudiar esta imagen, y ver si están en la clase que está obteniendo, mediante la gracia abundante que se otorga, una experiencia que está en armonía con la experiencia real y genuina que cada hijo de Dios debe poseer para entrar en el grado superior.

Cuando Nicodemo vino a Jesús, Cristo le expuso las condiciones de la vida divina al enseñarle el mismo ABC de la conversión. Nicodemo preguntó: “¿Cómo puede hacerse esto?”, y Jesús contestó: “Tú, que eres maestro de Israel, ¿no sabes esto?” [Juan 3:9, 10]. Esta pregunta podría haberse dirigido a muchos que ocupan puestos de responsabilidad como profesores, pero quienes

han descuidado la tarea que era para ellos esencial que realizaran antes de reunir las condiciones para enseñar. Si se recibieran las palabras de Cristo en el alma habría una inteligencia muy superior, y un conocimiento espiritual mucho más profundo sobre lo que constituye a alguien en un discípulo y sincero seguidor de Cristo. Cuando las pruebas y aflicciones vengan a cada alma, habrá apostasías. Hombres traidores, tercos, vanidosos y autosuficientes se apartarán de la verdad naufragando en su fe. ¿Por qué? Porque no cavaron hondamente para asegurar sus cimientos. No se clavaron a la Roca eterna. Cuando las palabras del Señor, a través de los mensajeros que eligió, llegan hasta ellos, murmuran y piensan que el camino se ha vuelto demasiado estrecho. Al igual que aquellos a quienes la gente los creía discípulos de Cristo, pero que se disgustaron con sus palabras y no anduvieron más con él, así estos se apartarán de Cristo.

"Nadie puede venir a mí, si el Padre, que me envió, no lo atrae; y yo lo resucitaré en el día final". ¿Cómo lo atrae el Padre? "Escrito está en los profetas: 'Y todos serán enseñados por Dios'. Así que, todo aquel que oye al Padre y aprende de él, viene a mí" [Juan 6:44, 45]. Están los que oyen, pero no aprenden la lección como estudiantes diligentes. Tienen una forma de piedad, pero no son creyentes. No conocen la verdad en la práctica. No reciben la Palabra implantada. "Por lo cual, desechando toda inmundicia y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas. Sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos. Si alguno es oidor de la palabra pero no hacedor de ella, ese es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural; él se considera a sí mismo y se va, y pronto olvida cómo era" [Sant. 1:21-24]. No recibió la impresión hecha en su mente cuando comparó su conducta con el gran espejo moral. No vio los defectos de su carácter. No se reformó, y olvidándose por completo de la impresión recibida, no se marchó por el camino de Dios sino por el suyo propio, y continuó sin haberse reformado.

Escuchen la única manera correcta de actuar para todo ser humano si quiere tener una experiencia segura, bien equilibrada. “Pero el que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado en lo que hace. Si alguno se cree religioso entre vosotros, pero no refrena su lengua, sino que engaña su corazón, la religión del tal es vana. La religión pura y sin mancha delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones y guardarse sin mancha del mundo” [Sant. 1:25-27]. Lleven esto a la práctica, para poner a prueba la religión pura y sin mácula, y la bendición de Dios vendrá con toda seguridad.

“Por lo cual también dice la Escritura: ‘He aquí, pongo en Sión la principal piedra del ángulo, escogida, preciosa; y el que crea en él, no será avergonzado’ ” [1 Ped. 2:6]. Noten la figura que aparece en el versículo 5: “Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo”. Entonces estas piedras vivas están ejerciendo una influencia palpable, práctica, en la casa espiritual del Señor. Son un sacerdocio santo que desempeña un servicio puro y sagrado. Ofrecen sacrificios espirituales, aceptables a Dios.

El Señor no aceptará un servicio en el cual no esté nuestro corazón, una ronda de ceremonias carentes en realidad de Cristo. Sus hijos deben ser piedras vivas en el edificio de Dios. Si todos se entregaran a Dios sin reservas, si dejaran de investigar y planear para su propia diversión, para excursiones y encuentros en busca del placer, y estudiaran las palabras: “Habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios” [1 Cor. 6:20], entonces ya no tendrían hambre ni sed de emociones o cambios. Pertenece a nuestro verdadero interés el ser espirituales, y si la salvación de nuestro pueblo depende de estar remachados a la Roca eterna, ¿no será mejor ocuparse de buscar lo que mantendrá todo el edificio

aferrado a la principal piedra del ángulo, para no confundirnos y quedar confusos en nuestra fe?

“Para vosotros, pues, los que creéis, él es precioso. En cambio para los que no creen: ‘La piedra que los edificadores desecharon ha venido a ser la cabeza del ángulo’ y: ‘Piedra de tropiezo y roca que hace caer’. Ellos, por su desobediencia, tropiezan en la palabra. ¡Ese es su destino!” [1 Ped. 2:7, 8]. Todos los hombres, mujeres y jóvenes están destinados para una tarea determinada. Pero algunos tropiezan ante la Palabra de verdad. No armoniza con sus inclinaciones, y entonces rehúsan ser hacedores de la Palabra. No quieren llevar el yugo de Cristo de perfecta obediencia a la ley de Dios. Consideran este yugo una carga, y Satanás les dice que si se deshacen de él serán como dioses. Nadie los gobernará ni dictará lo que deben hacer; serán capaces de poder actuar como les guste, y tener toda la libertad que deseen. Cierto, han estado oprimidos y restringidos a cada paso en su vida religiosa, pero esa vida religiosa era una farsa. Se los había destinado a ser colaboradores con Jesucristo, y tirar del yugo junto a Cristo era su única oportunidad de encontrar perfecto reposo y libertad. Si lo hubieran hecho, jamás se habrían confundido.

“Vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis [¿qué?, ¿vuestra suficiencia propia, y atraer la atención hacia ustedes mismos y buscar vuestra propia gloria? No, no] las virtudes de aquel que os llamó [¿a qué?, ¿a una vida dura y desagradable de servidumbre? No] de las tinieblas a su luz admirable” [1 Ped. 2:9].

¿Pensarán en el alto puesto al cual han sido designados? ¿Dejarán todo mal los que pronuncian el nombre de Cristo? ¿Nos sentiremos molestos, tú o yo, bajo el yugo de Cristo? Cuando acariciamos la inquietud y el amor por las diversiones, y por los momentos emocionantes de exhibición del yo al gozar y agradar la voluntad natural en lugar de hacer la voluntad de Dios, ¿habrá algún descanso? ¿Destrozarán el templo de Dios en vuestra vida por la visión frívola con que toman el cristianismo? “Mantened buena

vuestra manera de vivir entre los gentiles, para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, glorifiquen a Dios en el día de la visitación, al considerar vuestras buenas obras" [1 Ped. 2:12]. ¿Acaso no será la Palabra de Dios vuestro guía y director? ¿Será alguien tardo para estudiar esa Palabra? ¿Profesará alguien ser cristiano y sin embargo, por su curso de conducta, hará reprochable la fe nada más que por desear vivir para agradar a sus propias inclinaciones naturales? ¿Seguirán los tales, aunque profesen fe en la verdad, un curso de conducta que insulte esa fe y deshonre la verdad de origen celestial? ¿Quién aprecia las preciosas oportunidades que se le conceden en el tiempo de gracia para formar un carácter que Dios pueda aprobar, porque lleva el yugo de la obediencia que llevó Cristo? ¿Qué dice él al respecto? "Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas, porque mi yugo es fácil y ligera mi carga" [Mat. 11:29, 30].

Muchos de los que profesan creer en Cristo no llevan su yugo. Piensan que sí lo hacen, pero si no estuvieran seducidos y engañados por Satanás, tendrían pensamientos que correspondan con su fe y con las grandes verdades que profesan creer. Se darían cuenta de que las palabras de Cristo significan algo para ellos. "Si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame" [Mat. 16:24]. Si siguen a Jesucristo, son sus discípulos; si siguen vuestros propios impulsos, vuestro propio corazón no santificado, están diciendo claramente: "No quiero tu camino, oh Señor, sino el mío".

Debemos considerar la situación y decidir cuál es nuestro propósito. Tengo un profundo interés en los jóvenes de ambos sexos que se han enrolado en el ejército del Señor. Mi amor por Jesucristo me instila amor por el alma de todos aquellos por quienes Cristo murió. Las palabras "[somos] colaboradores de Dios" significan mucho [1 Cor. 3:9]. Nadie puede imponerle condiciones a Dios. Somos siervos del Dios vivientes, y todos los que se educarán en nuestros colegios deben estar preparados para ser obreros. Procurarán adquirir principios correctos. Se conectarán con Cristo

mediante la fe. De ese modo podrán dar gran satisfacción al universo entero. Si cada voluntario en el ejército del Señor hace lo mejor que puede, Dios hará el resto. Deben considerar que nada es propiedad de ellos. Cuando luchan por la victoria, deben luchar legítimamente [2 Tim. 2:5]. La Palabra debe ser la maestra de ellos. La ambición impía no los hará progresar, porque sólo Dios puede darles verdadera sabiduría y entendimiento; pero no colaborarán con Satanás. Si se acarician la envidia y la ambición impía, si luchan por la victoria para conseguir gloria humana, la mente se llenará de confusión. Hagan lo mejor que puedan. Progresen tan rápido como sea posible para alcanzar una alta norma en las cosas espirituales. Hundan al yo dentro de Cristo, y procuren siempre a glorificar su nombre. Mantengan en mente que el talento, la erudición, la posición social, la riqueza y la influencia son dones de Dios, y que por tanto deben consagrarse a él. Busquen obtener una educación que los capacite para ser mayordomos sabios de la multiforme gracia de Jesucristo, siervos de Cristo para cumplir sus órdenes.

Que todos los estudiantes procuren tener una perspectiva tan amplia como sea posible de sus obligaciones para con Dios. No deben esperar con ansias el fin del período lectivo, cuando harán alguna obra grande y notable. En vez de eso deben buscar fervientemente cómo poder comenzar el trabajo práctico en su vida estudiantil uniéndose en yugo con Cristo. Que cada impulso esté del lado del Señor. No perturben ni desanimen a quienes son sus maestros. No sean una carga para su alma al manifestar un espíritu de frivolidad y un descuidado desprecio de los reglamentos.

Alumnos, pueden hacer de esta escuela un éxito de primera clase al ser colaboradores con vuestros maestros para ayudar a otros alumnos, y por celosamente elevarse ustedes mismos desde una norma ordinaria, vulgar y baja. Los que buscan elevarse y ennoblecerse a sí mismos están cooperando con Jesucristo para llegar a ser refinados en el habla, y el genio, bajo el control del Espíritu Santo. Se harán compañeros de yugo con Jesucristo. No andarán revoloteando, volviéndose indóciles y ocupados sólo en sí mismos, buscando sus propios placeres y gratificaciones egoístas.

Unirán todos sus esfuerzos con Jesucristo, como mensajeros de su misericordia y amor, al comunicar a otros su gracia. Su corazón palpitará al unísono con el de Cristo. Serán uno con Cristo en espíritu, uno con Cristo en acción. Procurarán aprovisionar la mente con los tesoros preciosos de la Palabra de Dios, para así cada uno poder hacer la tarea que le designó Dios, y recolectar los rayos brillantes del Sol de Justicia con el fin de poder brillar ante otros.

Si velan y oran, y hacen esfuerzos fervientes en la dirección correcta, estarán plenamente imbuidos del espíritu de Jesucristo. “Revestíos... del Señor Jesucristo y no os preocupéis de la carne para satisfacer sus concupiscencias” [Rom. 13:14, BJ]. Resuelvan a hacer de esta escuela un éxito, y si quieren acatar la instrucción dada en la Palabra de Dios, podrán salir con un desarrollo de las facultades intelectuales y morales que hará que aun los ángeles se regocijen, y Dios se regocijará sobre ustedes con cánticos. Si están bajo la disciplina de Dios, buscarán la armonía y cooperación de las facultades físicas, mentales y morales, y el desarrollo más pleno de las facultades que Dios les diera. No dejen que los bríos y las concupiscencias de la juventud, mediante sus múltiples tentaciones, hagan fracasar vuestras oportunidades y privilegios. Revístanse diariamente de Cristo, y en la breve temporada de prueba a la que son sometidos aquí abajo, mantengan su dignidad en la fortaleza de Dios, como colaboradores con las agencias superiores durante vuestra vida escolar.

Todos debieran decir: “No fracasaré. Por medio de mi influencia no me traicionaré a mí mismo ni a mis compañeros en las manos del enemigo. Prestaré oídos a las palabras del Señor: ‘¿O forzará alguien mi fortaleza? Haga conmigo paz; sí, haga paz conmigo’ [Isa. 27:5]”. Recuerden siempre que tienen a su lado a alguien que les dice: “No teman”; “Yo he vencido al mundo” [Juan 6:20; 16:33]. Mantengan en mente que Cristo vino como el Príncipe del Cielo, y está involucrado en una guerra eterna contra los principios del pecado. Todos los que se unan con Cristo serán colaboradores con Dios en esta guerra.

Cristo dijo: “Por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad” [Juan 17:19]. El Señor Jesús es el camino, la verdad y la vida; y los que se unen a él, revistiéndose de él, trabajarán como sus colaboradores al conformarse a los principios de la verdad. Por medio de la contemplación se compenetrarán de la verdad, y se unirán con Cristo para transformar el templo viviente, el cual había sido dado a los ídolos, para que los seres humanos puedan ser templos purificados, refinados y santificados para que habite el Espíritu Santo.

Cristo dijo: “Les he dado a conocer tu nombre y lo daré a conocer aun, para que el amor con que me has amado esté en ellos y yo en ellos” [Juan 17:26]. El Señor ha dejado abundante provisión para que su amor nos pueda ser dado como gracia gratis y abundante, como nuestra herencia en esta vida, para capacitarnos con el fin de difundirlo al unirnos en un mismo yugo con Cristo. Jesús conlleva la vitalidad que circula, la de un amor puro y santificado como el de Cristo, a través de todas las partes de nuestra naturaleza humana. Cuando ese amor se expresa en el carácter, revela a todos aquellos con quienes nos relacionamos que es posible para Dios formarse dentro de nosotros, la esperanza de gloria. Muestra que Dios amó a los obedientes como ama a Jesucristo; y nada menos que eso satisface sus deseos en favor de nosotros. Tan pronto como el agente humano se une con Cristo en corazón, alma y espíritu, el Padre ama a esa alma como una parte de Cristo, como un miembro del cuerpo de Cristo, siendo él mismo la cabeza gloriosa.–*Manuscrito*, 21 de junio de 1897.

60

La Biblia en nuestras escuelas y colegios

No es sabio enviar a nuestros jóvenes a las universidades donde dedicarán su tiempo a adquirir un conocimiento de griego y latín [clásicos], cuando su mente y su corazón se llenarán con los sentimientos de los autores paganos que estudien para dominar esas lenguas. Adquirirán un conocimiento que no es en absoluto necesario, ni está en armonía con las lecciones del gran Maestro. Generalmente los así educados tienen un gran amor propio. Piensan que han alcanzado la cima de la educación superior, y se comportan orgullosamente, como si ya no tuvieran nada más que aprender. Están incapacitados para el servicio a Dios. El tiempo, los recursos y el estudio que muchos gastaron en conseguir una educación relativamente inútil se debieran haber usado en adquirir una educación que los hiciera hombres y mujeres equilibrados, aptos para la vida práctica. Esta educación habría sido de mayor valor para ellos.

¿Qué se llevan consigo los estudiantes al egresar de nuestros colegios? ¿Adónde se dirigen? ¿Qué van a hacer? ¿Tienen un conocimiento que los capacitará para enseñar a otros? ¿Se los ha educado para ser sabios padres y madres? ¿Pueden encabezar una familia como instructores sabios? En su vida familiar, ¿pueden instruir a sus hijos de modo que la familia que constituyen sea agradable a la vista de Dios, porque es un símbolo de la familia del Cielo? ¿Han recibido la única educación que puede con verdad ser llamada “educación superior”?

¿Qué es la educación superior? Ninguna educación puede llamarse superior a menos que lleve la estampa del Cielo, a menos que lleve a los jóvenes de ambos sexos a ser como Cristo y los capacite para encabezar sus familias en el lugar de Dios. Si durante la vida estudiantil un joven no ha logrado un conocimiento del griego

y latín clásicos y de los sentimientos expresados en las obras de autores paganos, no ha perdido mucho. Si Jesucristo hubiera considerado que este tipo de educación era esencial, ¿no se lo hubiera dado a sus discípulos, a quienes estaba educando para hacer la obra más grandiosa jamás encomendada a los mortales, la de representarlo en el mundo? Pero en su lugar puso la sagrada verdad en sus manos, para que fuera dada al mundo en toda su simplicidad.

Hay veces cuando se necesitan eruditos en griego y latín clásicos. Algunos deben estudiar estas lenguas. Eso está bien. Pero no son todos, y no son muchos, los que debieran estudiarlas. Los que piensan que un conocimiento de griego y latín es esencial para la educación no pueden ver muy lejos. Tampoco hace falta un conocimiento de los misterios que los hombres del mundo llaman ciencia para entrar al reino de Dios. Es Satanás quien llena la mente con sofisterías y tradiciones, las cuales excluyen la verdadera educación superior y perecerán con quien las estudian.

Los que han recibido una falsa educación no miran hacia el Cielo. No son capaces de ver al Ser que es la Luz verdadera “que alumbra a todo hombre” [Juan 1:9]. Consideran que las realidades eternas son fantasías, y llaman a un átomo un mundo, y a un mundo un átomo. De muchos que han recibido la así llamada educación superior, Dios declara: “Pesado has sido en balanza y hallado falto” [Dan. 5:27]; falto de conocimiento de ocupaciones prácticas, falto de conocimiento sobre cómo aprovechar al máximo el tiempo, falto del conocimiento de cómo trabajar para Jesús.

El carácter práctico de la enseñanza de aquel que dio su vida por salvar a los hombres es evidencia del alto valor que atribuye a los seres humanos. Dio la única educación que puede llamarse superior. No desechó a sus discípulos porque no habían recibido instrucción de maestros paganos e incrédulos. Estos discípulos proclamarían la verdad que habría de sacudir al mundo, pero antes que pudieran hacerlo debían ser la sal de la Tierra, formar nuevos hábitos y desaprender muchas cosas aprendidas de sacerdotes y

rabinos. Y hoy los que quieren representar a Cristo deben formar nuevos hábitos. Deben abandonar teorías que se originan con [la gente del] mundo. Sus palabras y obras deben seguir la semejanza divina. No deben relacionarse con los principios y sentimientos degradantes que corresponden a la adoración de otros dioses. No pueden recibir sin peligro su educación de parte de los que no conocen a Dios ni lo reconocen como la vida y la luz de los hombres. Esos hombres pertenecen a otro reino. Están regidos por un príncipe desleal, y confunden realidades con fantasías.

Nuestros colegios no son lo que debieran. El tiempo que debiera dedicarse a trabajar para Cristo se gasta en asuntos sin valor y la autogratificación. Instantáneamente surgen controversias si alguien contradice las opiniones que otro expresara alguna vez. Así era con los judíos. Para reivindicar su opinión personal e intereses mezquinos, para gratificar su ambición mundana, rechazaron al Hijo de Dios. El tiempo transcurre. Nos acercamos a la gran crisis de la historia de este mundo. Si los profesores continúan cerrando sus ojos a las necesidades del tiempo en que vivimos, debieran ser separados de la Obra.

Muchos de los docentes en los colegios de nuestros días están practicando el engaño al conducir a sus estudiantes a un campo de estudio que es comparativamente inútil, que consume tiempo, estudio y recursos que debieran emplearse para conseguir la educación superior que Cristo vino a dar. Asumió la forma de la humanidad para poder elevar la mente desde las lecciones que los hombres consideraban esenciales hacia las lecciones que tienen consecuencias eternas. Vio al mundo envuelto en engaños satánicos. Vio a los hombres cuando seguían formalmente sus propias imaginaciones, pensando que lo habían logrado todo si hallaban la manera de cómo poder ser llamados grandes en el mundo. Pero lo único que lograban era la muerte. Cristo tomó su puesto en los caminos y sendas de este mundo, y contempló a las multitudes buscando ansiosamente la felicidad, pensando que en cada nuevo plan que conocían habían descubierto como podían ser dioses en este mundo. Cristo les indicó un camino ascendente,

diciéndoles que el único verdadero conocimiento es el conocimiento de Dios y de Cristo. Este conocimiento traerá paz y felicidad en esta vida actual, y nos asegurará el don gratuito de Dios: la vida eterna. Instó a sus oyentes, como personas con facultades racionales, a no dejar la eternidad fuera de sus cuentas. Dijo: “Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” [Mat. 6:33]. Por tanto, ustedes son colaboradores con Dios. Para esto los he comprado con mi sufrimiento, humillación y muerte.

La gran lección que debe darse a los jóvenes es que, como adoradores de Dios, deben atesorar los principios bíblicos y mantener al mundo en un plano subordinado. Dios quiere que todos reciban instrucción sobre cómo obrar las obras de Cristo y entrar por las puertas de la célica ciudad. No debemos dejar que el mundo nos convierta; hemos de luchar intensamente para convertir al mundo. Cristo hizo nuestro privilegio y deber el defenderlo en toda circunstancia. Ruego a los padres que coloquen a sus hijos donde no serán embrujados por una falsa educación. Sólo estarán seguros al aprender de Cristo. Él es la gran Luz central del mundo. Todas las otras luces, toda otra sabiduría, son necedades.

Hombres y mujeres son lo adquirido por la sangre del Hijo unigénito de Dios. Son propiedad de Dios, y su educación y preparación debe ser impartida no con respecto a esta vida corta e incierta, sino a la vida inmortal, la cual se mide con la vida de Dios. No es propósito de él que aquellos cuyos servicios ha comprado sean educados para servir a Mamón, enseñados para recibir alabanzas humanas, glorificación humana, ni para estar al servicio del mundo.

“Jesús les dijo: ‘De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el día final, porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él’ ” [Juan 6:53-56]. Estas son las condiciones de vida establecidas por el Redentor del mundo antes

de que se echaran los cimientos de la Tierra. Los profesores de nuestros colegios, ¿están dando de comer el pan de vida a los estudiantes? Muchos de ellos están guiando a los estudiantes por las mismas sendas que ellos hollaron. Creen que esta es la única manera correcta. Dan a los estudiantes alimento que no sostendrá la vida espiritual, sino que hace morir a los que participan de él. Les fascina lo que Dios no les pidió saber.

Esos docentes, tan resueltos como los sacerdotes y principales en llevar a sus estudiantes por el mismo viejo sendero en que el mundo continúa transitando, entrarán en una oscuridad aun mayor. Los que podrían haber sido colaboradores con Cristo, pero que desecharon a los mensajeros y su mensaje, perderán el rumbo. Andarán en tinieblas, sin saber en qué están tropezando. Los tales están listos para ser engañados por los delirios de los últimos días. Su mente está ocupada en asuntos de menor interés, y pierden la bienaventurada oportunidad de unirse en yugo con Cristo y ser obreros conjuntamente con Dios.

El árbol del así llamado conocimiento se ha vuelto un instrumento de muerte. Satanás ha entretejido mañosamente sus dogmas, sus falsas teorías, y él mismo, dentro de la instrucción que se da. Desde el árbol del conocimiento pronuncia las lisonjas más agradables sobre la educación superior. Miles participan del fruto de este árbol, pero para ellos significa muerte. Cristo les dice: “Gastan dinero en lo que no es pan. Están usando los talentos que Dios les encomendó para conseguir una educación que Dios declara que es necedad”.

Satanás se esfuerza por conseguir toda ventaja. Desea asegurarse no sólo estudiantes, sino docentes. Tiene preparados sus planes. Disfrazado de ángel de luz, andará por la Tierra como milagrero. Con bello lenguaje presentará sentimientos elevados. Hablará buenas palabras y realizará buenas acciones. Se hará pasar por Cristo, pero en un punto habrá una notable diferencia. Satanás apartará a la gente de la ley de Dios. A pesar de esto, tan bien falsificará la rectitud que engañaría, si fuera posible, a los elegidos de Dios. Testas coronadas, presidentes, gobernantes en posiciones

elevadas, se inclinarán ante sus teorías falsas. En vez de hacer lugar a la *criticonería*, las divisiones, los celos y la rivalidad, los que están en nuestros colegios debieran ser uno en Cristo. Sólo así pueden resistir las tentaciones del archiengañador.

El tiempo transcurre, y Dios pide a cada atalaya que esté en su puesto. Le ha placido llevarnos a una crisis mayor que cualquier otra desde el primer advenimiento de Cristo. ¿Qué hemos de hacer? El Espíritu Santo nos ha dicho qué hacer; pero así como los judíos en tiempos de Cristo rechazaron la luz y eligieron las tinieblas, así también el mundo religioso rechaza el mensaje para la hora. Hombres que profesan piedad han despreciado a Cristo en la persona de sus mensajeros. Como los judíos, rechazan el mensaje de Dios. Los judíos preguntaban acerca de Cristo: “Este, ¿no es Jesús el hijo de José?” [Juan 6:42]. No era el Cristo [o Mesías] que los judíos estaban buscando. Así también hoy las agencias que Dios envía no son lo que los hombres han estado buscando. Pero el Señor no le preguntará a ningún hombre a quién debe enviar. Enviará a quien sea su voluntad enviar. Los hombres podrán no ser capaces de entender por qué Dios envía a este o a aquel otro. Su obra puede ser una cuestión de curiosidad. [Pero] Dios no satisfará esa curiosidad, y su Palabra no volverá a él vacía.

Participen todos de la obra de preparar a un pueblo para resistir en el día de preparación de Dios. Durante los últimos pocos años se ha hecho trabajo serio. Cuestiones graves han agitado la mente de quienes creen en la verdad presente. La luz del [Sol] de Justicia ha estado brillando en todo lugar, y ha sido recibida por algunos y retenida con perseverancia. Se ha llevado adelante la obra al estilo de Cristo.

Toda alma que menciona el nombre de Cristo debiera estar en servicio. Todos debieran decir: “Heme aquí, envíame a mí”. Los labios que están dispuestos a hablar, aunque sean inmundos, serán tocados con el carbón encendido y purificados [Isa. 6:1-8]. Se los capacitará para hablar palabras que se abran paso, ardientes, hasta el alma. Vendrá el tiempo cuando se llamará a los hombres a dar

cuenta de las almas a quienes debieran haber comunicado la luz pero no la recibieron. Los que así omitieron su deber, los que recibieron luz pero no la atesoraron, de modo que no la tienen para impartir, están clasificados en los libros del Cielo con los que están en enemistad con Dios, no sometidos a su voluntad ni bajo su dirección.

Nuestros colegios debieran estar compenetrados de una influencia cristiana, como así también nuestros sanatorios y casas editoras. Bajo la dirección de Satanás se están formando y se formarán confederaciones para eclipsar la verdad por medio de la influencia humana. Los que se unan a estas confederaciones nunca podrán oír la bienvenida: “Bien, buen siervo y fiel... entra en el gozo de tu Señor” [Mat. 25:21]. Las agencias instrumentales establecidas por Dios han de avanzar sin transigir con el poder de las tinieblas. Mucho más debe hacerse siguiendo el modelo de Cristo que lo que se ha hecho hasta ahora.

Cada estudiante debiera atesorar una estricta integridad. Toda mente debiera volverse con atención reverente hacia la Palabra revelada de Dios. Se dará luz y gracia a quienes así obedezcan a Dios. Contemplarán las maravillas de su ley. Grandes verdades que han yacido desatendidas desde el día de Pentecostés han de brillar desde la Palabra de Dios en su pureza nativa. A quienes de veras aman a Dios, el Espíritu Santo les revelará verdades que habían desaparecido de la mente, y también revelará verdades que son enteramente nuevas. Los que comen la carne y beben la sangre del Hijo de Dios extraerán de los libros de Daniel y el Apocalipsis la verdad que está inspirada por el Espíritu Santo. Pondrán en acción fuerzas irreprimibles. Los labios de los niños se abrirán para proclamar misterios ocultos a la mente de los hombres. El Señor ha elegido lo necio de este mundo para confundir a los sabios, y lo débil del mundo para confundir a los fuertes.

No debiera llevarse la Biblia a nuestros colegios para que quede como emparedado entre tajadas de paganismo o incredulidad. Debiera constituirse en la base y contenido de la educación. Es

verdad que hoy sabemos de la Palabra del Dios viviente mucho más de lo que sabíamos en el pasado, pero hay todavía mucho más para aprender. Debiera ser usada como la Palabra del Dios viviente, y estimada como lo primero, lo último y lo mejor de todo. Entonces se vería verdadero crecimiento espiritual. Los estudiantes desarrollarían un carácter religioso saludable, porque comerían la carne y beberían la sangre del Hijo de Dios. Pero a menos que se la nutra y se vele por ella, la salud del alma decaerá. Manténganse en el canal de la luz. Estudien la Biblia. Quienes sirvan a Dios fielmente serán bendecidos. Ese Ser, quien no permite que ninguna obra fiel quede sin recompensa, coronará todo acto de lealtad e integridad con señales especiales de su amor y aprobación.–*Review and Herald*, 17 de agosto de 1897.

LECTURAS ADICIONALES

- *Signs of the Times*, 2 de septiembre de 1897, “A Lesson from the Three Hebrew Children” [Una lección de los tres niños(*sic*) hebreos].
- *Youth’s Instructor*, 16 de septiembre de 1897, “What Think Ye of Christ?” [¿Qué piensas de Cristo?].
- *Youth’s Instructor*, 31 de marzo y 7 de abril de 1898, “The True Object of Education” [El verdadero objetivo de la educación].
- *Youth’s Instructor*, 5 de mayo de 1898, “Timothy” [Timoteo].
- *Review and Herald*, 10 y 17 de mayo de 1898, “Parental Responsibility” [Responsabilidad parental].
- *Youth’s Instructor*, 19 y 26 de mayo de 1898, “The Unseen Watcher” [El Vigilante invisible].
- *Youth’s Instructor*, 30 de junio y 7 de julio de 1898, “God’s Word Our Study Book” [La Palabra de Dios nuestro Libro de estudio].
- *Youth’s Instructor*, 18 de agosto de 1898, “Prayer Our Stronghold” [Orar por nuestra fortaleza].
- *Youth’s Instructor*, 8 de septiembre de 1898, “And the Grace of God Was upon Him” [“Y la gracia de Dios será sobre él”].
- *Youth’s Instructor*, 8 de diciembre de 1898, “The Higher Education” [La educación superior].

- *El Deseado de todas las gentes*, pp. 49-55 (1898), “La niñez de Cristo”.
- *El Deseado de todas las gentes*, pp. 56-63 (1898), “La visita pascual”.

61

Mensaje especial relativo a la política

A los docentes y administradores de nuestras escuelas y colegios:

Los que están a cargo de nuestras instituciones y colegios debieran cuidar su conducta con diligencia, para que sus palabras y sentimientos no conduzcan a los estudiantes por sendas falsas. Los que enseñan la Biblia en nuestras iglesias y escuelas no tienen derecho a unirse para manifestar sus prejuicios en favor o en contra de políticos o medidas de gobierno, porque al actuar así agitarán la mente de otros, lo que conducirá a que cada uno preconice su teoría favorita. Entre los que profesan creer en la verdad presente algunos se sentirán movidos a expresar sus sentimientos y preferencias políticas, con lo que se acarreará división en la iglesia.

El Señor quisiera que su pueblo sepulte los asuntos políticos. Sobre estos temas el silencio es elocuencia. Cristo llama a sus seguidores a que se aúnen en base a principios puramente evangélicos, los cuales están claramente revelados en la Palabra de Dios. No podemos votar con seguridad por determinados partidos políticos, porque no sabemos por quién estamos votando. No podemos participar sin peligro de ninguna estrategia política. No podemos trabajar para agradar a hombres que usarán su influencia para reprimir la libertad religiosa, y para poner en marcha medidas opresivas de gobierno para conducir o constreñir a sus prójimos para que guarden el domingo como día de reposo. El primer día de la semana no es un día para reverenciar. Es un día de reposo falso, un sábado falso, y los miembros de la familia del Señor no pueden hacer causa común con los hombres que exaltan este día y violan la ley de Dios al pisotear el sábado, su día de reposo. El pueblo de Dios no ha de llevar con su voto a tales hombres a un puesto de

gobierno, pues al hacerlo así estarán participando con ellos de los pecados que cometen mientras ocupan el puesto.

No hemos de transigir con los principios al ceder a las opiniones y prejuicios que puede que hayamos tenido antes de unirnos con el pueblo que guarda los mandamientos de Dios. Nos hemos enrolado en el ejército del Señor, y no hemos de luchar del lado del enemigo, sino en el lado de Cristo, donde podamos ser un todo unificado en sentimiento, en acción, en espíritu, en camaradería. Los que son cristianos serán en verdad pámpanos de la vid verdadera, y llevarán el mismo fruto que vid. Actuarán en armonía, con camaradería cristiana. No llevarán divisas políticas, sino la divisa de Cristo.

Entonces, ¿qué debemos hacer? Dejar en paz los asuntos políticos. “No os unáis en yugo desigual con los incrédulos, porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Qué armonía puede haber entre Cristo y Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo?” [2 Cor. 6:14, 15]. ¿Qué podría haber en común entre estas partes? No puede haber comunión ni compañerismo. La palabra comunión quiere decir participación [conjunta], asociación. Dios emplea las figuras más fuertes para mostrar que no puede haber unión entre los partidos del mundo y los que están buscando la justicia de Cristo. ¿Qué comunión puede haber entre luz y oscuridad, verdad e impiedad? Absolutamente ninguna. La luz representa la rectitud; la oscuridad, el error, el pecado, la injusticia. Los cristianos deben salir de las tinieblas a la luz. Se han revestido de Cristo, y deben usar la divisa de la verdad y la obediencia. Están gobernados por los principios elevados y santos que Cristo expresó en su vida. Pero el mundo está gobernado por principios de deshonestidad e injusticia.

“Por lo cual, teniendo nosotros este ministerio según la misericordia que hemos recibido, no desmayamos. Antes bien renunciamos a lo oculto y vergonzoso, no andando con astucia, ni adulterando la palabra de Dios. Por el contrario, manifestando la verdad, nos recomendamos, delante de Dios, a toda conciencia humana. Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los

que se pierden está encubierto, esto es, entre los incrédulos, a quienes el dios de este mundo les cegó el entendimiento, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios. No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús, porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciera la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo" [2 Cor. 4:1-6]. Aquí se presentan dos bandos, y se muestra que no puede haber unión entre ellos.

Los maestros que en la iglesia o en la escuela se distinguen por su fervor político debieran ser relevados de su cargo y responsabilidades sin demora, porque el Señor no cooperará con ellos. No debiera usarse el diezmo para pagar a nadie para que discursee sobre cuestiones políticas. Todo docente, ministro o dirigente entre nuestras filas que está movido por un deseo de ventilar sus opiniones sobre asuntos políticos debiera convertirse mediante una creencia en la verdad, o de lo contrario dejar su trabajo. Su influencia debe destacarlo como un colaborador con Dios en la ganancia de almas para Cristo, o de lo contrario se le deben retirar sus credenciales. Si no cambia hará daño, y nada más que daño.

En el nombre del Señor quisiera decir a los docentes en nuestras instituciones: Atiendan lo relativo a la obra que se les ha asignado. No se los llamó para inmiscuirse en política. Cristo declara: "Todos ustedes son hermanos, y deben, como un solo hombre, tomar su puesto bajo la bandera del príncipe Emanuel". "Ahora, pues, Israel, ¿qué pide de ti Jehová, tu Dios, sino que temas a Jehová, tu Dios, que andes en todos sus caminos, que ames y sirvas a Jehová, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma, que guardes los mandamientos de Jehová y sus estatutos, que yo te prescribo hoy, para que tengas prosperidad?... Porque Jehová, vuestro Dios, es Dios de dioses y Señor de señores, Dios grande, poderoso y temible, que no hace acepción de personas, ni recibe sobornos, que hace justicia al huérfano y a la viuda, que ama también al extranjero

y le da pan y vestido. Amaréis, pues, al extranjero, porque extranjeros fuisteis en la tierra de Egipto. A Jehová, tu Dios, temerás, a él solo servirás, a él seguirás y en su nombre jurarás. Él es el objeto de tu alabanza y él es tu Dios" [Deut. 10:12-21].

El Señor ha otorgado mucha luz y privilegios a su pueblo. Él dice: "Mirad, yo os he enseñado estatutos y decretos, como Jehová, mi Dios, me mandó, para que hagáis así en medio de la tierra en la que vais a entrar para tomar posesión de ella. Guardadlos, pues, y ponedlos por obra, porque ellos son vuestra sabiduría y vuestra inteligencia ante los ojos de los pueblos, los cuales oirán todos estos estatutos, y dirán: 'Ciertamente pueblo sabio y entendido, nación grande es esta'. Porque ¿qué nación grande hay que tenga dioses tan cercanos a ellos como lo está Jehová, nuestro Dios, en todo cuanto le pedimos? Y ¿qué nación grande hay que tenga estatutos y juicios justos como es toda esta Ley que yo pongo hoy delante de vosotros? Por tanto, guárdate y guarda tu alma con diligencia, para que no te olvides de las cosas que tus ojos han visto ni se aparten de tu corazón todos los días de tu vida; antes bien, las enseñarás a tus hijos y a los hijos de tus hijos" [Deut. 4:5-9].

Como pueblo hemos de cerrar filas en torno a la bandera de Jesucristo. Debemos consagrarnos a Dios como pueblo distinto, separado y peculiar. Nos habla y dice: "Inclinad vuestro oído y venid a mí; escuchad y vivirá vuestra alma. Haré con vosotros pacto eterno, las misericordias firmes a David". "Con justicia serás adornada; estarás lejos de opresión, porque no temerás, y lejos del temor, porque no se acercará a ti. Si alguno conspira contra ti, lo hará sin mi apoyo. El que contra ti conspire, delante de ti caerá... Ninguna arma forjada contra ti prosperará, y tú condenarás toda lengua que se levante contra ti en juicio. Esta es la herencia de los siervos de Jehová; su salvación de mí vendrá, dice Jehová" [Isa. 55:3; 54:14-17].

Hago un llamado a mis hermanos que han sido asignados a la tarea de educar para que cambien el curso de su conducta. Es un error para ustedes vincular vuestros intereses con cualquier partido

político, o votar con ellos o por ellos. Quienes tienen el puesto de educadores, ministros o colaboradores con Dios en cualquier línea de trabajo, no tienen batallas que librar en el mundo político. Su ciudadanía está en los cielos. El Señor los llama para que tomen su puesto como pueblo separado y peculiar. No quiere cismas en el cuerpo de creyentes. Su pueblo debe poseer los elementos de reconciliación. ¿Es su tarea hacerse de enemigos en el mundo político? No y no. Han de tomar su puesto como súbditos del reino de Cristo, llevando la bandera inscrita con las palabras: "Los mandamientos de Dios y la fe de Jesús" [Apoc. 14:12]. Han de cargar con la responsabilidad de una tarea especial, un mensaje especial. Tenemos una responsabilidad personal, la cual debe ser revelada ante el universo celestial, ante los ángeles y ante los hombres. Dios no nos llama a aumentar nuestra influencia mezclándonos con la sociedad, vinculándonos con hombres en cuestiones políticas, sino a ocupar nuestro puesto como partes individuales de su gran todo, con Cristo como nuestra cabeza. Cristo es nuestro príncipe, y como súbditos suyos hemos de realizar la tarea que nos ha asignado Dios.

Es de la mayor importancia que los jóvenes entiendan que el pueblo de Cristo ha de unirse como uno solo, porque esta unidad liga a los hombres a Dios por medio de los áureos vínculos del amor y pone a cada uno bajo la obligación de trabajar por sus prójimos. El Capitán de nuestra salvación murió por la raza humana para que los hombres fuesen hechos uno con él y entre sí [Heb. 2:10]. Como miembros de la familia humana somos partes individuales de un poderoso conjunto. Ningún alma puede hacerse independiente del resto. No debe haber luchas partidarias en la familia de Dios, porque el bienestar de cada miembro es la felicidad del todo. No han de erigirse muros que separen a un hombre de otro. Cristo, como el gran centro, debe unir a todos en uno solo.

Cristo es nuestro maestro, nuestro dirigente, nuestra fuerza, nuestra justicia, y por su causa estamos obligados a evitar todo curso de conducta que cause cismas. Los asuntos que se discuten en el mundo no deben ser tema de nuestra conversación. Hemos de

llamar al mundo para que contemple a un Salvador exaltado, por cuya causa somos cada uno necesario al otro y a Dios. Cristo enseña a sus súbditos a imitar sus virtudes, su mansedumbre y humildad, su bondad, paciencia y amor. De ese modo consagra el corazón y la mano a su servicio, haciendo del hombre una canal a través del cual el amor de Dios puede fluir en abundantes raudales para bendecir a otros. Por tanto, que no haya ni sombra de contención entre los adventistas del séptimo día. El Salvador invita a toda alma: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas, porque mi yugo es fácil y ligera mi carga” [Mat. 11:28-30]. El que más se acerca a la perfección de la divina benevolencia de Cristo es causa de gozo entre los ángeles celestiales. El Padre se regocija sobre él con cánticos, pues ¿acaso no está obrando en el espíritu del Maestro, siendo uno con Cristo así como lo es él con el Padre?

En nuestras revistas no debemos exaltar la obra ni el carácter de los hombres que ocupan cargos de influencia, con lo que se mantiene constantemente a seres humanos ante el pueblo. Pero pueden exaltar a Cristo nuestro Salvador todo lo que deseen. “Nosotros todos, mirando con el rostro descubierto y reflejando como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria [o sea, de carácter en carácter] en su misma imagen, por la acción del Espíritu del Señor” [2 Cor. 3:18]. Los que aman y sirven a Dios deben ser la luz del mundo que brilla en medio de las tinieblas morales. Pero en esos lugares que han recibido la mayor luz, donde más se ha predicado el evangelio, el pueblo –padres, madres e hijos– ha sido impelido por un poder de lo bajo para aunar sus intereses con proyectos y emprendimientos mundanos.

Gran ceguera aqueja a las iglesias, y el Señor dice a su pueblo: “¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Y vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: ‘Habitaré y andaré entre ellos; y seré su Dios y ellos serán mi pueblo’. Por lo cual, ‘Salid de en medio de ellos y apartaos, dice el Señor, y no

toquéis lo impuro; y yo os recibiré y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso' " [2 Cor. 6:16-18].

La condición para ser recibido en la familia del Señor es salir del mundo, separarse de todas sus influencias contaminantes. El pueblo de Dios no ha de tener conexión con la idolatría en ninguna de sus formas. Ha de alcanzar una norma más alta. Estamos para distinguirnos del mundo, y entonces dice Dios: "Os recibiré como miembros de mi familia real, hijos del Rey celestial". Como creyentes en la verdad hemos de ser distintos, en la práctica, del pecado y los pecadores. Nuestra ciudadanía está en el Cielo.

Debiéramos darnos cuenta con más claridad del valor de las promesas que nos hizo Dios, y apreciar más profundamente el honor que nos dio. Dios no puede conceder un honor mayor a los mortales que adoptarlos en su familia y darles el privilegio de llamarlo Padre. No hay degradación en hacerse hijos de Dios. El Señor declara: "Mi pueblo conocerá mi nombre en aquel día, porque yo mismo que hablo, he aquí estaré presente". El Señor omnipotente reina. "¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, del que trae nuevas del bien, del que publica salvación, del que dice a Sión: '¡Tu Dios reina!' '¡Voz de tus atalayas!' Alzarán la voz; a una voz gritarán de júbilo, porque con sus propios ojos verán que Jehová vuelve a traer a Sión" [Isa. 52:6-8].

¿Por qué se presta tanta atención a las agencias humanas, al paso que la mente hace pocos esfuerzos por elevarse hasta el Dios eterno? ¿Por qué están tan absortos en las cosas de este mundo los que aseveran ser hijos del Rey celestial? Exáltese al Señor. Sea la Palabra del Señor magnificada. Reléguense los seres humanos, y exáltese al Señor. Recuerden que los reinos, naciones, monarcas, hombres de Estado, consejeros y grandes ejércitos terrenales, y toda la magnificencia y gloria mundanas, son como el polvo en la balanza. Dios tiene cuentas que ajustar con todas las naciones. Todo reino será humillado. La autoridad humana será reducida a la

nada. Cristo es el Rey del mundo, y lo que hay que exaltar es su Reino.

El Señor desea que todos los que llevan su mensaje para estos últimos días entiendan que hay gran diferencia entre los que profesan religión pero no son hacedores de la Palabra, y los hijos de Dios, quienes están santificados por la verdad, los que tienen la fe que obra por el amor y purifica el alma. El Señor habla de los que aseveran creer en la verdad para este tiempo y sin embargo no ven ninguna inconsecuencia en tomar parte en la política, mezclándose con los elementos en pugna de estos últimos días, como circuncisos que se mezclan con incircuncisos; y declara él que destruirá conjuntamente a ambas clases sin distinción alguna. Están haciendo una obra que Dios no les encomendó. Deshonran a Dios por su espíritu partidista y su pugnacidad, y él los condenará a ambos por igual.

Puede preguntarse: ¿No tendremos unión alguna con el mundo? La Palabra de Dios debe ser nuestra guía. Cualquier conexión con los incrédulos y desleales que nos haga identificarnos con ellos está prohibida por la Palabra. Debemos salir de en medio de ellos y mantenernos separados. En ningún caso nos vincularemos con ellos en sus planes o su obra. Pero no hemos de vivir una vida recluida. Hemos de hacer a los mundanos todo el bien que podamos. Cristo nos dio el ejemplo en esto. Cuando se lo invitaba a comer con los publicanos y pecadores no rehusaba, porque no había otra manera de llegar a esta clase que mezclándose con ellos. Pero en cada ocasión les dio talentos de palabras e influencia. Abrió temas de conversación que trajeron cosas de interés eterno a su mente. Y este Maestro nos ordena: “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” [Mat. 5:16]. En el asunto de la temperancia planteen vuestra posición sin vacilar. Sean firmes como una roca. No participen de los pecados de otros hombres. Deben reprenderse las acciones deshonestas en los negocios, sean con creyentes o incrédulos; y si no dan evidencia de reforma, salgan de en medio de ellos y manténganse aparte.

Hay una amplia viña para cultivar, pero si bien los cristianos deben trabajar entre los incrédulos, no deben dar la impresión de ser mundanos. No deben pasar el tiempo hablando de política o actuando como políticos; pues al hacerlo así dan al enemigo la oportunidad de entrar y causar disensión y discordia. Los que están en el ministerio y desean presentarse como políticos debieran ser privados de sus credenciales, pues esta tarea no ha sido dada por Dios a ninguno, ya sea de alta o de baja posición, entre su pueblo. Dios llama a todos los que ministran en doctrina a dar a la trompeta un sonido definido. Todos los que han recibido a Cristo, ministros o miembros laicos, deben levantarse y resplandecer, pues un grave peligro nos acecha. Satanás está agitando a las potencias de la Tierra. Todo en el mundo está en confusión. Dios llama a su pueblo a mantener en alto la bandera que lleva el mensaje del tercer ángel. No hemos de ir a Cristo a través de ningún ser humano, sino que a través de Cristo hemos de entender la obra que nos ha dado para realizar en favor de otros.

Dios convoca a su pueblo diciendo: “Salid de en medio de ellos y apartaos” [2 Cor. 6:17]. Pide que el amor que manifestó por ellos sea correspondido y revelado mediante la obediencia voluntaria a sus mandamientos. Sus hijos deben apartarse de la política, de cualquier alianza con incrédulos. No ligarán sus intereses con los intereses del mundo. Nos dice: “Den pruebas de vuestra lealtad a mí al permanecer como mi heredad elegida, como un pueblo celoso de buenas obras”. No tomen parte en las contiendas políticas. Sepárense del mundo, y absténganse de traer a la iglesia o al colegio ideas que conducirán a la contienda o el desorden. La disensión es el veneno moral que introducen en su organismo los seres humanos que son egoístas. Dios quiere que sus siervos tengan clara percepción, dignidad noble y verdadera, para que su influencia pueda demostrar el poder de la verdad. La vida cristiana no ha de ser una vida azarosa, sentimental. La verdadera influencia cristiana, ejercida para realizar la obra que Dios designó, es un ministerio precioso, y no debe unirse con la política, ni ligarse a una confederación de incrédulos. Dios debe ser el centro de atracción. Toda mente trabajada por el Espíritu Santo se satisfará con él.

Dios pide a los docentes de nuestras instituciones educativas: No se interesen en el estudio de las cuestiones políticas. Lleven a nuestras instituciones el conocimiento de Dios. Les puede llamar la atención los hombres sabios del mundo, aunque no son lo suficientemente sabios para entender lo que dice la Escritura con respecto a las leyes del reino de Dios, pero apártense de ellos y diríjanse al Ser que es la fuente de toda sabiduría. Busquen primeramente el reino de Dios y su justicia. Hagan de esto lo primero y lo último. Procuren con todo fervor conocer al Ser a quien conocerlo como corresponde es vida eterna. Cristo y su justicia es la salvación del alma. Enseñen a los niñitos qué significan obediencia y sujeción. En nuestros colegios la ciencia, la literatura, la pintura y la música, y todo lo que el conocimiento mundano puede enseñar, no deben ponerse en primer lugar. Póngase primero el conocimiento del Ser en quien se centra nuestra vida eterna. Implántese en el corazón de los estudiantes lo que adornará el carácter y adecuará el alma, a través de la santificación del Espíritu, para aprender lecciones a los pies del mayor Maestro que el mundo haya conocido. De ese modo los estudiantes serán aptos para ser herederos del reino de Dios.–*Folleto*, 16 de junio de 1899.

LECTURAS ADICIONALES

- *Youth's Instructor*, 22 y 29 de junio de 1899, "God's Purpose Concerning Our Youth Today" [El propósito de Dios con respecto a los jóvenes de nuestros días].
- *Youth's Instructor*, 10 de agosto de 1899, "Marriages, Wise and Unwise" [Matrimonios, sabios e insensatos].
- *Youth's Instructor*, 17 de agosto de 1899, "Self-culture" [Cultura propia].
- *Youth's Instructor*, 31 de agosto de 1899, "True Education" [La educación verdadera].
- *General Conference Daily Bulletin*, 6 de marzo de 1899, artículo A: "The Need of Reform in Our Educational Work" [La necesidad de reforma en nuestra obra educativa].
- *General Conference Daily Bulletin*, 6 de marzo de 1899, artículo B: "The Tree of Life and the Tree of Knowledge" [El árbol de la

vida y el árbol del conocimiento].
- *General Conference Daily Bulletin*, 6 de marzo de 1899, artículo C: “The Need of Church Schools” [La necesidad de escuelas de iglesia].
- *Review and Herald*, 6 y 13 de marzo de 1900, “The Apostle Paul and Manual Labor” [El apóstol Pablo y el trabajo manual].
- *Youth’s Instructor*, 3 y 10 de mayo de 1900, “The Students’ Privileges and Responsibilities” [Privilegios y responsabilidades de los estudiantes].
- *Bible Echo*, mayo de 1900, “The Example of Solomon” [El ejemplo de Salomón].
- *Youth’s Instructor*, 26 de julio de 1900, “Our Words” [Nuestras palabras].
- *Youth’s Instructor*, 2 de agosto de 1900, “Our Influence” [Nuestra influencia].
- *Youth’s Instructor*, 6 de septiembre de 1900, “A Lesson from Daniel’s Experience” [Una lección de la experiencia de Daniel].
- *Youth’s Instructor*, 25 de octubre de 1900, “Words to the Youth” [Palabras a los jóvenes]
- *Youth’s Instructor*, 13 de diciembre de 1900, “The Burning Bush” [La zarza ardiente].
- *Palabras de vida del gran Maestro*, pp. 8-15 (1900), “La enseñanza más eficaz”.
- *Palabras de vida del gran Maestro*, pp. 301-309 (1900), “Talentos que dan éxito”.
- *Testimonios para la iglesia* 6:110-116 (1900), “Reuniones para niños y escuelas de iglesia”.
- *Testimonios para la iglesia* 6:131-145 (1900), “Necesidad de reforma en la educación”.
- *Testimonios para la iglesia* 6:146-156 (1900), “Lo que impide la reforma”.
- *Testimonios para la iglesia* 6:157-165 (1900), “Carácter y obra de los maestros”.
- *Testimonios para la iglesia* 6:166-171 (1900), “Palabras de un Maestro divino”.
- *Testimonios para la iglesia* 6:172-179 (1900), “Los internados”.

- *Testimonios para la iglesia* 6:180-184 (1900), “La reforma industrial”.
- *Testimonios para la iglesia* 6:185-196 (1900), “La finca de la escuela de Avondale”.
- *Testimonios para la iglesia* 6:197-209 (1900), “Los colegios y escuelas de iglesia”.
- *Testimonios para la iglesia* 6:210-222 (1900), “La administración de los colegios y las finanzas”.
- *Testimonios para la iglesia* 6:380-383 (1900), “Importancia del cultivo de la voz”.
- *Testimonios para la iglesia* 6:466-476 (1900), “La ayuda a nuestras escuelas”.
- *Youth’s Instructor*, 31 de enero y 7 de febrero de 1901, “Idleness Is Sin” [La ociosidad es pecado].
- *Signs of the Times*, 3 de abril de 1901, “Our Duty as Parents” [Nuestro deber como padres].
- *Youth’s Instructor*, 4 de abril de 1901, “How to Meet Criticism” [Cómo enfrentar la crítica].
- *Review and Herald*, 10 de septiembre de 1901, “No Other Gods Before Me” [No otros dioses delante de mí].
- *Signs of the Times*, 1º de enero de 1902, “The Mother’s Work” [La obra de la madre].
- *Youth’s Instructor*, 13 de febrero de 1902, “God’s Purpose for the Youth” [El propósito de Dios para los jóvenes].
- *Signs of the Times*, 26 de febrero de 1902, “Lesson for Mothers” [Lecciones para las madres].
- *Youth’s Instructor*, 27 de febrero de 1902, “The Blessing of Labor” [La bendición del trabajo].
- *Youth’s Instructor*, 9 de octubre de 1902, “What Shall the Youth Read?” [¿Qué leerán los jóvenes?].
- *Testimonios para la iglesia* 7:220-223 (1902), “Centros de influencia”.
- *Testimonios para la iglesia* 7:254-262 (1902), “A los maestros de nuestras escuelas”.
- *La educación* (1903). Ver la tabla de contenido para los temas tratados.

- *Youth's Instructor*, 19 de marzo de 1903, "The Divine Teacher" [El Maestro divino]
- *Review and Herald*, 14 de julio de 1903, "Sowing Beside all Waters" [Sembrando junto a todas las aguas].
- *Signs of the Times*, 16 de septiembre de 1903, "Words to Parents" [Palabras a los padres].
- *Youth's Instructor*, 14 de mayo de 1903 al 26 de abril de 1904, "Lessons from the Life of Daniel" [Lecciones de la vida de Daniel; 18 artículos].
- *Review and Herald*, 21 de abril de 1904, "Cooperation between the Home and School" [Cooperación entre el hogar y la escuela].

62

Sembrar junto a todas las aguas

Asistí por invitación a la reunión que tuvo lugar en Healdsburg en relación con el cierre del año escolar, el 29 de mayo de 1903. Me alegró enterarme que docentes y alumnos se habían unido en dejar de lado los actos aburridos y sin provecho que generalmente acompañan el cierre del año lectivo, y que las energías de todos, o casi todos, estaban dedicadas a estudios provechosos.

El viernes de mañana se entregaron, sin fanfarria, los certificados de estudio a quienes se los habían ganado, y luego estudiantes y docentes se unieron en una reunión de testimonio sobre experiencias personales, en la cual muchos contaron las bendiciones que habían recibido abundantemente por parte de Dios durante el año.

El sábado por la mañana hablé ante una audiencia numerosa en el comodísimo centro de reuniones de la iglesia de Healdsburg. Los estudiantes y los docentes se sentaron al frente, y fue una bendición para mí exponerles su responsabilidad como colaboradores de Dios. [De cómo] el Salvador llama a docentes y a alumnos a prestar un servicio eficiente como pescadores de hombres.

Al atardecer se reunió una numerosa audiencia en la iglesia para escuchar un programa musical presentado por el Hno. Beardslee y sus alumnos. El buen canto es una parte importante del culto divino. Me alegro de que el Hno. Beardslee esté preparando a estudiantes para ser evangelistas del canto.

Quedé muy complacida con lo que vi del colegio. Durante el año pasado hizo progresos señalados. Tanto los docentes como los estudiantes están alcanzando niveles cada vez más elevados en la vida espiritual. Durante el año pasado hubo notables conversiones.

Se encontraron ovejas perdidas y se las trajo de vuelta al redil.– *Review and Herald*, 14 de julio de 1903 [título y contenido total del artículo basados en Isaías 32:20 y pasajes similares].

63

La obra de nuestras escuelas de preparación

La obra de nuestros colegios y escuelas de preparación debiera fortalecerse de año en año.

No hay tiempo para demorarse

El tiempo es corto. En todas partes se necesitan obreros para Cristo. Debiera haber 100 obreros fervorosos y fieles en los campos misioneros doméstico y extranjero donde ahora hay uno. Los caminos y los vallados están todavía sin trabajar. Debieran presentarse persuasiones urgentes a los que debieran estar ahora ocupados en obra misionera a favor del Maestro.

Las señales que muestran que la venida de Cristo está cercana se están cumpliendo rápidamente. El Señor convoca a nuestros jóvenes para trabajar como colportores y evangelistas, para hacer trabajo casa por casa en lugares donde todavía no han oído la verdad. Habla a nuestros jóvenes y les dice: “No sois vuestros, pues habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios” [1 Cor. 6:19d, 20]. Los que salgan a trabajar bajo la dirección de Dios serán bendecidos en forma maravillosa. Los que en esta vida hagan lo mejor que puedan obtendrán una adecuación para la futura vida inmortal.

El Señor pide voluntarios que tomen una posición firme a su lado, y que se comprometan a unirse con Jesús de Nazaret para hacer precisamente la obra que necesita hacerse ahora, justamente ahora.

Hay entre nosotros muchos jóvenes de ambos sexos que, si se los persuade, estarán inclinados naturalmente a ocupar varios años en estudios en el colegio de Battle Creek. Pero ¿valdrá la pena? Los

talentos del pueblo de Dios han de emplearse en dar el último mensaje de clemencia al mundo. El Señor convoca a los que están relacionados con nuestros sanatorios, casas editoras y otras instituciones para que enseñen a los jóvenes a hacer obra evangelizadora. No debiera emplearse tanto tiempo y dinero para establecer sanatorios, fábricas de alimentos, expendios de comidas y restaurantes, que otras líneas de trabajo resulten descuidadas. Los jóvenes de ambos sexos que debieran ocuparse en el ministerio, en la obra bíblica y en el colportaje no debieran quedar ligados a empleos manuales.

Debe animarse a los jóvenes para que asistan a nuestros colegios, los cuales debieran parecerse cada vez más a las escuelas de los profetas. Nuestros colegios han sido establecidas por el Señor; y si se los conduce en armonía con su propósito, los jóvenes enviados a ellos se prepararán en forma rápida para ocuparse en los distintos ramos de la obra misionera. Algunos debieran prepararse para entrar en el campo misionero como enfermeros, otros como colportores, algunos como evangelistas, algunos como docentes, y algunos otros como ministros del evangelio.

El Señor me instruyó claramente que no debiera animarse a nuestros jóvenes a dedicar tanto tiempo y fuerzas a la obra médico-misionera tal como se lo ha estado haciendo últimamente. La instrucción que reciben con respecto a las doctrinas bíblicas no es de la naturaleza como para hacerlos aptos para realizar correctamente la obra que Dios confió a su pueblo.

Satanás está esforzándose seriamente por desviar a las almas de los principios correctos. Multitudes que profesan pertenecer a la iglesia verdadera de Dios están cayendo en los engaños del enemigo. Se los está induciendo a desviarse de su lealtad al bienaventurado y solo Soberano [1 Tim. 6:15].

Un deber actual

Todos nuestros colegios y escuelas de preparación denominacionales debieran hacer provisión para dar a sus

estudiantes la educación esencial con el fin de ser evangelistas y hombres de negocios cristianos. Los jóvenes y los de edad más avanzada que piensan que es su deber capacitarse para la obra, la cual requiere que se cumplan ciertos requisitos legales, debieran tener la posibilidad de conseguir en nuestras escuelas de preparación de las Uniones todo lo que es esencial, sin que tengan que ir a Battle Creek para su educación preparatoria.

La oración obrará maravillas en favor de quienes se entreguen a la oración y velen con ese propósito. Dios quiere que todos estemos en una postura de espera y expectación. Lo que ha prometido lo cumplirá, y si hay requisitos legales que hacen que los estudiantes de Medicina sigan determinado curso de estudio preparatorio, enseñen nuestros colegios los estudios adicionales que estos requieren de un modo consecuente con la educación cristiana. El Señor ha indicado su desaprobación por el hecho de que tantos de nuestro pueblo se estén mudando hacia Battle Creek; y dado que no quiere que tantos vayan allá, debiéramos entender que quiere que nuestros colegios en otros lugares tengan profesores eficientes, y que hagan bien el trabajo que necesita hacerse. Debieran hacer arreglos para llevar sus estudiantes al punto de la preparación académica y científica que hace falta. Muchos de estos requisitos se establecieron porque demasiado del trabajo preparatorio que se realiza en las escuelas y colegios comunes es superficial. Que todo nuestro trabajo sea completo, fiel y verdadero.

En nuestras escuelas de preparación debe hacerse de la Biblia la base de toda educación. Y en los estudios que se requieren no es necesario que los profesores introduzcan los libros objetables que el Señor nos ha instruido que no usemos en nuestras escuelas. Por la luz que el Señor me dio, sé que nuestras escuelas preparatorias en distintas partes del campo debieran establecerse en la posición más favorable posible, con el fin de capacitar a nuestros jóvenes para reunir las condiciones especificadas por las leyes estatales con respecto a los estudiantes de Medicina. Con este propósito debiera conseguirse los mejores talentos docentes, para que nuestros colegios puedan alcancen la norma requerida.

Pero no se aconseje a los jóvenes de ambos sexos que vayan a Battle Creek para obtener una educación preparatoria. Hay un congestionado estado de cosas en Battle Creek que hace que este sea un lugar desfavorable para la educación adecuada de obreros cristianos. Por cuanto no se ha prestado atención a las advertencias con respecto a la obra en este centro congestionado, el Señor ha permitido que dos de nuestras instituciones fueran consumidas por el fuego. Aun después de esta manifestación de su señalada desaprobación, no se atendieron sus advertencias. El sanatorio todavía está allí. Si se lo hubiera dividido en varias plantas, y se hubiera entregado su obra e influencia a distintos lugares, ¡cuánto más hubiera sido glorificado el Señor! Pero ahora que el sanatorio ha sido reconstruido, debiéramos hacer lo mejor posible por ayudar a quienes están luchando con muchas dificultades.

Permítanme que repita: No es necesario que tantos de nuestros jóvenes estudien Medicina. Pero para quienes debieran cursar estudios de Medicina, nuestras escuelas preparatorias de las Uniones debieran hacer amplias provisiones de instalaciones para una educación preparatoria adecuada. De ese modo los jóvenes de cada Unión podrán ser preparados más cerca de sus casas, y ser protegidos de las tentaciones especiales que aquejan a la obra en Battle Creek.–*Review and Herald*, 15 de octubre de 1903.

64

¿Formaremos colonias en torno a nuestras instituciones?

Se me ha dado luz especial con respecto a mudar nuestras casas editoras, sanatorios y colegios lejos de las ciudades a lugares más favorables para su obra, donde los que están relacionados con ellos no estarán expuestos a todas las tentaciones de la vida en la ciudad. Especialmente nuestros colegios debieran estar fuera de las ciudades. No es para el bien espiritual de los obreros en nuestras instituciones que estas estén ubicadas en las ciudades, donde las tentaciones del enemigo abundan a cada paso.

La instrucción que se me dio con respecto a la mudanza de la obra de las publicaciones desde Battle Creek hasta algún lugar rural cerca de Wáshington DC era clara y nítida, y espero fervientemente que este trabajo pueda acelerarse.

También se me instruyó que la Pacific Press se mude de Oakland. A medida que pasaron los años, la ciudad creció y ahora es necesario establecer la planta impresora en un sitio más rural, donde pueda conseguirse tierra para las casas de los empleados. Los que tienen que ver con nuestras oficinas publicadoras no debieran ser obligados a vivir en ciudades hacinadas. Debieran tener la oportunidad de conseguir casas donde puedan vivir sin requerir altos salarios.

Los aprendices en nuestras casas publicadoras debieran recibir un cuidado más paternal que el que tuvieron. Debe dárseles una preparación completa en las diferentes líneas del oficio de impresión, y también debe dárseles oportunidad de conseguir un conocimiento de la Biblia; porque se acerca el tiempo cuando los creyentes serán dispersados a muchos países. Debe enseñarse a

los trabajadores en nuestras casas publicadoras qué significa ser seguidores sinceros de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. En el pasado, muchas almas quedaron desprotegidas. No se les enseñó lo abarcado por la ciencia de la piedad. No todos los que llevaron responsabilidades vivieron la vida cristiana.

Se necesitan obreros consagrados

Oí las palabras que habló el Ser que entiende el pasado, el presente y el futuro. Se me representó en forma muy solemne un esquema que delinea el carácter que debe poseer quienes comparten el yugo en nuestras instituciones. Estas necesitan hombres temperantes en el sentido más pleno de la palabra. No permita Dios que se lleven a nuestras instituciones en Wáshington DC y en Mountain View (California) hombres que no han aprendido a controlarse, y que descuidan la construcción de su propio carácter con el fin de hacer planes para algún otro.

Los obreros de nuestras instituciones han de prestar oídos a la instrucción dada por Cristo. Cuando la verdad more en el corazón de quienes están a cargo, cuando anden en la luz que emana de la Palabra de Dios, los obreros más jóvenes desearán entender mejor las palabras que oyen en las reuniones del pueblo de Dios. Pedirán explicaciones más completas, y habrá momentos de búsqueda especial del Señor y de estudio de su Palabra. Era en algún cuarto tranquilo o en un lugar retirado en el campo donde Cristo explicaba a los discípulos las parábolas que había hablado ante la multitud. Esta es la tarea que necesita hacerse en favor de los jóvenes en nuestras casas publicadoras.

La tendencia a formar colonias

Los que por necesidad están situados cerca de nuestras instituciones debieran cuidarse de enviar informes relucientes sobre el lugar. En todas partes hay personas inquietas e insatisfechas, quienes anhelan mudarse a un lugar donde piensan que les irá mejor que en su actual entorno. Creen que si consiguen trabajo en

relación con nuestras instituciones tendrán mejores oportunidades de ganarse la vida.

Los que se sienten tentados a reunirse en torno a nuestras instituciones debieran entender que lo que se necesitan son obreros de experiencia, y que los que están correctamente relacionados con la obra llevan pesadas responsabilidades. Los que están relacionados con nuestras instituciones deben ser tanto productores como consumidores. A los que desean cambiar de localidad, y asentarse cerca de alguna de nuestras instituciones, les diría: ¿Piensan que por mudarse cerca de una institución serán capaces de vivir sin perplejidades o trabajo duro? ¿Pidieron asesoramiento al Señor sobre este asunto? ¿Tienen evidencias de que vuestro deseo de cambio de ubicación está libre de motivaciones egoístas y que será para la honra de Dios?

Por las cartas recibidas de parte de quienes están relacionados con nuestras instituciones, y por las mudanzas ya efectuadas, vemos que muchos desean conseguir casas cerca de estas instituciones. Mi mente está cargada de perplejidad con respecto a esto, porque he recibido instrucción del Señor sobre la influencia que se ejercería sobre las personas y sobre nuestra obra en el caso de que la gente se reúna con propósitos egoístas en torno a nuestras instituciones.

Por años, en advertencias repetidas a menudo, he testificado a nuestro pueblo de que a Dios no le agradaba ver a familias que dejaban las iglesias pequeñas y se juntaban en lugares donde están establecidas nuestras casas editoras, sanatorios y escuelas, por conveniencia, comodidad personal o lucro mundano.

En Australia fuimos al interior de un bosque y conseguimos un terreno extenso para nuestro colegio. Había planes de vender a nuestros hermanos lotes cerca de los hogares de estudiantes y del salón de cultos. Pero se me instruyó que protestara en contra de dejar que las familias se asentaran cerca de nuestros hogares estudiantiles. El consejo que se me dio fue que sería mucho mejor

para las familias no vivir cerca del colegio ni vivir demasiado cerca de otros creyentes.

Los que sienten que les gustaría vivir cerca de nuestra casa editora o de nuestro sanatorio en Takoma Park debieran buscar consejo antes de mudarse.

A los que están contemplando Mountain View como un lugar favorable para vivir, porque la Pacific Press se establecerá allí, les diría: Miren hacia otras partes del mundo que necesitan la luz que se les confió. Recuerden que Dios dio a cada uno su obra. Elijan alguna localidad donde tengan la oportunidad de hacer brillar vuestra luz en medio de las tinieblas morales.

Siempre ocurre que cuando se establece una institución en un sitio, hay muchas familias que desean mudarse en las cercanías. Fue así en Battle Creek y Oakland, y, hasta cierto punto, en casi todo lugar donde tenemos un colegio o un sanatorio.

Hay gente inquieta que, si se mudaran a un lugar nuevo para vivir, seguirían insatisfechos, porque el espíritu de descontento está en su corazón, y un cambio de lugar no produce un cambio de corazón. Su carácter no ha sido refinado ni ennoblecido por el Espíritu de Cristo. Necesitan aprender la lección del contentamiento. No examinan las cosas de causa a efecto. No buscan entender las pruebas bíblicas del carácter, las cuales son esenciales para el éxito auténtico.

Hay muchos que desean cambiar de empleo. Quieren obtener las ventajas que suponen que existen en algún otro lugar. Pregúntense de qué beneficio les sería mudarse si no han aprendido a ser amables, pacientes y útiles donde se encuentran. Contémplense a sí mismos a la luz de la Palabra de Dios, y entonces obren sobre el punto donde hace falta mejorar.

Recuerden los que están pensando en mudarse a Mountain View que eso no es sabio, a menos que se los llame en relación con la obra de las publicaciones. El mundo es grande y sus necesidades

son muchas. Vayan, establezcan nuevos centros en lugares donde hay necesidad de luz. No se amontonen en un solo lugar, cometiendo el mismo error que en Battle Creek. Hay centenares de lugares que necesitan la luz que Dios les dio.

Y dondequiera vivan, y cualesquiera sean vuestras circunstancias, asegúrense de llevar a vuestros hogares y vida cotidiana las enseñanzas de la Palabra de Dios. Busquen a Dios como vuestra luz, fuerza y camino al Cielo. Recuerden que a cada uno Dios le confió talentos para ser usados para él. Aprendan a los pies de Jesús las lecciones de mansedumbre y humildad, y entonces trabajen con el espíritu del Salvador en favor de quienes los rodean. Mediante la obediencia voluntaria a los mandamientos, hagan de vuestro hogar un lugar donde el honor de Dios amaría habitar. “Así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad y cuyo nombre es el Santo: ‘Yo habito en la altura y la santidad, pero habito también con el quebrantado y humilde de espíritu, para reavivar el espíritu de los humildes y para vivificar el corazón de los quebrantados’ ” [Isa. 57:15].

Cada uno de nosotros tiene un trabajo individual para realizar. Debemos consagrarnos en cuerpo, alma y espíritu a Dios. Cada uno de sus hijos tiene algo que hacer para honra y gloria de su nombre. Dondequiera estén, pueden ser una bendición.

Si no parece haber más que una escasa posibilidad de obtener medios de vida donde están, aprovechen al máximo cada oportunidad. Tracen planes sabios. Pongan en uso cada partícula de capacidad que Dios les dio. Cumplan vuestro deber hacia ustedes mismos, progresando en entendimiento y adaptabilidad, mejorando diariamente en la capacidad de emplear al máximo las facultades mentales y físicas que Dios les diera. Él desea que sean exitosos. Él desea que sean una bendición en vuestra casa y en el vecindario donde viven.

Padres, ayuden a sus hijos a ayudarlos a ustedes y a ayudarse mutuamente. Sed amables y corteses hacia vuestros vecinos. Que mediante las buenas obras alumbre vuestra luz en medio de las

tinieblas morales. Si son verdaderos cristianos, se harán más y más capaces de entender cuál es la voluntad del Señor, y avanzarán paso a paso a la luz de su Palabra.

Estudien la vida de Cristo, y esfuércense por seguir el modelo que les diera. Pregúntense si cumplieron todo vuestro deber hacia la iglesia y en vuestra propia casa, y vuestro deber hacia vuestros vecinos. ¿Fueron fieles en enseñar a sus hijos lecciones de cortesía cristiana? ¿Es que no hay muchas oportunidades para mejorar en el gobierno de vuestro hogar? No descuiden a sus hijos. Aprendan a disciplinarse ustedes mismos, para ser dignos del respeto de sus hijos y sus vecinos. Si Cristo no está morando en vuestro corazón, ¿cómo podrán enseñar a otros las lecciones de paciencia y amabilidad que deben manifestarse en la vida de todo cristiano? Asegúrense de estar guardando el camino del Señor, y entonces enseñen la verdad a quienes los rodean.–*Review and Herald*, 2 de junio de 1904.

LECTURAS ADICIONALES

- *Review and Herald*, 8 y 15 de septiembre de 1904, “Training Children for God” [Capacitando a los niños para Dios].
- *Testimonios para la iglesia* 8:233-241 (1904), “Cómo debe ser educada la juventud”.
- *Testimonios para la iglesia* 8:266-274 (1904), “Dios en la naturaleza”.
- *Testimonios para la iglesia* 8:275-292 (1904), “Un Dios personal”.
- *Testimonios para la iglesia* 8:293-304 (1904), “El falso y el verdadero conocimiento de Dios”.
- *Testimonios para la iglesia* 8:305-318 (1904), “Peligros de la ciencia especulativa”.
- *Testimonios para la iglesia* 8:319-325 (1904), “Lo falso y lo verdadero en la educación”.
- *Testimonios para la iglesia* 8:326-332 (1904), “La importancia de buscar el verdadero conocimiento”.

- *Testimonios para la iglesia* 8:333-343 (1904), “El conocimiento recibido a través de la Palabra de Dios”.
- *Youth’s Instructor*, 4 de abril de 1905, “Lessons from the Life of Daniel” [Lecciones de la vida de Daniel].
- *Review and Herald*, 27 de abril de 1905, “Instruction for Helpers and Students at Takoma Park” [Instrucciones para asistentes y estudiantes en Takoma Park].

65

Lecciones de la vida de Salomón

“Apártense”

Colocado al frente de una nación que había sido puesta como luz para las naciones circundantes, Salomón pudo haber acarreado gran gloria al Señor del universo mediante una vida de obediencia. Pudo haber animado al pueblo de Dios para que evitara las maldades practicadas por las naciones vecinas. Pudo haber usado la sabiduría que Dios le dio y la fuerza de la influencia para organizar y dirigir un gran movimiento misionero para iluminar a los que no conocían a Dios ni su verdad. De ese modo multitudes podrían haber sido ganadas para servir al Rey de reyes.

Bien sabía Satanás los resultados que tendría la obediencia, y durante los primeros años del reinado de Salomón –años gloriosos por la sabiduría, beneficencia y rectitud del rey– buscó introducir influencias que minarían insidiosamente la lealtad de Salomón a los principios y lo separarían de Dios. Y el enemigo tuvo éxito en su esfuerzo; ver el registro: “Salomón estableció parentesco con el faraón, rey de Egipto, pues tomó la hija de faraón y la trajo a la ciudad de David” [1 Rey. 3:1].

Al formar una alianza con una nación pagana, y sellar el pacto mediante un matrimonio con una princesa idólatra, Salomón hizo a un lado precipitadamente las sabias provisiones que Dios había hecho para mantener la pureza de su pueblo. La esperanza de que su esposa egipcia se convirtiera no fue más que una débil excusa para pecar. En violación de un mandato directo de mantenerse separado de otras naciones, el rey unió su fuerza con el brazo de la carne.

Por un tiempo, Dios en su compasiva misericordia revirtió este terrible error. La esposa de Salomón se convirtió, y el rey, con una conducta sabia, podría haber hecho mucho para poner coto a las fuerzas del mal que su imprudencia había puesto en marcha. Pero Salomón comenzó a perder de vista la fuente divina de su poder y gloria. Su inclinación predominó sobre su razón. A medida que aumentaba su confianza propia, buscó realizar el propósito del Señor a su manera. Razonó que las alianzas políticas y comerciales con las naciones circunvecinas las llevaría a un conocimiento del Dios verdadero, por lo que entró en una alianza impía con nación tras nación. A menudo estas alianzas se sellaban con un matrimonio con princesas paganas. Los mandatos de Jehová fueron dejados de lado en favor de las costumbres de las naciones vecinas.

Durante los años de apostasía de Salomón, la decadencia espiritual de Israel fue rápida. ¿Cómo podría haber sido de otro modo, siendo que su rey se había unido con agencias satánicas? Mediante estas últimas el enemigo trabajó para confundir las mentes del pueblo con respecto al culto falso y verdadero. Fueron presa fácil. Se hizo común casarse con paganos. Los israelitas perdieron rápidamente su horror por la idolatría. Se introdujeron costumbres paganas. Madres idólatras traían a sus hijos para la observancia de ritos paganos. La fe hebrea se estaba volviendo rápidamente una mezcla de ideas confusas. El comercio con otras naciones puso a los israelitas en contacto íntimo con los que no amaban a Dios, y el amor que ellos mismos le profesaban disminuyó mucho. El agudo sentido que tenían del carácter elevado y santo de Dios se insensibilizó. Al rehusarse a andar en la senda de la obediencia, transfirieron su servicio a Satanás. El enemigo se regocijó en su éxito en cuanto a desfigurar la imagen de Dios en las mentes del pueblo que Dios había elegido por representantes suyos. Por medio de los matrimonios mixtos con idólatras y constante contacto con ellos, Satanás produjo aquello por lo cual había estado laborando largamente: la apostasía de la nación.

Alianzas antibíblicas

El Señor desea que sus siervos preserven su carácter santo y peculiar. Su mandato es: “No os unáis en yugo desigual con los incrédulos, porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Qué armonía puede haber entre Cristo y Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo? ¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Y vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: ‘Habitaré y andaré entre ellos; yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Por lo cual, ‘Salid de en medio de ellos y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo impuro; y yo os recibiré y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso’ ” [2 Cor. 6:14-18].

Nunca hubo época en la historia de la Tierra cuando esta advertencia fue más apropiada que en la actualidad. Muchos profesos cristianos piensan, como Salomón, que pueden unirse con los impíos porque su influencia sobre los que están en el error será de beneficio; pero demasiado a menudo ellos mismos, atrapados y vencidos, renuncian a su sagrada fe, sacrifican los principios y se separan de Dios. Un paso en falso lleva a otro, hasta que finalmente se ubican donde no tienen esperanzas de romper las cadenas que los ligan.

Los jóvenes cristianos debieran tener mucho cuidado en la formación de amistades y elección de compañeros. Presten atención, no sea que lo que ahora piensan que es oro puro resulte ser vil metal. Las compañías mundanas tienden a ser obstáculos para vuestro servicio a Dios, y muchas almas se arruinan por uniones desgraciadas, sean comerciales o matrimoniales, con los que jamás pueden elevar o ennoblecer. Nunca debiera aventurarse el pueblo de Dios en terreno prohibido. El casamiento de creyentes con incrédulos está prohibido por Dios. Pero demasiado a menudo el corazón inconverso sigue sus propios deseos, y se forman matrimonios sin la aprobación de Dios. Por esta causa muchos hombres y mujeres están sin esperanza y sin Dios en el mundo. Sus nobles aspiraciones están muertas; por una cadena de circunstancias están atrapados en la red de Satanás. Los que se

gobiernan por pasión e impulso tendrán una amarga cosecha para recoger en esta vida, y su conducta puede resultar en la pérdida de su alma.

La obra institucional

Los que están a cargo de las instituciones del Señor necesitan mucha la fortaleza, gracia y poder preservador de Dios, para no andar contrariamente a los sagrados principios de la verdad. Muchos, muchos, son de comprensión débil con respecto a su obligación de preservar la verdad en su pureza, sin contaminación de ningún vestigio de error. Su peligro consiste en estimar en poco la verdad, dejando de ese modo sobre las mentes la impresión de que es de poca importancia lo que creamos siempre que, al llevar a cabo planes de diseño humano, podamos exaltarnos delante del mundo como teniendo un puesto superior, o como ocupando el sitial más elevado.

Dios llama a los hombres cuyo corazón sea tan genuino como el acero, y quien estará firme en la integridad, impávido ante las circunstancias. Él llama a hombres que permanecerán separados de los enemigos de la verdad. Él llama a hombres que no se atrevan a recurrir al brazo de la carne mediante la asociación con los mundanos con el fin de asegurar medios para hacer avanzar su obra, incluso para construir instituciones. Salomón, por medio de sus alianzas con los incrédulos, aseguró una gran cantidad de oro y plata, pero su prosperidad resultó su ruina. Los hombres de hoy no son más sabios que él, y son tan propensos a ceder a las influencias que provocaron su caída. Durante miles de años Satanás ha estado ganando experiencia para aprender a engañar; y para los que viven en esta época, él viene con un poder casi abrumador. Nuestra única seguridad se encuentra en la obediencia a la Palabra de Dios, la cual se nos ha dado como una guía y un consejero seguros. El pueblo de Dios hoy en día está para mantenerse distinto y separado del mundo, de su espíritu y de sus influencias.

“Salid de en medio de ellos y apartaos” [2 Cor. 6:17]. ¿Oiremos la voz de Dios y obedeceremos, o haremos un trabajo a medias y

trataremos de servir a Dios y a Mamón? Hay una tarea seria ante cada uno de nosotros. Los pensamientos correctos, los propósitos puros y santos, no nos vienen naturalmente. Debemos esforzarnos por obtenerlos. En todas nuestras instituciones, editoras y colegios y sanatorios deben arraigarse principios puros y santos. Si nuestras instituciones son lo que Dios se proponen que sean, los que están relacionados con ellas no seguirán el modelo de las instituciones del mundo. Se mantendrán peculiares, gobernadas y controladas por la norma bíblica. No se pondrán en armonía con los principios del mundo para conseguir patrocinio. Ningún motivo tendrá fuerza suficiente para desviarlos de la recta línea del deber. Los que están bajo el control del Espíritu de Dios no buscarán su propio placer o diversión. Si Cristo preside en el corazón de los miembros de su iglesia, responderán al llamado: “Salid de en medio de ellos y apartaos”. “No seáis partícipes de sus pecados” [Apoc. 18:4].

Dios desea que aprendamos la solemne lección de que estamos elaborando nuestro propio destino. El carácter que formamos en esta vida decide si somos o no idóneos para vivir las edades eternas. Ningún hombre puede sin peligro servir tanto a Dios como a Mamón. Dios es totalmente capaz de mantenernos en el mundo sin ser del mundo. Su amor no es incierto ni fluctuante. Siempre vela por sus hijos con un cuidado inmenso y perdurable. Pero requiere que le rindamos nuestra lealtad indivisa. “Ninguno puede servir a dos señores, porque odiará al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas” [Mat. 6:24].

Salomón fue dotado de sabiduría maravillosa, pero el mundo lo apartó de Dios. Necesitamos guardar nuestra alma con toda diligencia para que los cuidados y atracciones del mundo no absorban el tiempo que debe darse a las cosas eternas. Dios advirtió a Salomón de su peligro, y hoy nos advierte: no poner en peligro nuestra alma mediante el parentesco con el mundo. Nos ruega: “Salid de en medio de ellos, apartaos... y no toquéis lo impuro; y yo os recibiré y seré para vosotros por Padre, y vosotros

me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso” [2 Cor. 6:17, 18].–*Review and Herald*, 1° de febrero de 1906.

LECTURA ADICIONAL

- *Youth’s Instructor*, 10 de septiembre de 1907, “Lessons in Economy and Self-denial” [Lecciones en economía y abnegación].

66

Los docentes como ejemplos de integridad cristiana

Tengo un mensaje para los que se hallan a cargo de nuestras instituciones educativas. Se me instruyó para que llamase la atención de todo aquel que ocupe un puesto de responsabilidad dirigiéndolo a la ley divina como base de toda conducta recta. He de comenzar llamando la atención hacia la ley dada en el Edén, y a la recompensa de la obediencia y al castigo por la desobediencia.

Como consecuencia de la transgresión de Adán se introdujo el pecado en el bello mundo que Dios creara, y hombres y mujeres se volvieron cada vez más audaces en la desobediencia a la ley divina. El Señor miró desde lo alto al mundo impenitente, y decidió que debía dar a los transgresores una exhibición de su poder. Hizo que Noé conociera su propósito, y lo instruyó para que formulara una advertencia a la gente mientras construía un arca en la cual pudieran refugiarse los obedientes hasta que la indignación de Dios hubiese pasado. Por 120 años Noé predicó el mensaje de advertencia al mundo antediluviano; pero pocos se arrepintieron. Algunos de los carpinteros que contrató para construir el arca creyeron en el mensaje, pero murieron antes del diluvio; otros conversos de Noé regresaron al mundo. Los justos sobre la Tierra fueron pocos, y tan sólo ocho vivieron para entrar en el arca: Noé y su familia.

La raza rebelde fue arrasada por el diluvio. La muerte fue su porción. Por medio del cumplimiento de la advertencia profética, de que todos los que no guardaran los mandamientos del Cielo habrían de beber las aguas del diluvio, se ejemplificó la veracidad de la Palabra de Dios.

Después del diluvio la gente volvió a multiplicarse sobre la Tierra, y la maldad también se incrementó. La idolatría se hizo poco menos que universal, y el Señor finalmente dejó a los transgresores empedernidos para que siguieran sus malvados caminos, mientras eligió a Abraham, del linaje de Sem, y lo hizo custodio de su ley para las futuras generaciones. A él le llegó el mensaje: “Vete de tu tierra, de tu parentela y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré”. Y por fe Abraham obedeció, “y salió sin saber a dónde iba” [Gén. 12:1; Heb. 11:8].

La descendencia de Abraham se multiplicó, y con el tiempo Jacob, sus hijos y sus familias descendieron a Egipto. Allí ellos y sus descendientes peregrinaron por muchos años, hasta que finalmente Dios los convocó a salir para llevarlos a la tierra de Canaán. Era propósito suyo hacer de esta nación de esclavos un pueblo que manifestara su carácter a las naciones idólatras del mundo. Si hubieran obedecido su palabra, pronto habrían entrado en la Tierra Prometida. Pero fueron desobedientes y rebeldes, y por 40 años vagaron por el desierto. Sólo dos de los adultos que salieron de Egipto entraron en Canaán.

Durante la peregrinación de los israelitas en el desierto, Dios les dio su ley. Los condujo al Sinaí, donde, en medio de escenas de terrible majestuosidad, proclamó los Diez Mandamientos.

Podemos estudiar con provecho el registro de la preparación hecha por la congregación de Israel para oír la ley. “Al tercer mes de haber salido los hijos de Israel de la tierra de Egipto, ese mismo día, llegaron al desierto de Sinaí. Habían salido de Refidim, y al llegar al desierto de Sinaí acamparon en el desierto. Israel acampó allí frente al monte, y Moisés subió a encontrarse con Dios. Jehová lo llamó desde el monte y le dijo: ‘Así dirás a la casa de Jacob, y anunciarás a los hijos de Israel: Vosotros visteis lo que hice con los egipcios, y cómo os tomé sobre alas de águilas y os he traído a mí. Ahora, pues, si dais oído a mi voz y guardáis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra’ ” [Éxo. 19:1-5].

Por tanto, ¿quién ha de ser considerado el gobernante de las naciones? El Señor Dios Omnipotente. Todos los reyes, todos los gobernantes, todas las naciones, están bajo su reinado y gobierno.

"Entonces regresó Moisés, llamó a los ancianos del pueblo y expuso en su presencia todas estas palabras que Jehová le había mandado".

¿Cuál fue la respuesta de la congregación, la cual comprendía más de un millón de personas?

"Todo el pueblo respondió a una diciendo: 'Haremos todo lo que Jehová ha dicho'. Moisés refirió a Jehová las palabras del pueblo" [Éxo. 19:7, 8].

De ese modo los hijos de Israel fueron designados como pueblo especial. Mediante un solemnísimo pacto prometieron ser fieles a Dios.

Luego se mandó al pueblo prepararse para oír la ley. A la mañana del tercer día se oyó la voz de Dios. Hablando desde la densa nube que lo envolvía cuando se paró sobre el monte, rodeado por una comitiva de ángeles, el Señor dio a conocer su ley.

Dios acompañó la proclamación de su ley con manifestaciones de su poder y gloria, para que su pueblo quedase impresionado con profunda veneración por el Autor de la ley, el Creador de los cielos y la Tierra. Quería también mostrar a todos los hombres la santidad, importancia y permanencia de su ley.

Los hijos de Israel fueron sobrecogidos de terror. Se apartaron de la montaña con temor y asombro. La multitud clamó a Moisés: "Habla tú con nosotros, y nosotros oiremos; pero no hable Dios con nosotros, para que no muramos" [Éxo. 20:19].

La mente de la gente, [seres] enceguecidos y degradados por la esclavitud, no estaba preparada para apreciar plenamente los abarcadores principios de los 10 preceptos de Dios. Para que las

obligaciones del decálogo pudieran ser entendidas y cumplidas más plenamente se dieron preceptos adicionales, los cuales ilustraban y aplicaban los preceptos de los Diez Mandamientos. A diferencia del decálogo, esos preceptos fueron comunicados privadamente a Moisés, quien los transmitiría al pueblo.

Al descender del monte, Moisés “fue y le contó al pueblo todas las palabras de Jehová, y todas las leyes. Y todo el pueblo respondió a una voz: ‘Cumpliremos todas las palabras que Jehová ha dicho’. Entonces Moisés escribió todas las palabras de Jehová, y levantándose de mañana edificó un altar y doce columnas al pie del monte, una por cada tribu de Israel. Luego envió jóvenes de los hijos de Israel, los cuales ofrecieron holocaustos y becerros como sacrificios de paz a Jehová. Moisés tomó la mitad de la sangre, la puso en tazones y esparció la otra mitad de la sangre sobre el altar. Después tomó el libro del pacto y lo leyó a oídos del pueblo, el cual dijo: ‘Obedeceremos y haremos todas las cosas que Jehová ha dicho’. Entonces Moisés tomó la sangre, la roció sobre el pueblo y dijo: ‘Esta es la sangre del pacto que Jehová ha hecho con vosotros sobre todas estas cosas’ ” [Éxo. 24:3-8].

De ese modo, mediante una solemnísima ceremonia, los hijos de Israel volvieron a ser apartados como pueblo peculiar. La aspersión de la sangre representaba el derramamiento de la sangre de Jesús, por medio de la cual los seres humanos son purificados del pecado.

Una vez más el Señor tuvo palabras especiales para dirigir a su pueblo. En Éxodo 31 leemos:

“Continuó hablando Jehová a Moisés, y le dijo: ‘Tú hablarás a los hijos de Israel y les dirás: En verdad vosotros guardaréis mis sábados, porque es una señal entre mí y vosotros por vuestras generaciones, para que sepáis que yo soy Jehová que os santifico... Guardarán, pues, el sábado los hijos de Israel, celebrándolo a lo largo de sus generaciones como un pacto perpetuo. Para siempre será una señal entre mí y los hijos de Israel, porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, y en el séptimo día cesó y descansó. Y dio a Moisés, cuando acabó de hablar con él en el

monte Sinaí, dos tablas del Testimonio, tablas de piedra escritas por el dedo de Dios" [vs. 12-18].

Me fueron presentados muchos otros pasajes sobre la sacralidad de la ley de Dios. Escena tras escena, las cuales llegan hasta la actualidad, desfilaron delante de mí. La palabra hablada por Dios a Israel se verificó. El pueblo desobedeció, y sólo dos de los adultos que salieron de Egipto entraron en Canaán. El resto murió en el desierto. [Teniendo en cuenta todo esto], hoy, ¿no habrá de vindicar el Señor su palabra si los dirigentes de su pueblo se apartan de sus mandamientos?

Se me llamó la atención al capítulo 4 de Deuteronomio. Este debe estudiarse completo. Nótese especialmente la declaración: "Aprende pues, hoy, y reflexiona en tu corazón que Jehová es Dios arriba en el Cielo y abajo en la tierra; no hay otro. Guarda sus estatutos y sus mandamientos, los cuales yo te mando hoy, para que te vaya bien a ti y a tus hijos después de ti, y prolongues tus días sobre la tierra que Jehová, tu Dios, te da para siempre" [Deut. 4:39, 40].

Los capítulos 8 y 11 de Deuteronomio también tienen gran significado para nosotros. Las lecciones que contienen son de la mayor importancia, y están dadas para nosotros tan ciertamente como lo fueron para los israelitas. En el 11 Dios dice:

"Mirad: Yo pongo hoy delante de vosotros la bendición y la maldición: la bendición, si obedecéis los mandamientos de Jehová, vuestro Dios, que yo os prescribo hoy, y la maldición, si no obedecéis los mandamientos de Jehová, vuestro Dios, y os apartáis del camino que yo os ordeno hoy, para ir tras los dioses ajenos que no habéis conocido" [vs. 26-28].

Se me ha instruido que, como mensajera de Dios, me detenga especialmente en el registro del pecado de Moisés y su triste resultado, como solemne lección para los que ocupan puestos de responsabilidad en nuestros colegios, y especialmente para los que están en la función de rectores de esas instituciones.

De Moisés declara la Palabra de Dios: “Moisés era un hombre muy manso, más que todos los hombres que había sobre la tierra” [Núm. 12:3]. Por largo tiempo había soportado la rebelión y terquedad de Israel. Pero finalmente su paciencia cedió. Estaban en los límites de la Tierra Prometida. Pero antes de entrar a Canaán debían mostrar que creían en la promesa de Dios. La provisión de agua cesó. Ahí había una oportunidad para que ellos caminaran por fe y no por vista. Pero se olvidaron de la mano que por tantos años había suplido sus necesidades, y en vez de dirigirse a Dios en busca de ayuda, murmuraron contra él.

Dirigieron sus clamores contra Moisés y Aarón: “¿Por qué hiciste venir la congregación de Jehová a este desierto, para que muramos aquí nosotros y nuestras bestias? ¿Y por qué nos has hecho subir de Egipto para traernos a este horrible lugar? No es lugar de sementera, de higueras, de viñas ni de granadas, ni aun de agua para beber” [Núm. 20:4, 5].

Los dos hermanos se presentaron ante la multitud. Pero en vez de hablar a la roca, como Dios había instruido, Moisés la golpeó airado, exclamando: “¡Oíd ahora, rebeldes! ¿Haremos salir aguas de esta peña para vosotros?” [v. 10].

Amargo y profundamente humillante fue el juicio pronunciado inmediatamente: “Jehová dijo a Moisés y a Aarón: ‘Por cuanto no creísteis en mí, para santificarme delante de los hijos de Israel, por tanto, no entraréis con esta congregación en la tierra que les he dado’ ” [v. 12]. Junto al rebelde Israel debían morir antes de cruzar el Jordán.

De la experiencia de Moisés el Señor quiere que su pueblo aprenda que cuando hacen lo que da prominencia al yo, entonces se descuida su obra y se lo deshonra a él. El Señor obrará en contra de los que obran en contra de él. Su nombre, y sólo el suyo, ha de ser magnificado sobre la Tierra.

Por más de 20 años han ocurrido cosas extrañas en diferentes momentos entre nosotros. Los que llegaron a ser infieles, los que no

exaltaron los principios de la rectitud, necesitan ahora buscar al Señor con profunda humillación del alma, y convertirse, para que Dios pueda sanar sus transgresiones.

Quien está al frente de una escuela ha de poner sus intereses íntegramente en la obra de hacer de la escuela exactamente lo que el Señor se propone que sea. Si es ambicioso/a para escalar más y más alto, si se pone por encima de las reales virtudes de su obra, y por encima de la sencillez de esta última, y si desecha los santos principios del Cielo, aprenda de la experiencia de Moisés que el Señor ciertamente manifestará su desagrado por cuanto no alcanzó la norma que le fue propuesto/a.

En especial el rector de un colegio debiera velar cuidadosamente por las finanzas de la institución. Debiera entender los fundamentales principios de contabilidad. Debe informar con fidelidad el uso de todos los fondos que pasan por sus manos para ser usados en el colegio. Los fondos del colegio no son para girar en descubierto, sino que debe hacerse todo el esfuerzo posible para aumentar la utilidad del colegio. Aquellos a quienes se les ha confiado la administración financiera de nuestras instituciones educativas no deben permitir que se empleen los recursos en forma descuidada. Todo lo que se relacione con las finanzas de nuestros colegios debiera ser perfectamente íntegro. El camino del Señor debe seguirse en forma estricta, aunque no esté en armonía con los caminos de los hombres.

A los que están a cargo de nuestros colegios diría: ¿Están haciendo de Dios y su ley vuestra delicia? ¿Son puros, sanos y sin adulteración los principios que siguen? ¿Están manteniéndose bajo el control de Dios en la práctica de la vida? ¿Ven la necesidad de obedecerlo en cada detalle? Si se sienten tentados a disponer del dinero que entra al colegio en formas que no traen especial beneficio al colegio, vuestra norma de principios necesita una crítica cuidadosa, para que no llegue el día cuando tengan que ser criticados y hallados faltos. ¿Quién es vuestro tenedor de libros? ¿Quién es vuestro tesorero? ¿Quién es vuestro gerente de

negocios? ¿Son cuidadosos y competentes? Consideren esto. Es posible que el dinero sea malversado sin que nadie entienda claramente cómo ocurrió; y es posible que un colegio esté perdiendo dinero continuamente por causa de gastos imprudentes. Los que están a cargo pueden lamentar profundamente esa pérdida, y sin embargo suponer que hicieron lo mejor que podían. Pero ¿por qué permiten que se acumulen las deudas? Que los que están a cargo de un colegio verifiquen cada mes la verdadera situación financiera del colegio.

Mis hermanos que llevan responsabilidades, exalten la ley del reino de Cristo por medio de una obediencia voluntaria a ella. Si ustedes mismos no están bajo el control del Gobernante del universo, ¿cómo pueden obedecer su ley tal como lo requiere su Palabra? Los que están en puestos de autoridad son justamente los que necesitan darse cuenta más plenamente de que son responsables por la ley de Dios y de la importancia de obedecer todos sus requerimientos.

En ciertos aspectos, muchos de los que están relacionados con nuestros colegios debieran elevarse a un nivel más alto. Sabemos que algunos están resueltamente decididos a ser obedientes a cada palabra que sale de la boca de Dios. Tales hombres y mujeres recibirán energía intelectual para discernir la diferencia entre la rectitud y la maldad. Tienen la fe que obra por el amor y purifica el alma, y revelan a Dios al mundo.

Todos necesitamos conseguir una experiencia en las cosas de Dios que sea mucho más profunda que la que tenemos. El yo debe morir, y Cristo debe tomar posesión del templo del alma. Médicos, pastores, docentes, y todos los que ocupan cargos de responsabilidad, deben aprender la humildad de Cristo antes que él pueda revelarse en ellos. Demasiado a menudo el yo es una agencia tan importante en la vida de un hombre que el Señor no puede moldearlo y modelarlo. El yo está al mando a derecha y a izquierda, y el hombre arremete por su propio camino como le place. Cristo dice al yo: “Sal de mi camino. Todo el que quiera venir en pos

de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Entonces podré aceptarlo como discípulo mío. Para servirme en forma aceptable, debe realizar la obra que le he dado en armonía con mis instrucciones".–*Review and Herald,* 16 y 23 de agosto de 1906.

67

Lo esencial en la educación

La educación más esencial para que adquieran los jóvenes hoy, y la cual los adecuará para los grados más altos de la escuela de arriba, es una educación que les enseñará cómo revelar la voluntad de Dios al mundo. Descuidar este aspecto de su formación, e introducir en nuestros colegios un método mundano, es acarrear pérdidas tanto para los docentes como para los alumnos.

Poco antes de ser llevado al Cielo, Elías visitó las escuelas de los profetas e instruyó a los estudiantes sobre los puntos más importantes de su educación. Las lecciones que les había dado en visitas anteriores las repitió ahora, grabando en la mente de los jóvenes la importancia de hacer que la sencillez caracterizara todo aspecto de su educación. Sólo de este modo podían recibir el molde del Cielo y salir a trabajar en los caminos del Señor. Si se los conduce como Dios se propone que lo sean, nuestros colegios en estos días finales del mensaje harán una obra similar a la realizada por las escuelas de los profetas.

Los que salgan de nuestros colegios para dedicarse a la obra misionera necesitarán experiencia en el cultivo de la tierra y otros tipos de trabajo manual. Debieran recibir una formación que los haga idóneos para asumir cualquier tipo de trabajo en los campos misioneros adonde sean llamados. Ninguna obra será más efectiva que la realizada en favor de quienes, después de haber obtenido una educación en la vida práctica, saldrán preparados para instruir así como fueron instruidos.

En sus enseñanzas el Salvador representó al mundo con la figura de una viña. Haríamos bien en estudiar las parábolas en las que se usa esta figura. Si en nuestras escuelas se cultivara más fielmente la tierra, y los estudiantes cuidaran de los edificios con más

generosidad, entonces el amor por los deportes y las diversiones, que causan tanta perplejidad en la obra de nuestro colegio, desaparecería.

Cuando el Señor puso a nuestros primeros padres en el huerto del Edén, fue con la indicación de que lo labraran y lo guardaran. Dios había terminado su obra de creación, y declaró que todo era muy bueno. Todo estaba adaptado al fin para el cual fuera hecho. Mientras Adán y Eva obedecieron a Dios, sus labores en el huerto fueron placenteras; la tierra rendía de su abundancia para sus necesidades. Pero cuando el hombre se apartó de su obediencia a Dios, fue condenado a luchar contra las semillas que siembra Satanás y a ganarse el pan con el sudor de su frente. De allí en adelante tiene que batallar en trabajos y fatigas contra el poder al que cedió su voluntad.

Fue el propósito de Dios eliminar, mediante el trabajo duro, el mal que el hombre había introducido en el mundo mediante la desobediencia. Por el trabajo duro las tentaciones de Satanás pueden hacerse inefectivas y detenerse la marejada del mal. El Hijo de Dios fue entregado a mundo para hacer, por medio de su muerte, expiación por los pecados del mundo, y por medio de su vida enseñar a los hombres cómo debían contrarrestarse los planes del enemigo. Tomando sobre sí mismo la naturaleza del hombre, Cristo entró en las simpatías e intereses de sus hermanos, y mediante una vida de labor incansable enseñó cómo pueden los hombres hacerse colaboradores con Dios en la edificación de su reino en el mundo.

Si los que han recibido instrucción concerniente al plan de Dios para la educación de los jóvenes en estos últimos días entregaran su voluntad a Dios, él les enseñaría su voluntad y su camino. Cristo ha de ser el maestro en todas nuestras instituciones educativas. Si docentes y alumnos le concedieran el lugar que le corresponde, obraría a través de ellos para llevar a cabo el plan de la redención.

Debe enseñarse a los estudiantes a buscar el consejo de Dios en oración. Debe enseñárseles a mirar a su Creador como su guía infalible. Debe enseñárseles las lecciones de paciencia y de

confianza, de verdadera amabilidad y de bondad de corazón. Deben aprender la lección de la perseverancia. Su carácter debe corresponder con las palabras de David: “Sean nuestros hijos como plantas crecidas en su juventud, nuestras hijas como esquinas labradas cual las de un palacio” [Sal. 144:12]. En todas estas cosas se están calificando para servir en el campo misionero.

El estudiante convertido ha roto la cadena que lo ligaba a servir al pecado, y se ha colocado en una correcta relación con Dios. Su nombre está inscripto en el libro de la vida del Cordero. Está bajo la solemne obligación de renunciar al mal y de ponerse bajo la jurisdicción de Dios. Por medio de oraciones fervientes ha de aferrarse a Cristo. El descuidar esto, el rehusar su servicio, es perder el favor del gran Maestro y hacerse juguete de las artimañas de Satanás. Fue el propósito del Cielo, por medio del sacrificio infinito de Cristo, el restaurar a hombres y a mujeres al favor de Dios. La educación que lleva al estudiante a una estrecha relación con el Maestro venido de Dios es la verdadera educación.

El pueblo de Dios es su instrumento escogido para ampliar su iglesia en la Tierra. [Sus miembros] han de buscar el consejo de Dios. Las diversiones y entretenimientos mundanos no deben tener lugar en la vida del cristiano. En seguir el camino del Señor debe estar la fortaleza de su pueblo. Su fe en el don de Dios del Hijo unigénito debe ser manifiesta. Esto hará su impresión en la mente del mundano. El que ocupa su puesto como separado del mundo, y se esfuerza por ser uno con Cristo, tendrá éxito en atraer almas a Dios. La gracia de Cristo será tan evidente en su vida, que el mundo tomará conocimiento de que ha estado con Jesús y ha aprendido de él.

El Salvador nos manda: “Vete hoy a trabajar en mi viña”. “Si, pues, coméis o bebéis o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios” [Mat. 21:28; 1 Cor. 10:31]. Que todo aquel que profesa ser un hijo del Rey celestial busque constantemente representar los principios del reino de Dios. Recuerde cada uno que en espíritu, en palabras y en obras, ha de ser leal y fiel a todos los preceptos y

mandamientos del Señor. Hemos de ser súbditos fieles y confiables del reino de Cristo, para que los que son sabios según el mundo puedan tener un cuadro fidedigno de las riquezas, la bondad, la misericordia, la ternura y la cortesía de los ciudadanos del reino de Dios.–*Review and Herald*, 24 de octubre de 1907.

68

Un mensaje para los docentes

Se me dio un mensaje para los docentes en todos nuestros centros educativos. Los que aceptan la sagrada responsabilidad que pesa sobre los docentes necesitan avanzar constantemente en su experiencia. No debieran conformarse con permanecer en las tierras bajas, sino que debieran estar escalando constantemente hacia el Cielo. Con la Palabra de Dios en sus manos, y el amor por las almas incitándolos a la diligencia, debieran progresar en eficiencia paso a paso.

La obra de la verdadera educación estará combinada con una profunda experiencia cristiana. Nuestros centros educativos deben progresar firmemente en desarrollo cristiano; y para lograr esto, las palabras y ejemplos del docente serán de constante ayuda. El apóstol declara: “Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo” [1 Ped. 2:5]. Sería bueno que cada docente y estudiante estudiaran con cuidado estas palabras, preguntándose: ¿Estoy obteniendo, mediante la abundante gracia ofrecida, la clase de experiencia que como hijo de Dios debo tener para avanzar constantemente paso a paso hacia grados superiores?

En cada tipo de enseñanza los docentes han de tratar de impartir luz de la Palabra de Dios, y mostrar la importancia de obedecer un “Así dice Jehová”. La educación debiera ser tal que los estudiantes quieran hacer de los principios correctos la guía para toda acción. Esa es la educación que permanecerá por los siglos de la eternidad.

Se me dan palabras de advertencia para los docentes en todas nuestras instituciones educativas establecidas. La obra de nuestros centros educativos debe mostrar un cuño distinto del que exhiben

algunas de nuestras instituciones más populares. El mero estudio del libro de texto común no es suficiente; y muchos de los libros que se están usando son innecesarios para las instituciones establecidas con el fin de preparar a los estudiantes para la escuela de arriba. Como resultado, los estudiantes en estas escuelas y colegios no está recibiendo la educación cristiana más perfecta. Justamente los puntos de estudio que están siendo más descuidados son los más necesarios para preparar a los estudiantes para salir airosos del último examen final, y para hacerlos idóneos para la obra misionera doméstica y en el extranjero. La educación que hace falta ahora es la que capacitará a los estudiantes para la obra misionera práctica, al enseñarles a poner toda facultad bajo el control del Espíritu de Dios. El libro de texto del más elevado valor es el que contiene la instrucción de Cristo, el Maestro de los maestros.

El Señor espera que nuestros docentes expulsen de nuestros colegios esos libros que enseñan ideas que no armonizan con su Palabra, y hagan lugar a esos otros libros que son del más alto valor. El Señor tiene el propósito de que los docentes en nuestras instituciones educativas sobrepasen en sabiduría a la sabiduría del mundo, por cuanto estudian la sabiduría suya. Dios recibirá honra cuando los docentes en nuestros centros educativos, desde los estudios superiores hasta los iniciales, muestren al mundo que poseen una sabiduría que es más que humana, porque el Maestro supremo está al frente de ellos.

Nuestros docentes necesitan ser constantes aprendices. Todos los reformadores necesitan ponerse bajo la disciplina de Dios. Su propia vida necesita ser reformada, y su propio corazón ser subyugado por medio de la gracia de Cristo. Debe renunciarse a todo hábito e idea mundana que no esté en armonía con la mente de Dios.

Cuando Nicodemo, un erudito maestro en Israel, vino a Jesús para inquirir de él, Cristo le expuso los primeros principios. Nicodemo, aunque tenía un puesto de honor en Israel, no tenía una concepción correcta de lo que debiera ser un maestro en Israel. Necesitaba

instrucción en los mismos primeros principios de la vida divina, por cuanto no había aprendido el ABC de la experiencia cristiana verdadera.

En respuesta a la instrucción divina Nicodemo dijo: “¿Cómo puede hacerse esto?” Cristo le respondió: “Tú, que eres el maestro de Israel, ¿no sabes esto?” [Juan 3:9, 10]. Lo mismo puede preguntarse de muchos que están ocupando puestos de responsabilidad como docentes, médicos y ministros del evangelio, pero que han descuidado la parte más esencial de su educación, la que los haría idóneos para tratar con las mentes humanas como lo haría Cristo.

En la instrucción que Cristo diera a sus discípulos, y a personas de todas las clases [sociales] que venían a escuchar sus palabras, estaba eso que los elevaba a un plano superior de pensamiento y acción. Si hoy se dieran a los estudiantes las palabras de Cristo en vez de las palabras de los hombres, veríamos evidencias de inteligencia superior, una comprensión más clara de las cosas celestiales, un conocimiento más profundo de Dios, y una vida cristiana más pura y vigorosa. Dijo Cristo: “De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí tiene vida eterna. Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y aun así murieron. Este es el pan que desciende del cielo para que no muera quien coma de él. Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguien come de este pan, vivirá para siempre” [Juan 6:47-51].

“Sabiendo Jesús en sí mismo que sus discípulos murmuraban de esto, les dijo: ¿Esto os escandaliza? ¿Pues qué, si vierais al Hijo del Hombre subir a donde estaba primero? El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha. Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida” [Juan 6:61-63].

Somos lentos para entender cuánto necesitamos estudiar las palabras de Cristo y sus métodos de trabajo. Si se entendieran mejor sus enseñanzas, gran parte de la enseñanza que se da ahora en nuestras instituciones educativas sería tasada en su verdadero valor. Se vería que mucho de lo que se enseña ahora no desarrolla

en la vida del estudiante la sencillez de la piedad. Entonces la sabiduría finita recibiría menos honor, y la Palabra de Dios tendría un puesto de mayor honra.

Cuando nuestros docentes se conviertan de veras, experimentarán un hambre de alma por el conocimiento de Dios, y como humildes aprendices en la escuela de Cristo estudiarán para conocer su justicia [rectitud]. Los principios rectos [justos]regirán la vida, y se los enseñará como los principios que rigen en la educación del Cielo. Cuando los docentes busquen con todo su corazón traer los verdaderos principios a la obra de la educación, los ángeles de Dios estarán presentes para hacer impresiones sobre el corazón y la mente.–*Review and Herald*, 7 de noviembre de 1907.

LECTURAS ADICIONALES

- *Youth's Instructor*, 12 de noviembre de 1907, "With Full Purpose of Heart" [Con íntegro propósito de corazón].
- *Youth's Instructor*, 17 de marzo de 1908, "From Prison Cell to Egypt's Throne" [Desde la celda de la cárcel al trono de Egipto].
- *Youth's Instructor*, 7 de abril de 1908, "Knowing God" [Conocer a Dios].
- *Youth's Instructor*, 28 de abril de 1908, "Wise Counsel to the Youth" [Consejo sabio a los jóvenes].

69

Provisión para nuestras instituciones educativas

Exhortación a los pastores, médicos y docentes en el sur de California

Los hombres puestos como dirigentes en cualquier parte de la obra solemne del último mensaje evangélico deben cultivar y atesorar opiniones e ideas amplias. Es el privilegio de todos los que cargan con responsabilidades en la obra del evangelio el ser aprendices idóneos en la escuela de Cristo. El profeso seguidor de Cristo no debe dejarse llevar por los dictados de su propia voluntad; su mente debe estar adiestrada para pensar los pensamientos de Cristo, e iluminada para comprender la voluntad de Dios y su camino. Tal creyente será un seguidor de los métodos de trabajo de Cristo.

Nuestros hermanos no debieran olvidar que la sabiduría de Dios hizo provisión para nuestros centros educativos de un modo que traerá bendiciones a todos los que participen de este emprendimiento. El libro *Palabras de vida del gran Maestro* ha sido donado a la obra educativa para que los estudiantes y otros amigos de las instituciones puedan conseguirlos, y por medio de su venta recolectar muchos de los fondos necesarios para levantar la deuda de la institución. Pero no se presentó este plan a nuestras instituciones como se debe; los docentes y estudiantes no fueron educados para conseguir el libro y promover valerosamente su venta para beneficio de la obra educativa.

Hace tiempo que docentes y alumnos de nuestras instituciones debieran haber aprendido a aprovechar la oportunidad de conseguir fondos mediante la venta de *Palabras de vida del gran Maestro*. Al vender estos libros los estudiantes estarán sirviendo a la causa de Dios y, al mismo tiempo, mediante la diseminación de la preciosa luz aprenderán inestimables lecciones en experiencia cristiana. Todos

nuestros centros educativos debieran cerrar filas y tratar con fervor llevar a cabo el plan que se nos presentó para la educación de los obreros, para ayudar a las instituciones y para ganar almas para la causa de Cristo.

En las ciudades de Riverside, Redlands y San Bernardino hay un campo misionero abierto ante nosotros que sólo hemos tocado con la punta de los dedos. Se ha hecho allí un buen trabajo hasta donde nuestros obreros tuvieron aliento para hacerlo; pero hacen falta fondos para hacer progresar la obra con éxito. El propósito de Dios era que al vender *El ministerio de curación* y *Palabras de vida del gran Maestro* se recolectaran muchos recursos para la obra de nuestros sanatorios y colegios, y que nuestro pueblo estuviera por consiguiente más libre para donar sus recursos para abrir obra en nuevos campos misioneros. Si nuestro pueblo quiere ahora ocuparse de vender esos libros como se debe, tendremos muchos más recursos para llevar adelante la obra de la manera que Dios ha dispuesto.

Dondequiera la obra de vender *Palabras de vida del gran Maestro* ha sido emprendida con fervor, el libro hizo el bien. Y las lecciones que aprendieron los que se ocuparon de esta obra fue un rico pago por sus esfuerzos. Y ahora todo nuestro pueblo debiera ser alentado a participar en este esfuerzo misionero. Se me dio luz de que debiera instruirse a nuestro pueblo, por todos los modos posibles, sobre los mejores métodos para presentar estos libros a la gente.

Se me instruyó que en nuestras grandes reuniones debieran estar presentes obreros que enseñen a nuestro pueblo a cómo sembrar las semillas de la verdad. Esto implica más que instruirlos sobre cómo vender *Signs of the Times* y otras revistas. Incluye instrucción completa sobre cómo tratar con libros como *Palabras de vida del gran Maestro* y *El ministerio de curación*. Estos son libros que contienen verdades preciosas, y de los cuales el lector puede extraer lecciones del más alto valor.

¿Por qué no se designó a alguien para presentar los intereses de este tipo de trabajo en vuestra reunión campestre [de 1907]? Al no

hacerlo perdieron una oportunidad preciosa de colocar grandes bendiciones al alcance de la gente, y también perdieron la oportunidad de conseguir fondos para ayudar a vuestras instituciones. Hermanos míos, animemos a nuestra gente a que se ocupe de este trabajo sin más demora.

Hay quienes han tenido experiencia en la venta de alimentos saludables que ahora debieran interesarse en la venta de nuestros preciosos libros, porque en estos hay alimento para vida eterna. Se me mostró a Los Ángeles como campo fructífero para la venta de *Palabras de vida del gran Maestro* y *El ministerio de curación*. Los miles de residentes transitorios y visitantes se beneficiarían con las lecciones que contienen, y los que tienen responsabilidades en nuestros sanatorios debieran actuar con sabiduría en este asunto, animando a todos –enfermeras, auxiliares y estudiantes– a reunir por este medio tanto dinero como sea posible del que se requiere para los gastos de las distintas instituciones.

¿Por qué es tan lento nuestro pueblo para entender lo que el Señor quiere que hagan? Nuestros dirigentes debieran prepararse de antemano para usar sus oportunidades en nuestras reuniones, grandes o pequeñas, para presentar a la gente nuestros libros y pedir voluntarios que se ocupen de su venta. Cuando se asuma esta obra con el fervor que demandan los tiempos en que vivimos, se reducirá enormemente la deuda que ahora pesa sobre nuestros colegios. Y entonces el pueblo, al que ahora se apela para que den de sus medios con generosidad para sostener a esas instituciones, estará libre para volcar una mayor parte de sus ofrendas a la obra misionera en otros lugares más necesitados, donde todavía no se hicieron esfuerzos especiales.

Mucho bien resultará de llevar esos libros a la atención de las dirigentes de la Unión Femenina pro Temperancia Cristiana. Debiéramos invitar a esas obreras a nuestras reuniones y darles una oportunidad de conocer nuestro pueblo. Coloquen esos libros preciosos en sus manos, y cuéntenles la historia de su donación a la causa y de sus resultados. Expliquen cómo, mediante la venta de *El*

ministerio de curación, pueden traerse al sanatorio pacientes que nunca podrían llegar allí sin ayuda; y cómo por este medio se ayudará a establecer sanatorios en lugares donde se los necesita muchísimo. Si nuestros sanatorios son sabiamente administrados por hombres y mujeres que tienen ante sí el temor de Dios, serán una manera de ponernos en relación con las obreras de la Unión Femenina pro Temperancia Cristiana, y esas obreras no tardarán mucho en ver la ventaja de la rama médica de nuestra obra. Como resultado de su contacto con nuestra obra médica, algunas aprenderán verdades que necesitan conocer para perfeccionar el carácter cristiano.

Un punto que nuestros obreros no debieran olvidar jamás es que el Señor Jesucristo es nuestro director principal. Él ha delineado un plan por medio del cual puede aliviarse la deuda de nuestros colegios, y no vindicará la conducta de los que hacen a un lado este plan por falta de confianza en su éxito. Cuando el pueblo de Dios salga unidamente para ayudar a su causa en la Tierra, no se le retendrá ninguna de las bendiciones que Dios ha prometido.

En lugares como Los Ángeles, donde la población cambia constantemente, se presentan maravillosas oportunidades para la venta de nuestros libros. Se ha experimentado una gran pérdida porque nuestra gente no aprovechó plenamente esta oportunidad. ¿Por qué los docentes y alumnos del Colegio San Fernando no hacen de Los Ángeles un campo especial para la venta de *Palabras de vida del gran Maestro*? Si con fervor y fe llevan a cabo el plan que nos ha sido dado para el uso de este libro, los ángeles de Dios guardarán sus pasos y la bendición del Cielo acompañará sus esfuerzos.

Sería excelente si los docentes del Colegio San Fernando aprovecharan, durante las vacaciones, esta oportunidad de impulsar la Obra con *Palabras de vida del gran Maestro.* Encontrarían una bendición al salir con los alumnos y enseñarles cómo saludar a la gente y presentar el libro. La historia de la donación del libro y su

propósito llevaría a algunos a tener un interés especial por el libro y el colegio para el que se vende.

¿Por qué los docentes de nuestras escuelas no están realizando más de esta tarea? Oh, si nuestro pueblo tan sólo se diera cuenta de que no hay obra más aceptable para realizar en el campo misionero doméstico que ocuparse en la venta de *Palabras de vida del gran Maestro*; porque mientras están ayudando a llevar a cabo el plan de Dios para el alivio financiero de nuestras escuelas, también están llevando las preciosas verdades de la Palabra de Dios a la consideración de la gente.

La indiferencia manifestada por algunos hacia este emprendimiento desagrada a Dios. Él desea que este sea reconocido por todo nuestro pueblo como el método divino para aliviar de la deuda a nuestras escuelas. Es porque se ha descuidado este plan que ahora sentimos tan agudamente nuestra falta de recursos para hacer progresar la obra. Si las escuelas hubieran aprovechado esta provisión que se hizo para ellas habría más dinero en la tesorería, y más dinero en manos de su pueblo para aliviar las necesidades de otros departamentos de la causa con carencias, y lo mejor de todo, docentes y alumnos habrían recibido precisamente las lecciones que necesitaban aprender en el servicio del Maestro.

Les envío estas líneas porque veo que hay necesidad de una intuición más profunda, una percepción más amplia, de parte de nuestros obreros médicos y educadores, si han de obtener todo el beneficio que Dios desea que les llegue a través del uso de *Palabras de vida del gran Maestro* y *El ministerio de curación.* Les ruego, hermanos míos, leer estas palabras a nuestro pueblo, para que puedan aprender a mostrar el espíritu de sabiduría, de poder y de una mente sana.–*Review and Herald*, 3 de septiembre de 1908.

70

Maestro, conócete a ti mismo

El conocimiento de uno mismo es un conocimiento formidable. El verdadero conocimiento de sí mismo llevará a una humildad que le permitirá al Señor educar la mente, y modelar y disciplinar el carácter. La gracia de la humildad es sumamente necesaria para los obreros que trabajan por Cristo en este período de la historia del mundo. Ningún docente puede hacer un trabajo aceptable si no tiene en mente sus propias deficiencias y elimina de sus registros todos los planes que debilitarán su vida espiritual. Cuando los docentes están dispuestos a descartar en su trabajo todo lo que no es esencial para la vida eterna, entonces puede decirse de ellos que en verdad están obrando su salvación con temor y temblor, y construyendo con sabiduría para la eternidad.

Se me ha instruido que diga que algunos de nuestros docentes son muy deficientes para comprender el tipo de educación necesario en este período de la historia de la Tierra. Este no es tiempo para que los estudiantes acumulen una masa de conocimientos que no podrán llevar con ellos a la escuela de arriba. Expurguemos de nuestro programa de estudios todo aquello que sea dispensable con el fin de hacer lugar en la mente de los alumnos para implantar las semillas de la rectitud. Esta educación rendirá frutos para la vida eterna.

Todo docente debiera ser un aprendiz cotidiano en la escuela de Cristo, para no perder el sentido de qué es lo que constituye la verdadera excelencia física, mental y moral. Nadie debiera colocarse como maestro de otros si no está obrando constantemente su propia salvación al recibir e impartir una educación bien redondeada. El verdadero maestro se educará a sí mismo en excelencia moral, para que por precepto y ejemplo pueda llevar almas a comprender las lecciones del gran Maestro. No

debiera alentarse a nadie a realizar tareas de enseñanza si se satisface con normas bajas. Nadie es idóneo para enseñar los grandiosos misterios de la piedad hasta que Cristo sea formado en su interior, la esperanza de gloria.

Todo docente necesita recibir la verdad en el amor de sus sagrados principios; entonces no podrá menos que ejercer una influencia purificadora y elevadora. El docente cuya alma está afirmada en Cristo hablará y actuará como cristiano. El tal no se satisfará hasta que la verdad purifique su vida de todo lo que no sea esencial. No se satisfará hasta que su mente sea modelada día tras día por las santas influencias del Espíritu de Dios. Entonces Cristo podrá hablar al corazón, y se oirá y acatará su voz que dice: “Este es el camino, anden por él” [*cf.* Isa. 30:21].

El docente que tiene una comprensión correcta de la obra de la verdadera educación no creerá que es suficiente hacer de vez en cuando referencias a Cristo de pasada. Con su propio corazón ardiendo por el amor de Dios elevará constantemente al Hombre del Calvario. Al tener su propia alma imbuida con el Espíritu de Dios, buscará fijar la atención de los estudiantes sobre el modelo, Jesucristo, “distinguido entre diez mil”, “todo en él codiciable” [Cant. 5:10, 16].

Tenemos mucha necesidad del Espíritu Santo en nuestros colegios. Ese agente divino viene al mundo como representante de Cristo. No sólo es el testigo fiel y verdadero de la Palabra de Dios, sino también el escudriñador de los pensamientos y propósitos del corazón. Es la fuente que debemos buscar al procurar eficiencia en la restauración de la imagen moral de Dios en el hombre. Se procuraba fervientemente el Espíritu Santo en las escuelas de los profetas; su influencia transformadora traería aun los pensamientos en armonía con la voluntad de Dios, y establecería una conexión viviente entre la Tierra y el Cielo.

Docentes, si abren su corazón para que en él habite el Espíritu de Dios, si quieren dar la bienvenida al huésped celestial, Dios los hará colaboradores suyos. En cooperación con el Maestro de los

maestros, se expulsará al espíritu de egoísmo y ocurrirán transformaciones maravillosas.

En horas de la noche me fueron dirigidas estas palabras: “Encomienda a los docentes en nuestros colegios que preparen a los estudiantes para lo que sobrevendrá al mundo”. El Señor ha estado esperando por mucho tiempo que nuestros docentes anden en la luz que les ha enviado. Hace falta humillar al yo, para que Cristo pueda restaurar la imagen moral de Dios en el hombre. El carácter de la educación debe cambiar en alto grado antes de poder imprimir el molde adecuado a nuestras instituciones. Es sólo cuando las facultades intelectuales y morales se combinan para el logro educativo que se alcanza la norma de la Palabra de Dios.

Las siguientes palabras fueron pronunciadas en forma clara y enfática: “Confiésense sus faltas unos a otros, y oren los unos por los otros, para poder ser sanados. Cierren filas, cierren filas, y ámense como hermanos. Oren juntos”. El Señor pagó el precio de su propia sangre para la salvación del mundo. Sufrió toda indignidad que pudieron imaginar los hombres, y que Satanás pudo inventar, con el fin de llevar a cabo el plan de salvación. Que el docente no busque exaltarse a sí mismo, sino que vea la necesidad de aprender de Cristo diariamente y de hacer de él el modelo. Para docentes y alumnos, nuestro Señor y Salvador Jesucristo debiera ser el único ejemplo.

Mantengan en mente que el Señor aceptará como docentes sólo a quienes quieren ser maestros del evangelio. Una gran responsabilidad recae sobre los que intentan enseñar el último mensaje evangélico. Han de ser colaboradores con Dios en la formación de las mentes humanas. El docente que no mantiene la norma bíblica siempre delante de él, pierde la oportunidad de ser un colaborador con Dios en dar a la mente el molde que es esencial para tener un lugar en los atrios celestiales.–*Review and Herald*, 3 de septiembre de 1908.

LECTURAS ADICIONALES

- *Signs of the Times*, 24 de febrero de 1909, “The Business Principles of the Christian” [Los principios en los negocios del cristiano].
- *Review and Herald*, 4 de marzo de 1909, “The Aim of Our Schools” [La finalidad de nuestras escuelas].
- *Review and Herald*, 25 de marzo de 1909, “Higher Education a Preparation for Service” [Educación y preparación superiores para el servicio].
- *Signs of the Times*, 5, 12 y 19 de mayo de 1909, “God in Nature” [Dios en la naturaleza].
- *Review and Herald*, 6 de mayo de 1909, “Home Schools” [Escuelas de hogar].
- *Youth’s Instructor*, 25 de mayo de 1909, “Christ the Example of the Children and Youth” [Cristo como el Ejemplo de niños y jóvenes].

71

La obra que nos espera

Hay una obra muy grande e importante para hacer por nuestras Asociaciones en Estados Unidos. Hemos de llevar a cabo la obra en Estados Unidos de tal manera que sea una fortaleza y ayuda para los que están proclamando el mensaje en países distantes. Cada nación, tribu, lengua y pueblo debe ser despertado y llevado al conocimiento de la verdad. Algo se ha hecho, pero todavía hay mucho por hacer, mucho que aprender aquí mismo, en esta Asociación, con el fin de que la obra pueda avanzar de tal manera que honre y glorifique a Dios.

Mi alma ha soportado tal carga de preocupación que no pude descansar. ¿Sobre qué línea de ocupación podemos reflexionar para que haga una mayor impresión sobre la mente humana? Están nuestros colegios. Han de conducirse de tal manera que desarrollen misioneros que salgan por los caminos y los vallados para sembrar las semillas de la verdad. Esta fue la comisión de Cristo a sus seguidores. Debían ir por los caminos principales y los secundarios llevando el mensaje de la verdad a las almas que serían traídas a la fe del evangelio. Me sentí profundamente enfervorizada al ver cuánto necesita hacerse en los lugares que visité recientemente. Debemos apoyarnos en la fortaleza de Dios si hemos de realizar esta tarea.

En su trabajo cada obrero debe mirar a Dios. Debemos laborar como hombres y mujeres que tienen una conexión viviente con Dios. Debemos aprender cómo llegar hasta la gente allí donde se encuentran. Que no hayan tales condiciones como las que encontramos en algunos sitios al regresar a Estados Unidos, en la que miembros de iglesia individuales, en vez de ser conscientes de su responsabilidad, miraban hacia los hombres para recibir orientación, y hombres a quienes se habían encomendado cargos

santos y sagrados para llevar adelante la obra no fueron capaces de entender el valor de la responsabilidad individual, y asumieron la tarea de dar órdenes y dictar lo que sus hermanos debían hacer o dejar de hacer. Estas son cosas que Dios no permitirá en su obra. Él pondrá sus cargas sobre los portadores de sus cargas. Cada alma individual tiene una responsabilidad ante Dios, y no debe recibir instrucciones arbitrarias por parte de los hombres sobre qué debe hacer, qué decir y adónde ir. No debemos confiar en el consejo de los hombres y asentir a todo lo que dicen a menos que tengamos evidencia de que están bajo la influencia del Espíritu de Dios.

Estudien Hechos 1 y 2. Se me dio luz de que nuestra obra debe llevarse a cabo de un modo más elevado y amplio de lo que lo ha sido hasta ahora. La luz del Cielo debe ser apreciada y atesorada. Esta luz es para los obreros. Es para los que sienten que Dios les ha dado un mensaje y que tienen una responsabilidad sagrada que llevar en esa proclamación.

El mensaje de la verdad presente es para preparar a un pueblo para la venida del Señor. Entendamos esto, y que quienes están en puestos de responsabilidad se unan de tal manera que la obra avance sólidamente. No permitan que ningún hombre venga como gobernante arbitrario y les diga: “Deben ir aquí” y “No deben ir allá”, o “Deben hacer esto” y “No deben hacer lo otro”. Tenemos una obra grande e importante para realizar, y Dios quiere que asumamos esta obra en forma inteligente. La colocación de hombres en puestos de responsabilidad en las distintas Asociaciones no los hace dioses. Nadie tiene suficiente sabiduría como para actuar sin consejo. Los hombres necesitan consultar con sus hermanos, aconsejarse mutuamente, orar juntos y planificar juntos para el progreso de la Obra. Que los obreros se arrodillen juntos y oren a Dios, pidiéndole que dirija su curso de acción. Ha habido mucha deficiencia entre nosotros en este punto. Hemos confiado demasiado en los planes de los hombres. No podemos permitirnos esto. Se acercan tiempos peligrosos, y debemos llegar al punto donde sepamos que el Señor vive y reina, y que habita en el corazón de los hijos de los hombres. Debemos confiar en Dios.

Dondequiera puedan ser enviados, atesoren en su corazón y su mente el temor y el amor de Dios. Acudan diariamente al Señor en busca de instrucción y orientación; dependan de Dios para conseguir luz y conocimiento. Oren rogando por esa instrucción y esa luz hasta conseguirlas. No les aprovechará pedir y luego olvidar aquello por lo cual oraban. Mantengan vuestra mente sobre vuestra oración. Pueden hacer esto mientras trabajan con sus manos. Pueden decir: “Señor, creo; de todo corazón, creo. Venga sobre mí el poder del Espíritu Santo”.

Si hubiera más oración entre nosotros, más ejercicio de una fe viviente, y menos dependencia de algún otro para tener experiencia por nosotros, estaríamos por lejos mucho más adelantados en inteligencia espiritual de lo que estamos hoy. Lo que necesitamos es una experiencia de corazón y alma profunda e individual. Entonces podremos decir que está haciendo Dios y cómo está obrando. Necesitamos tener una experiencia viva en las cosas de Dios, y no estaremos sin peligro hasta que la obtengamos. Hay algunos que tienen una buena experiencia, y les hablan de ella; pero cuando ustedes la evalúan ven que no es una experiencia correcta, porque no armoniza con un claro “Así dice Jehová”. Si alguna vez hubo un momento en nuestra historia cuando necesitábamos humillar nuestra alma individual delante de Dios, es ahora. Necesitamos ir a Dios con fe en todo lo que está prometido en su Palabra, y luego caminar en toda la luz y el poder que da Dios.

Siento muy hondo lo que dicen nuestros hermanos que han venido de campos del extranjero y nos cuentan un poco de sus experiencias y de lo que el Señor está haciendo al traer almas a la verdad. Esto es lo que deseamos en este momento. Dios no quiere que sigamos en la ignorancia. Quiere que entendamos nuestra responsabilidad individual ante él. Se revelará a toda alma que se allegue a él con toda humildad y lo busque con todo el corazón.

Han de establecerse colegios en países del extranjero y en el nuestro propio. Debemos aprender de Dios cómo manejar estos colegios. No debe conducírselos como muchos de ellos han sido

conducidos. Nuestras instituciones deben ser consideradas como instrumentos de Dios para el avance de su obra en la Tierra. Debemos mirar hacia Dios en busca de orientación y sabiduría; debemos implorarle que nos enseñe cómo llevar la Obra en forma sólida. Reconozcamos al Señor como nuestro maestro y guía, y entonces llevaremos adelante la obra en los lineamientos que corresponden. Necesitamos permanecer unidos como una compañía de seres que están completamente de acuerdo entre sí. Entonces veremos la salvación de Dios revelada a nuestra diestra y siniestra. Si trabajamos en armonía, daremos a Dios oportunidad de obrar a favor de nosotros.

En toda nuestra obra educativa debemos tener una comprensión correcta de lo que constituye la educación esencial. Los seres humanos hablan mucho de educación superior, pero ¿quién puede definir qué es educación superior? La más elevada educación se halla en la Palabra del Dios viviente. Esa educación que nos enseña a someter nuestra alma a Dios con toda humildad, y que nos capacita para tomar la Palabra de Dios y creer tal como ella lo dice, es la educación que más se necesita. Con esta educación veremos la salvación de Dios. Con el Espíritu de Dios sobre nosotros hemos de llevar la luz de la verdad a los caminos principales y los secundarios, para que la salvación de Dios pueda revelarse de manera extraordinaria.

¿Llevaremos adelante la obra a la manera del Señor? ¿Estamos dispuestos a ser enseñados por Dios? ¿Agonizaremos con Dios en oración? ¿Recibiremos el bautismo del Espíritu Santo? Esto es lo que necesitamos y podemos conseguir ahora mismo. Entonces saldremos con un mensaje de parte del Señor y la luz de la verdad resplandecerá como una antorcha que arde, alcanzando todas las regiones del mundo. Si estamos dispuestos a caminar humildemente con Dios, Dios caminará con nosotros. Humillemos nuestra alma en su presencia y veremos su salvación.–*Review and Herald*, 21 de octubre de 1909.

72

Consejos a los docentes

[*La Sra. Elena de White y sus acompañantes, camino al Congreso de la Asociación General, pasaron cinco días en College View. El viernes por la mañana habló ante 500 estudiantes en el culto del colegio, y el sábado y el domingo habló ante numerosas congregaciones en la iglesia. El lunes de mañana se le pidió que hablara al personal del colegio. Lo que sigue es parte de su alocución a los 30 docentes allí reunidos.*– William Clarence White]

Voy a leer de 2 Corintios, el [capítulo] 6:

"Nosotros, como colaboradores suyos, os exhortamos también a que no recibáis en vano la gracia de Dios, porque dice: 'En tiempo aceptable te he oído, y en día de salvación te he socorrido'. Ahora es el tiempo aceptable; ahora es el día de salvación. No damos a nadie ninguna ocasión de tropiezo, para que nuestro ministerio no sea desacreditado. Antes bien, nos recomendamos en todo como ministros de Dios, en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias, en azotes, en cárceles, en tumultos, en trabajos, en desvelos, en ayunos, en pureza, en conocimiento, en tolerancia, en bondad, en el Espíritu Santo, en amor sincero, en palabra de verdad, en poder de Dios y con armas de justicia a diestra y a siniestra; por honra y por deshonra, por mala fama y por buena fama; como engañadores, pero veraces; como desconocidos, pero bien conocidos; como moribundos, pero llenos de vida; como castigados, pero no muertos; como entristecidos, pero siempre gozosos; como pobres, pero enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, pero poseyéndolo todo" [vs. 1-10].

“No os unáis en yugo desigual con los incrédulos, porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Qué armonía puede haber entre Cristo y Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo? ¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Y vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: ‘Habitaré y andaré entre ellos; yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo’. Por lo cual, ‘Salid de en medio de ellos y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo impuro; y yo os recibiré y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso’ ” [vs. 14-18].

También debieran estudiar el [capítulo] 7, pero no tomaré tiempo para leerlo ahora.

Hay un peligro constante entre nuestro pueblo de que los que se ocupan en la obra en nuestros colegios y sanatorios abriguen el pensamiento de que debieran alinearse con el mundo, estudiar las cosas que estudia el mundo, y llegar a familiarizarse con las cosas que el mundo llegó a familiarizarse. Esta es una de los mayores equivocaciones que podríamos cometer. Y cometeremos graves errores a menos que prestemos especial atención al estudio de la Palabra.

Se plantea la pregunta: ¿Qué es educación superior? No hay educación más elevada que la contenida en los principios asentados en las palabras que les leí del capítulo 6 de 2 Corintios. Que nuestros estudiantes procuren con diligencia entender esto. No hay educación más elevada que pueda conseguirse que la que se dio a los primeros discípulos, y que se nos da a nosotros mediante la Palabra. Que el Espíritu Santo de Dios impresione vuestra mente con la convicción de que no hay nada en todo el mundo en la línea educativa que sea tan exaltado como la instrucción contenida en los capítulos 6 y 7 de 2 Corintios. Progresemos en nuestra obra sólo hasta el punto adonde la Palabra de Dios nos guíe. Laboremos con inteligencia en pos de esta educación superior. Que nuestra rectitud sea la señal de nuestra comprensión de la voluntad de Dios, la cual nos ha sido transmitida por medio de sus mensajeros.

Es privilegio de todo creyente tomar la vida y enseñanzas de Cristo como tema de estudio diario. La educación cristiana significa la aceptación, en sentimiento y en principio, de las enseñanzas del Salvador. Incluye un deliberado andar diario en las pisadas de Cristo, quien consintió en dejar de lado su vestimenta y corona regias para venir a este mundo en la forma de la humanidad, con el fin de poder dar a la raza humana un poder que no podrían obtener por otros medios. ¿Cuál era este poder? El que resulta de la unión de la naturaleza humana con la divina, el poder de tomar las enseñanzas de Cristo y seguirlas al pie de la letra. En su resistencia al mal y su trabajo en favor de otros Cristo estaba dando a los hombres un ejemplo de la educación más elevada que es posible obtener por alguien.

El Hijo de Dios fue rechazado por los seres a quienes vino a bendecir. Fue asido por manos malvadas y crucificado. Pero después de resucitar de entre los muertos estuvo 40 días con sus discípulos, y en este tiempo les dio mucha instrucción valiosa. Expuso a sus seguidores los principios que subyacen a la educación superior. Y cuando estaba por dejarlos y ascender a su Padre, sus últimas palabras para ellos fueron: “Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” [Mat. 28:20].

A muchos que colocan sus hijos en nuestros colegios les sobrevendrán fuertes tentaciones, porque desean conseguir lo que el mundo considera la educación más esencial. ¿Quién sabe lo que constituye la educación más esencial, a no ser la educación obtenida del Libro que es el fundamento de todo verdadero conocimiento? Los que consideran como esencial el conocimiento que se obtiene siguiendo la educación mundana cometen un grave error, que hará que sean influidos por opiniones individuales que son humanas y erróneas. A los que creen que sus hijos deben tener lo que el mundo llama educación esencial les diría: Traigan a sus hijos a la sencillez de la Palabra de Dios, y estarán seguros. Antes de mucho seremos esparcidos en gran manera, y lo que debemos hacer debemos hacerlo rápido.

Se me dio luz de que se aplicarán tremendas presiones sobre cada adventista del séptimo día con quien el mundo puede establecer una relación estrecha. Los que buscan la educación que el mundo tanto estima son llevados gradualmente más y más lejos de los principios de la verdad hasta volverse mundanos educados. ¡A qué precio consiguieron su educación! Se deshicieron del Espíritu Santo de Dios. Eligieron aceptar lo que el mundo llama conocimiento en vez de las verdades que Dios encomendó a los seres humanos a través de sus ministros, profetas y apóstoles. Y hay algunos que, tras conseguir esta educación mundana, piensan que la pueden introducir en nuestros colegios. Pero permítanme decirles que no deben tomar lo que el mundo llama educación superior y llevarlo a nuestros colegios, sanatorios e iglesias. Necesitamos entender estas cosas. Les hablo de modo definido: Eso no debe hacerse.

Debe estamparse en la mente de cada estudiante el pensamiento de que la educación es un fracaso a menos que el entendimiento haya aprendido a captar las verdades de la revelación divina, y a menos que el corazón acepte las enseñanzas del evangelio de Cristo. El estudiante que acepte las ideas comunes en vez de los amplios principios de la Palabra de Dios, y que permita que absorban tiempo y atención asuntos comunes y triviales, encontrará que su mente se ha empequeñecido y debilitado. Ha perdido el poder de crecer. Debe adiestrarse la mente para comprender las importantes verdades concernientes a la vida eterna.

Se me instruyó que debemos llevar la mente de nuestros estudiantes más alto de lo que ahora se piensa que sea posible. Debe adiestrarse la mente y el corazón para preservar su pureza mediante la recepción diaria de provisiones desde la fuente de la verdad eterna. La Mente y la Mano divinas han preservado a través de los siglos el registro de la creación en su pureza. Es sólo la Palabra de Dios la que nos da un relato auténtico de la creación de nuestro mundo. Esta Palabra debe ser el principal objeto de estudio en nuestros colegios. En ella podemos conversar con los patriarcas y profetas. En ella podemos enterarnos de lo que le costó nuestra redención al Ser que era uno con el Padre desde el principio, y

quien sacrificó su vida para que un pueblo pudiera permanecer en su presencia rescatado de todo lo que es terreno y vulgar, y renovado en la imagen de Dios.

Si hemos de aprender de Cristo, debemos orar como los apóstoles oraron cuando se derramó sobre ellos el Espíritu Santo. Necesitamos un bautismo del Espíritu de Dios. No estamos sin peligro ni por una hora cuando omitimos prestar obediencia a la Palabra de Dios.

No digo que no debieran estudiarse idiomas. Se los debe estudiar. Antes de mucho habrá una necesidad definida de que muchos dejen sus hogares y vayan a trabajar entre los que tienen otros idiomas, y, por consiguiente, los que tienen algún conocimiento de idiomas extranjeros serán capaces de comunicarse con los que no conocen la verdad. Algunos entre nuestro pueblo aprenderán los idiomas de los países a los que se los enviará. Este es el mejor camino. Y hay un Ser que se pondrá directamente al lado del obrero fiel para abrir su entendimiento y darle sabiduría. El Señor puede hacer fructificar su obra donde los hombres no saben el idioma extranjero. A medida que se mezclen con la gente, y presenten las publicaciones, el Señor obrará sobre las mentes impartiendo un conocimiento de la verdad. Algunos que emprenden la obra en campos misioneros extranjeros pueden enseñar la verdad a través de un intérprete. Como resultado del esfuerzo fiel se recogerá una cosecha cuyo valor no entendemos ahora.

Hay otra línea de trabajo para llevar adelante: la obra en las grandes ciudades. Debiera haber grupos de obreros dedicados trabajando en las ciudades. Debiera estudiarse qué necesita hacerse en los lugares que se han descuidado. El Señor ha estado llamando nuestra atención a las multitudes que se han descuidado en las grandes ciudades, y sin embargo se ha dado poca consideración al asunto.

No estamos lo suficiente dispuestos a molestar al Señor con nuestras peticiones y pedirle por el don del Espíritu Santo. El Señor desea que lo molestemos con este asunto. Quiere que asediemos

su trono con nuestras peticiones. El poder convertidor de Dios necesita sentirse en nuestras filas. La educación más valiosa que pueda obtenerse se encontrará al salir con el mensaje de verdad a los lugares ahora están en tinieblas. Debiéramos salir tal como los primeros discípulos salieron en obediencia a la comisión de Cristo. El Salvador dio a los discípulos las indicaciones para ellos. En pocas palabras les dijo lo que podían esperar que saliera a su encuentro. Les dijo: “Yo os envío como a ovejas en medio de lobos. Sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas” [Mat. 10:16]. Estos obreros debían salir como representantes del Ser que dio su vida por la vida del mundo.

El Señor quiere que nos pongamos en armonía con él. Si lo hacemos, su Espíritu puede gobernar nuestra mente. Si tenemos una comprensión auténtica de lo que constituye la educación esencial, y nos ponemos a enseñar sus principios, Cristo nos ayudará. Él prometió a sus seguidores que cuando debieran comparecer ante concilios y jueces no debían pensar en qué es lo que deberían decir. Él dijo: “Los instruiré. Los guiaré”. Al saber qué significa ser enseñado por Dios, cuando las palabras de sabiduría celestial sean llevadas a nuestra mente las distinguiremos de nuestros propios pensamientos. Las entenderemos como las palabras de Dios, y en las palabras de Dios veremos sabiduría, vida y poder...

Debemos educar a los jóvenes para que ejerciten parejamente las facultades físicas y mentales. El sano ejercicio de todo el ser dará una educación que es amplia y abarcadora. En Australia tuvimos que realizar una dura tarea para educar a padres y jóvenes en esos aspectos, pero perseveramos en nuestros esfuerzos hasta que se aprendió la lección de que, con el fin de que una educación fuera completa, el tiempo de estudio debe dividirse entre la consecución de conocimientos de los libros y el conseguir un conocimiento de los trabajos prácticos. Parte de cada día se empleó en trabajo útil, al aprender los estudiantes cómo despejar la tierra, cómo cultivar el terreno y cómo construir casas, usando el tiempo que de otro modo hubiera sido gastado en jugar juegos y en diversiones. Y el Señor

bendijo a los estudiantes que de este modo dedicaron tiempo para adquirir los hábitos de ser útiles.

Instruyan a los estudiantes para que no consideren a la parte teórica de su educación como lo más esencial. Imprímase más y más profundamente en cada estudiante la idea de que debiéramos tener una comprensión inteligente de cómo tratar el organismo físico. Y hay muchos que tendrían una mayor comprensión de estos asuntos si no se confinaran por años al estudio sin tener una experiencia práctica. Cuanto más plenamente nos ponemos bajo la dirección de Dios, tanto mayor conocimiento recibiremos de Dios. Digamos a nuestros estudiantes: Manténganse en conexión con la Fuente de todo poder. Son colaboradores con Dios. Él debe ser nuestro instructor principal.–*Review and Herald*, 11 de noviembre de 1909.

LECTURAS ADICIONALES

- *Testimonios para la iglesia* 9:139-143 (1909), “La escuela de médicos evangelistas de Loma Linda”.
- *El ministerio de curación*, pp. 87-98 (1909), “El médico como educador”.
- *El ministerio de curación*, pp. 206-210 (1909), “Higiene general”.
- *El ministerio de curación*, pp. 211-218 (1909), “La higiene entre los israelitas”.
- *El ministerio de curación*, pp. 219-226 (1909), “La vestimenta”.
- *El ministerio de curación*, pp. 227-239 (1909), “La alimentación y al salud”.
- *El ministerio de curación*, pp. 307-317 (1909), “La verdadera educación prepara para la obra misionera”.
- *El ministerio de curación*, pp. 318-333 (1909), “El verdadero conocimiento de Dios”.
- *El ministerio de curación*, pp. 334-345 (1909), “Peligro que entraña el conocimiento especulativo”.
- *El ministerio de curación*, pp. 346-356 (1909), “Lo falso y lo verdadero en la educación”.

- *El ministerio de curación*, pp. 357-363 (1909), “Importancia del verdadero conocimiento”.
- *El ministerio de curación*, pp. 364-371 (1909), “El conocimiento comunicado por la Palabra de Dios”.
- *Youth’s Instructor*, 25 de enero de 1910, “Decision of Character” [Decisión de carácter].
- *Review and Herald*, 12 de mayo de 1910, “The Gift of Speech” [El don del habla].
- *Review and Herald*, 4 de agosto de 1910, “Unholy Knowledge” [Conocimiento no santo].
- *Signs of the Times*, 13 de septiembre de 1910, “Temperance in the Family” [Temperancia en la familia].
- *Signs of the Times*, 20 de septiembre de 1910, “The Mother a Missionary” [La madre, una misionera].
- *Signs of the Times*, 18 de octubre de 1910, “The Father’s Duty” [El deber del padre].
- *Review and Herald*, 22 de noviembre de 1910, “Christian Homes” [Hogares cristianos].
- *Signs of the Times*, 12 de enero de 1911, “The Home School” [La escuela de hogar].
- *Youth’s Instructor*, 17 de enero de 1911, “Walk in the Light” [Caminar en la luz].
- *Review and Herald*, 22 y 29 de junio de 1911, “Individual Accountability” [Responsabilidad individual].
- *Signs of the Times*, 5 de octubre de 1911, “Parents as Character Builders” [Los padres como edificadores del carácter].
- *Signs of the Times*, 12 de octubre de 1911, “A Godly Example in the Home” [Un ejemplo piadoso en el hogar]
- *Review and Herald*, 1º y 8 de febrero de 1912, “A Message to Parents” [Un mensaje para los padres].
- *Youth’s Instructor*, 23 de abril de 1912, “Words to the Young” [Palabras a los jóvenes].
- *Review and Herald*, 16 de mayo de 1912, “Training the Youth to be Workers” [Formando a los jóvenes para ser obreros].
- *Review and Herald*, 23 de mayo de 1912, “Young Men as Missionaries” [Los jóvenes como misioneros].

73

El verdadero ideal para nuestros jóvenes

Debido a un malentendido de la verdadera naturaleza y del objetivo de la educación, muchos han sido llevados a [cometer] errores serios y aun fatales. Tales equivocaciones se cometen cuando se descuida regular el corazón o establecer principios correctos en un esfuerzo por conseguir cultura intelectual, o cuando los intereses eternos son pasados por alto en un ferviente deseo de conseguir ventajas materiales.

Es correcto que los jóvenes piensen que deben alcanzar el más alto desarrollo de sus facultades naturales. No queremos restringir la educación a la cual Dios no le ha fijado límites. Pero nuestros logros no servirán de nada si no los ponemos en uso para la honra de Dios y el bien de la humanidad. A menos que nuestro conocimiento sea un peldaño para la consecución de los propósitos más elevados, carecerá de valor.

Se me insiste con mucha fuerza sobre la necesidad de establecer colegios cristianos. En los colegios de hoy se enseñan muchas cosas que son más un estorbo que una bendición. Se necesitan centros educativos donde se haga de la Palabra de Dios la base de la educación. Satanás es el gran enemigo de Dios, y su blanco constante es desviar a las almas de su lealtad al Rey del Cielo. Querría que las mentes recibieran tal formación que hombres y mujeres ejerzan su influencia del lado del error y la corrupción moral, en vez de usar sus talentos en el servicio a Dios. Su objetivo está virtualmente alcanzado cuando, al pervertir las ideas sobre educación, tiene éxito en enrolar a padres y docentes de su lado; porque una educación equivocada a menudo inicia la mente en el camino a la incredulidad.

En muchas de las escuelas y colegios de hoy en día se enseñan cuidadosamente y explican completamente las conclusiones que los eruditos han alcanzado en base a sus investigaciones científicas, en tanto se deja la impresión definida de que, si estos eruditos están en lo correcto, entonces la Biblia no puede estarlo. Se disfrazan las espinas del escepticismo, ocultas entre el verdor y las flores de la ciencia y la filosofía. El escepticismo es atractivo para la mente humana. Los jóvenes ven en él una independencia que cautiva la imaginación, y caen en el engaño. Satanás triunfa; es lo que quería que sucediese. Alimenta cada semilla de duda que se siembra en los corazones jóvenes, y pronto se recoge una abundante cosecha de incredulidad.

No podemos permitirnos dejar que la mente de los jóvenes se infecte con esa levadura, porque debemos depender de estos jóvenes para llevar adelante la obra en el futuro. Deseamos para ellos algo más que la oportunidad de educación en las ciencias. La ciencia de la verdadera educación es la verdad, la cual debe estamparse tan hondamente en el alma que no pueda ser obliterada por el error que abunda por todas partes.

La Palabra de Dios debiera tener un sitial –el primer lugar– en todo sistema de educación. Como poder educador es de más valor que los escritos de los filósofos de todas las épocas. En su amplia variedad de estilos y temas hay algo que interesa e instruye a toda mente, y que ennoblece todo interés. La luz de la revelación alumbra sin mengua el pasado distante donde las crónicas humanas no arrojan ni un solo rayo de luz. Hay poesía que ha provocado el asombro y la admiración del mundo. En brillante belleza, en sublime y solemne majestad, en conmovedora elocuencia, no tiene par entre las producciones más brillantes del genio humano. Tiene lógica sana y oratoria apasionada. Se describen en ella los actos nobles de hombres nobles, ejemplos de virtud privada y de honor público, lecciones de pureza y piedad.

No hay posición en la vida, no hay fase de la experiencia humana, para la cual la Biblia no contenga instrucción valiosa. Gobernante y

súbdito, amo y siervo, comprador y vendedor, deudor y acreedor, padre e hijo, maestro y discípulo: todos pueden encontrar allí lecciones de valor inestimable.

Pero por encima de todo, la Palabra de Dios expone el plan de salvación: muestra cómo el hombre pecaminoso puede reconciliarse con Dios; asienta los grandes principios de la verdad y el deber que debieran gobernar nuestra vida, y nos promete ayuda divina al observarlos. Se extiende más allá de esta vida fugaz, más allá de la breve y problemática historia de nuestra raza. Abre a nuestra vista la larga perspectiva de las edades eternas, edades no ensombrecidas por el pecado ni opacadas por el dolor. Nos enseña cómo podemos participar de las moradas de los bienaventurados, y nos manda anclar nuestras esperanzas y fijar nuestros afectos en ese lugar.

La verdadera motivación para servir debe mantenerse presente ante ancianos y jóvenes. Se ha de enseñar a los estudiantes de manera tal que se desarrollen como hombres y mujeres útiles. Debe usarse todo medio que los eleve y ennoblezca. Debe enseñárseles a poner en el mejor uso posible sus facultades. Las facultades físicas y mentales deben ser exigidas por igual. Han de cultivarse hábitos de orden y disciplina. El poder que ejerce una vida pura y fiel debe mantenerse presente ante los estudiantes. Esto les ayudará en la preparación para una vida de servicio útil. Diariamente se volverán más puros y más fuertes, mejor preparados por la gracia de Dios y el estudio de su Palabra para oponer esfuerzos agresivos contra el mal.

La verdadera educación consiste en inculcar esas ideas que estamparán en la mente y el corazón el conocimiento de Dios el Creador y de Jesucristo el Redentor. Tal educación renovará la mente y transformará el carácter. Fortalecerá y fortificará la mente contra las murmuraciones engañosas del enemigo de las almas, y nos capacitará para entender la voz de Dios. Hará idónea a la persona educada para ser colaboradora de Cristo.

Si nuestros jóvenes consiguen este conocimiento podrán ser capaces de adquirir todo lo demás que sea esencial; pero si no lo

hacen, todo el conocimiento que puedan adquirir del mundo no los pondrá en las filas del Señor. Podrán reunir todo el conocimiento que pueden dar los libros, y sin embargo ser ignorantes de los principios más elementales de la rectitud, los cuales pueden darles un carácter aprobado por Dios.

Los que están buscando conseguir conocimientos en las escuelas de la Tierra debieran recordar que otra escuela también los reclama como estudiantes: la escuela de Cristo. De esta escuela los alumnos nunca se gradúan. Entre los alumnos hay tanto ancianos como jóvenes. Los que prestan atención a las instrucciones del divino Maestro están constantemente adquiriendo mayor sabiduría y nobleza de alma, y por tanto están preparados para entrar en esa escuela superior, donde la promoción continuará por toda la eternidad.

La Sabiduría infinita pone ante nosotros las grandes lecciones de la vida: lecciones del deber y la felicidad. A menudo son difíciles de aprender, pero sin ellas no podemos hacer verdadero progreso. Nos pueden costar esfuerzo, lágrimas y hasta agonía; pero no debemos desfallecer ni cansarnos. Es en este mundo, en medio de sus pruebas y tentaciones, que hemos de obtener idoneidad para estar en compañía con los ángeles puros y santos. Los que se dejan absorber por estudios menos importantes hasta el punto de dejar de aprender en la escuela de Cristo se encontrarán con una pérdida eterna.

Toda facultad, todo atributo, con el cual el Creador ha dotado a los hijos de los hombres, ha de emplearse para su gloria; y en este empleo se halla el ejercicio más puro, noble y feliz. Los principios del Cielo debieran ser supremos en la vida, y cada paso adelante tomado en la adquisición de conocimiento o el cultivo del intelecto debiera ser un paso hacia la asimilación de lo humano a lo divino.

A muchos que colocan sus hijos en nuestros colegios les sobrevendrán fuertes tentaciones, porque desean asegurarse lo que el mundo considera como la educación más esencial. Pero ¿qué constituye la educación más esencial, a no ser la educación

obtenida del Libro que es el fundamento de todo verdadero conocimiento? Los que consideran como esencial el conocimiento que se obtiene siguiendo la educación mundana cometen un grave error, el cual hará que sean influidos por opiniones que son humanas y erróneas.

Los que buscan la educación que el mundo tanto estima son llevados gradualmente más y más lejos de los principios de la verdad hasta volverse mundanos educados. ¡A qué precio consiguieron su educación! Se deshicieron del Espíritu Santo de Dios. Eligieron aceptar lo que el mundo llama conocimiento en vez de las verdades que Dios encomendó a los seres humanos a través de sus ministros, profetas y apóstoles.

Sobre los padres y las madres recae la responsabilidad de dar una educación cristiana a los hijos que se les han confiado. En ningún caso deben permitir que ningún tipo de ocupación absorba tanto su mente, su tiempo y sus talentos que se deje a los hijos a la deriva hasta quedar separados muy lejos de Dios. No han de permitir que sus hijos escapen de sus manos a las manos de los incrédulos. Deben hacer todo lo que está a su alcance para impedir que absorban el espíritu del mundo. Han de prepararlos para ser colaboradores con Dios. Deben ser la mano humana de Dios, al prepararse a sí mismos y a sus hijos para una vida sin fin.

Hay un trabajo serio que realizar en favor de los niños. Antes que sobrevenga el turbión del azote sobre todos los moradores de la Tierra [Isa. 28:15, 18], el Señor llama a todos los que son verdaderos israelitas para que lo sirvan. Reúnan a sus hijos en vuestras propias casas; sáquenlos de las clases [de] quienes dan voz a las palabras de Satanás, de los que desobedecen los mandamientos de Dios. Incluyamos en nuestra obra educativa muchos más niños y jóvenes, y tendremos un ejército entero de misioneros suscitados para trabajar en favor de Dios.

Nuestras instituciones educativas deben hacer mucho para satisfacer la demanda de obreros preparados para trabajar en los campos misioneros. Se necesitan obreros en todas partes del

mundo. Debe llevarse la verdad de Dios a tierras del extranjero, para que los que moran en tinieblas sean iluminados. Se necesitan talentos cultivados en cada sector de la obra de Dios. Es su propósito que nuestros colegios sean instrumentos para desarrollar obreros para él, obreros de quien no se avergonzará. Él llama a nuestros jóvenes a entrar a nuestros colegios, y a rápidamente hacerse aptos para servir.–*Review and Herald*, 22 de agosto de 1912.

LECTURAS ADICIONALES

- *Review and Herald*, 29 de agosto de 1912, “Dangerous Amusements for the Young” [Diversiones peligrosas para los jóvenes].
- *Review and Herald*, 3 de octubre de 1912, “Dignity of Labor” [Dignidad del trabajo].
- *Consejos para los maestros, padres y alumnos* (1913). Ver la tabla de contenidos acerca de los temas tratados.
- *Review and Herald*, 23 y 30 de enero de 1913, “What Shall Our Children Read?” [¿Qué deberían leer nuestros niños?].
- *Review and Herald*, 16 de julio de 1914, “Looking Unto Jesus” [Mirando a Jesús].
- *Review and Herald*, 30 de julio de 1914, “Simplicity and Economy” [Sencillez y economía].
- *Signs of the Times*, 6 de octubre de 1914, “Effect of Mind on Health” [Efecto de la mente sobre la salud].
- *Review and Herald*, 10 de diciembre de 1914, “Women as Missionaries” [Las mujeres como misioneras].

74

Un mensaje para nuestros jóvenes

Hay libros que son de vital importancia, los cuales no reciben consideración por parte de nuestros jóvenes. Los pasan por alto porque no les resultan tan interesantes como algunas lecturas más livianas.

Debiéramos aconsejar a los jóvenes a que se aferren al material de lectura que parezca recomendable para la edificación del carácter cristiano. Los puntos más esenciales de nuestra fe debieran quedar estampados en la memoria de los jóvenes. Ya han tenido una vislumbre de estas verdades, pero no una familiaridad como la que los llevaría a considerar el estudio [de estos libros] favorablemente. Nuestros jóvenes debieran leer lo que tendrá un efecto saludable, santificador, sobre la mente. Necesitan hacer esto con el fin de estar capacitados para discernir qué es la religión verdadera. Hay mucha lectura buena que no es santificadora.

Ahora es el momento y la ocasión para trabajar en favor de los jóvenes. Díganles que ahora estamos en una crisis peligrosa, y que necesitamos saber cómo discernir la piedad verdadera. Nuestros jóvenes necesitan ser ayudados, elevados y animados, pero de la manera correcta; no como tal vez ellos lo deseen, sino de la manera que los ayudará a tener mentes santificadas. Necesitan, más que ninguna otra cosa, una religión buena, santificadora.

No espero vivir mucho tiempo más. Mi obra está casi terminada. Digan a nuestros jóvenes que quiero que mis palabras los alienten a seguir el estilo de vida que es más atractivo para las inteligencias celestiales, y que su influencia sobre otros pueda ser la más ennoblecedora.

En horas de la noche [me vi] seleccionando libros y desechando los que no son de provecho para los jóvenes. Para ellos debiéramos seleccionar libros que los animen a llevar una vida sincera y los guíen a abrir la Palabra. Esto me había sido presentado en el pasado, y ahora pensaba que debía presentarlo ante ustedes para reafirmarlo. No podemos permitirnos dar a los jóvenes lecturas carentes de valor. Se necesitan libros que sean una bendición para la mente y el alma. Estas cosas son consideradas demasiado livianamente; por tanto, nuestro pueblo debiera familiarizarse con lo que estoy diciendo.

No creo que tendré más *Testimonios* para nuestro pueblo. Nuestros hombres de mente sólida saben lo que es bueno para la elevación y edificación de la obra. Pero, con el amor de Dios en su corazón, necesitan ir más y más profundo en el estudio de las cosas de Dios. Estoy muy preocupada porque nuestros jóvenes tengan la clase de lectura apropiada; entonces los de más edad también la conseguirán. Debemos mantener nuestros ojos fijos sobre la atracción religiosa de la verdad. Hemos de mantener mente y cerebro abiertos a las verdades de la Palabra de Dios. Satanás viene cuando los hombres no lo advierten. No debemos estar satisfechos porque el mensaje de advertencia ya fue presentado alguna vez. Debemos presentarlo una y otra vez.

Podríamos iniciar un curso de lectura tan intensamente interesante que atraiga a muchas mentes e influya sobre ellas. Si se me deja [vivir] para trabajar más, con gusto ayudaría a preparar libros para los jóvenes.

Hay una obra para hacer en favor de los jóvenes, por medio de la cual su mente sería estampada y moldeada por la verdad santificadora de Dios. Es mi sincero deseo para nuestros jóvenes que encuentren el verdadero significado de la justificación por la fe, y la perfección de carácter que los preparará para la vida eterna. No espero vivir mucho tiempo más, y dejo este mensaje para los jóvenes: Que no fallen en el tiro al blanco.

Exhorto a mis hermanos a estimular a los jóvenes para que siempre mantengan sumamente en alto los objetos de valor [divino] y la gracia de Dios. Trabajen y oren constantemente para [obtener] un sentido de lo invalorable de la religión verdadera. Introdúzcanse en lo bienaventurado y atractivo de la santidad y la gracia de Dios. Me he sentido agobiada por esto porque sé que se lo descuida.

No tengo seguridad de que mi vida vaya a durar mucho más, pero siento que soy aceptada por el Señor. Él sabe cuánto he sufrido mientras testificaba acerca de las bajas normas de vida adoptadas por los así llamados cristianos. [También] he sentido que era imperativo que la verdad se viera en mi vida, y que mi testimonio llegara al pueblo. Quiero que hagan todo lo posible para que mis escritos sean colocados en manos de la gente de tierras extranjeras.

Digan a los jóvenes que han tenido muchas ventajas espirituales. Dios quiere que hagan esfuerzos fervientes para poner la verdad ante la gente. He recibido la impresión de que es mi deber especial decir estas cosas.–*Review and Herald*, 15 de abril de 1915 [Elena de White falleció el 16 de julio de ese año].

LECTURAS ADICIONALES

- *Profetas y reyes*, pp. 17-24 (1917), “Salomón”.
- *Profetas y reyes*, pp. 351-360 (1917), “En la corte de Babilonia”.
- *Profetas y reyes*, pp. 440-445 (1917), “En tiempos de la reina Ester”.
- *Profetas y reyes*, pp. 446-454 (1917), “Esdras, sacerdote y escriba”.
- *Profetas y reyes*, pp. 455-463 (1917), “Un reavivamiento espiritual”.
- *Profetas y reyes*, pp. 464-468 (1917), “Un hombre oportuno”.

Mensajes selectos

de White, Elena G
9789877981506
504 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

"Mensajes selectos", en sus tres tomos, es una recopilación única en su tipo, pues procuró reunir y mantener en disponibilidad permanente no solo valiosos escritos periodísticos y declaraciones

de manuscritos y cartas, sino también antiguos folletos de valor inapreciable que no se imprimen más. Las diversas secciones de los libros casi no tienen relación entre sí, pero sus consejos en forma de artículos serán de valor particular para los adventistas en su preparación para resistir los ataques que el adversario de las almas desatará contra la iglesia remanente en forma de fanatismo, enseñanzas engañosas, y movimientos erróneos y subversivos, además de un sinfín de otros temas y cuestiones importantes que hacen al quehacer eclesiástico y de los feligreses.

Cómpralo y empieza a leer

Consejos para los maestros

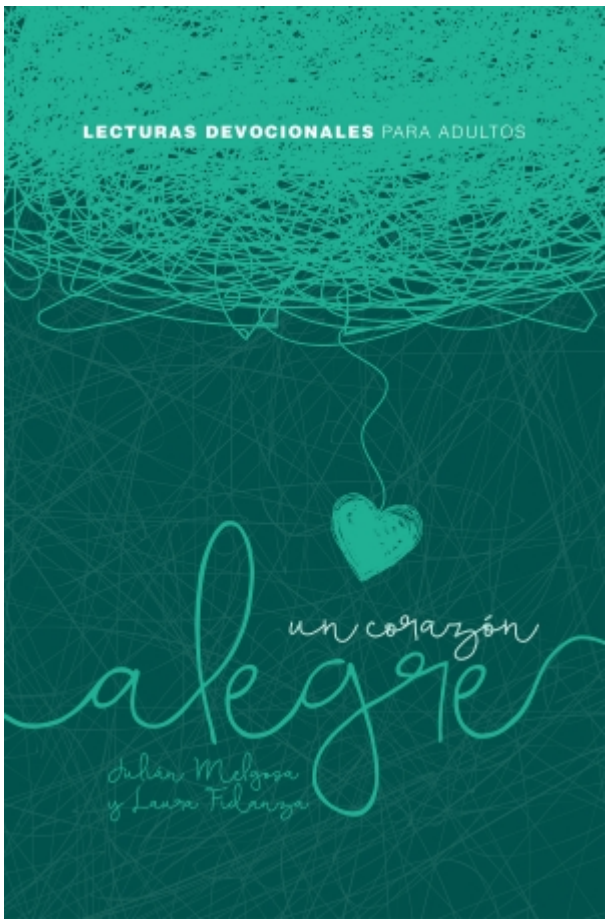
de White, Elena G.
9789877980769
512 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

"La educación superior es un conocimiento experimental del plan de la salvación, y se la obtiene por el estudio fervoroso y diligente de las Escrituras. Esta educación renovará la mente y transformará el

carácter, restaurando la imagen de Dios en el alma. Fortalecerá la mente contra las engañosas insinuaciones del adversario, y nos habilitará para comprender la voz de Dios. Enseñará al alumno a ser colaborador con Jesucristo, a disipar las tinieblas morales que lo rodean e impartir luz y conocimiento a los hombres. La sencillez de la verdadera piedad es nuestro pasaporte de la escuela preparatoria de la tierra a la escuela superior del cielo" (p. 10).

Cómpralo y empieza a leer



Un corazón alegre

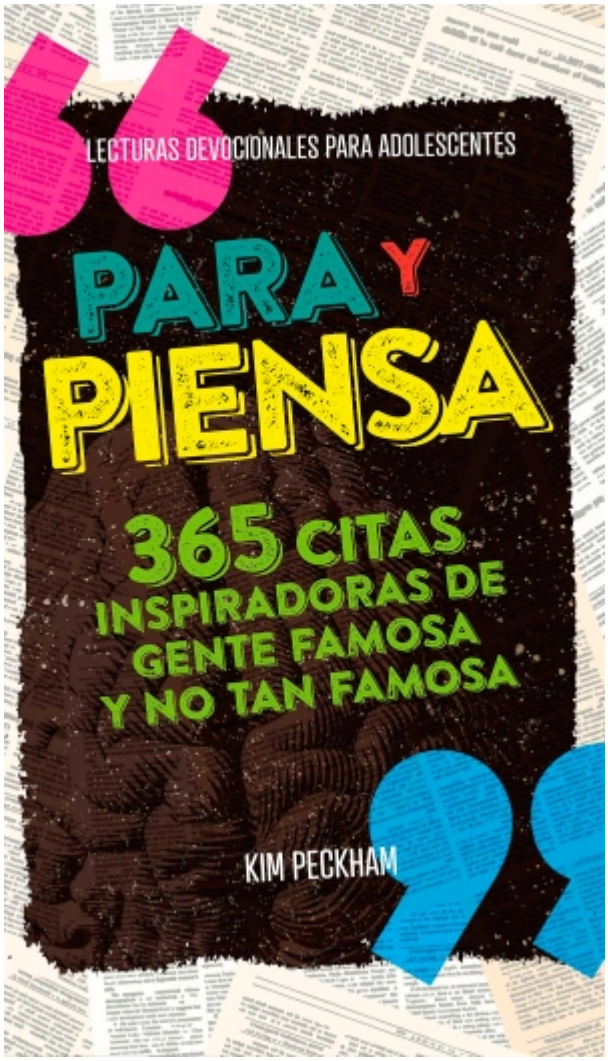
Melgosa, Julián
9789877980530
376 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El ser humano fue creado para ser feliz, para relacionarse de forma perfecta con su Creador y con su prójimo, para estar lleno de serenidad y amor. Hoy, a pesar del pecado y de los desafíos que

presenta la vida, el ideal de Dios para tu vida sigue siendo la felicidad. Un corazón alegre presenta meditaciones diarias, divididas por temas, para fortalecer tu autoestima y tus relaciones familiares, así como para afianzar tus valores. Además, incluye mensajes que te ayudarán a hacer frente a la ansiedad, la depresión y a vivir con la certeza de la salvación por la gracia de Dios, entre otros.

Cómpralo y empieza a leer


LECTURAS DEVOCIONALES PARA ADOLESCENTES
PARA Y PIENSA
365 CITAS INSPIRADORAS DE GENTE FAMOSA Y NO TAN FAMOSA
KIM PECKHAM

Para y piensa

Peckham, Kim

9789877980554

384 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

A veces las citas pueden ser graciosas. A veces pueden ser inspiradoras. A veces son famosas. Y, a veces, nos hacen detenernos y pensar. Cada lectura devocional de Para y piensa comienza con una cita. Reconocerás algunas de ellas, como: La curiosidad mató al gato. Al que madruga, Dios lo ayuda. La limpieza sin duda está al lado de la piedad. Y algunas no serán tan fáciles de reconocer. Crecí como una maleza olvidada: desconocía la libertad. El que ha superado sus miedos será verdaderamente libre. La mejor terapia curativa es la amistad y el amor.Pero la idea es que todas te hagan detenerte a pensar, y a examinar tus valores y las decisiones que tomas cada día. La mayoría de estas citas son de personas famosas. Algunas se le atribuyen a la tradición. Otras fueron dichas por alguien demasiado insignificante como para recordar quién era, pero no tienes que ser famoso para marcar la diferencia. Cada día comienza con una cita y termina con un versículo bíblico, para recordarnos que la verdadera sabiduría viene solo de Dios. Si pasamos tiempo con él, cualquiera (incluso un adolescente anónimo) puede marcar la diferencia.

Cómpralo y empieza a leer

Un día a la vez

Muñoz Bertozzi, Patricia
9789877980547
376 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Cada día nos llega con sus bendiciones y sus dificultades. Para saber entender y aceptar plenamente unas y otras hace falta sabiduría; esa sabiduría que viene de lo alto y de la que

encontramos las claves en la Biblia. Un día a la vez intenta poner a tu alcance, en pequeñas dosis diarias, esas gemas de sabiduría que Dios nos ha dejado en su Palabra, para que en este año vivas... creciendo en la gracia... motivada a ser la mejor tú que puedes llegar a ser; inspirada cada día a estrechar tu relación con Dios; libre de angustias y temores; comprometida con el evangelio y siendo una luz para los demás. Disfruta de estas 366 lecturas pensadas especialmente para ti, que eres mujer.

Cómpralo y empieza a leer